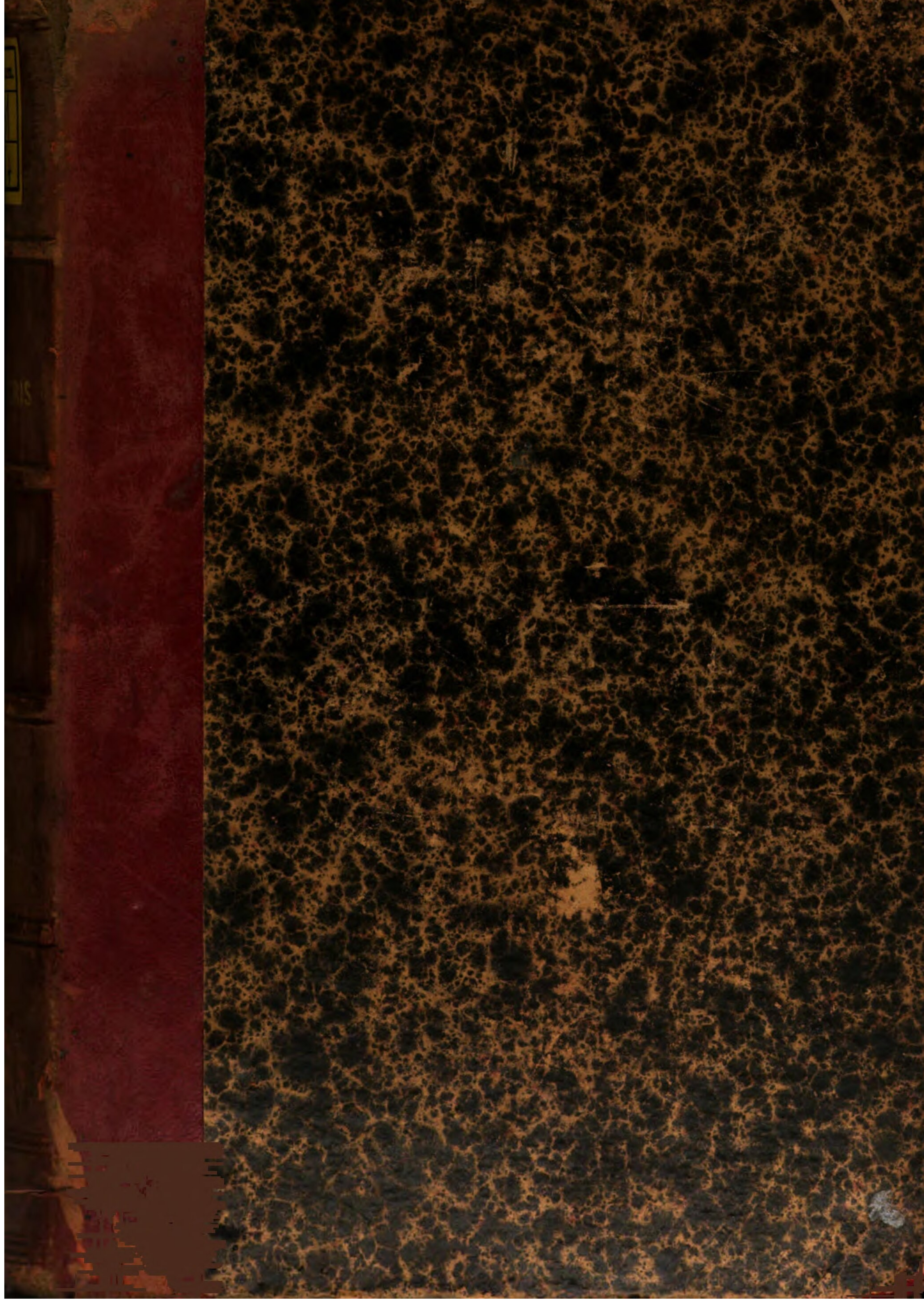




H. g. hum. 431^k (4)

EL MONGE GRIS.

EXHIBIT 1

EXHIBIT 2

EXHIBIT 3

EXHIBIT 4

EL MONJE GRIS



CATALANES Y ARAGONESES

EN ORIENTE.

POR EL

EXCMO. SR. GENERAL D. NARCISO DE AMELLER.

TOMO IV.

MADRID: 1864.

IMPRESA DE J. ANTONIO GARCIA, Almirante, 7, bajo.

A 166/71

Bayerische
Staatsbibliothek
München



LIBRO LIV.

GRAN SALON.—SU BIBLIOTECA.—SU ESTILO.—*Mea culpa*.—CAUSAS DE LA DECADENCIA DE LA ARQUITECTURA DESPUES DEL SIGLO DE PERICLES Y SU HISTORIA POR GUILLÉN SISCÁR —ARQUITECTURA LATINA.—NEO GRECA.—ESTILO ARABE EN ESPAÑA.—LA MEZQUITA DE CÓRDOBA.—MAHOMA NO SE AVIENE CON LO QUE CUENTA SISCAR —SIGUE LA HISTORIA DE LA ARQUITECTURA ARABE EN ESPAÑA.—LA Giralda de Sevilla.—LA ALHAMBRA DE GRANADA.—APARICION DEL ESTILO OGIVAL.—ARTISTAS ESPAÑOLES.—UNA LEY DE LAS PARTIDAS.—RESÚMEN.—ASOMBRO DEL BAÑOLENSE.

Mientras que los sábios, cuyo número aumentaba por momentos, paseaban triunfalmente á la buena Agarista y á su hijo en recompensa de los muchos servicios que este prestara á su patria, yo, entrando en el gran salon, quedé deslumbrado ante su magnificencia y elegancia. Los anteriores y otros muchos que habia semejantes, eran afectos á diversos países, y, como he dicho, tenian en él su morada los grandes hombres de cada uno de ellos; mas no así el gran salon en donde en aquellos momentos me hallaba, cuyo destino era diferente. Mas espacioso, mas capaz, infinitamente mayor que el asiático y el griego, aunque rectangular como ellos, servia de punto de reunion á todos los grandes hombres que por sus hechos en la tierra habian obtenido el palacio. En el ancho pórtico que corria en

su derredor, no se veía puerta alguna; pero en cambio, ¡qué de objetos de pasatiempo y recreo! ¡qué de objetos cuyo uso era para mí desconocido se presentaban á mi vista! Allí se iban sucesivamente conociendo los sabios de los diversos países y de todas las edades; allí se referían mutuamente sus obras en favor de la humanidad, sus penas, sus martirios ó sus glorias de la otra vida; allí se improvisaban certámenes, discutían sobre todas las ciencias y se ocupaban de las artes. Pintaban unos, leían otros, entreteníanse estos con un capitel corintio, aquellos con un cuadro de sorprendente dibujo, y mas allá daban la última mano á una estatua de riquísimos metales. En fin, amigos míos, oyéndose por intervalos el laud, la lira, el harpa, la flauta, el trigonon, la vina y otros muchísimos instrumentos que despedían acordes no menos robustos que armónicos, se divertían también con diversidad de juegos conocidos en la tierra, como el ajedrez (1), los dados, las tabas y la pelota (2), y otros muchos ignorados en ella mas bulliciosos y alegres, mas instructivos y edificantes.

«Nada faltaba en aquel salón verdaderamente maravilloso. Su mueblaje no menos rico, no menos elegante que el del Greco-Romano, era del gusto de todos los pueblos de la tierra, lo mismo que sus adornos y molduras. Veíanse aquí, allá, en este y en aquel ángulo, resplandecientes como soles, almohadones á la turca, sofás asiáticos, anchos divanes, sitios con espaldares góticos; sillas españolas, inglesas, indias, chinas; taburetes y mesas de variadas dimensiones, de diferentes colores, de todos los imperios y para todos los usos, sobre las cuales lucían no pocos cinceles, martillos, escuadras, paletas de diversas formas, tientos, buriles, pinceles y otros muchísimos instrumentos ú objetos propios de los iniciados en los grandes misterios de las nobles artes. Tampoco escaseaban los triclinos griegos para recostarse, y escritorios llenos de hojas de flores, cortezas de árboles, tela finísima de lino, *papirus* egipcio (3), pergaminos, papel y tablillas muy delgadas, llamadas *Tabella* por los griegos y *Palimpsesta* por los romanos, los cuales las daban un baño de cera para poder escribir en ellas (4). Por supuesto en las diferentes subdivisiones de cada uno de ellos

(1) Se atribuye á un brahmana chino llamado Sissa, que imaginó por medio de un ingenioso apólogo afezar al rey el mal trato que daba á sus súbditos. (BOQUILLON Eche, pág. 151.)

(2) Estos y otros juegos se atribuyen á los Lidios en el reinado de Atis. (HERODOTO. Tomo I, lib. I, cap. XCIV, pág. 49, y BOQUILLON.)

(3) Especie de junco preparado para poder recibir cualquiera clase de escritura. Se cree que durante el reinado de Ptolomeo Ligo fué empleado por primera vez. La tela y las diversas pieles las escribían de una sola cara: el *papirus* de las dos.

(4) Para esto, los romanos usaban el *stilus*, que era plano por un extremo, lo que les permitía borrar cuanto querían; pues no tenían mas que volver el *stilus* y aplanar la cera. Al principio los estiletes eran de hierro, plata, ú oro, pero como á menudo los estudiantes se herían con ellos se prohibió su uso, no permitiéndoles mas que de hueso.

se veían además *stilus*, pequeños juncos de caña llamados *Calamus*, que los antiguos empleaban cuando escribían con tinta (1); cuchillos, compases para medir las líneas, tijeras para igualar las hojas, estuches para conservar las cañas bien cortadas; y algunos otros útiles de un lujo portentoso, que les servían para la escritura. Los estantes para libros eran lo más esencialmente maravilloso del grande salón. Ora fuesen de madera embutida de marfil y concha, ora de oro macizo muy luciente, ora de otros metales taraceados de piedras preciosas, es lo cierto que ostentaban todas las obras que se habían publicado desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, algunas de ellas perdidas para los habitantes de la tierra. Allí se veían entre estas las ochenta comedias de Menandro, obras maestras del arte; las poesías de la interesante y tierna Safo, la misma que buscó el remedio de sus males precipitándose desde las rocas de Léucade; no pocos de los poemas de Píndaro y todos los de la hermosísima Corina, su rival afortunada (2). Con no menos asombro pude contemplar otras muchísimas producciones selectas que nos faltan, particularmente algunas debidas á los filósofos de las grandes escuelas de Jonia, Italia, Elea, Megara y Alejandría, fundadas por Thales, Pitágoras, Xenofanes, Euclides y Ammonius Saccas (3). Os lo confieso, amigos míos, ¡con qué placer hubiera yo leído algunas de ellas para poder volver á la tierra los pensamientos de aquellos grandes filósofos!

»Semejante biblioteca era inmensa; se perdía entre los laberintos del gran salón. Algunos de sus libros estaban encuadernados con pergamino, como muchos de los que vemos en nuestros días; pero otros, que pertenecían á épocas muy anteriores, tenían la forma de rollos, y en sus extremos había una tarjeta en que estaba escrito el título de la obra (4). No ignorais que cada uno de estos rollos se llamaba *volúmen*, sin duda del latín *vólvere*, y que se desenvolvía á medida que se iba leyendo. Las obras estaban colocadas por secciones de los diversos países que las habían producido; pero lo que me llamó más la atención, lo que era verdaderamente más sorprendente y maravilloso, era que cada una de ellas se leía en el idioma del reino, imperio ó provincia en que uno había nacido. Por manera, que un musulmán leía los escritos de Platon en árabe, y un ateniense los de Mahoma en griego. Yo me acerqué á los de San Agustín, y en vez del *De civitate Dei* veía *De la ciutat de Deu*. Amigos míos; no pienso daros más detalles sobre aquella tan suntuosa é inmensa

(1) Los usaban en lugar de las plumas, desconocidas entonces.

(2) Lo venció cinco veces en los certámenes públicos.

(3) Véase á BART, tomo 3.º, cap. XXIX, pág. 24 y siguientes.

(4) BART, id., id., id.

biblioteca, porque sería no acabar nunca; basta lo dicho para que os forméis una idea de ella, siquiera sea imperfecta.

»Cuatro estilos arquitectónicos decoraban el salón. El latino, nacido en las catacumbas con toda su poética sencillez y severidad; el bizantino con sus arcos de herradura y sus detalles paganos; el árabe ó musulmán, derivación del anterior, esencialmente voluptuoso y rico de entrelocados; y el gótico, poco agradable á los italianos, de una gallardía incomparable y reluciente de encajes y filigranas; su lujo, amigos míos, no sería fácil hacérselo comprender. Por todas partes se veía brillar el oro mezclado con otros metales y piedras preciosas de todos tamaños y de varios colores. No me cansaba de admirar aquellos portentos, sin embargo de que muchas veces me veía obligado á cerrar los ojos por no poder soportar su vista. Cada vez que los abría parecíame no haber visto nada en las piezas anteriores; todo me asombraba, todo me sorprendía, y durante aquel examen, no dejaba de respirar nunca los inciensos y perfumes mas deliciosos, que despedían multitud de cazoletas de mágico reflejo.

»Mientras tanto, el carro que conducía á Pericles y á su madre daba la vuelta al vastísimo salón, acompañado de los grandes hombres que salieron del griego, y de otros muchísimos que se habían incorporado á la comitiva. ¿Los triunfadores altivos de Roma y Atenas, que merecieron los honores del *triumfus*, tal vez por haber derramado sangre inocente, podían compararse con Pericles? En rededor de este no se vieron juglares, concubinas, ni cautivos rapada la cabeza, ni esclavos ensangrentados por el látigo; formaban su cortejo todas las eminencias que habían dado las artes y las ciencias, é iba además acompañado de la madre que le amantó en su pecho, enseñándole á despreciar el vicio, inspirándole sentimientos dignos, nobles, generosos y educándole para dar al mundo un siglo bendecido. Y ¿acaso se le obligara á llevar un anillo de hierro en el dedo como al mas abyecto de los esclavos? No, porque allí no había como en Roma tribunos recelosos que desconfiaran del héroe de la fiesta. En el *Psicostatmos* se oía alguna vez el *is triumphe*; pero jamás el *Respiciens post te hominem momento te* de no muy buen agüero. Es verdad que las matronas allá en Roma animaban al triunfador con el gesto y la mirada; pero aunque agraciadas y hermosas, ¿podían compararse nunca con Mirtis, Corina, Safo, Artemisa y otras muchas que habían ilustrado su nombre en las letras, en las armas y en el trono?....

»Pero, ¿qué mucho que el *triumfus* de aquellas regiones fuese mas brillante! En Roma no se concedía sino á los generales en jefe, *cum imperio*, que alcanzasen una señalada victoria (1): en el *Psicostatmos* se otorgaba

(1) Según la ley debía el enemigo dejar en el campo cinco mil cadáveres.

al mérito artístico, al literario, al científico, al saber y á la virtud. Escuso deciros por qué lo mereció Pericles; pero no olvideis las palabras que en la agonía dirigia á los amigos, que le consolaban recordándole sus grandes cualidades..... *Lo que me sirve á mi de satisfaccion*, les decia, *es no haber hecho llevar luto á ningun ciudadano.*

»Finalmente, amigos míos, terminó la ceremonia, no como en Roma con un gran convite que, á espensas del pueblo, se daba en el Capitolio, sino á la usanza griega, haciendo un sentido elogio de los triunfadores (1).

»Mientras que algunos de los que habian asistido al *triunfo* se dispersaban por el salon, los artistas y hombres mas esclarecidos de la Grecia, con no pocos de otros países, seguian felicitando al Leon de Agarista, el cual se defendia con su modestia de costumbre. En el acto en que Pitágoras, Chanacya, Bullanga, yo y otros muchos nos incorporábamos al inmensísimo corro, decia á sus amigos:

—»Señores, en vano pretenderiais demostrar que he merecido lo que acabais de hacer por mí.

—»Poco antes os demostré que.....

—»Para poder sostener el debate, interrumpe Pericles, habeis tenido que pedir el auxilio del mas elocuente de nuestros oradores.

—»¿Habíamos de pelear con armas desiguales? interroga Scopas riendo.

—»Yo creo que Demóstenes debia haber añadido algo á su discurso, objeta Praxiteles.

—»En efecto, porque ni una sola palabra he dicho de lo ocurrido despues de la muerte de Pericles, repone Demóstenes.

—»¿Y qué podiais decir? preguntó con viveza Pericles.

—»Mucho que os honra. Con vuestra ausencia de la tierra comenzó á declinar el arte. Es decir, que la administracion que lo elevó, lo sostenia.

—»Otras son las causas de su decadencia, replica Pericles.

—»Quizá las hubiérais evitado.....

—»No era fácil. La guerra del Peloponeso fué desastrosa, y yo nunca hubiera podido sostener la religion ante los potentes esfuerzos de la filosofía.

»Ictino interviene diciendo de repente:

—»Aun cuando nada ignoramos de lo que pasa allá abajo, bueno seria, para poder juzgar con acierto, que si se nos presentaba una ocasion favorable la aprovecháramos para conocer ciertos detalles.....

(1) Sin embargo, en Atenas algunas veces el triunfo consistia solamente en pasear por calles y plazas un gran cuadro, en que estaban representados los hechos mas notables del triunfador. (PLINIO, lib. 7, cap. 56.)

—»El momento es oportuno, le interrumpe Fidas. ¿No habeis oido al caballero que acaba de llegar de la tierra? ¿Quién mejor que él podrá informarnos de cuanto deseamos saber sobre el arte?

—»No es mal pensado: vamos á interrogarle.

—»Vamos, vamos.

»Como os he dicho hablando de mi entrada en el *Psicostatmos*, mi oido habia aumentado considerablemente; asi es que aunque platicaban en voz baja, nada habia perdido de su conversacion. Azorado, viendo el compromiso que corria, le dije á Pitágoras:

—»Bueno seria evitar sus preguntas.

—»No tal: ¿qué concepto formarian?

—»¿Y si no pudiese contestarles?

—»Animo.

—»No me falta; pero todos son grandes hombres.....

—»¿Qué importa?

—»¡Ya lo habeis dicho! Y ¡cáspita! hay entre ellos algunos espartanos.

—»¿Qué quereis significar? preguntóme el Filósofo admirado.

—»Su laconismo me espanta. Yo soy lo contrario de un espartano; para espresar una idea necesito hablar mucho.

—»Será verdad; pero acabais de oir el discurso que ha pronunciado Demóstenes.

—»No me negareis que es por demás conciso.

—»En efecto, no lo niego; pero la concision es una cualidad que distingue á nuestro eminente orador, y nada tiene de comun con las costumbres espartanas. Además, se puede ser conciso ó decir las cosas con el menor número de palabras posible, y hablar mucho. Ea, buen ánimo, y..... pero ved que se acercan.....

—»Harto lo veo.

—»Ya os saludan.

—»Y les contesto.....

—»Ya llegan.

—»Haré lo que pueda.

»Apenas dichas estas palabras, varios de aquellos señores que habian resuelto interrogarme, haciéndome unos tras otros las reverencias, preguntáronme por el estado de mi salud y por otras muchas de las cosas que nunca olvidan los que han recibido una educacion esmerada. Contestéles lo mejor que pude, y luego de terminados los cumplidos, me dijo Callicrates:

—»¿Acabais de llegar de la tierra segun parece?

—»Nobles señores, he venido para veros y servirlos.

»Sonrieron algunos de mi respuesta, haciendo una lijera inclinacion de cabeza, y luego Callicrates siguió preguntándome:

—»¿Y qué hacen las gentes por allá?

—»Lo que siempre, mi señor: comen, se arañan, aprenden poco y mueren.

—»Para vivir, exclamó Demóstenes.

—»Así lo he comprendido hace poco, le contesté.

—»¿Y qué nos decís de la Grecia? preguntó Ictino.

—»No podria daros de ella ninguna buena noticia.

—»No ignoramos que va cambiando de dueños....

—»Como de camisa.....

—»¿Qué decís?

—»Lo que oís, nobles señores. Siempre está á merced del primero que llega.

—»¡Pobre patria mia!

»Al oir mi informe, la mas viva indignacion se vió pintada en todos los semblantes. Leonidas se retorció el bigote con fuerza; Alcibiades levantó la cabeza con arrogancia; Sócrates la bajó con sentimiento; Temistocles hizo ademan de empuñar la espada, y Cimon y Pericles se mordieron el labio. Al mismo tiempo Fidias y Scopas acariciaban sus cinceles de acero. Otros varios tomaron actitudes no menos significativas, y yo comprendí el sentimiento de aquellos hombres, tan altamente distinguidos por la Providencia.

—»No lo ignorais, repuse yo; al poco tiempo de haberla dejado vosotros, la Hélade fué una provincia de Macedonia....

»Dos personajes que me escuchaban con mucha atencion, exclamaron á un mismo tiempo con muestras de un vivo pesar:

—»¡Y yo habré podido contribuir á su esclavitud con mis doctrinas!.....

—»¿Quién son estos dos? le pregunté á Pitágoras.

—»Antisteno y Zenon, me respondió el Filósofo.

—»¡Ah! dije entonces para mí; el cinismo y el estoicismo se rebelan contra su pasado.

—»¡Seria posible que mi sistema tendiese á la desmoralizacion! dijo otro de aquellos personajes, contristado.

—»¿Qué animal le habrá picado á este? me dije á mí mismo; y luego le pregunté á Pitágoras: ¿quién es?

—»Epicuro.

—»Por lo visto la Providencia no le ha castigado.....

—»Si así fuera continuaria en sus errores.

—»Es verdad.

»Casi al mismo tiempo, otro de aquellos grandes hombres decia de mal humor:

—»Yo nada extraño; es claro que la filosofia del placer debilitaba y aun corrompia insensiblemente la sociedad.

—»Me parece que en el discurso de Demóstenes se ha tratado de este filósofo, le dije á Pitágoras.

—»Se llama Aristippo y es hijo de Areta.....

»Pirron interrumpió á Pitágoras diciendo á Aristippo:

—»No era difícil prever las consecuencias de vuestro sistema.....

»Aristippo le interrumpe á su vez, diciéndole con marcado enojo:

—»Si tan fácil era, ¿por qué no lo decíais en tiempo oportuno?

—»Yo procuraba.....

—»La duda. ¿Qué resultado nos ha dado vuestro escepticismo?

—»Se me figura oír á un padre quejarse de la educacion que le da el hijo.

—»¿Por qué?

—»¿De dónde nació mi escuela? ¿No negásteis vosotros la existencia de un *criterium* universal de verdad? ¿No enseñásteis un sistema completo de indiferencia moral y religiosa?..... Parece que no contestais á esto. ¿Dónde está Teodoro el Ateo?

—»No estoy lejos, respondió el otro apóstol cyrenaico que hasta entonces no hubo desplegado los lábios; pero si era fácil, como habeis dicho antes, prever las consecuencias de nuestro sistema, ¿por qué lo tomásteis por modelo?

»No era fácil que Pirron contestase á esta pregunta, mas Platon y Aristóteles terminaron el debate, no sin oír tal cual sarcasmo que les dirigia Aristippo contra su racionalismo y empirismo.

»Entonces dije á Pitágoras bajito:

—»Por lo visto, cada cual quiere echar la culpa á su vecino y.....

—»Y todos la tienen.

—»La *filosofía* podia haber hecho menos.....

—»Y mas.

—»Tiene algo malo.....

—»Y mucho bueno.

—»Separar la cizaña del buen grano.....

—»Imposible en la tierra.

—»¿Decís?.....

—»Solo puede distinguirse aqui.

—»¿Dónde?.....

—»En este palacio. ¿Lo comprendéis ahora?

—»¡Ah!.....

—»Callad.

»Quise hacerle alguna reflexion sobre lo que acababa de oir, pero la voz de Callicrates, interrumpiéndome de nuevo, no me lo permitió. Me dijo el famoso arquitecto:

—»Y prescindiendo de otras consideraciones, ¿no podriais decirnos algo de la historia de la arquitectura? y.....

—»Quizá no tanto como vosotros deseariais.

—»Escesiva es vuestra modestia.

—»Y no poca vuestra galantería. Pero mis conocimientos.....

—»Muchos son.

—»¿Tan alto concepto habeis formado de mí?

—»Es justicia, repuso Chanacya.

—»El señor ha podido juzgaros, añadió Ictino.

—»No lo dudo, repliqué; pero lo ha hecho de un modo que podría arrepentirse luego.....

—»Mia será la responsabilidad, me interrumpió el arquitecto ministro sonriendo.

»Desde aquel momento no pude resistir mas; solicitáronme todos á un tiempo, y hubiera sido descortesía no corresponder á las finezas que de ellos habia recibido. Dispúseme pues para satisfacer sus deseos, no sin invocar en voz baja á mi señora, para que no olvidase á su caballero en aquel terrible lance. De mejor gana hubiera roto algunas lanzas contra los turcos, que no tomado la palabra ante aquellos esclarecidos varones, flor y nata de la sabiduría antigua. Pero lo que en aquel momento mas me contristó fué que, luego de conocida mi resolucion, de todos los ángulos del salon fueron de tal modo acudiendo gentes al círculo por nosotros formado, que al pronto me convencí de que yo tendria muchos mas oyentes de los que hubo tenido el príncipe de los oradores griegos. De todos modos, no pudiendo retroceder, levanté la cabeza, miré en mi rededor, y procurando tomar el tono y maneras que creí mas del gusto de aquel noble y magestuoso auditorio, comencé de esta manera:

—»Ilustres y nobles señores: Mucho tengo que agradeceros; mas yo creo que para hacer convenientemente la reseña que deseais, podiais haber escogido á una persona mas docta y entendida, que uniera á un talento claro y profundo las altas dotes de erudicion y oratoria que yo no poseo. Soldado desde mis primeros años al servicio de un monarca de alto renombre que creo hallar en este palacio, morada del genio y del heroismo, he pasado mi vida allá en lejanos imperios, dando tajos y reveses para

hacerme digno de la mano de una doncella de singular hermosura, de elevada estirpe, que reina allá en Huris, cerca de Ausona, bajo el amparo del baron opulento y altivo que le dió el ser y la vida. Es verdad que he recorrido diversos paises dando cima á muchas aventuras; tambien es cierto que moros y cristianos conocen mis hechos; pero, ¿he buscado la luz de las ciencias que ilumina unas tras otras las generaciones? El activo y noble ejercicio de las armas, ¿no ha perjudicado á mi educacion cientifica? Que fui estudiante, direis, en la ilustre Barcelona; pero, ¿ignorais, nobles señores, cómo educan á la juventud en mis dias? La enseñan ¡gran Dios! para que no sepa, es decir, la imposibilitan, á fin que no pueda aprender nada. Bastará lo dicho para que comprendais mi embarazo y confusion ante vosotros, ilustres señores, ante vosotros, cuyo génio ha despejado las tinieblas de la ignorancia; ante vosotros, cuya verdad ha alimentado tantos siglos. ¿Comprendéis mi posicion despues de haber oido al mas grande y sublime de vuestros oradores? Sin embargo, no se dirá que mi descortesía puede negaros nada, despues de las honras y mercedes que me habeis dispensado; por complaceros me arrojo al agua; si por desconocer la natacion me ahogo, tendedme una mano generosa, yo os lo ruego.

»Al oir estas mis últimas palabras, se oye un murmullo de aprobacion que me alienta y anima, y mas dueño de mí, levantando la voz, dominando la augusta concurrencia con mi mirada, prosigo de este modo:

—»Las artes y las ciencias florecieron, llegaron á todo su apogeo en el siglo de Pericles, es verdad, y las razas todas van sucesivamente admirando en unas piedras los rasgos mas sublimes del génio. Mas, señores, del mismo modo que los imperios de los mas grandes guerreros como Ciro, Alejandro, Timur y otros desaparecieron con la muerte de tan afamados conquistadores, asi desapareció el buen gusto faltando vosotros de la Hélade. Las causas de esa decadencia fatal, amigos míos, no son pocas: en las guerras que durante algun tiempo afligieron la Grecia, encontrareis una de ellas, porque las guerras, robando brazos al arte y hombres á la ciencia, causan siempre muchos mas males de los que las gentes imaginan: ¿y qué diremos de las civiles que ensangrentaron el Atica y el Peloponeso? Rompiendo el lazo social que unia á las grandes ciudades, destruyeron el comun pensamiento. Pero otras muchas causas contribuyeron á la corrupcion de las costumbres y á la ruina de las artes. Las principales familias, acaparando riquezas inmensas, ostentaron de repente un lujo asombroso, rodeándose de placeres y no teniendo otras ocupaciones que los juegos y las representaciones teatrales. El pueblo las imitó, haciéndose insustancial y perezoso, y los artistas, por complacerlo, perdieron

el gusto y aquella elevacion de ideas que caracterizan las construcciones de vuestra época. Ya no se ocuparon en edificar templos á los dioses, ni monumentos públicos como los que vosotros dejásteis por modelo; el capricho y la fantasia sustituyeron á las reglas de una sana razon; porque deseando agradar ó lisonjear al monarca, al señor ó al poderoso, despojaban los órdenes de sus proporciones originales y destruían el arte.—No olvideis tampoco que la religion que os habia inspirado, y que hubo sido siempre uno de los elementos conservadores de vuestra nacionalidad, iba sucumbiendo á los esfuerzos de la filosofia, dejando en su lugar la indiferencia y la duda. Es verdad que vuestra religion era un conjunto de ritos y ceremonias absurdas y aun ridiculas, mas bien que de dogmas; y tambien es cierto que sus apóstoles y doctores eran poetas (lo que nos da una pobre idea de la fé pagana) (1); pero, ¿será esto nunca razon para que vuestros filósofos hiciesen profesion de dudar de todo?.... Si desconocian á los falsos dioses, ¿por qué no los sustituyeron por el dogma verdadero?—Otra de las causas que mas contribuyeron á corromper el gusto en la Hélade, fué la invasion de los Macedonios. ¿Qué puede esperarse de un pueblo que pierde su libertad? Sin embargo, en la época de Alejandro se restauró el templo de Diana y se fundó Alejandria, embelleciéndola con monumentos riquísimos, entre otros aquel en donde mas tarde debia establecerse la Academia. Tambien se celebra mucho en la tierra el carro que condujo el cadáver del mismo conquistador á Babilonia: segun nos cuentan, su decoracion jónica era de un gusto y lujo extraordinarios. Pero esto, notadlo nobles señores, eran los últimos rasgos del génio; podriamos decir la agonía, aunque prolongada, del arte. Los sucesores del Gran Capitan durante sus interminables guerras, acabaron con el poco espíritu nacional que quedaba en vuestra patria. No lo ignorais; Filipo, último rey de Macedonia, destruyó la Academia de Atenas, y los Romanos, en su movimiento invasor, talando y devastando el país, terminaron la obra. Metellus destruyó Siracusa llevándose los objetos mas preciosos del arte, y esponiendo en Roma las estatuas ecuestres de los veinticinco guardias de Alejandro muertos en el paso del Gránico. M. Scarus hizo lo mismo en Sicion; Mumnius, que tomó el nombre de *Acaius* en Corinto (2), cuya ciudad fué arruinada en el mismo año que Cartago, y el implacable Silla mas adelante, incendió el Pireo, robó las columnas del santuario del Jupiter Olímpico, y se apoderó de todo cuanto

(1) Véase á BACON (el canceller). *Essais de Morale et de Politique*, chap. III, pág. 455.

(2) El ser un buen militar no escusaba su ignorancia respecto á los objetos de arte. A los encargados de trasportar los cuadros y estatuas á Roma, les prevenia que si perdian alguno, serian obligados á reemplazarle á su costa. (DURD., *Prise de Corint. par les Rom.*, pág. 386)

de mas valor y estima habia en Delfos, Epidauro y Elis (1). Y todo esto, señores, sea dicho sin tener para nada en cuenta las actos salvajes de Lici-nius Verres en Sicilia..... Mas yo supongo, añadí interrumpiéndome y levantando la voz, que ninguno de los tales procónsules habrá merecido este palacio.....

—»No, no, gritaron en masa los concurrentes, admirados de mi es-traña salida.

—»Enhorabuena, repliqué, pero no estoy contento sino me asegurais que llevan una albarda ó que se le ha pintado á cada uno de ellos un Caco en la frente.....

—»Adivinó, adivinó, me contestaron riendo y dando récias palmadas.

—»¿De veras, es ese el castigo?....

—»Es uno de ellos.

—»¡Ah! ¡hay algun otro! Me alegro, repuse.

—»Si os parece el momento oportuno..... me dijo al mismo tiempo Bu-llanga.

—»Oportunísimo.

—»Bendita sea la Providencia.

—»Amen.

»Luego de restablecido el silencio, continué:

—»Ya habreis comprendido, nobles señores, que ante tales devasta-ciones la decadencia de la arquitectura debia ser completa: fuélo en efec-to. Los artistas emigraron á Asia y Egipto, en donde levantaron todavía algunos edificios, es verdad; pero ninguno de ellos podia rivalizar con los de Callicrates é Ictino. Los que se construyeron en Roma, debidos en gran parte asimismo á los artistas griegos, fueron tan recargados de adornos, que el arte desaparecia ante su riqueza. Podriamos decir que la pompa y magnificencia de los que brillaron al principio de la era impe-rial, era la verdadera espresion de la caída de vuestra arquitectura. Pero, señores, tambien estaba escrito que el gusto romano fuera de corta dura-cion; concluia la civilizacion pagana, y disponiase el cristianismo á presen-tar la suya. A principios de nuestra era los sectarios de Jesucristo fueron condenados á trabajar en las canteras (2) inmediatas á Roma, vastísimos subterráneos que recorren las afueras de aquella capital en diversas di-recciones, y que han recibido los nombres de *arenariæ*, *catatombas* y *catacombas* (3). Mas tarde se refugiaban en aquellas mismas canteras, de

(1) BAT, Grece. pág. 142.

(2) *Ad arenam faciendam* dicen las *Actas de los mártires*, segun BAT, nota I, pág. 338.

(3) CICERON y VITRUBIO usan el primero. Lo mismo hace SUETONIUS TRANQUILLUS, quien dice (*in Neron XLVIII*), que Phaon aconsejó á Neron de refugiase *in specum egestæ arenariæ*. El

las cuales habian estraído no poca porcelana, para evitar la persecucion de sus implacables enemigos. Allí los prosélitos de la nueva fé se reunieron durante los dos primeros siglos de su era, comunicándose sus temores y esperanzas; allí ocultaban los despojos mortales de sus mártires; y allí, á pesar de las prescripciones de algunos emperadores, se entregaban libremente á las prácticas de su culto. Constantino, convertido á la nueva religion, favorece sus miras, y les escita y alienta, ora destruyendo las estatuas de los falsos dioses, ora arrancando las puertas de los templos, y ora instituyendo escuelas y distribuyendo premios á los discípulos mas aventajados (1). Algunos de sus sucesores le imitan, y apareciendoluego nubes de bárbaros que invaden sucesivamente la Europa, por ódio á Roma, destruyen el imperio, abrazan la nueva religion y..... de los oscuros y tenebrosos subterráneos de las catacumbas asoma en el siglo cuarto la civilizacion cristiana, anunciándose con la arquitectura latina.—El primer paso estaba dado, y los apóstoles y doctores de la nueva secta prosiguieron su obra con fervor, con religioso entusiasmo. Necesitaban edificios para poder celebrar sus santos misterios, y recurrieron á las basílicas paganas, cuya disposicion era proporcionada á su objeto (2). Algun tiempo despues los levantaban nuevos, y segun lo establecido en las *constituciones apostólicas*, la avenida central ofrecia la imágen de la nave, *navis*, de San Pedro. Las basílicas reposaban siempre sobre el sepulcro de uno de los mártires, y el solo altar que en ellas habia, *altare, sacra merca sacrificatorum*, era de un lujo asombroso (3), y estaba sostenido por columnas de admirable trabajo. Este altar ocupaba el centro del santuario, y se comunicaba con la cripta, en donde se confesaban los fieles (4), por una escalerilla secreta. Las partes constitutivas de aquellos templos, tales como el *marthex* ó pórtico que les precedia; sus tres ó cinco naves, la *porta magna*, la *espaciosa*; el salon destinado á la instruccion religiosa, llamado *canacula*; el sitio en donde se colocaban los catúcemenos y los oyentes, *statio catachumenorum, statio auscultantium*; la piscina ó *aula baptismalis*, construida siem-

segundo es de la mas remota antigüedad y el tercero le emplea por primera vez San Gregorio. Pero las Catacumbas fueron llamadas tambien *latoniæ casuetoria aræ y criptæ*.

(1) SEROUX D'AGINCOURT, *Hist. de l'Art. au moyen age*, in f.^o tom. I.

(2) Segun VITRUBIO, en su origen eran grandes salones formando parte de los palacios de los príncipes, en donde se administraba justicia. Mas tarde sirvieron primero para los tribunales y últimamente para el comercio. (BAT, *Art. Romain*, pág. 299.)

(3) Constantino hizo construir muchos de plata.

(4) El devoto, arrodillado, introducía la cabeza en una ventanilla llamada *jugulum*, que daba en la cripta sobre el sepulcro. En tal disposicion oraba bajando un lienzo, *Palliolum*, que habia pesado de antemano. Mientras duraba su oracion, el lienzo descansaba sobre la tumba, y si al retirarse pesaba mas que antes, creía que Dios habia oído sus votos. (BAT, *Archi. Lat.*, pág. 362.)

pre fuera del templo; el *porticus dexter*, destinado á los hombres; y el *sinister*, reservado para las mujeres; y el ábside ó *presbiterium*, con su cátedra ó *tronus*, en donde se sentaba el pontífice; el *arco triunfal*, y las columnas, capiteles y arquivoltas y el altar, cuyo techo se veía adornado de coronas de oro y ricas pedrerías (1); todo, todo presentaba la pureza, la sencillez y la magnificencia de aquellos templos; pero al mismo tiempo, sensible es decirlo, todo también anunciaba la corrupción del gusto, porque los cristianos aceptaban la arquitectura pagana en el estado de decadencia en que acabo de presentárosla. A pesar de los esfuerzos de Teodorico y de algunos otros emperadores godos, creando un *centurio*, un *tribunus*, un *comes intentium rerum*, encargados de vigilar las construcciones, nada pudo conseguirse. Las proporciones de los órdenes siguieron alterándose; prodigarónse adornos sin inteligencia; se empleaban arcos sin arquivoltas, y mas de una vez en un mismo peristilo, se veían columnas de órdenes diferentes. En fin, amigos míos, el gusto de los artistas había degenerado, los principios que hicieron la gloria de las escuelas de Grecia eran olvidados ó desconocidos.—Inmediatamente después de la latina, apareció la arquitectura bizantina ó neo-greca, que aun cuando podría decirse tuvo principio en la época que Constantino se estableció en la antigua Bizancio, no comenzó á florecer, sin embargo, hasta los siglos quinto y sexto de nuestra era. Artemio de Tralles é Isidoro de Millet, que acabo de ver con gusto entre vosotros, fueron, como sabeis, los fundadores de esa nueva escuela, derivación de la antigua, que debía ejercer una influencia inmensa en las construcciones de diversos pueblos. Por mandato de Justiniano reedificaron el templo de Santa Sofía, incendiado durante la célebre sedición promovida por las facciones del circo, en la que perecieron treinta y cinco mil hombres. Desde entonces el estilo bizantino fué conocido, y al poco tiempo servía de modelo para los nuevos edificios religiosos de Oriente, que no carecían por cierto de caracteres distintivos. Sobre un plano cuadrado, se elevaba en el centro de la famosa cruz griega una magestuosa cúpula ó media naranja, que por su forma circular, recordaba la bóveda celeste y el trono de Dios colocado allá en la cúspide. Los cuatro brazos de la cruz ostentaban asimismo otras cúpulas, aunque mas pequeñas que la central, y ya sobre las capillas, ya sobre el pórtico cuadrilateral, veíanse otras y otras descollando en líneas iguales, vistosas y elegantes: podría decirse que las cúpulas formaban el rasgo mas dominante de aquella arquitectura, la cual trocaba en superficies circulares y curvilíneas todas las que los templos de Atenas presentaban rectilíneas, cuadradas y angulares. Hermosizadas con un ancho átrio, estas basílicas

(1) B. A. T., *Archit. Latine*, páginas 370, 371.

no ofrecían menos originalidad en su interior. Presidia á las naves el vestibulo; una galería abierta en los costados, que se prolongaba hasta el santuario, servía para las mujeres; cuatro ó mas columnas sostenían la cúpula, y aquí y allá, en este y en aquel lado, veíanse arcos de herradura que pertenecían á los bizantinos, y que mas tarde debían imitar los árabes (1). También se veían en ellas escaleras de caracol, que los modernos quieren atribuirse, no obstante de deberse igualmente á los griegos del Bajo-Imperio.—El aparejo en general era de riquísimos materiales de diversos colores. No pocas de aquellas basílicas, presentaban alternativamente sus cornisas y archivoltas blancas y negras ó blancas y encarnadas; las paredes estaban revestidas de preciosos mármoles; las cúpulas de mosaico dorado, y todas las pinturas descansaban sobre fondo de oro, otro de los caracteres de la arquitectura policroma de la escuela bizantina. Pero una diferencia mas notable separaba aun mas las basílicas neogrecas de las latinas, y esta diferencia esencial estaba en los capiteles. En medio de una sociedad corrompida, en donde se construían sillas y camas de marfil, plata y oro, en donde se vieron mantos y túnicas decoradas con seiscientas figuras (2), en donde se ostentaba en fin un lujo desconocido hasta entonces, veíanse los artistas obligados á imaginar tipos nuevos, mas deslumbrantes, mas ricos que los antiguos, para hacer aceptar sus trabajos. Hé aquí la causa de la corrupcion del gusto que modificó el capitel. De circular trasformóse repentinamente en cúbico, sosteniendo un ábaco de tan grandes dimensiones, que parecia un segundo capitel, y no conservando apenas nada del antiguo. Las hojas de acanto del corintio, las volutas del jónico y la sencillez severa del dórico, fueron reemplazados por objetos variados, segun el gusto del artista ó del poderoso que le empleaba. Ofrecieron algunas veces pájaros y lagartos; otras animales de diversas especies y distintas dimensiones, y otras, y era lo mas comun, hojas de variadas plantas, y entrelazados de un aspecto especial, salientes, agudos, delgadísimos y enroscados de ordinario con mucho gusto.—Ya lo habeis oido, nobles señores, la escuela neo-greca recuerda sin duda los principios de la antigüedad; mas nadie podría negarle el carácter original que ofrece, particularmente en su ornamentacion. ¿Sería esta tal vez la causa de que algunos pueblos adoptaran para sus construcciones religiosas el plan latino y la decoracion bizantina?—Pero, señores, mientras que el estilo bizantino se estendia rápidamente en los estados afectos al cristianismo, con sus detalles paganos, aparecía, venida allá de Oriente,

(1) REVUE, *Gen. de l'Archit.*, tomo I, edi. 1840, pág. 68.

(2) A propósito de esto decía San Asterio, «que los trajes de los cristianos afeminados estaban pintados como las paredes de sus casas.» (EAT, *Eco By.* pág. 383.)

otra arquitectura mas rica de adornos y accesorios, mas voluptuosa, mas fantástica, que debia perpetuarse con toda su pureza en la parte meridional de España. Los árabes en su aparicion, guerreros feroces y atrevidos, sectarios fanáticos del islamismo, que les ofrecia placeres en el mágico y misterioso Eden de Oriente, solo se ocuparon en un principio de sus conquistas, sin tener mas guia que el Koran, y sin disponer de mas elementos persuasivos que la cimitarra; mas despues del siglo VII, fueron, ante la universal ignorancia, los que mas contribuyeron á sostener la obra de la civilizacion. Dueños de la Persia y del Egipto; sorprendidos ante las maravillosas y extraordinarias construcciones de los Faraones y de los descendientes de Ciro; admirados ante las obras del arte griego y bizantino, no alcanzaron á crear una arquitectura enteramente original, pero al menos pudieron introducir en ella alguna novedad que se adaptaba perfectamente á sus costumbres. Sin caracteres esenciales, falta de sistema, aparece en su primer período miedosa, imitadora, inclinándose al estilo bizantino mas que á otro alguno; pero ya con fisonomía propia, con una indole especial, revelando todo el orientalismo que en breve iba á caracterizarla. La primera mezquita que los árabes construyeron en España fué la tan célebre aljama de Zaragoza, el año 713, destruida cerca de tres siglos despues por un incendio (1). Grandes elogios mereció sin duda ese primer tipo de aquella arquitectura; pero un monumento mas famoso se conserva hoy en España, misterioso como el islamismo, demostracion elocuente y vigorosa del poderío y del génio de los califas, y señal del delicado gusto de aquel pueblo esencialmente poético, que trasmite incrustadas en unas piedras todas sus costumbres, creencias y tradiciones. No lo dudeis, nobles señores, la mezquita de Córdoba, destinada á patentizar á las venideras generaciones los primeros ensayos del estilo árabe en la península, puede rivalizar por su grandiosidad é imponente estension, por la sorprendente riqueza de sus decoraciones y por aquella solidez magestuosa que implica la dominacion y la fuerza, con los mas suntuosos y soberbios edificios sagrados de Oriente. El templo de Dios en la Meca, la famosa Kaaba (2) terminada por el mismo Mahoma (3), que encierra las copias del Koran y el sepulcro de Ismael, ¿podria compararse con la opulenta mezquita comenzada por un príncipe ilustrado, Abd-el-Rahman I, y concluida por El-Haschem su hijo, emir no menos protector de las artes y

(1) CAVEDA, *Ensayo hist. sobre los diversos géneros de Arquí. emplea los en España desde la dominacion romana hasta nuestros dias*. Edi. Madrid, 1818, cap. X, pág. 201, (BAT Archí. Musul. Espagne, pág. 418.)

(2) Casa cuadrada.

(3) La tradicion nos dice que fué fundada por Adán y reedificada despues del diluvio por Abraham é Ismael. (BAT. Archí. Musul, págs. 401, 408.)

las ciencias? (1). La mezquita de Córdoba, amigos míos, puede tal vez considerarse como única en su clase. Su planta y distribución y el arreglo de sus principales partes, no ofrecen nada que no hayamos visto en las basílicas greco-romanas. Diez y nueve naves se dirigen de Este á Oeste, cortándose en ángulos rectos con otras veintinueve (2) que corren de Norte á Sud; todas ellas se apoyan en cuatrocientas columnas arrancadas en gran parte de los antiguos monumentos romanos. Las primeras desembocan en un hermoso patio rodeado de galerías y lleno de naranjos y de palmeras, en cuyo centro se eleva la misteriosa fuente de las abluciones. El efecto que producen aquellos arcos de herradura, aquel bosque de columnas, es asombroso y extraordinario, y pinta mejor que nada el extremo á que alcanzaba la fantasía de los hijos del Islam. ¿Lo creereis? Ciento trece candelabros de extraordinaria riqueza, con mas de mil lámparas cada uno, iluminan esplendorosamente la soberbia mezquita, que resplandece cual si herida fuera por los rayos del grande astro. Distingúense en ella veinte puertas, y sus muros, contruidos de piedra y ladrillo, están robustecidos por multitud de contrafuertes que les rodean en forma de torres. Ochocientas cincuenta columnas con estrías derechas ó torsas de mármol, pórfido y granito, y de escultura y modelos diversos, se cuentan en el interior del maravilloso templo (3). ¿En qué otro monumento las vemos? Pero la parte del edificio construida con mas lujo es el santuario. De planta octógona, cobijado por una cúpula de un solo bloque de mármol blanco, con una fachada del mismo mármol, decorada con elegantes esculturas, con su arco de herradura brillante de preciosos mosaicos y con sus delicadas columnas corintias ó compósitas, puede ser considerada como la obra maestra del gusto árabe en España durante el siglo nueve. Rica de ornamentación, aunque no carece de originalidad, descubre no pocas veces su procedencia bizantina. Los lóbulos de los arcos, los ladrillos de esmalte, los ajimezes y otros de sus muchos ornatos, que carecen de la delicadeza que mas tarde adquirieron, son una imitación mas ó menos disimulada del gusto neo-greco (4) ¿Probaria esto, nobles señores, que cuando los árabes se hicieron dueños de la Península en el siglo VIII, no poseían una arquitectura propiamente suya? Aspiraban á la originali-

(1) Comenzada por el primero el año 780, fué acabada por el segundo en 795. (BAT y CAVEDA, 429 y 212.)

(2) Seguimos la version de CAVEDA respecto del número de naves. BATISSIER, pág. 429, presenta un total de 87, advirtiéndolo que las 43 últimas fueron aumentadas por El-Mansor.

(3) Los autores no están contestes sobre el número de columnas que poseía y los hay que le dan hasta más. (BAT, *Arch. Musul*, pág. 429.)

(4) CAVEDA, pág. 210.

dad que obtuvieron despues, y.....—Por lo demás, la mezquita ó *djamí* de Córdoba, dotada de una verdadera grandeza, é imponente por su severidad, no menos que por su estension, atraviesa las generaciones, simbolizando el poder, la fuerza y la religiosidad de un pueblo emprendedor, atrevido y valiente, que no queriendo sujetarse á regla alguna, intenta crear un arte, emanacion misteriosa y risueña, tanto como caprichosa y fantástica, de los libros santos del islamismo: todas sus creencias se patentizan en la suntuosa mezquita. Imaginacion, costumbres, ritos, genio, historia; la originalidad de su carácter, su ambicion de gloria, el sentimiento de su poderío, el de su grandeza, el que le hizo abandonar los vastos desiertos de la Arabia, todo, todo se ve en ella escrito en las naves, en los recintos, en las columnas y en otros muchos objetos de risueñas y estrañas formas.—Tal es, ilustres señores, la mezquita de Córdoba, que ofrece los primeros ensayos del estilo árabe en España, no obstante de que el célebre Mahoma nada haya insinuado sobre la forma y distribucion de los templos.....

—»Sin embargo, dijo que los musulmanes debian levantar edificios para adorar á Dios; interrumpióme cierto personage que se hallaba no muy distante de nosotros.

—»No es lo mismo: debia haber dado una idea de su forma y decoracion, repliqué mirando al desconocido.

—»Basta que vos lo digais.

—»Ya se vé que si.

»El desconocido, con cierto aire de superioridad, replicó:

—»Los fundadores de la mezquita de Córdoba son Abd-el-Rhaman I y su hijo Hescham, famosos ambos por su carácter esencialmente civilizador: interrogadles y os dirán si para nada necesitaron las indicaciones que habeis hecho. Tambien podeis interrogar á los arquitectos que levantaron los mas célebres edificios de España, á imitacion de los de Bagdad y Damasco.

»Al dejar de hablar el desconocido, pude enterarme de que habian merecido el palacio de los grandes hombres, y se hallaban allí presentes muchos de los príncipes Omniadas que habian ilustrado su nombre en los califatos de Córdoba, Sevilla y Granada, por el brillo de sus victorias, por su carácter civilizador y por la proteccion decidida que dieron á las artes y á las letras que ellos mismos cultivaron. La misma suerte habia cabido á los mas célebres arquitectos que han florecido en la España árabe. Conoci entre los primeros á Abd-el-Rhaman I, al segundo del mismo nombre y al tercero, que superó en esplendidez y magnificencia á los anteriores y á quien se debe Medina-Az-Zahra, maravilla de las creaciones árabes, que

contaba cuatro mil trescientas doce columnas (1). También habían conquistado aquel palacio Yousouf-el-Fehri, por haberse ocupado constantemente en establecer comunicaciones entre diversos pueblos de la Península; El-Hakem, que fundó escuelas en Córdoba, Sevilla y Toledo, y una inmensa biblioteca; El-Mansor ó Almanzor por el impulso que dió á la arquitectura, y por su heroismo; y algunos otros que se habían distinguido durante su propia administracion.

»Los artistas árabes, tenidos en el *Psicotalmos* por grandes hombres, lo mismo que los de los demas paises, eran en mucho mayor número que los principes. Los que observé en el corro y puedo recordar son: Giafar-ben-Mouhain, el mismo que fortificó á Mérida; Said-ben-Ayoub, que embelleció con diversas obras la mezquita de Córdoba; Fatha-ben-Ibrahim, que dirigió dos en Toledo; Abdullad-ben-Yunas y Muslimaton-ben-Abd, constructores del mágico palacio de Medina-Az-Zahra, y Abd-Allah, que lo fué en Córdoba de Sobehya, mezquita que recuerda el nombre de cierta mujer, madre de un califa.

»Luego de cerciorado que se hallaban presentes muchos de aquellos artistas, califas ó emires, cuyo testimonio invocaba el desconocido, le dije:

—»El precepto de Mahoma no ordena mas sino que se levanten edificios para que los creyentes puedan juntos rogar á Dios. ¿Qué podrán, pues, decirnos estos señores? Nos dirán que levantaron las mezquitas como les plugo.....

»Abd-el-Rhaman III, el mas considerado de aquellos principes, se apresuró á responder:

—»Cierto.....

»Abd-Allah le interrumpió para decir igualmente:

—»Cierto.....

»Lo mismo repitieron todos los grandes principes y artistas presentes, y yo les interrumpí para decir al desconocido, cuya fisonomía, al mismo tiempo que algo grotesca, revelaba astucia y sagacidad.

—»¡Ya lo veis! ¡estos señores han acudido á vuestro llamamiento! ¡No en vano deseábais que se les interrogase!

»Sentido el desconocido de mis palabras, y dirigiéndose á tres ó cuatro que en derredor de si tenia, les dijo airado, de modo que yo pudiese oírle:

—»¿Y deciais que este hombre era entendido y conocedor? No es mas que un catalanote parlanchin.

»Queriendo yo saber quién era antes de volverle la flecha, pregunté á Pitágoras, en voz baja:

(1) BAT, *Arch. Musul.* pág. 421.—CAVEDA, 214.

—»¿Quién es ese tío?

—»Es el mismo Mahoma.

—»Tentado estoy de pintarle un triglifo ó una me..... topa en la cara.

—»Dejad los triglifos y metopas para los frisos.

—»¿Qué mas friso que su rostro? Pero no representa la historia de ningún santo, sino los siete pecados.....

—»Callad.

»Entonces, dirigiéndome á Mahoma, le dije :

—»¿De parlanchin hablais? Y vos, ¿qué habeis sido en la tierra? ¿Qué habeis hecho como legislador y gran pontífice? Crear un pueblo de fanáticos, que destruyó los mas ricos monumentos de la antigüedad y pegó fuego á la grande biblioteca de Alejandria.

»Este recuerdo oportuno predispone los ánimos de los presentes contra el mentido profeta, y los artistas, cuyo número era infinito, palmotean diciendo :

—»Bien, bien.

—»Por su causa no son conocidos nuestros nombres.

—»Ni nuestras producciones, añaden algunos, cuyas obras fueron reducidas á cenizas en el famoso incendio.

»Quiere Mahoma hablar y no le escuchan.

»Al mismo tiempo me dice Pitágoras al oído derecho :

—»Lo que le sucede se ha repetido muchas veces. Es el castigo.....

—»¡Ah!

—»Por el incendio de la biblioteca y.....

—»¿Dónde está el prójimo?.... Bendita sea la.....

—»Amen, interrumpió mi escudero.

»En aquel instante me decia una voz, muy bien acentuada, en el oído izquierdo :

—»Tente firme ó te acogoto.

»Las maneras de este nuevo aparecido me impresionaron, y pregunté á Pitágoras :

—»¿Quién es este mozo?

—»Berenguer el Grande.

—»Es de mi tierra, y no me disgusta su habla.

»Sonriose Pitágoras de mi propósito, y al mismo tiempo de todas partes reclamaron el silencio, que pudo conseguirse al fin, habiéndose alejado el profeta de la Meca. Entonces, no poco engreido con la victoria que acababa de alcanzar, y presintiendo por el dicho de Berenguer los auxiliares que en caso necesario tendria, continué de esta manera :

—«Del gusto árabe del segundo período, que abraza los siglos XI

y XII, presenta la España muchísimos ejemplos. Los principales son las mezquitas ó *djamis* de Segovia y Toledo, un arco en Búrgos, el hermoso palacio que labró Mohammad en Granada, el castillo de Talavera de la Reina, y la famosa Giralda ó *minarete* de Sevilla, considerada como uno de los monumentos mas notables de la Península. En este período la arquitectura árabe ostenta ya otro carácter que en el anterior. Es menos imitadora y mas independiente; tiende á emanciparse de las tradiciones bizantinas y romanas; deja traslucir con rarísimas innovaciones su intento de parecer original, y comienza á presentar una pompa y magnificencia desusadas, que recuerdan el lujo y riqueza de las construcciones de Nínive y Babilonia. Su ejecución es mas esmerada, mas suelta, mas elegante. Sus capiteles, sin variar de forma, han adquirido mas brillo y gallardía, y se atavía con rosetones y otros objetos complicadísimos. Sus arcos festonados con lóbulos tienen mas variedad, son mas ricos sus dorados; inventa relieves de estucos ó inscripciones cúficas; adopta el arco ogival, que alterna con el de herradura, y se presenta en fin mas original, ensayando por primera vez las pechinas ó bóvedas estalactíticas, que debían constituir en adelante uno de sus mas importantes y hermosos distintivos.—La Giralda de Sevilla, que pertenece á esta época, es debida á un grande artista (1) y ha adquirido ya cierta originalidad desconocida en los monumentos anteriores. Su forma es cuadrada, y construida en sus cimientos por enormes bloques debidos á monumentos antiguos. Treinta y cinco rampas ó planos inclinados de invención bizantina, ensayados ya en las galerías de Santa Sofía, facilitan la subida de un caballo hasta la plataforma, sobre la cual se eleva una construcción piramidal coronada por cuatro grandes esferas de bronce (2). Pero lo mas sorprendente es que el espesor de los muros, de ocho piés en su base, va aumentando gradualmente, y por consiguiente las rampas disminuyen á medida que la cavidad interior de la torre se estrecha, hasta terminar formando una bóveda.—Las labores del gracioso *minarete* son de una riqueza infinita. Cuanto de mas esquisito y refinado imaginó el lujo de Oriente, se ostenta en ella para realzar su mágica belleza. Con sus graciosos ajimezes de arcos semicirculares y ojivales, apoyados en columnas del gusto bizantino de una ejecución esmeradísima; con los hermosos arabescos, que envuelven sus muros, como si cubiertos estuvieran de un largo manto de lujoso bordado;

(1) Se atribuye á Gever ó Hever, inventor del álgebra, que la labró en el siglo XII, (CAVEDA, capítulo XII, pág. 223.)

(2) Hoy no existen. Fueron derribadas en el terremoto de 1395. Era tan colossal la una, que para sacarla fuera de la ciudad fué necesario derribar una puerta. (CAVEDA, cap. XII, pág. 223. —BAT, *Archi. Musul.*, pág. 431.)

con las radiantes y colosales esferas que la coronan, perdiéndose entre las nubes; con el ingenio que su construcción revela; con el esplendor de sus detalles y la robustez de su firmísimo asiento, aparece la gigantesca é imponente Giralda, al par que como una creación maestra del arte, como un monumento esencialmente fantástico y maravilloso, debido al poderoso influjo de las ciencias ocultas, que quisieron aclimatar en la risueña Bética la cultura toda de Damasco.—El desarrollo de la arquitectura árabe en este periodo, debióse, sin duda alguna, á la ilustración de algunos de los príncipes Omniadas. Prepararónla con su génio civilizador; con la protección eficaz que dieron á las artes; con su tenaz empeño en promover las letras; con sus expediciones y correrías, con su alianza con el Bajo-Imperio, y con su deseo constante de que el califato de Córdoba, que dotaron con seiscientas mezquitas y novecientos baños públicos, superase en grandeza y poderío á los de Oriente. Si añadís á todo esto las tendencias naturales del arte, y la emulación de los artistas, animados de aquel espíritu de progreso que emanaba del trono, conoceréis las causas del adelanto del estilo árabe; adelanto que no debe atribuirse de ningún modo, como algunos pretenden, á los Almoravides ni á los Almohades, que á últimos del siglo X derribaron el poder de la casa Omniada, para dar principio al suyo. En prueba de esto, voy á recordaros lo que escribía Ebu-Said, ya muy anciano, cuando yo lo conocí hace algunos años en un viaje que hice á Granada...

»De repente fui interrumpido por Abd-el-Rahman III, el cual, interesado como todos los Omniadas en demostrar que hasta el siglo XII inclusive los adelantos del arte en España se debían á su raza y no á otra alguna, dijo:

—»Mejor sería que nos lo recordase el mismo autor.

—»¡Cómo! ¿está aquí? le pregunté.

—»¿Quién lo duda? respondieron muchos.

—»Me alegro que sus servicios hayan sido tan altamente premiados.

»Casi al mismo tiempo llegó Ebu-Said, el cual me dió un estrecho abrazo, y después de haberme preguntado por el estado de mi señora, á ruego de los concurrentes, se esplicó en estos términos:

—»Señores, para ilustrar esta cuestión me concretaré según vuestros deseos á decir lo mismo que escribí en mi libro el año 1257.

»Dichas estas palabras, desenvolvió un rollo de papel que era uno de los volúmenes de su obra, y leyó lo siguiente con voz muy clara é inteligible.

»De las provincias de Andalucía, reunidas á su imperio de Mahgreb, »los emires Almohades, Yussuf y Yacub-el-Mansor, hicieron venir los

»arquitectos para todas las construcciones que levantaron en Marruecos, »Rabat, Fez y Mansuriah: y es un hecho bien conocido que en ninguna »época la capital de Mahgreb fué tan floreciente como bajo los descen- »dientes de Abd-el-Mumen. Por otra parte, es igualmente notorio que hoy »dia (1) la prosperidad y esplendor de Marruecos, parece haberse tras- »portado á Túnez, donde el Sultan actual construye monumentos, edifica »palacios, planta jardines y viñedos á la manera de los andaluces. Todos »estos arquitectos son hijos de Andalucía, lo mismo que los albañiles, car- »pinteros, ladrilleros, pintores y jardineros. Los planos de los edificios son »inventados por andaluces, ó copiados de los monumentos mismos de »su país.» (2)

»Al dejar Ebu Said de leer, les dije:

—»De lo dicho se infiere, de un modo que no da lugar á dudas, que en este segundo período ninguna influencia ejercieron los Almohades ó Moros sobre la arquitectura árabe; Yusuf, mencionado en el escrito, puede decirnos si es cierto ó no.....

»El emir interpelado, me interrumpió diciendo:

—»No hay duda que todas las grandes concepciones de mi imperio se debieron á artistas andaluces. La acción nuestra sobre el arte comenzó algún tiempo después.

»Lo mismo dijeron Yacub y otros emires.

»En este estado, después de haber agradecido á Ebu-Said su extrema complacencia, proseguí de esta manera:

—»Sin embargo, señores, escrito estaba que los Almohades, que en su movimiento invasor descuidaban las letras y las artes, porque solamente las guerras les ocupaban, debían mas adelante, en su prolongada dominación, embellecer las ciudades de su imperio con monumentos riquísimos, imprimiendo á la arquitectura un lujo de que poco antes carecía. A principios del siglo XIII, estimulados por tan potentes é ilustrados auxiliares, dieron los artistas el último retoque, el retoque mágico á su grande obra, y este es el último período de su arquitectura, que se presenta en adelante con toda la pureza del gusto árabe, independiente de las antiguas tradiciones. Ya no es imitadora, ni recelosa, ni empírica: pasó el tiempo en que se robustecía con despojos romanos y se engalanaba con adornos bizantinos; pasó el tiempo de su indecisión. Risueña, elegante, ostentosa y atrevida, ni tiene su sencillez primitiva, ni apenas conserva recuerdo alguno de lo pasado. Sus aljamas, baños, academias y alcázares, aparecen ahora con mas originalidad, con proporciones mas esbeltas y

(1) Siglo XIII.

(2) BAT, *Archiv. Musul*, pág. 225.

delicadas, con mas esplendidez en sus detalles, con mas travesura é ingé-
nio en su invencion. Las grecas y lazos aumentan con una perfeccion ma-
ravillosa, brillan por do quiera letras floreadas y preceptos del Koran con
recortes de filigrana, acompañados de nuevos é ingeniosos enlaces de cur-
vas y rectas; los muros se cubren de almocárabes de colores vivos y bien
combinados; véanse por todas partes pabellones, frisos de azulejos con ele-
gante dibujo, techos matizados de oro, azul y hermellon; atauriques, axa-
racas, festones, columnas esbeltas y ligeras con fustes anillados y con ca-
piteles en forma de canastillos ó cúbicos decorados con diversidad de
hojas, randas, y figuras estalactíticas, y coronadas con un cimacio cua-
drado de enormes proporciones. Nada se omite para convertir los edi-
ficios en palacios encantados y morada de deleites; mas al propio tiempo
nada se imita, sino que todo se crea, y todo acusa un pueblo osado y po-
tente, poco profundo en sus concepciones, es verdad, pero risueño, inge-
nioso, dotado de una imaginacion ardiente y fecunda, que quiere embria-
garse entre flores y perfumes.—Los arcos sufrieron igualmente variacio-
nes importantes que caracterizan el estilo árabe del último período.
Al apuntado y al de segmentos de círculo añadieron luego los que
describen una semiellipse muy pronunciada, las estalactitas de pom-
posa exornacion, tan conocidas en la Andalucía; los angrelados, os-
tentando sus lóbulos en la mezquita de Córdoba y el ojival tímido
empleado en Nuestra Señora del Tránsito de Toledo, los cuales son
de muy buen efecto. Las archivoltas se atavian con graciosas labo-
res vaciadas en estuco; los timpanos se cubren con grecas, axaracas
y festones, y las bóvedas, ora hemisféricas, ora en forma de piña,
compuestas de agrupados nichos á manera de estalactitas, presentan siem-
pre infinidad de combinaciones no menos estrañas que graciosas y ele-
gantes (1).—Os presenté la mezquita de Córdoba como un modelo de los
primeros ensayos arquitectónicos de los árabes, y la famosa Giralda de
Sevilla os habrá dado á conocer los adelantos que aquellos hicieron en
muy corto tiempo; voy ahora á hablaros de la hermosa Alhambra de Gra-
nada, voluptuosa é imponente ciudadela, maravilla de lo creado, y os for-
mareis tal vez una idea, aunque imperfecta, del estilo puramente árabe
de España.—Granada habia llegado á ser el centro de la civilizacion
oriental, que se presentó cual nunca brillante y seductora durante el rei-
nado de Mohamed II. Este principe ilustrado, amigo del pueblo y de las
letras, supo atraer á su córte, por demás bizarra y galante, á los hombres

(1) Son modelos de este género los del salon de Embajadores en el alcázar de Sevilla y las hemisféricas de los pabellones del patio de los Leones de la sala de los Abencerrages y la de las Infantas en la Alhambra de Granada. (CAVEDA. c)

mas doctos y entendidos, á los sabios, á los mas célebres artistas de diferentes Estados, y al poco tiempo todo florecia en su derredor. Se instituian academias y bibliotecas, se honraba á los doctos, eran celebrados en hermosos versos los héroes y sus proezas, y se levantaban monumentos que escedian en gusto y magnificencia á los del Asia, que contaba entre sus pueblos á Bagdad y á Damasco. Usóse un lujo desconocido en las zambra y torneos, en las armas y en los trages; formáronse las buenas costumbres; condenóse el vicio, y en fin, con el cultivo de las letras y las artes, con el progreso de la civilizacion, bajo el reinado de un principe esclarecido, vino á ser tenida Granada como la ciudad mas culta de Europa y Asia. En este estado, continuó Mohamed II en el año 1272 el palacio de la Alhambra, que habia comenzado el primero del mismo nombre. La imponente y espléndida fortaleza, recreo al par que defensa de la ciudad y ornato de la corte, se eleva en la sierra del Sol, con sus palacios y aljamas, materializacion de la exuberante imaginacion árabe. Sus muros bordean toda y cierran la ancha y prolongada meseta que corona la mágica sierra, flanqueados por infinidad de torres cuadradas que amenazan de muerte al atrevido que contemplar quisiera los misterios del maravilloso harem: el palacio ocupa el centro. Como los Vimanés de los indios entre las humildes chozas que les rodean, se levanta la risueña construccion llena de prestigios y de recuerdos, presentando el estilo árabe en toda su pureza, y simbolizando la esplendidez y el génio de sus fundadores, sus costumbres, supersticiones y creencias, con su suntuosa ornamentacion, con su imponente brillo, con el lujo verdaderamente oriental de sus encantadas estancias. Los Muftis, los Imanes y los Oficiales al servicio del rey, ocupan habitaciones separadas al Sud y al Este del palacio.—Mucho tiempo necesitaria, nobles señores, y mas erudicion de la que yo poseo, para describir todas las construcciones de la Alhambra y las infinitas riquezas artisticas que encierra. Limitareme á hablaros de las principales estancias del palacio, y á pesar de esto, no podré complaceros y servirlos como deseara.—Al Sud del palacio se halla el patio de la Alberca, con su hermoso estanque de mármol blanco, realzado por infinidad de naranjos y mirtos que lo visten en líneas paralelas. Circuyen al hermoso patio anchas galerías y arcadas, sostenidas por columnas de mármol blanco, cuyos techos aparecen bordados con esquisita elegancia de figuras geométricas y estrellas. Las arcadas describen un arco ligeramente rebajado, y las columnas, de una elegancia admirable, son de una sola pieza cada una. Al Norte una grande arcada conduce á la sala ó antesala de la Barca (1). Suntuosa y elegante con sus azulejos y estucos, comunica con el fastuoso sa-

(1) Es una de las piezas mejor conservadas del palacio.

lon de Embajadores, que ocupa casi la misma superficie y altura que la torre Cuadrada de Comares que la cobija (1): rico de ornamentacion en esmaltados azulejos, en inscripciones floreadas y en vistosos almocárabes, el régio salon, presenta sus muros no menos elegantes y lujosos que los bordados que ostentan las damas en los palacios los dias de grandes recepciones.—No es menos célebre el patio de los Leones por sus hermosas columnas y arcadas, por sus dos pabellones cuadrados (2), por sus artonados de oro y ricos mosaicos resplandecientes de colores variados, y por otras mil bellezas que atesora, mágico producto de la cultura árabe en España. Su figura es rectangular, y lo mismo que el de la Alberca, se halla rodeado de galerías con arcadas decoradas con festones y estalactitas, y de infinidad de menudas labores. Sus columnas, que ora aisladas, ora reunidas en grupos de tres ó cuatro, esplican el gusto de los árabes por la variedad, presentan sus capiteles de mármol blanco cúbicos, lo mismo que sus bases y sus fustes. Se admiran en el centro del famoso patio la no menos célebre fuente de los Leones, á la cual envian sus limpidas aguas por canales de mármol, la de la sala de las Dos Hermanas y la de los Abencerrages. Esta hermosa fuente, modelo el mas perfecto de la escultura árabe de España, se compone de un basamento ó estanque circular, rodeado de canales para recibir las aguas, de doce leones que la arrojan por la boca, de un cilindro hueco, y de dos grandes pechinas, la una en forma de pandera y la otra redondeada por la parte inferior; estas con el agua que vierten, forman dos círculos concéntricos, que chispeando plateada espuma, cubren constantemente á los leones de un velo diáfano.—La sala de las Dos Hermanas, la de las Infantas, la de la Justicia y la de los Abencerrages, que pertenecen á un mismo cuerpo del edificio, al Oeste del patio de la Alberca, no presentan menos bellezas artísticas que el salon de Embajadores. La primera particularmente, cobijada por una hermosa bóveda estalactítica, es superior por su ornamentacion y esquisitas labores á cuanto encierra la Alhambra de mas suntuoso y régio: la segunda ostenta asimismo pechinas estalactíticas de admirable belleza.—Al presentaros una pequeñísima muestra del ostentoso palacio, no he tenido para nada en cuenta, nobles señores, otra infinidad de estancias que posee construidas y decoradas con el mismo gusto, como las que comunican con el patio de la Alberca, las salas de los Archivos, el palacio del Principe, el patio de la Mezquita y otras y otras no menos bellas, cuya enumeracion no seria fácil. Pero, ¡cuántos primores no encierra aquel pa-

(1) La torre de Comares tiene 11 metros por lado y 19 de elevacion.

(2) Tiene el patio 36 metros de largo sobre 20 de ancho, y los pabellones cerca de cuatro por lado. (GIRAULT DE PRAEGEY., pág. 149.)

lacio, maravilla de las creaciones moriscas de España! Aquellos riquísimos mosaicos brillantes de mil colores, aquella profusion de dibujos y bordados de sutiles formas, aquel atavío lujoso de los techos y paredes resplandecientes de oro, azul y bermellon, aquellos arcos estalactíticos de tan originales y estrañas formas; todo, todo nos dice que la arquitectura árabe de las construcciones de Granada en este su tercer período, hubo llegado á su mayor perfeccion, despues de cinco siglos de ensayos y nutrida con los despojos de un vasto imperio. Para ello los artistas alentados por Mohamad, emplearon todo su saber, y el generoso príncipe todos sus recursos. ¿Podia el génio del islamismo dejar de producir su obra maestra? (1)—Tal es el estado, nobles señores, de la arquitectura árabe en nuestros dias; mas á pesar de florecer simultáneamente Sevilla, Córdoba, Búrgos y otros muchos pueblos de la Peninsula, á pesar de haber infinitos edificios donde se reconocen sus cualidades características, os lo repito, los monumentos de Granada, bañados por el Genil y el Darro, retrato fiel de las creencias de los mahometanos, no menos que de su espíritu costumbres y galantería, determinan el límite á que entre ellos ha llegado el sublime arte de Fidias y Scopas (2). Pero su arquitectura, forzoso es decirlo, á pesar de sus mosaicos y filigranas, de sus dorados y estucos, de sus letras floreadas y de sus estalactitas; á pesar de la seductora y mágica belleza de sus adornos todos, no tiene la pureza de estilo ni las admirables y elegantes proporciones de la de los griegos. Por demás acicalada y liviana, carece de majestad y grandeza. Los árabes fueron ingeniosos, pero no profundos. Menos entregados al deleite y á los placeres, menos dedicados á los atavíos del harem, menos solícitos en complacer á las hermosísimas sultanas.....

»Al pronunciar estas últimas palabras fui violentamente interrumpido, y siguiéronse coros de carcajadas que continuaron un largo rato. La causa de todo esto no fué otra que el Buen Mozo, cuyos sentimientos os he dado á conocer: cuantas veces se hablaba del bello sexo, otras tantas terciaba en la conversacion con entusiasmo fanático. En esta ocasion, lo mismo que en las anteriores, apenas oyó hablar de sultanas, manifestó su contento de un modo que llamó la atencion de todos los presentes.

—»Bravo, bravo, exclamó; digo, el deleite, el harem, las sultanas..... Mahoma tiene algo de sabio, á pesar de querer ser profeta. Os lo confieso,

(1) Véase á CAVEDA, cap. XIV, pág. 244, y á CHATEAUBRIAND en sus *Varietales literarias* en el artículo que trata del *viaje pintoresco é histórico por España* de M. ALEJANDRO DE LABORDA.

(2) Cuantos edificios construyeron despues de la Alhambra, llevan ya consigo el sello de la decadencia. (Véase la admirable obra de CAVEDA ya citada, cap. XIV, pág. 247.)

en la tierra no me ocurrió la formación del harem..... ¿Pudiera compararse conmigo algún sultán?....

—»Bravo, bravo, le interrumpen algunos, mientras otros quieren imponer silencio.

—»¡Qué colección! continúa él sin hacer caso ni de unos ni de otros; figuraos dos ó tres mil romanas de cuerpo esbelto y bello andar; otras tantas espartanas..... Españolas no hubieran faltado, ni tampoco cartaginesas. A los Partos y á las Persas les hubiera impuesto igual contribución, aunque la egipcia se quejara. ¡Qué conjunto y qué detalles!

—»Magnífico, bien, bien.

—»Silencio.

»Durante el bullicio yo le decía á Pitágoras:

—»¡Gallarda estampa!

—»Es el hombre más hermoso de todas las edades, me respondía el Filósofo.

»Creyendo el momento oportuno, y sintiéndome apasionado de aquel hombre, por más de un concepto extraordinario, quise de nuevo interrogar á Pitágoras para saber quién era; mas al mismo tiempo se levantó un tan confuso griterío imponiendo silencio, que pasamos un largo rato sin entendernos.

—»Dejad continuar al caballero, decían unos.

—»Basta de harem, clamaban otros.

—»No basta, respondía el Buen Mozo, con voz fuerte y sonora.

—»¡Hablaremos siempre de lo mismo?

—»Siempre debe hablarse de lo mejor.

—»Silencio, orden.

»Los artistas por fin dominaron el motín, y de nuevo y con tal insistencia me rogaron que prosiguiese mi relato, que por no disgustarles lo hice de esta manera:

—»Casi al mismo tiempo que florecía la arquitectura árabe en la España mahometana, presentándose tan ostentosa y risueña en las márgenes del Darro y Genil, aparecía otra en casi todos los pueblos cristianos á donde alcanzaba el poderío de los Pontífices. Extasiada ante sus antiguas y brillantes construcciones; deseosa de conservar las tradiciones del arte greco-romano; envanecida con la antigua cultura del Lacio; la Italia, rechazó al nuevo estilo como á una planta exótica ó bastarda, y le llamó gótico, por llamarle bárbaro. Sin embargo, nacido á principios del siglo pasado (1) y acomodado á nuestras creencias, fué recibido con entusiasmo

(1) Siglo XIII. Llamóse ojival, porque el arco ojival es uno de sus elementos constitutivos. Sin embargo, hay que observar que el ojivo substituyó al semicircular en las fábricas romano bizanti-

y se propagó á las demas naciones de Europa como por encanto. El gótico ha sido el resultado progresivo de las trasformaciones del romano-bizantino. La nueva escuela estaba en las tendencias de la época, en el desarrollo de las luces, en el espíritu del siglo. Era producto de las ideas, del progreso general ó simultáneo de las sociedades; el resultado de sus conocimientos, la espresion genuina de sus creencias, de su cultura y de su civilizacion. La arquitectura, nobles señores, marcha á la par de las otras artes y ciencias que tanto enaltecen al género humano. Sin mencionar los adelantos de otras naciones y sus progresos que no son pocos, ¿no vemos en nuestra España florecer instantáneamente todos los ramos del saber? ¿No han aparecido en Castilla las Partidas, que reducen á la unidad la legislacion politica y civil, antes tan vária, y en otros pueblos sus fueros y cartas-pueblas? ¿No hemos visto con asombro los rápidos progresos de la marina en Aragon durante el reinado de D. Pedro III, el mas grande de nuestros reyes? ¿Y su desarrollo no ha alentado el génio industrial de Barcelona, que dirige una tras otras las expediciones á lejanos climas dando vida al comercio y engrandeciendo su fortuna? ¿No se oye ahora la voz del tercer estado en las Córtes? ¿No van adquiriendo las letras el precio y consideracion que tener debieran alentadas por Alonso el décimo que eleva la sabiduría hasta las gradas del trono? ¿No se ha ilustrado la astronomía con las Tablas Alfonsinas y la poesia con los decires, con las cántigas y querellas que llevan los trovadores á los castillos feudales? ¿No se hace sentir menos la accion toda potente de la diplomácia en esta época de las grandes empresas y de las grandes conquistas? Enlazada con el sentimiento religioso, suaviza el carácter de los guerreros, que de indómitos, turbulentos y feroces se tornan humanos, comedidos y galantes. En fin, el impulso está dado; el resorte mágico se agita, y un movimiento intelectual, difunde las luces, enaltece las artes y las ciencias y mejora la condicion de los pueblos.—Ya lo veis, nobles señores, ante la revolucion grande, magestuosa, imponente que se opera hace mas de un siglo, no podia y no debia la arquitectura permanecer estacionaria. Ademas el Islamismo, como se ha visto, siguiendo el progreso general de las sociedades, olvidaba las formas antiguas para engalanarse con pomposos almocárabes, vistosas axaracas, no menos que con lujosas y espléndidas pechinas estalactíticas. ¿Nos admiraremos de que el arte cristiano le diera una contestacion? Debia darsela, y se la dió cumplida.—El gótico, derivacion natural del romano-bizantino, producto indigena

nas, y por consiguiente, antes del siglo XIII, como se ve en la catedral de Córdoba y otras.—Comenzó á llamarse ojive en el siglo XVIII. (CAVEDA, cap. XVI, pág. 267, *Bat Differ, for de l'ogive*, pág. 496.

de Europa, fué empleado casi al mismo tiempo en Alemania, Francia y España (1). La primera presentó sus modelos en las iglesias de Naumburg y de Minden (2); la segunda edificó durante el siglo pasado las espléndidas catedrales de Amiens, Chartres, Reims, Paris, Clermont, y otras del mismo gusto (3); y Cataluña, provincia la primera en la Península, las no menos suntuosas y bellas de Tarragona, Tortosa, Solsona (4) y otros monumentos importantes, que comenzados conforme el gusto romano bizantino, se continuaron con arreglo á los principios del gótico. Lo mismo sucedió en Castilla á las catedrales de Cuenca y Avila, y con un lujo difícil de describir se comenzaron las de Burgos, Leon, Toledo y Sevilla, grandiosas y soberbias construcciones en donde la poesía del arte cristiano se muestra en todo su esplendor, recuerdo glorioso del sentimiento religioso de nuestros abuelos, de su poderio y de su amor á las artes.—La estructura general de estos templos, particularmente en los que el gótico aparece sin mezcla, es una misma siempre. Cruz latina de grandes dimensiones (5); ábside semicircular ó poligonal; tres naves con arbotantes ocul-

(1) No menos diversas que ingeniosas son las hipótesis para buscar un origen al estilo ojival. WORBURTON y CHATEAUBRIAND, creen encontrarle en los bosques del Norte, en cuyas calles, los árboles les presentan las galerías, sus troncos los pilares agrupados y el ramaje de sus copas, las bóvedas peraltadas, etc., etc. El último, con mas poesía que verdad, esclama: (*Genie du Christi*, par. III, c. 8), «Les forêts des Gaules ont passé dans les temples de nos pères, et nos bois de chêne ont ainsi maintenu leur origine sacrée. Ces voûtes ciselées en feuillage, ces jambages qui appuient les murs et finissent brusquement comme des troncs brisés, la fraîcheur de voûtes, les ténèbres du sanctuaire, les ailes obscures, les passages secrets, les portes abaissées: tout retrace les labyrinthes des bois dans les églises gothiques; tout fait sentir la religieuse horreur des mystères et la divinité, etc. etc.

BENTHAM, MILNER et S. CARTER, pretenden que el arco ojival ha nacido en Inglaterra, y WIEBEKING, STIEGLITZ, FIORILLO, BUSCHING y otros afirman por el contrario que es de origen aleman. Algunos han creído ver su cuna en las orillas del mar Báltico porque desde el siglo catorce se le llamó gótico; no faltan anticuarios que se la atribuyen á Normandía, dando por razon la infinidad de construcciones góticas que encierra esta provincia, y LORD ABERDEEN, VHI- TINGTON, STRUT y LENORMANT quieren para el Oriente los honores de la invencion. JOVELLANOS y CEA BERMUDEZ son de esta opinion, sosteniendo que las torres de nuestras catedrales góticas, se derivan de las que construyeron los cruzados para el ásedio y asalto de las plazas fuertes de Siria y Palestina. Mas á pesar de la autoridad de todos estos nombres, no podrian sostenerse hoy tales opiniones. Los descubrimientos, los viajes, como dice CAVEDA, y la observacion y el análisis han esclarecido de tal modo la historia del arte en nuestros dias, que HOPPE y BATISSIER el primero, en su *Historia de la arquitectura*; y el segundo en la *del Arte monumental*, demuestran que la arquitectura ojival es una derivacion natural, espontanea, de la romano-bizantina. (Véanse CAVEDA, cap. XV y BATISSIER, lib. IX, p. 497 y siguientes.)

(2) WIEBEKING, cit. por CAVEDA supone la primera del siglo X, y la segunda del XI.

(3) El primer ensayo que se hizo en Inglaterra del estilo ogival ó gótico, fué en el coro de la catedral de Canterbury por los años de 1177. (CAVEDA, cap. XV, pág. 261.)

(4) CAVEDA, cap. XV, pág. 265.

(5) La catedral de Toledo cuenta 401 piés de longitud, y 201 de latitud (Id. cap. XVII, página 283.)

tos en las dos laterales, y crucero cobijado no pocas veces con una elevada cúpula. Radiante de ornamentacion, la fachada se muestra ostentosa y soberbia con tres ingresos ó portales, separados por estribos, contrafuertes y resaltos, que en forma de obeliscos robustecen al mismo tiempo que hermosean la fábrica, rematando en frontones erizados de puntas. Torres á los lados que se comunican por medio de un antepecho perforado, rosetas en el segundo cuerpo, y estatuas en el tercero. Tal es el arreglo de las catedrales desde la aparicion del gótico á principios del siglo pasado.—Los detalles y accesorios en la misma época ya tienen igualmente su carácter especial. La ogiva, formada siempre por dos arcos de circulo de igual rádio, que se cruzan en su parte superior creando un ángulo curvilíneo, es mas apuntada, mas esbelta y graciosa que en los siglos anteriores, cuando apareció en las fábricas como accesorio ó adorno. Desde mediados del siglo XIII predominan ya en todas las construcciones con los dos arcos de circulo mayores que su abertura, alternando alguna vez con los angrelados de tres ó mas lóbulos, y con los gemelos que se empleaban particularmente, y con muy gracioso efecto, en la exornacion de las ventanas. Los pilares fueron unas veces de planta poligona, revestidos de columnas agrupadas representando manojos de junquillos (1); otras cilindricos coronados de grandes cimacios, y no pocas cruciformes con columnitas en los brazos de las cruces. Sus basas, casi siempre áticas, descansan sobre plintos prismáticos de grande elevacion. Los capiteles están caracterizados por las diversas hojas que les rodean en una ó dos hileras, separándose horizontalmente del tambor, y enroscándose con las evolutas del jónico. Ramos, tallos, sargas de perlas y otros dibujos de poco relieve los cubren otras veces, y sus cimacios, con molduras salientes y muy robustas, describen la figura de un poligono.—No son pocas las construcciones que pudiera presentaros en la Península Ibérica, comenzadas en el siglo pasado, y que tienen los principales caracteres del gótico; pero bastará recordaros algunas de ellas. Entre otras figuran las mas antiguas obras de las catedrales de Leon y Búrgos, comenzadas la primera en 1199, y la segunda en 1221 (2), una portada de la de Toledo debida al arquitecto Pedro Perez en 1226, en la cual puso San Fernando la primera piedra; la fachada principal de la de Tarragona, con su hermoso ingreso y sus estribos exornados con arcos apuntados, y estatuas sobre repisas y bajo dólmenes; las catedrales de Cuenca (3) Segorbe, Badajoz y Coria; el

(1) No pocas catedrales ofrecen ejemplos de estos pilares. En Nuestra Señora de París los hay con ocho columnitas separadas del principal fuste. (BAT, *Stile Ogival Primaire*, pág. 506.)

(2) Fundadas por San Fernando y el obispo Mauricio.

(3) Debida á Alonso VIII.

monasterio de Benifasá (1), debido á Jaime I; Nuestra Señora del Cármen de Barcelona del año 1287; Santa María de Corbera, gran parte de la catedral de Avila erigida por Alvar García; San Francisco de Balaguer, que lo fue por Francisco de Quintanal, y otras muchas que no enumero..... Pero, ¿supongo que los artistas que acabo de nombrar están en este palacio?

—»No faltan, me respondieron muchas voces.

—»Y todos os escuchan con sobrada atencion, añadió Chanacya riendo.

»Los artistas españoles, que eran no pocos miles, sonrieron asimismo, y Alvar García contestó:

—»No está mal dicho.

—»Lo escuchamos porque tenemos un gran placer en oírle, repuso el maestro Pedro Perez.

»Lo mismo insinuaron Pedro Salvat, constructor del castillo de Bellver en Mallorca; Martin Pari, que lo fué de no se qué parroquia en Galicia, y otros.

»Mas Quintanal, menos diplomático que sus compañeros, y francote como los de su país, añadió:

—»Y tambien por ver si dice alguna barbaridad.

»A esta salida tan inesperada, no pude menos de replicar:

—»Gracias por el concepto.....

—»¿Qué concepto ni qué diablos? me interrumpió; ¿no podriais equivocaros?

—»Cierto, pero.....

»Bullanga me interrumpió á su vez para decirme al oído:

—»Dice bien el artista catalan. ¿Sería la primera vez que rebuznais?

—»Calla, le contesté colérico.

»Pero él sin hacerme caso, añadió siempre al oído.

—»Yo creo que sino os enmendais, en breve sereis el mas gran rebuznador del siglo.

»Para hacerle callar, recurri á un espediente que después puse en juego otras veces, y fué pellizcarle el brazo con todas mis fuerzas. Por lo menos le hice un cardenal, y dió un grito sofocado, mientras yo, terminado el incidente, decia á Quintanal:

—»Cierto que podria equivocarme; pero creed que aunque así fuera no lo haria en menoscabo de los grandes artistas, honra y gloria de la patria.

—»Bravo, bravo, me respondieron muchas veces.

»Quintanal me apretó la mano, señal nada equívoca de la satisfaccion

(1) Se comenzó el año 1226, y se concluyó en el siglo XV. Como esta, hay infinitas construcciones.

con que habia oido mis últimas palabras, y un momento despues Mário me preguntaba:

—»¿Y en medio de este noble entusiasmo por la construccion de tan suntuosas catedrales, nada se ha prescrito para procurar en ellas el decoro correspondiente á la elevada mision que desempeñan?

—»Tengo el gusto de poder contestar afirmativamente á vuestra pregunta, le respondí haciéndole una gran reverencia.

—»Es decir que en España?....

—»En España se ha previsto todo. Los fundadores, que son muchos, porque apenas hay nadie que no deje parte de sus bienes para la ereccion de alguna iglesia, deben sujetarse á ciertas reglas y prescripciones, dictadas con no poco celo y con mucha inteligencia por el rey de las Partidas Alonso el décimo. Este monarca, que contribuyó como el que mas á dar tersura y elegancia á su idioma natal; que dió al valor personal su verdadero valor, sustituyéndole en sus consejos por la sabiduría; este monarca, digo, viendo recrecer el entusiasmo por las construcciones religiosas, consignó en su inmortal Código de las Partidas algunas leyes para regularizarlas. Ved una de ellas, que es la 6.^a, tit. 10, 1 Partida.—*Por bienaventurado se debe tener todo hombre que pueda facer iglesia, dó se ha de consagrar tan noble cosa, et tan sancta como el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Et como quier que todo hombre et muger lo puede facer á servicio é honra de Dios, pero con mandamiento del obispo, como es dicho en la ley segunda deste título, con todo eso debe catar dos cosas el que la ficiere, que la haga cumplida et apuesta; esto tambien en la labor como en los libros, et en los vestimentos, etc. etc.*—No os recordaré, nobles señores, ninguna otra, tanto porque lo dicho basta para daros una idea de las disposiciones que rigieron en la materia, como porque supongo que Alonso el Sábio habrá merecido un alto puesto en este palacio; y siendo así, él mismo podrá informaros.....

»Un creciente murmullo de aprobacion interrumpió mis palabras, é hizo sonreir á uno de aquellos personajes, que se hallaba no distante de nosotros. Al mismo tiempo Pitágoras me preguntaba en voz baja:

—»¿Le conociais?

—»¿A quién?

—»A Alonso el Sábio.

—»No.

—»Es aquel que ha sonreido.

—»¡Ah! ¿Aquel es el rey de las Alfonsinas?

—»El mismo.

—»No me disgusta su estampa.

—»Fué el príncipe mas ilustrado de su tiempo: es muy considerado....

»Pitágoras fué interrumpido por otro personage, que no hube visto hasta entonces, el cual me preguntó con mucho interés:

—»¿Tuvieron alguna vez aplicacion esas leyes?

—»Frecuentemente y cumplida, le respondí; á ellas se debe en gran parte la semejanza y regularidad que ofrecen los templos góticos.

»Luego pregunté al Filósofo:

—»¿Quién es este?

—»Es el padre de Alonso el Sábio, me contestó.

—»¿Fernando III?

—»Cierto.

—»¿Y mereció este palacio?....

—»Aunque otro título no presentara, era mas que suficiente el ser padre de tal hijo, para merecer tan alta recompensa. Recordad los festejos que habeis presenciado hechos á la madre de Pericles.....

—»No los he olvidado.

—»Pero Fernando III podia presentar otros títulos. Combatió con buen éxito á los moros, les arrojó de Córdoba, Sevilla y Cádiz (1) y fundó la universidad de Salamanca.

Esto dicho, tomando de nuevo el hilo de mi discurso, proseguí en estos términos, siendo, como siempre, escuchado con el mas religioso silencio.

—»No dejaron de hacerse igualmente otras construcciones no menos bellas, como el castillo de Bellver en Mallorca, labrado por Jaime segundo, el alcázar de Sevilla por D. Pedro y otros muchos de pública utilidad. Todos estos edificios pueden daros una idea bastante exacta del estado del arte durante el siglo pasado. Ahora, señores, en mis dias (2) la forma y distribucion de los religiosos, que son los que particularmente han caracterizado el estilo gótico, han sufrido pocas variaciones. Se conserva la misma planta de cruz latina, y solo se agregan unas capillas á las naves laterales, y aparece mas espacioso el conjunto. Pero no sucede así con los detalles y accesorios, cuya variedad, elegancia y riqueza han mejorado considerablemente. Pierde el estilo en severidad y sencillez, pierde en pureza, es verdad, pero olvida de todo punto las tradiciones antiguas y gana en delicadeza, en grandiosidad y atrevimiento. Sus fábricas son no menos grandiosas que esbeltas y ligeras, y de una pompa artística desconocida en el siglo pasado. Al paso que abate insen-

(1) Por tales victorias fué elevado al rango de los santos por Clemente X en 1671. San Fernando es, en efecto, considerado como el fundador de la Universidad de Salamanca.

(2) Principios del siglo XIV.

siblemente la ogival (1) en las naves é ingresos, presenta los frontones de forma mas aguda, cubriéndolos de penachos y cresterías; los arbotantes, mas sueltos y delicados, se lanzan á largas distancias, y los estribos y contrafuertes, mas aereos que los del siglo anterior, coronados como ellos de pináculos, ú obeliscos, se atavían ahora graciosamente con pequeños enca-samientos decorados de estátuas, repisas y doseletes, y con hermosas cresterías que lucen apiñadas sobre sus aristas. Las columnas cilíndricas son menos pesadas y se agrupan mas; sus capiteles se ven lo mismo casi siempre, adornados de dos órdenes de hojas, pero que no se enroscan como antes en forma de evolutas, sino que se doblegan contra el tamborete y lo abrazan bajo cimacios muy abultados, en donde entremezclados con animales, algunas veces desconocidos, se representan hábilmente ramos de encina, yedra y fresal, la hoja de la vid y la de otras diversas plantas. Los zócalos presentan basas sencillas y menos elevadas que los de la época pasada; las ventanas un lujo de ornamentacion desconocido, revistiéndose de graciosas molduras; y los rosetones, con no menos riqueza, se cubren de dibujos formados por ingeniosas combinaciones de curvas.—Estos y otros muchos adelantos igualmente característicos, aunque menos notables, ofrecen ya diversas catedrales de la Península y las de algunos otros pueblos de Europa. Las de Palencia, Metz y Santa María del Mar de Barcelona; el cláustro de la de Vich; las naves de las de Auxerre y Tours, pueden servir de ejemplo, no menos que otras muchas fábricas que se han comenzado siguiendo los mismos principios, gracias á la piedad bienhechora de los príncipes y fundadores que las continúan con rara diligencia (2). Otra de las causas principales de tan sorprendente desarrollo, está en las Cruzadas. Los barones, faltos de recursos, se desprenden de muchos de sus derechos en favor de las ciudades, con lo que estas ganan en independencia y bienestar. Los estados se ponen mas en comunicacion con el afán de los viajes. El comercio y la industria florecen. El talento se desliga de muchas trabas, y el espíritu público se despierta vigoroso. De regreso en sus hogares los viajeros y espedicionarios, cuentan con entusiasmo lo que han visto en sus largas correrías, y difunden nuevas ideas, y crean el gusto por las artes. Los edificios que vieron en la Palestina,

(1) Desde principios del siglo XIV. Su base es igual á la abertura del arco, y cada uno de los dos que lo forman tiene su centro en el nacimiento del que lo es opuesto. Queda por consiguiente circunscrito á un triángulo equilátero. (BAT, *Stile de Trans*, pág. 496.)

(2) Son infinitas las catedrales levantadas segun el gusto de esta segunda época, que comprende todo el siglo XIV, pero sin incurrir en graves anacronismos, no pueden ponerse en boca de Siscar, que solo alcanza los primeros años de dicho siglo. Los que quieran conocer las mas notables pueden consultar la brillante obra de CAVEDA, en su cap. XVIII. Este segundo período de la arquitectura ogival, llamóse *gótico florido* por nosotros, y *rayonnant* ó *recondaire* por los franceses. Puede verse tambien á BATISSIER, lib IX, pág. 114, y siguientes.

los palacios de Constantinopla, el magnífico templo de Santa Sofía, son modelos dignos de imitarse, y promueven una tras otras las construcciones, que muchas veces se adornan con detalles del gusto oriental. Su influencia se ha hecho sentir en casi todos los ángulos de Europa, y ya os lo he dicho, el vuelo tomado por el estilo gótico es muy rápido, ¿á dónde podrá llegar conducido por las inspiraciones del génio? Vosotros, penetrando el oscuro porvenir, podreis contestar á esta pregunta. Pero las imponentes y espléndidas catedrales que en todas partes se levantan, resumen ya hoy los caracteres esenciales del nuevo estilo. Bóvedas de arista, pilares agrupados, merloncillos, perforaciones, botareles, estribos arbotantes, contraresto de fuerzas, formas piramidales, pináculos, torrecillas, sistema de líneas verticales, almenas, lanceras, rosetones; nada olvida el piadoso fundador, nada descuidan leyes y costumbres, nada omite el hábil artista. Las partes constitutivas del arte son conocidas; se engalanan con nichos, estatuas, repisas, doseletes estalactíticos, filigranas, cresterías y otros no menos vistosos adornos; y el gótico, despejado de antiguas tradiciones, rotas las cadenas que le ligaban con el romano-bizantino, presenta en fin su fisonomía propia en los templos del cristianismo (1).— ¿Qué mas podría yo deciros sobre este nuevo gusto arquitectónico que reemplaza paulatinamente á los anteriores, asombrando al mundo con sus gigantescas y grandiosas concepciones? Allá en la tierra, los templos hablan á las suspensas generaciones. En sus misteriosos ámbitos; entre las sombras que envuelven los santuarios; ante aquella claridad indefinible que arroja la luz modificada por los rosetones y ogivos de mosaicos transparentes, se levanta una voz no menos imponente que armoniosa, dulce y melancólica; una voz que nos inspira y eleva, nos conmueve y consuela; una voz que intentáramos en vano dejar de oír, y esta voz es el habla del silencio. ¿Quién penetraría en aquellas grandiosas catedrales sin experimentar una conmoción profunda ante sus vastas y riquísimas naves, sin sentir aquella emoción indefinible que nos causan siempre los grandes espectáculos de la naturaleza? Todo en ellas es poético, todo es grandioso (2). Dos sentimientos las han producido; el sentimiento de la patria y el reli-

(1) Si hay anacronismo, es voluntario. Ya hemos indicado que Siscar solo puede mencionar lo que ha visto á principios del siglo XIV. Sin embargo, tampoco creemos que haya mucha exageración en el texto, porque los principales caracteres del gótico iban siendo conocidos ó determinados en la espresada época. Además, bueno es tener presente; primero, que en los tres periodos que se le señalan, los principios fundamentales del arte son los mismos; y segundo, que nosotros no podemos ocuparnos, en razón á la época en que vive Siscar, ni de todo el segundo de estos periodos, ni del tercero, que comprende los siglos XV y XVI.

(2) MONTAIGNE cit. por Bat, p. 502, dice: «*Il ni est à me si reveche, qui ne se sente touchée de que quel reverence á considérer la vastité de nos églises, la diversité d'ornaments, á ouir les sons devotieux de nos orgues, et de l'harmonie si posée et religiense de nos voix.*»



LÁMINA 20.^a—Mal he respondido á vuestra solicitud, puesto que solo he podido daros una pequeña idea de la marcha de la arquitectura desde el siglo de Pericles.

gioso. ¿Nos admiraremos? El primero es el mismo que en las batallas eleva al hombre al rango de los héroes, el que engendra las grandes virtudes; el segundo es el mismo que arrastra unas tras otras las generaciones á la conquista del Santo Sepulcro, el que sostenia el valor de los mártires en las arenas romanas. ¿Qué otro poder igualaria á su poder? ¿Nos sorprenderá el que ambos hayan dado vida á tan sublimes inspiraciones?.... Ilustres y nobles señores, concluyo. *Mal he respondido á vuestra solicitud, puesto que solo he podido daros una pequeña idea de la marcha de la arquitectura desde el siglo de Pericles.* Mas yo creo, sin embargo, que habreis comprendido una cosa, y es que el arte griego ha dado origen á todas las arquitecturas de que acabo de hacer mérito; ha sido en la antigüedad el punto de partida de los sistemas arquitectónicos de la mayor parte de los pueblos occidentales. En efecto, ya os lo he dicho, el latino con sus basílicas no fué otra cosa que el griego en su estado de decadencia, cuando los principios que hicieron la gloria de esta eran desconocidos; el neo-greco ó bizantino, cuya parte mas característica, la cúpula, está basada tambien en la antigua griega, corrompida por el lujo; el árabe en su aparicion, falta de sistema como de caracteres esenciales, se formó con detalles bizantinos y con despojos de los monumentos griegos; y finalmente, el gótico, acabais de oirlo, con mas variedad en los detalles, no es otra cosa que una trasformacion del romano-bizantino. Sin duda alguna que todas ellas, llegando sucesivamente á su mayor perfeccion, fueron interpretadas por artistas sublimes, á los cuales veo con gusto en este palacio, morada del génio y del heroismo; pero tampoco la hay en que tan brillantes concepciones no cuentan con la pureza de estilo y con las elegantes y admirables proporciones de la griega. En Grecia, todos lo sabeis, la arquitectura estaba sujeta, no solo á reglas invariables, sino á una legislacion, y esta es la razon porque en todas sus construcciones se observa una forma determinada y las mismas proporciones. ¿Por qué en esto, que constituye la parte mas bella del arte, no la imitaban los otros pueblos y sus construcciones por mas de un concepto brillantes y grandiosas, no se vieran incorrectas? En Grecia los artistas trabajaban por cuenta del gobierno; la nacion era propietaria de todas las grandes obras, y por consiguiente, el arte tenia un carácter eminentemente nacional. Por esto, los artistas estaban considerados como iguales de los magistrados. ¿Podria vanagloriarse algun otro pueblo de haber hecho lo mismo? ¿Nos admiraremos despues de esto que la Hélade haya llevado las artes al alto grado de perfeccion en que se vieron, y que no pudo jamás alcanzar ningun otro imperio?—Algunos hombres malavenidos con la ilustracion antigua, que no saben comprenderla, dirán tal vez que al

pensamiento griego le faltaba el medio punto para ser completo. Todos vosotros, señores, sabreis mejor que yo, si es cierto ó no que la Hélade desconocia aquel arco, cosa para mí muy dudosa, viendo el apuntado en sus construcciones. Mas prescindiendo de esto, tened entendido que los que tal insinúen, serán contestados por otros hombres mas doctos y entendidos, que les demostrarán, sin dejar lugar á la duda, que al pensamiento griego no le faltaba nada, y que por lo mismo no necesitaba el medio punto. ¿Podia menos de ser así? Los dos principios esenciales que presidian al arte comprendian todas las condiciones deseables, tales como solidéz, comodidad, y belleza. Todas las partes de un edificio era indispensable que tuviesen su razon de ser, sin que bastase el que apareciesen agradables á la vista. Las construcciones sin escepcion pertenecian á uno de los sistemas conocidos con el nombre genérico de órdenes, entendiéndose por orden el arreglo combinado de las partes salientes. Un orden se componia de tres cuerpos: entablamento, columna y estilobate ó basamento, y una ley fijaba sus proporciones, siendo el diámetro inferior del fuste la unidad de medida. Ahora bien, prescindiendo de algunas otras consideraciones de no escasa importancia, ¿puede pedírsele algo á un tal sistema? Las naciones que han marchado al acaso, sin hallar el medio de establecer reglas fijas para sus construcciones, ¿podrian acusar á otra, que todo lo ha previsto, de falta de pensamiento ó de tener un sistema incompleto? ¿Incompleto por desconocer ó no emplear el medio punto! ¿Lo necesitaban acaso para levantar el Partenon, obra la mas grandiosa que ha producido el arte? ¿Y para edificar el famoso santuario de Minerva Alea, debido á Scopas, les hizo falta? ¿Necesitaban el medio punto para los templos de Efeso, Pœstum, de Minerva Poliada y de Teseo, en Atenas; de Jupiter, en Egina; de Apolo, en Bassæ, de Empedocles, en Sileonte; de la Concordia en Agrigente, los mas de arquitectura policroma, y otros y otros considerados como las mas hermosas producciones del género humano? Y para las Palestras de Hierópolis, Sasus y Efeso, edificios destinados á las luchas, y para los grandiosos teatros de Sunium, Epidáuro, Argos, Delfos, Atenas, Esparta, en Grecia; y Gnido, Heráclea, Megalópolis, Stratonice, Laadicea y Tlos (1), en Asia Menor tambien tenian necesidad del semicírculo? Lo mismo diriamos de los baños, gimnasios, tesoros, agoras y sepulcros que poblaban la Hélade. ¿Pero qué se responderia á todo esto? Si todos convienen en que las construcciones de la Grecia en el siglo de Pericles constituyen lo mas grandioso, sublime y correcto del arte ¿para qué necesitaban el arco? La arquitectura de los pueblos que usaron primero el medio punto y la de los que sucesivamente lo han em-

(1) Segun BATISSIER, el teatro de Tlos es el mas grande de los que se conservan.

pleado, ¿superó á la griega? No. Por el contrario, los romanos, que tomaron el arco de los etruscos, haciéndole el rasgo dominante de su arquitectura, modificaron profundamente el estilo griego, preludiando su decadencia. ¿Qué mas podria decirnos?... Nobles señores, la gloria de haber llevado el arte á la mayor perfeccion posible, pertenece á la Grecia: el arte es griego. Ilustres hijos de la Hélade, eminentes artistas, maestros de Roma (1), y honor y lustre del género humano, salud, siempre salud. Regocijaos; despues de una lucha de diez y ocho siglos, lucha incesante, no menos que noble y generosa, no habeis sido vencidos. Tras de vosotros las guerras, el lujo, el capricho de los potentados y el deseo de conducir el arte por sendas no trilladas, corrompieron el gusto y su relacion se ha perpetuado. Hânse visto, es verdad, notabilisimos edificios, ricos y grandiosas construcciones que hacen la gloria de mas de un artista; mas en unas se observa una mezcla de sistemas opuestos que daña á la vista; en otras capricho, licencia, disipacion, antojo, falta de pensamiento; y en casi todas, podemos decirlo, proporciones, gusto, arte, todo desaparece bajo la inmensa bulumba de las filigranas, cresterías, estalactitas, azulejos, axaracas, almócárabes y otros riquisimos adornos con que ocultan su fatal decadencia.—Hijos predilectos de la Hélade, tales nuevas os contristan, lo veo; mas yo confío en la Providencia: confiad en ella vosotros. Es cierto que la luz de vuestra ciencia dejó de brillar en la tierra; es cierto que el trono de hierro del oscurantismo pesa aun sobre algunos pueblos; pero creedme, el hombre de la tierra comienza á conocer lo que pasaba en Atenas, y tal vez no está lejos el dia en que el arte griego, adicionado con el arco, se aparezca no menos esplendoroso y brillante que cuando creó su gloria (2). Sepamos confiar, sepamos esperar: mas ó menos tarde su triunfo es seguro.

»Al dejar de hablar, fueron acogidas mis últimas palabras con tales muestras de entusiasmo, que los aplausos y los vítores llamaron la atencion, yo creo, de todo el *Psicostatmos*: tal fué el número de gentes que

(1) Los griegos dieron á los romanos leccion de arquitectura, como de letras y filosofia. El mérito de los romanos está particularmente en esparcir en las provincias de su vastísimo imperio lo que aprendian de los griegos.

(2) Siscár puede presentir el *Renacimiento*, porque ya en el siglo XIV ORCAGNA empleó en la *Loggia dei Lanzi* á Florencia arcadas de medio punto y BRUNELLESEHI en la misma época, á pesar de su saber en el estilo ojival, como dice BATISSIER, decoró á la manera antigua los palacios de los Strozzi y de los Ricordi en la misma ciudad. Mas al significar que Siscár anuncia la aparicion del *Renacimiento*, no pensamos decir que este sea la aparicion del arte antiguo de que se habla en el testo, no. El *Estilo del Renacimiento*, aun cuando ha adoptado los cinco órdenes con algunas modificaciones en sus molduras y proporciones, á pesar de que aplica á sus construcciones los elementos del greco-romano, no puede ser considerado aun sino como un estilo nuevo debido á los artistas mencionados y á Bramante y á Rafael, que le crearon, inspirándose de los monumentos

entraron repentinamente en el salon para conocer la causa de aquel estruendo. Por momentos parecióme ver temblar el edificio. Mas llamóme muy particularmente la atencion el ver que los artistas de todos los países, que en mal hora se habian separado de la escuela griega, aplaudian con no menos frenesí que los griegos y los romanos. Pareciéndome que, por el contrario, mis conclusiones debian haberles gustado poco, interrogué al Filósofo diciéndole:

—»Como; ¿los enemigos del arte antiguo me felicitan lo mismo que los hijos de la Hélade?....

—»¿Y por qué no? Lo contrario, seria continuar en sus extravíos.....

—»¡Ah! reconocen sus faltas, condenan sus sistemas.

—»Es la verdad. Su satisfaccion es grande al saber que en la tierra se comienza á pensar como aquí.

—»Bravo, bravo.

—»Ved su alegría. Mirad..... mirad.

»Dirigí la vista en medio de aquella reunion de gentes, y ciertamente ví y oí cosas curiosas. La sola idea de que el gusto griego, es decir, el único arte propiamente dicho, debia volver á parecer sobre la tierra, habia trastornado muchas cabezas.

»Fidias, Scopas y Apeles jugaban lo mismo que chiquillos.

»Isidoro de Mileto le decía riendo á Arthemius de Tralles.

—»Por fin caerá nuestra escuela.

—»Ya era hora, contestaba el segundo con no menos alegría.

—»Mucho habrá sufrido el género humano con una enfermedad tan larga, exclamaba Caius Mucius, el mismo que elevó el templo del Honor y de la virtud en Roma, cerca de la puerta Capena (1).

»Caton el censor, republicano sesudo y entendido, añadía su tropo diciendo:

—»Se han lucido los gobiernos llamados absolutos. Siempre pensé que absolutismo debia considerarse como sinonimo de embrutecimiento y de degradacion.

antiguos. Prueba deesto que los mismos artistas, á pesar, como hemos dicho, de servirse de elementos antiguos, no pensaron jamás imitar á ninguno de los mismos monumentos greco-romanos que tanto admiraban. El nuevo estilo italiano penetró, aunque paulatinamente, en los diversos Estados de Europa, siendo su construccion mas importante la vasta basilica de San Pedro en Roma, levantada, como es sabido, por Bramante, Sangallo y Miguel Angel. Se cree que la causa de la caída del ojival fué la dispersion de las grandes escuelas de framasonería; faltándoles el apoyo de los Papas, fueron disueltas y llevaron consigo los secretos de la ciencia del arte gótico. Dice BATISSIER que algunos años despues se habia completamente olvidado el modo de construir los arcos apuntados y las elevadas bóvedas que caracterizan las catedrales de la edad media.

(1) Es el arquitecto romano mas antiguo de que se tiene noticia. (VITRU, lib. III, cap. I.—BAT, lib. V, pág. 211.)

»A la derecha de estos grupos las cosas pasaban de otro modo.

»Alonso el Sábio muestra su contento, dando un capirotazo á la punta de la nariz á Praxiteles.

»Pelayo, el de Covadonga, tertia en el juego exclamando:

—»Yo me dejaré dar doscientos por lo menos con tal que.....

»No pudo acabar la frase. Fué interrumpido por Ciceron el orador, que perorando á corta distancia terminaba un período enérgico, diciendo con voz fuerte y sonora:

—»...Y durante el movimiento regenerador, arránquese de raíz la mala yerba.

»Un grupo no pequeño le aplaudía.

»En otra parte Quintanal, que aunque hombre grande no podia desmentir que habia sido fraile, da dos ó tres cabriolas, y en la última, ya sea por casualidad ó de intento, derriba á un cierto personage que no pude conocer, si bien supe no era español, diciéndole al mismo tiempo:

—»Vaya por la inquisicion, hermano.

»Los maestros Alvar García y Pedro Perez manifiestan su satisfaccion tirando cada uno de una oreja á Urbano II, mientras le insinúan no se qué, á propósito de la primera cruzada.

»El hermano Bullanga, admirado de lo que veia, pareciéndole sin duda que en aquel momento todo era permitido, da varios grandes saltos, y en algunos de ellos acierta á dar tres ó cuatro coces á otros tantos príncipes y reyes que á pesar de ser hombres grandes no habian jugado muy limpio en la tierra, á propósito de ilustrar al pueblo.

»La multitud aplaude, y yo al verlo interrogo á Pitágoras diciéndole:

—»¡Cómo! ¡aplauden al prógimo?.....

—»Es un castigo, es un castigo, me responde.

—»¡Las damas me lleven!

—»El prógimo es el instrumento de que se vale la.....

—»¿Por manera que si á mí me va dando gana de acogotar á alguno, será tambien un castigo?....

—»Sin duda alguna. Hay quien puede hacer nacer en vos la idea.....

—»Entendido, entendido.

»Mas mientras se levantaba el de la inquisicion, se escabullia Urbano II, y los príncipes heridos por Bullanga murmuraban algunas palabras no comprensibles, me ví yo rodeado de tantas gentes que me abrazaban felicitándome y festejándome de mil modos, que por momentos temí ser ahogado.

—»No podíamos recibir mejoras noticias, me decian unos.

—»Nos habeis dado un placer infinito, añadian otros.

—»Mucha es tambien mi satisfaccion, les respondi.

—»¿Estais contento? me preguntaron muchos.

»No se hizo esperar mi respuesta.

—»Tanto, por haberos visto y oido, les respondi, que para vivir entre vosotros tentado esto y, Dios me lo perdone, de hacerme hombre grande.

—»Bravo, bravo, me respondieron.

—»Es chusco el catalan, apuntaban estos.

—»Y no poco listo, respondian aquellos.

»A cada cual en fin se le ofrecia una cosa que decir en mi obsequio, y la escena hubiera sido interminable si yo no insinuara por lo bajo á Pitágoras, que el poco tiempo que me quedaba para estar allí deseaba emplearlo en recorrer aquel vastísimo salon cuando menos. Al Filósofo le pareció bien, y continuamos la marcha, no sin grandes dificultades, seguidos y festejados de todas aquellas generaciones, que se esmeraban á porfia en franquearme el paso. Pitágoras, Chanacya, que nunca me hubo dejado, Pericles, Fidias, Scopas, Quintanal, Andrea y algunos otros, marchábamos á la cabeza del inmenso convoy.



LIBRO LV.

NUEVOS PERSONAJES.—ZALEUCO.—POETAS LATINOS.—CÉSAR Y TITO-LIVIO.—RESÚMEN.—DE COMO VIFREDO EL VELLOSO NO ES SIMPÁTICO AL BAÑOLENSE.—OTROS DOS CONDES DE BARCELONA.—EL *Juez Amante por Guillen Siscár*.—SU JUICIO CRÍTICO POR PITÁGORAS.—¡BERNARDO DEL CARPIO!—PEDRO EL GRANDE, TERCERO DE ESTE NOMBRE.—HEROINAS Y BEATAS.—AMENAZA UNA CATÁSTROFE.—PODEROSO ASCENDIENTE DE LA VIRTUD.—EN DONDE SE VERA LO QUE PASÓ ENTRE DON PEDRO, ALEJANDRO, MÁRIO, POMPEYO Y OTROS CAUDILLOS ILUSTRES.

Nuevos personajes se ofrecieron á mi vista al dar los primeros pasos, distinguiéndose entre ellos, Abraham, Moisés, David, Guillermo Tell, Luis IX, Salomon, Zoroastro, Virgilio, Homero, Jesué, Esopo, Séneca, Salustio, Tito-Livio, Juvenal, Phedro, Marcial, Numa Pompilio, Epaminondas, César y otros muchos no menos conocidos en la tierra. Mas luego de haber contemplado un momento al último, herido repentinamente por una idea, le pregunté á Pitágoras:

—»¿Supongo que Bruto estará aquí?

—»Suponeis mal.

—»¿Como!.....

—»No se le ha permitido la entrada en este palacio.

—»Sin embargo, su patriotismo.....

—»Los héroes de puñal, cualesquiera que sean sus virtudes, no pueden confundirse con los hombres grandes. ¿Imaginariais santificar el asesinato? Bruto además, había admitido los favores de César.

—»Convenido, pero.....

—»Toda observacion es inútil.

»De las palabras del Filósofo y de la energía con que las pronunció, inferí que semejante crimen, estimado por una grande virtud en Roma, era execrado en el *Psicostatmos*, y dejé de insistir.

»Yo contemplaba con cierta admiracion, mezclada de respeto, á aquellos hombres de quienes tantas cosas habia oido acá abajo en la tierra. De algunos de ellos me habia formado un concepto cabal antes de penetrar en aquellas maravillosas regiones; de otros no. Alguno, á quien yo imaginaba alto y bien formado, era pequeño y contrahecho, y aquel á quien yo creia de una constitucion débil, lo veia por el contrario corpulento y robusto. En general, mi imaginacion exaltada, oyendo referir sus altos hechos, me los hubo presentado con colores hartos vivos, y algunas de mis ilusiones se desvanecian. ¡Tan cierto es que de lejos, fascinados por la nombradía, atribuimos muchas veces á los hombres cualidades que no tienen!

»La voz de Pítagoras me distrajo de semejantes reflexiones.

—»¿Conoceis á este que habla con Confucio? me preguntó señalándome á uno que platicaba con el legislador chino.

—»No le he visto hasta ahora, le respondí; pero su porte es distinguido.

—»Es Zaleuco.

—»¿El legislador locrense?

—»El mismo.

—»Pareceme que vino al mundo antes que vos.

—»Cierto.

—»He oido hablar mucho del exordio de sus leyes.....

—»Ninguno de los moralistas ni legisladores del universo, me respondió Pítagoras con entonacion, han dicho nada mas útil ni mas sublime que el exordio de que hablais. Dictado por la razon y por la virtud.....

—»¿Y no se recomienda igualmente por su sencillez?

—»Juzgad de él por este fragmento. «Todo ciudadano debe estar persuadido de la existencia de la Divinidad. Basta observar el orden y la armonía del universo, para convencerse que el azar no puede haberle formado. Cada uno debe conocer su alma y purificarla, apartándola de todo mal, persuadido de que Dios no puede ser bien servido por los perversos, y que en nada se parece á los hombres, los cuales se dejan

»enternecer por brillantes ceremonias y por ofrendas suntuosas. Solamente la virtud y la disposicion constante á hacer el bien pueden agradarle. Tratemos, pues, de ser justos en los principios y en la práctica; »de este modo uno será mas querido de la Divinidad. Temamos todos lo »que conduce á la ignominia mas que lo que conduce á la pobreza. El mejor ciudadano es aquel que abandona la fortuna por la justicia.» ¿Qué os parece de esta moral? me preguntó luego Pitágoras.

—»¿Podria decirse algo mas edificante? le contesté.

—»La antigüedad cuenta con ceremonias ridículas, falsos oráculos, prodigios imaginarios y otras muchas supersticiones, es verdad; pero es necesario no confundir tales absurdos con las sublimes inspiraciones de los grandes legisladores y filósofos. De que los augurios en Roma embrutecieran al pueblo con prácticas extravagantes, ¿deduciremos que los magistrados eran imbéciles ó perversos?

—»No por cierto.

—»Por lo demás, ninguno de los grandes hombres nos ha dicho nada mejor que Zaleuco. ¿Qué han hecho Chasondos, Platon, Solon, Sócrates y otros de los sábios posteriores á aquel? Le han imitado usando su mismo lenguaje. El mismo Juliano, que á pesar de los terribles cargos que le hacen, fué la gloria del imperio, se espresa en muchas partes de un modo idéntico. «Es necesario, dice, instruir á los ignorantes y no castigarlos; »compadecerlos y no aborrecerlos. El deber de un emperador es de imitar á Dios: imitarle es tener pocas necesidades y hacer el mayor bien posible »

—»¿Y Juliano está en este palacio?

—»Las palabras que acabais de oír le valieron su entrada en él.

—»¿Pero no fué apóstata?....

»Quintanal me interrumpió diciendo con su natural franqueza :

—»Dejad hablar á los malos y á los necios, pero sabed apreciar sus palabras. Juliano no podía apostatar de nuestra religion, porque siempre fué pagano.

—»Nos han dicho lo contrario.

—»Pues al volver á la tierra, ilustrad la opinion de vuestros contemporáneos.

—»No dejaré de hacerlo; ¿más quiénes son aquellos que en este momento se juntan con Zaleuco?

—»Son poetas é historiadores latinos, me respondió Pitágoras; y entre ellos están Fedro, Marcial, César y Tito-Livio. El primero es un fabulista imitador de Esopo y contemporáneo de Augusto.

—»Cuya vanidad no fué poca segun he oído en la tierra.

—»Y le acarreó grandes disgustos, añadió Quintanal.

—»En efecto, su orgullo y sus interminables sátiras contra los vicios de los grandes, le acarrearón muchas persecuciones, repuso Pitágoras.

—»Inmerecidas, objetó el fraile arquitecto.

—»¿Por qué? le pregunté.

—»Porque los vicios de los grandes son la peste de los pueblos, me respondió con su habitual rudeza.

—»No está mal dicho, apuntó el maestro Alvar García.

»Quintanal, tronando contra los vicios de los grandes, añadió con vehemencia:

—»No sería malo que los ricos comenzasen á ser hombres de bien en vez de continuar pervirtiendo las costumbres con sus malos ejemplos. Yo hubiera levantado un obelisco á Fedro por sus epigramas contra Seyano y Tiberio. *El sol y las ranas* y *Las ranas pidiendo un rey*, merecen mi soberanísima aprobacion.

—»Bravo, bravo, le contestan.

»Luego añadió Pitágoras con su natural gravedad:

—»No pocas veces el fabulista se torna dramático. En su libro tercero, fábula 10, tenemos una prueba de ello en la anécdota del marido que mata á su hijo queriendo matar á su mujer (1). Además él mismo nos dice que por un sentimiento de rivalidad prefirió el apólogo griego á los otros géneros:

Plures habebit quos opponat Græciæ (2).

Para que la Italia tuviese mas escritores que oponer á la Grecia. Por lo demás, sus cinco libros de fábulas son buenos, tanto por la pureza, facilidad y elegancia de estilo, como por su fondo. Fedro honra la Pieria, su patria.

—»¿Y nada me decís de Marcial?

—»M. Valerius Martialis, fué contemporáneo de Cláudio y amigo de Plinio, Quintiliano y Juvenal. A la edad de veintitres años fue á Roma en donde se distinguió por sus talentos poéticos y obtuvo los favores de Tito y de Domiciano. Compuso quince libros de epigramas, en los cuales nos presenta á Roma tan obscena como grande; pero á pesar de esto, sus versos no son nada edificantes. El mismo nos dice que la conducta de un poeta debe ser honesta; pero que no hay necesidad de que sus versos lo sean. ¡Qué no podría contestársele!

»Quintanal objetó:

(1) Lib. III, fáb. 10.

(2) Epil., lib. II.

—»Ya le he dicho yo veinte veces, que todo escritor debe ilustrar al pueblo y no corromper sus costumbres.

—»Otros se lo han dicho, murmuró Fidias.

—»¿Insiste en sus errores? pregunté yo.

—»No se le ha impuesto pena alguna, respondió Pitágoras, á pesar de ensalzar en demasía á Domiciano.

—»¡Mucho le hubiera honrado un epígrama fulminante contra el tirano! observó Quintanal con calor.

—»Cierto, respondí, y faltándole valor para ello, debia haberle tenido al menos para callar.

—»El mismo juzga sus poesías, añadió Pitágoras, tal vez reconociendo aunque tarde sus extravíos; y yo opino que esta franca confesion, que le ha reconciliado con muchas gentes, ha podido conquistarle un puesto en este palacio. Dice:

Sunt quædam bona, sunt mala, sunt mediocria plura.

—»¿Es español?

—»Sin duda, nacido en Bilbilis.

—»No conozco ese pueblo.

—»No existe hoy. Héle oido referir á él mismo dónde estuvo situado, y la verdad, no lo recuerdo.

—»Lo siento. Vuestra falta de memoria me priva de traer á la tierra una noticia que hubiese ahorrado mucho trabajo á los comentadores.

—»De todos modos, prosiguió el Filósofo, es lo cierto que, á juzgar por lo que dice él mismo, era una poblacion importante en donde se fabricaban armas de un temple muy estimado. Por lo demas, prescindiendo de los pequeños defectos á que hemos aludido, Martial honra su patria no menos que Fedro. Dotado de un talento superior y de un esquisito gusto; poeta á la moda; leído en todo el imperio hasta en las tiendas de los centuriones de la Bretaña (1); ingenioso, cáustico y original; sin olvidar las tradiciones; con mayor número de buenas cualidades que de defectos y de una sencillez sublime, es el bilbilitano el génio del epígrama. Esto sea dicho sin aprobar en modo alguno el libertinaje de su pluma.

—»Su fortuna marcharia al nivel de sus conocimientos y de su nombradía: sería rico.....

—»¡Rico un poeta! interrumpio Pitágoras sonriendo; sería un fenómeno. Domiciano era mas pródigo de honores que de dinero. Marcial fué creado tribuno honorario y caballero, y gozó del derecho de tres hijos, derecho muy ambicionado por los privilegios que disfrutaba el que lo ob-

(1) MARCIAL, lib. XI, epígra. 3.

tenia, pero salió de Roma lleno de miseria. No hay para qué admirarnos de esto; la misma suerte ha cabido á Stacio y en general á todos los escritores del imperio.

»Despues de haberse ocupado Pitágoras de Juvenal y de algunos otros de los poetas latinos, me habló de los dos historiadores que como he dicho, se hallaban allí presentes, y eran César y Tito-Livio.

—»C. Julius César, dijo, sobrino de Mário, es natural de Roma. Genio como capitan y como hombre de Estado; escelente orador y escritor elegante, es el hombre mas cumplido que presenta la historia. No conozco á ninguno que pueda comparársele. Su heroismo es natural; no hace esfuerzo alguno por parecer grande; nada se ve de ficticio ni teatral en su persona, y algunas veces sus vicios son su política. Se mezcla con la juventud corrompida, ya para hacerse amigos y ya para evadirse de Sila, que presintiendo su génio, queria deshacerse de el á toda costa.

—»Sin embargo, desmoralizó á Roma para escalar el poder, repliqué yo, recordando lo que muchas veces habia oido en la tierra.

»Quintanal, con la viveza de su génio, me contestó:

—»No es cierto, no es cierto, y no pocos han llegado aqui participando de este y otros errores. César no pudo crear la corrupcion, porque á su aparicion en la escena política, ya existia; lo que únicamente hizo fué servirse de ella para sus fines.

—»Eso es, dijo Chanacya.

—»No podia ser otra cosa.

»Pitágoras continúa:

—»De regreso de Bitinia, ya muerto Sila, su elocuencia le valió el favor del pueblo, y en el corto espacio de dos años fué nombrado Pretor, enviado á España, donde obtuvo algunos triunfos, y mas tarde Cónsul. Un año despues recibió el gobierno de las Galias, y aqui aparece el gran capitan, el célebre escritor y el hombre de Estado. César, atravesando las Galias á la cabeza de un numeroso ejército, se revela á sí mismo; es un guerrero ilustre que ofrece á los bárbaros suspensos la primera imágen de la civilizacion. Los galos sucumben ante la espada del génio, y aparece el escritor. Sus *memorias* son la gloria de los vencidos; rasgo magnánimo y esencialmente político que hacia posible una reconciliacion. Irritado luego contra Pompeyo, se encamina á Macedonia, donde le esperaba aquel rival poderoso, vencedor en Sicilia, en Africa, á orillas del Eufrates, tres veces triunfador en Roma y émulo de sus glorias. Avistáronse los dos ejércitos, y la batalla, aquella batalla que debia decidir la suerte del imperio, se dió en los llanos de Farsalia. No lo ignorais; roto y vencido, el desgraciado Pompeyo, se retira á Egipto, en donde muere. Despues de este triunfo,

el César, á la cabeza de sus legiones , pasa de nuevo el Rubicon , marcha de Italia á España, de Grecia á Egipto ; vence á un monarca rebelde en Asia y da parte de su victoria con aquellas célebres palabras : *veni , vidi vici*. Acomete despues otras mil empresas , siempre acariciado por la fortuna, y lo encontrais en todas partes prudente y audaz á la vez y moviendo grandes masas con una actividad sorprendente. Conociendo siempre los planes de sus contrarios y sus caractéres, cosas decisivas en la guerra, si alguna vez alcanzan sobre él alguna pequeña ventaja, tiene medios de inutilizarla. Los soldados que poco antes se entregaban á escesos repugnantes, son , á sus órdenes , generosos y humanos ; y con un gesto, con una palabra, los enardece ó los reprime. Su presencia escita raptos de entusiasmo, ¿Y cómo no habia de ejercer aquel poderoso dominio sobre sus soldados cuando Ciceron , el mas grande de los oradores , quiso aborrecerle y no pudo? Busca el imperio del mundo á la carrera, es verdad; pero sus enemigos lo encuentran siempre leal, y siempre digno. No oscurecia jamás sus glorias con vicios groseros , ni con actos de venganza siempre odiosos. ¿Podrian decir igual otros muchos génios de la guerra que han asombrado al mundo con sus hechos? Alejandro , que luego vereis, en las orgías de un festin mata á Clito é intenta luego, deslumbrado con su poder , hacerse adorar como á hijo de Júpiter. Constantino , llamado el Grande allá en la tierra , y á quien no obstante se ha negado la entrada en este palacio, mató injustamente á su hijo Crispus, y mas tarde á Fausta su muger. Tales actos de barbárie , que empañan la gloria de los guerreros , no son del gusto del dictador romano. Por el contrario; en Egipto derrama lágrimas amargas sobre la tumba de Pompeyo, y venga su muerte destronando al jóven Ptolomeo y ciñendo la corona á Cleopatra. Mas tarde el trágico fin de Caton le aflige en Utica ; y en Roma, olvidando los agravios de sus enemigos, les levanta el destierro, les sienta á su mesa y les honra colmándoles de favores. Hánle acusado de querer ostentar superioridad como escritor, y no es cierto: su estima por las letras no es fingida. Sitiado en Alejandria, tomaba lecciones de astronomía, y entre la guerra de Africa y la segunda de España se ocupaba de la apología que el grande orador hiciera de Caton. Por manera que ni los azares y fatigas de la guerra , ni la estrategia , ni la política pudieron jamás entibiar ni un solo momento su amor á las letras. Sus *comentarios* son un modelo de memorias históricas y una verdadera enseñanza para los hombres consagrados al ejercicio de las armas. Ansioso de que lo tengan por imparcial, huye de definir ningun carácter; sus descripciones son topográficas, y las pasiones que presenta son únicamente las de la guerra, escepto cuando da algunos detalles sobre las costumbres de los pueblos

vencidos. Cuando habla de la política procura con mucho cuidado no hacer reflexiones que podrian comprometerle y trastornar sus planes de dominacion: se ve que quiere mantener su libertad y su iniciativa para obrar segun las circunstancias. Esto os convencerá de que lo que falta en sus escritos no convenia á los designios del autor, y que lo consignado en ellos lleva el sello de la verdad, tanto como el de la perfeccion. El autor de los *Comentarios* reúne todas las cualidades de un buen escritor, y al terminar os recordaré el juicio que forma Ciceron (no muy amigo suyo por cierto) acerca de la pureza y elegancia de su estilo: «César, dice, es »sin duda alguna, de nuestros oradores el que habla la lengua latina con »mas elegancia, y debe tan admirable perfeccion solamente á sus costum- »bres domésticas, á sus variados y profundos estudios y al esmero y »aplicacion que desplegaba.» (1)

»Todos los presentes que terciaban en la conversacion, opinaron lo mismo, presentándome á César como al hombre mas cumplido que ofrecian las edades; Pitágoras, para darme á conocer á Tito-Livio, continuó luego de esta manera:

—»Tito-Livio, dijo, pertenece tambien al siglo de Augusto, quien le confió la educacion de Cláudio, y tenia 16 años cuando murió el César. Nació en Pádua, en donde fué muy estimado, y murió á los setenta y seis años el diez y ocho de la era cristiana.

—»Su fisonomía es interesante.

—»Los rasgos de su fisonomía podria decirse que revelan su alma. Es cándido como una virgen, y honrado, sencillo y crédulo como un niño. En esta parte se parece á Herodoto. Su historia nos da tambien á conocer las cualidades que le adornan; pero no con profesiones de fè ni discursos morales, sino retratándose en cada uno de sus rasgos. En la derrota de Camus se revela su sensibilidad por demás esquisita, exclamando: «No intentaré pintar el desórden y el terror en los muros de Roma; sucumbiria á la tarea.» Enmudece cuando Roma sufre, y se alienta cuando Roma se anima. Su patriotismo y honradez le hacen decir en otra parte que no será feliz sino ve prosperar la república. Cree en la virtud, porque es virtuoso; encuentra muchos hombres de bien, porque juzga á los otros por sí mismo, y tiene fè en la moral, porque la considera como un poder emanado de Dios, que ejerce una accion inmensa en la sabiduría.—Tito-Livio se distingue particularmente por su estilo y por su narracion. Su estilo es de una elegancia y pureza inimitable y su relato claro, noble preciso y bien ordenado; dificilmente encontraríamos otro igual. Sin embargo, á Tito-Livio le gusta lo dramático; su mismo talento le hace parecer al-

(1) BRUTUS, LXXII.

gunas veces novelesco, y su *Historia Romana* tiene tal cual vez visos de epopeya.

—»¿Pero le habeis llamado crédulo y candoroso? pregunté yo entonces á Pitágoras.

—»Es cierto, me respondió el Filósofo, que esa misma afición á lo dramático y poético le hace demasiado sensible á la parte maravillosa de las añejas tradiciones de Roma, y este es su defecto capital, y la razón porque os lo presento sencillo y un tanto crédulo.

»Al maese Alvar García le pareció conveniente interrumpir al Filósofo para decirle:

—»No sé hasta qué punto puede sostenerse su credulidad.

—»¿Es cierto ó nó, replicó el Filósofo, que Tito-Livio nos refiere tradiciones absurdas y prodigios increíbles, y por demás extravagantes?

—»Es cierto, pero no está desmostrado que los crea.

—»Ved, maese Alvar que queriendo defender á Tito-Livio le haceis sin observarlo un notable agravio, apuntó Pitágoras.

—»No he pensado tal.

—»Sin embargo.....

—»Permitid, interrumpió maese Alvar, no dándose por vencido. ¿No podría ser que Tito Livio continuase tales absurdos en su historia por halagar el orgullo nacional?

—»Suponiéndole un sentimiento de patriotismo, podría ser disculpable; pero no estaría la razón de su parte, y siempre se le acusaría de haber pretendido descarriar al pueblo, por demás sencillo y harto inclinado por desgracia á creer lo sorprendente y maravilloso.

—»¿Y si hubiese convenido foguear el entusiasmo de los romanos?....

—»En este caso debían emplearse otros medios. ¿Os parece, maese Alvar, que los romanos para defender sus hogares ó llevar sus conquistas á orillas del Eufrates, necesitaban creer en la Ninfa Egeria, en el combate de los Horacios y Curiacios, ó en el escudo de Cibeles cayendo del Cielo? Vos mismo habeis oído hacer gravísimos cargos á Aurelio Agustín por haber dicho en el *De civitate Dei*, su obra selecta, que los diablos engañaban á Numa Pompilio por medio de la Nigromancia. ¿Pretenderíais sancionar los cuentos de brujas y de duendes que se están acreditando hoy día en algunos pulpitos, con mengua del espíritu y letra de los libros santos?

—»No pretendo tal cosa.....

—»Creedme, maese Alvar, la cualidad mas esencial del narrador debe ser la verdad. Con la verdad se corrige, con la verdad se ilustra, y con la verdad se enseña. Y no imagineis nunca que para algo haya necesidad de embrutecer al pueblo, inoculando en sus masas creencias ridículas y alta-

mente perjudiciales. Tito-Livio no desconoce estas verdades, y por lo mismo no debemos creerle capaz de abusar de su talento. Tito-Livio creyó lo que nos dijo: lo contrario, si bien en algun caso podria disculparle, le honraria poco.

»Ya fuese que estas y otras razones que adujo Pitágoras le convinieran, ó ya que se reservase interrogar mas tarde á Tito-Livio, es lo cierto que maese Alvar guardó silencio.

»El Filósofo, luego al terminar, nos dijo:

»Otro de los cargos que han podido hacerse á Tito-Livio, no obstante sus talentos y su honradez, es el de haber desdeñado la política. Para nada tuvo en cuenta la Constitucion de Roma ni las luchas encarnizadas de los partidos que minaban paulatinamente su existencia. ¿No podia haber investigado y dicho las causas misteriosas ó secretas que producian tales ó cuales efectos? Siempre bueno y honrado, siempre sencillo y cándido, confia demasiado en el patriotismo de los gobernantes, y este es un mal tratándose de resoluciones del Senado que influian en la suerte de Roma.

—»Este es un vacío que han llenado otros historiadores, dijo Pericles.

—»En efecto, resumiendo podria decirse que los cuatro grandes historiadores latinos componen un modelo de historia de que ningun otro dais podria vanagloriarse. Conociéndolos á ellos, nos es conocida Roma con toda su grandeza, sus vicios y virtudes. Tito-Livio con su proverbial candor nos refiere las maravillas del origen de Roma; Salustio, en estilo conciso y elegante, la corrupcion de la república; César con su gráfica sencillez, las guerras en que tomó parte, y Tácito la disolucion del imperio.

—»¿Qué hay mas que estos cuatro historiadores? pregunté al Filósofo.

—»No faltan algunos otros, me respondió; pero el absolutismo y todas las clases que medran con la ignorancia de los pueblos han impedido su circulacion, temiendo ver difundidas las luces de su tiempo, porque los mas de esos autores son hijos de una república. Hay cronistas como Suetonio (*C. Suetonius Tranquillus*) *magister epistolarum* (1) de Adriano, que ha escrito la *Vida de los doce Césares* (2) y otras obras sobre las costumbres de Roma y los juegos de la Grecia: por cierto que la última, llena de anécdotas, podria ser un poco mas moral. Floro (*Anneus Julius*) español, y de la familia de los Sénecas, además de el *Pervigilium Veneris* y alguna otra poesía, ha escrito en cuatro libros un *Resúmen de la historia*

(1) Secretario.

(2) Es la única obra que de él nos queda.

romana, desde Rómulo hasta Augusto. Tampoco faltan historiadores como *Cornelius Nepóte*, autor de una obra intitulada *Vida de los grandes capitanes de la antigüedad*, y Quinto Curcio; pero aunque algunos de estos autores sean elegantes y correctos, los cuatro primeros han elevado la historia á tal altura, que fuera de ellos no hay mas que producciones secundarias. Todo esto sea dicho sin menospreciar á las ilustraciones que han adoptado otros géneros. Se admira el arte epistolar de Plinio el joven (*C. Cæcilius Plinius secundus*), en donde brillan á la par la variedad y la elegancia, y su *Panegírico de Trajano*; el *Etna*, pequeño poema de *Cornelius Severus*; la elocuencia de Ciceron, la filosofía de Séneca, la crítica de Quintiliano, y otras infinitas producciones que honran á la Roma antigua, sin olvidar las de Ovidio, á pesar de que algunas de ellas, particularmente las eróticas, como el *Arte de amar*, los *Amores*, el *Remedio del amor*, nos dicen cosas que no debe saber nadie.

»Luego que el Filósofo dejó de ocuparse de los historiadores y poetas romanos, seguimos internándonos en el vastísimo y suntuoso salon, no sin que yo le hiciera variadas y repetidas preguntas sobre los personajes que á nuestro paso encontrábamos. Respondiendo á una de ellas, me dijo luego de haber andado algunos pasos, y sin interrumpir la marcha:

—»Este por quien preguntais es uno de los primeros condes de Barcelona.

—»¡Impaciente estaba por no encontrar ninguno aquí!

»Acogieron mis palabras con risas algunos de los presentes, sin duda recordando que yo era catalan, y Pitágoras repuso:

—»No debeis quejaros, porque no le ha cabido mala suerte á vuestro pais. Sin contar los grandes artistas y escritores, tres condes soberanos han obtenido este palacio. Vifredo el Velloso, que es este que tenemos delante, Berenguer el Viejo y Berenguer el Grande, tercero de su nombre.

—»Supongo que no habrá dificultad en que yo interrogué al primero.

—»Ninguna; ¿pero sobre qué quereis interrogarle?

—»Quisiera saber algo que interesa á la historia. El valor de ese conde halla muy acreditado, á pesar de conocerse poco sus hazañas. La tradicion, empero, nos dice que en el memorable sitio de París del año 886, habiendo recibido algunas heridas, pidió á Cárlos el Calvo que le diera empresas para dividir su escudo desnudo de todas armas, y que el monarca entonces, mojando su diestra en la sangre que manaban las heridas, formó en su escudo las barras que, como sabeis, son nuestras armas. Todo esto, aunque muy vulgar y acreditado, me ofrece algunas dudas que él podrá aclarar sin duda alguna.

—»Interrogadle si quereis; pero debo advertiros, que si lo haceis se reirá de vos, me respondió Pitágoras.

—»¡Como!

—»¡Siempre paparruchas!

—»Explicaos.

—»Una sola observacion entre muchas que pudiera haceros, os probará la falsedad de semejante origen. Mas de cuatro siglos han pasado despues de la muerte de Vifredo, y ningun autor respetable ha hecho mencion de semejante suceso. ¿Os parece que seria lo mismo si el hecho fuese cierto?

—»A la verdad.....

—»No deis fé á semejante aventura, y creedme; si algun autorcillo sin nombre intentase en adelante acreditarlo, autorizándole con algun *cuaderno de mano* ú otro papel añejo, que nadie ha leído ni visto, no leais sus escritos. Ni aun como cuento puede admitirse; el objeto del cuento debe ser enseñar ó divertir, y semejante patraña carece de una y otra de estas cualidades.

»En esto, habiendo llegado á la altura del Velloso, aunque por lo que acababa de oír á Pitágoras abandonaba la idea de adquirir noticias sobre el origen de las Barras, le pregunté, despues de haberle hecho una profundísima reverencia:

—»¿No me direis, señor Vifredo, el por qué se os ha dado el humildísimo renombre del Velloso?

»Admirado el conde de oirse interpelar por un extranjero desconocido, me miró de piés á cabeza, diciéndome:

—»¿Os conviene saber?....

—»A la historia, las damas me lleven.

—»Me llamaron el Velloso, porque me salió pelo en la planta del pié.

—»No falta quien dice que le teniais en todas partes.

—»¿Me toman por un oso?

—»No le falta mucho.

—»Gracias por la comparacion.

—»Para serviros, respondió Bullanga, sin duda pareciéndole que habia estado mucho tiempo sin desplegar los lábios.

—»Dejando esto aparte, decidme os ruego, si teniais pelo en la palma de la mano, repusé yo sin hacer caso del hermano escudero.

—»No lo tenia.

—»Peor para vos.

—»¿Por qué?

—»¿Ignorais que el criar pelo en la palma de la mano es un signo infalible de ser hombre de bien?

»Airado el conde con mi respuesta, preguntó á Pitágoras al oído:

—»¿Quién es este desvergonzado?

»Mientras que el Filósofo murmuraba no sé qué palabras, le dije yo al otro oído:

—»Tentado estoy de afeitar al Velloso con una navaja tal, que, las damas me lleven, no le volverá á crecer el pelo.....

—»¡Chit! Aquí no se afeita á nadie, interrumpióme Pitágoras arrastrándome tras sí, sin duda para evitar un escándalo.

»Apenas habíamos dejado á tan extraño conde, Pitágoras me hizo conocer á Berenguer el *Viejo* y á Berenguer el *Grande*.

—»El primero, me dijo, reunia dos cualidades, que cada una de ellas por si sola le hubiera dado entrada en este palacio; fué gran capitán y político eminente. A la cabeza de sus ejércitos recobró lo mucho que hubo perdido su padre, y fueron tales sus conquistas, que no solo se hizo dueño de Rodés, Carcasona y otras provincias de Francia, sino que tambien hizo tributarias á no pocas de las de España, contándose entre ellas doce administradas por otros tantos reyes moros. Ningun príncipe español antes que él hubo alcanzado tanta gloria; fué generoso y agradecido con los que leales le sirvieron, distribuyéndoles las tierras de sus conquistas, cosa pocas veces vista en los príncipes, que suelen menospreciar á la gente de guerra cuando no tienen necesidad de ella. Su administracion marchó al nivel de sus conquistas. El clero fué reformado, las leyes góticas desaparecieron, creó los *Usages* ó fueros de Cataluña, reuniendo para esto á los hombres mas doctos y entendidos, y organizó el gobierno militar.

—»¿Y por qué le llamaron el *Viejo*?

—»Porque terminó su gloriosa carrera á la edad de 80 años, en el de mil setenta y seis.

—»¿Y Berenguer el Grande fué su nieto?

—»Lo fué, y tambien por su madre del famoso Roberto Guiscart. Pero no se le dió el dictado de Grande por haber acometido mayor número de empresas que su abuelo, sino por la grandeza de ellas. Hay que establecer entre los dos una notabilísima diferencia; si el Viejo no recibió el nombre de Grande no fué porque no lo hubiese merecido. Luego de tomar las riendas del Estado, advirtió que la peligrosa inaccion del rey su padre lo habia desorganizado todo, y paulatinamente trató de mejorar su condicion, empleando para ello los medios que le sugirieron sus vastísimos conocimientos. Con el auxilio del tiempo, logró su objeto. Legislador,

conquistador, político, haciéndolo todo para su pueblo, del que era idolatrado; reuniendo las cualidades todas que constituyen un grande hombre hizo Berenguer el Viejo la felicidad de sus súbditos, elevando al mismo tiempo el principado de Cataluña á una altura en que jamás se viera. Los hechos de armas de Berenguer el Grande tuvieron mas brillo y esplendor, no hay duda. Digánlo Carcasona, Zuda (1), Mallorca y la opulenta Ampúrias. Pero, ¿cómo alcanzó estas memorables victorias que le conquistaron el renombre de Grande? Todo, todo, lo debió á la sabia administracion de su abuelo. No tuvo que rechazar al enemigo de las puertas de Barcelona, ni hacerlas reformas liberales que ansiaba el país, ni organizar los ejércitos, ni arbitrar fondos para su equipo y manutencion; todo esto estaba hecho. El Grande era un génio, el Viejo era un sábio; el primero conquistaba la gloria á la carrera, el segundo con paso lento y mesurado. Génova y Pisa no hubieran festejado al *héroe cristiano* ni Roma le diera sus bendiciones, si el Viejo no hubiera sido su abuelo. Sin Berenguer el Viejo no existiera Berenguer el Grande. La batalla de Corbius.....

—»Es conocida, es conocida, le contesté con alguna viveza.

—»Sin embargo, hay particularidades.....

—»Tampoco se ignoran.

—»Enhorabuena, pero no olvidéis que en las derrotas es en donde mas particularmente se revela el génio.

»Presintiendo por sus últimas palabras lo que iba á decir, mordíme los labios por haberle interrumpido.

»Contemplé luego á los dos Berengueres, y en el aspecto y continente de ambos, leí lo que acababa de decirme el Filósofo. Su fisonomía hablaba. El Viejo, reclinado sobre un sofá, rodeado de nubecillas aromáticas, leía tranquilamente unos antiquísimos pergaminos, que, por lo que pude comprender, contenian el ceremonial del *Oficio Romano*. El Grande jugaba á la pelota echando ternos como un judío. Eché una ojeada á mi alrededor para ver si Timur se hallaba en el salon..... ¡Cuánto no hubiera dado en aquel momento por verlos jugar á los dos!....

»Pensaba hacer algunas otras preguntas á Pitágoras sobre los dos condes de Barcelona, pero quiso mi buena suerte ponerme ante una mujer cuya belleza, si se esceptúa la de mi señora, no admitia rival. Yo me quedé estático y mudo contemplándola. No habia nada en su persona, ni aun el mas insignificante detalle, que no fuese digno de admiracion y de encarecimiento. Su cutis era terso y delicadísimo; su frente pura y serena; sus ojos negros, grandes y hermosos, y las miradas que despedían capaces de enardecer el alma mas de hielo; su cabellera, sedosa y pobla-

(1) El castillo de Balaguer.

da, caía ondeando graciosamente sobre sus hombros, que eran dignos de una estatua griega. ¡Qué no hubiera podido añadir la imaginación de un poeta á atractivos tan irresistibles! Juventud, frescura, belleza, magestad, gracia, voluptuosidad, todo se hallaba reunido en ella.

—»¿Qué muger es esta? me dije yo á mi mismo sin dejar de mirarla.

»Pasado el primer momento, viendo el anciano mi éxtasis, me preguntó sonriendo.

—»¿La adivinais?

—»Os confieso que es la muger mas hermosa que he visto; pero no la.....

—»Sin embargo, habreis oido hablar mucho de ella.

—»Puede ser.

—»Es Cleopatra.

—»¿Cleopatra!

»Lo primero que me vino á la imaginación al oír el nombre de la bella egipcia, fué disculpar á Marco Antonio de su debilidad y sus extravíos, y á César que, igualmente embriagado ante sus hechizos, la defendió contra el Ptolomeo que la disputaba el trono. Al mismo tiempo tentado estuve de formar mala opinión de Octavio y de los que le habían bautizado con el renombre glorioso de Augusto. ¿Puede ofenderse á una belleza y merecer un imperio?....

—»Os lo confieso, dije á los presentes, si yo hubiera capitaneado la batalla de Actium, huyo con ella dejando las legiones.....

—»Yo también, yo también, interrumpió Quintanal con mucha viveza.

»Pericles se sonrió, sin duda pensando en Aspasia, y no pocos de aquellos grandes varones hicieron una pirueta. ¡Tan cierto es que lo bueno gusta en todas partes!

—»No me equivoqué al iniciar que la conociais de reputación, me dijo luego Pitágoras.

—»Hay mas que esto, le respondí.

—»Cómo.....

—»He escrito algo de ella.

—»¿Sois también escritor? preguntáronme muchos.

—»¿Y por qué no? ¿Un soldado no puede serlo?

»Pericles se apresuró á contestarme:

—»¿Quién lo duda? Sin contar otros muchos, en César y Jenofonte teneis el ejemplo. Un soldado, como el hombre de cualesquiera otra condición, puede ser autor, con tal que escribiendo no olvide las obligaciones que le impone su oficio.

—»Bien me parece.....

—»Pero, ¿qué habeis escrito de la reina de Egipto? me preguntó Quintanal interrumpiéndome.

—»Su bajada por el Cidnus.

—»¿Es decir su primera entrevista con Marco Antonio?

—»Así es.

—»¿Y no podriais hacérmola oír? preguntaron luego varios con marcado interés.

—»¿Y por qué no? Yo solo deseo complacerlos, les respondí.

»Al decir esto saqué el manuscrito, y con voz fuerte y sonora para que pudiesen oírla todos, del mismo modo que voy á hacerlo ahora, pues no puedo dispensarme de ella, les leí.. . . .

.
.

EL JUEZ AMANTE.

EPISODIO DE LA HISTORIA ROMANA POR GUILLEN SISCAR.

I.

—»..... Su ejército se compone de cien mil hombres, distinguiéndose entre ellos, siempre bravos, los *triarii* (1), cuyo número en las legiones constantemente es de seiscientos; los *príncipes* que constituyen la segunda linea en las batallas; y los *hastati*, que combaten con pica, orgullosos de formar en la primera fila. No faltan en la imponente hueste los *extraordinarios*; los *voluntarios*, cuyo nombre revela su amor á la patria; y los *leviter armati*, que cubiertos con su parme ó escudo, arrojan dardos. Unos y otros son animosos, valientes, aguerridos, y están gobernados por tribunos y centuriones no menos intrépidos, que alternan en el mando con el *Prefecto de los Aliados*, ciudadano romano por lo menos.

»Tal es el ejército amigo de la antigua república que ocupa la Macedonia y la Siria. Nadie duda que Bruto y Casio sus caudillos, son no menos hábiles que esforzados. ¿Quién podría dudarlo despues del hecho sangriento que ha conmovido al vasto imperio?.... Pero con sus cien mil guerreros, ¿podrán hacer frente al terrible triunvirato que disponiendo de fuerzas superiores, condena á cientos los senadores, espone sus cabezas en las tribunas, envuelve en la proscripcion y mata á Ciceron, recordando con tan sangrientas ejecuciones los peores dias de Sila?

(1) Véase lo que hemos dicho hablando de los campos consulares, sobre los diferentes cuerpos que constituyen una legion.

II.

»*Forum Sulis* (1), allá en las riberas del Reison, ha visto formarse el famoso triunvirato. Antonio, el arrogante Antonio, y Lépido, matador de su hermano *Paulus*, invitan á Octavio, sobrino y heredero del César. Este jóven, á quien mas tarde el Senado debia saludar con el nombre de Augusto, accede gustoso. No es bravo ni esforzado, no es un génio para la guerra; pero busca un pretesto para apoderarse del poder supremo, y cuenta con los talentos de algunos generales sus amigos, entre los que se distingue particularmente Agripa. Para cimentar esta union, para fortificar el triunvirato, Marco Antonio se une con Octavia, hermana de Octavio, jóven cuya belleza y virtudes no pudieron cautivar jamás el corazon del turbulento triunviro.

»El clarin toca al arma: dase la señal de guerra, y por todas partes se atropella, se persigue y se mata. En Formies cortan la cabeza al mas grande de los oradores; algunos miembros del Senado, sus enemigos, que son los mismos que tuvo el César, sufren igual ó peor suerte; las proscripciones se multiplican, y la sangre corre á torrentes. Mas los feroces triunviros no quedan satisfechos, no les bastan tan sangrientas ejecuciones: para consolidar su poder necesitan mas aun. Un ejército republicano, fuerte y aguerrido, acaudillado por Bruto y Casio, amenaza su existencia desde las faldas del antiguo Orbelas, y los hijos y amigos de Pompeyo agitan la Sicilia y la España. Necesitan aniquilar, destruir ambas huestes, y escarmentar á los sediciosos.

»Marco Antonio y Octavio se ligan, se conciertan, el comun peligro estrecha mas y mas su amistad, y reuniendo sus ejércitos caen sobre Macedonia. Alentados y briosos los reciben Bruto y Casio, y dase la batalla. Casio, capitaneando el ala izquierda, se hallaba frente á Antonio, y Antonio era un rival terrible. A su intemperancia y escesiva aficion á la galantería unia las cualidades de los grandes capitanes. El choque fué de corta duracion. Acosado el *último de los Romanos*, y creyendo á Bruto fugitivo, cede y se mata. Bruto le imita, y la república romana que contaba quinientos años de existencia, desaparece en los llanos de Philipos. ¿Despues de esto, qué podia hacer el hijo de Pompeyo? Derrotado en diferentes encuentros, perdida su fuerza moral, muere en Asia fugitivo.

III.

»Los triunviros son dueños del campo, y el campo es el imperio del

(1) Frejus. Pueblo importante, del cual hicieron los romanos un arsenal de marina. Fué patria de Agrícola, general romano, y en nuestros tiempos del abate Sieyes.

mundo. ¿Quién osaría resistirlos? Donde está Octavio, están la diplomacia y la intriga; donde está Marco Antonio, está la gloria. El primero vence con la astucia, el segundo con la espada. El primero, que ambiciona el poder absoluto, se hace un partido prodigando el oro y las promesas; el segundo que entregado á los placeres desdeña la política, atrae las gentes con su belleza, con su esplendidez, con su arrogancia. El primero es un hombre de Estado, el segundo un guerrero formidable. Ambos capitanean los ejércitos, ambos son inmensamente ricos y opulentos. ¿Quién osaría disputarles el mando?

»Los dos triunviros, que desdeñaban á su compañero, se repartieron las provincias del imperio. El Occidente cupo á Octavio, el Oriente á Marco Antonio, y á Lepido le quedó..... una sombra de poder y la gloria de haber intentado la *via Emiliana*.

IV.

»Una paz octaviana reina en el imperio. Los dos triunviros, potentes como las tempestades, han sofocado la guerra civil, y vengado al ínclito César con ejemplares castigos. Mas los que auxiliaron á los conspiradores no son menos culpables que ellos; ¿quiénes son? ¡Gran Dios! una acusacion terrible pesa contra una mujer bella, jóven y reina, reina de la patria de los Faraones y Tolomeos, y reina cuyo amor á las letras, le inspiró la creacion gigantesca del Serapion, templo de Serapis, que encierra la célebre biblioteca, recuerdo glorioso de la dinastía de los Lagidas. Al parecer su palabra y su influencia han alentado á Bruto, y sus tesoros le han proporcionado armas. Los indomables triunviros nada ignoran. ¿Y qué les importan la condicion y el rango de la acusada? ¿su belleza y sus talentos, que les importan? No puede dejarse impune el delito. El fuerte como el débil, el noble como el esclavo, el príncipe como el vasallo, todos deben postrarse ante su espada victoriosa. La memoria del César lo exige, y Roma lo manda. Así piensan los triunviros, y Marco Antonio yendo á guerrear contra los Partos, se encarga de juzgar á la reina de Egipto.....

V.

»Allá en las orillas del Cidnus, cerca de la patria de San Pablo, en donde reposó Alejandro de las fatigas del Gránico, acampan las legiones de la soberbia Roma. Las capitanea Marco Antonio, el mismo que por consolidar el segundo triunvirato se ha unido con la virtuosa Octavia. Una agradable confusion reina en las filas. ¿Es que la noticia de alguna victoria ha escitado la alegría y el contento de las tropas? ¿Acaso se les han con-

cedido premios y recompensas? No, no es nada de esto. La causa de aquella agitación tiene otro origen y es, que ha circulado en el campo la noticia de que se espera de un momento á otro á la reina de Egipto para ser juzgada. La hermosura de Cleopatra, sus gracias, sus encantos son conocidos del orbe todo, lo mismo que sus talentos; y los guerreros se engalanan para parecer bien á la real belleza. ¡Cuándo no han hecho lo mismo los hombres de armas de todas las edades! El deseo de agradar á las damas, les es comun y mas de una vez por obtener un favor inocente arrostran los mas grandes peligros. ¡Ah! Es que no ignoran que las hermosas desdeñan á los débiles y cobardes.

VI.

»Reina el terror en el grandioso y opulento palacio de los Faraones. Y no es porque ningun ejército numeroso ataque á Alejandria, ni por la muerte de algun vástago de la real familia. Los altos funcionarios, los dignatarios del reino, se hablan, se agitan, se conciertan; y mientras tanto la deslumbrante Cleopatra tiembla en su sólio soberano al saber que una órden la manda presentarse en el campo romano. ¡Pobre reina! Ha oído á sus consejeros, y opina como ellos. ¡Qué fuerzas podria oponer á las fuerzas del imperio? Roma reina y gobierna el mundo, como el feudal desde lo alto de sus almenados castillos al pueblo que esclaviza y mata. Lo mismo en Asia que en Europa, su poder es absoluto, y los mas grandes monarcas, sumisos á su voz, temen verse deslumbrados por los esplendentes rayos de sus glorias, y no osan dirigirla siquiera una mirada.

—»Roma manda; yo obedezco, dice la reina.

»Mas Cleopatra, que es bella como las ilusiones de un amor primero, entendida como Soter y Filadelfo sus ascendientes, primeros reyes de la dinastía de los Lagidas, y seductora como Hebe, rodeada de todo el fascinador é imponente brillo de una diosa, piensa y reflexiona murmurando:

—»¿Como escaparé á la penetracion de mi juez?

»Un momento despues, como si acabara de tomar una resolucion añade:

—»Mi ejército es fuerte, es poderoso..... pero guardará sus armas para ocasion mas oportuna; yo emplearé las mias.....

VII.

»Han pasado unos dias, pocos dias y ¡qué maravilla! ¡Podria creerse

jamás si no se viera? Surca las aguas del Cidnus, viento en popa, con rumbo á Tarso, un buque sorprendente, prodigioso. Popa y proa son de oro macizo, lo mismo que sus costados; sus velas son de púrpura con fimbrias y armas de pedrerías asiáticas (1). Jamás surcó los mares otro tan rico y resplandeciente. Parece un templete de oro arrastrado por las corrientes con sus preciosas filigranas y cresterías. Dicese que los mejores artistas que encierra el rico Oriente trabajaron en su construcción por orden de una princesa poderosa y altiva, y que derrama el oro por doquiera. El buque de oro, ¿quién lo duda? es digno de un rey.

»Monta el buque nada menos que una reina, reina de Egipto, y también reina de las bellas, y se dirige á Tarso, donde se halla con su ejército un famoso triunviro que asombra al mundo con su arrogancia, no menos que con sus proezas. Pero ¡ay de mí! la hechicera coronada no recorre sus Estados por pasatiempo ó recreo, ni tampoco por conocer y remediar las necesidades de sus súbditos, cosa que hacen pocas veces los soberanos; se dirige al campamento romano para responder á los cargos que se le hacen de haber terciado en el horrendo complot que dió muerte al heroico César. No va á Tarso á dar órdenes, sino á recibirlas.

»Rodeada de cuanto el arte y el deseo de agradar pudieron imaginar de mas hechicero y seductor; resplandeciente de belleza, se hallaba la encantadora reina recostada bajo un pabellon de tela de oro, luciente como una estrella. Sus largos cabellos caian ondulantes sobre su seno entreabierto; sus brazos medio desnudos parecian torneados y de una blancura admirable, y su talle esbelto y flexible dibujaba aunque vagamente, sus deliciosos contornos. Pero esto no era nada. La cámara del buque de oro era un templo erótico, y los hechizos de la diosa se multiplicaban. Un velo por demás diáfano y ligero, cubria una de sus piernas, y la otra, á imitación de las jóvenes espartanas, reposaba desnuda y medio oculta entre aromas y varias flores que embalsamaban el ambiente. ¿Qué belleza puede jamás compararse con la suya? Su seno entreabierto, su mirada lánguida y penetrante, su actitud voluptuosa, su rico traje, su magestad y su brillo la asemejaban á la Afrodites de la Hélade, ostentando todos sus hechizos.

»El buque de oro, marchando rápidamente, aborda el campamento romano al compás de una música dulce, armoniosa como los ecos de una lira mágica. El momento decisivo se aproxima, y la inquietud que siente Cleopatra la hace aun mas seductora.

(1) Solo puede compararse por su lujo con el que montaba María de Médicis cuando, yendo á ocupar el trono de Francia, desembarcó en Marsella. Su popa veíase cubierta de veinte círculos de hierro, enriquecidos con topacios, esmeraldas y perlas, y las armas de Francia y Toscana eran de diamantes, rubíes, záfiro, etc., etc. (FOUQUI, tom. 3, pág. 105.)

VIII.

»Los ejércitos enemigos, presentándose de repente ante el consejo consular, hubiesen sorprendido menos á los tribunos y centuriones que el buque de oro y la belleza de Cleopatra. Extasiados á la vista de tan hermosa muger, unos se preguntan en voz baja si es una mortal aquella reina, y otros, y son los mas, creen que es la diosa protectora de Roma, y se postran, pensando en celebrar al siguiente dia las fiestas en su honor instituidas. Para el sacrificio no les faltarán anguilas ni serpientes; una estatua representando á Cibeles será pronto hecha, y las frescas aguas del Cidnus valen tanto como las del Almo. Esto piensan los soldados, y al mismo tiempo se alientan y animan, creyendo, con la aparicion repentina de la diosa, segura la derrota de los Partos.

»El terrible procónsul salta en el buque. Hase concentrando en el fondo de su alma cierto esceso de cólera, cuya esplosion va á ser fatal para la infeliz reina. La memoria del malogrado César, su compañero y amigo, le escita, le inflama, y el enojo, la ira y el furor se leen en su mirada arisca y centelleante. Hubo un momento en que el sexo, la juventud y el rango de Cleopatra le inclinaban á la moderacion y á la clemencia; pero ya ha desechado semejantes ideas. Su aspecto es el de un juez implacable que no piensa en guardar miramiento alguno á la acusada; no sabe qué postura tomar para imponerla mas, y rebusca las palabras mas acres para confundirla. ¡Guay de la reina de Egipto!

»Cleopatra enmudece á vista del fogoso triunviro, y sus damas tiemblan; el terror reina en el buque de oro.

»Mas ¡oh sorpresa! Apenas Marco Antonio dirige la vista á la hija de Ptolomeo, se detiene como herido repentinamente por un rayo. La vista de aquella hechicera beldad, recostada bajo el dorado pabellon, cubierta de gasas diáfanas, resplandeciente de juventud y de belleza, le ha hecho la misma impresion que á sus tropas, y la tomaria por una diosa, si no supiera que es una reina. Su ira y su furor van gradualmente trocándose en un sentimiento que participa á un mismo tiempo de admiracion y de respeto. Ya no es el juez inexorable resuelto á inmolar otra victima á los manes del César; interrogará á la acusada y oirá sus descargos. El rango de Cleopatra, su juventud y sus gracias lo exigen. Así piensa, y ensaya una postura, no ya para imponerla, sino para inspirarla confianza. Olvida las palabras que poco antes quiso dirigirla, é intenta dar á su rostro una espresion benigna. En tal estado, mientras se rehace de la sorpresa, permanece mudo é inmóvil.

»Reina el silencio en la cámara mágica. La arrogante belleza del indomable triunviro inspira confianza á la hija de Ptolomeo; mas á pesar de esto, su pecho está visiblemente agitado, y el ligero movimiento que se observa en sus ricas galas, diríase que le imprime una convulsion misteriosa. Con los ojos bajos y la postura humilde, espera ansiosa..... su sentencia.

»El silencio es interrumpido por una de las damas de honor de la princesa. Impresionada sin duda por el noble y hermoso aspecto del romano, no puede contener esta exclamacion:

—»¡Qué hermosa pareja!

»Sus palabras han sido oídas, y algunas de sus compañeras las repiten.

»La reina dirige una mirada penetrante y lánguida al romano, y un suspiro sale de su pecho.

»El famoso triunviro ha sido sensible á la lisonja. En oyéndose loar de tal modo, levanta la cabeza, acaricia su bigote, y sonriendo á las bellas damas que rodean á la reina, se presenta con toda su marcial belleza. Sin duda recordaba en aquel momento que Hércules fué su abuelo.

»Mas pareciéndole sin duda que no debe prolongar mas aquella situacion por demás violenta, y procurando disimular la emocion que siente, dice:

—»¿Lo creereis, oh reina? hanse atrevido á acusaros de un crimen horroroso.

»Cleopatra responde con acento dulce y plañidero:

—»¡Dios mio! ¿Roma ha podido creer?....

—»Sosegaos. Roma os escucha.

»Estas palabras, que patentizan á la vez la mision del procónsul, sus miras y sus intentos ambiciosos, tranquilizan á la reina de Egipto. Rehecha un tanto, y mas dueña de sí misma, se acomoda en el sillón; pero con el pequeño movimiento que ha hecho, el velo trasparente que cubria uno de sus piés, cae y el hechizo queda al descubierto.

»Luego, con la misma entonacion que poco antes, pregunta al romano:

—»¿Y de qué osarian acusarme?

»El triunviro, que por cierto no era el rostro de la reina lo que contemplaba en aquel momento, dice como saliendo de un sueño:

—»Os acusan..... Os acusan de haber alentado á los asesinos del César. Pero Roma sabrá.....

—»Los delatores ambicionan el poder soberano.....

—»Tal vez.....

—»Y los mónstruos no retroceden ante ningun crimen. Noble y generoso romano, sabedlo, y apiadaos de una débil muger. Aunque sentada en el trono, los consejeros que me dejó el rey mi padre, tienen mas poder que yo. Por otra parte, incendiados mis buques por vuestras legiones, sin ejércitos y en guerra contra mi hermano, ¿qué podia yo hacer? ¡Ay de mí! Yo fui buena amiga del César.

»Cleopatra vierte lágrimas.

»Marco Antonio, pudiendo apenas dominar sus sentimientos, erguida la cabeza y fiero el ademan, esclama:

—»¡Ay de los calumniadores! su castigo será tan ejemplar como su crimen.

—»Perdonadlos, señor.

»El acento de Cleopatra es penetrante y lastimero.

—»¡Jamás! ¡Ultrajaros á vos! ¡á la mas bella de las reinas!

—»Olvidadme á mí y sed generoso.

»El piececito de Cleopatra se mueve ligeramente, y luego reposa sobre mil florecitas que acarician su cutis fino y de estremada blancura.

»La diosa de la hermosura, del amor y de los placeres, cuyo poder lo embellecia todo, ¿hubiera presentado mas encantos que la reina de Egipto?

—»¿Qué me pedis? responde el romano enagenado; ¿podria ser clemente con los criminales? ¿podria olvidaros?....

—»Sed bueno, señor.

»El diálogo continúa algunos instantes. La voz de la hija de Ptolomeo es cada vez mas dulce, y su sonrisa mas melancólica y tierna, su ademan mas humilde y su postura mas voluptuosa. A sus lastimeros ayes responde el triunviro con raptos de furor contra los acusadores. Pero ¡nueva sorpresa! la bella Cleopatra, que poco antes solo aspiraba á agradar para evitar un castigo, ama á su vez. La rústica franqueza de aquel general romano cuyo renombre llena el universo; su arrogante figura, y el interés que toma por su suerte, hánle vivamente impresionado; lo que poco antes era una cuestion política, lo es ya de sensibilidad.

»¡Qué mucho que sus corazones se correspondan! Él es el hombre mas bello que presentan las edades; ella la mujer mas hermosa de los siglos.

IX.

»Un suntuoso banquete preparado de antemano es ofrecido á Antonio en el mismo buque de oro que bajára el Cidnus. El famoso triunviro, que ya no recuerda que Cleopatra vino á su campo á justificarse, ni que la

rebelion de los Partos hace necesaria su presencia en otra parte, acepta gustoso el obsequio y le acompañan algunos de los oficiales mas caracterizados de su ejército. El festin, elegante y espléndido hasta el extremo, es digno de un soberano. El contento y la alegría renacen en el buque de oro. Las damas de honor festejan, agasajan, y lo que es mas aun, sonrien á los tribunos y centuriones, y esta sonrisa puede ser el preludio de otros favores mas íntimos. En sus momentos de expansion les cuentan el terror de que estuvieron poseidas, y los romanos saben manifestarles cuánto sienten haberlas causado aquel disgusto.

—»¿Es posible, les dicen, que hayamos podido inspirar miedo á tan bellas damas?

»La orquesta invisible vuelve á oirse. Sus dulces y tiernas melodias descienden del Olimpo, y sus acordes son dignos de la lira de Laso de Hermione. Mientras tanto, hermosas vírgenes, no menos seductoras que la reina del buque, sirven los mas deliciosos manjares y el nectar y la ambrosia en vasijas de oro y plata.

»Mas un incidente imprevisto casi suspende la alegría y el regocijo del festin. Cleopatra, sintiéndose al parecer indispuesta, se retira á uno de sus gabinetes mas apartados. El calor es escesivo y el ambiente la sofoca. Una de sus damas de honor la sigue, y aligera sus vestidos, dejando al descubierto su cuello, en donde se albergan las gracias todas. Cae poco despues sobre un ancho sofá escarlata, ribeteado de pedrerías, y apoyando la cabeza sobre un mullido almohadon tejido de oro, respira lánguidamente los mil perfumes que embalsaman la atmósfera.

»El fogoso triunviro, embriagado por el néctar, fascinado y seducido, se admira de la ausencia de la reina; pero mientras su mirada interroga á las damas, suena en sus oidos una palabra dulce como el amor, y se levanta. Quiere informarse por sí mismo de estado de Cleopatra cuya ausencia no puede soportar, y allá en el solitario gabinete cae á sus piés ébrio de amor.

»La hermosa hija de Ptolomeo le tiende una mano blanca como la azucena, que besa con trasporte, mientras que la dama de honor se aleja. La posicion misteriosa de la belleza, el desarreglo de su traje, las lucecitas que amortiguándose paulatinamente despiden cierto resplandor suave, tímido y vacilante, todo seduce y arrebatada en el gabinete mágico. Aquel es el verdadero templo erótico.

»Los ojos de Cleopatra despiden una mirada languida y fascinadora, y su mano abrasa. Su voz dulce y penetrante, la ternura de sus palabras, sus naturales gracias, llenas de una profunda voluptuosidad, todo en ella respira amor.

»El romano está fuera de sí. Su pecho late con violencia, y no puede articular las palabras, Las nubes de incienso que embalsaman el aire le sofocan; las brisas del Cidnus le ahogan, y su mente se extravía imaginando goces inefables. No pudiendo soportar mucho tiempo aquella posición, inclina la cabeza y su frente roza con el ondeante pelo de la reina, esparcido por el lujoso almohadon. Aquel contacto es un combustible arrojado sobre un volcan. Cleopatra hace un ligero movimiento, un suspiro sale de su pecho y mientras la orquesta invisible entona un himno en loor de los amantes venturosos y el buque de oro se mece impulsado suavemente por las mansas olas del Cidnus..... ¡Pobre Octavia! fuiste sacrificada por la reina de Egipto.

X.

»Amanece, y una sola voz se oye en el campo consular.

—»La reina de Egipto es inocente.

»El clarin de la fama lo repite allá á lo lejos, y pocos dias despues el eco soberano del Capitolio repite:

—»La reina de Egipto es inocente.

.

»Terminada la leyenda, prosigue Siscár, hicieron varios de los presentes un juicio crítico sobre ella, lo cual no dejó de causarme algun embarazo. El primero que tomó la palabra fué Pitágoras, quien dijo:

—»A la verdad, vuestro episodio, para narracion histórica es algo subido de tono, y no faltará quien lo tenga por un cuento.

—»Sin embargo leed á Plutarco y.....

—»Nada ignoro de su *Vida de los hombres ilustres*; pero precisamente os habia hablado de los defectos de Tito-Livio. Además ¿cuál fué la pasión que impulsó á Cleopatra á obrar contra César? Esta pregunta debia tener respuesta en vuestra obra. El origen del hecho tiene tanta necesidad de ser reconocido como el hecho mismo; sin embargo de que no hay que ir á buscarle muy lejos. Ya sabeis lo que dice Horacio respecto al relato de la guerra de Troya.

—»Que no debe comenzarse por los huevos de Leda.....

—»Precisamente. Mas vuestro trabajo para ser de tan pequeñas dimensiones, sobra de esposicion. Claridad tampoco le falta; el lector sin esfuerzo alguno atraparé el pensamiento del autor.

—»Esto es lo mejor que tiene, añadió Quintanal, que nunca acababa de dejar los hábitos adquiridos en el convento.

»Algunos sonrieron, y el Filósofo continuó:

—»Pureza y precision podria tener mas; no todas sus locuciones son autorizadas, ni los pensamientos espresados con el menor número de palabras posible. En su defecto hay alguna nobleza y elegancia; se han evitado con cuidado las espresiones triviales, y las hay castizas. Pero tiene vuestro episodio un defecto capital, defecto en que incurren muchísimos autores. Su moralidad.....

—»Yo creo, le interrumpí, que no es suficiente el narrar un hecho acompañándole de todas sus circunstancias particulares, sino que es necesario ante todas cosas hacerle interesante.

—»¿Cómo? Quereis presentarle interesante al lector describiendo piernas y.....

—»¿Y por qué no? repuso Quintanal con calor; ¿teneis en poco la verdad histórica? Un historiador imparcial y justo debe referir los vicios y debilidades de los hombres, cualquiera que sea el rango que ocupen: si Cleopatra iba con las piernas al aire; ¿por qué no lo ha de decir?

—»Bien me parece, murmuró Chanacya.

—»Y á mí, dijo maese Alvar García.

»A Praxiteles le pareció lo mismo, y tambien á Scopas, y yo, oyendo á los cinco, saqué en consecuencia que hay cosas que á los arquitectos les gusta, mucho mas que hacer capiteles.

»Mas el Filósofo se revela contra mi doctrina, exclamando:

—»El historiador debe en efecto presentar los vicios y aun los crímenes de los hombres, del mismo modo que sus virtudes; pero reprobando con reflexiones juiciosas y enérgicas los primeros y sancionando las segundas. Esto es conforme á las reglas de la buena moral (1), y yo no he oido en el episodio que acaba de leerse ni una sola palabra contra el modo poco decoroso que tuvo Cleopatra de presentarse en el campo romano ni contra su conducta.....

—»¡Las reflexiones detienen la marcha del relato! apuntó Quintanal con no poca ironía.

»Pitágoras repuso con cierto calor:

—»Señor mio, no hay que confundir las digresiones pesadas con las reflexiones sábias y discretas, que puede y debe hacer un autor para corregir los abusos. Cuando estas son naturales y forman un mismo cuerpo con el resto de la narracion, lejos de detener su marcha, aumentan su interés.

(1) Si en nuestros tiempos oyesen en Francia á Pitágoras, le tendrian por demente. ¡Cómo! ¡No poder santificar á Inés Sorell, á Diana de Poitiers, á la Pompadour, á la Dubarry y á otras concubinas de sus reyes, no menos insolentes que pervertidas!

»Pitágoras continuó durante un largo rato edificándonos con la esposicion de algunas máximas de su severa moral; pero recordando yo en aquel momento haber oído no sé qué acerca de varios españoles que habian conquistado el *Psicostatmos*, dejé muy pronto de prestar á aquel filósofo la atencion debida, porque deseaba vivamente hablar con algunos de mis paisanos para traer noticias de ellos á la tierra. Reflexionando, concebí una idea, y la puse en ejecucion sin pérdida de tiempo. Levanté de repente la cabeza, retorcíme el bigote, y dirigiendo una mirada, casi desdeñosa, á los grandes hombres de diversos países que me rodeaban, pregunté alzando la voz y sin preámbulo alguno:

—»¿Cuál es Bernardo del Carpio?

—»¿Qué? me respondió el Filósofo.

»Algunos de los presentes cuchichearon un momento, y yo, engreído, recordando las glorias de mi patria, seguí preguntando:

—»¿Acaso es aquel jóven de arrogante presencia que habla con el gran Pompeyo?

—»¿Quién?

»Seguian los cuchicheos; mas yo, deseando dar un golpe maestro, proseguí:

—»¿O aquel que allá en el extremo del salon se pasea con un libro abierto en la mano? ¿Qué elegancia en su persona! ¿qué audacia en su mirada.... Brilla en su frente el númen del heroismo.....

—»¿De quién quereis hablar?

—»¿No lo habeis oído? del famoso Bernardo del Carpio, hijo de Doña Gimena y del conde de Saldaña; del héroe de Roncesvalles.

»Pitágoras, admirado, me respondió:

—»Puedo aseguraros que en el *Psicostatmos*, no se tiene noticia de semejante hombre.

—»¿Cómo? ¿qué?

—»Es cierto, es cierto, me respondieron varios de los presentes.

»Os lo confieso, amigos míos, quedé corrido, y lo que es peor, ante tan noble é ilustre concurrencia. Jamás hubiera creído que lo que oí en mi niñez del hijo de Saldaña fuesen paparruchas, buenas tan solo para entretener á los zotes. Habia imaginado preguntar por algunos otros, y muy particularmente por el Cid Campeador; pero no me atreví, creyendo que me sucediera lo mismo, aun cuando me habian afirmado que una hija de este último, llamada María Rodriguez, se habia casado con Berenguer el Grande. Sin duda alguna podia haber interrogado á este; mas temí que se riese en mis barbas, y que se renovasen los cuchicheos y risitas de poco antes. No obstante, me atreví á decir á Pitágoras:

—»¿Supongo que aquí no habrá *morra*?

—»Suponeis bien, porque no hay jueces, me respondió.

—»¿Es decir que si hubiera jueces habria *morra*? interrogó el hermano Bullanga.

»Temiendo yo que estas sus palabras no hubiesen disgustado á los oyentes, me apresuré á decirle, haciendo esfuerzos para disimular mi enojo:

—»Ya te he dicho repetidas veces que eres un borrico. Debes oír y callar, teniendo entendido que aunque es muy raro, puede haber jueces sin *morra*.

»Parecióles bien á los oyentes mi réplica, y aun hicieron algunas observaciones sobre el Areópago, que no recuerdo bien; mas conociendo que yo no quedaba muy satisfecho de lo que acababa de suceder, me dijo el Filósofo sonriendo:

—»No podeis quejaros, señor caballero; porque la rica España tiene en este palacio infinitos representantes de diversos estados y oficios. ¿Cuántos no habeis visto ya, y cuántos mas podriais ver si os tomáseis el trabajo de buscarlos? Los hay de todas las edades.

—»Es cierto, dijo Pericles; y el número de artistas españoles es superior en mucho al de otros pueblos que cuentan mas poblacion. Reyes tampoco faltan, aunque.....

—»Precisamente, añadió Pitágoras, el último hombre esclarecido que hemos recibido y festejado es Pedro, el gran Pedro III de Aragon.»

Al pronunciar estas palabras Siscár, es interrumpido con una salva de aplausos. Todos los guerreros que le escuchan han militado, como hemos dicho, á las órdenes de aquel monarca en las guerras de Berbería y Sicilia, y todos idolatran en él no menos al gran capitan que al cumplido caballero. A los aplausos suceden los bravos y vitores estrepitosos.

Siscár, no menos irónico y burlon que otras veces, vocea:

—Ya era hora de que me diéseis un aplauso; siete ú ocho hace que estoy hablando, y ni siquiera.....

—¿Imaginas que el aplauso es para tí? le preguntó gritando el Castellano.

—¿Para quién podria ser?

—Para Pitágoras.

—Bravo, bravo, responden muchos.

—Para Pitágoras, para Pitágoras.

—Pitágoras fué el que se acordó de D. Pedro.

—No le tenia yo olvidado, vocea Siscár.

—Poco se ha conocido. La primera persona que debiste ver en el palacio, fué D. Pedro, repuso el Aragonés.

—Dice bien.

—Bien por el Aragonés.

Alentado el Atleta con la aprobacion que han merecido sus palabras, prosigue dominando el tumulto con su voz estentórea:

—Y ahora cuenta la verdad, porque de lo contrario reñiríamos. No mezcles, yo te lo ruego, malicia alguna en las cosas del gran rey.....

—Las contaré tales como pasaron; ¿pero yo, qué culpa tengo si alguna no gusta al Aragonés? interrumpe el malicioso Siscár.

—Mira Siscár..... no comiences porque.... Todos conocimos á D. Pedro, te lo advierto. Y si alguno allá en el *Psicostatmos* trata de ofenderle, avisa y mandaré por la maza de armas.

—Bravo, bravo.

—Bien, bien.

No divierten poco al auditorio las palabras del Atleta, espresion de su amor fanático por D. Pedro; mas deseando todos oir la continuacion del viaje por saber noticias de aquel su antiguo caudillo, instan de mil modos á Siscár, el cual lo prosigue de esta manera:

—«Habeis insinuado, le dije á Pitágoras, que podria ver y hablar á los muchos españoles residentes en este palacio; pero tal es el número segun creo, que no seria empresa fácil, y por lo mismo yo quisiera que por ahora me proporcionáseis únicamente la satisfaccion de ver á D. Pedro.

—»Nada es mas fácil. Vedle allí que se divierte ensayando unas armas con Pompeyo y Temistocles. Podemos aproximarnos á él si os parece.

»Habiendo hecho lo que decia el Filósofo, nos hallamos en breve en presencia del rey, á quien ví lo mismo que cuando se despidió de nosotros en Sicilia. El paso de la una á la otra vida nada habia cambiado en él. Su robustez, su vigor, aquella mirada centelleante y espresiva que tanto predominio le daba sobre los que se le acercaban, aquel continente marcial y guerrero, su paso noble y magestuoso, todo lo conservaba. Lo mismo que en la tierra, su estampa era la de un héroe.

»Al reconocerme vino á mí con los brazos abiertos, y yo me incliné con respeto besándole la mano. Pero os confieso que quedé sorprendido al verle, sabedor de todo cuanto habia pasado en Aragon despues de su muerte, acaecida como sabeis en Villafranca del Panadés, el dia 10 de Noviembre de 1285, á los cuarenta y seis años de edad y nueve de su reinado. Mereció muy particularmente su elogio la conducta de su hijo Fadrique en Sicilia y vituperó amargamente la de D. Jaime por haberlo combatido, aliándose con los que en su tiempo habian sido enemigos de Aragon.

—»Señor, le respondí, vuestro hijo Jaime, amedrentado por alguno

serviles fanáticos, y deseoso de reconciliarse con la Iglesia, abdicó el reino de Nápoles en favor del Sumo Pontífice. Nosotros fuimos víctimas.....

—»Nada ignoro, me interrumpió colérico, y los sicilianos se indignaron con razon al ver que los entregaba á sus mas encarnizados enemigos. Pero si no era para él nada esta consideracion, debia reflexionar al menos que podia en todo caso renunciar sus derechos á la corona de Sicilia, pero no los que pertenecian á su hermano Fadrique; tampoco ignoro que se embargaron vuestros bienes por haber favorecido vosotros la causa de este.

—»No hicimos mas que acatar vuestra voluntad soberana.

»D. Pedro, ceñudo y colérico, repuso con fuerza:

—»Hicisteis bien, mal que le pese á todo el cónclave. Y ahora al volver á la tierra, le dirás á mi hijo Jaime que si no hubiera olvidado, en mala hora, que era hijo de su padre, seria un gran capitán, pero no un gonfalonero.»

—Bravo, bravísimo, gritan los caballeros interrumpiendo al Bañolense.

—Aquí le reconozco yo, añade el Aragonés con su voz atronadora.

El deseo de oír las importantes nuevas que les da el viajero hace enmudecer pronto al auditorio. Las interrupciones son momentáneas.

Siscár continúa animado, al ver el entusiasmo con que se reciben sus palabras.

—«Y luego añadió en el mismo tono:

—»Dirásle también, y no te se olvide, que á mí, Pedro III de Aragon, me encontraste aquí en el palacio de los grandes hombres; pero que no viste en él por mas que lo buscaste al Papa Martino IV.»

Nuevos aplausos ahogan la voz del Bañolense. Sin duda los caballeros recordaban que aquel Pontífice les habia anatematizado.

Siscár, dominando el griterío con voz fuerte, continúa:

—»Añade también, prosiguió D. Pedro, que su conducta no merecerá la aprobacion de las generaciones futuras, como no agrada á la presente: la presciencia me lo dice. Un escritor del siglo XIX, escudriñador infatigable y que conocerá su historia, hallándose por casualidad á cinco pasos de su sepulcro, negaráse á verle.»

—Bien por el escritor, dice el Aragonés.

—Aunque sea malo, añade Sástago.

—Bravo, bravo:

Siscár prosigue:

—»Dirásle por último, continuó D. Pedro, que todavía puede enmendar sus yerros. Reconciliándose con las Córtes, se reconciliará con la razon;

y al poco tiempo aterrada la Europa y como saliendo de un sueño, se preguntará á sí misma: *¿Quién reina en Aragon? ¿es el hijo ó el padre? ¿es el padre ó el abuelo?»*

Esta vez, como otras muchas, los aplausos ahogan la voz del Bañolense. Entusiastas los caballeros, como hemos dicho y repetido, de aquel monarca que con esclarecidas victorias les dió la alta nombradía de que gozan, van á dejar sus asientos para espresarle mejor sus simpatías, su adhesión, su amor; pero Siscár les vocea al mismo tiempo:

—Silencio, silencio, todavía tengo que deciros algo mejor.....

—¿De veras?

—Cierto.

—Pero.....

—Ahora viene lo mejor de lo mejor, añade Siscár.

Semejantes palabras contienen la esplosion, y el maligno viajero sigue espresándose en estos términos:

«Mientras yo hablaba con D. Pedro acompañado de Pitágoras y otros muchos de los sábios, se habian formado, no lejos de nosotros, algunos grupos compuestos de personas que nos escuchaban con la mayor atención. En uno de ellos, en que se veian algunas heroínas y mugeres célebres de la antigüedad, tales como Semiramis, Artemisa, Cornelia madre de los Gracos, Critheris que lo era de Homero, Candace reina de Egipto, Olimpia y otras muchas, se razonaba de este modo:

—»Si yo hubiese tenido, decia la reina de Babilonia, un solo hombre en mi corte como este aragonés, que uniera á los talentos de los grandes capitanes la obediencia y disciplina del soldado, los Parsis, adoradores del sol, hubiesen reconocido mi poder, lo mismo que el Egipto, la Etiopia y la Libia, y no hubiera sufrido una rota junto al Indus.

—»¿Quién lo duda? responde Artemisa; y no es menos cierto que si este caudillo se hubiera hallado á la cabeza de nuestro ejército cuando pasamos el Helesponto con Xerxes, la dominación del Oriente nos estaba asegurada.

—»Tampoco hay duda, añadía Cornelia, de que si naciera romano, en la época de Sila, los triunviratos no hubieran destruido la república.

»Las otras reinas y damas presentes aplauden calorosamente.

»Don Pedro, cortés y galante como siempre, al oir el diálogo, enderezó su cuerpo, y tomando la actitud que juzgó mas del agrado de aquellas nobles y poderosas damas, dijo:

—»No ignoro yo por cierto quién fortificó Babilonia y la embelleció con fuentes, jardines y lagos maravillosos, sujetando despues el Asia toda y haciendo florecer su comercio y su civilización. ¿Qué podia yo hacer si me

hubiera hallado en aquella corte? Nada mas que postrarme ante el génio y la belleza como Menones y Nino. Tampoco ignoro que en Salamina *los hombres pelearon como mugeres y las mugeres como hombres*; y ¿quién no conoce á la matrona que antes que esposa de un rey quiso ser viuda de un romano?

»Las palabras de D. Pedro parecieron bien á todos los presentes, excepto á un rey de Libia que se escurrió por entre la multitud luego de haberlas oido. No pude saber quién era ni por qué se escondia. A Xerxes y á Mardonio no les vi en aquel palacio.

»Las heroínas mostráronse reconocidas al monarca aragonés, y este, sonriendo y dirigiéndoles unas miradas muy espresivas, supo significar que eran bellas, cosa que estimaron mucho aquellas damas por ser opinion de una persona tan entendida en la materia como D. Pedro. Y notad bien que este podia permitirse semejante obsequio en el *Psicostatmos*, puesto que Maria Nicoláo é Inés Zapata se hallaban todavía en la tierra.

»Pero, amigos míos, no todo debian ser flores para D. Pedro; en otro grupo le juzgaban de muy diverso modo.

—»Os aseguro, decia Clotilde, muger de Clodoveo á sus oyentes, os aseguro, que este hombre me disgusta soberanamente; yo no puedo comprender cómo se le ha consentido la entrada en este palacio, habiendo sido excomulgado.

—»Tu observacion es justísima, la respondió otra beata, tanto mas cuanto que vivia maritalmente con dos mugeres á un tiempo, sin contar la propia, y de todas ha tenido hijos.

—»¿Y teneis en poco, añadió una tercera, el escándalo que dió el día de su coronacion en la iglesia de San Salvador de Zaragoza, protestando ante sus notables *que no recibia la corona de mano del Arzobispo en nombre de la Iglesia Romana, ni por ella, ni contra ella?*.... ¿No podia imitar á su abuelo que á pesar de la oposicion de sus vasallos hizo su reino tributario de la silla apóstolica?

»D. Pedro frunció el gesto al escuchar el diálogo de las beatas, y yo, que conocia su carácter, temí por un momento que estallase su ira de una manera insólita; pero afortunadamente logró reprimirse, contentándose con enderezar la siguiente réplica:

—»¿Se pretenderia aleccionar al que todo lo sabe y todo lo puede? Sean las murmuradoras que bueno y muy bueno es saber hilar.

»Clotilde, recordando sin duda en aquel momento que por el nacimiento era igual al monarca de Aragon, se avergonzó de ceder ante tan numerosa concurrencia, y repuso encendido el rostro:

—»No es malo venerar y respetar á los Principes de la Iglesia.

»D. Pedro contestó animándose por momentos :

—»Cuando cumplen sus deberes. Y tenga entendido la reina de Francia, que la Providencia no ha castigado en ninguno de mis hijos las malas pasiones de los padres.

»La reina de Francia se encogió de hombros mordiéndose los labios. A sus ideas de ambicion y á sus proyectos de venganza, se atribuyen la muerte de Clodomiro, su hijo, y la desgracia de su hija, casada con un principe español.

»Mas queriendo salir en su defensa otra de las beatas, dijo:

—»Yo no creia que ningun caballero se permitiese.....

—»Cállese la parlanchina, interrumpió D. Pedro, que sin duda la conocia; todo el mundo sabe que antes de retirarse á hacer penitencia, fué comedianta entregada á toda clase de placeres en Antioquía.

»D. Pedro en el *Psicostatmos* era implacable contra sus enemigos como en la tierra. Habiendo querido alguna otra recordarle á María Nicolao, la contestó de mal gesto:

—»Mejor haria en guardar silencio, porque de lo contrario le diré lo que hacia en la tierra, en donde por cierto no edificaba á la juventud inesperta.

»La amenaza era terrible sin duda, porque la murmuradora calló escondiéndose entre las gentes.

»Mas la cuestion se agriaba por momentos, y el rey se hallaba poco dispuesto á enmudecer. El eco de semejante discusion habia atraído por allí cerca gentes de diversos paises, que tomaban sucesivamente partido por este ó por aquel bando. Los franceses apoyaban á la reina Clotilde y los españoles á D. Pedro. Entre los primeros se veian á Clodoveo, German de París, Cárlos Martel, Juan de Mata, maestro de los Maturinos, Luis IX y otros muchos de sus paisanos y amigos, dispuestos todos á la controversia y á alguna otra cosa. Los españoles, resueltos y briosos, tampoco escaseaban. Veíanse entre ellos Alvar García, Fernando III, Berenguer el Viejo y el tercero del mismo nombre; Viriato, Pelayo, la hermosa y brava Berenguela, reina de Leon, Alonso el Sábio, Quintanal y Séneca el rector, padre del Filósofo. Los demas no es fácil recordarlos.

»Margarita, reina de Francia, buena hija y buena esposa, no sabia qué partido tomar. En uno de los bandos veia á su esposo Luis IX, y en el otro á su padre Berenguer el Grande, no poco dispuestos ambos á hacer riza. Os confieso que su perplejidad me daba lástima.

»Habíase formado otro grupo no lejos de mí, que me pareció neutral; pero la verdad es que no traté de investigar los nombres de los que le componian, porque me parecieron cortesanos, y no les hice por ende caso alguno.

»En tal estado se hallaban las cosas, no siendo fácil comprender cuál sería el fin de aquella escena, cuando sin que al pronto pudiese yo atinar la causa, cesaron de repente todos los murmullos y sobrevino un profundo silencio. Admirado del caso eché una mirada en mi rededor, y ¿á quién direis que ví? Todos la conoceis por haberla festejado en la corte de Aragon; acababa de llegar la hija de D. Pedro, Doña Isabel, reina de Portugal (1).

»Venía la princesa resplandeciente de belleza, y espresando en su fisonomía la belleza mas preciada de todas; la de la virtud. A su vista enmudecieron cuantos poco antes murmuraban contra los soberanos decretos de la Providencia. Ante aquella jóven, santa y reina, honra y gloria de dos imperios; ante aquella princesa pura y sin tacha, cuya vida toda se hubo pasado sirviendo á Dios en la caridad y en otras obras pias; ante aquella criatura verdaderamente angélica, tipo de la buena esposa, de la buena reina, de la buena muger, dispuesta siempre á hacer el bien, irreconciliable con el vicio, humilde en sus maneras como en su conversacion, ante aquella muger se inclinaron respetuosamente las mugeres, sin osar desplegar los labios. ¡Oh poderoso ascendiente de la virtud! sus sentimientos se ennoblecieron de repente. Ya no veian en el rey de Aragon al principe anatematizado, sino á un monarca generoso, grande y magnánimo; ya se avergonzaban de sus pasados errores. La dulzura, la esquisita cortesía, el amor, las gracias todas de su sexo, reaparecieron de repente en sus semblantes..... Doña Isabel sin hablar habia vencido.

»Los grandes corazones, Artemisa, Semiramis, Cornelia, Tomiris, Cleopatra, Critheis, Lucrecia, sonrieron á la hermosísima reina, enviándola con sus diestras un millon de besos.

»Los neutrales, cortesanos los mas, continuaban en la expectativa esperando, como siempre, conocer al vencedor para decidirse:

»Las tres beatas y sus valedores y amigos, balbuceaban algunas palabras que denotaban su confusion á vista del irresistible influjo que ejercia la virtud.

Don Pedro contemplaba á su hija embelesado. En la otra vida, es decir, en la tierra, *atribuia á sus méritos y virtudes la felicidad que disfrutaban sus reinos*, y alli en el *Psicostatmos*, extasiado al mirarla, se olvidaba de sí mismo para no pensar mas que en ella.

»Quintanal, presintiendo la victoria de su bando, no encontró medio mas espedito de demostrar su alegría y su contento, que el de pellizcar á Tamerlan, quien estaba sufriendo en aquella morada un castigo terrible

(1) Santa Isabel, reina de Portugal.

por lo desconocido, á causa de haber fabricado en la tierra ciertas torres, con no sé qué materiales.

»Yo hiqué una rodilla en tierra.

»De este modo habló Doña Isabel, dirigiéndose á la reina Clotilde y á sus compañeras :

—»Vosotras sabeis por esperiencia, mis buenas hermanas, como saben todos los que han merecido los honores de esta morada, cuán grande es la misericordia del Señor. La perfeccion no existe en la tierra, y si algun mortal se vanagloriase de haberla alcanzado, seria digno de compasion y de lástima si lo creyese de buena fé, ó del desprecio mas grande si no lo creyese. Si esta es una verdad que nadie desconoce, ¿de qué os quejais amigas mias? ¿No es el arrepentimiento el que os ha valido la gracia á vosotras? Pues si mi padre y señor tuvo algunos defectos de que ningun viviente está exento, el mismo mérito le ha conducido á la gloria que disfruta.—No olvideis ademas, amigas mias, que el murmurar casi nunca puede justificarse y mucho menos en los casos que, como el presente, implican una reprobacion de los actos, nunca censurables, de la Divinidad. El maldiciente, por lo comun, es orgulloso y vano é incapaz de apreciar los sentimientos de sus semejantes. Si un honrado artesano sufre un revés que mengua su fortuna, es ocioso, disipador é indigno de la caridad pública; si el poderoso no gasta su patrimonio en ricos banquetes ó bacanales donde los murmuradores sean invitados, es avaro y egoista; y el que honra la moral de los libros santos, es un impostor ó un hipócrita. Semejantes manifestaciones revelan falta de generosidad, de amor, de humildad, y una ambicion insaciable de parecer mejor que los otros. El Señor recomienda la generosidad, el amor, la humildad; no olvidemos al Señor, no olvidemos sus palabras.

»La reina dejó de hablar, y un coro compuesto de miles de voces bendijo á la reina. Las murmuraciones, los ódios, los rencores habian desaparecido. La actitud humilde de las tres beatas, á quienes un esceso de celo habia por un momento estraviado, manifestaba su sentimiento, y D. Pedro, ante el triunfo esclarecido de su hija, á quien tanto amaba, vertia lágrimas de placer.

»En esto acertó á pasar su padre D. Jaime el Conquistador, que sin duda alguna habia oido todo lo ocurrido, y acercándosele le dijo á media voz:

—»¿Has oido á tu hija?

—»¡Oh, la buena Isabel! respondió D. Pedro.

»Entonces el anciano, restregando sus manos con infantil alegría, dijo estas palabras, espresion de un sentimiento de disculpable orgullo.

—»Todos saben que yo..... que yo la he educado.

»Luego que D. Jaime se hubo retirado, me dijo su hijo sonriendo:

—»Es verdad que él educó á mi hija Isabel, pero lo menos me lo ha dicho mil veces.

»Terminado este incidente, que pudo haber tenido consecuencias desagradables sin la intervencion de la hermosa Isabel, tuvo lugar otro que, además de patentizar el carácter del gran rey, y el concepto de que gozaba en el *Psicostatmos*, era una demostracion del amor fanático que tenia por las cosas de su patria, y particularmente por los que tuvimos la honra de acompañarle en sus guerras.

»Os he dicho, no há mucho, que mientras yo hablaba con D. Pedro, antes de la murmuracion de las beatas, se habian formado en rededor nuestro algunos grupos que nos observaban con mucha atencion. De los primeros ya teneis noticia. Oid ahora qué clase de personas componian el tercero, y lo que platicaban entre ellos. Veíanse en este corro á las ilustraciones militares que nos presentan todos los imperios y todas las edades, y mientras hablara Doña Isabel, habian enmudecido; mas luego que la jóven reina hubo guardado silencio, dijo Pompeyo, el gran Pompeyo, á sus amigos.

—»Este es el hombre de la época.

—»En efecto no ha tenido mas rival que Otman, repuso Temistocles.

»Mário añadió:

—»Y aun no puede comparársele; el paralelo no seria ventajoso para este último.

—»Cierto, objetó Pelayo, porque los griegos de estos tiempos no son los de la batalla de Maraton, y los franceses y napolitanos valen algo.

»El gran Ciro, tomando parte en la conversacion, exclamó:

—»Don Pedro con el corto ejército de un pequeño reino ha hecho tanto como nosotros con los de algunos grandes imperios reunidos.

—»Es la verdad, razonó Alejandro Magno; nosotros formando ejércitos en todos los paises que nos estaban sometidos, hemos invadido Estados y derrotado á monarcas, que muchas veces nos ofrecian la batalla con un puñado de soldados bisoños. ¡Qué poco me envaneció á mí la victoria alcanzada sobre Porro! El príncipe de Aragon, por el contrario, á la cabeza de un ejército reducidísimo, parte á expediciones lejanas, invade un Estado, se hace proclamar rey, y á pesar de los anatemas de Roma, derrota repetidas veces á tres ejércitos coaligados, que reunian fuerzas muy superiores á las suyas. Yo creo, señores, que este es el primer ejemplar que de este género nos ofrece la historia.....

—»Es atrevido el Aragonés.

—»Y emprendedor.

—»Es astuto, y audaz, no menos que estratégico.

—»Y temerario.

—»Es un gran caudillo.

»Alejandro Magno, volviendo á tomar la palabra, añadió:

—»Yo por mi parte, os lo repito, cuando se forme de nosotros la gran compañía que el otro día se resolvió formar, tal es el concepto que me merece D. Pedro, que le anticipo desde hoy mi voto para capitán.

—»Y yo, dijeron á un tiempo mismo Rómulo, Mário, Pompeyo, Julio César y otros caudillos romanos.

—»Y yo, repitieron Temístocles, Milciades, Cimon, Alcibiades y Leonidas que se estaba peinando.

»Aquiles y Pírotó, que ensayaban sus fuerzas en el ajedrez, y Hector, Priamo y Jason que los estaban observando, repitieron uno tras otro:

—»Y yo.

—»Y yo, y yo, repitieron todos los otros guerreros ilustres de la Grecia.

»Lo mismo hicieron los de la India y la China, entre los que se distinguían Porro, Fou-Hi, Yu, Chum y Hoang-Ti, el mismo que dotó á su patria de una organizacion social.

»Belisario y Narses, á la cabeza de los del Bajo-imperio, y los dos Daríos á la de los persas, hicieron lo mismo.

—»Y yo, repitió Carlo-Magno en el acto de dejar el maestro que le daba lección de leer y escribir.

»Las ilustraciones militares de Cartago, Turquía, Armenia, Média, Siria y Egipto, repitieron lo mismo.

—»Y yo, y yo, repitieron los españoles y los godos, de gran valer en la guerra, incluso Berenguer el Grande y Pelayo, que ambicionaban las tenencias de la gran compañía.

—»Y yo repitió Efestion, comprendiendo la necesidad de que la elección recayese en un caudillo invencible.

—»Y yo, y yo, contestaron los guerreros célebres de otros países.

»Cárlas I y Cárlas II de Nápoles, Luis IX y algun rey berberisco, por no sé qué razones, se abstuvieron de votar.

»La elección quedaba asegurada; no tuvo D. Pedro ni un voto en contra.»

La idea de que los héroes de todos los siglos, desde la antigüedad mas remota, pedían á D. Pedro para capitán, escita é inflama los corazones, y va á estallar un nuevo aplauso mas fuerte y mas entusiasta que los anteriores; Siscár, presintiendo el alboroto, contiene con el gesto á los caballeros, y prosigue con precipitacion:

»Don Pedro, levantando la cabeza, contestó con voz fuerte y enérgica:

—»No puedo menos, nobles señores, de aceptar el alto puesto que deberé á vuestra cortesía; pero será con una condicion, y es que formarán parte de la gran compañía doscientos de los catalanes y aragoneses que me acompañaron en la expedicion de Italia, Berbería, y.....

—»Mi señor, mi señor, le interrumpí asombrado; sin duda es un grande honor para nosotros; pero ¿olvidais que estais hablando con los mas afamados guerreros del mundo?

—»No olvido tal, pese á mí, repuso con noble entusiasmo; son caudillos ilustres, grandes capitanes; pero ¿son aptos todos para manejar el sable y la lanza? Aunque á mí se me considere suficiente para la direccion, necesito soldados.

»Volviendo luego á dirigirse á los heróes que le oían suspensos, continuó con el mismo tono:

—»Guerreros ilustres, honor y gloria de los imperios, ya lo habeis oido; pónreme á vuestro frente y entraremos en la guerra que os plazca, en donde sin duda vuestros hechos corresponderán á la alta nombradía de que gozais. Mas yo os aseguro, por mi parte, vive Dios, que al levantar el campo, para restituírnos á la patria, cada caballero de la invicta Coronilla, llevará clavada sobre la punta de su lanza una corona mas radiosa y mas grande que la de Sicilia.»

Como lo hubo previsto Siscár, la interrupcion, comprimida por lo seguido de su discurso y por sus gestos, estalla al fin; ¡pero con qué furor! ¡con qué estrepito! Nunca aplauso habia sido tan unánime, tan robusto; nunca fué acompañado de vítores tan entusiastas y frenéticos. Los caballeros dejan sus asientos, y queriendo todos abrazar al Bañolense, se le disputan, se le roban, en medio de un increíble estruendo. Siscár, experimentando la presion que sobre él ejercen de todos lados, grita y pateo, pero durante un largo rato, no obstante sus descompasadas voces, no le hacen caso. La confusion es asombrosa, y de vez en cuando de aquel grupo de caballeros sale un grito terrible lanzado por unos pulmones de hierro, grito que en otro tiempo fuera preludio de grandes victorias.

—Viva el gran rey.

—Viva D. Pedro.

Por fin Siscár, que, como es sabido, no renuncia la palabra tan fácilmente, logrando evadirse de los brazos de sus amigos, grita descompasadamente para llamar la atencion:

—¡Eh! señores que aun falta lo mejor, dice. Dejadme concluir y vereis como se castiga en el *Psicostatmos* á los.....

Cabeza de Oro, que durante la confusion habia abierto una ventana, le interrumpe gritando:

—El alba asoma, el alba asoma,

Los caballeros no se aperciben hasta entonces de que, como la última vez, habian pasado toda la noche oyendo al infatigable cuanto incomprendible viajero. Se hacen con este motivo no pocos comentarios, á cual mas entretenidos y alegres, razonados con mil chistes é interrumpidos con algunos jarros de hipocrás; pero á pesar de las voces del Bañolense, la mayoría resuelve que se suspenda la narracion del viaje para continuarla en otra ocasion.

Algunos de los caballeros comienzan á desfilár; pero Siscár, revelándose contra el acuerdo de la bulliciosa asamblea, grita con rēcios pulmones:

—Os perdeis lo mejor á fê mia. Oid.....

—Anda al diablo le interrumpen algunos, riendo en el acto de ausentarse.

Pero él continúa con fuerza:

—No sabreis el singular castigo que imponen en el *Psicostatmos* á los follones y mal nacidos que faltan á su dama, á su rey ó á su patria, es decir, á los traidores.....

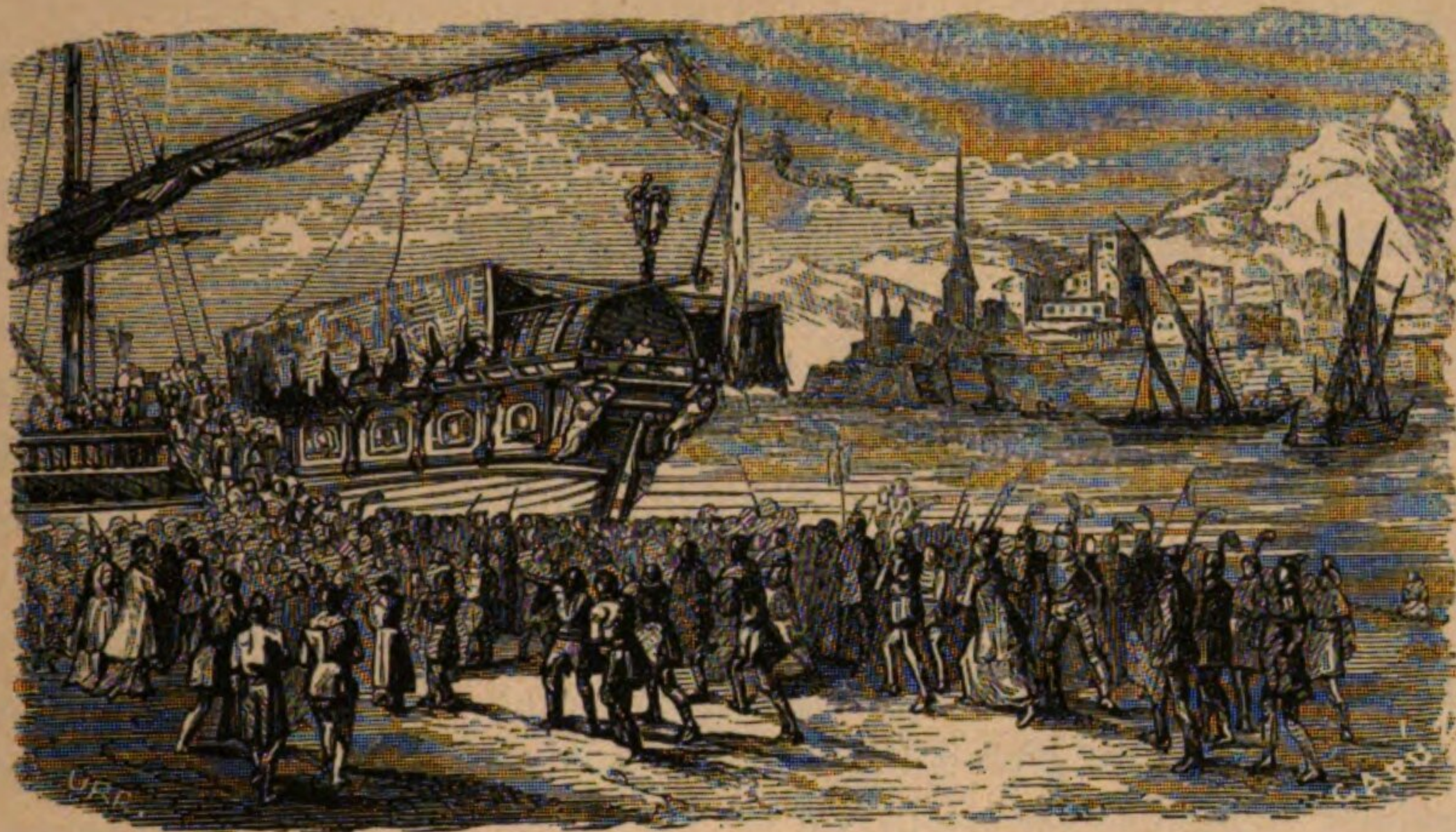
Mientras que algunos al sonar esta palabra redoblan el paso y desaparecen, el Dóncel de Ausona le dice al Castellano, bajando la escalera:

—Esceleste idea. Execrar aquí la traicion....

—No está mal pensado.



LIBRO LVI



LIBRO LVI.

LLEGADA DEL DE ENTENZA.—LOS DOS BANDOS.—DECISION DEL CONSEJO.—EL INFANTE.—DE CÓMO EL EJERCITO ABANDONA EL QUERSONESO.—RETIRADA DEL PRÍNCIPE.—DE LO QUE OPINA EL ATLETA POR SERVIR A SU DAMA.—MACEDONIA.—SU CAPITAL.—MAQUINAS DE GUERRA.—SIMULACROS.—EL *Adios* POSTRERO DE UNA DONCELLA.—LA BRECHA.—COMLOT.—EN DONDE SE VERÁ TODO LO QUE DE MAS IMPRUDENTE, GRANDE Y SUBLIME TIENE LA TERQUEDAD DE UN ARAGONÉS.—HEROISMO DE LOS CINCO.—SU PRISION.—DESCONSUELO DEL ARAGONÉS.—LA GUARNICION DE TESALÓNICA.—¡UN MENDIGO!!

La llegada de Berenguer de Entenza, que se verificó el siguiente dia, complicó mas y mas la situacion. Este ilustre caudillo, preso como hemos dicho á traicion por los de Génova, después de algunos meses de injusta detencion, y de haber peregrinado en vano por las córtes de algunos príncipes de Europa para dar calor á la empresa de los catalanes (Moncada), habia ido al Principado, en donde vendiendo una gran parte de su herencia, pudo reunir quinientos hombres que trajo con él á Galipoli para socorrer á sus amigos (1). Quiso á su arribo, como antes

(1) Preso Berenguer, fué conducido á Pera, de allí á Trebisonda, y mas tarde á Génova. Los catalanes ofrecieron por su rescate cinco mil escudos, y D. Jáime de Aragon, sensible al insulto que se habia hecho á uno de sus mas grandes vasallos, pidió una satisfaccion á la república, etc., etc. (Puede verse á LEBEAU, lib. CV, y á MONCADA, cap. XLVI.)

de su cautividad, ponerse á la cabeza de las legiones; pero Rocafort se negó resueltamente á entregarle el mando. Uno y otro quisieron entonces hacer valer sus derechos, y esta fué la causa de la rivalidad que no debia terminar sino con la muerte de uno de ellos.

Era Berenguer de Entenza, como se ha dicho, rico-hombre y de una de las familias mas distinguidas de España. Cortés, liberal, esforzado, magnánimo, podia presentarse como tipo de la nobleza y elegancia de los caballeros de la época; toda la nobleza catalana y aragonesa se puso de su parte y apoyó sus pretensiones (1).

La mayor parte de los almogávares y algunos extranjeros, prendados de su fiereza y de la licencia que les concedia eran adictos á Rocafort. Gozaba este caudillo un gran concepto como soldado y como general, y en este dia su bando se acrecentó con la llegada de los turcos y turcoples, que venian de luengas tierras á prestarle obediencia (2).

Estas dos facciones, igualmente fuertes y valerosas, en poco tiempo desorganizaron el ejército. Todos los dias se contaban escesos que á duras penas podian reprimirse. Las reuniones tumultuosas se sucedian unas á otras, *y mas de una vez los dos partidos estuvieron á pique de empuñar las armas* (3) para decidir la cuestion. Dentro de los mismos muros de Galípoli querian darse la batalla, é indudablemente hubiera corrido la sangre, sin el convencimiento íntimo de que vencidos y vencedores quedarían sin fuerza para resistir al comun enemigo.

A pesar de esto, la destruccion de las legiones era inevitable, si no se encontraba un medio pronto y eficaz para conjurar la tormenta que los amenazaba. El encono, la ira, y un ardiente deseo de llegar á las manos, se revelaba en ambos bandos. Envalentonados con su llegada los amigos de Berenguer, Ausona, el Aragonés, Sancho, el Castellano y otros, acusaban públicamente á Rocafort de traidor, y sus contrarios ya no guardaban miramiento alguno al hablar de sus proyectos contra Entenza.

En tanto que una ansiedad espantosa dominaba los ánimos, circuió de repente en el ejército, sin que pudiese comprenderse su origen, que al consejo de los doce tocaba dirimir la contienda. Los amigos y valedores de Berenguer adoptaron esta opinion como suya, y su gefe se puso sin resistencia á las órdenes del consejo. Los adictos á Rocafort, aunque toda mediacion amistosa les era incómoda, resueltos como estaban á no

(1) LEBEAU, lib. CV, pág. 149.

(2) Los turcos eran 2.000 infantes y 800 caballos, y los turcoples 1,000 caballos. Medió un contrato entre Rocafort y Meleco, su gefe, por el cual se concedian mayores ventajas á los últimos, por ser cristianos.

(3) Trad. lib. de LEBEAU, lib. CV, pág. 18.

cejar en sus planes, por no hacerse sospechosos, accedieron tambien disimulando su enojo, é importándoles poco la decision de los doce.

No habiendo pues oposicion, se reunió el consejo. *Declararon los jueces que Berenguer, Rocafort y Fernando Gimenez (de Arenós) gobernarían cada cual de por sí, y que los soldados tuviesen libertad de servir debajo del gobierno que mejor les pareciese, sin que para esto se les hiciese violencia por ninguna de las partes* (Moncada); mas este acuerdo, aunque prudente y conciliador, no hizo mas que dilatar la catástrofe. En semejantes casos, cuando ninguna de las partes quiere hacer concesiones, todo lo que no sea alcanzar lo que se quiere es juzgado por una derrota. Asi es que, aunque sosegados en la apariencia ambos bandos, se dispusieron secretamente para vengarse del agravio que cada cual imaginaba haber recibido (1).

No obstante, llevóse á cabo sin contratiempo alguno lo resuelto por el consejo. Las clases todas del ejército se alistaron libremente para militar bajo las órdenes del caudillo que mas les plugo. El cuerpo de Rocafort, con el refuerzo de turcos y turcoples, quedó el mas numeroso: el de Berenguer, con los catalanes y aragoneses que habian desembarcado con él, con la nobleza de ambas provincias, y con otros muchos españoles que se alistaron en la expedicion en diferentes épocas (2), el mejor y mas lucido.

Fernando Gimenez, que segun el fallo del consejo podia obrar libremente con sus fuerzas, no quiso separarse de Berenguer, pareciéndole que nada perdía *en obedecer á un hombre igual en sangre y mayor de años*. (Moncada.)

Mientras tanto llegó á Galípoli con cuatro galeras el infante D. Fernando, enviado, como hemos dicho, por el rey de Sicilia, para tomar el mando de las legiones en su representacion (3). *Su llegada causó una grande alegría á todo el ejército catalan* (4), creyendo que cesarian las diferencias que tanto perjudicaban á la causa comun. Berenguer de Entenza y Gimenez de Arenós con toda la nobleza, se apresuraron á prestarle obediencia reconociéndole por generalísimo; pero no sucedió asi con Rocafort. La llegada del principe contrariaba sus planes, y no le faltó astucia para neutralizarla. Ocultando sus secretos designios, manifestó conformarse con la opinion general, aunque sin reconocer al infante, y trabajando sordamente con sus amigos, hizo declarar á los capitanes de su cuerpo que admitirian gustosos al infante por su gefe; pero con la con-

(1) LEBEAU, lib. CV, pág. 148.

(2) MONTANER, cap. CCXLIX.

(3) PACHIMERIO, lib. VII, cap. XXXIV, Andri.

(4) Trad. tit. de LEBEAU, lib. CV, pág. 155.

dicion de que este habia de gobernar en su nombre, y no en el del rey de Sicilia (1). El sagaz caudillo, conociendo á D. Fernando por un buen caballero, imaginaba que jamás faltaria á su rey, y acertó: el principe, con semejante condicion no quiso admitir el cargo, respondiendo que queria cumplir las órdenes de su primo el rey de Sicilia; y que seria faltar á sus deberes si consentia en tomar otro título que el de su teniente (2).

Pero el consejo de los doce, al mismo tiempo que con su anterior acuerdo trataba de conciliar los ánimos, viendo que los víveres comenzaban á escasear, habia resuelto igualmente que la hueste abandonase el Quersoneso de Tracia, pasando á ocupar uno de los pueblos del litoral de Macedonia. De acuerdo todos en este punto destruyeron las plazas fuertes de la costa occidental del Helesponto y la Propóntide, y emprendieron el movimiento. Rocafort marchaba á la vanguardia, y el infante, que con la esperanza de reducirle á prestar obediencia á su rey, siguió unos dias las legiones, se puso á la cabeza de las fuerzas de Berenguer (3), saliendo un dia despues que aquel para evitar todo altercado entre uno y otro cuerpo.

Despues de algunos dias de marcha, los catalanes se hallaron en provincias que les eran desconocidas; pero la fama habia ya llevado á ellas el terror de su nombre, y á su aproximacion los infelices griegos huian, abandonando sus bienes y sus casas. No solamente no hallaron los catalanes ningun obstáculo en su marcha, sino que tambien encontraron en ella todas las provisiones y refrescos que podian desear (4).

En un pueblo de la costa hizo el infante el último esfuerzo para reducir á Rocafort, y obtuvo la misma respuesta que la vez primera. Perdiendo entonces la esperanza de poder terminar felizmente su mision, no obstante los ruegos de Berenguer y sus amigos, se hizo á la vela llevando en su compañía á Montaner, que lo siguió gustoso, disgustado de las pretensiones de Rocafort (5).

La ausencia del infante hizo mas necesaria la reunion del consejo para tratar de las operaciones militares, y asistieron á ella los caballeros mas considerados del ejército; todos sabian que la emperatriz Irene se hallaba en Tesalónica con su familia, y algunos opinaron por poner sitio á la plaza. Convenian otros en que la toma de la capital les reportaria ventajas inmensas para continuar la guerra en Macedonia; pero creian inútiles cuantos esfuerzos hicieran para reducirla, por haber sido reforzada

(1) MONCADA, cap. XL.—LEBEAU, lib. CV.

(2) LEBEAU, lib. IV, pág. 51.—MONCADA, cap. L —MONTANER, cap. CCXXX.

(3) ZURITA, part. I, lib. VI, cap. IV.

(4) Trad. lit. de LEBEAU, lib. CVI, pág. 179.

(5) MONTANER, cap. CCXXXIII.

su guarnicion por un cuerpo considerable. No faltaron capitanes que dieran otros diferentes dictámenes ; mas el silencio obstinado de Rocafort, que no sabian cómo interpretar, se hizo sospechoso á los amigos de Berenguer. Creen estos ver en su conducta un proyecto trazado de antemano para su perdicion, y aumentándose sus recelos, insensiblemente se acaloraba el debate.

El terrible Atleta, dominado en aquel momento por una sola idea, é irritado con la inaccion del consejo, pide la palabra, y olvidando sin duda la promesa que le hiciera el Monge Gris de introducirle secretamente en Tesalónica, opina por tomarlo á viva fuerza.

—¿No vencimos, esclama con calor, á Miguel á la cabeza del ejército imperial? ¿Acaso son mas aguerridas y numerosas las tropas que defienden la plaza?

Dalmau de San Martin le apoya enérgicamente diciendo:

—Bien observado: demos el asalto. Vencedores en Apros ¿hemos de titubear ante los soldados inespertos y bisonños de Comeno.....

—Bravo, le interrumpe el Aragonés, á quien el nombre de su rival escita á la pelea.

Gispert, que opina lo mismo, despues de cambiar una mirada con Dalmau, añade:

—Ocupado el príncipe de sus bodas con la princesa Inés de Azan, será sorprendido. ¿Sucederá lo mismo luego de efectuado el grande himeneo? Teniendo noticia de nuestra aproximacion, preparará su defensa.....

—Esto es, esto es, vuelve á interrumpir el Aragonés, pensando en la angustiosa posicion de su señora.

Badoero, Ruselet y Copland, ven las cosas del mismo modo; pero no sucede así con el Hidalgo Justador, quien oyendo con cierto recelo á Dalmau y á Gispert, dice con calma:

—Señores, no olvidemos que la emperatriz está dentro de la plaza. Los soldados de Comeno, alentados con su presencia y con la de su brillante escolta, podrán oponer una resistencia desesperada y ¡ay de nosotros! si sufrimos una rota en país enemigo y sin una plaza fuerte en que guarecernos.

Un gesto de impaciencia se escapa á Rocafort.

—¿Y por qué hemos de temer una rota? pregunta el Aragonés por demas impaciente.

—En efecto, siempre fuimos vencedores, objetó Dalmau.

—Peor para nosotros si una vez somos desgraciados, repone el Castellano, sin dejar de interrogar con la vista á sus adversarios.

Gispert, dejando traslucir cierta ironía en su gesto, dice:

—A la verdad, señores, no se comprende la resistencia que opone el Castellano al dictámen de su amigo.....

—Algo hay que se comprende menos, interrumpe el Hidalgo levantando la voz.

Muchos creen que alude á la marcha del infante, y Rocafort frunce las cejas. Mas Gispert, su hermano, que no desea provocar esplicacion alguna en aquel momento, se apresura á añadir, sin dar importancia á la interrupcion del Castellano :

—Solamente he querido significar que aprobará el dictámen del noble Aragonés.

—Yo le repuebo, repone el Hidalgo con prontitud; ¿teneis en poco los muros de una plaza?....

—Mi ariete los abatirá, interrumpe el Aragonés, que recordando el peligro de su señora no escucha reflexion alguna.

El Doncel de Ausona le habla en voz baja, insinuándole que el Castellano imagina con su oposicion interpretar el sentimiento de sus enemigos; pero nada consigue. El terrible Atleta sabe que quieren hacer pronunciar á la princesa votos contrarios á su corazon, y creeria faltar á sus deberes de caballero no esponiendo su vida por darla libertad. El abandonar su dama en poder de los que la oprimen, seria condenado por la grande órden, cuyo ritual es severo para los medrosos ó cobardes; seria una mengua para su nombre. Preocupado con estas ideas y olvidando los consejos del Monge Gris, prorumpe en estas palabras:

—¿Qué esperais en decretar el asalto? La prudencia en ciertos casos de peligro suele ser mal interpretada. Las legiones necesitan la gloria para vivir, como necesitan el alimento diario que las sustenta. Recordad nuestros hechos. ¿Nada os dicen las jornadas de Apros y Cipsela? ¿Y la del Hemo? en donde vengamos la muerte del inclito César?.... Habeis visto huir ante nosotros á ejércitos numerosos, porque sabian que ningun dique pudo contener hasta ahora el torrente de nuestras armas. ¡Ah! Si supieran que habiamos de titubear hoy ante un débil muro, no hubiera habido pueblecillo ni destacamento que no ambicionara el honor de interceptarnos el paso. Compañeros, no lo olvideis, si titubeamos hoy, pereceremos mañana.

Nunca el Atleta de Aragon habia razonado como en este dia. Naturalmente brusco y desaliñado en sus peroraciones, se espresaba alguna vez con claridad, siempre con franqueza y sencillez, pero nunca con esmero. Mas en este momento, con admiracion de los oyentes todos, gracias al amor de una noble y poderosa dama, es sentencioso, preciso y lógico. Sin embargo, á pesar de sus generosos arranques, sus amigos opinan de di-

verso modo, recelosos al ver la actitud de sus contrarios, y el debate continúa hasta que el Doncel de Ausona, con la idea de ganar tiempo para disuadirle, trata de conciliar las opiniones. Interrogando con su mirada al caudillo, dice con calma:

—Yo creo, señores, que simulando un ataque, deberíamos obligar al enemigo á presentar sus fuerzas y medios de defensa, y obrar despues en consecuencia.

Una mirada que arroja chispas es la contestacion que le da Rocafort.

El noble Entenza apoya el parecer del de Ausona.

Dalmau y Gispert quisieran presentar algunas observaciones; pero enmudecen al ver que los caballeros, con pocas escepciones, van sucesivamente opinando como Berenguer.

El Atleta de Aragon aprueba igualmente el dictámen de su compañero de armas, porque no está en abierta oposicion con sus intentos. Mas deseando de todos modos aproximarse á la plaza, pide y obtiene el cargo de marchar á vanguardia con los zaragozanos.

Terminadas de este modo las tareas del consejo, el ejército continuó su marcha, desembocando despues de una corta jornada, en el que en otro tiempo fuera reino de Filipo, en la antigua y floreciente Emathia *cuyo suelo sobrepuja en bondad á las mas ricas llanuras de Sicilia* (Malte-Brun.)

Pueblos ricos y opulentos tuvo tambien Macedonia. Allá, cerca del lago Lidias, se elevara en otro tiempo magestuosa é imponente la real Pella, enorgullecida porque Filipo guardaba en ella sus tesoros, y mucho mas aun, por haber dado la vida al héroe de Arbela. Pero ¡gran Dios! la incuria de los hombres, el tiempo, y mas que todo las guerras, han hecho desaparecer hasta el mas leve vestigio de aquel glorioso pueblo. Apenas si algunos fragmentos de muros derruidos recuerdan al suspenso viajero que allí fué la patria del vencedor de Porro.

La misma suerte ha tenido Edesso, cuna de una Monarquía, que se ha sepultado con las tumbas de los mas antiguos reyes de Mæceta (1). Pero Potídea, despues Casandria, ha atravesado los siglos guerreros y destructores, y tambien Beroe ... (2) ¡Ah Beroe!.... ¿Qué se han hecho los jardines del rey Midas? ¿Tuvieron acaso el mismo principio y fin que el Olimpo de Homero?

Del mismo modo que la gran muralla de la China, no interrumpida sino para dejar libre el curso de los rios, rodeaba al celeste imperio, así las inmensas cordilleras de Macedonia, estendiéndose por todos lados cir-

(1) Hoy Veria.

(2) *Enciclop. de Gens du mond, repertoire universel, etc. etc., par une société de savans, etc. etc.*

cuyen aquel reino. Allá en el Norte, en la antigua Peonia, se levanta el Argentaro, confundiendo sus altas cumbres con el cielo. Quizá en otro tiempo se llamó Dysores; pero en vano es que pretenda ocultar los tesoros que encierra en sus entrañas: su nombre los revela. No menos gigantesco el Scardus se eleva al Nor-Oeste, conservando su antiguo nombre bajo la forma albano-turca de Shar-tag. En sus faldas nace el Axius, que fertiliza la Emathia, y se arroja en el mar allá en la Pieria, quizá no lejos de la cuna de un gran poeta (1).

¿Y el Sindo? ¿Y el Bernus, á quien Tito-Livio llama Bora? Uno y otro separan al Oeste la Macedonia de la Albania, así como el Olimpo la divide al Sud de la Tesalia. Pero junto al mar, en la Chalcidica, se eleva otro monte célebre como el pintoresco Monserrate, y no menos venerando. Es el Athos llamado por los griegos *Fagion Oros* (2), asilo solitario en otro tiempo de filósofos, y de anacoretas hoy, cuyas faldas se ven pobladas de conventos y de ermitas (3). ¡Salud, varones de la Iglesia! Pero abandonad las riquezas de Longo y de Pellene y entrareis en el camino trazado por vuestro Divino Maestro.....

La Macedonia es rica de aguas como de viñedos, y como lo fué en otro tiempo de gloria. Lleno de tristes recuerdos, al Oeste corre el Lydias y sus olas argentadas otra cosa no son que lágrimas de amargura. ¡Cuántas veces recibió en su lecho de plata al jóven héroe cuya ausencia llora! Allá en el arroyo cristalino, respirando suaves perfumes, bañaba sus piés en esta ribera, ensayaba los ejercicios honoríficos como la *sphéristica*, el *pugilato* y el *pancracio*; en la otra, altivo y fiero, se amaestraba en las armas y despues..... el Gránico, el Termodon y el Cidnus, robáronle sus caricias. ¡Pobre Lydias!

El Axius, saliendo de la antigua Scopia; el Nestus, bajando del Norte; el Erigon, el Vitritza y otros muchos recorriendo en el interior la Orestida, la Sthimfalida y la Bisaltida, y en el litoral la Pieria y la Peonia, reverdecen y fertilizan sus campos, presentan hermosas cascadas, y luego, confundiendo casi sus cáuces, se precipitan en el golfo Thermaico, no lejos de Tesalónica.

Todo es bello en Macedonia, como la gloria de Alejandro. ¡Y qué de monumentos ocultos en mas de un sitio aislado y solitario! Mas de una sierra inhabitada como misteriosa, mas de una cascada cristalina, mas de un templo desconocido, esponen al curioso viajero sus riquezas. ¿Qué fué de los tesoros depositados en Edem y Pella? ¿Nada indica hoy aque-

(1) Fedro.

(2) Monte santo.

(3) Ha llegado á haber 22 conventos, 500 ermitas é infinidad de cuevas y grutas habitadas por 4,000 frailes, cuyas costumbres no fueron ni son las mas edificantes.

llas venas de oro y plata que en la antigüedad llenaban las arcas de tantos reyes?.....

Los expedicionarios, despues de algunos dias de marcha, pasaron el Strimon entre e' Prasias y el golfo. Atraídos por la hermosura del pais y por la abundancia de comestibles, hacian las jornadas cortas, tomando frecuentes noticias sobre las disposiciones de Comeno en la capital. Bordeando de este modo el lago Balbé (1), que se extiende al Norte de la Chalcidica, llegaron por fin no lejos de Tesalónica, sin haber encontrado resistencia alguna.

Recostada en el fondo de su golfo como sobre un anfiteatro, allá en el centro de Macedonia, hermo세ada con el fértil valle que la circuye, rodeado de pequeñas colinas mas ó menos dependientes de los montes de la alta Emathia, se elevaba Tesalónica con todo el orgullo de sus recuerdos. Dentro de sus muros se distinguian aun preciosos monumentos, restos de su esplendor pasado. No eran los que menos llamaban la atencion los arcos de triunfo con que sus moradores habian obsequiado en otro tiempo á los reyes de Roma, distinguiéndose entre ellos, por su belleza arquitectónica, no menos que por su robustez, uno elevado al emperador Antonino (2). Hermosas iglesias, que como la de San Demetrio se han convertido hoy en mezquitas; otras construcciones no menos suntuosas; grandes plazas y anchurosas calles tampoco faltaban. Su hermosa rada, aunque no á cubierto de todos los vientos, se viera pocas veces agitada, y el puerto creado por Constantino I, el matador de Crispo su hijo, ofrecia asilo á trescientos buques (3).

Sus medios de defensa eran los mismos que los de los pueblos que nos han descrito Homero, Herodoto y Thucídides en sus escritos inmortales. Anchos y profundos fosos con puentes levadizos; sólidos muros flanqueados por torres redondas como las romanas, para que pudiesen oponer mas resistencia á los arietes; almenas corriendo todo el recinto; galerías salientes ó matacanes sobre las puertas, sostenidas por consólas de piedra que dejaban entre ellas espacio suficiente para que los sitiados pudiesen arrojar piedras, aceite hirviendo ó plomo derretido; nada, nada faltaba á la opulenta capital de Macedonia (4).

La aproximacion de los expedicionarios hizo una verdadera revolucion dentro de sus muros. La guardia de la emperatriz y la de Comeno se habian formado sin prévio mandato alguno; los romeos habian imitado su

(1) Hay Bechik.

(2) Se conserva casi entero.

(3) MALTE-PRUN, *Geog Univ.*, lib. CXVIII, pág. 164, 165.

(4) Véase lo que hemos dicho en el lib. LII, hablando de la arquitectura militar de la Edad media.

ejemplo, y el paisanaje agrupado en calles y plazas públicas, pedia armas á grandes voces para la defensa comun. Los clarines de guerra se oian sin interrupcion, la alarma era general; la ciudad toda parecia un campamento, y el príncipe Ducas, cubierto con sus mas ricas armas y acompañado de algunos dignatarios, recorria las calles sonriendo á unos, ofreciendo recompensas á otros y animando á todos. No solo queria defender la plaza, sino que tambien lucir sus galas ante una rozagante y poderosa dama cuya mano ambicionaba.

En la época en que los catalanes batallaban en Oriente, todavía no era conocido Roberto Valturio, cuya imaginacion profunda lo hubo previsto todo para los ataques de las plazas. Carros para los combates, arietes para quebrantar los muros, puentes, hondas gigantescas agitadas por débiles palancas, mezcla de griego, romano y moderno, todo lo habia imaginado tal como se encuentra en su excelente obra *De re militare* (1). Todavía no eran conocidos, ni debian serlo hasta un siglo despues, aquellos enormes dragones, espanto y terror de los ejércitos (2), que arrojaban dardos, javalinas y llamas abrasadoras, y cuyo pecho formidable ocultaba un puente levadizo; pero en su defecto el siglo cuarto habia dado al mundo un gran maestro: las obras de Vegecio eran consultadas, y tampoco se desdeñaba Vitruvio, cuyos consejos sobre las fortificaciones han sido estimados por buenos.

El ataque y defensa de las plazas era en la edad media casi el mismo que el de los tiempos mas antiguos (3), y si á principios del siglo XIV las máquinas de guerra de Valturio no se conocian, no por esto dejaban de sitiarse las plazas haciendo uso de otras modeladas sobre las que habian empleado Roma y Atenas. Los arietes con sus cabezas de carnero quebrantaban los muros. En su origen eran impulsados por los mismos que los conducian, y mas tarde suspendidos bajo un techo á fin de moverlos con mas facilidad (4); las catapultas (5) y las balistas

(1) La primera edicion de esta magnífica obra se hizo en Verona en 1742. VALTURIO era hijo de Rímini y vivió al fin del siglo XV. (MAC PIT, 1840, p. 289.)

(2) Tambien debidos á VALTURIO. Se movian por medio de cuerdas y poleas atadas á grandes estacas, etc. etc. id., id., id.

(3) Continuó siéndolo hasta la invencion de la artillería.

(4) Véase su descripcion en una nota del lib. 52.

(5) La catapulta era un arma de tiro como la ballesta. Su fuerza consistia en la tension de una grande madeja de nervios torcida con tal fuerza, que al soltarla lanzaba á largas distancias los proyectiles. Las catapultas se empleaban en los sitios y en las batallas, pero habia alguna diferencia entre unas y otras. Las que se empleaban en los sitios eran muy pesadas y debian construirse necesariamente en el mismo punto en que se queria operar con ellas; las otras estaban montadas sobre ruedas para moverlas fácilmente en los campos de batalla.—Se empleaban en los sitios mucho mas número de catapultas que de balistas. POLIBIO dice, hablando del sitio

arrojaban largas flechas (1), enormes piedras, fajos de dardos, antorchas encendidas y otras materias combustibles; y los trabucos, escorpiones y onagros (2) prestaban igual servicio.

No era menor por cierto la utilidad de las tortugas. Los sitiadores comenzaban el ataque unas veces llenando los fosos para poder colocar las escalas, y otras raspando ó minando el muro. Ambas operaciones las practicaban por medio de las tortugas, galería cubierta en donde se introducían los soldados para aproximarse á la plaza (3). Enormes torres de madera con ruedas se oponían á los torreones que ofrecían los recintos, y por entre todos estos instrumentos de ataque, como las magestuosas cumbres del Mont-Cenis entre las aldeas que lo cercan, sobresalía la helépole, la mas formidable y monstruosa de las máquinas de guerra (4).

Tales eran los principales elementos de destruccion que empleaban los ejércitos sitiadores. Los expedicionarios, en sus diferentes correrías, habían hecho uso de los mas manuales (5); pero queriendo esta vez, como se ha dicho, presentarse con todo el aparato militar posible, construyeron una helépole de no menos elevacion que los muros de la plaza y dispusieron las otras máquinas de guerra, del mismo modo que lo hicieran queriendo formalizar un sitio.

En tal estado, el Atleta de Aragon, encargado de la ejecucion del plan, avanza con las cohortes zaragozanas. La artillería (6) toda ha sido puesta

de Tebas, que Philipo puso en juego 150 catapultas y solamente 25 balistas; y Josepho afirma que Tito tenía en el sitio de Jerusalem 300 catapultas y 40 balistas.—La invencion de la catapulta se atribuye á los sirios en el siglo V, antes de la era cristiana.

(1) Esta máquina, lo mismo que la catapulta, se empleaba en los sitios y en las batallas. Vegetio y Ammiano Marcelino la han confundido con la catapulta y con el onagro y el escorpion. Era un grande arcabuz que se armaba por medio de palancas y rodajes; pero aunque la vemos representada en algunas láminas, entre ellas las que adornan la biblioteca militar publicada en París, debemos hacer notar que su construccion es poco conocida.—La balista fué inventada por los sirios el año 400 antes de J. C., pero con el defecto que despedía los proyectiles al azár.

(2) Llamábase onagro una antigua máquina de guerra ya empleada por César, que servía en los sitios para lanzar pedruscos, tizones y jarros llenos de materias inflamables.

(3) Esta máquina fué inventada por Artemon de Clazomenes el año 441 antes de J. C. Los romanos llamaban tambien tortuga al órden en que se colocaban los soldados para dar un asalto, porque formaban con sus escudos una especie de techo sobre sus cabezas, semejante á la concha del animal de este nombre. (BOQUI., pág. 361.)

(4) Véase su descripcion en la nota primera de la pág. 261 del tomo II.

(5) LEBEAU, lib. VC, al hablar del ataque de Andrinópolis, dice: *Los catalanes pusieron en juego todas las máquinas de guerra en uso para los sitios. Distinguiase entre ellas una gruesa torre construida de madera con mucho arte y llevada por ruedas, etc., etc.*

MONCADA, historiando el sitio de Modico, dice: *Fernán Ximenez levantó un trabuco, y con él batió algunos dias lo que le parecia mas flaco; pero tiraba piedras de tan poco peso, que no hacian daño en sus murallas, etc., etc.*

(6) En la Edad media se daba este nombre á todas las máquinas de guerra de grandes dimensiones. Mas tarde se dió á todas las armas de fuego, etc. etc.

á su disposicion, y algunos buenos caballeros le acompañan. Rocafort lo sigue á alguna distancia con el grueso del ejército, que deberá servirle de reserva, y el de Entenza, á quien la marcha del Aragonés ha desmembrado las fuerzas, ocupa la extrema retaguardia con un pequeño cuerpo. Ha quedado á su cuidado el abrir trincheras y fortificar un campo, tanto para guarecerse de un golpe de mano, como para ocultar al enemigo sus verdaderos intentos. Por lo demás, este caudillo y sus amigos nada recelan de Rocafort en un simple reconocimiento.

La idea de que su señora desde lo alto de una almenada torre puede observarlo, envanece al formidable Aragonés, y ordena sus columnas con maestría. Las tortugas avanzan hácia el foso, llenas de soldados con diferentes útiles, y tapizadas con pieles de buey frescas para garantizarlas del fuego. La gigantesca helépole, que cuenta tres pisos y otros tantos puentes levadizos, las imita, y al mismo tiempo las catapultas y balistas de sitio desde una pequeña eminencia arrojan sin interrupcion largas flechas, inmensos bloques, antorchas encendidas y otras materias inflamables.

Puesta en juego de tal modo la artillería, queriendo amedrentar mas y mas á los sitiados, hace el Aragonés la última prueba. Mientras que la helépole, protegiendo el movimiento, despeja por intervalos la muralla con las descargas mortíferas de sus arqueros, se aproximan las columnas al muro, cubiertos los soldados con sus escudos, y ostentando las escalas con que amenazan dar el asalto. Los capitanes les animan, y gritos mil hienden los aires: desconociendo el pensamiento de los caudillos, marchan impávidos, resueltos á arrostrar la muerte.

Vanas, empero, son sus tentativas para obligar á capitular la plaza. Escitados los Tesalonicenses con la presencia de la emperatriz, y el ardor de Comeno su príncipe, han acudido en tropel á los muros, resueltos á hacer una resistencia heroica. No menos entusiastas y leales las tropas les imitan, y mientras los primeros amontonan piedras, preparan vigas enormes y derriten plomo, las otras hacen caer una lluvia de pasadores, flechas y javalinas sobre los expedicionarios. No contentos con esto, desechan con desprecio las proposiciones que les hiciera Rocafort, é insultan y amenazan á los delegados, negándoles la entrada en la plaza.

Todo estaba concluido. La demostracion hubo sido imponente. Lo resuelto por el consejo se habia llevado á cabo: simulado el ataque, la plaza presentaba fuerzas considerables, entusiastas y briosas, y medios de defensa increíbles. En vista de esto, los caudillos disponen la retirada. Dadas las órdenes convenientes, las tortugas y la helépole se replegan; las máquinas de tiro cesan sus disparos, y siguen el movimiento; los destacamentos enviados para proteger los trabajos se incorporan, y poco des-

pues las masas, y la artillería toda se conmueven á un tiempo mismo.

Gritos de alegría, acompañados de denuestos y sarcasmos contra los expedicionarios, salen de los muros de la plaza, y el terrible Atleta obedece la orden á duras penas. Las murmuraciones de los zaragozanos contra el movimiento retrogado, no le exasperan menos que los insultos de los griegos. Sin embargo, la seguridad que le diera el Monge Gris de ver á su señora, enfrena sus ímpetus, y la contramarcha se efectúa con la regularidad y orden posibles. Sus cohortes zaragozanas y el inmenso convoy, se alejan del muro, y él de vez en cuando, temiendo que el enemigo, alentado con su retirada, haga una salida, dirige la vista á la puerta de la ciudad mas próxima á su campo. Mas ¡oh sorpresa! ¡Qué es lo que ven sus ojos!... Sobre una elevada torre al norte del palacio, cercana al muro, á merced de los vientos flota una banderola rosa. Es la señal convenida..... La muy alta y noble Inés de Azan, perdida toda esperanza, llama á su caballero.

A su vista se detiene como deslumbrado por la luz de un rayo, sin reparar que las columnas siguen su marcha. Mudo é inmóvil contempla la banderola, y mira despues la banda rosa que le diera la princesa. Uno mismo es el color. La bandera negra enarbolada sobre la tienda de Timur causaba menos impresion en los pueblos por él sitiados (1), que aquella señal de llanto y amargura en el Atleta de Aragon. Seria imposible describir los sentimientos que le agitan. Encendido el rostro, ciego de ira, imagina dar algunas órdenes; pero ¿qué órdenes?.... El Monge Gris le ha prometido hacerle entrar en la plaza y de nada se acuerda. Su mente se niega á discurrir, su lengua no puede articular y..... sin embargo la princesa le llama. Aquel lienzo ó tafetan rosa que las brisas agitan, es su despedida de amor, el *adios* postrero que una doncella da á su caballero; es un grito de desesperacion; es la agonía de una virgen hermosa y pura como un cielo; es un signo de vida que anuncia la muerte de un mundo de ilusiones y esperanzas.

¿Qué hacer? Ve el Aragonés la retirada del ejército, y una sonrisa feroz sale de sus labios. Si la señal hubiera sido hecha un momento antes..... ahora ¿qué remedio queda? Las legiones han abandonado sus trincheras; sus cohortes zaragozanas se alejan tambien, sin sospechar siquiera lo que sucede á su gefe, y solo algunos dispersos y sirvientes suyos de confianza se ven en este y en aquel lado, que con tristes semblantes van á incorporarse á sus cuerpos. Mas á la vista de los arietes que en aquel momento veia no muy lejos, toma el Atleta una resolucion.

(1) Tamerlan usaba ciertos signos para anunciar su disposicion á los habitantes de los pueblos que sitiaba. Una bandera blanca significaba: *Rendios; Tamerlan será clemente*. Una roja decia: *Morirá el coman tante*; y finalmente una bandera negra equivalia á: *No hay cun-tel*.

Conmovido por las máquinas uno de los torreones del muro, considera el Atleta que con unos cuantos golpes de la formidable cabeza de carnero, que en aquel día no ha ensayado sus fuerzas, puede desplomarse. Esto ofrece pocas dificultades, porque los disparos de las balistas y catapultas han medio escombrado el foso. Avisado luego el ejército, todo puede salvarse. Así piensa el Aragonés, y haciendo contramarchar los arietes, vuela con ellos al muro, olvidando lo que ofreció al Monge Gris, y sin reflexionar que sus imprudencias pueden tener funestos resultados. Los dispersos, á su voz se incorporan, y el torreón es atacado de nuevo.

Frenético, desesperado, el formidable Aragonés, sin apenas saber lo que hace, no pensando en otra cosa que en el peligro de su amada, anima, escita, enardece al puñado de valientes que le rodean; el amable Sancho, que no le abandona nunca, le secunda con no menos bríos, y en breve se desmorona una parte del torreón ya anteriormente quebrantada. Redóblanse entonces los esfuerzos. Bamboleándose bajo la galería, el robusto ariete no cesa de dar sendos golpes, y los soldados hacen prodigios. Mientras unos con sus disparos alejan por momentos á los sitiados, del ter-
raplen, otros, armados de picas y azadones, cooperan á la demolición. El Aragonés, para darles ejemplo, se precipita también á la muralla. Su maza de armas que otras veces mata, ahora destruye. A los golpes del temible hierro, movido por un brazo de Hércules, caen piedras de un tamaño enorme. Su ira no le deja conocer lo que hace; tan solo sabe que da golpes, y su fuerza extraordinaria, en aquel momento se recrece. Al poco tiempo la brecha queda practicable.

Los zaragozanos en tanto se incorporan al grueso del ejército, que abandonando el campo atrincherado se encamina á Casandria, con todos sus bagajes y pertrechos. Nadie observa la falta del imprudente Atleta, y aun los mismos aragoneses le creen á su retaguardia. Mas en este mismo tiempo Gispert, que ya por casualidad ú otro motivo, se hallaba recorriendo el campo, llega fatigando su caballo, y una conversacion misteriosa se empieza entre él, Rocafort y Dalmau. Palabras ininteligibles salen de sus labios, y la alegría se ve pintada en sus semblantes.

El caudillo dice á sus dos interlocutores:

—Es el momento: no le abandonarán, pero.....

—Le aseguraremos que se le va á auxiliar.

—De parte de Berenguer.....

—Escelente idea.

—Pero el de Entenza.....

—Morirá hoy..... ahora mismo, interrumpe el caudillo con resolución.

Los tres hazañosos se separan.

Un momento despues circula en el campo la funesta nueva de que el Aragonés está en peligro, y algunos de sus amigos corren á prestarle el auxilio de su brazo, adelantándose al cuerpo de Berenguer, que se dispone para ir á proteger su retirada.

Mientras tanto el noble Atleta, viendo fácil el acceso al muro, envia uno de sus subalternos á Berenguer de Entenza, diciéndole:

—Aseguradle que la brecha ha sido abierta y que si el ejército no retrocede, la plaza es nuestra.

Parte el oficial sin perder momento, montado en un brioso caballo; mas al poco tiempo un grito de agonía sale de su pecho. No obstante de no haber enemigos en el campo, ha sido herido de muerte y exhala el último suspiro.

Pasado un pequeño instante, otro oficial de continente misterioso, acercando á pasar junto á la brecha, grita al Atleta:

—Berenguer avanza.

—Entrará en la plaza, responde el Aragonés, poniendo un pié en la brecha.

En vano alguno de sus subalternos, temiendo por su vida, le ruega que espere los refuerzos: por toda respuesta pone el otro pié en la brecha, y á la segunda objecion que le hacen, murmurando segun su costumbre, trepa por el muro. Una nube de dardos le acosa, pero él, amparándose con su escudo, sigue adelante. En su estado actual, dominado por la ira, no hay fuerzas humanas que puedan detenerle. Sabe lo que un caballero debe á su dama; conoce el ritual de la órden, y no obstante de hallarse solo en aquella árdua empresa, vence todos los obstáculos, y llega con unos cuantos legionarios al parapeto.

¡Poder de Dios! el descomunal Aragonés sobre el muro, con su terrible clava en la mano, parece el famoso Og, gigante y rey de Basan, combatiendo en Edras contra los Hebreos, ó bien el célebre Tamatino de la raza etiópica que levantado de su pedestal de mármol por cien Hércules, ha abandonado el Nilo para prestar su omnipotente brazo á los expedicionarios. El ogro atravesando montes inaccesibles (1) con sus ojos pardos y redondos, bebiendo sangre, y devorando niños, inspira menos terror que el hombre de Aragon. ¡Y qué serian á su lado Imer, asombro del mundo escandinavo; Azán, con su hacha formidable; Noru, creador de la noche y el dia (2), y el terrible Chama, tan célebre en Egipto por la enormidad de sus proporciones?

(1) PERRAULT en sus cuentos de hadas, y otros escritores de su género, nos presentan á los ogros calzando botas mágicas, con las cuales andan siete leguas en cada paso.

(2) Pertenecen á la mitología escandinava. De la sangre de Imer debia formarse el mar, y de su cráneo el cielo.

Galbora el árabe, entraba en Roma para adornar un triunfo: el Aragonés sube á la brecha para obtenerlo. Es su señora quien le llama, y la idea de que va á librarla del martirio le eleva; en aquel momento es superior á todo encarecimiento. Ciego de amor, engalanado con sus mejores armas, mas terco que un breton, mas atrevido que un druso, blandiendo su robusta maza, allá en lo alto del muro, parece el Júpiter olímpico, cubierto de oro y pedrerías, teniendo un pueblo á sus piés, y el rayo en la mano.

Pero á pesar de su ardoroso entusiasmo, rodeado de sangre y de cadáveres, no le falta la serenidad, que es el valor verdadero. Mide y cuenta al enemigo, y allí donde está el peligro está él continuando su mision heroica. Con el brazo levantado, hace el molinete precursor de estragos, y al ladearse para descargar el golpe, se bambolea como la cima de una montaña agitada por un fuego subterráneo.

Alentado con su primer triunfo, desde lo alto del terraplen llama á sus amigos victoreando á Aragon, y su voz potente, atronadora y profunda, semejante al bramido de las tempestades, domina los alaridos de los griegos, y retumba en las calles de Tesalónica, como un trueno en las cavernas mas hondas. Algunos de sus moradores no se creen seguros en parte alguna.

Mientras tanto el amable Sancho, aunque reprueba el hecho de armas del Atleta, piensa acreditarse á su lado en aquel dia, y embrazando con fuerza el escudo, calza bien la manopla, y para ayudar á su amigo y conquistar á Dela, sube á la brecha.

Otro caballero de los que no siguen cuerpo alguno ni reciben órdenes, bordea el foso de la plaza: es el sanguinario Caballero del Ataud. Sorprendido al contemplar la lucha encarnizada que tiene á la vista, rojizos los ojos, erizado el pelo en su cabeza, se arroja del caballo, y para auxiliar á su primo y hacer riza, sube á la brecha.

Casi al mismo tiempo aparece procedente del campo expedicionario el Hidalgo Justador, el noble y valeroso Castellano. Al ver á sus compañeros sobre el terraplen, murmura con sentimiento:

—No pensaba que el Atleta se hubiese empeñado tanto.

Dicho esto, se lanza del caballo, y para socorrer á sus amigos y adquirir fama sube á la brecha.

El noble Hidalgo llega á lo mas alto del muro: su yelmo, reflejando el sol, daña la vista. Ruge el leon de oro, y á centenares tiemblan las esposas y las madres. Castilla ha querido tener un representante en aquella empresa de gloria, la mas grande que hubo intentado jamás caballero alguno, y ha elegido á uno de sus mas predilectos hijos. El hidalgo, con su actitud fiera é imponente, parece decir al noble Atleta:

—No es Castilla menos que Aragon.

Pasado un pequeño instante, fatigando los hijares de un corcel brioso, bañado de sudor el rostro, se aproxima al foso otro hazañoso; es el Doncel de Ausona. Con ambas manos se aparta el pelo de los ojos repetidas veces, y al mismo tiempo mira á sus compañeros con cierta atencion, que parece revelar algo mas que admiracion por su audacia y arrojo. Un momento despues:

—Están perdidos, dice, y..... sube á la brecha.

El Atleta de Aragon, tan imprudente como buen caballero, ha empeñado una lucha difícil, y sus compañeros y amigos, los guerreros mas esforzados de las legiones, han volado en su socorro. Al ver junto á sí primero al Servidor de Amor, y despues al Caballero del Ataud y al Castellano, se escita, se anima él mismo en voz baja, y pelea como un frenético. ¿Qué es de él, empero, cuando distingue á su compañero de armas de quien tan gran concepto tiene formado?..... Invoca á su señora, levanta la cabeza, estira sus miembros inclinando el cuerpo hácia atrás, dá, por decirlo así, un fuerte respiro como Encelado cuando quiere sacudirse el Etna, y cayendo la tremenda clava, hiere, derriba, aplasta y mata. ¿Podrian contarse las madres que han quedado sin hijos?

En el mismo momento se distingue otro caballero en una pequeña eminencia no distante del foso: es el versátil, el sarcástico Bañolense, no menos valeroso que sus compañeros. Al ver el rudo choque empeñado en la brecha, pasa algo extraordinario en su imaginacion, y permanece un corto tiempo pensativo, revelándose en su actitud cuanto de mas amargo y cruel tienen la incertidumbre y la duda. Poco despues, repentinamente y como saliendo de un sueño, esclama:

—¡Ah! es infame.

Al decir esto, desciende del otero, ciego de ira, é hiriendo con el acicate al caballo, desaparece á la carrera, murmurando por intervalos con voz ahogada por la cólera:

—¿Podré salvarlos? ¿Llegaré á tiempo? ¿Qué será de Berenguer?.....

Rios de sangre señalan la llegada del Doncel de Ausona á lo alto del muro. No lidia con armas forjadas por un dios, ni se ha fortificado con el néctar y la ambrosía de Alcidema; pero no por esto inmola menos héroes que el invulnerable hijo de Peleo. Cinco son los hazañosos que han escalado el muro, pero valen por todo un ejército. Los griegos temen, vacilan, pierden sus mejores guerreros, y no pueden sujetarlos; y es que los cinco son el orgullo de la Coronilla, el modelo de los caballeros esforzados de Occidente que tan brillantes é indómitos los cuenta. ¡Ah! si en

aquel momento el ejército estuviese á la vista, con pocos esfuerzos se hubiera hecho dueño de la plaza.

Oyéndose un confuso y extraño griterío en el campo allá á lo lejos, cuya causa desconocen, dice el Aragonés al Servidor de Amor:

—Mira, oh Sancho, si llega el refuerzo.

—No le veo, responde el interpelado, á quien apenas le da tiempo el enemigo para reconocer el campo con la vista.

Una sonrisa irónica sale de los labios del Castellano, quien al mismo tiempo murmura:

—¡Refuerzo! No lo esperéis.

—¡Cómo! se me ha anunciado por un subalterno, repone el Atleta.

—Si no hubiera otra razon para creer en el crimen, esta seria una.

El Aragonés, dirigiéndose al de Ausona, su oráculo, le pregunta ansioso:

—¿Qué dices, Ernesto?

—¿Qué podria yo añadir á lo que ha insinuado el Castellano? observa el de Ausona.

El Atleta de Aragon, entreviendo en las palabras de sus amigos algo que le espanta, repone confuso:

—Pero vosctros..... sospechando..... ¿Cómo habeis subido á la brecha?.....

El Castellano le contesta:

—Hemos querido evitar.....

—Calla, le interrumpe el de Ausona con viveza, y dirigiéndose al Aragonés, añade luego: hemos llegado tarde. Ahora nada nos queda que hacer sino vender caras nuestras vidas.

Comienza el martirio del noble Aragonés. No obstante las reticencias de sus compañeros, ha comprendido el mal que su imprudencia hiciera, y su desconsuelo escede á todo encarecimiento. ¡Sus amigos, llenos de un porvenir inmenso, están perdidos por su causa! ¿Y su hermosa y noble señora?..... ¡Poder de Dios! sin comprender lo que siente en aquel momento, sin saber lo que hace; arremete furioso á los grupos que caen á docenas y..... dichoso el que no se levanta. El terraplen y el parapeto humean, y la tierra se enrojece. A juzgar por los ayes y lamentos, diríase que sucumbe una generacion entera.

Pero ¡gran Dios! aunque los enemigos no han podido vencer á los cinco guerreros, estos sucumben á la fatiga. Nada les importarian los nuevos refuerzos que aquellos reciben, si pudieran continuar la lucha; pero sus brazos, tan poderosos no há mucho, apenas pueden hacer uso de las armas. ¿Qué les importa que grupos inmensos de cadáveres les sirvan de parapeto

si no pueden defenderse? Ya consideran segura su perdicion, ya conocen que su salvacion es imposible, y oran en voz baja, y se despiden. Semejantes al héroe de las Termópilas, que en el momento de ejecutar aquel hecho glorioso que la historia debia transmitir á las razas futuras, convidaba á sus compañeros á una cena en la otra vida, ellos tambien, verdaderos creyentes, se aplazan para los palacios celestes de su Dios.

Agotadas finalmente sus fuerzas, la barrera de sangre es asaltada sin que apenas opongan resistencia alguna. Unos tras otros son despojados de sus armas y sujetos con gruesas cadenas por una multitud frenética que pide á gritos sus cabezas. Los capitanes, sin embargo, intervienen, logrando contenerla. Aquellos guerreros, con su temeraria y loca empresa, han llenado de luto y desconsuelo á centenares de familias, y es necesario que expíen su crimen en un cadalso. Un espectáculo de sangre agrada á los Tesalonicenses: el pueblo gozará en las palpitaciones agonizantes de las víctimas. Asi razonan, mientras esperan las órdenes de Comeno.

El Aragonés, que pasados sus raptos de entusiasmo frenético torna á su natural, noble y generoso, está inconsolable. No teme la muerte: la idea desgarradora que se ofrece á su imaginacion es la de haber comprometido la existencia de sus amigos.

—En pago de su amistad, les he dado la muerte, murmura repetidas veces contemplándolos con espresion de dolor.

Embebido en esta reflexion, inmutado el semblante y temblorosa su voz, les dirige la palabra diciéndoles conmovido:

—Amigos, os he perdido: perdonadme.

Los guerreros conocen todos su sencillez y lealtad, no menos que sus generosos sentimientos, y al ver su estado procuran consolarle.

—¿Quien habla aquí de perdon? esclama el Castellano; nosotros mas bien deberiamos pedirlo por haber llegado tarde en vuestro socorro.

—En efecto, hemos descuidado algo nuestros deberes, añade el Servidor de Amor.

Pero el Aragonés, desesperado, repone:

—Yo debia al menos haberos consultado.....

—Sosegaos: estamos juntos y.....

—Pluguiese á Dios que así no fuera, dice interrumpiendo á su vez al amable Sancho; y luego, mirándole enternecido, continúa: ¿y qué dirá Dela, mi pobre Dela, cuando sepa que yo he causado tu muerte?

Admirado Sancho de lo que acaba de oir, por creer, como se ha dicho, que el Aragonés ignoraba sus amores, esclama:

—¿Vos sabiais.....

—Tu amor y su correspondencia, responde el Atleta con el mayor sentimiento.

—Pero ¿quién os habia informado?....

—La misma Dela al despedirme me encargó con lágrimas en los ojos que cuidase de tí, que te conservase para ella. ¡Oh qué mal he correspondido á su confianza!

Enternecido el Servidor de Amor, para disminuir sus penas, le dá esperanzas que quizá no tiene.

—El ejército, le dice, puede salvarnos todavia. Tal vez al saber nuestra prision hará proposiciones á Comeno para tratar de nuestro rescate.

La mirada del Castellano se encuentra en este momento con la del Doncel de Ausona, y ambos que al parecer se han comprendido, guardan silencio.

—En vano Sancho intentas hacerme concebir esperanzas: yo conozco á Rocafort, contesta el Aragonés. Y luego, contemplando enternecido á su compañero de armas, añade: ¿Y Sibilía? ¿qué pensará Sibilía?.....

El Doncel de Ausona, que permanecía como siempre reflexivo, le interrumpe de repente, preguntando:

—¿Quién ha visto al Monge Gris durante el reconocimiento?

—Si no me engaño, contesta el Castellano, curaba unos heridos.....

—¿En dónde?

—En las trincheras, muy al principio de la accion.

—Yo le he visto mas tarde hablar con Siscár, añade el Caballero del Ataud.

—¿Cuándo?

—Cuando se ha esparcido la voz en el cuerpo de Berenguer de que el de Alvaro peligraba.

—¿Lo recordais bien? insiste preguntando el de Ausona?

—¿Cómo no? si Siscar venia conmigo á la brecha cuando el Intérprete le ha detenido.

—¿Y habeis oido?.....

—Nada, nada; les he dejado solos.

El Doncel de Ausona vuelve á entregarse á sus meditaciones, y sus compañeros igualmente guardan silencio.

En tanto, mientras que los prisioneros esperan las órdenes del príncipe, la guarnicion hace una salida. Comeno ha mandado reconocer las inmediaciones de la plaza; pero engreidos los griegos con la importante victoria que creen haber alcanzado, imaginan derrotar segunda vez al enemigo. Mil cánticos de guerra pueblan los espacios, y los clarines se oyen sin interrupcion. Ya los soldados se preparan para comenzar la lu-

cha, mas,.... el ejército expedicionario, que hace mucho tiempo se puso en marcha para Casandria, ha desaparecido de la vista de la ciudad. Persuadidos de esta verdad los Tesalonicenses, se retiran.

Habian salido mezclados con la guarnicion no pocos mendigos de todos sexos y edades, con la esperanza de recoger les despojos de los vencidos ó las limosnas del soldado, y se les viera reconocer el campo en todas direcciones. Un viejo mendigo se distinguia entre ellos por su escesiva pobreza. Cubierto de harapos y de miseria, encorvado con el peso de los años, se le viera con un báculo en la mano rebuscar igualmente en este y en aquel lado con esquisita diligencia; pero las mas de las veces lograba tan solo lo que otros mas ágiles y lijeros desechaban. En su rostro se traslucian todas las señales de la demencia. ¡Pobre mentecato!

El ejército griego, despues de reconocer sus afueras, regresa á la ciudad: el decrepito mendigo tambien. Las tropas se dirijen á la plaza pública, acompañadas de un gentío inmenso que saluda en ellas á los defensores de la patria; lo mismo hace el mendigo. Al propio tiempo bajan los cinco hazañosos hechos prisioneros, que por orden de Ducas Comeno son conducidos á una fortaleza para ser juzgados al siguiente dia. A su vista, exasperadas las masas, prorumpen en gritos de furor.

—Mueran, mueran, grita un tropel inmenso, dispuesto á desahogar en ellos su rencorosa saña.

—Mueran, repite el mendigo furioso.

Un grito penetrante sale de un balcon de palacio. ¡Ah! Una poderosa y noble dama que estaba al lado de la emperatriz Irene, al reconocer á uno de los cinco guerreros de la Coronilla, se ha desmayado. El pueblo dirige la vista al balcon real con cierta curiosidad mezclada de asombro; el mendigo haraposo tambien.

Llegan por último los prisioneros á la plaza, y á duras penas el fuerte destacamento que les acompaña puede contener á la multitud, dispuesta á avalanzarse sobre ellos. En la tenaz refriega uno ha perdido al padre, otro un hermano: este llora á un hijo que era la esperanza de su familia, y aquella esposa el consorte idolatrado. Llueven los denuestos y dicterios sobre los prisioneros, que fiero el continente, los arrostran con impavidez. El mendigo decrepito, que tampoco les economiza los improperios, hace esfuerzos violentos para acercárseles. Su furor desmedido llama la atencion de los que le rodean, y se preguntan en voz baja si aquel pobre viejo ha perdido algun hijo en el combate. Como siempre acontece en tales casos, al poco tiempo de repetirse la pregunta los hay que la responden afirmativamente. Compadecidos entonces los espectadores, le franquean el paso en el mismo momento que llegaban los prisioneros y ¡gran

Dios, qué raptó de ira! Acometiéndoles como un lobo furioso, levanta los brazos, y agarrándose con el Doncel de Ausona, forcejea para derribarle; mas mientras los romeos del destacamento lo separan, los otros cuatro hazañosos al verle, esclaman:

—¡Cielos, el Intérprete!

—¡Ah..... Hugo! dice el Doncel.

El viejo mendigo cubierto de harapos, era el Monge Gris.





LIBRO LVII.

TESALÓNICA.—AFLICCIÓN DEL MONGE GRIS.—DE CÓMO REFIERE EL OLOTENSE LA MUERTE DE BERENGUER DE ENTENZA Y OTROS SUCEOS OCURRIDOS EN EL EJÉRCITO.—¿QUÉ PENSARÁ EL GRAN GEOMANCIO?—EL CALABOZO.—PLAN DEL CABALLERO DEL ATAUD.—SE REPRODUCE LA CUESTION DE LOS MONTELLS Y DE LOS BUSAS.—UNA LÁGRIMA.—LAS TRES NIÑAS MUTILADAS.—¡EL SUEÑO!—SIGUE LA PLÁTICA INTERRUPTIDA.—OTRO RAPTO.—PREPARATIVOS DE LOS CABALLEROS PARA LA MUERTE.—UN ANGEL.—EN DONDE SE VERÁ CÓMO DISUADEN AL DONCEL DE AUONA DE SU EXTRAÑA RESOLUCION.

Ha pasado tres dias, y es la caída de la tarde. El júbilo continúa en Tesalónica. Grupos inmensos de curiosos recorren las calles, solemnizando el triunfo alcanzado dos dias antes contra las terribles legiones de la Coronilla. Ya en adelante nada tendrán que temer. Aquellos feroces guerreros de Aragon y Cataluña, no vencidos por ninguna hueste, asombro y pavor del imperio de los Teodosios y Justinianos, han huido á su vez llenos de terror á Casandria. ¿Y qué medio de salvacion les queda ahora? Dejar el Oriente con toda la vergüenza de su derrota. Solo el valor de los hijos de Tesalónica podia obtener un tan grandioso resultado.

Pero esto no satisface á las masas: el miedo las hace sanguinarias. Debajo de los balcones del palacio, y en otros puntos de la ciudad, se pide

con gritos desaforados la muerte de los cinco guerreros, y pelagra la tranquilidad de la capital sino se complace á los sediciosos. Quieren el suplicio de los prisioneros como un sacrificio destinado á aplacar los manes de las víctimas. En vano unos pocos, con alguna idea del derecho de gentes, osan interceder en su favor, se le contesta con rechiflas y amenazas. La multitud, enfurecida, parecia no querer ceder el campo sino con las cabezas de las víctimas, cuando una noticia circulada de repente, contiene sus iras. Ducas Comeno accede á su demanda; la ejecucion de los prisioneros tendrá lugar el siguiente día en la plaza de armas, en donde se levanta un robusto andamio. Tan fausta nueva calma á los amotinados, y sus grupos se dispersan victoreando al principe.

Mientras tanto, viérase al Monge Gris en una humilde habitacion, situada en uno de los barrios mas retirados de la ciudad. Esta vez no envolvía su cuerpo aquel sayal gris que usaba de ordinario; tambien habia dejado los harapos del mendigo que le sirvieron para introducirse en Tesalónica. Vestía en este dia un traje griego de la clase acomodada de la sociedad.

El hombre bueno, aquel ser misterioso que desde el fondo de su gabinete dirigia los destinos de los caudillos del ejército, de nobles y poderosas damas y quizá tambien de príncipes y reyes, se hallaba en una actitud de tristeza y abatimiento poco comun en él. Al contemplarle puesto de codos sobre la mesa, cubierto el rostro con ambas manos, y en un estado de postracion que demostraba su sufrimiento, diríase que el saber, el génio, aquella superioridad de conocimientos que tanto le distinguia de los otros seres de su especie, le habian abandonado. Pero ¿cuál podia ser la causa de aquel abatimiento? ¿La prision de los cinco guerreros? ¿La desgracia de Inés de Azan? ¿La suerte del de Ausona á quien amaba entrañablemente, y á quien en sus conversaciones mas íntimas llamaba Enrique? ¿Y no podia ser tambien la conviccion de que faltando del ejército se llevaria á cabo aquella conspiracion de la cual él solo conocia los secretos?.... ¿Seria posible acaso adivinar sus sentimientos en aquel instante crítico?....

Silencioso, meditabundo, sin cambiar de postura, tan solo por los latidos de su corazon se podia conocer que era un viviente. Nada le distraía. El aspecto sombrío de la estancia, cuyos muebles consistian en una cama y algunas sillas carcomidas, guardaba cierta armonía con el estado de su alma, y las vociferaciones frenéticas de las masas turbulentas, contrastaban con el silencio sepulcral que reinaba en el aposento.

Después de haber permanecido un largo rato de este modo, dejando caer con abandono ambas manos sobre la mesa, esclama reflexivo:

—¡Tambien preparado como lo tenia todo!.... Una sola palabra la hubiera salvado á ella y al ejército. ¡Pobre Sibilía! ¡Cuánta será su aflicción!... ¡Y siempre por alguna imprudencia del Aragonés!.... No hay que pensar en las legiones..... La suerte del noble Entenza me estremece. Ya habrá perecido.....

Despues de un momento de pausa, continúa:

—¿Qué habrá podido hacer Siscár? Quizá víctima tambien..... Bien hice en impedirle subir á la brecha; ¿qué hubiera conseguido?.... y era necesario en el ejército..... Quizá llegaria á tiempo para advertir á Berenguer del peligro que le amenazaba. Si yo pudiese saber.....

Se interrumpe un momento para leer una carta que toma de la mesa, y luego dice:

—Prolongar la ejecucion de la sentencia un dia mas..... no seria difícil; pero ¿con la tardanza no aumentarán las dificultades para..... La buena princesa cree.....

Se interrumpe de nuevo sintiendo pasos en la pieza vecina. Levanta luego la cabeza, sorprendido, como si no esperase ninguna visita en aquel momento, y apenas reconoce al recién aparecido, deja su sitio y corriendo hácia él con los brazos abiertos, esclama:

—¿Eres tú, Juan?..... Yo te creia perdido.

El nuevo personaje, que no era otro que el Olotense, á quien los soldados llamaban el beodo, despues de recibir un estrecho abrazo del Intérprete, le dice:

—Señor, yo os buscaba en el ejército.

—¿Vienes del ejército? le pregunta el Monge Gris con sobresalto.

—En este momento acabo de llegar.

—Siéntate.

El Olotense obedece.

El Monge Gris, que ha vuelto á ocupar el sillón, despues de examinar su fisonomía, le dice con sentimiento:

—A juzgar por tu semblante, las nuevas que me traes son malas.

—No son muy buenas.

—Habla Juan, repone el Intérprete con resolución.

—Quizá seria mejor.....

—Habla: todo lo he previsto, á todo estoy preparado.

El Olotense, con doloroso acento, le dice:

—El muy noble y valeroso Berenguer de Entenza ha dejado de existir.

—¡Gran Dios! esclama el Monge Gris, levantando los ojos al cielo.

—Muerto alevosamente. Garcia Gomez Palacin ha sido ejecutado por mano del verdugo.

Al oír tan fatales nuevas, el Monge Gris se cubre el rostro con ambas manos, y durante un largo rato, consagrado al dolor y á la meditacion, guarda silencio. En su postura, que manifiesta elocuentemente el gran dolor que le posee, hay algo de religioso y sublime que escita á la veneracion y al respeto. El Olotense, profundamente impresionado, permanece mudo é inmóvil.

Por fin, levantando repentinamente la cabeza el Monge Gris, y como herida su imaginacion por otra idea, le pregunta con sobresalto:

—¿Qué me dices de Siscár?

—Le hablé.

—Gracias, Dios mio.

—Después de mi salida de Casandria no sé lo que habrá podido suceder.

—Espíciate: no me tengas suspenso por mas tiempo, repone el Monge Gris con alguna impaciencia.

—¿Quereis?.....

—Todo, Juan, todo y sé breve. Comienza desde el momento en que te separaste de mí en Galipoli.

El Olotense aproxima su silla á la del Intérprete, y apoyando el brazo derecho sobre la mesa y bajando algo la voz, dice con calma:

—El viaje de Galipoli á Tesalónica lo verifiqué sin contratiempo alguno, auxiliado con el disfraz y el salvo-conducto. Entrado en la plaza, penetré en palacio, y pude sin dificultad entregar los pliegos á la princesa, la cual me detuvo algunos dias. No queria despacharme sin saber la última decision que tomaria Comeno al saber que resueltamente se negaba á darle su mano. Por fin al despedirme.....

—La he visto después, y todo lo sé: vamos al ejército, le interrumpe el Monge Gris.

El Olotense prosigue:

—Luego de haber dejado á la princesa, salí á buscaros, y era el mismo dia que el ejército se aproximó á la plaza. Las legiones se retiraban, y la guarnicion acababa de hacer un reconocimiento, que obligándome á tomar ciertas precauciones, retrasó mi marcha. Luego que pude, la proseguí, no encontrando al ejército hasta cerca de Casandria. Allí supe la prision del Doncel de Ausona y sus amigos, vuestra desaparicion, y la muerte de Berenguer.

—Refiérela tal como fué.

—No ignorais que por la enemistad de los dos bandos, el consejo habia dispuesto que Rocafort marchase constantemente una jornada á vanguardia del de Entenza; de este modo se habia pensado evitar una sorpresa.....

—Nada de esto ignoro.

—Rocafort, para llevar á cabo sus proyectos, tenia necesidad de deshacerse de su rival antes de llegar á Casandria, en donde lo esperaba el enviado del rey de Francia para recibirle el juramento de fidelidad. Un pueblo de la costa que los habitantes habian abandonado, favoreció sus intentos (1). El sitio era ameno y agradable: las casas estaban llenas de comestibles, y los campos abundaban en ricos frutos. Al dia siguiente de su llegada, Rocafort, en vez de partir al amanecer, segun lo estipulado, so pretexto de que los soldados se hallaban dispersos en las inmediaciones del pueblo cogiendo fruta, no dispuso su marcha hasta el medio dia. Calculó bien el tiempo: Berenguer de Entenza con su cuerpo llegaba en aquel momento, y esta fué la causa de su perdicion. Luego de avistar su vanguardia los agentes de Rocafort, circularon la voz de que aquel gefe habia roto los conciertos para atacarlo por sorpresa. Semejante especie escitó los ánimos; siguiéronla gritos de traicion, y haciéndose general la confusion, trabóse una sangrienta escaramuza.—El noble Berenguer, comprendiendo apenas la causa de aquel tumulto, se adelantó solo y desarmado con el objeto de contener á los suyos, y esta confianza le fué fatal. Gispert de Rocafort y Dalmau de San Martin, *viendo la ocasion de satisfacer su mal ánimo, y quitar el émulo á su hermano* (Moncada), le derribaron del caballo á lanzazos. El valeroso caballero rindió el último suspiro preguntando: *¿Qué es esto, amigos?* (2)

El Olotense prosigue su relato. Muerto Berenguer de Entenza, Rocafort continuó su venganza, cargando con la caballeria á sus contrarios..... *Su soberbia y arrogancia fué tanta, que no hacia ya la guerra á sus enemigos, sino á su propia naturaleza, y solicitaba á los turcos, y turcoples para que inhumanamente acabasen todos los del bando de Berenguer, sin escepcion alguna de persona..... Quedaron muertos en el campo ciento cincuenta caballos, y quinientos infantes, la mayor parte de las compañías de Berenguer de Entenza, y Fernan Gimenez de Arenós.* (Moncada.)

—El ejército, continúa el Olotense, llegó á Casandria en el mas espantoso desorden.

—¿Y qué has dicho de Gomez Palacin?

(1) MONTANER, con grave daño de la historia, calla el nombre del pueblo; MONCADA lo ignora, y LEBEAU apunta que podia ser la antigua Marone ó Abdere, situada en un llano fértil cerca de Christopol (Christopolis).

(2) Histórico. Arenós, advertido de la muerte de su amigo, y de que le buscaban para hacerle sufrir la misma suerte, huyó con 30 caballos, y se entregó á los griegos. (MONCADA, cap. LII pág. 294 y siguientes.—PACHY, lib. VII, cap. XXXVI, Andro.—ZURITA, part. I, lib. VI, cap. IV.—MONTANER, cap. CCXXXII.—LEBEAU, lib. CVI, pág. 307.)

—Rocafort le mandó cortar la cabeza, cosa que acabó de hacerle odioso entre nuestros paisanos (1).

—Sin embargo, ninguno se atrevió á impedir el crimen.....

El Olotense se apresura á interrumpirle, diciendo:

—¿Y qué podía hacer, mi señor, el ejército, desorganizado como estaba por tan negra traicion? Reflexionad que muertos, fugitivos ó prisioneros, faltaban los caudillos y caballeros mas considerados, y que tres mil extranjeros obedecian ciegamente á Rocafort. Además, capitanes, subalternos y soldados se miraban con recelo, desconfiando unos de otros. Aquel no se atrevia á hablar con su amigo temiendo hallar en él un delator, y este huia de su deudo creyéndole espía. ¿Imaginais que de otro modo hubieran prestado juramento de fidelidad al rey de Francia?

—¡Ah! ¿se les exigió ya? pregunta el Monge Gris con viveza.

—Si señor: Rocafort supo aprovechar el momento; pero sosegaos, las noticias que tengo que daros ahora son mas satisfactorias.

—Veamos. ¿Qué has querido significarme de Siscár?

—Al pronto enmudecieron los leales como he dicho; mas despues del reconocimiento de Tebaldo como general del ejército en nombre de Carlos de Francia, se introdujeron en las filas de sus compatriotas, y les hicieron comprender lo que habia exigido Rocafort de su obediencia. Desde aquel momento comenzó á operarse una reaccion en las tropas, y á mi salida de Casandria todo presagiaba una colision entre españoles y turcos. No lo dudeis, señor, Rocafort se ha perdido en el ánimo de nuestros compatriotas.....

—¿Pero hay un gefe capaz de aprovechar.....

—No falta. Yo le vi en medio de los conjurados.....

—¿Quién es?

—Siscár.

—¿Siscár has dicho? pregunta el Monge Gris con mucha viveza.

—Si señor.

—¿Pero tú lo viste? Esplicate; dame á conocer la situacion del ejército.

—Tan pronto como los españoles conocieron que por los amaños de Rocafort dejaban de pertenecer á la casa de Aragon, trataron de concertarse para rechazar el yugo extranjero. Siscár, el gefe de mas arranque y valentia que nos queda, desde el retiro donde le ocultan sus amigos, llamó á los gefes y oficiales de mas confianza, y tambien á algunos legionarios influyentes. La reunion era numerosa, y yo asistí á ella por la mediacion del Letrado y sus amigos.

(1) Era Palacin aragonés, *valiente soldado y honrado caballero*, dice MONCADA; MONTANER lo considera lo mismo: *era hu*, dice, *deis bons caballers del mon*.

—No olvides los nombres de los que asistieron.

—Quedareis satisfecho.—Siscár habló el primero, explicando la traición de Rocafort. Este caudillo ambicioso había desechado á los príncipes de la casa de Aragon para ocupar el trono de Tesalónica, y Cárlos de Valois, favoreciendo sus intentos, le había obsequiado con una corona. En cambio aquel debía hacer valer los derechos de Cárlos para arrojar del imperio á los Paleólogos. Rocafort, para realizar su infame y desatentado proyecto, había vendido el ejército á los franceses; dado muerte alevosa á Berenguer, á Palacin y á otros muchos; abandonado en Tesalónica á cinco de los mas bravos caballeros, y obligado al de Arenós á entregarse á los griegos. —Enumeró Siscár algunos otros de los actos de Rocafort, y concluyó insinuando hábilmente que, en el hecho de reconocer al enviado del rey de Francia como general, el ejército había faltado á sus deberes, y que debía vindicarse desde luego si no queria empañar vilmente la gloria de sus armas. Oid sus últimas palabras: «Guerreros: un soldado sin honor, es un bandido. Yo quiero vivir y morir aragonés: á vosotros os sobra corazon. ¿Quereis secundar mis esfuerzos?»

—Bien, bien, dice el Monge Gris, enternecido; pero..... ¿qué le contestaron?

—¡Oh! si hubiéseis presenciado como yo aquel acto! Los presentados todos le abrazaron con raptos de entusiasmo indecibles, prorumpiendo en mil y mil calorosas aclamaciones á la casa de Aragon. Poco despues se hablan, se conciertan, y blandiendo sus espadas y dagas, juran morir por el honor de sus armas.

—Y lo cumplirán. Dios es justo, repone el Intérprete, participando del entusiasmo del soldado, y luego añade: pero no perdamos tiempo, acaba.

—Sosegado un tanto el tumulto, fueron sucesivamente tomando la palabra otros guerreros. Los que puedo recordar son: Guillen de Tous, Roudor, Alqué, Rocamora, Aznar, Lográn, Meneses, Ventallola y Rodrigo.

—¿Los castellanos se conservan fieles?

—Meneses lo aseguró. Tambien se hicieron oír Cap-ruén y el Letrado en representacion de.....

—Algo bueno dirian.

—Si señor. Pero los discursos en el fondo fueron todos lo mismo. Unos y otros, capitanes y soldados, manifestaron estar dispuestos á sacrificarse por la causa de Aragon, guerreando contra el tirano, aunque fuera en su mismo palacio.

—Veamos por fin qué resolucion tomaron, y sé breve.

—Procedieron lo primero á nombrar el gefe que debía ponerse á la cabeza de la insurreccion, y fué elegido Siscár por unanimidad.

—Merece mi aprobacion. Despues.....

—Cada uno de los conjurados debia hablar á sus valedores y amigos, y ayer á la misma hora calcularian las fuerzas de que podian disponer. Ademá unos se encargaron de insinuarse con los adalides de los almogávares; otros de vigilar á los turcos, y aquellos de otras comisiones no menos importantes.

—¿Y el plan general de la insurreccion?

—No pude conocerle. Solo oí que aplazaban el movimiento para el amanecer de mañana.

—¿De mañana!..... ¿Qué dia fué la reunion?

—Anteayer por la noche, y ayer debian volver.....

—Comprendido. Pero ¡mañana! ¡mañana! torna á decir el Monge Gris pensativo.

El Olotense permanece sentado en la actitud de un hombre que descansa despues de un largo viaje. El Monge Gris se levanta, da algunos paseos, siempre reflexivo, y luego, acercándose, le dice repentinamente:

—Juan: has olvidado una cosa. ¿Qué es de la hija del César?

—Arrestada por orden del caudillo, la han separado de sus damas y fieles servidores, y un destacamento de turcos guarda escrupulosamente la entrada de su casa.

—¿Se habla de su casamiento?

—Siscár insinuó que debia ser la esposa del francés; pero reina sobre esto mucha confusion, y yo creo que ni aun aquellos mejor informados saben á qué atenerse.

—Es la verdad. Pero ¿no te parece que Siscár hizo bien?

—Si señor. Tanto su arresto como la noticia de su casamiento escitaron raptos de furor entre los conjurados. De todo esto hablo en las notas.

—Dámelas, dice el Monge Gris; y despues de recibir un papel doblado que le entrega el soldado, añade: ¿partiendo ahora mismo, á qué hora podrás llegar á Casandria?

—Antes del amanecer, responde el Olotense, despues de reflexionar un momento.

—¿Es decir antes de la insurreccion?.....

—Si señor.

—Está bien. Necesito estar un momento solo. Retírate á la pieza inmediata, y espera.

Segun su costumbre, el Monge Gris luego de haber quedado solo, da algunos pasos á lo largo de la estancia. Su animacion no se ha desmentido ni un momento desde que el legionario le dijo que la traicion se habia consumado. Su mirada es severa, su gesto imponente, y resuelto su

andar. Pasado un momento de este modo, vuelve á sentarse, y examinando las notas que le ha entregado el Olotense, dice:

—Afortunadamente Siscár sabia todo lo pactado entre Rocafort y Tebaldo. Si no se hubiese hallado en Casandria, fuera ignorado..... ¡Ah! Juan tiene algun recelo..... pero no es posible que lo arredren. Dotado de un valor á toda prueba, hábil y de una actividad asombrosa, Siscár oculta sus talentos y hace un enigma de su saber, presentándose versátil, atolondrado y lijero..... engañaría al mismo diablo..... Pero no hay cuidado, conoce el siglo, y quiere vivir.... Le guardaré el secreto. El Letrado y Cap-ruén le encargaron que me diese cuenta de todo. Era de esperar de su.....

Se interrumpe, y luego, leyendo el escrito del Olotense en alta voz, dice:

—«Algunos de los caballeros adictos á la causa de Aragon, quisieron »arrancar á Sibilía del poder de Rocafort y restituirla á sus parientes de »Cataluña. Con este motivo vime en secreto con Siscár, le enseñé las credenciales y le exigí que se opusiera al rapto. Prometió hacerlo. La falta »de Sibilía en estos momentos nos podria causar males irreparables.»

—Perfectamente, objeta, interrumpiendo la lectura. En efecto, si ella faltase, quizá algunos..... Su prision, sus penas, sus lágrimas, son de mucho valor y..... pueden dar un fuerte impulso á la insurreccion. Juan merece.....

Lee de nuevo.

—«Hablé á Badoero y le exigí el cumplimiento de la promesa que os »hizo. Me esplicó el pacto infame que no ignorais, añadiendo que Rocafort lo habia firmado, persuadido de que por haberse negado á admitir »á los infantes, las casas de Aragon, Mallorca y Sicilia le serian contrarias.»

—¡Bah! antes de la venida del infante habia ya abierto negociaciones con Carlos.

—«Segun el Veneciano, es cierto que Carlos de Valois busca un apoyo »en Oriente para reclamar los derechos que tiene al imperio por su alianza con la familia de.....

—Es sabido.

—«He podido comprender que Badoero proyecta robar á la hija del »César, y desaparecer burlando á Rocafort. Siscár está advertido.»

—Badoero está perdido con Rocafort..... con nosotros tambien, y no extraño que piense llevar adelante un proyecto, que medita hace largo tiempo.

Concluida la lectura de las notas, queda reflexivo un momento, y luego tomando la pluma, dice:

—Lo primero que hay que advertirle es..... Cierto hasta el medio día..... un fuerte, un edificio..... Lo segundo..... Un partido inmenso de su resistencia, y despues el Veneciano..... No perdamos tiempo.

Apenas dichas estas palabras, escribe con alguna precipitacion. Ora se detiene y reflexiona un momento, y ora hojea y vuelve á examinar las notas, hasta que terminada la carta, llamando al Olotense y entregándosela abierta, le dice:

—Toma: entérate de su contenido.

—¡Cómo! esclama el soldado con el mayor asombro, luego de haberla leído.

—Parte, y dásela á Siscár mañana antes que asome el día.

—Pero ¡gran Dios! ¿es posible?.....

—Sí, sí; pero vete.

—Señor, vuestra orden será cumplida, y puedo aseguraros.....

El Monge Gris, conduciéndole á la puerta, le interrumpe, diciendo con mucha viveza al mismo tiempo de darle un abrazo:

—No pierdas ni un momento; tu actividad puede salvarnos.

Al salir el Olotense anohecia.

Sale otra vez el Monge Gris, recorre dos ó tres veces la pieza poniendo orden en su habitacion, y quemando algunos papeles como si quisiera hacer desaparecer hasta el mas leve indicio que pudiera inducir á creerla habitada. Poco despues cierra las ventanas y puertas con alguna precaucion, se arregla el trage, y sale á la calle murmurando en voz baja:

—No habia otro medio..... Luego de iniciadas las masas, hay que obrar.... Por otra parte, los escrúpulos de la princesa perjudican..... Ama y..... tiene miedo..... Se concibe..... Comeno por su mano ofrece la libertad al Aragonés. ¡Bah!..... no sacaríamos ningun partido. Nada, nada, está hecho..... Hay que verla ahora mismo.

Embebido en tales reflexiones, llega á la plaza, en donde se levanta magestuoso y brillante el palacio de los principes. ¡Qué aspecto presenta la real morada! Vese el peristilo iluminado como en los dias de grandes solemnidades, y tapices de damasco carmesí con fimbrias de oro cuelgan de sus balcones, mecidos por las brisas del archipiélago. Los reyes solemnizan todavia la victoria alcanzada sobre los catalanes; pero ¡ah! ¡quizá en medio de tanto regocijo alguna alta y noble princesa, rodeada de dignatarios que ambicionan una de sus miradas, derrama amargas lágrimas!

La multitud se agolpa al frente del peristilo. Algunos grupos se han aproximado demasiado, y los imperiales de á caballo les hacen volver atrás. A nadie al parecer le es permitida la entrada; mas al presentarse el Monge

Gris, no obstante las rigurosas consignas que tienen los centinelas, se le franquea el paso...

No lejos del real palacio se elevaba el viejo torreón que encerraba los cinco prisioneros. Al poco tiempo de verse en él, sujetos con gruesas cadenas, los gritos del populacho, ávido de sangre, y la ira de los carceleros, les habian hecho conocer su sentencia. Llenos de heridas que manaban sangre; fatigados por el crudo choque sostenido en la muralla, apenas entran en el calabozo se tienden sin aliento. La horrible mazmorra no tiene mueble alguno de los que pudieran aminorar un tanto su infortunio; tan solo algunos montones de negruzca paja, se ven esparcidos por el pavimento. Estrecha, larga y por demás húmeda, solo está iluminada por dos pequeñas aspilleras abiertas á no grande altura, las cuales la comunican una luz débil y opaca, á cuyos reflejos se divisan las paredes chorreando un agua verdosa y hedionda. Al fijar en ellas la vista los guerreros, aunque osados y valerosos, se conmueven. Aquí la mano de una víctima ha escrito el día de su suplicio; allá otra no menos temblorosa se despide de sus queridos hijos, y en aquel lado, en letras de sangre que estremecen, uno afirma su inocencia poniendo por testigo al Dios del cielo. Por todas partes, en fin, hay signos y palabras de muerte, espresiones horrendas de agonía.

Todo lo ven, todo lo observan en silencio sin dar señal alguna de temor. ¡Tristes hazañosos que han de dejar la vida en sus primeros años! Su juventud y su gentileza causan lástima. Agiles, fuertes, valerosos, tenían abierto ante sí un porvenir inmenso, y ahora..... ¿qué se hicieron sus ilusiones? Esperaba al uno la felicidad al lado de la dama de su pensamiento. Una virgen tan pura como hermosa, buena como la bendición de un padre, presentaba á otro la copa mágica de las huríes; pensaba este ser el feliz esposo de la altiva beldad zaragozana que ambicionan los mas altos potentados, y aquel marchaba en pos de una vision celeste que le inundara de amor y de esperanza pero pasó un día, una hora, fué un momento de error, y ya solo esperan el cadalso.

Sentados ó negligentemente tendidos sobre montones de paja, ora reflexivos, ora entregados al sueño, y ora en momentos de expansion, comunicándose sus postreras inspiraciones, pasan los tres primeros días. Ya se les ha hecho conocer su sentencia, y solo una noche los separa de la eternidad. El silencio que reina en el lúgubre calabozo es á menudo interrumpido por mil gritos que piden su muerte. También llegan á sus oídos órdenes sanguinarias que los oficiales dan á los centinelas. Los cuatro hazañosos oyen unas y otras con desprecio é impavidez; mas el fe-

roz Caballero del Ataud se indigna, y en vano procuran calmarle sus compañeros.

—Hazaña es esta ¡vive Dios! propia de los griegos, esclama iracundo.

—¿A qué dar importancia á las vociferaciones del pueblo? murmura el Servidor de Amor.

—El príncipe debia conocer.....

—Como todos, tan solo conoce sus intereses. Hoy le conviene desbordar al pueblo contra nosotros, y mañana.....

—Mañana este mismo pueblo puede pedir su cabeza.

—Entonces.....

—Entonces conocerá, aunque tarde, que una vez roto el dique no es fácil contener el torrente.

El entendido Castellano objeta:

—Quizá os equivocais en el juicio que habeis formado de Comeno. Recordad que allá en el muro, antes que pudiesen llegar las órdenes del príncipe, ya el pueblo pedia nuestras cabezas.

—Es cierto, repone el del Ataud furioso; pero luego de habernos comunicado la sentencia, debia.....

—¿Y si no pudiese?

—¿Lo ha intentado?

—Si ha de ver menospreciadas sus órdenes, hará bien en no intentarlo. Creedme amigos, un pueblo en rebelion aprende á conocer sus fuerzas, cosa que no agrada ni conviene á ningun monarca.

La observacion del Castellano parece justa, y el Caballero del Ataud repone, ahogado por la cólera como poco antes:

—Sea de esto lo que fuere, no por eso es menos cierto que yo he formado un proyecto para.....

—¿Un proyecto! le interrumpen dos ó tres á un tiempo.

—Un proyecto, continúa el feroz guerrero, para evitar los insultos del populacho en nuestro tránsito para el cadalso.

—¿Y cuál es?

—El de morir matando.

—¿Dónde?

—Aquí mismo.

—¿Pero cómo?

El feroz guerrero, encendido el rostro, y con una calma que contrasta con sus palabras de sangre, responde:

—Perezcan desde este momento cuantos griegos entren en el calabozo.

—No está mal pensado, añade el Aragonés.

—Ved nuestras armas, dice el del Ataud, mostrando la enorme cadena que despues de ceñir sus piés se arrastra por el suelo.

El forzado Atleta, contando los eslabones circulares de la suya, repone con entusiasmo:

—Bravo, bravo: ocho griegos por lo menos caerán de un solo golpe.

—¿Lo creéis? le pregunta el Valvasor, que aun conociendo su fuerza colosal, se asombra de oírle.

El Aragonés, queriendo ostentar su poder, añade:

—¿Os parece conveniente, primo mio, que durante el combate ensaye el hundir el piso, y moriremos como Sanson en el templo de.....

—Perfectamente, responde el del Ataud, dándole un abrazo.

—¿Qué te parece Ernesto? pregunta repentinamente el Aragonés á su compañero de armas.

Taciturno y reflexivo el Doncel de Ausona, no aprueba ni desecha el plan de sus amigos. Segunda vez le interrogan, y tampoco pueden obtener respuesta alguna. Tendido sobre la paja, indiferente á todo, apenas si comprende lo que le preguntan.

—Yo creo que duerme, observa el Servidor de Amor.

—Puede ser, añade el Castellano.

Dichas estas palabras, se fijan sus miradas en el Doncel de Ausona, y en efecto, á la débil luz de la lámpara de bronce, que ilumina aunque débilmente el calabozo, vénle con los ojos cerrados y en la actitud del hombre que descansa.

—No podemos saber su dictámen hasta que despierte, dice el Aragonés con sentimiento.

—Es la verdad, y seria una sinrazon el molestarle.....

—Cierto. Dejadle reposar.

—De todos modos, yo creo que vuestro plan merecerá su aprobacion, insinúa el Servidor de Amor.

—Lo mismo digo yo, repone el Aragonés.

El furibundo Caballero del Ataud replica, ensayando el peso de su cadena:

—Sin embargo, podemos ser sorprendidos de un momento á otro, y bueno seria que preparásemos nuestras armas.

—No hay que precipitarse, dice el Castellano con viveza; seriamos advertidos por las voces de los carceleros, y no faltaria ruido de armas, lo cual nos daria tiempo suficiente para disponernos al ataque. Por otra parte, si nuestro amigo el de Ausona no da su asentimiento, toda precaucion es inútil: yo por mi parte seguiré sus inspiraciones.

—Y yo, añade el amable Sancho.

—Y yo, repite el Aragonés.

El Caballero del Ataud, acompañando sus palabras con una sonrisa feroz, dice:

—Y yo; pero si el de Ausona aprueba mi proyecto, no olvides, primo mio, aquello de Sanson; hazaña es esta que os pertenece.

—No os dé ningun cuidado; vereis desplomarse la habitacion cual si fuera herida por un rayo, contesta el Aragonés, y tendiendo los brazos y enderezando su cuerpo, se presenta corpulento y robusto como aquel Sanson que imitar desea.

Dando otro giro á la conversacion, dice luego el Servidor de Amor:

—Mucho sentirán nuestra desgracia los amigos del ejército.

—En efecto, entre otros el Monge Gris estará inconsolable.

—¡Pobre anciano! Nunca olvidaré el modo raro y misterioso con que se nos presentó en la calle. Disfrazado de mendigo.....

—Intentaria hacer algo en nuestro obsequio, objeta el Castellano.

—Y nada habrá podido conseguir.....

—Es claro; lo contrario lo sabriamos.

—Tambien affligirá á Siscár nuestra desgracia, dice el Aragonés.

—Si no ha sucumbido.

—De temer es que dentro de algunas horas le veamos allá en la otra vida.

El Caballero del Ataud, como si el diálogo que acaba de oir despertara en él alguna idea siniestra, murmura dirigiéndose á su primo:

—Otros podrán sentir nuestra muerte tanto como Siscar y el Intérprete.

—¿De quién quereis hablar? pregunta con prontitud el Atleta, frunciendo las cejas.

—De nuestros parientes. Si la aparicion del Busa es cierta, como se asegura, no lo pasarán muy bien, contesta el del Ataud.

—¿Creeis que les faltarán defensores?

—¿Ignorais, primo, la influencia de los Busas allá en Cataluña? La presencia de uno de ellos seria la señal de una sangrienta guerra civil, y ¡ay de nuestros deudos si no viven muy apercebidos!

El Aragonés, de mal humor, repone:

—Es verdad; los Busas y sus allegados en sus raptos de ira se entregarán á toda clase de escesos.

—Algunas veces, dice el Castellano, os he oido hablar de los inauditos atentados cometidos por esa familia. ¡Pero qué! ¿los diques de la justicia, no pueden contener el torrente de su furia?

El Aragonés, furioso como siempre que se habla de los Busas, sus irreconciliables enemigos, repone con calor:

—Un Busa no se presenta nunca en igual combate. Allá desde el fondo de su guarida misteriosa, aguza las armas con que ha de herir traidoramente á sus contrarios, y sus valedores, que son muchos y poderosos, inutilizan de ordinario la accion de los tribunales.

—¿Y se dice que de repente ha aparecido un individuo de esa familia?

—Proscrita por el rey y anatematizada por el papa, se creyó por un momento en su entera destruccion; mas poco despues se afirmó que de los dos hijos de Juan, su gefe, que se decian muertos en Aviñon, vivia el uno, el cual debe llamarse Enrique, si mal no lo recuerdo.

—Vuestros deudos gozan de grande favor en la córte, y por lo mismo no debe daros cuidado alguno.....

—¿Cómo no? Su existencia será uno de mis tormentos en la agonía, interrumpe el Aragonés.

—No podrá sustraerse.....

—Sus partidarios le ocultarán en las entrañas de la tierra.

—Si es criminal.....

Sentido de la duda del Castellano, el Aragonés le interrumpe, diciendo con robusta entonacion:

—¿Si es criminal decís? ¿Podria un Busa dejar de serlo? Un Busa es un vampiro que á todas horas chupa sangre. Amigos míos, añade dirigiéndose alternativamente á cada uno de los tres guerreros; si alguno de vosotros escapara del suplicio que nos espera, deberia para el mejor servicio de la humanidad, jurar no envainar su espada hasta haber logrado el estermio de esa raza maldecida.

—No levanteis tanto la voz, porque de lo contrario podriais despertar á vuestro compañero de armas, le dice de repente el Castellano, notando su exaltacion.

El Aragonés, mirando al de Ausona, repone bajando la voz:

—Es verdad, podriamos..... Mas mirad, mirad..... una lágrima.....

—¿Una lágrima! repite el Servidor de Amor fijando igualmente la vista en el Doncel.

—¿Una lágrima tan esforzado guerrero! ¿Es de sangre? pregunta el iracundo caballero del Ataud.

El Castellano, no menos admirado, repite:

—¿Una lágrima!

—Vedla, asoma en sus párpados, dice el Atleta.

—Es cierto; pero dejadle: bien puede hacer dormido lo que no haria despierto, añade el del Ataud despues de haber observado al de Ausona con alguna atencion.

Terminado este incidente, continúa la conversacion interrumpida.

—¿Antes que el rey proscribiese á los Busas, habrá corrido mucha sangre en vuestro país? pregunta el Castellano.

—Todos sabeis, responde el Aragonés, el trágico fin de la madre de Sibilia, muerta por Juan de Busa, padre del Enrique, por habérmelo oído repetidas veces; que os cuente ahora el del Ataud el que tuvieron tres niñas de corta edad.

—¿Atentaron á la vida de tres inocentes criaturas? pregunta asombrado el Servidor de Amor.

—Que os lo diga, que os lo diga mi noble primo.

—Causa horror, repone el del Ataud.

El Castellano y Sancho se miran con cierto sorpresa. Sin duda uno y otro consideraron que el hecho debe ser terrible cuando horroriza al temebundo Valvasor.

—¿Y el caso sucedió en vuestra familia? le interroga el último.

—En mi familia. ¡Cuántas veces se lo he oído referir á mis padres!

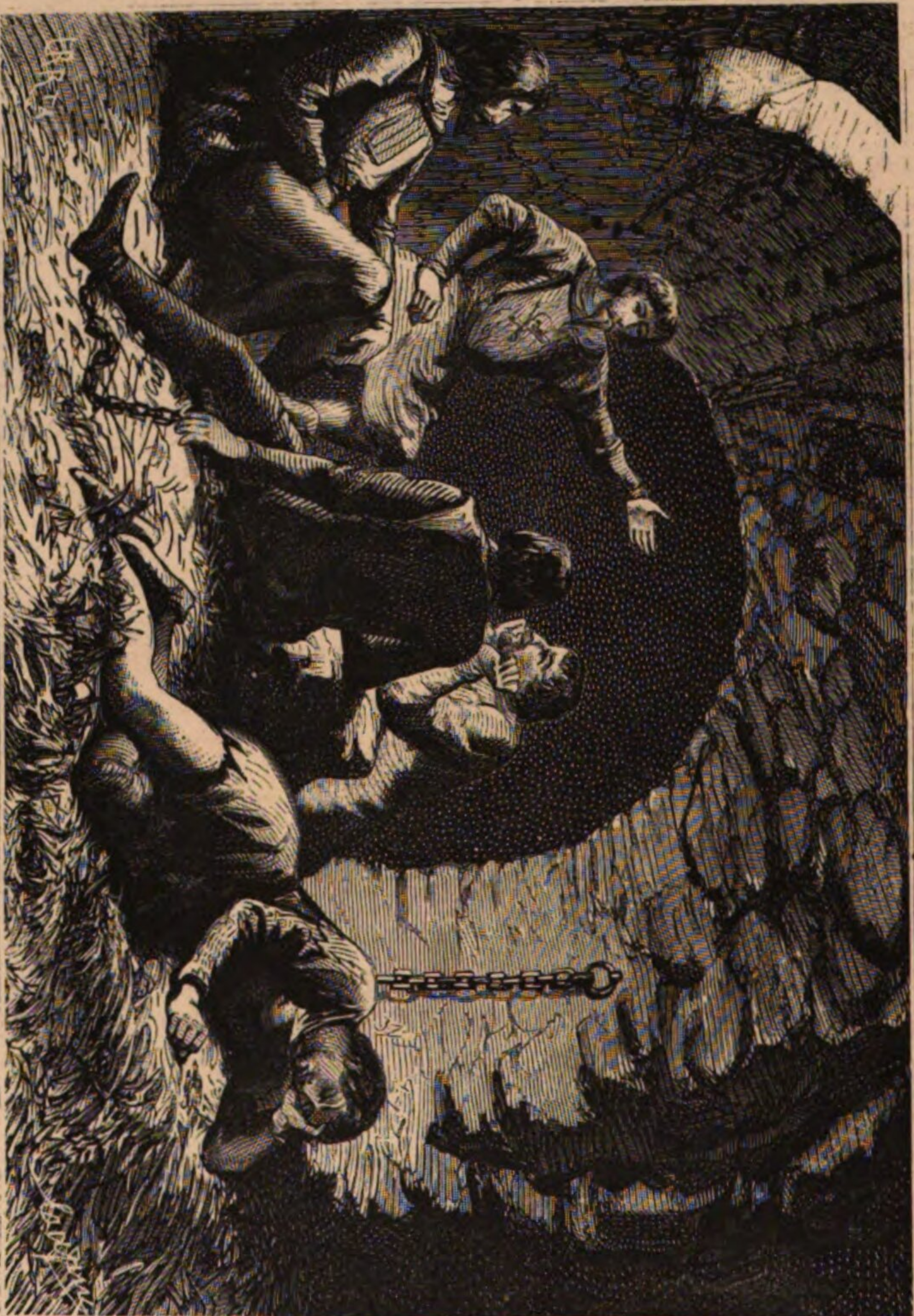
—¿Datará de muchos años?

—No era del recuerdo de mis abuelos: ellos se lo habian oído contar á los suyos, responde el del Ataud.

Despues de algunas otras observaciones, el Valvasor se dispone para satisfacer la curiosidad de sus compañeros. El Castellano, Sancho y el Aragonés se le aproximan formando círculo, y él; en medio de un profundo silencio, refiere de este modo aquel sangriento episodio de la historia de su familia.

—Era de noche. A las puertas de nuestro castillo llegó un mendigo, anunciando que venia de la Palestina. Merced á su disfraz, no fué conocido: era un Busa. No ignorais las costumbres hospitalarias de nuestro país: el peregrino de la tierra santa no inspiró sospechas á nadie, y fué servido con esmero y hospedado en una de las mas ricas habitaciones del palacio. A poco los individuos de la familia se retiraban á las suyas respectivas, despues de haber acostado en sus virginales lechos á tres niñas de tierna edad, que eran la delicia de sus padres. La noche era borrascosa; bramaba el huracan y caia el agua á torrentes; el rayo, despidiendo una luz de siniestro agüero, amenazaba abrasarlo todo, y la horrible detonacion del trueno se oia sin interrupcion. Las niñas dormian profundamente, cuando un hombre de centelleante mirada, erizado pelo, y rostro feroz, sacando con cautela la cabeza de debajo de la cama, examinó cuidadosamente la estancia. Cerciorado de que nadie habia en ella mas que las tres hermanitas, entregadas al sueño, se levantó, y tomando en brazos á la mayor, la tapó la boca, y con una tajante cuchilla la cortó las manos.

—*¡Inaudito crimen!*



LAM. N.º 24.—Inaudito crimen!

—¿Y semejante monstruo era un Bu: a? pregun'a horrorizado el Servidor de Amor.

—¿Y semejante mónstruo era un Busa? pregunta horrorizado el Servidor de Amor.

—Un Busa, pero no es esto todo, responde el del Ataud.

Al mismo tiempo el Doncel de Ausona, que permanecía tendido sobre la paja, hace un movimiento, y el Castellano se apresura á decir:

—¡Chit! podríamos despertar á Ernesto.

—En efecto, hablad mas bajo, añade el amable Sancho.

—No es nada: Ernesto ha cambiado de posicion, repone el Aragonés mirando á su compañero de armas.

Así era en efecto. El Doncel de Ausona habia vuelto la cara á la pared, y continuaba al parecer dormido.

El Atleta de Aragon, el Castellano y el Servidor de Amor, oyen el relato de la mutilacion de las tres niñas con atencion suma, y el terror se ve pintado en sus semblantes. El Caballero del Ataud continúa en medio de un profundo silencio:

—El feroz asesino, despues de haber mutilado á la hermana mayor, levantó á la que la seguia en edad, y tomando con ella la misma precaucion que con la primera, le cortó las piernas.....

Tan espantosa narracion estremece á los oyentes.

—Causa horror, interrumpe el Castellano.

—¿Y la tierra no se abrió para tragarse al criminal? interroga el amable Sancho.

—Oid, oid todavía, dice el Atleta, gozándose en el asombro de sus compañeros.

El del Ataud prosigue:

—Llegó su vez á la tercera que apenas contara cuatro años, y con la misma arma le quitó los ojos.

—¿Pero la cuchilla de la ley no pudo alcanzar?....

—Todas las medidas tomadas para la captura del mónstruo fueron inútiles. Despues de haber cometido tan horrendo atentado, pegó fuego á la estancia y desapareció.

—¿Por dónde?

—Jamás pudo saberse, responde el del Ataud.

El Aragonés, supersticioso como siempre, repone:

—Sin embargo, afirman algunos que salió por la ventana al mismo tiempo que ardia el edificio. Lo que no admite duda alguna es que se le vió volar en forma de cabron negro.

Apenas dichas las últimas palabras, el Castellano esclama:

—¡Ah! ¡ah! Permitiréisme, amigos mios, que oiga el relato con cierta prevencion, porque los años podrian haber falseado la historia. Allá en el

hogar doméstico, en mi infancia, se me han contado cosas parecidas de dragones alados, serpientes.....

Sentido de sus palabras el del Ataud, le pregunta:

—¿Dudaríaís del hecho?

—El vuelo del cabron negro hace un tanto sospechoso.....

—Yo no lo he afirmado, y aun extraño yo que un hombre entendido como mi primo mezcle cuentos de viejas con lo histórico.

—Vos sabeis que entre nuestros parientes no se dice otra cosa, objeto el Aragonés.

—Bueno es saber distinguir lo verdadero de lo falso.

—No digo lo contrario. Pero el vuelo del cabron ha sido atestiguado por muchos de nuestros abuelos.....

—Su testimonio prueba poco, repone el Castellano.

El Aragonés insiste diciéndole:

—Si conociéseis la familia de los Busas, pensaríais de otro modo. Un Busa se alimenta de sangre.....

En este momento el Doncel de Ausona se levanta de improviso, y, como si un fuego interior abrasase sus entrañas, da vueltas al rededor del calabozo, tembloroso y agitado, como el aguilucho recién entrado en una jaula de hierro. Observando luego las aspilleras, introduce en una de ellas la cabeza para respirar el aire libre. El Aragonés, cuya amistad por él raya en delirio, fuertemente impresionado al ver su aspecto, sigue sus pasos, y agarrándole del brazo le hace una tras otras mil preguntas sobre su estado.

El de Ausona, sin cambiar de posición, contesta:

—Déjame..... un momento.

El noble Aragonés continúa con cariño:

—¿Pero te sientes malo, Ernesto? Tu mano abrasa.....

—No es nada, responde el de Ausona con voz sofocada.

—Tu dormías Ernesto y..... una lágrima.....

—Sí, si dormía..... Un sueño.....

—¿Un sueño?

—Cuyo despertar ha sido horrendo, contesta el de Ausona con cierto gesto, que no puede ver su compañero de armas.

El Aragonés, dirigiéndose á sus amigos, dice con satisfacción.

—No es nada; soñaba y algun recuerdo triste.....

—Sí, sí, un recuerdo.....

—Pero qué pálido estás, Ernesto, dice el Aragonés examinando las facciones del de Ausona.

El Doncel de Ausona, como si hubiera tomado una resolución, dice procurando ocultar su desasosiego:

—Nos quedan pocos instantes de vida. Pronto el hacha del verdugo hará caer nuestras cabezas.

—Pero mientras tanto, sositégate..... Los griegos podrían atribuir tu mal á.....

—No temas.

—Ven, ven á sentarte aquí junto á mí, le dice de repente el Aragonés cariñosamente.

Al decir esto, le agarra del brazo, y no obstante su resistencia, le acompaña donde están sus compañeros, haciéndole tomar asiento. No contento con esto, poniéndole la mano izquierda sobre la cabeza, se la hace reclinar sobre su hombro derecho, diciéndole:

—Pon la cabeza aquí sobre mi hombro y descansarás.

El Doncel de Ausona no opone resistencia alguna.

—Ahora, añade el Aragonés, voy á hablarte de una muger hermosa.

—¡De una muger! murmura el de Ausona.

—De la hija del César. ¿Sabes lo que me decia?

—¿Te habló de mí?

—¡Pobre Sibilía! Un día, allá, en los jardines de su casa en Galípoli, me afirmaba que cuando fuera tu esposa no habria cuidados que no te dispensara.

—¿Eso decia? pregunta el de Ausona calmándose gradualmente.

—Aun me decia otra cosa, añade el Aragonés buscando siempre medio de consolarle.

—Veamos.

—Me decia con acento cariñoso: *Ernesto se enfada muchas veces, y yo creo que es desgraciado; pero con mis caricias le haré olvidar sus males.*

—¿Es verdad?

—¡Cuántas veces se lo he oido!

—Prosigue.

El Aragonés, sencillo como buen amigo, sigue refiriendo á su compañero de armas algunas de las conversaciones que ha tenido con su prima. Con el objeto de endulzar sus penas, escoje aquellas palabras que mas han de agradarle, asegurándole siempre del amor de Sibilía. El de Ausona va recobrando paulatinamente la calma que poco antes perdiera. Diríase que las palabras de la inocente doncella eran un talisman del cual dependia su salud, como de la piedra Cibeles y de los escudos celestes dependia la de los romanos. Oye á su amigo con mucha atencion, y levantando algunas veces la cabeza le interroga haciéndole repetir aquello que mas le agrada.

Mientras tanto los demas guerreros, á quienes la indisposicion súbita

del de Ausona hiciera guardar silencio, asegurados de su mejoría, renuevan la conversacion interrumpida.

El Castellano, razonador como siempre, dice al del Ataud:

—No creais que yo ponga en duda nada de lo que afirmais; pero á la verdad, no puedo menos de repetiroslo; el vuelo del Busa en forma de carbon, hace pensar.....

—Permitidme tambien repetiros que yo no he dicho semejante cosa, le interrumpe el Valvasor mal humorado.

—Conformes.

—Pero el hecho patentiza por sí solo quién son los Busas, añade el del Ataud.

—Siento no poder estar de acuerdo con vos en este punto.

—¿Cómo?

—El asesinato de las tres niñas no prueba que toda una familia sea criminal, y si solo que un individuo de ella fué un mónstruo acreedor á los mayores castigos.

—Todos los Busas son lo mismo, murmura el Aragonés, mezclándose de nuevo en la conversacion; y sintiendo al propio tiempo que la cabeza del de Ausona resbala sobre su hombro, la sujeta con su mano izquierda diciéndole:

—No muevas la cabeza de aquí, Ernesto. Así..... así descansarás mejor al lado de tu mas leal y mejor amigo. Procura dormir, y te hallarás despues mas aliviado para marchar al..... Ahora no debes pensar en nada.

Nada contesta el Doncel de Ausona; mas sus facciones han vuelto á alterarse; su mano, al tocar los hermosos bucles de su pelo, tiembla, y su corazon palpita con fuerza.

El Castellano responde á la última observacion del Aragonés, diciendo:

—Podrá ser verdad, como decís, que todos los Busas se parezcan: yo no he insinuado otra cosa sino que aquel hecho no lo probaba.

—Vos no los habeis conocido.

—Ni deseo conocerlos.

—La enumeracion de sus crímenes estremece.....

—Repruebo los crímenes; pero aborrezco las injusticias.

El Aragonés, cuyo odio á los Busas raya en demencia, repone con no menos viveza que entusiasmo:

—Bien os dijo mi noble primo que vos no conociais á la familia de que se trata. Si por desgracia hubiérais sido amigo ó enemigo de ella, ya tendriais que llorar algunos de vuestros deudos, porque su puñal alcanza á todos. Sabedlo para otra vez, el nacimiento de un Busa es como la aparicion de una sanguinaria hiena, cuya sed de sangre devasta comarcas en-

teras; una lluvia de fuego que abrasa y destruye; es todo el mal personificado en un niño. Un Busa es una víbora que debe aplastarse donde se encuentre..... Mi mayor tormento al dejar esta vida, creedlo, oh Guzman, es el de no poderme hallar con la maza de armas en presencia del llamado Enrique.....

Un ruido confuso que repentinamente se oye en la inmediacion del calabozo, interrumpe al Aragonés. Al mismo tiempo un agudo grito sale de los lábios del Doncel de Ausona, que se levanta amoratado, fuera de sí y con el pelo erizado en su cabeza. Los hazañosos todos dejan sus asientos, y el ruido de las cadenas se confunde con el de las armas, que ya clara y distintamente se oye en la escalera. Una terrible confusion reina en el calabozo. Si los caballeros siguen el sangriento proyecto del Caballero del Ataud su hora postrera ha llegado.....

El Doncel de Ausona, dirigiéndose alternativamente con el mas reconcentrado furor, y a á uno ya á otro de sus compañeros, esclama:

—Hablábais, poco há, de hienas, de lluvias de fuego y de rayos que abrasan..... Tambien he oido algo de víboras y asesinatos; pero ¿no habeis formado un plan? Decídmelo..... apruebo el mas sangriento..... Respondedme: necesitais..... Yo en mi agonía necesito sangre..... Mi agonía es la de un maldecido..... ¿Cuáles son vuestras armas?

Sus palabras animan, escitan y electrizan á los demás guerreros, quienes las contestan con gritos enérgicos.

—¡Armas! nuestra ira y nuestras cadenas, esclama el del Ataud con centelleante mirada y gesto aterrador.

—Ira y cadenas no me faltan. Escuchad.....

—Amigos, ya lo habeis oido, el de Ausona aprueba el plan: vendamos caras nuestras vidas, y despedámonos para la eterna, interrumpe el Castellano.

—Ernesto ven aquí junto á mi; muramos juntos, dice el Aragonés, que ni aun en sus últimos momentos olvida á su querido amigo.

El Doncel de Ausona, convulso, repone con fuerza, pudiendo apenas articular las palabras:

—Sí, si, como Eteocles y Polinice.... ¿No es este el proyecto del Valvasor?.....

—Muramos matando.

—¿Qué has dicho? Morir matando, no. Lo resuelto fué morir matándonos.

El Aragonés le ha comprendido, y dá algunos pasos atrás, horrorizado. La idea de matar á su compañero de armas le aterra, y esclama:

—¡Yo herirte á tí! jamás.

—¿Dudas ahora? Acabemos, repone el de Ausona levantando la cadena en ademán de dar el golpe.

El leal Aragonés sufre un martirio inesplicable. Resuelto á no herir á su mejor amigo, da otro paso atrás y junta las manos, y las entrelaza. Su posición es una súplica tan humilde como la de un niño que teme un castigo merecido. En este estado esclama desconsolado.

—¿Qué haces Ernesto?.... Algunas veces te he oído decir que si nuestros amigos cometen una falta no debemos participar de ella..... Secundemos los esfuerzos del Castellano y.....

—Palabras vanas, hiere.....

—Jamás, dice con resolución el Atleta.

—¿No quieres herir? murmura el de Ausona indeciso.

Su diálogo es repentinamente interrumpido. Ya se sienten en el corredor inmediato los pasos de las personas que se acercan; ya se oye su voz, y el Castellano, que escuchaba junto á la puerta, esclama:

—Llegó el momento, amigos. Tome cada cual el puesto que mas le agrade, y demos nuestro grito de guerra una vez siquiera. *Aragon, Aragon.*

—*Aragon, Aragon*, repiten sus compañeros.

—Ernesto, dentro de un instante nos uniremos en la otra vida para no separarnos jamás. Dame en esta el último abrazo, dice el Aragonés á su compañero de armas.

Al pronunciar estas palabras se le acerca con los brazos abiertos; mas el de Ausona, rechazándole con fiereza, no pensando al parecer mas que en una cosa, le contesta:

—Todavía es tiempo para darnos la muerte.....

El Aragonés, vertiendo amargas lágrimas, le interrumpe:

—Ernesto, en nombre del Dios del cielo, permite que te estreche.....

—Jamás.....

El noble Aragonés iba á insistir; pero la llave de la puerta gira ya en el interior de la cerradura, y á las voces del Castellano los hazañosos se disponen para el cruento choque. El formidable Atleta se coloca detrás de la puerta, y levantando la cadena en alto con ambas manos, amenaza siete cabezas, y el pavimento del calabozo que ha de arrastrar el edificio; el Caballero del Ataud y el amable Sancho á su derecha, no están menos dispuestos á la riza, y el Castellano á su izquierda, para dar la señal, espera á que la abertura de la puerta le permita distinguir á sus contrarios.

El Doncel de Ausona no ha tomado puesto alguno. Convulso, furioso se dirige de un punto á otro sin saber lo que hace. Habla como un frenético, se interrumpe él mismo y no comprende lo que dice ni lo que

piensa. Por fin, tomando al parecer una resolución, esclama desesperado:

—Esperad, esperad. Aragonés, oye una palabra.....

—Adios, adios, Ernesto, le responde su compañero de armas.

—Una sola.....

—Me la dirás dentro de poco.....

—En los palacios celestes de nuestro Dios, interrumpe el Castellano.

—¿No quieres y..... Cúmplase mi destino.

Al decir esto, el Doncel de Ausona se arroja al suelo ante el Aragonés, colocándose de manera que al caer la cadena de este deba ser la primera víctima.

Al mismo tiempo se abre la puerta del calabozo. ¡Poder de Dios! El terrible Aragonés, tomando aliento, descarga el golpe con toda su ira, con todo su poder. Mil vidas son amenazadas; mas el Castellano, viendo el primero, por su posición, las personas que se introducían en la estancia, agarra con ímpetu el último eslabon de la cadena, y la fuerza toda que aquel le imprimiera obra sobre el mismo. No pudiendo resistirla, se bambolea y cae sobre el Doncel de Ausona, arrastrando tras sí al Castellano.

El Caballero del Ataud y el Servidor de Amor suspenden su furia.

Inés de Azan y el Monge Gris, entran en el calabozo, seguidos de algunos escuderos.

La princesa, dirigiéndose á su caballero, con cariñoso acento, le dice, alargándole la mano en ademán de ayudarle á levantar:

—Mi señor, vengo á daros la libertad.....

El Aragonés, quedando arrodillado y besando su mano con trasporte la interrumpe:

—Princesa, no soy digno de vos.....

—¿Qué decís, mi señor? Yo os amo mas que nunca, comprendiendo lo que por mí hicisteis.

El Atleta, enagenado, repone:

—Bella Inés, no merezco vuestro cariño: mis imprudencias comprometieron vuestro bienestar y el de mis amigos, y no he escuchado los consejos del anciano que me disteis por consejero. ¡Ah! tan solo merezco vuestro enojo.

—No habéis mas de esto, yo os perdono.

El Aragonés, con trasporte, esclama:

—¿Me perdonáis? ¡Oh, la mas bella de las princesas! En adelante os consagraré mi vida entera. Combatiré por vuestro amor sin mas ambición que la gloria de servirlos, y vuestros deseos serán para mí órdenes severas que.....

—¡Oh mi buen caballero! responde Inés enternecida; no ignoro de lo que es capaz vuestro amor por mí; pero yo tan solo deseo que me ameis, y que con vuestros compañeros salgais pronto de esta lúgubre mansion. Mi señor, tomad las armas.

Apenas dichas estas palabras, hace una señal á sus escuderos, y estos con la mayor diligencia quitan las cadenas á los caballeros y les presentan sus arneses completos. El Aragonés recibe su enorme clava, que dos de los sirvientes de la princesa apenas podian mover, con un júbilo difícil de explicar, y apenas la siente en su mano que ya el terrible molinete indica su disposicion á la riza. Los otros caballeros, libres del hierro que les oprimia, toman igualmente sus armas; mas el Doncel de Ausona las rechaza bruscamente, permaneciendo mudo é inmóvil en un rincon del calabozo, en donde se habia retirado á la llegada de la princesa.

El Monge Gris, que como siempre todo lo observa, admirado de su conducta, examina uno trás otro los semblantes, como buscando la solucion de aquel enigma. Su mirada escudriñadora, deteniéndose un momento en el Aragonés, se torna á fijar luego en el Doncel de Ausona, cuya palidez y alteradas facciones llaman particularmente su atencion; mas diríase que esta vez no comprende los extremos de aquel jóven que tanto ama. Finalmente, despues de un momento de reflexion, se le acerca, y queda hablando con él en voz baja.

Mientras tanto, deseoso el Aragonés de saber cómo pudo la princesa impedir su proyectado himeneo con Ducas Comeno, le pregunta con mucho interés:

—¿El mismo dia de mi arresto debian conduciros al altar?

—La banderola os lo anunció.

—¿Y cómo pudisteis evitarlo?

—Me hallaba encerrada en mi habitacion por orden de Comeno, continúa la princesa, cuando supe que vuestro ejército se aproximaba á la plaza. Entonces, no viendo ya ningun otro remedio á mis males, enarbolé la banderola en el torreón, segun lo convenido en Constantinopla. ¡Cuántos motivos tuve despues para arrepentirme!

—¿Pero cómo pudisteis evitar el casamiento? tornó á preguntar el Atleta, que oye á su señora con un placer indefinible.

—Difícil seria responder á vuestra pregunta, mi señor. Tan solo puedo deciros que casi al mismo tiempo fui advertida por una de mis damas, que un enviado de Paleólogo, recién llegado á Tesalónica, deseaba ver á la Emperatriz. No sé qué secreto presentimiento me hizo creer que yo podia ser el objeto de su visita, y figuraos cuál no seria mi asombro al saber que el delegado no era otro que el Monge Gris.

—Proseguid, proseguid le dice el Atleta.

—Poco despues fui llamada por Irene, quien me insinuó que por razones de Estado, se habia suspendido mi casamiento con Ducas.

Los guerreros, cada vez mas admirados, observan al Intérprete con cierta sorpresa mezclada de respeto, y la princesa, recordando su dolor al verlos pasar prisioneros debajo de los balcones de palacio, concluye su interesante relato diciendo:

—Yo temí que el pueblo enfurecido no se entregase á algun esceso. Al volver de mi desmayo supe que os habian conducido á esta antigua fortaleza, y mi pesar fué menor. Vime despues con el Monge Gris, quien encontró medio en el inmenso caudal de su saber, para persuadir á Comeno que la idea de un grande aparato halagaría á las masas turbulentas, que pedian vuestra muerte: el pueblo quedó satisfecho, y nosotros tambien. Por lo demás, el Monge Gris, auxiliado por mis valedores, se encargó igualmente del plan de nuestra fuga. ¡Ay de mí! ¿Qué podia yo hacer sin su potente auxilio? A él solo debemos todo, y en adelante él reemplazará en mí al padre cariñoso que en otro tiempo perdiera. ¿De qué otro modo podia pagar su noble adhesion á mi persona? Gracias á su saber y esperiencia, me veo reunida con vosotros, nobles caballeros, y con mi señor á quien amo y amaré toda mi vida.

Al dejar de hablar la princesa, los guerreros, sabiendo agradecerle cuanto por ellos hiciera, juran defenderla contra sus enemigos, cualquiera que su rango sea. La significan que es bella, elogian su bondad, admiran su discrecion y modestia, y dan unos tras otros mil parabienes al Atleta por haber merecido el alto honor de ser su caballero. ¿Cómo, empero, esplicar el gozo de este al oir aquellos elogios de su dama y al escuchar de ella que será siempre amado? Abraza á sus amigos, y quiere arrojarle á los piés de la princesa para jurarla de nuevo un amor eterno; mas ella le contiene con un ademan, mostrándole el anciano, á quien son deudores de todo.

Casi al mismo tiempo, aunque en voz baja, un animadisimo diálogo se habia empeñado entre el Monge Gris y su protegido.

El primero pregunta al segundo:

—¡Pero, Enrique, qué quiere decir esto? ¿Acaso otra vez.....

—Otra vez y otras mil, responde el de Ausona con voz sofocada.

—En el convite.....

—Peor.

—Piensa empero.....

—Ya no viviria mas que para la venganza.

—Mas ahora en este momento solemne, calla y.....

—Imposible.

—La princesa.

—¿Qué tengo yo que agradecerla?

—La vida.....

—Yo busco la muerte.

La voz de la princesa suspende tan incomprensible plática. Viendo que los caballeros ya se han armado de todas armas, dice dirigiéndose al Intérprete :

—Buen anciano, vos sabeis las medidas que se tomaron para evitar un contratiempo; la tardanza podría sernos fatal.

El Monge Gris, inclinándose con respeto, la responde:

—Ilustre princesa, esperamos vuestras órdenes.

—Partamos, dice Inés, y agarrándose del brazo de su caballero, se dirige á la puerta.

En el acto de marchar los tres hazañosos, que ocupados en vestirse los arneses nada habian observado, ven que el Doncél de Ausona, convulso, no daba señal alguna de obedecer las órdenes de la princesa.

—Ernesto, esclaman casi á un mismo tiempo.

El de Ausona sigue silencioso é inmóvil como una estatua.

Desprendiéndose el Aragonés de los brazos de Inés y acercándosele, añade:

—Mis imprudencias han sido reparadas por la princesa. Todavía volverás á ver á..... Partamos.

—Partid, responde el Doncel con voz fuerte.

El asombro se ve pintado en todos los semblantes.

—¿Partir nosotros..... sin tí? pregunta el Castellano.

—Debo quedarme.

—¿Quién lo ordena?

—El destino.....

—Ha querido que nos salvásemos.

—Salvaos.

La princesa y todos los guerreros han rodeado al Doncel de Ausona. El Monge Gris permanece á alguna distancia reflexivo.

—Permitid, repone el Castellano; estimando vuestros merecimientos, respetamos todos vuestros secretos; pero.....

—Siendo así, debeis tambien respetar la resolucion que acabo de tomar. No puedo acompañaros.

—Pero permaneciendo aquí, el cadalso os espera.

—Marcharé al cadalso.

El Aragonés, aterrado, repone:

—Ernesto ¿qué ciego frenesí?....

Interrumpiéndole con violencia el incomprensible Doncel, esclama:

—¿Qué quereis?.... Ninguna mancha oscurece la vida de borrascas que he pasado. ¿Podria responder de mí en adelante? Vuestra responsabilidad seria inmensa si accediese..... Todos los pactos que me unian á la vida están rotos. Evitad un crimen: partid.....

—En vano lo esperas, interrumpe el Aragonés. ¿Qué se diria de mí? ¿No eres tú mi compañero de armas? Una debe ser nuestra suerte hasta el fin de la guerra. Si tu permaneces aquí, yo tambien.....

—Y yo, dice el Castellano con resolucion.

Los otros hazañosos les imitan, y siguen largo rato instando al misterioso Doncel para que desista de su estraña y funesta resolucion. La misma princesa le ruega con lágrimas en los ojos que no la abandone en aquel momento supremo; pero todo es inútil, y el tiempo apremia: si permanecen algunos instantes mas en el calabozo, pueden perderse. Todos lo conocen, y se hablan un momento en voz baja para ponerse de acuerdo sobre el partido que han de tomar, cuando el Monge Gris que, aunque reflexivo y meditabundo, no ha dejado de observar á unos y á otros, dice á los cuatro hazañosos:

—Ilustres señores, no tan solo por salvar vuestros dias y los de la augusta princesa que acaba de sacrificarse por vosotros, debeis marchar al ejército; hay otra causa mas grande que interesa á vuestro honor.....

Los guerreros, sorprendidos, le interrumpen á la vez, haciéndole varias preguntas:

—¿Nuestro honor?

—¿La traicion acaso?....

—¿Qué decís?

El Monge Gris, sin mirar al Doncel de Ausona, responde:

—Habia pensado ocultároslo, nobles señores, por no aumentar vuestras penas; pero sabedlo por fin: las legiones han sido vendidas al rey de Francia.

Un rayo, cuya aparicion repentina deslumbra é incendia, hubiera causado menos impresion á los hazañosos que estas palabras. Leales, caballerosos y dotados del sentimiento del honor, la sola idea de una traicion les indigna. En sus movimientos y palabras se trasluce el despecho.

—¿Anciano; estais seguro de lo que afirmais? pregunta el Caballero de Ataud con aspecto feroz.

—Pluguiese á Dios que no lo estuviese, responde el Monge Gris.

—¿Conoceis el valor de vuestras palabras?

El Monge Gris continúa sin hacer caso de su protegido, ni de las preguntas que le hacen:

—Ya los leales sucumben bajo el peso de la inicua trama. Berenguer de Entenza ha perecido alevosamente; quinientos de los mas adictos á la causa de Aragon han sufrido la misma suerte, y Gomez Palacin ha sido ejecutado traidoramente.

Al oír el desastroso fin de sus compañeros, los hazañosos prorumpen en imprecaciones contra el caudillo afrancesado y sus cómplices. Siguen raptos de furor y juramentos de venganza, y el Doncel de Ausona, al contemplar su noble entusiasmo, centelleante la mirada y fiero el ademán, murmura:

—¡Vendidos! ¡Muertos!....

El Monge Gris, sin dar importancia á sus palabras, asegura á los caballeros que las tropas no esperan mas que su llegada para negar la obediencia á Rocafort y emanciparse del yugo extranjero, y luego prosigue, levantando un tanto la voz:

—No contentos los afrancesados con manchar el honor de nuestras armas, han puesto precio á una belleza, y el pacto infame va á cumplirse.....

—Esplicáos, interrumpe el Aragonés anhelante.

—La hija del César, separada de sus deudos, vierte lágrimas, y mañana tal vez, segun lo estipulado, veráse en poder de Tebaldo de Sipois.....

—¡Poder de Dios! interrumpe el Aragonés, no pudiendo contenerse; mi prima entregada al francés..... ¡mañana!....

—¡Mañana habeis dicho? Quizá todavía es tiempo, repone el Castellano con calor.

El Monge Gris levanta repentinamente la cabeza, se animan sus facciones, y mirando alternativamente á los cuatro hazañosos, pronuncia estas palabras:

—Guerreros; el muy noble y leal Castellano os lo ha dicho: todavía es tiempo. Aun podeis libertar á la belleza y castigar á los criminales. En vuestros pechos arde el sagrado amor de la patria: empuñad la espada; embrazad los escudos, y marchad á la pelea. Sea Casandria el teatro de vuestras glorias. Centenares de valientes os esperan, y la aparicion de tales héroes será el triunfo del honor.

Al espirar su voz, los hazañosos en tumulto gritan á las armas, olvidando tal vez los miramientos debidos á la princesa, y quizá tambien que su entusiasmo pudiera comprometerles. Nada recuerdan en aquel momento, en nada piensan sino en salvar á la hija del César y reconquistar el honor de las legiones.

El Castellano, que ha estado hablando en voz baja con el Mønge Gris, aprovecha el momento para decir al Doncel de Ausona:

—Ernesto, os he dicho que respetaba vuestros secretos..... Mas cualquiera que sea la resolucion que penseis tomar, esperad dos dias á ponerla en ejecucion. Conducidnos mañana á la pelea, y despues, cuando los traidores hayan dejado de existir, sereis libre.

El Doncel de Ausona habia oido el caluroso lenguaje del Monge Gris de un modo que no acertariamos á esplicar. Su mano izquierda acariciaba los bucles de su frente, la derecha hacia ademan de empuñar la espada, y su semblante sufría mil trasformaciones. El arresto de Sibilia y el eléctrico llamamiento del honor lo habian violentamente conmovido, cuando la promesa que le hiciera el Castellano vino á completar la obra.

—Partamos, esclama ciego de ira; consiento en vivir uno ó dos dias..... pero necesito sangre: la de los traidores primero, y despues.....

Se interrumpe, y dirigiéndose al Castellano, añade con resolucion:

—Vos lo habeis dicho; despues..... seré libre.....

—Libre.

Los escuderos de la princesa le quitan las cadenas y le visten el arnés; sus compañeros le abrazan, pero él, evitando sus caricias, dice frenético:

—Venga una espada, y marchemos.

Damas y caballeros se dirigen á la puerta, y el Monge Gris, en el acto de dejar el calabozo, levantando los ojos al cielo, murmura:

—Gracias, Señor, gracias; vos me habeis inspirado.

LIBRO VIII.



LIBRO LVIII.

CASANDRIA.—SISCÁR Y EL CÉLEBRE BULLANGA.—DE CÓMO AQUEL INTENTA DAR LA BATALLA SIN CREER EN LA VICTORIA.—MISION QUE CONFÍA Á SU ESCUDERO.—LOS CONJURADOS EN LA CANTINA.—EXÁMEN DE LAS CIENCIAS OCULTAS.—SE ADOPTA LA ALECTEROMANCIA.—FILIACION DEL GALLO AGORERO.—PREGUNTA QUE SE LE HACE.—NUEVO MERLIN.—EN DONDE SE VERÁ LA DISPOSICION DE LOS SOLDADOS ESPERANDO LA PROFECÍA.—RESPUESTA CONFUSA.—LA CAJA DE MELUSINA INTERVIENE.—ACLARACION.—COMBATE.—GENERAL Y CABALLERO ANDANTE.—*Bstrago y riza*.—ARDID DE BULLANGA.—OTRO GRITO DE GUERRA.—PRISION DE ROCAFORT Y DERROTA DE LOS AFRANCESADOS

En efecto, tal como se lo habia dicho el Olotense al Monge Gris, el dia despues de la reunion preparatoria, los conjurados tuvieron en Casandria otra para disponer su plan de ataque, con conocimiento de las fuerzas de que podian disponer. Situada en el itsmo de Pellene, entre los golfos de Torona y Tesalónica, sin artes, industria ni comercio, se levantaba ruinosa y casi desierta la antigua Podidea: no lo olvidaron Siscár y sus amigos. Los mejores oficiales con fuerzas proporcionadas á las que podria oponerles el enemigo y á la importancia del sitio, fueron destinados á los arrabales habitados, á la plaza, en donde se viera tal cual edificio, y á algunos otros puntos estimados por estratégicos. Dando luego instrucciones precisas á los iniciados, aplazaron el rompimiento

para el siguiente día. Como en la noche anterior, se habían pronunciado discursos esencialmente patrióticos. Odiaban la dominación extranjera, querían permanecer leales á la causa de Aragón, y ambicionaban la gloria de morir en su defensa. No desconocían que si un puñado de oro envilece, una cicatriz honra, y que el oprobio acompaña al traidor hasta mas allá de la tumba, mientras que el leal pasa á la otra vida bendecido por los hombres buenos.

Levantada la sesión á hora muy avanzada de la noche, los conjurados, dispuestos ya para el combate, parten á ocupar sus puestos y á tomar sus postreras disposiciones. Apenas quedara solo Siscár, que era el jefe, da algunos paseos por el sombrío subterráneo que le sirve de morada: su actitud revela una grande preocupacion. En aquel momento supremo imagina escribir una carta á su señora, y medita el modo de hacerla llegar á sus manos. Aunque como hábil caudillo ha alentado á sus amigos haciéndoles entrever el triunfo en la próxima jornada, no cree en la victoria: por el contrario, piensa morir en la refriega, porque las leyes del honor así lo exigen: su carta, pues, será de despedida. El versátil, el sarcástico, el jovial Bañolense, se halla preocupado quizá por la vez primera de su vida; pero no es por el temor de la muerte sino por la idea de que por la vez postrera se dirige á la incomparable Julia.

Resuelto á llevar á cabo su pensamiento, escribe la carta, y la cierra con cuidado. Llama á Bullanga, su escudero de confianza, su hermano mas que su sirviente, y olvidando las maneras burlescas que le caracterizan, le habla de este modo:

—Habiéndote hallado presente en la reunion que acabamos de tener, ya sabes que dentro de algunas horas habremos cruda batalla con los traidores. Cumpliendo como jefe leal, he alentado á los conjurados mis amigos, augurando bien de la jornada si pelean con el esfuerzo que otras veces; pero has de saber, oh Bullanga, que nuestro triunfo no es posible.

—¡Diablo! esclama el escudero asombrado.

—Oye y calla porque.....

—Pero ¿por qué dais la batalla sabiendo que la hemos de perder?

—Vas á comprenderlo, y darásme la razon.

—Lo dudo mucho.....

—Luego hablarás, escucha. Hay casos en que los caballeros deben tener por un bien la muerte, y son aquellos en que no pueden vivir con honra. Cuando Rocafort y sus amigos entregaron el ejército al rey de Francia, debimos oponernos con las armas: era un deber que nos prescribían la orden y el nacimiento. Es cierto que la muerte del noble Entenza y la sorpresa de que fuimos víctimas, hacen un tanto excusable

nuestra falta; mas ¿qué descargo podríamos dar en lo sucesivo si continuamos prestando obediencia á Tebaldo? Ninguno: nos considerarían como cómplices de la traición, y se nos designaría con los tristes epítetos de malandrines y fementidos. En vano intentaríamos sincerarnos y..... la deslealtad se castiga con la muerte y el perjurio con la degradación. —¿Comprendes ahora, Bullanga, por qué tenemos necesidad de dar la batalla y.....

—Aun suponiéndolo, así no veo el por qué hemos de perderla.

—Somos pocos.....

—¿Cómo pocos?

—Los turcos y los turcoples que obedecen á Rocafort y los aventureros que de diversos países se les han unido, son cuando menos cinco mil hombres. Es cierto que estimaríamos en nada su número, si pudiésemos contar con todos nuestros compatriotas; pero no ignoras que los almogávares están dudosos y que algunos otros, aunque leales, imbuidos por los agentes de Rocafort, no quieren empeñar la lucha. Nos quedan, es verdad, algunos centenares de hombres resueltos y briosos; pero, ¿crees tú que son bastantes?....

—Sobran.

—No lo creas. Me he informado secretamente del estado.....

—Con Cap-ruén y el Letrado hemos concertado el modo de sorprender á Rocafort.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque el caudillo se rodea de una numerosa escolta, y porque vas á marchar ahora mismo.

Sorprendido Bullanga con lo que acaba de oír, se queda mirando á Siscár como para ver si su semblante está de acuerdo con sus palabras. Poco despues murmura:

—¿Marchar? ¿A dónde?

—A Cataluña.

—¿En el momento en que los leales esponen su existencia por.....

—Tu no debes hacer mas que obedecerme.

—Yo debo permanecer á vuestro lado en el peligro.

—Esta vez es inútil.

—¿Y qué dirían mis compañeros si yo les abandonara en los momentos mas críticos?

—Sabrán que has ido á desempeñar una misión importante.

Una calurosa reyerta se entabla entre amo y criado. Bullanga, entendiendo de honor á su manera, no quiere faltar en la próxima batalla, y no es fácil disuadirlo. Vivo y atolondrado, la familiaridad con que le

trata su amo le alienta, como se ha dicho al ocuparnos de él por la primera vez, y el diálogo es por demas curioso.

Mohino Siscár le dice:

—Promete que no pelearás, y que disponiendo tu marcha ahora mismo...

—No prometo.

—¿Resueltamente no quieres?....

—No puedo abandonaros.

Siscár con su fiel escudero, que tantas pruebas le ha dado de lealtad y cariño, no usa otras armas que las de la persuasion, y tocando otro resorte repone:

—Todavía ignoras la comision que vas á desempeñar.

—Me la direis despues de la batalla.....

—No me rompas Bullanga la cabeza, y oye ahora lo que quiero que por mí hagas; por mí que tanto te he distinguido y considerado.

—Veamos de qué se trata.

Siscár, despues de reflexionar un momento y dando á su voz cierto acento patético poco conocido en él, esclama:

—Dichoso tú entre todos los escuderos, Bullanga, porque vas á ver á mi señora para.....

—¡Ah! interrumpe el escudero.

—Para anunciarle mi muerte. Yo quiero que por tí sepa que he sucumbido manteniendo el honor de nuestras armas. Las damas aborrecen á los traidores, y yo pienso que consagre á mi memoria una de sus lágrimas.

El tono con que Siscár pronuncia estas palabras, conmueve un tanto á su escudero, quien contesta:

—Pero ¿no es mejor, mi señor, que sepa que vivís?....

—Ya te he dicho que las muy altas y nobles damas estiman en muy poco á los fementidos.

—Venciendo á los afrancesados.....

—Imposible. Dentro de algunas horas habré dejado de existir.....

Bullanga, rebelándose contra la idea de su muerte, repone:

—Ved mi señor lo que haceis, porque.....

Siscár, interrumpiéndole á su vez y dándole la carta que ha escrito para su señora, prosigue con resolucion:

—Ante todo la entregarás este pliego diciéndola que lo he escrito antes de mi muerte, para darla el adios postrero. Podrásla añadir luego, y que esto no te se olvide, que en mis últimos momentos invocando su dulce nombre, hice caer á mis golpes los guerreros mas esforzados del campo enemigo.

Aunque desconsolado Bullanga, entreve en estas palabras un medio para sacar partido de su resistencia, y, no menos socarron que astuto, le aprovecha diciendo :

—Pero ¿cómo quereis mi señor que yo diga esto sin haberlo visto? ¿No considerais que mi señora Julia no dará crédito á mis palabras sabiendo que me ausenté antes del combate?

—¿Cómo lo ha de saber?

—¿Quereis que la engañe? Mi señor en todo sereis servido si permitís que me quede hasta.....

—¿Y si mueres?.....

—Otro entregará el pliego.

—¿Cómo?

—Dejadlo á mi cuidado.

Viendo la noble adhesión de su escudero, que no quiere abandonarle en aquel momento de prueba, Siscár patentiza la generosidad de su pensamiento con estas palabras :

—¿Es posible Bullanga, que no obstante tu buen juicio no me hayas comprendido? ¿Nada te ha dicho el ver que no fio esta comisión á ninguno de mis otros criados, que la recibieran gustosos como un modo de evitar la muerte? Piensa ¡oh Bullanga! que si te he preferido no es por otra cosa sino porque tienes una esposa y dos hijos sin mas amparo que tú en la tierra. ¿Qué seria de ellos si dejaras de existir? Conservándote la vida se la conservo á tres, y seria una ingratitud notoria el proceder de otro modo sabiendo que corremos á una muerte cierta.

Los nobles sentimientos del amo enternecen al criado. Siscár ha querido alejarle de Casandria antes de la batalla por conservar un padre á sus hijos, y él por fin ha sabido comprenderlo. Aunque siente alejarse de su amo en tan crítico momento, no atreviéndose á resistirle mas, esclama con lágrimas en los ojos :

—Mi señor, haré todo lo que vos deseais; pero.....

—Ya conozco tu adhesión á mi persona, interrumpe Siscár enternecido á su vez.

—Es que..... no queria decíroslo.....

—Acaba.

—Nos hemos juramentado para.....

—¡Juramentado!

—Para la sorpresa que poco antes os insinué.

—¡Ah! esclama Siscár comprendiendo la importancia que tenia un juramento en aquella época.

—Por odio á Rocafort.....

—Entendido, y siendo así, consiento en que concurras á ese acto con tus compañeros. Mas llévase ó no á cabo la sorpresa, como ya será imposible entonces tu marcha, durante la batalla deberás situarte en un lugar conveniente para ver mis hechos de armas y poderlos contar á mi señora. De este modo dará crédito á tus palabras.

—Cierto, mi señor: los veré, y.....

—Si el corazon no me engaña, ellos serán tales que no hallarás palabras para encarecerlos. Luego que yo entre en la liza, los hazañosos mas célebres del bando contrario ambicionarán el honor de mi muerte, y aquí les espero. Yo te lo ruego; mírame entonces.

—Lo haré, mi señor.....

—No hablemos mas de esto. Toma ahora el poco oro que poseo para educar á tus hijos, abrazáme y adios.

—¿Pero no volveremos á vernos antes del combate? le pregunta Bullanga sin dejar de derramar lágrimas.

—Podrá ser; pero no olvides que si la sorpresa se malogra, deberás esconderte.....

—No olvidaré nada.

Al dejar á su amo, corre Bullanga á verse con sus amigos. En aquella misma noche, á última hora, debian reunirse en la cantina de Pedro Roque todos los iniciados en la conjuracion, y, en efecto, se les viera acudir á la cita aunque con algunas precauciones. Un santo y seña habia circulado de antemano, y si alguno se presentaba sin él no era admitido. Esta medida se habia considerado necesaria para evitar que los agentes secretos de Rocafort se introdujeran en la vivandaría, ya sospechosa por juntarse en ella los catalanes y aragoneses mas adictos á la Coronilla. En breve el salon, mas espacioso y capaz que el de Galípoli, estuvo lleno; pero esta vez la mayor parte de los concurrentes eran españoles, y todos habian concurrido armados. Por supuesto hacian el principal papel, como siempre, el Letrado, Cap-ruén, Pedro Roque, Bras-fort y algunos otros de los que nos son mas conocidos. Todos sabian que al amanecer se trababa la pelea, y divertianse alegres y contentos como si estuvieran en vísperas de una fiesta.

—¿Falta alguno? pregunta de repente Cap-ruén.

—Paréceme que no, contesta el cantinero.

—Bueno fuera que con tiempo se indicara á cada cual su puesto.

—Ahora mismo puede hacerse, dice Pedro Roque.

Despues de haber impuesto silencio, el Letrado, Cap-ruén y el cantinero, cuentan á los presentes, los dividen en dos secciones y les mencionan los capitanes y subalternos adictos á la causa de Aragon que han de

reconocer en el combate. Unos serán conducidos por Guillen de Tous y otros por Cabeza de Oro, y todos deben permanecer en la cantina hasta el amanecer, hora en que recibirán órdenes.

Terminado el acto, vuelven los soldados á tomar asiento, y bebiendo unos y jugando otros, con creciente animacion, entablan el siguiente diálogo :

—¿Ha enmudecido el Letrado? preguntan unos.

—Podrá ser, responden otros.

—Será porque no bebe.

—Sin duda.

—Que nos diga algo del francés y de Rocafort.

—Y de todos los que nos han vendido.

—Cuanto yo puedo deciros de unos y otros es que pronto les ajustaremos las cuentas, contesta el interpelado riendo.

—Bravo, bravo.

—¿Y será fácil conocerlos á todos?

—¿Por qué no? Los traidores se distinguen por lo feos.

—Bien, bien.

—Nosotros, continúa el Letrado, no necesitamos para nada el famoso *ciceri* de los sicilianos. Para diferenciar al amigo del enemigo ved su estampa. Si es esbelto y bien formado, estimadle como á leal; si, por el contrario, es defectuoso ó contrahecho, podeis, sin temor de equivocaros, considerarlo como á traidor. En la antigua Grecia los primeros poblaban á Esparta y los segundos eran arrojados al Taigete. ¡Oh Licurgo! tú, cuya sabiduría estraña que se ponga tanto cuidado en perfeccionar las razas de los animales y se descuide la de los hombres, deja de admirarte: los magistrados, tus predecesores, sabian á qué atenerse mas que tú, gran papannatas.

Esta vez los oyentes no le responden, como otras veces, con violentas carcajades y desaforados gritos, sino con cuchicheos y risas contenidas por no llamar la atencion de las patrullas.

—Pero ¿qué hizo Licurgo? pregunta luego Cor-de-Ferru.

—Por una de sus leyes ordenó que se prestasen las mujeres para hacer buenas castas (1).

—¿Y se las prestaban?

—Es sabido. Allí se ignoraba de quién eran los hijos.....

Bullanga, que acababa de entrar en el salon, le interrumpe para preguntar con su malicia habitual:

—¿Y aquí se sabe?

(1) PLUTAR, tom. I, páginas 156 y 157.

Unos rien y otros dicen:

—Silencio, silencio.

—Dejad platicar al Letrado.

—Bien, bien.

—Que hable, que hable.

El Hombre de Letras, locuaz, como siempre, se disponia, al parecer, á contentar á sus oyentes, cuando Cap-ruén, pisando al cantinero y cambiando una seña con Bullanga, da de repente otro giro á la conversacion, diciendo con su mal humor ordinario:

—Yo creo que en lugar de perder el tiempo haciendo charlar al Letrado, podriamos rogarle que hiciera otra cosa mejor.

—¿Qué otra cosa? le preguntan varios.

—No ignorais que es discipulo del Monge Grís, y como él conocedor de las ciencias ocultas. Podria por lo mismo decirnos algo sobre los sucesos de mañana.

—Bien, bien. Aprobado.

—Venga la profecía.

—¿Qué ciencia quereis que consulte? pregunta el Interpelado.

—La mas cierta.

—Todas son iguales; pero como para cada una de ellas se necesitan diversos objetos.....

—Veamos qué es lo que hace falta, interrumpe el cantinero.

—Y lo buscaremos.

—Bien dicho.

—Los iré enumerando.....

—Adelante, adelante.

Se restablece de repente el silencio, y no pocos soldados, para poder oir mejor la profecía, se aproximan á la mesa donde está sentado el Letrado. Este, despues de haber vaciado un frasco, examinando con la vista al auditorio, comienza de este modo con acento grave:

—El patriarca José, y Numa Pompilio, rey de Roma, operaban con la hidromancia. Este método de adivinacion consiste en introducir un anillo suspendido con un hilo dentro de un vaso de agua y si la..... (1).

—No tenemos anillo, interrumpe el cantinero.

(1) La Hidromancia, cuya invencion se atribuye á los persas, era el arte de adivinar por medio del agua. La habia de diferentes especies. La primera, despues de algunas invocaciones y otras prácticas, daba escrito sobre el agua y al revés, los nombres de las cosas ó personas que se deseaban saber. Para la segunda, se servian de un vaso lleno de agua y de un anillo con el cual daban cierto número de golpes en el cristal. Se operaba con la tercera arrojando una tras otra tres pequeñas piedras en el agua y augurando por los círculos formados en su superficie, etcétera, etc. (FORNARI, pág. 218 y 219.)

—Pues fuera la Hidromancia.

El Letrado continúa pasando revista á las diferentes especies de magia, con el tono magistral de poco antes:

—Para pronosticar con la Leconomancia se meten en un cazo lleno de agua algunas piedras preciosas y hojas de oro y plata, sobre las cuales se graban caracteres mágicos, y luego de haberlas conjurado se les pide la respuesta de lo que se desea saber. ¿Lo creereis amigos? Sale entónces del fondo del agua cierta voz parecida á los silbidos de las serpientes, que dá la respuesta (1).

—Tampoco podemos servirnos de esta adivinacion, porque no tenemos piedras preciosas, dice el cantinero.

—Ni oro, añade Cap-ruén.

La Leconomancia queda desechada lo mismo que la anterior, y el Letrado prosigue con calma y gravedad:

—La Rabdomancia ha sido estimada en muchos pueblos, y su uso data de la mas remota antigüedad. Ya los mágicos de Faraon se servian de las varitas de virtudes ó *varas divinatorias*, y afirma Strabon que los bramanes de Persia tambien. Los scitas, segun Herodoto, y los alemanes, segun Tácito, los empleaban igualmente para sus profecías (2). La Rabdomancia estaba asimismo en mucha veneracion entre los alanos. Sus mujeres, por medio de encantos secretos, rompian las varitas muy derechas, y en épocas determinadas predecian examinando sus movimientos. Los alanos.....

—Fuera, fuera, interrumpe el cantinero,

—No queremos nada de los alanos, objeta Cap-ruén.

—Ni de sus mujeres,

—Bravo, bravo.

La Rabdomancia es desechada, porque los alanos y sus mujeres se servian de ella, y restablecido el silencio vuelve el Letrado á tomar la palabra, diciendo:

—Las *Suertes de los Santos* son el resultado de algunas palabras y aun de cláusulas enteras que se combinan abriendo ciertos libros. Se llaman

(1) No nos han dicho de qué medio se valian los leconománticos para hacer salir la voz del fondo de un vaso. No ignoramos que el engastrimismo ó ventriloquia era conocido de los autores antiguos. HIPOCRATES y SAN CRISOSTOMO, dicen que la voz salia siempre del estómago ó del vientre y que parecia articularse en sus cavidades. EUSTAQUIO, el arzobispo, hablando de la Pitonisa de Endor, afirma que su elocuencia engastrímica, *salia de la parte menos noble de su cuerpo*, y segun FONTENELLE *ex ventre inferiore et partibus genitatibus*. Sin duda á causa de esto daba sus oráculos *divaricatis cruribus*, etc., etc.

(2) La de los alemanes eran divididas en muchas partes, sobre las cuales hacian marcas particulares.

asi porque se ha consultado con ellas la Sagrada Escritura. Supongo que siendo excomulgadas por algunos concilios no querreis..... (1).

Al sonar las últimas palabras el cantinero y Cap-ruén le interrumpen, diciendo con mucha viveza:

—No, no, fuera.

—Fuera, fuera, repiten otros muchos.

Las *Suertes de los Santos* tienen la misma suerte que las mágias anteriores, y el Letrado, sin perder su aplomo, continúa:

—La Aeromancia fué tambien muy venerada de los antiguos. Esta asombrosa adivinacion se hace por medio del aire, observando los meteoros y las nubes pseudomórficas ó que toman muchas formas; pero....

—¿De noche podrian observarse la nubes? pregunta el cantinero.

—En efecto, mal podriamos consultar sus variadas formas.....

—Pues á otra.

—A otra, á otra.

Tampoco la Aeromancia se admite, y el Letrado, sin perder su entonacion, prosigue de esta manera:

—Podria ofrecerá vuestra consideracion la terrible Antropomancia, que adivina examinando las entrañas de un cadáver; pero se han cometido tales crímenes con la esperanza culpable de conocer el horóscopo de tal ó cual monarca, que el mentarla solamente estremece. Tambien podria insinuaros los misterios de otras no menos prodigiosas; pero ante todo, me propongo daros á conocer una mas cierta que acaso tomareis en consideracion.

Las maneras del Letrado y la importancia que dá á sus últimas palabras, llaman particularmente la atencion de los soldados, los cuales se agrupan mas y mas en su derredor, por no perder ni una palabra sola de lo que va á decirles. Un respetuoso silencio reina en la cantina, cuando aquel, volviendo á hacer uso de la palabra, se espresa en estos términos:

—La Alecteromancia, ó adivinacion por medio de un gallo, se practicaba entre los romanos con grande aceptacion. Consistia en describir un gran círculo de tierra, y dividiéndole en veinticuatro partes, se colocaba en cada uno de ellos una letra del alfabeto, cubierta con un grano de trigo. Hecho esto, sujetándose un gallo hambriento en el centro del círculo, se hacian predicciones de las letras que descubria comiéndose el trigo.

—Esta ciencia ha sido muy consultada en la antigüedad. Oid el modo con que Zenaro cuenta la prediccion hecha á Valente por Silbanio y Jam-

(1) Los concilios de Vannes (466), Orleans (511) y otros, anatematizaron á los que las consultaban. Sin embargo, San Pablo y San Agustin anteriormente habian recurrido á ellas. (FONTENELLE, pág. 47.)

blico, ambos aventajados magos (1). Propusieron averiguar el nombre del sucesor de aquel monarca por medio de la Alecteromancia. Para esto, despues de haber hecho ayunar al gallo, haciendo horrendas invocaciones y otras prácticas de las que prescribe la ciencia, lo colocaron en el centro del círculo. La primera letra que descubrió fué la *theta*, la segunda la *epsilon*, la tercera la *omicron* y finalmente la cuarta fué la *delta*. Sabido esto por Valente condenó á muerte á todos los que podian aspirar al imperio cuyo nombre comenzase por *theod*, y ejecuciones terribles sucedieron al bárbaro mandato. Perekieron Theodesto, Theodulo, Theodoro y Theodato. Pero, asombraos, amigos míos, á pesar de esto la predicción se cumplió, demostrando una vez mas la infalibilidad de la grande ciencia. Theodosio, el gran Theodosio, le sucedió en el imperio (2).

Tan portentoso hecho asombra á los oyentes, que contemplan al Hombre de Letras como á un génio. Miranse luego unos á otros suspensos, como para preguntarse mutuamente si admitirian ó no la Alecteromancia para conocer el éxito de la jornada del siguiente dia. Pedro Roque que, como hemos visto, ha rechazado las otras clases de magia, guarda silencio, y sus compañeros le imitan. En tal estado, queriendo el Ilerdense dar importancia á su discernimiento y remedando lo que poco antes hiciera el cantinero, esclama:

—Fuera la Alecteromancia: aquí no hay gallo.

—¿Cómo que no hay gallo? Lo hay, repone con viveza el cantinero.

—Y aun gallos, añade Bullanga, no queriendo perder la ocasion de lucir su malicia.

—Silencio, silencio.

—Yo creo que debe adoptarse este método, puesto que Pedro Roque afirma tener un gallo, dice de repente el Andaluz despues de haber secreteado con el Letrado.

Cap-ruén, el cantinero, Bras-fort y otros son de la misma opinion, y el dictámen del Andaluz queda aprobado.

—Ahora permitidme, amigos míos, que interrogué al cantinero, dice luego con gravedad el Letrado.

El momento supremo se aproxima, y todos le escuchan en silencio.

—¿Cuáles son los colores del gallo?

—Blanco con tintas cenicientas y negras, responde el interpelado,

—Mezcla de colores..... Pertenece á Mercurio y debe ser inteligente, hábil y dotado de buena memoria, murmura el Letrado con misterio.

(1) ZENARO in *Valent*.

(2) Véase á FONTENELLE, (pág. 24), y á FORCARI, (pág. 217). AMMIANO y MARCELINO cuentan el hecho de diferente modo. No continuamos su version, por ser muy larga.

—Así parece.

—¿Es joven? sigue preguntando el Letrado.

—Tiene poco mas de un año.

—¿Q é ha comido hoy?

—Nada.

—¿Pero tiene de ordinario buen apetito?

—No le falta.

—¡Oh qué gallo!..... ¿Ha salido precipitadamente de su jaula?

—Al contrario, muy despacio.

—¿Qué me dices?..... ¿Es posible que los ambiciosos no te lo hayan arrebatado para buscar el remedio universal? esclama el Letrado con creciente animacion.

—¡Fácil era! contesta el cantinero.

—¿Ha cantado hoy?

—No poco, y con pulmones de hierro.

—¡Escelente gallo! Si Bruto y Casio hubiesen poseido uno semejante, ¿qué fuera de los triunviros? Es un tesoro, es.....

—Ya se ve que es una alhaja.

—Dime ahora si observaste que haya interrumpido alguna vez su canto.

—Paréceme que sí.

—¿Y ofreció algo de estraordinario?

—No.

—Vas ahora á responderme á la última pregunta. Para conocer el oscuro porvenir, ¿has hecho operar al gallo alguna vez?

—Jamás.

El Letrado, levantando la voz, sin perder su gravedad, esclama:

—¡Inesperto! Esta circunstancia, amigos míos, no nos es muy favorable. Su respuesta podrá ser un tanto oscura y dejarnos poco satisfechos.

Cap-ruén, sorprendido, fijándole la vista, repone:

—Pero ¿esto no impedirá.....

—Nada, nada: si tal sucediera no nos faltaria medio para aclarar las dudas, interrumpe el mago, devolviéndole la mirada.

—Bien, bien.

—Adelante.

El Letrado interroga á Pedro Roque sobre algunos otros puntos, y sea por casualidad ú otro motivo, nada de lo que pide falta en la cantina.

—Vamos, pues, á dar principio, esclama el Letrado con voz solemne al dejar la palabra el cantinero.

Una revolucion se opera en la cantina. Los soldados dejan sus asientos, y Pedro Roque y Cap-ruén arrastran la mas grande de las mesas al

centro del salon, poniendo sucesivamente sobre ella la tierra, las letras y el trigo. El Letrado traza luego en la primera un gran círculo, la divide en veinticuatro partes iguales y coloca sobre cada una de ellas un grano de trigo sujeto á una letra. Hecho esto sale del salon volviendo á entrar al poco tiempo envuelto en una hoga cenicienta que le arrastra, cubierta la cabeza con un alto bonete en forma de pirámide, y trayendo un enorme gallo de los colores que poco antes insinuara el cantinero.

Al verle los soldados se agrupan alrededor de la mesa formando círculo y de manera que puedan observar bien el aparato cabalístico. En tal disposicion, teniendo el Letrado el gallo sujeto con ambas manos y acomodándose en un sitial algo mas elevado que los demas, con el tono solemne y grave de las sibilas, dice:

—¿Cuál es la pregunta que se ha de hacer al agorero gallo?

El Andaluz responde con presteza:

—Yo creo que deberíamos preguntarle simplemente quién será el vencedor en la próxima jornada.

—Bien me parece, dice Cor-de-ferru.

El cantinero se apresura á añadir:

—En este caso podria formularse la pregunta de este modo; «En la próxima jornada, vencerán los traidores ó los leales?»

—Bravo, bravo.

—Aprobado, aprobado.

El dictámen de Pedro Roque pasa sin discusion, y el famoso Letrado da principio á la obra. Horribles imprecaciones salen de sus lábios, invocando las furias infernales contra los traidores y sus cómplices. Siguen-se palabras misteriosas y estrañas, acompañadas de gestos diabólicos que imponen y fascinan á la multitud. Apolonio y Sopater harian menos contorsiones y no se agitarian tanto. Pero ¡oh asombro! apenas deja de hablar, cuando todas las luces que iluminaban el salon se apagan, escepto una, cuya pálida llama presenta diversidad de sombras y espectros. Poniéndose luego unas gafas enormes que le cubren la mitad de la cara, levanta el gallo en alto, y, sujetándole en el centro del círculo, le hace la pregunta.

Los arúspices ejercian en Roma una influencia inmensa sobre el espíritu de la muchedumbre: sus predicciones eran estimadas como infalibles. Fanatizado el pueblo, no menos que supersticioso, veia siempre con secreto terror al adivino cuando se disponia á augurar del vuelo y canto de las aves, cuando consultaba los truenos y sus detonaciones (1) y cuan-

(1) Eran de grande importancia cuando se consultaban los augurios. Si la detonacion venia de la izquierda, que era la derecha de los dioses, el augurio era favorable: si de la derecha, contrario, etc., etc.

do, chorreando sangre, examinaba la resistencia, la caída y muy particularmente las entrañas de las víctimas. Su ansiedad en aquellos momentos era tan terrible como terrible era la aruspicina, y las palabras de los agoreros eran no pocas veces un signo de vida ó muerte para la república.

Con no menos ansiedad esperaban los expedicionarios las primeras palabras del docto alecteromántico. El chiste y el buen humor habían desaparecido de la vivandería y apenas si uno siquiera se atrevía á desplegar los labios. ¡Poder de la superstición! La mayor parte de ellos pensaban obrar con arreglo á la respuesta del gallo agorero. Si esta les fuese adversa, se negarian á asistir al combate; si por el contrario les fuese favorable lucharían frenéticamente, creyendo asegurada la victoria.

Por fin el alecteromancio, pálido, desencajado y convulso, suelta el gallo, el cual, acosado por el hambre, come sucesivamente tres granos de trigo descubriendo otras tantas letras, que aquel recoge, sujetando de nuevo al bípido. El momento es terrible, el susto se dibuja en todos los semblantes: la alarma es general. La primera letra que ha picado el gallo es una *s*, la segunda una *e* y la tercera una *l*. Colocadas por el orden que han salido *sel*.

La ansiedad crece. Los soldados, que no saben leer ni escribir, interrogan á sus compañeros sobre la palabra cabalística, y nadie la comprende.

—¿Qué significa *sel*?

—¿Quién lo sabe?

Con una espresion que se escapa á sus compañeros, dice Bullanga:

—Las damas me lleven sino creo que el gallo habla latin.

Los soldados se miran unos á otros suspensos, y se levanta un sordo murmullo al rededor del Letrado. En general se cree que el gallo no responde á la pregunta, y algunos, á la manera que los arúspices en los sacrificios cuando la víctima huía del altar, lo tienen por de mal agüero. Cap-ruén, Pedro Roque y sus amigos, no menos admirados del resultado de la primera experiencia, guardan un silencio no poco significativo.

Mientras tanto el Letrado, despues de haber tomado sus notas, vuelve á esconder las letras en el círculo alecteromántico. Luego, echando una mirada en su derredor y afirmándose las gafas, con la autoridad del presidente de un conventículo nocturno, esclama:

—La grande obra va á continuar; silencio.

Segunda vez libre el gallo, deja caer su pico sobre los granos de trigo, y aparecen repentinamente estas otras letras *a*, *e* y *l*. Ordenadas constituyen *ael*.

Este resultado ofrece las mismas dudas que el primero, y los mas im-

pacientes se quejan, aunque en voz baja, por no interrumpir la imponente ceremonia. Mas el de Lérída, menos sufrido que sus compañeros y mas resuelto, atreviéndose á levantar la voz, dice:

—Al fin sabremos lo mismo que al principio.

—Es claro, porque no sabremos nada; contesta otro.

—Silencio, silencio, dicen y repiten varios.

Mas una vez roto el dique, no es fácil contener el torrente.

Otro objeta:

—Este gallo no tiene letras.

—Buscar otro.

—Orden. Callar.

Azorado el gallo con los gestos y maneras de los preopinantes, mira á todas partes, dando una tras otra muchas sacudidas para recobrar su libertad. Esto aumenta la confusion.

—Se quiere escapar, insinúan estos.

—Ya sabe lo que hace.

—Tiene miedo.

—Parece un gallo muy gallina, añade Bullanga.

El cantinero y sus amigos, aunque al parecer están desconcertados con las estrañas combinaciones que ofrece la ciencia, recomiendan el silencio, no menos que la paciencia.

—No mas interrupciones, dicen.

—Orden.

—Dejad concluir.

—El Letrado sabe lo que hace, esclama Cap-ruén mal humorado, levantando un tanto la voz.

Esta observacion y el tono con que fuera pronunciada, contiene la explosion. Los matones y perdona-vidas conocen á su gefe, y, aunque paulatinamente, se restablece el silencio.

Una tercera operacion practicada con el gallo del mismo modo que las anteriores, presenta por último estos tres caracteres *s*, *o*, *l*. Juntándolas por el orden con que han sido descubiertas, dan este monosílabo *sol*.

El Letrado, con voz solemne, anuncia que el grande acto ha terminado, y que las cifras señaladas por el sábio bipedo forman estas tres combinaciones *sel*, *ael* y *sol*, que es necesario interpretar.

—No será lo mas fácil si las palabras son siriacas, objeta Cor-de-Ferru admirado.

—Es verdad. ¿Pero y si son hebreas? pregunta el cantinero mirando al Letrado con cierto ceño.

—No son ni lo uno ni lo otro. Los gallos dan la respuesta en el idioma que se les pregunta.

—Sin embargo, yo no comprendo nada, dice el Andaluz.

—Ni yo, añade Cap-ruén interrogando al alecteromancio con centelleante mirada.

Temiendo un raptó de impaciencia como el pasado, el docto mágo, sin perder su tono magistral, se apresura á decir :

—Ya os he insinuado, amigos míos, que la inesperienza del gallo podría hacer su respuesta un tanto oscura. No hay, pues, que admirarse de que al pronto no haya podido interpretarse. También recordareis que os ofrecí aclarar las dudas, si las hubiere, y voy ahora á cumplir la palabra.

—¿Cómo? le preguntan muchos.

El Letrado, contoneándose con énfasis en el sitio y gozándose anticipadamente con el efecto que van á producir sus palabras, responde:

—Consultando la caja de Melusina, maravilla de las grandes ciencias.

—¿La caja de Melusina! repiten en coro los presentes.

—¿Pero quién la tiene?

—¿Dónde se halla?

—Silencio: vais á admirarla.

Una agradable confusión reina en la cantina. Los que han visto operar al Monge Gris con el célebre talisman, le dan una tras otra tales alabanzas, que han infundido en sus compañeros extraordinarios deseos de verla. Unos y otros, empero, se sorprenden de que el Intérprete la confíe al Letrado, aunque este sea su discípulo predilecto, y sus miradas se dirigen á todos lados con la mayor ansiedad. Con no menos impaciencia esperaban los pueblos de Italia, después de una gloriosa campaña, la llegada del carro sagrado, que custodiaban sus mejores soldados.

De repente, sin saber cómo ni por dónde, la deslumbrante caja del hada de Lusignan, con sus ribetes de piedras preciosas, aparece sobre la mesa. Esta vez los soldados no pueden contenerse, y á pesar de las prescripciones de Pedro Roque y el cantinero, se hace oír un robusto aplauso. El célebre *Peplus*, bandera consagrada á Minerva, al salir del *Acropólis*, era recibida con menos entusiasmo por los griegos que la maravillosa caja por los legionarios. Todos se agitan, todos desean verla; y no les sorprende menos que las mágicas virtudes que se le atribuyen, su aparición tan repentina como misteriosa.

Cap-ruén, el cantinero y sus amigos participan de la satisfacción general. Al parecer han comprendido por fin el pensamiento del Letrado, que tal vez hubo querido darles una agradable sorpresa.

Mientras tanto la sorprendente caja ha sido abierta y ofrece á los ojos

de los suspensos legionarios el plano de tierra de variados colores, los androides con sus doradas varitas, el obelisco de oro y la ruedecilla brillante de puntas de diamantes (1). El mágico conjunto escita raptos de alegría; mas á una señal del docto arúspice cesan todas las conversaciones.

—Amigos, dice, hemos llamado en nuestro auxilio la caja de la encantadora Melusina, y ella nos dirá lo que esperais con tanta impaciencia.

Apenas dichas estas palabras, impulsa el invisible resorte, y la rueda se mueve con estraña velocidad, los autómatas agitan sus varitas y unas y otros trazan sobre el plano curvas, rectas, y otros signos geroglíficos, incomprensibles para los no iniciados en los secretos y misterios del grande arte. Un momento despues todo vuelve á quedar inmóvil, y el Letrado, inspirado como una pitonisa y convulso como un frenético, dice examinando los signos.

—¡Qué veo! ¡Oh fortuna! ¡Es posible que hasta ahora no hubiésemos comprendido?.... Veámoslo otra vez..... Esta curva y aquella recta..... no dejan duda alguna, y aquí se lee..... *s, o, l*, y luego *l, o, s*..... Es cierto.

Suspendiendo el exámen de los geroglíficos, y dirigiéndose á sus camaradas, que esperan suspensos el fin de tanto enigma, esclama:

—Compañeros, hemos calumniado al gallo: ¡Escelente gallo! postrémonos ante su saber y rara inteligencia..... Su respuesta es clara, precisa, terminante. Colocad las letras invirtiendo el orden de su salida y leeréis *los leales*.

Al dejar el Letrado la palabra, los soldados se levantan, le rodean y felicitan llenos de entusiasmo. Ya no dudan del éxito de la batalla. Aunque su enemigo fuese mas numeroso, marcharian á él con confianza, porque la maravillosa caja les ha anunciado la victoria y, sabido es, la presciencia de Melusina es infalible. Si el temor de alarmar al vecindario no enfrenase su ardor patriótico, ¡qué de vítores no hubieran dado á la causa de Aragon!

Durante la confusion, dice Cap-ruén al oido del cantinero:

—Por un momento temí que el Letrado nos la pegase.....

—Ha querido hacer gala de su saber en.....

—Y tambien de su charlatanismo.....

Las conversaciones de unos y otros son repentinamente interrumpidas, y un absoluto silencio les sucede. Envueltos en largos mantos que ocultaban sus relucientes arneses, acaban de entrar en la cantina dos leales y esforzados caballeros, Guillen de Tous y Cabeza de Oro. Adictos ambos á la causa de Aragon, han sido designados por Siscár para capitanear las

(1) Véase su descripcion en el tomo I, pág. 303.

fuerzas reunidas en casa de Pedro Roque, y de su temple y bríos se esperan grandes hechos. Los soldados al verles se inclinan con respeto, franqueándoles el paso; mas su visita es de corta duracion. Apenas entrados en la estancia, hablan un momento en voz baja con el Letrado, Capruén y Pedro Roque, y luego, levantando la voz:

—El alba asoma, partamos, esclama Cabeza de Oro, y requiriendo sus armas dejan sucesivamente todos la cantina.....

Poco tiempo despues el torrente por algunos dias comprimido rompe el dique. Los conjurados dan el grito de guerra, y la sangre corre en la antigua Podidea.

Sospechando la existencia del complot por algunas palabras indiscretas que habian podido recoger sus agentes, y entreviendo el plan de los conjurados, Rocafort pudo disponerse con tiempo para evitar una sorpresa. Activo, diligente y valeroso, no se habia permitido el mas pequeño descanso hasta tomar todas sus precauciones. Acompañado de su hermano y de Dalmau recorre las calles á caballo, arengando á las tropas y distribuyéndolas en los puntos estratégicos, y tomando otras medidas, no menos eficaces, para ahogar la rebelion al nacer. Nada olvidaba, todo lo hacia por sí mismo, imprimiendo un impulso extraordinario á las operaciones. Era el mismo héroe del Hemo, hábil, osado y capaz de grandes empresas: si algun suceso imprevisto no favorecia á los conjurados, suya seria la victoria.

Siscár no le cedia en travesura y arrojo. Desde el amanecer habia concentrado sus fuerzas en tres puntos. Meneses y Rodrigo con los castellanos, y Aznar y Alquel con un destacamento de zaragozanos, ocupaban la plaza; Cabeza de Oro, Guillen de Tous y Roudor, situados en un punto medio, debian asegurar les comunicaciones y favorecer la retirada por uno de los extremos de la línea en caso necesario, mientras que él, Siscár, con Ventallola y Rauret á la cabeza de algunas fuerzas de ambas armas se apoderaban de un alto arrabal desde el cual se podria amagar al ruinoso pueblo.

Largo rato hacia que se hubo empeñado la lucha sin que ninguno de los opuestos bandos pudiese contar con la victoria. En ambos lados se peleaba con esfuerzo y valentía. Si el de Rocafort era mas numeroso, por contar con los turcos y turcoples, el de Siscár era mas resuelto. Los del primero combatian por un puñado de oro; los del segundo eran impulsados por el sentimiento del honor, sentimiento que á menudo trasformaba en héroes á los guerreros mas débiles.

Los almogávares en tanto no habian aun tomado parte en la refriega. Se les viera silenciosos y mal contentos acudir á los puntos de reunion de sus cohortes, sin saber qué partido tomar. Por una parte en su mayor nú-

mero eran adictos á Rocafort; por otra no querian prestar apoyo á los extranjeros contra sus compatriotas y amigos. Pero su neutralidad no impedía que se encarnizase el combate por momentos, y se hicieran por ambas partes hechos de armas memorables. Dalmau de San Martin, gefe valeroso y atrevido, mata á Perez, y obliga á Aznar á replegarse con Meneses. Guillen de Tous y Cabeza de Oro rechazan una tras otra las cargas de Gispert y Copland, logrando conservar su posicion. En el arrabal no se disputa el triunfo con menos encarnizamiento. Meleco, á la cabeza de los turcos, intenta tomarlo por asalto, pero son vanos sus esfuerzos. Tiene por contrario á Siscár y este, embebido en sus escuadrones como simple soldado, combate como un héroe y retiene la gloria en sus filas. No menos valerosos le secundan Ventallola y Rauret: donde ellos están, la sangre corre á torrentes.

La prolongacion de la lucha enfurece á Rocafort.

—La victoria está en la plaza, grita á sus amigos.

—En efecto, si nos apoderamos de ella, la derrota de los sublevados es segura, le responde Ruselet.

Preocupado con esta idea el caudillo dirige sus ataques contra Meneses y Aznar, con todas las fuerzas de que puede disponer. A su llegada los castellanos pierden terreno; pero al mismo tiempo los zaragozanos, capitaneados por Aznar, desde lo alto de las casas arrojan piedras, dardos y aceite hirviendo á los extranjeros. La lucha permanece dudosa; mas van llegando constantemente refuerzos á Rocafort, y los sublevados, no obstante el arrojío de gefes y soldados, corren peligro.

Siscár acababa de obtener ventajas sobre Meleco, cuando recibe la noticia de que el enemigo concentraba sus ataques en la plaza. No desconociendo la importancia del punto, deja el arrabal á cargo de sus subalternos, y vuela con un destacamento á socorrer á Meneses.

Su llegada alienta á los conjurados, que le reciben con estrepitosas aclamaciones. La noche anterior no creía en la posibilidad de la victoria; pero en aquel momento diríase que le alienta alguna esperanza. Mezclado con los enemigos, acuchilla y mata para reconquistar la plaza. Son las once de la mañana, y de vez en cuando grita á sus soldados:

—Un esfuerzo mas, y la victoria es nuestra.

Los afrancesados pierden terreno á su vez, y se replegan. En el acto de dejar la plaza, un bote de lanza amenaza la existencia de Siscár; pero un legionario alto y delgado, desviando el golpe, mata al ginete. Pasado el peligro, el Bañolense, mirando sorprendido á su defensor, dice:

—¡Válame Dios! Las damas me lleven: ¿no es Bullanga aquel soldado? Y reconociéndole luego y dirigiéndose á él, le pregunta:

—¡Cómo! ¿Has contravenido á mis órdenes, asistiendo al combate?....

—No he contravenido, mi señor, le interrumpe Bullanga.

—¿Qué osas decir? La sorpresa se malogró y.....

—No la hemos intentado porque el de Tous se ha opuesto.

—Es lo mismo..... Pero no perdamos tiempo. Entra en una de estas casas desde donde podrás ver mis hechos de armas y.....

—Yo creía que con las noticias que habeis recibido esta mañana habiais cambiado de pensamientos, y.....

—¿Qué noticias?

—¿Pensais que no he visto al Olotense recién llegado de.....

—Calla: podrias comprometer el éxito de la jornada.....

—¡Bah!

—Silencio, si se supiera podrian interceptar su marcha y.....

—Escuchad, mi señor.....

—No mas réplicas..... Entra en la casa y asómate á la reja, desde donde observarás mis hazañas para contarlas á mi señora.

Dicho esto, empujándole con el regaton de su lanza, le obliga á entrar en la casa, no obstante sus murmuraciones, y luego cierra la puerta.

Poco tarda en presentarse al caballero una ocasion favorable de hacer gala de su habilidad y esfuerzo. Atacada la plaza por tres de sus ángulos, repentinamente se ve invadida por uno de ellos. Meneses y Aznar reciben á los agresores con no menos brios que la vez pasada, y Siscár, afirmándose en los estribos, se lanza sobre el caudillo, y le derriba del caballo de un solo bote. Recordando al mismo tiempo á su señora, mira á su escudero que acababa de asomarse á la regilla y le dice :

—¿Has visto? toma tus notas.

Bullanga, imaginando que si menosprecia las hazañas de su amo redoblará este sus esfuerzos para acreditarse, lo cual será en provecho de la jornada, le responde:

—¿Qué notas?....

—¿No lo viste?

—Era un malandrín, un Sotavento.

—¿Sotavento le llamas? ¿Te atreverias á menospreciar mis hechos? replica Siscár mohino.

—Como todos sean.....

—Mira al inglés, interrumpe el Bañolense viendo á Copland no lejos.

—Nadie le ha dado hoy los buenos dias.

—Ahora mismo voy á darle uno malo: observa.

A la primera embestida, cae el inglés derribado del caballo.

—¿Qué dices? le grita Siscár luego á su escudero.

—Poco valia el inglés. Por aquí no hay agua.....

—Las damas me lleven.....

Sin tiempo para acabar la frase, vése acometido por un guerrero agigantado, cuya espada siembra el terror en las filas de los conjurados: sin duda es un *subdengethchi* (1) de los que militan con los turcos. Enfurecido con lo que oye á su escudero, arremete á su vez al asiático atleta y le insulta, lo alancea y le mata. Esta vez, creyendo haber conquistado un elogio de Bullanga al pasar junto á la reja, le pregunta:

—¿Y ahora? Dirás á mi señora que vencí en singular batalla al gigante de los piés rojos.

Maravillado Bullanga de las proezas que le vé hacer, y calculando que con pocas mas, faltarían á sus contrarios los mejores soldados, insiste en su idea, exclamando:

—Hazaña era esta digna del mas oscuro legionario.

—¡Si me dejara llevar de mi enojo!.... El gigante es monstruoso.

Bullanga, interrumpiéndole, repone con resolucion:

—Dalmau de San Martín fué uno de los asesinos de Berenguer de Entenza, y sino puedo decir á mi señora Julia que cayó á vuestros golpes.....

—¿Dónde está Dalmau?

—Vedle allí.

—Espera.

Al decir esto desaparece á la carrera. Robusto y fiero Dalmau, capaz de grandes hechos, era uno de los capitanes mas temibles del bando de Rocafort; pero esta vez su esfuerzo debia servirle de poco. La arremetida de Siscár fué tan violenta, que, sin tiempo para ensayar su defensa, pierde los estribos cayendo del caballo sin vida. Su muerte desalienta un tanto á sus amigos, y el Bañolense, acertando á pasar junto á la reja, grita á su escudero:

—Añade á Dalmau.

—Comienzo la lista, responde el escudero con su habitual malicia.

—¡Comienzas! repone Siscár encendido el rostro de cólera.

—Cayó por fin un guerrero célebre.....

—¡Dios me asista! cuatro han sucumbido ante tí y veinte por lo menos en el arrabal.

Bullanga, no queriendo abandonar un sistema que tan buen resultado le daba, repone:

—No falta quien sabe lo ocurrido en las afueras.

—Si llego á averiguar que tu estuviste.....

—Nadie ha dicho nada á Rocafort, interrumpe el escudero.

(1) Hijo perdido.

—Mil diablos le lleven.

—Vedle, vedle : allí está. Los guerreros mas esforzados retroceden á su vista..... Abrid la puerta, mi señor.

—No lo esperes, y voy á demostrarte ahora mismo que tu auxilio no es necesario. No olvides nada de lo que te he encargado.....

Una nube de combatientes le impide continuar, y con la velocidad de una flecha vuela al socorro de sus amigos, mientras que el escudero deja la casa precipitándose por una ventana.

La pelea era horrorosa. Meneses, Aznar, Rodrigo y Alquel, conociendo que el caudillo tentaba el último esfuerzo para desalojarles de la plaza, la defienden heroicamente: no ceden un palmo de terreno sin inundarle de sangre.

Incorporado con ellos Siscár, interin derriba y mata para abrirse paso, busca, llama y reta á Rocafort.

—Vil renegado, llegó tu hora, le dice luego apostrofándole con fuerza.

—Si quieres evitar la muerte, rinde las armas, le contesta el caudillo ciego de cólera.

—Esperabas una corona y encontrarás.....

—Y tú esperabas.....

—He respondido al llamamiento del honor.

—Conocerás el poder de mi brazo.

—Conocerás el temple de mi lanza.

Amigo ó enemigo, traidor ó leal, Rocafort es siempre un héroe. Su valor no retrocede ante ningun obstáculo, y el génio que lo elevó en Cipsela le alienta todavía. Pero ¿y los guerreros que le acompañan? Son tales, que el Bañolense apenas puede sostenerse. Los mas famosos de entre ellos aspiran al honor de derribarle, cuando una inmensa oleada de turcoples le separa de sus amigos. Meleco acababa de entrar en la plaza con lo mas escogido de sus cohortes.

Solo, y creyendo segura su perdicion, Siscár, ni retrocede ni tiembla: tan solo intenta vender cara su vida, mereciendo con la muerte una lágrima de su señora. Así piensa, y revolviéndose entre sus contrarios como un lobo furioso dentro del redil que ha sorprendido, se rodea en breve de un círculo de cadáveres. Sin embargo, acosado por tantos y tan famosos paladines, no puede oponer una larga resistencia. Ya su sangre corre por diferentes heridas; ya su brazo sostiene apenas la lanza que poco antes era el terror de sus contrarios. No obstante, afirmándose bien en los estribos y haciendo el último esfuerzo, reparte todavía dos golpes. Con el primero derriba á Meleco, con el segundo mata á Ruselet, y creyendo que su escudero permanece en la reja observando sus hechos para

trasmitirlos á su señora, esclama levantando la voz tanto como su estado lo permite:

—Dile, oh Bullanga, lo que has visto.

Al pronunciar estas palabras le abandonan las fuerzas, y cae del caballo.

La batalla estaba perdida. Desalentados los aragoneses y catalanes, comenzaban á replegarse buscando su salvacion en la casa fuerte que conservaba Meneses, cuando suena un grito de guerra que les dá nueva vida.

—*Estrago y riza*, repiten los conjurados interrumpiendo su retirada.

—*Estrago y riza*, grita un guerrero cubierto de hierro con atronadoras voces.

El Caballero del Ataud entraba en el palenque.

Los adictos á la causa de Aragon, al verle, prorumpen en gritos de alegría. El horroroso concepto de que goza, y su aparicion misteriosa en aquel momento de peligro, les alienta, y no pocos se agrupan en su derredor. El feroz guerrero, distinguiendo á algunos de sus lanceros en el bando contrario, les grita con voz de trueno:

—Perros, aquí; el honor lo ordena y yo lo mando.

Ni uno solo deja de obedecerle.

Empalidece el caudillo al ver entre sus enemigos al sanguinario Valvasor. ¿Si habrán llegado con él sus compañeros de prision? Conociendo que peligras su cabeza si llegan á tiempo, imagina atraer al del Ataud, y le dirige la palabra, diciéndole con ademan de admirado:

—¿Cómo! ¿tú amigo no há mucho tiempo, empuñas ahora las armas contra mí?

Los ojos del fiero Valvasor se tiñen de color de sangre al responderle:

—Nunca fué un traidor mi amigo.

—¿Has podido imaginar?....

—Fuiste el asesino del de Entenza.

—Quiso ampararse de mí.....

—¿Y quién hizo acuchillar á quinientos de nuestros compatriotas?

—Eran sus cómplices.

—Has mentido.

No puede haber reconciliacion entre los dos guerreros. Conociéndolo el caudillo, esclama lleno de ira:

—¡Miserable! ¿Osas hablar de asesinos tú, tú que llamas represalias á los mas espantosos crímenes?....

La voz le falta al Caballero del Ataud para contestarle, y fruncidas las cejas y el gesto feroz, solo puede balbucear:

—Traidor, el ataud te espera.

—Blasonas antes de tiempo.

Ambos, no menos robustos que intrépidos, sostienen el choque con igual arrojo. Rocafort despliega toda aquella maestría y habilidad que le han conquistado tantos laureles; su contrario le contesta con la energía salvaje que tanto le distingue, y combaten largo rato sin que ninguno pueda obtener ventaja sobre su adversario.

Mientras tanto Bullanga levanta á Siscár y, auxiliado de un amigo, le introduce en la casa y cuarto donde poco antes estuvo encerrado. Luego examina con cuidado sus heridas y las encuentra ligerísimas. Sin duda su caída fué efecto de un rudo golpe que le quitó el sentido.

—Dádme un caballo, dice Siscár al ponerse en pié, pasándose las manos por el rostro.

—Mejor será que os dé una gran noticia, le responde su escudero.

—¡Ah! ¿eres tú?.... Pero ¿de qué quieres hablar?

—El Caballero del Ataud ha llegado.

—¿Solo?

—Vale por un ejército.

—Es sabido; pero ¿y los otros? pregunta Siscár.

—No los he visto.....

—Dáme, dáme mi caballo.

—¿Cómo! ¿Sin siquiera vendar las heridas quereis.....

—Despacha.

Con solícito afán el buen escudero restaña la sangre de las heridas de su señor, y, á falta de vendas, improvisa un apósito rasgando algunos pañuelos, con los cuales le va envolviendo la cabeza con no poca malicia, interin su amo le pregunta:

—Supongo que respetando mis órdenes no volviste al combate, y.....

—¿Qué combate ni qué.....

—Tú, Bullanga, obedeces cuando quieres.

—¿Os parece mal pensado?

—Mira, las damas me lleven, no me rompas la cabeza porque bastante.....

—En efecto, bastante rota la teneis, repone Bullanga sin interrumpir su vendaje estrafalario.

Siscár, apoyándose en su brazo, le dice luego bajando la voz y con algun misterio:

—Pero de todos modos habrás visto y anotado mis heróicos hechos para que mi señora nada ignore.....

Bullanga, que poco antes, como hemos visto, desestimaba sus hazañas para escitarle, emplea ahora repentinamente otra táctica, con objeto de disuadirle de volver á la batalla, diciendo igualmente en voz baja:

—Mi señora Julia lo sabrá todo. He tomado nota uno por uno de todos los que ha derribado vuestra lanza, y por cierto que no son pocos.

—¿Cuántos has contado? le pregunta Siscár, gozoso de oírle hablar de aquel modo.

—Veintiocho; algunos de ellos de gran reputacion y fama.

Satisfecho de su escudero el Bañolense, repone:

—Puesto que por fin has dicho la verdad, te perdono la desobediencia pasada. Ahora búscame un caballo y vamos á auxiliar al del Ataud.

—No lo necesita.

—¿Cómo no?

—¿Y vuestra herida del brazo?....

—Muy ligera debe ser, repone Siscár viendo que sin dificultad lo mueve en todas direcciones.

El escudero, tentando de repente otro medio, le dice:

—Os espondeis á que Julia, mi señora, no dé crédito á mis palabras.

—¿De qué modo?

—Si aumentais el número de vuestras proezas, tendrá por sospechoso mi informe, porque ningun caballero cuenta tantas en una misma jornada.

—Observacion es esta digna de ser tomada en consideracion. ¿Tú crees que algunas mas.....

—Una sola haria el número sospechoso. Por el contrario, bueno fuera quitar dos ó tres.....

—Guárdate Bullanga, de hacerlo si en algo estimas mi amistad. Pero el del Ataud.....

Bullanga, mirando por la reja al otro extremo de la plaza, le interrumpe exclamando entusiasmado:

—Para nada os necesita..... ¡Diablo!.... Las damas me lleven, mirad, mirad..... El de Ausona y el Castellano.....

—¿Han llegado? interrumpe á su vez Siscár alegre.

—Vedlos. ¡Poder de Dios y qué estruendo!

En efecto, como lo decia el escudero, el Doncel de Ausona y el Castellano acababan de entrar en la plaza. Uno y otro son saludados con raptos de entusiasmo indescriptibles. Ni el *Alah* de los moros, ni el *Cierra España* de los cristianos, eran repetidos con mas fuerzas que el *A mi Ausona* que acababa de hendir los aires. Gozosos ambos de hallar á sus amigos en las filas de los leales, se arrojan con confianza á la pelea, y su aparicion es la muerte de mil guerreros del opuesto bando. Incorporados luego con el del Ataud, toman la ofensiva, y sucesivamente van conquistando el terreno perdido. Pero ¡oh sorpresa! en las palabras, en el gesto y ademanes del de Ausona se nota algo de incomprensible que estremece. Al ver que algu-

nas veces apenas distingue al amigo del enemigo, diríase que su razón se extravía. Convulso, frenético, desencajados los ojos, combate un pequeño instante, y luego en lo mas reñido de la pelea, abriéndose paso por entre los combatientes, desaparece. ¿Qué desvario le domina? ¿Qué será de él?

—Ya no hay duda, los prisioneros se escaparon de Tesalónica, grita Rocafort bramando de cólera á su hermano.

—La indecision de los almogávares nos mata, contesta Gispert.

—Parte en su busca, y si logras conmoverlos, la victoria es nuestra.

Obedece Gispert al caudillo desapareciendo á la carrera. Mas al hallarse en los cuarteles de aquella milicia no menos feroz que estraña, distingue entre sus filas al Atleta de Aragon y al amable Sancho, y de repente se detiene suspenso. ¿Qué es lo que ven sus ojos? Los almogávares prorumpen en gritos de alegría al ver al formidable Aragonés. Es el capitán que mas les ha considerado y servido, el que mas grande concepto goza entre ellos por su liberalidad, y los adalides le prestan obediencia y los soldados ofrecen seguirle á todas partes..... Gispert retrocede aterrado.

Todo está perdido. No pudiendo sostenerse mas tiempo y creyendo segura su derrota, Rocafort cede la plaza á sus contrarios, y piensa en el enviado del rey de Francia, como en la única persona que puede ampararle en su desgracia; pero donde imaginaba encontrar su libertad, no halló mas que el colmo de su infortunio. Quejoso Tebaldo de Sipois del poco respeto con que le tratara aun despues de prestarle obediencia, y del desprecio con que hubo recibido sus consejos, *determinó vengarse de él y dejar nuestra compañía* (Moncada). Preocupado con esta idea, aprovechó la coyuntura de haber llegado su hijo con seis galeras y embarcando á los dos hermanos en calidad de prisioneros los llevó á Nápoles, en donde el rey les dió cruda muerte (1).

(1) MONCADA, cap. LIX, refiere su trágico fin de este modo: «Tibaldo llegó á Nápoles con los dos hermanos Rocafort presos, y los entregó al rey Roberto su mortal, enemigo. El origen de esta enemistad fué no haberle querido Berenguer de Rocafort entregar unos castillos de Calabria, que por razon de las paces hechas entre los reyes le pertenecian, hasta que le satisficiesen lo corrido de sus pagas á él y su gente; y como los reyes tienen por injuria y atrevimiento grande pedirles paga de servicios por medios violentos, aunque por entonces satisfizo á Rocafort, quedóle siempre vivo el sentimiento de este agravio. Mandó luego que los llevasen á los dos hermanos al castillo de la ciudad de Aversa, y que encerrados en oscura prision les dejasen sin darles de comer hasta morir. Fué Berenguer de Rocafort el mas bien afortunado y valiente capitán que hubo en muchas edades, etc., etc.»

MONTANER, hablando de lo mismo, cap. CXLIX, dice: «*E com lo rey Robert los ténch ell los trames al castell á Versa é en una volta ell los mes andosos frares* (ambos hermanos) *é aqui los lexa* (dejó morir de fam, etc. etc.

LEBEAU lib. CVI, termina su version conforme con la de los anteriores, con estas palabras: «De este modo murió Berenguer de Rocafort, uno de los mas grandes capitanes que hayan exis-

Presos los dos Rocafort, muertos Dalmau, Copland y Ruselet, y faltando Badoero, que no se hubo presentado en el combate, los partidarios del francés, turcos y turcoples en su mayoría, son rotos y dispersos en todas partes. Rinden unos las armas implorando clemencia del vencedor, se esconden otros, no pocos se mezclan en las filas de los sublevados sin ser conocidos, y mientras que los capitanes toman providencias enérgicas para restablecer el orden, se dan y repiten vítores frenéticos al casal de Aragon.

«tido y que hubiera podido erigirse en soberano, sabiendo aprovecharse de los favores de la fortuna y poniendo un freno á sus pasiones.»

La expedición de los catalanes y aragoneses obraba por su propia cuenta y sin depender directamente del rey de Aragon ni del de Sicilia. Además de esto, en aquella época la gente de guerra, gente feroz y desalmada por lo comun, entraba ó salía del servicio de un monarca segun convenia á sus intereses y sin reparar en las ideas de hidalguía y patriotismo que tanto han modificado las costumbres militares. A Rocafort, pues, no le corresponde exactamente la nota de desleal; y si los expedicionarios lo tildaron de ella, fué porque estaban muy ofendidos por los desmanes de aquel gran capitan, y porque nunca habian pensado en emanciparse del soberano á quien habian jurado defender.

Véase lo que dice MONCADA: «Aunque lo que Rocafort hizo no parece que fuese traicion, porque no tomó las armas contra sus principes, sino solo se apartó de su servicio, cosa en aquellos tiempos licita y usada, y mas cuando precedian agravios.»





LIBRO LIX.

RUEGOS Y LÁGRIMAS.—EDELmira y OTELO.—MÁGIA DE UN RECUERDO.—DESHONRA Y ESTERMINIO.—DIPLOMÁCIA DE LA HUÉRFANA.—RECRUDESCENCIA AMOROSA.—UN CAMBIO DE PAPEL.—EL MEDALLON.—NUEVO ARREBATO DEL CABALLERO.—OTRO PERSONAJE.—EN DÓNDE SE LEERÁ LO QUE DICE Á LA DONCELLA.—¿UN JUGLAR?—LA CREDENCIAL.—RESOLUCION DEL ARAGONÉS.—REVELACION.—¡EL DINTEL!—EL ANCIANO IMPLACABLE.—ENRIQUE DE BUSA.—CONSECUENCIAS DE UN MENTIS.—MEDIACION MAGNÁNIMA DEL CASTELLANO.—LA DEMENCIA.—INÉS DE AZAN Y EFECTOS DE SU LLEGADA.—DESMAYO DEL DONCEL.—DESESPERACION DE SISCÁR.

Y qué es de la inocente hija del César? Separada de sus deudos, como hemos dicho, temblorosa y luchando entre el temor y la esperanza, oyera desde el amanecer el rudo combate, y su primer pensamiento habia sido el de orar. Arrodillada en mitad de la estancia, suelto el cabello y humedecidos los ojos, imploraba del Criador el triunfo de sus amigos, de aquellos que debian restituirla á la libertad, si no al amor. La palidez de las grandes emociones se dibujaba en su rostro, y su posicion era el mas elocuente llamamiento hecho á la piedad: ¡Pobre huérfana!

Cuando el imponente choque de las armas , cuando los electrizados gritos de los batalladores llegaban distintamente á sus oídos, creía un momento en su salvacion; pero este signo de bonanza en medio de la tempestad de la batalla, era de tan corta duracion como sus ilusiones. Poco despues unos y otros se oian confusos como un eco perdido en el desierto, como el estampido del trueno apagado en las cavidades de los montes: los combatientes se alejaban, la cruenta liza se trasportaba á otra parte, y comprendiendo la infeliz que sus amigos perdian terreno, pasaba repentinamente de la confianza al abatimiento, de la esperanza á las lágrimas.

Pero las dudas, los temores que sin cesar la agitaban; la espantosa ansiedad en que se hallaba, no le impedian recordar á aquel jóven hazañoso, tierno objeto de todos sus votos. Su amor, aunque profundo é intenso, era un amor del cual no podia darse cuenta, porque no habia sufrido contratiempo alguno hasta el momento en que quisieron obligarla á dar su mano á otro hombre: conoció su fuerza cuando pensaron violentar su inclinacion; y entonces, allá en el fondo de su alma, resolviera, cualesquiera que fuesen los medios empleados para intimidarla, resistir las exigencias de sus tiranos, no admitiendo otro esposo que el jóven que habia sabido agradarla salvándola honra y existencia.

—¿Pero qué habrá sido de él? se preguntaba á menudo la candorosa virgen, ¿Encerrado en algun oscuro calabozo terminará lentamente su existencia sin que una mano amiga le consuele en su agonía?

Nadie respondia á sus preguntas, y la incertidumbre en que estaba sobre la suerte de su amado, era el complemento de sus penas.

Otras veces, sin dejar de derramar lágrimas, exclamaba con el acento del dolor:

—¡Pobre Ernesto, tan bueno y tan hermoso como era!.... ¡Cuánto me amaba!.... Si ha muerto en Tesalónica, iré á juntarme con él allá en el cielo. De la vida pasaré á la felicidad.....

De este modo la hija del César olvidaba sus penas para no pensar mas que en su caballero, el Doncel de Ausona. Su pensamiento, á pesar de la angustiosa situacion en que se veia, se concentraba sobre un solo objeto, y este era para ella lo que el alimento para la existencia.

Entreviendo su ventura en una vida pasada al lado del Doncel, decia tambien:

—¡Oh qué felicidad fuera comparable con la mia siendo su esposa! No olvidaré nunca el dia en que el ejército salió de Galipoli. Las damas mas apuestas, en el acto de arrojarle canastillos de ricas flores, decian: «qué galan, qué hermoso es.» Algunas pronunciaban en voz baja su nombre al lado del mio..... y mi corazon palpitaba de placer.

Alguna vez, la inocente doncella se atrevia á esperar; pero casi al mismo tiempo la reflexion disipaba sus ilusiones. ¿Cuál será la suerte que la espera si sus amigos son vencidos? ¿Que será de ella cuando el orgulloso caudillo la vea rebelde á sus mandatos?

Estas y otras parecidas reflexiones habian ocupado un largo rato á la ilustre huérfana, y el sol estaba á la mitad de su carrera, cuando de repente se oye segunda vez un confuso griterío junto al mismo palacio. Es el estruendo de un combate que se ha empeñado á sus puertas. No hay duda alguna..... Vuelve á arrodillarse Sibilía, y escucha anhelante. Sus amigos habrán quizá reconquistado el terreno perdido y vienen con nuevos bríos á darla libertad. ¡Si fuese cierto!....

Pero el ruido siempre en aumento se oye ya en los patios interiores..... Un gemido..... Una víctima sin duda..... Multiplicados ayes..... La escalera es invadida..... Nuevos lamentos..... Mas sangre tal vez..... Suenan pasos en el corredor inmediato..... Repetidos golpes á la puerta..... Ya ceden sus goznes.....

—¡Dios mio! esclama la hija del César permaneciendo arrodillada; si son mis verdugos, dadme valor.

Apenas terminára esta corta súplica, se abren las puertas con estrépito, y aparece el Doncel de Ausona con la espada sangrienta en la mano y con gestos y maneras propias de un energúmeno. La palidez de su rostro y su ademan terrible dan á su aspecto una espresion siniestra. El encono, la ira y cuanto de mas feroz abriga el corazon del hombre, se patentizan en su semblante, y mas de una vez, al contemplar su mirada azisca y centelleante, diríase que estraviada su razon no sabe dónde se encuentra ni cuáles son sus intentos.

Al verle Sibilía, sin reparar en su descompuesta fisonomía, no consultando mas que su corazon, todo amor, se levanta, y dirigiéndose á él con acento cariñoso, esclama:

—Oh mi amado bienhechor; segunda vez os deberé la vida.

Al decir esto se apoya conmovida en su brazo; mas el aparecido, rechazándola con violencia, la mira con sorpresa y la pregunta bruscamente:

—¿Quién eres, muger?

No seria fácil describir el efecto que estas palabras causan á la huérfana. Un volcan abriéndose repentinamente á sus piés, la hubiera afectado menos. Mirando entonces el rostro del guerrero, retrocede aterrada. Poco antes todas sus ilusiones y esperanzas estaban concentradas en él; ahora que lo ve y lo oye, no sabiendo qué pensar de su estado, tiene miedo.

Resuelta, sin embargo, á hablarle segunda vez, esclama sollozante:

—¡Ah! yo creía haberte perdido para siempre. ¡Cuánto te amo, Ernesto y cuánto he llorado por tí! Dios ha oído mis votos: le pedía en mis oraciones que te restituyese á mi lado amante y tierno como en otro tiempo.

El Doncel de Ausona permanece inmóvil. Su gesto es el mismo que poco antes, y el llanto de la afligida doncella ni le altera ni le conmueve. Lo que á sus ojos pasa, al parecer, es fantasmagórico, y se aparta repetidas veces el pelo de la frente como queriendo ver mas y mejor. Por fin, despues de un momento de silencio, contestando á Sibilia, le dice con ceño:

—¿Qué mas le pedias á Dios?

—Le rogaba que me diese valor para resistir á los que querian separarnos. Yo queria conservarme digna de tí, porque tú eres el único á quien amo.

—Parece imposible hallar tanta hipocresía en una edad tan tierna.

Murmura el Doncel estas palabras con voz ahogada y profunda, dirigiendo al propio tiempo á la doncella una mirada en que se trasluce el despecho.

—¡Dios mio! prorumpe la inocente huérfana estremecida; no me hables así Ernesto, no me mires así: me harás morir.

—Pérfida; ¿qué esperas de tu hipocresía?

La ilustre huérfana apenas comprende lo que la pregunta, airado, el hazañoso; pero sí que de su insólita actitud debe temerlo todo. Permaneciendo en pié, convulsa, las manos juntas en ademan de súplica y dejando el tono familiar con que en otro tiempo le hablaba, le responde con tímido acento:

—Noble señor: ¿qué habeis querido significarme? ¿Qué quereis de mí? Yo soy huérfana y sin amparo..... Todos me abandonan..... Yo os amaba con todo mi corazon.....

—¿Me amabas?....

—Os amo, os amo.

El de Ausona, levantando la voz, repone furioso:

—Esto es demasiado. Muger..... confiesa tu crimen.

—¡Un crimen! ¡Dios mio! dice aterrada la huérfana.

—Te halagaba la idea de ser esposa de un francés favorecido del monarca. Esperabas gozosa ir á lucir tus galas allá en la corte de París y.....

Se interrumpe de repente, y dando una violenta carcajada, añade luego precipitadamente:

—Pero, ilusiones vanas, hoy debia conducirte al altar, y hoy huye como un cobarde.

Al oir lenguaje tan acre y descomedido, al escuchar tan crueles burlas, la angélica hija del César ignora lo que experimenta. Parece un sue-

ño lo que por ella pasa, y en medio de los sustos y temores que la acosan, an solo distingue como lejana luz en una noche de tinieblas, que es aborrecida del hombre que la amara en otro tiempo, del único que podia hacer su felicidad.

El Doncel de Ausona la saca de su terrible extásis, interrogándola de nuevo no menos sarcástico que antes:

—¿Así pues, le dice, tu ibas gustosa al himeneo?

—¡Ah! no, no, responde Sibilia prontamente, comprendiendo esta vez las quejas de su amado; no hubiera jamás hecho el juramento que de mí exigian.

—Basta de ficciones.

—El cielo es testigo.....

—No blasfemes, le interrumpe el hazañoso, y luego sacudiéndola el brazo con fuerza, añade con voz atronadora; serás la esposa de Rocafort ó del francés, poco me importa; pero antes, óyelo bien, antes has de ser mia. ¿Comprendiste?

—¡Cielo santo! ¿qué pensais hacer? pregunta la huérfana sin dejar de derramar lágrimas.

El hazañoso, sin hacerla caso, dando otra carcajada, prosigue:

—Sí; sí. Despues..... el renegado será digno de la heredera de los Montells y..... el otro tambien.

Aterrorizada la hija del César, cae de rodillas. Apenas si comprende lo que acaba de oir, pero la mirada del caballero, rayo de la tempestad acumulada en su pecho, le dice mas que sus palabras. Aquel sér á quien tanto ama y de quien creia ser amada, se ha trocado en su mas implacable enemigo. Esto siente la doncella, y en su desesperacion, sin mas amparo que una inocencia inmaculada, prorumpe con lastimero acento en estas palabras:

—Ved mi señor, que yo no os he ofendido nunca y tened compasion de mí. Por vos he desoido á los mas opulentos potentados. ¿No dais crédito á mis palabras?.... Vos no lo sabeis, mi señor; cuando os llevaron herido á mi casa de Galípoli, una fiebre ardiente abrasaba vuestro pecho, y temian por vuestra vida. Yo entonces, deseando conservaros á mi amor, entraba á media noche en vuestro aposento, y arrodillada ante la imágen del Señor, oraba por vos. ¿No lo creeis? Es cierto, es cierto. Vos mi señor no pudisteis verlo, porque dormiais.

¡Poderosa mágia de un recuerdo de amor! El terrible hazañoso suelta el brazo de Sibilia, y dando un paso atrás la contempla con sorpresa. Repetidas veces, golpeándose la frente, dirige los ojos al cielo, pensativo, como si quisiera traer á su memoria algo que olvidó en mal hora.

Poco despues la luz de la razon va disipando las tinieblas de su mente, y sonríe con tristeza á la doncella, y su rostro toma por grados una expresion agradable. Sin duda el recuerdo de aquella escena en que la huérfana le diera tan entrañables muestras de cariño, le ha conmovido. Despues de permanecer perplejo y vacilante un corto rato, murmura:

—Seria un crimen. Pero ¿qué le habré dicho?

Con un placer indefinible ha observado la cándida doncella su repentino cambio. ¡Oh! ¡cómo palpita dulcemente su corazon con la esperanza de volver á verle tierno y cariñoso como en los jardines de Galípoli! Y ¡con qué impaciencia espera las primeras palabras que saldrán de sus lábios! Arrodillada á los piés del guerrero, observándole con visible ansiedad, sin hacer el mas leve movimiento, temerosa de volver á despertar su enojo, parece á la afligida madre de Canaam cuando llorosa y desconsolada á los piés del Redentor del mundo esperaba de su bendita boca una palabra que restituyese la vida á su hijo.

La mirada del hazañoso, ya serena y apacible, se fija en la doncella con una expresion tiernísima. Un momento despues, no menos turbado que confuso, se le acerca, y sin desplegar los lábios, se arrodilla ante ella y como ella sintiendo dulces emociones. En tal estado, sin poder darse cuenta de lo que sucede, sus manos se entrelazan con otras manos, y su cabeza cae sobre el hombro de la hija del César.

La inocente doncella le recibe con trasporte, y sus megillas se inundan de lágrimas, no ya de amargura ó pesar, sino de amor y cariño. Recostada en los brazos de su amado, respirando su aliento y palpitando el corazon, se desvanecen sus temores, se tranquiliza paulatinamente y se considera feliz.

—Ahora ya vuelves á amarme, Ernesto, ¿no es verdad? dice luego con acento cariñoso.

—¡He dejado de amarte alguna vez! murmura el caballero sin cambiar de posicion.

Al oir estas palabras la doncella esclama enagenada :

—¡Oh Ernesto mio, qué placer experimento!

—Mi último suspiro será para tí.

—Soy feliz.

—Pero ¿me perdonas?

—Calla.

—Soy desgraciado.....

—Yo te amo.

—¡Sibilia!

—Cuando sea esposa tuya, mis caricias borrarán de la memoria recuerdos tristes, y seremos felices.

—¡Felices! ¿Acaso podremos serlo?

—¿Por qué no? ¿Quién podría impedirnoslo?

El guerrero, eludiendo la pregunta, le responde con acento á la vez melancólico y tierno.

—¿Qué se yo!.... Un poder desconocido ofusca mi razon..... ¿Qué te decia poco antes?

—Nada, nada.

—Mi cabeza arde y.....

—Olvidemos lo pasado y háblame de tu amor.

—¡Pobre huérfana! Mi amor te conduce á.....

—Contigo seré feliz en todas partes.

La naturaleza calla en torno del palacio: un silencio misterioso se ha sustituido al ruido de las batallas, y nada interrumpe el amoroso coloquio de la interesante y hermosa pareja. Hechizada al lado de su caballero, oyendo sus protestas cariñosas, la tierna doncella olvida por un momento el resto de la creacion. Ya no recuerda su proyectado enlace ni sus lágrimas: solo piensa en él, solo se ha ocupado de él. Mas ha levantado el hazñoso la cabeza, y su frente se apoya sobre la frente de la vírgen.

—Ernesto, esclama de repente Sibilia, amémonos siempre; pero no ofendamos á Dios y nos bendecirá.

El Doncel de Ausona, levantando la cabeza, dice con amargura:

—¡Bendecirnos!.... yo estoy maldecido.....

—Ernesto, Ernesto, le interrumpe la cariñosa doncella con precipitacion; ya en otra ocasion me dijiste lo mismo y yo te contesté. Pero escucha ahora: yo no quiero conocer tus secretos; pero si son verdaderas tus palabras haremos una peregrinacion á Roma y el Sumo Pontífice que tiene poder.....

—Ha lanzado sobre mi cabeza todos los rayos de la Iglesia, interrumpe el caballero, y segunda vez van alterándose gradualmente sus facciones.

De nuevo asustada la huérfana al ver las gradaciones porque pasa su fisonomía, repone con viveza:

—Ernesto mio, tranquilízate por Dios. Mi primo nos ama y.....

—¿Quién es tu primo? le pregunta el Doncel bruscamente.

—Tu compañero de armas, que tanto te estima.....

—¡Me estima!

—Mi familia toda se envanecerá de contarte entre sus miembros.

Al oir estas palabras, como si un agudo puñal hubiese herido sus entrañas, se levanta el de Ausona enfurecido. La tierna doncella, haciendo

esfuerzos para contener su creciente exaltacion, continúa, no menos cariñosa que poco antes:

—Todos te amarán Ernesto mio, todos. ¿No me crees? ¿No me oyes?....

El brusco hazañoso la interrumpe con furor:

—Muger ¿qué tengo yo de comun con tu familia ni con tu raza? Yo las detesto á entrambas. ¡Bendiciones!.... no las hay para mí. Vivo entre tempestades y rayos, con el anatema en la cabeza y la ira en el corazon, y avezado á navegar en medio de las tormentas, no sufro la bonanza. Yo desdeño tu amor y el de los tuyos.

Su rostro ha vuelto á tomar el aspecto fiero que antes tuvo, y su mirada es aterradora. ¡Cuán difícil seria explicar lo que pasa en su imaginacion! Tal vez la fiebre ardiente que le abrasa altera por intervalos su inteligencia.

Como el humo en dias de borrasca, se han desvanecido las ilusiones de la huérfana. Cúbrese el rostro con ambas manos, otra vez derramando lágrimas y otra vez sollozante y convulsa. No sabe qué pensar de la conducta del hazañoso. Esperaba hallar en él un protector, que como en Orestea, aunque reservado y misterioso, derramáse su sangre por ella, y solo encuentra un caballero fementido y descortés que quizá se goza en su martirio.

—Pero ¿qué quieres de mí, Ernesto? le pregunta con voz debilitada por los sollozos.

—Has de ser mia, le contesta el Doncel con voz ahogada por la cólera.

—Es mi único deseo. Un ministro.....

—¡Dilaciones!.... Has de ser mia..... ahora.

Presiente la doncella la inmediacion de un peligro que apenas conoce, y con las manos juntas y acento lastimero, repone:

—Apíadate de mí, Ernesto. Te debí en otro tiempo honor y vida; fuiste mi protector.....

—¡Tu protector!

—Piedad, piedad.

—¡Piedad osas pedirme?....

—Cálmate, cálmate: tu razon se estravía. Soy Sibilia. ¿No recuerdas que.....

El Doncel con ojos desencajados y voz ronca, la interrumpe diciendo:

—Sí, sí, recuerdo un altar, muchas luces y una tumba..... ¿Qué te decía aquel hombre?

—¡Dios mio, no me escucha!

—Dilo.

—Pero ¿qué quieres que te diga?

—Piensa tú, yo no puedo. Aquel hombre era un alano.

—¡Gran Dios! George.

—Le has nombrado..... Dí sus palabras.

—¡Ay de mí!

El Doncel se golpea la frente. Su memoria rebelde hasta entonces viene en su auxilio, y un génio maléfico, aprovechándose de su estado, le sugiere un pensamiento terrible:

—¡Ah!.... Hélas aquí sus palabras: *Deshonra y esterminio*. ¿Lo olvidaste?

Tan solo la virtud y la resignacion que ella inspira defienden á Sibilia de la desesperacion.

—Levántate, continúa el hazañoso, y agarrándola fuertemente del brazo la obliga á sentarse en el sofá.

—¡Dios del cielo!.... Ernesto ¿es este el premio que reservabas á mi amor?

—Ruegos inútiles..... Lo he dicho y no hay remedio.

La inminencia del peligro inspira á la huérfana repentinamente. La resistencia exaspera al hazañoso: es necesario usar con él otro lenguaje y otras armas.

—Sí, sí, Ernesto mio, quiero ser tuya, le dice despues de haber reflexionado un momento.

—¿Cómo? ¿qué?

—Quiero ser tuya hoy mismo.

—¿Pretenderias con un nuevo engaño.....

La huérfana, acariciándole, le interrumpe:

—¿Puedes creerlo? ¿Olvidaste que te juré un amor eterno?....

Al decir esto se levanta, y poniéndole la mano en la frente añade con precipitacion:

—Y ahora, mi amado Ernesto, yo quiero..... yo quiero arreglar tu hermoso pelo: no te muevas.

El guerrero no opone resistencia alguna, y la doncella, mas animada, continúa:

—Si yo supiera que alguna vez lo permitias á otra muger, moriria de dolor.

—¿Qué dices? murmura el hazañoso inmutado.

—¿Lo dudas conociendo mi amor? ¿No recuerdas cuando en el jardin de Galipoli te insinuaba que no podria vivir si amases á otra?..... Tú me contestabas que te hacia el mas feliz de los hombres.

—Es verdad, Sibilia mia..... pero prosigue, prosigue, háblame de este modo, repone el Doncel, y su mirada se trasforma, se dulcifica.

—Decia, Ernesto mio, que no quiero que ninguna otra dama arregle tu hermosa cabellera. Yo te haré cada mañana los bucles..... y no te los toques como acostumbras..... Pero siéntate aquí, aquí; los quiero ver mejor.

La sensibilidad del caballero ha recibido el último golpe. Toma asiento al lado de la huérfana, y besa tímidamente su mano, exclamando con ternura:

—Sibilia, yo te amo con todo el fuego de una pasión primera, única, ardiente, que no debe terminar sino con mi existencia. ¿Qué mas puedes desear de mí? Habla, y tus deseos se verán satisfechos. En esta vida de amarguras solo le pido al amor uno de sus inefables goces junto á tí, Sibilia..... Ahora que estamos solos, reposa aquí en mi seno y permite que me embriague con el placer de verte y de adorar tus encantos..... Pero ¿qué me dice tu temblor, Sibilia?

Firme en su propósito la doncella, escondiendo el rostro en su seno, le responde ruborizada:

—Oyelo. Te lo diré á tí solo, al oído..... tiemblo de placer.

—¡Hija del cielo! ¿es verdad, pues?.... No me atreveria á creerlo. ¿Ocultas el rostro? La timidez, el rubor, compañeros de los deseos ardientes..... Tú Sibilia, tú quieres ser mia. Tus palabras, tu creciente emoción, tus sollozos, todo, todo, me lo revela. ¿Qué felicidad puede igualar á la mia? Pobre huérfana..... Pero yo debo retribuirte en respeto y consideración todo el exceso de tu cariño. ¿Qué de obligaciones no ha impuesto tu orfandad al ser privilegiado á quien tú has dicho: *sé feliz!* El es quien ha de guiarte por el tortuoso camino de la vida..... y yo soy este mortal venturoso. ¿Qué fuera de mí si no supiera comprender la alta y noble misión que he recibido?

Apenas comprende la ilustre huérfana la generosa oferta del caballero, pero oye el metal de su voz, siente sus respetuosas caricias, vé una lágrima que asoma en sus párpados y todo le dice que su última resolución la ha salvado.

El caballero continúa tiernísimamente conmovido.

—Sibilia, créelo, mis deseos no son menos vehementes..... pero tú no puedes ser mia..... ahora..... Y reflexiona que quien así te habla son tus padres al darte su bendición desde el Empíreo; tus padres que te hablan por mi boca. ¿Comprendes?..... Sosiégate, Sibilia mia, tranquilízate: un ministro del Señor nos unirá, y después buscaremos la felicidad en otros climas.....

—Sí, sí, interrumpe Sibilia, á quien las palabras que acaba de oír y que esta vez ha comprendido bien, fortifican mas y mas en su resolución; huiremos, pero sea pronto, Ernesto. Para vivir un día, una hora mas, tengo necesidad de ser tu consorte, y.....

Es interrumpida por un ruido confuso que se oye en el interior del palacio. Se levanta el hazañoso precipitadamente, escucha, y en actitud de dirigirse á la puerta, murmura receloso :

—¿Se atrevería alguno á penetrar aquí?

Mas con el esfuerzo que hace al ponerse en pié, rompe la trenza que sujetaba el misterioso medallon que le hemos visto otras veces, y cae este rodando á los piés de Sibilia. El violento choque ha abierto el oculto resorte, y aparece en él el retrato de una mujer. La doncella lo levanta y se lo presenta: el guerrero le mira y de repente un cambio notable se opera en sus facciones. Su mirada, serena no há mucho, se torna centelleante, sus cejas se fruncen y el pelo se eriza en su cabeza. La espresion de su rostro es la de un demente en su mas desordenada exaltacion.

Por tercera vez, aterrada la doncella, quiere balbucear algunas palabras; pero.....

—¡Maldicion! esclama con furor el hazañoso.

—Ernesto mio.....

Arrebatándole con furia el medallon y poniéndole ante sus ojos, el caballero, repone frenético :

—Contempla á esa muger y..... tiembla.

Al decir esto, olvidando que poco antes la ofrecia servirla de padre, la agarra del brazo y la sujeta con fuerza.

—Piedad, piedad, dice ella con el abatimiento de un vencido que cede á la fatalidad.

—¿La tuvieron ellos cuando desgarraron sus entrañas?.... La tuvieron al ver espirar un niño en la orfandad..... en la miseria?.... Oye sus gemidos: una y otro gritan: *venganza*.

—Yo no sé lo que hablas. Tú eres mi.....

—Yo soy todo el infierno.

El pelo permanece erizado en su cabeza, su respiracion es violenta y su fisonomía tiene algo de salvaje que aterroriza. No obstante los lastimeros ayes de la inocente vírgen, la toma en sus brazos y la pone en el sofá.

—Perdon, perdon, grita ella agotadas todas sus fuerzas.

—Heredera de los Montelis, esclama el hazañoso con reconcentrado enojo; sonó la hora de la venganza. ¿Quién podra librarte de mi furor?

—Yo, responde una voz desconocida.

Un guerrero anciano, calada la visera, entra en el salon, mirando alternativamente al de Ausona y á la doncella. Viste el traje de los potentados de la Coronilla, y peto, yelmo, canilleros, todo es de oro y plata cincelada; el mango de un puñal que cuelga de su cintura brilla de piedras

preciosas. Su elevada estatura, su extraordinaria demacración y la desmesurada longitud de sus piernas, le dan el aspecto de una momia. Podría comparársele con un esqueleto ataviado con el arnés de los caballeros. Su ademan, empero, es imponente y fiero. Inmóvil en mitad de la estancia, enhiesta la cabeza, se presenta con cierta impavidez descarada y chocante que insulta y provoca.

El Doncel de Ausona al verle, dejando á la huérfana, retrocede algunos pasos y le contempla ceñudo el semblante. Ha vuelto á empuñar la espada que vibraba en su diestra amenazadora, y con la izquierda se aparta los bucles á los lados de la frente, como queriendo ver mejor al audaz aparecido.

Sollozante y convulsa la ilustre huérfana, se levanta del sofá, y arregla con presteza el desórden de su traje. Tiemblan todos sus miembros, y no atreviéndose á mirar á los guerreros, ruborizada, inclina la vista al suelo.

Los tres personajes permanecen silenciosos, hasta que el aparecido, sin perder su actitud insultante y provocativa, dirigiéndose al de Ausona con voz áspera y ronca, le dice:

—Encargado de una misión importante por el rey de Aragon, he llegado á Oriente.

El hazañoso, al oír estas palabras, dirigiéndole una mirada vaga, murmura :

—¡Una misión! ¡una misión!

—Que puede interesaros.

—¿A mí? repone el Doncel distraído y como queriendo darse cuenta de lo que oye.

—Sin duda alguna.

—No lo creáis.

Sin perder su calma irónica el aparecido, repone frío é impasible :

—¿Tanto es vuestro poder que.....

—Tengo una espada.

—¿Y quién sois vos?

—¿Quién me lo pregunta? contesta el de Ausona bruscamente fijando por último su pensamiento.

—Calzo espuela de oro.

—¿Y con este solo título osáis interrogarme?

—¿Y por qué no? responde el aparecido en tono despreciativo, sin perder su ademan imponente.

—El respeto á las canas tiene sus límites.

—Os lo dispenso, dice el anciano con pausa, y sin dar señal alguna de

temor; pero seais vos quien fueseis ¿qué me importa á mí? Paréceme haberos visto allá en vuestra niñez, y aun juraría..... Pero tampoco me importa nada.

Estas palabras, el tono irónico que las ha acompañado, y la calma imperturbable del anciano, desconciertan un tanto al Doncel de Ausona, y su actitud revela á un tiempo mismo ira, confusion y asombro. ¿Temerá tal vez, que aquel misterioso viejo sepa alguno de los secretos de su vida que él procura ocultar? Comprendiendo, sin embargo, la necesidad de darle una contestacion, repone procurando contenerse:

—Lo mismo os he dicho respecto de vuestra mision.

—Luego sabremos lo cierto; pero la ilustre hija del César.....

—Nada necesita de vos: retiraos.

—¿Es una orden? pregunta el aparecido dando una carcajada.

Estalla la cólera del Doncel de Ausona: la risa provocadora del anciano es un insulto imperdonable. Poco antes, para contenerse llamaba en su auxilio la razon, pronta á abandonarle por la vez tercera; ahora solo recuerda que hay agravios que vengar. Con el rostro encendido por la ira, se acerca al viejo atleta y mostrándole la espada desnuda y aun humeante, le dice con exaltacion:

—¿Veis esta sangre?

Sin inmutarse el aparecido y dando á su voz una entonacion acre y discordante, le contesta:

—La veo, y en otro tiempo ese mismo acero.....

—¿Qué?.....

—Nada. Proseguid: deciais: *¿veis esta sangre?*

Las réplicas del anciano aparecido son un nuevo insulto, y no obstante el Doncel de Ausona, lejos de retarle á un combate, retrocede aterrado cual si las palabras que acaba de oir lo fuesen de anatema. ¿Podria esplicarse el poderoso dominio que ejerce sobre él aquel sér verdaderamente extraordinario?.... Es lo cierto que el de Ausona, tan animoso y resuelto en los combates, cuyas glorias admira el Oriente, se halla por la primera vez de su vida confuso ante un desconocido.

El anciano permanece como siempre impávido. Sin embargo, parece que sus palabras han surtido el efecto que se propusiera; pues se nota en toda su persona cierta satisfaccion que ponen de manifiesto sus acciones. Pasado un pequeño instante, aprovechándose de la confusion de su adversario, se acerca á Sibilia y dando á su voz cierta entonacion patética, la dice:

—Hermosa jóven, ¿sois vos la opulenta heredera de los Montells, la hija única del malogrado César?

—¡Ah! demasiado cierto es, contesta tímidamente la afligida doncella.

El aparecido, tomándola modestamente la mano y fijando en ella sus ojos, esclama con orgullo:

—No me habian engañado. ¡Qué hermosa es! Aun en medio de las aflicciones y pesares se ven en ella los rasgos todos de la fisonomía de su madre.

—¡Mi madre! ¡Habeis conocido á mi madre? Habládmela, habládmela de ella, interrumpe la huérfana con mucho interés, y como si este recuerdo la hiciera olvidar sus males.

El corazon del anciano no es inaccesible á las emociones. El acento apasionado de la doncella, sus gracias y el tierno interés que muestra por su madre, le agradan; pero no es posible definir el sentimiento que experimenta. ¿Es amor? ¿Es piedad? Su pecho es un libro cerrado en el cual nadie puede leer.

Al dejar Sibilía la palabra, sosteniéndola en sus brazos, la estrecha contra su corazon, y hace extremos propios de quien acaba de encontrar á una hija.

Con el mayor abandono, y sin oponer resistencia alguna, recibe la ilustre huérfana sus caricias. Aunque su acento no es persuasivo, á pesar de que su modo altanero la repugna, es tal el susto de que está poseída, que quisiera permanecer largo tiempo reclinada en su seno para tranquilizarse.

—El interés que mostrais por la virtuosa Eloisa es vuestro mayor elogio. El cielo que os ha otorgado sus mismas gracias y virtudes os hará mas feliz, le dice luego el aparecido:

—¡Mas feliz! repite la huérfana dando un suspiro.

—¿Y por qué no? vuestra madre fué desgraciada.....

—Todo lo sé. ¡Pobre madre mia! interrumpe Sibilía sollozante.

—Excremos á sus asesinos, hija mia, y.....

—Los aborrezco con todo mi corazon.

Diriase que el anciano atleta ha sonreído al oír estas palabras. Pero ¿por qué en aquel momento solemne ha hablado á la huérfana de su madre? ¿A qué recordarle sus infortunios?..... Sigue luego consolándola cada vez mas afectuoso. Aunque extranjero en aquellos paises, es sabedor de todas sus desgracias. Sabe que su padre la hubo destinado por esposa á Rocafort, conoce los tristes sucesos de Andrinópolis, y no ignora que un desconocido le salvó la vida en el periptero. Tambien la habla de lo presente, asegurándola, por último, que restituida en breve á Cataluña, la espera un porvenir venturoso, lejos de los azares de la guerra, al lado de sus parientes, que la esperan ansiosos para amarla y servirla.

La hija del César le escucha embelesada y como quien sale de un an-

gustioso sueño. La mas ingénua y pura alegría se ve pintada en su semblante, al comprender que no será la esposa de Rocafort y que verá á sus parientes. ¡Ah! despues de tantos pesares como han mortificado sus dias, razon era que sonara en sus oidos alguna nueva halagüeña que la hiciera entrever un cambio en su suerte.

Pero ¿qué es del Doncel de Ausona al ver las cariñosas demostraciones del anciano para con ella, al escuchar que piensa restituirla á su patria? Lo mismo que poco antes cuando sus palabras le hicieran enmudecer, se le ve indeciso y perplejo. ¿Acaso en su estado actual, dudará de lo que tiene ante sus ojos? ¿Se negará su razon á auxiliarle de nuevo? Parece imposible que un viejo decrépito haya llevado su audacia hasta el extremo de disponer de la jóven en su presencia. No sabe, en fin, qué pensar de su aparicion ni de lo que ha dicho á la huérfana, y en tal estado le apostrofa, sin tomar resolucion alguna y conociendo apenas lo que irá á decirle.

—Atrevido juglar, esclama, puedes ir á otra parte á hacer tus ensayos del gay saber, porque aquí nos gusta lo bueno.

—En este caso habrás quedado satisfecho, repone el aparecido sin inmutarse.

—¿Podria ser sabiendo distinguir el oro del cobre? Hermes y Zosimo te reniegan.....

—No lo creas.....

—Acabemos. En la plaza pública, ante el fanatismo y la ignorancia, la alquimia hace prodigios.

—He pensado hacer de este salon mi laboratorio.

Duro era el sarcasmo. El Doncel de Ausona, en un estado de exaltacion que por momentos se confunde con la demencia, se estrella ante la impasibilidad de aquel extraño viejo, como se estrellan las olas contra los peñascos. Sus últimas palabras, espresion del escárnio y la befa, han estremecido todo su sér, y este estremecimiento se nota por la ligera oscilacion del penacho que ondea sobre su yelmo, por el temblor de sus rodillas y por el crugido de las mallas de su arnés. Inflexible el rostro, sombrío, implacable, devora con la vista á su adversario. Dominado por la ira, ya no es dueño de sí mismo.

—Viejo hipócrita, dice furioso; ¿qué pretendiais entrando en este salon?

—Habeis intentado seducir á esta jóven.....

—¿Quién os lo ha dicho?

—¿Y mis grandes conocimientos en la alquimia? responde el anciano dando una estrepitosa carcajada, y al mismo tiempo, viendo que su enemigo se adelanta en ademan de herirle, tira de la espada.

Crúzanse los aceros. Astuto y hábil el aparecido, parece dispuesto á aprovecharse del frenesí de su contrario. No es la vez primera que se defiende, y el peso de los años no perjudica á su agilidad y soltura. ¡Cuántos guerreros célebres habrán sucumbido ante su valor sereno y frío como el hierro que empuña! Por el contrario: el Doncel de Ausona, violentamente excitado, se arroja á él como un frenético, y todo induce á creer que la lucha será de corta duracion; mas abriéndose de repente la puerta de la estancia, aparecen en ella de improviso el Aragonés, el Caballero del Ataud y el Servidor de Amor. Los combatientes suspenden el combate.

El anciano atleta dirige una mirada escudriñadora á los nuevos aparecidos, conservando su actitud imponente ante su adversario.

La hija del César, que durante el combate permanecía inmóvil, los ojos arrasados de lágrimas, se echa en brazos de su noble pariente, ocultando el rostro y ahogando sus sollozos.

El Aragonés la recibe con cariño, mientras que su vista, recorriendo el salon, parece buscar al temerario que la ha hecho derramar lágrimas. Sus dos compañeros, no menos sorprendidos, se miran uno á otro esperando conocer la causa de aquel conflicto.

Pero el Doncel de Ausona, viendo apenas á sus amigos, no pensando en otra cosa que en la venganza, y como avergonzado de haber tolerado tanto tiempo al anciano, le grita con furor!

—Viejo audaz. ¿habeis pensado?....

—Desempeñar la mision que el rey me ha confiado, le interrumpe el anciano, alzando la voz.

—¿Qué rey?

—D. Jáime de Aragon.

—No estamos á su servicio.

—Es mal caballero quien no respeta á su rey.

—Es mal rey el que vende á sus vasallos.

—¿Y de qué os quejais vos?

—Se quejó la Sicília.

—Su alianza con la Iglesia.....

—El pueblo la llamó traicion; pero sea de esto lo que fuere, no reconozco su poder.....

—Tengo el suficiente para llevarme á la hija del César.

—Mi espada se encargará de contestaros, repone el Doncel, ciego de ira, precipitándose sobre él de nuevo.

Rara vez los espectadores en semejantes casos dejan de intervenir entre los combatientes. Es un deber para ellos, deber sagrado que la

amistad impone y la humanidad reclama. No lo desconocen los tres ha-
zañosos, y mientras el Aragonés habla al anciano, Caldés y el amable
Sancho sujetan, no sin pena, al Doncel de Ausona.

Comprendiendo el Atleta de Aragon que se trataba de restituir la
huérfana á su familia, parecíale que como próximo pariente de ella tenia
derecho, ante todas cosas, á ser consultado. Incapaz de disimulo, deja
traslucir su enojo, interrogando al desconocido con voz que por lo grave
degenera alguna vez en áspera.

—Anciano, le dice: ¿habeis insinuado que vuestra mision emanada del
trono era la de conducir á la muy ilustre hija del César á Cataluña?

—Así es, responde el aparecido con calma.

—Supongo que no habreis descuidado las pruebas.

—Obran en mi poder.

—En este caso debo advertiros que me creo con algun derecho para
examinarlas.

—Vedlas, dice el desconocido entregándole un pliego, sin dejar aque-
lla altivez tan ofensiva.

El Aragonés, luego de haberse enterado del contenido del pliego,
no sin manifestar cierto disgusto, se lo devuelve diciéndole al propio
tiempo:

—Está bien. En efecto, D. Jáime, tomando bajo su real amparo á la
muy noble y muy poderosa heredera de los Montells, os envia para que
la acompañeis á la córte de Aragon, en no siendo contra su voluntad.
Esta última cláusula deja á la ilustre huérfana libre en su eleccion: ¿la
habeis interrogado sobre este punto?

—Pensaba hacerlo.....

—Pensábais bien.

—En el momento de vuestra llegada.

El noble Aragonés está descontento. Si antes le pareció descortesía,
párecelle ahora un marcado desprecio á su persona el no mentarlo siquie-
ra en el escrito, teniendo bajo su proteccion y custodia á la huérfana
despues de la muerte del César. Preocupado con esta idea que le mortifi-
ca mas y mas desde que leyó el pliego, y dejando por un momento la
cuestion principal, esclama en tono de reconvencion:

—Anciano ¿ignoraba el rey de Aragon que Jimeno de Albaro se halla-
ba entre los expedicionarios?

—No.

—¿Y no sabian en la córte que es pariente y amigo de la ilustre casa
de los Montells?

—Si.

—¿Y cómo si nada de esto ignoraban, han dispuesto de Sibilia sin consultarle?

El aparecido, aunque nadie le ha insinuado que el caballero que le interroga es el mismo Jimeno de Albaro, le responde:

—Podiais haber sucumbido en una de las batallas que han inmortalizado las legiones.

No se escapa al Aragonés que el anciano le ha reconocido, y desde este momento le observa con mas atencion, diciéndole:

—A Dios gracias, vivo todavía.

—En la corte.....

—En vano pretenderiais disculparla; debia haber previsto uno y otro caso.

Un profundo silencio reina de repente en el salon, tan solo interrumpido por los sollozos de la huérfana y por la respiracion agitada del de Ausona, que, pálido y tembloroso, mira sin ver y escucha sin oir. Todos están pendientes de la resolucion que tome el Atleta, quien medita sin desplegar los labios. En su mirada se observa una indecision que se explica recordando su respeto al rey y su amor al de Ausona. Por último, estrechando á Sibilia en sus brazos, le dice con ternura:

—Tranquilizaos, bella prima yo estoy aqui, y nadie se permitirá contrariar vuestros deseos. ¡Ay del temerario que tal intentase! Pero á vos toca terminar este debate. Ya conoceis el tierno interés que inspirais al monarca de Aragon; hacednos conocer vuestra voluntad y.....

—Dios mio, interrumpe la doncella llorando amargamente; decidme vos mismo lo que he de hacer.....

Conociendo por su temblor convulsivo la agitacion de su pecho, la interrumpe el Aragonés, diciendo:

—Sosegaos, sosegaos, prima mia; nada teneis que temer. Los caballeros que os ven y os oyen esperan vuestras órdenes para servirlos y complacerlos. Pero sentaos..... aquí, aquí.

Al decir esto la acompaña al sofá, y luego de haberla hecho tomar asiento, continúa:

—Nada me oculteis, hermosa Sibilia: conozco vuestro corazón. Sé que amais á mi amigo y compañero de armas el de Ausona, el mismo que os salvó la vida en Andrinópolis y á quien nuestra familia toda debe estar agradecida, y yo he consentido en vuestra union. Al propio tiempo el príncipe de Aragon os llama á su corte para colmaros de beneficios, para estimar en vos los merecimientos del César. Ahora bien, elegid sin temor, bella prima; lejos de mí la idea de influir en vuestra resolucion. Ante vos teneis á mi compañero de armas que os ama, y presente está el enviado de D. Jáime.....

En este momento el anciano aparecido, que escuchaba al Aragonés con visibles señales de disgusto, le interrumpe exclamando:

—Deteneos, y puesto que es vuestro deseo que la ilustre huérfana elija entre mí, representante del rey, y ese jóven á quien llamais compañero de armas, razon será que sepa primero quién soy yo y quién es él.

Un movimiento de sorpresa escapa al Aragonés. Hále disgustado el modo altanero del anciano, y siente que sus revelaciones puedan ofender al de Ausona; pero interiormente se alegra de ver allanarse el único obstáculo que podia retardar la union de los dos amantes, no dudando que la resolucion de Sibilia será favorable á su amigo. En este estado, interrogando al aparecido con su mirada, guarda silencio.

El Doncel de Ausona, durante la anterior escena, parecia hallarse indeciso, como quien en una circunstancia extraordinaria ignora si ha de marchar ó estarse quedo; desconoce si ha de hacer la guerra ó desear la paz. Mas al oir las últimas palabras del anciano, empalidece mas y mas y tiembla.

El Caballero del Ataud y el Servidor de Amor esperan con ansiedad las revelaciones del desconocido, dispuestos á impedir que la sangre corra.

Sibilia permanece sentada en el sofá, fuertemente asida del brazo de su primo.

La ansiedad es general: el silencio imponente. En tal estado, quitándose el aparecido el yelmo con fuerza, pasea su mirada triunfante por el salon. Su rostro es livido y descarnado como el de un espectro. Ojos hundidos y cárdenos, indicio de una vida borrascosa, y un mirar sombrío, son sus rasgos mas característicos: su espresion es diabólica.

El Atleta de Aragon, al verle, se arroja en sus brazos, exclamando con voz conmovida:

—¡Guillermo! mi pariente, mi amigo..... ¿Sois vos?

—¿Podia fiar mi nieta á otro? contesta el anciano respondiendo con su frialdad habitual á las caricias del Atleta.

—Sibilia, corred á abrazar á Guillermo de Montells, vuestro abuelo, del cual sois única heredera, repone el Aragonés gozoso.

La huérfana se precipita en los brazos del anciano. Por fin encuentra á su mas próximo pariente, de quien tantas veces oyó hablar á su padre. El anciano la recibe en sus brazos, pero sus caricias son de hielo como su pecho. Diríase que alguna otra cosa le preocupa mas que su nieta, pues al recibir las felicitaciones del Caballero del Ataud, tambien su deudo, lo hace asimismo con cierta distraccion que agrada poco al Valvasor.

Al ver y al oir al anciano, un temblor convulsivo agita violentamente al Doncel de Ausona. La sangre se amontona en su cabeza, pronta á inun-

dar su cerebro, y no sabe en dónde está y espera sin saber lo que hace. Sin duda el hombre y el nombre recuerdan algo misterioso como su vida y terrible como la muerte. Sus ojos, fijos en el anciano, dibujan su terror.

Guillermo de Montells, con voz acre y destemplada, dice luego dirigiéndose al Atleta.

—El noble título que acabo de adquirir sobre esta jóven podría quizás dispensarme de la prueba; pero puesto que vos, noble Albaro, lo habeis querido, cúmplase vuestro deseo.

Su rostro pálido y macilento se ilumina de repente, y una sonrisa infernal asoma en sus labios: es el gozo del tigre al tener asegurada su presa. Sus ojos despiden un brillo feroz, rayo de la tormenta que estalla en su pecho. Con ademan imponente y altivo domina las voluntades, é implacable como la venganza, dirigiéndose alternativamente al Aragonés y á Sibilía, esclama con voz ahuecada y profunda:

—El guerrero que llamándose compañero de armas pretendió en otro tiempo hundir un puñal en tu seno, el que te salvara la vida por medios incomprensibles para cometer un crimen execrable en esta misma estancia é inmolarte despues con un refinamiento de maldad inaudita.....

Se interrumpe un momento, y agarrando á la huérfana del brazo con violencia y señalando con su diestra al Doncel de Ausona, añade dominado por la ira:

—Oye su nombre y avergüénzate de haberle amado. Nacido del crimen y para el crimen, es Enrique de Busa, hijo del asesino de tu madre.

—¡Un Busa! dice la huérfana dando un agudo grito y cubriéndose el rostro con ambas manos aterrada:

—¡Un Busa! repite el Atleta dando un paso atrás y empuñando la espada.

—¡Un Busa! murmura el sanguinario Caballero del Ataud erizándose el pelo en su cabeza y acariciando el mango del puñal.

—¡Un Busa? pregunta el amable Sancho aterrorizado.

—Un Busa, grita con voz atronadora el Doncel de Ausona, yo Enrique de Busa.

Casi al mismo tiempo, aparece un nuevo personaje en la puerta del salon, y su mirada recorre todos los presentes, fijándose un momento en Guillermo de Montells. Poco despues murmura para sí:

—¡Ah!.... El Anciano Implacable..... He llegado tarde..... Ahora veinte años de trabajos..... Todo perdido..... ¡Pobre Enrique!

¡Era el Monge Gris!

Reina un silencio imponente y aterrador.

El Intérprete permanece en la puerta mudo é inmóvil como una está-

tua. Baja la cabeza, cruzados los brazos sobre el pecho, y la vista inclinada al suelo; parece entregado á sus ordinarias meditaciones.

El terrible Atleta y el Valvasor, dominados por la sorpresa que causara en ellos la insólita revelacion de Montells, no cambian de actitud. Enhiesta la cabeza y empuñando el acero, su ademan es fiero como el del dios tonante lanzando el rayo que chispea y abrasa.

El amable Sancho, olvidando por un momento á Dela, observa al Aragonés para imitar su conducta. El dolor mas acerbo se ve retratado en su semblante.

La virgen de Vesta, que ve apagar el fuego sacro bajo su custodia y deshecha en llanto, temblorosa y convulsa, se horroriza al pensar en el suplicio que la espera, sufre menos que la hija del César al saber que el caballero á quien debe honor y vida es un Busa. Sentada en el sofá, yerta de pasmo y de terror, permanece con el rostro cubierto con ambas manos.

El potentado catalan, gefe de la familia de los Montells, el Anciano Implacable, se goza en su triunfo. Por fin, despues de tantos años de inútiles diligencias, su ira ha alcanzado al único vástago de la raza que se propuso esterminar tal vez por ambicion de oro y poderío. Ante sí tiene al Busa, cuyo nombre es como un signo indeleble de baldon y afrenta. Ya no hay porvenir para él; ya no hay vida: en adelante será un objeto de horror para sus mismos amigos, y abrasado por los rayos de la Iglesia y proscrito por el monarca, la muerte de los cobardes terminará su existencia.

No en vano se enorgullece el Anciano Implacable. Es cierto; el único Busa que existe está herido de muerte. Ya en lo sucesivo podrá gozar su pingüe herencia sin temor alguno. Es verdad que vive un hombre todavía que, quizá con una sola palabra, podria descorrer el velo que encubre mas de un horrible misterio; pero él le buscará, y le buscará junto al Busa que ha inmolado. Su voluntad es de hierro como su pecho, y sus instintos como los del tigre. ¿Por qué ha venido á Oriente?....

La satisfaccion que experimenta es tan grande como rencorosa la saña que anima y foguea su pecho. Mira, y su mirada parece el hierro candente que atravesando quema: sonríe, y su sonrisa es la del verdugo al ejercer en una ilustre víctima su terrible oficio. En este estado, sereno, impávido, y teniendo la punta de la espada inclinada al suelo, espera.

El Doncel de Ausona ha oido el nombre que le presenta maldecido y proscrito. Háse encogido de hombros, y encorvado su cuerpo, cual si una mano invisible, fuerte como el destino, pesara de repente sobre su cabeza. Sin embargo, ahora se halla descargado de un peso enorme. Pocos momentos antes vacilaba entre temer ó provocar al mensajero de Don Jáime, pero ahora ya no duda, ya se ha desvanecido su irresolucion. Si

este ha creído confundirle publicando su nacimiento, háse equivocado. Temiendo los efectos del anatema, había ocultado su cara..... ¿qué podría arredrarle ahora? Libre de un pensamiento cruel que tiranizaba su existencia toda, recobra de repente por un instante su razón; y su semblante, no há mucho pálido como la muerte, se ilumina. En su actitud hay despecho, hay ira, hay frenesí, pero tampoco falta razón. La frente altanera, el labio desdeñoso, se acerca al grupo de hazañosos vibrando la espada, y esclama con voz fuerte y sonora mirando alternativamente á unos y á otros:

—Sí, un Busa. Yo soy Enrique de Busa. ¿Qué me quereis?

Los guerreros enmudecen, y dirigiéndose á Montells continúa:

—Por tu actitud te he adivinado: no desconozco tu habilidad. *Nacido del crimen y para el crimen* has dicho..... Buscabas un rapto de furor que te permitiera hundir la espada en mi pecho. Pronto la mia se enrojecerá con tu sangre; pero..... has de oirme primero.

—Tus palabras.....

—¿No las esperabas, eh? tu salvación estaba en mi demencia..... Antes de morir, oye.

—Insensato.....

—Pero, yo te lo ruego, no hagas gesto ni ademán alguno que indique tu disposición á la huida: adelantarias tu hora. Escucha. Yo tenía un padre y murió. Pocos días después se contaba en diferentes puntos del principado, que Juan de Busa había perecido agitado por crueles remordimientos. Pero tu..... demasiado sabias tu la mano que lo había herido..... Yo tenía una madre, modelo de virtud, ídolo de sus vasallos. ¿Qué te había hecho? También murió víctima de tu desenfreno.—Quedé huérfano, con un hermano de edad más tierna. Fuertes, poderosos, podíamos con el tiempo vengar á nuestros padres y el puñal de los Montells quiso también ensangrentarse en nuestro pecho.....

Ha sonreído también el Anciano Implacable al oír tan terribles cargos contra su familia, y con una complacencia diabólica fija la vista en el Aragonés y el Valvasor. Harto hábil para no sacar partido de esta circunstancia, le interrumpe luego diciendo:

—El de Albaro y Caldés, mis deudos, podrán contestaros. Ninguno de nuestros parientes.....

Enrique de Busa le interrumpe á su vez, y sin hacer caso de sus réplicas, continúa:

—Pensabas exterminar mi raza, y no pudiendo conseguirlo con el oro usurpado á los dos niños, lograste engañar al jefe de la Iglesia y los anatemas y maldiciones llovieron sobre mi familia.....

—Por sus crímenes.....

—Porque tu ambicion tan grande como tu saña, quiso gozar de nuestra herencia. Lo conseguiste, y errantes, fugitivos, nosotros fuimos á mendigar nuestro sustento diario en las calles de Aviñon, en donde imploramos la clemencia de Martin IV. Dios hubiera bendecido á los huérfanos como bendijo al jóven de Capharnaum (1), como bendijo al enfermo en la bethaida de Jerusalem (2), porque Dios bendice siempre á los que no pueden ofenderle; pero su Vicario, imbuido por tí, nos arrojó de su presencia con horror. Allí, en una calle desierta y solitaria ví perecer á mi hermano de hambre y de miseria, sin poder prestarle auxilio alguno. El infeliz gritaba con voz desfallecida: «pan, Enrique, pan,» y yo no podía darle mas que lágrimas. Murió y..... no ignoras quién es el responsable de su muerte. Hásmelo llamado hijo de un asesino por convenir así á tus proyectos infernales y..... ¿qué nombre podría yo darte?

—Acabemos, grita Montells en ademán de quererse retirar.

El de Ausona, interceptándole el paso, dispuesto á herirle, replica frenético:

—Ten la planta. Luego marcharás.... de esta vida, pero todavía tengo algo que decirte en presencia de tus deudos.—Muerto mi hermano quedé solo, y, harto jóven aun, no podía proporcionarme los alimentos necesarios á mi subsistencia. Por otra parte mi nombre era un objeto de horror: el fanatismo y la ignorancia, que tantos males han causado á la humanidad, señalaban con el dedo al réprobo maldito. Tuve que dejar á Aviñon y entonces un hombre bueno se apiadó del desgraciado huérfano. Contando con el poder de mis deudos en la corte de Aragon creia que me serian devueltos los bienes, y por su consejo volví á Cataluña. Vanos fueron nuestros esfuerzos: en posesion de mis riquezas tú, quisiste comprar mi silencio con un puñado de oro que desprecié, y entonces, en el misterio y las tinieblas, se ofreció dinero por mi cabeza y me ví rodeado de puñales.—Viejo execrable, no lo ignoras; tu triunfo fue completo. No viéndome ya seguro en mi país natal, pasé á Sicilia; Roger de Flor habia ya ilustrado su nombre en los combates y merecido que los capitanes le eligiesen jefe de la expedicion que proyectaban; pero Roger hubo emparentado con los Montells, y un Busa proscrito y anatematizado no fuera admitido en las legiones: me presenté como natural de Ausona.

Enrique de Busa se interrumpe un corto instante para tomar aliento, y en su mirada se lee, que solo el cumplimiento de la resolucion que ha tomado puede aplacar su ira.

(1) EVAN. S. JUAN, cap. IV. vers. 20.

(2) Id. id., cap. V, vers. 8.

El Anciano Implacable permanece impávido : las palabras del hazañoso no hacen mella alguna en su semblante. Sin quitarle la vista observa todos sus movimientos y diríase que una sola idea le preocupa..... ¡Guay de Enrique de Busa si en los raptos de furor se le aproxima descubriendo su pecho!

El Monge Gris permanece en la misma posición que tomara poco antes. Diríase que ni ve ni oye lo que en rededor de sí pasa.

La hija del César llora : los demas guerreros, agitados por sentimientos diversos, esperan.

Mientras tanto el de Busa vuelve á tomar la palabra, aunque con voz debilitada por el esfuerzo que ha hecho, resumiéndose de este modo:

—Mis servicios en la expedición son conocidos. Yo, un Busa, espuse mi vida por el César tu pariente: tú, un Montells, fuiste el matador de mi padre.....

—No es verdad, y tus imposturas.....

—Yo salvé el honor y la vida de la actual heredera de los Montells.....

—Para inmolarla luego.....

—Tú condenaste á mi madre á morir en un cláustro privada de sus hijos.

—Jamás.....

—Yo un Busa, libré de la muerte á algun otro de tus parientes, y tú un Montells la causaste á un inocente niño. ¿Comprendes ahora la diferencia que hay entre los Busas y los Montells?....

Se interrumpe de nuevo. Su temblor convulsivo va en aumento, la fiebre colora mas y mas su rostro, y sus fuerzas se agotan. Pudiendo apenas sostenerse, vése obligado á apoyarse en la pared para evitar una caída.

Guillermo de Montells, entreviendo la necesidad de justificarse antes de trabar la lucha, esclama, observando siempre con ojo escudriñador á su adversario:

—Tus palabras solo demuestran lo que ya sabiamos, y es el ódio que alientas contra nosotros.....

—He patentizado algunos de tus crímenes, pero.....

—¡Impostor!

—Pero falta uno que estremece de horror.

Por primera vez empalidece el Anciano Implacable. Ha dado un paso atrás como si la venenosa lengua de una víbora se introdujera en su pié. ¿Pesará algun horrible secreto sobre su vida?.... Es lo cierto que desde aquel momento parece concebir la idea de distraer á su enemigo y acabar de debilitar sus fuerzas y su razón. Tampoco le faltará habilidad para hacer que sus deudos alternen en la ruda contienda. Firme en estos propósitos, esclama con voz fuerte :

—No pienses sorprender á nadie con revelaciones absurdas. Conocidos son los actos de todos mis deudos, y el rey y el papa podrán dar cuenta de las desgracias de los tuyos.

—Uno y otro han servido de instrumento á vuestras miras.....

—¿Qué dices?.....

—Ejecutaron lo que vosotros, raza de villanos, habiais imaginado y.....

Sonríe el Anciano Implacable: ya sus deudos no pueden guardar silencio.

El Aragonés se estremece al oír las últimas palabras del que fué su mejor amigo, y sin saber aún qué partido tomar, le interrumpe diciendo:

—Ernesto..... Enrique, tus palabras son un puñal:

Es interrumpido á su vez por el de Busa, quien le grita con furia:

—Cuando en el combate de Galipoli decias: «Un Busa ante mí temblará.» también sufría yo. Esta es mi hora; oye.....

—Fuiste mi compañero de armas y.....

—Cuando no era un Busa.

—Y te debí la vida en.....

—Aragonés, te lo repito, esta es mi hora repone el frenético Doncel, y luego dando una violenta carcajada y escarneciendo á su compañero de armas, añade: «Un Busa no se presenta nunca en igual combate. Allá desde el fondo de su guarida misteriosa aguza las armas con que ha de herir traidoramente á sus contrarios.....»

Se interrumpe viendo en este mismo instante aparecer al Castellano á la puerta de la estancia. Sorprendido este al contemplar la actitud de sus compañeros y la posicion humilde de la huérfana, interroga al Monge Gris con su mirada:

—¡Ah! todavía queda..... un medio, murmura el Intérprete.

Esto dicho habla un momento en voz baja al Castellano, el cual, despues de haberle respondido con un gesto, entra precipitadamente en el salon, colocándose de manera que Enrique de Busa queda á su derecha y todos los demas al lado opuesto.

Mientras tanto el Doncel de Ausona, sarcástico como poco antes, sigue repitiendo las palabras que el Atleta pronunciara en la cárcel de Tesalónica:

—«Sabadlo para otra vez; el nacimiento de un Busa es como la aparición de una sanguinaria hiena cuya sed de sangre devasta comarcas enteras; una nube de fuego que abrasa y destruye; es todo el mal personificado en un niño. Un Busa es una víbora que debe aplastarse donde se encuentre.....» Pero ¡ah! no nos dicen cómo. Aragonés, tu, conocedor sesudo, dinoslo..... y por el bien de la humanidad, aplasta la víbora.

El sarcasmo era terrible; pero el noble Aragonés duda todavía. Aunque su odio á los Busas raya en fanatismo, al ver á aquel jóven á quien tanto ha amado herido por el anatema; al considerar su inmensa desgracia, párecele que en aquel momento supremo debe respetarle. Temiendo, empero, alguna de aquellas palabras que un caballero no puede tolerar sin menoscabo de su honra, proyecta de repente dejar el salon

—Salgamos de aquí, el ambiente me ahoga, esclama con rábia:

—Salgamos, repite el Caballero del Ataud no menos desesperado.

Mas Enrique de Busa, interceptándoles el paso y dirigiéndose al Valvasor, prosigue frenético:

—Oye tú, hazañoso del féretro, oye. Tres niñas solas pudiendo y debiendo estar acompañadas; un mendigo introduciéndose en su aposento sin ser visto; víctimas sufriendo el martirio sin proferir una queja; cabrones negros que vuelan, y misterio, tinieblas, rayos y tempestades..... Confiesa que el cuento es por demas ridículo. Yo espero que no te vanagloriarás de tus progresos en la historia. Créeme, deja lo absurdo y estudia en otro libro.

Una réplica del Caballero del Ataud puede ser el preludio de una víctima; pero el de Busa, que no ha hecho otra cosa que recordarle su episodio de la cárcel, cambiando súbitamente de tono, añade con furor:

—Guerrero sanguinario, tira de esa espada, trae aquí el pavoroso y funebre aparato que te acompaña en las batallas, y pues es tal tu ódio contra mi raza, conquista la gloria de pasar un Busa por el ataud..... si te atreves.

Un grito ronco y destemplado que estremece á los circunstantes sale de los lábios del sanguinario Valvasor, y su rostro se inflama con los colores de la ira. El brillo de sus ojos espanta; pero ¿quién lo creyera? en el momento de disponerse para hacer riza, titubea. Herir al Doncel de Ausona, su amigo, único hombre que le hacia conservar algun apego á la vida, seria para él lo mismo que hacer empuñar las armas contra su padre. Preocupado, haciendo esfuerzos para enfrenar su ira, esclama con voz fuerte:

—Es la ira de Dios, es el infierno el que me ha traído á este salon.

Enrique de Busa se dispone para continuar, pero al apostrofar con la violencia que lo ha hecho á los que no há mucho fueron sus amigos, sus fuerzas, así como su razon, han recibido el último golpe. Apenas si en adelante podrá coordinar sus ideas y vibrar la espada. Su temblor convulsivo sigue en aumento, y por tercera y cuarta vez, su mente se extravía, y tal vez no pudiendo permanecer en pié se vea obligado á tomar asiento.

En tal estado, dirigiéndose al Caballero del Ataud y al Aragonés, con voz sofocada y ronca, espresion de la ira mas profunda, les dice:

—He repetido vuestras palabras..... ahora vosotros oid una mia.....

—Calla, le interrumpen ambos guerreros á la vez.

—Que infama á los caballeros.

—No la digas.

—¿Os falta valor?....

—¡Maldicion!

Enrique de Busa reúne todas sus fuerzas, se desprende de la pared y lanzándose al centro del salon, les grita desaforado:

—Ambos habeis mentido.

Una carcajada estrepitosa sucede á este grito de guerra. El Anciano Implacable está contento.

Sonó la fatal palabra, y ya no hay remedio; debe correr la sangre. El ritual lo ordena, y el honor lo manda: ambos guerreros tiran de la espada.

—Tú lo has querido, esclama el Aragonés fuera de sí.

—Aplasta, aplasta la víbora, le responde el de Ausona con voz que no es otra cosa que un grito discordante.

—¡Y un rayo no me abrasa! murmura el Valvasor.

—¿Qué esperais?

En el momento de trabarse la lucha, el Castellano, que acaba de dirigir una mirada al Monge Gris, se interpone entre los tres guerreros, y desenvainando su espada la arroja al medio del salon. Dirigiéndose luego al Aragonés y su deudo, les dice con calma y gravedad:

—Señores; algunas veces que vuestro saber y experiencia no necesitaban un consejo de honor, me lo habeis pedido: hoy que el enojo, ofuscando vuestra razon, tal vez podria haceros olvidar por un momento los preceptos de la órden, me atrevo á dároslo, aunque no me lo pidais. No seria de varones esforzados entrar en lucha contra un enemigo desgraciado cuyo entendimiento se hubiese estinguido á impulso de algun dolor vehemente. Vencidos, mengua fuera que oscureciera el sol de vuestra gloria; vencedores, me estremezco al recordar las penas que el ritual impone á los fementidos. Por lo que os he dicho, comprended, amigos mios, lo que he debido callaros. Enrique de Busa no puede en este momento esgrimir el acero.

Dignas y caballerosas eran las palabras del Castellano; mas aunque avezados los hazañosos á guiarse por sus consejos en las cuestiones de honor, esta vez el Aragonés y su noble primo le desoyen. El primero le responde con enojo:

—¿Pretendería el Castellano oponerse?....

—Ved su estado.

—Oid sus palabras.

El Castellano, levantando la voz, repone con fuerza :

—¡Ay del que no sepa comprenderlas! la degradacion de un caballero es la ignominia de una raza.

Al mismo tiempo Enrique de Busa dá algunos pasos hácia atrás; aterrado, y, como si en sus raptos quisiera dar fuerza y valor á las palabras del Optimate, esclama delirante:

—No, no, yo no fui tu verdugo. Es cierto que no te di pan cuando lo pediste; pero ¿lo tenia?.... Lo busqué, y las puertas se cerraron ante el réprobo..... Fué un castigo de Dios..... ¿Quereis que os lo confiese? oid; pero silencio sobre todo, silencio. Yo soy un criminal. ¿Qué edad tenia cuando cometí el atentado inaudito?... Tenia un año poco menos, y entonces fui anatematizado: ¿Qué mayor prueba quereis de mi crimen?.... No lo ignorais, el Vicario de Jesucristo es infalible. ¿Cuál fué mi crimen? lo ignoro, pero debió ser horrendo cuando tal castigo me impusieron. No hay duda. ¿Podria ser maldecido sin ser criminal?....

Se interrumpe un momento para tomar aliento, y luego bajando la voz como si temiera ser oido de otras personas que los que están en el salón, añade con una precipitacion que espanta :

—Ahora ¿qué mas deseais de mí? Todo os lo he confesado. ¿Quereis que llore? no tengo mas lágrimas. ¡Ah! ¿pensais llevaros á esa mujer? llevadla: ya habrá optado entre el trono y el anatema. Pero callad..... la degradacion es terrible..... ¿Me amenazais?.... De lo alto del andamio daré un mentís á la órden y solo con mi cabeza será roto el escudo de mis armas..... Mas de vosotros no lo creo..... Yo he prestado algunos servicios en la expedicion: por toda recompensa dejadme huir. Hablad por fin..... Yo soy un Busa.

Tales síntomas de demencia escitan sentimientos diversos entre los circunstantes.

En los ojos de Montells se trasluce una alegría feroz. ¿Quedará ignorado algun terrible secreto?

El Castellano empalidece y baja la vista al suelo.

El Monge Gris, dirigiendo una mirada suplicante al cielo, ora consternado.

El Aragonés y el Valvasor retroceden, revelándose en sus rostros no menos indecision que asombro.

El amable Sancho derrama mas de una lágrima.

La hija del César, que hubo permanecido sentada, se levanta convulsa y se arroja en los brazos del Monge Gris murmurando:

—¡Pobre Enrique!

Sorprendido el Intérprete, despues de dirigir una mirada escrudiña dora en torno de sí, esclama en alta voz:

—Noble y poderosa señora.....

—Todos le aborrecen, añade Sibilia preocupada por una sola idea.

Cerciorado el Monge Gris de que persona alguna le observa, porque la atencion de todos está concentrada en el de Busa, la pregunta al oido:

—¿Le amais..... todavía?

—¡Es tan desgraciado!

—¡Pobre niña!

—¿Qué he de hacer?

—La princesa Inés os lo dirá; pero silencio, silencio.

La voz del Castellano se oia de nuevo.

—Señores, decia al Valvasor y al Aragonés con amargura; poco há he querido significaros que Enrique de Busa no se hallaba en estado de responder á vuestro reto. Ya lo habeis oido y creo que sus palabras habrán sido mas elocuentes que las mias. Vosotros conoceis el honor y sus leyes. Mas al verle abandonado de todos los que no há mucho eran sus amigos, y creyéndole libre de anteriores compromisos, yo, sin dejar por esto de ambicionar vuestra amistad, nobles señores, yo me declaro su compañero de armas.

El Anciano Implacable hace un gesto de impaciencia; el Aragonés de sorpresa y el Monge Gris de admiracion. Mas el Castellano, sin dar importancia á cosa alguna, continúa dominando al auditorio, no menos con su ademan que con su palabra:

—Que os ha ofendido pretendeis, y pedís la reparacion que conviene á varones bien nacidos: no pienso negárosla. Mañana al salir la aurora os lo conduciré al campo sin mas armas que la espada, y el temple y fortaleza de los leales caballeros. ¿Qué me decis, nobles señores?

La pregunta queda sin respuesta, y el duelo á muerte queda aplazado para el siguiente dia.

Al mismo tiempo un nuevo personaje asomaba en la puerta de la estancia: era la muy alta y noble princesa Inés de Azan. Sorprendida al ver á los caballeros espada en mano, fija la vista en el Monge Gris. Este, que no habia dejado ni un momento la puerta, la responde, hablándola un corto instante al oido. Un ademan de disgusto se escapa de la princesa, y luego, entrando en el salon y dirigiéndose á su caballero, le dice con el tono de la reconvencion:

—¿Qué es esto, mi señor? ¿Pensais esgrimir el acero contra vuestros amigos?

—¡Princesa! esclama el Aragonés.

—¿Habeis olvidado una promesa?....

Recordando el Aragonés el juramento que hizo en Constantinopla de no empeñar duelo alguno sin su licencia, la interrumpe diciendo:

—Princesa, oidme.

—Un caballero que faltare á sus compromisos.....

—No prosigais, repone el Aragonés confundido.

Mas la princesa, cortando repentinamente el debate, le dice con imperio:

—Seguídme, mi señor.

—Sí, si, salgamos de aquí pronto, esclama la hija del César, corriendo á abrazar á Inés.

En el mismo momento, la princesa, acompañada de Sibilía, deja el salón. Guillermo de Montells, el Valvasor, el amable Sancho y el Aragonés la siguen. Este, al pasar por delante del Monge Gris, le dice al oído:

—Necesito vuestros consejos.

—Noble señor, soy vuestro, le responde el Intérprete siguiéndole.

Al ver el movimiento que se opera en la estancia, pasa algo de extraordinario por la imaginacion de Enrique de Busa. ¡Pobre jóven, á quien una pasion funesta que no supo corregir observándose á sí mismo, ha conducido á la insensatez! Un murmullo ronco y prolongado, parecido al chirrido lúgubre de la lechuza, sale de su boca: es el rugir de la tormenta concentrada en su pecho, cuyo rayo es la mirada. Su debilidad está sostenida por el delirio, por la ira, por la desesperacion. ¿Qué fuerzas humanas podrian contenerle?.... El pelo erizado, y rechinando los dientes, se coloca de un salto á corta distancia de la puerta y en vano intenta el Castellano sujetarle. Ya no hay remedio; una escena de horrores se prepara.....; mas de repente caésele la espada de las manos, sus ojos pierden el brillo salvaje que despedian, mira en su derredor como buscando algun objeto, y una sonrisa dulce como la de un niño, ilumina su rostro. Poco despues cae sin sentido en brazos del Castellano, que lo recibe poniendo una rodilla en tierra.

Acababa de oirse una vocecita de ángel que en el corredor inmediato decia:

—Perdonadle, señor.

Mientras que el Castellano, afirmándose en su posicion, sostenia al desvanecido caballero, entraba en la pieza un nuevo personaje diciendo:

—Las damas me lleven si no he visto al viejo este en alguna otra parte..... Pero ¡diablo! ¿Qué ha sucedido?.... ¡desmayado!..... Castellano de Satanás ¿hablarás por fin?

Por toda respuesta el Optimate, señalando al Doncel de Ausona, dice con sentimiento:

—Enrique de Busa.

—¿Cómo?.... ¿qué? repone Siscár visiblemente inmutado.

—Ya lo has oído.

—Entonces el anciano era.....

—Guillermo de Montells.

Una terrible exclamacion sale de la boca del Bañolense, y retrocede algunos pasos confundido. Un momento despues, desgarrándose la herida con manos consulsivas, cae sobre una silla consternado, exclamando

—¡Oh mi Julia! te he perdido para siempre.





LIBRO LX.

EL ENFERMO.—EL DOCTOR.—DE CÓMO LOS PROYECTOS SE MULTIPLICAN.—NO SE OLVIDA *á il nobile di casa tribunicie*.—SUGESTIONES DE SISCÁR.—EPISTOLA.—EN DONDE SE VERÁ QUE EL OLOTENSE NO DUERME.—RIVAL Y TUTOR.—EL ARAGONÉS PIDE CONSEJO AL INTÉRPRETE.—DE LA MÁGIA VENENOSA.—*Hippomane*.



habian pasado veinticuatro horas despues de la insólita y terrible escena que acabamos de describir, y el sol se hallaba en la mitad de su carrera. Retirado sin sentido de casa de Rocafort, Enrique de Busa, fué conducido á un modesto y retirado albergue, donde se agitaba consumido por una ardiente fiebre que infundia gravísimos recelos acerca de la razon y de la vida del doliente.

El facultativo mas hábil de las legiones fué llamado para prestarle los auxilios de la ciencia, y este no era otro que el Monge Grís, cuya fama en el arte de Esculapio oscurecia la de todos sus compañeros. El sábio doctor, queriendo ante todo observar los síntomas de la enfermedad, no habia al pronto encargado otra cosa que la quietud y descanso del malaventurado caballero.

A la sazón Enrique de Busa dormia profundamente. La habitacion en que se hallaba estaba dividida en dos partes casi iguales por medio de un

biombo, que tenia una puertecilla en el centro para la comunicacion de ambos compartimientos. En la primera mitad no se veian mas muebles que la cama del enfermo con cortinaje encarnado formando pabellon, y unas cuantas sillas, no muy lujosas. Una puerta, situada frente á la pared donde estaba apoyada la cabecera del enfermo, conducia á un gabinete vecino. La otra mitad separada por el biombo, que no contenia mas que una mesa y algunas sillas, ofrecia otra puerta de mayores dimensiones que comunicaba con las demas habitaciones de la casa.

Acababan de retirarse los amigos del de Busa, y el Monge Gris, que no le dejaba ni un momento, se hallaba solo en la segunda mitad de la estancia. Como de ordinario, luego de haber quedado sin testigos, se pasea un largo rato silencioso y meditabundo; pero ¡cosa estraña! dando evidentes señales de cierto abatimiento no muy comun en él. Abre luego la puertecilla del biombo, se aproxima al enfermo con paso quedo, le contempla un momento y le pulsa, y despues de arreglarle la cama vuelve á entrar en la pieza inmediata, en donde sentándose en una silla próxima á la mesa, esclama contristado :

—¡Dios mio, qué contratiempo!.... Todo perdido por la imprudencia del uno, la funesta pasion del otro y..... la llegada de aquel hombre fatal que tantos males ha producido.....

Se interrumpe, y levantando los brazos y los ojos al cielo, añade luego dando un suspiro :

—Señor, ya otras veces os lo he dicho; mis débiles fuerzas se niegan á sostenerme; el peso de los años ha encorvado mi cuerpo.... ¿Podré llenar la mision santa que me habeis confiado? Recuerdo las palabras de Moisés en el valle de Paran, cuando al abandonar á Sinaí el pueblo murmuraba contra el maná pidiendo los variados y abundantes manjares de Egipto: *¡Ah! ¡qué carga tan pesada!* decia el gran legislador, *yo no puedo con ella: Señor, hacedme morir.*

Guarda silencio un corto instante, y despues dice con resolucion:

—No hay remedio: Dios lo quiere.

Apenas pronunciadas estas palabras, saca unos papeles de su bolsillo, los hojea con algun cuidado, y apoyando los codos sobre la mesa, continúa su monólogo de esta manera:

—El Castellano se ha portado bien. Tuvo una feliz idea..... ¿pero qué habrá resuelto sobre el nuevo encargo que le hice?.... Es caballeroso, es honrado y duda..... Hay que valerse de todos los medios para obligarle..... La princesa está advertida y se prestará..... y el Olotense se explicará bien..... Adelante, adelante. Tal vez esta misma noche vendrán y..... los otros en el gabinete..... Perfectamente.

Dobla algunos papeles, los introduce en su bolsillo y luego como preocupado por otra idea, continúa sonriendo:

—Pero ¡ah! El Castellano querrá que le cumpla la promesa, querrá ver..... la vision..... Segun sean sus pretensiones obraremos.....

Dicho esto, se levanta, se acerca quedito á la puerta del biombo, y luego de asegurarse de que el enfermo reposa tranquilamente, vuelve á tomar asiento diciendo:

—Siscár cumplió mejor de lo que se podia esperar..... Ha salvado el ejército y ... seré condescendiente con él..... Creo que junto al castillo de Chiridocastro me pidió que escribiese á su señora diciéndola que..... Está bien..... Debía participarme la llegada del de Montells. Sin duda los sucesos del ejército lo impidieron..... No le haré ningun cargo.....

Dobla algunos otros papeles, los oculta bajo su sayal gris y reservando solo uno que lee con algun cuidado, dice con pausa:

—Son las notas que Juan me dió..... En esta habla del Veneciano..... ¿Un proyecto para robarla y..... no se le ha visto tomar parte en la batalla?.... Algunos italianos han permanecido leales..... Nada de esto me gusta. Conviene saber su paradero y sino se puede conseguir vigilando á sus mas adictos..... Pero pronto vendrá el Olotense y.....

Se interrumpe, y escuchando con atencion, añade:

—Esta vez no me engaño, alguien viene.

Casi al mismo tiempo, abriéndose la grande puerta de la estancia, entraba el opulento optimato Federico de Guzman, á quien llamaban alternativamente el Castellano y el Hidalgo Justador.

—Os esperaba, ilustre señor, le dice el Monge Gris levantándose.

—Es la hora convenida, repone el Castellano, tomando asiento y luego añade: ¿Y el enfermo?

—No ha despertado todavía.

—¿Habeis observado algun síntoma favorable?....

—No señor.

—¡La misma incertidumbre! Pero, ¿qué rencor, qué ira entre ambas familias! ¿Conoceis sus secretos?

El Monge Gris, que no esperaba esta pregunta, la elude respondiendo:

—Yo, poderoso señor..... rogandóos que intervinieseis..... quise cortar una desgracia. Vos me habeis solicitado despues para que cuidase al enfermo y.....

—En efecto.

Momento de silencio. El Castellano está inquieto é impaciente como quien vacila en abordar una cuestion que le interesa. El Monge Gris, que no pierde ninguno de sus movimientos, lo apostrofa de repente, preguntándole:

—¿Habeis reflexionado, noble señor?

—No sé si lo suficiente, responde el Castellano meditabundo.

—Tal vez sea peor para vos.

—¿Quereis hablar de María, de la vision?

El Intérprete, sin responder á su pregunta, repone:

—Yo creia que no erais accesible á ningun temor.....

—El hombre aspira en vano á la perfeccion en esta vida; pero, espli-
quémonos, si os parece, interrumpe el Castellano, con no menos calma
que gravedad.

—Podeis hablar, ilustre señor.

—Vos intentásteis impedir un duelo, y si ahora no lo comprendo mal
provocais otro. La diferencia está en que antes era entre el Aragonés y
el de Busa y ahora entre el Aragonés y yo.

—¿Lo habeis podido imaginar? pregunta el Monge Gris admirado.

—Sosegaos.

—No conservo menos estima por vos que por el muy alto y noble Ara-
gonés.

—No he dudado nunca de vuestras virtudes; pero podriais equivocaa-
ros. Yo siento que el Aragonés se llamará ofendido en el momento que
sepa.....

—¿Ignorais que no puede esgrimir el acero sin el beneplácito de la
princesa?

—Pero la princesa.....

—No se lo dará nunca y menos en este caso.

—Me basta. ¿Y no creéis que la formidable clava del Aragonés.....

—No prosigais; conocido es vuestro valor del ejército todo. Ahora po-
dremos continuar, si os parece.....

El Castellano, interrumpiéndole con mucha viveza, le dice:

—Es inútil: haré lo que deseais.

El Monge Gris, no pudiendo ocultar la satisfaccion que experimenta,
deja asomar una sonrisa en sus labios, preguntando:

—¿Hareis?.....

—Todo, repone el Castellano con resolucion.

—Mucho teneis adelantado. Ya circula la noticia en el ejército, y los
caballeros se la participan unos á otros con asombro.

—Tanto mejor. Pero me prometisteis un próximo desenlace.

—Cumpliré cuanto os ofrecí, le interrumpe el Monge Gris, y luego
añade dándole un pliego: tomad la credencial.

—¡Tutor y rival! murmura el Castellano en el acto de tomar el escrito,
y luego pregunta: ¿Es urgente?

—Urgentísimo: Oponeos á su marcha.

—Entendido.

Despues de un momento de silencio, el Castellano, cambiando repentinamente de conversacion, le dice bajando la voz y con algun misterio:

—Supongo recordareis que allá en las verjas de Chiridocastro me ofrecísteis volver á poner ante mis ojos aquella vision.....

El Monge Grís, como preocupado por una sola idea, le interrumpe diciendo:

—Todavía no os lo he dicho todo, noble señor: enterareis á Siscár de cuanto tiene relacion con la princesa.

—¿A Siscár?

—Auxiliará vuestros esfuerzos.

—Está bien. Pero María de Meneses.....

—Hay mas: al anocheecer os necesitaré. ¿Podreis honrarme con vuestra presencia?

—Vendré á ponerme de nuevo á vuestras órdenes?

—¡Tanta bondad!

—¿Habeis concluido? preguntó el Castellano impaciente.

—¡Ilustre señor!

—¿No habeis olvidado vuestro ofrecimiento respecto de María de Meneses?

—No por cierto.

—No pienso inquirir como se operó aquel encanto; pero deseo que lo repitais.

—¿Vos deseais ver á María?.....

—Fantasma ó realidad tal como allá en Galípoli.

—Vuestros deseos quedarán satisfechos; pero no tan pronto como yo quisiera.

—He oido estas palabras alguna otra vez.

—Quisiera poder complaceros ahora mismo, noble señor; pero en esta humilde estancia sin el aparato mágico, me seria imposible.

Esta simple observacion hace alguna fuerza en el Optimate, quien mas sosegado pregunta:

—¿Cuándo no lo será?

—En breve.

—Fío en vuestra palabra.

—Yo creí en la vuestra.

—Y no os habeis arrepentido.

—¡Ilustre señor!

—Me retiro, y pronto sabreis cual cumplo mi nueva oferta, dice de repente el Castellano levantándose.

—Esto mas tendré que agradeceros, le responde el Monge Gris dejando igualmente su asiento y haciendo una reverencia.

Apenas tendria tiempo el noble Castellano de haber salido á la calle, cuando un nuevo personage, con el brazo vendado, receloso y cabizba jo, se presenta en la estancia: no era otro que Siscár. Sus primeros pasos despues de atravesar el dintel revelan cierta inquietud y zozobra que se aviene mal con su carácter y naturales inclinaciones.

—¿Os dignareis tomar asiento, noble señor? le dice el Monge Gris saludándole con respeto.

—¿Qué no haria yo por complaceros? responde Siscár devolviéndole el saludo con cierta afectacion.

—Muchas son vuestras bondades, repone el Monge Gris sonriendo.

Despues de haberse informado del estado del enfermo, Siscár, incapaz de disimular largo tiempo sus sentimientos, le dice observándole atentamente:

—Supongo que habré incurrido en vuestro desagrado.....

El Monge Gris le interrumpe con mucha viveza, diciéndole en ademán de admirado:

—¿Lo pudisteis creer? ¿Cómo? ¿Haciendo el mas grande de los servicios á la causa nacional?

El rostro de Siscár se ilumina.

El Monge Gris prosigue con entusiasmo:

—¿Incurrir en mi desagrado y habeis salvado el ejército? Por el contrario, noble señor; admirador de vuestro heroico hecho de armas, no quiero ser el último en manifestaros mi agradecimiento; agradecimiento que os hará conocer en adelante el interés que tomaré por vuestra suerte.

Siscár, gallardeándose, satisfecho y complacido, en el sitio, levanta la cabeza. Ya no se nota en su persona aquella inquietud que poco antes caracterizaba todos sus movimientos. Ya su mirada, recelosa no há mucho, se pasea tranquila y serena por la estancia. En tal estado, haciendo una reverencia á su interlocutor, añade:

—Quise solo significar que no pude saber la llegada de Montells..... A la cabeza de la conjuracion.....

—¿Quién lo duda, ilustre señor? En momentos tan críticos no podiaís atender á otra cosa. La detencion de los cinco hazañosos en Tesalónica no pudo preverse.....

—Cierto, cierto, interrumpe Siscár mas y mas alentado oyendo su justificacion en boca de la única persona que le imponia respeto.

—Despues, los que quedaron adictos á la causa de Aragon, os honraron con su confianza.

—Y debí aceptar el mando.....

—Para capitanear una jornada memorable. ¿Quién lo duda?.... Si os parece no nos ocuparemos mas de esto.

—Como gustéis.

—En este caso me permitireis que os haga un encargo de alguna importancia. El Olotense os advirtió que un rapto.....

Siscár, cuya penetracion iguala á la viveza de su carácter, le interrumpe diciendo :

—He hecho observar á Badoero antes de la batalla para conocer las personas que frecuentaba. Algunos de mis agentes, vendiéndose por amigos, le han interrogado sobre sus proyectos; pero receloso y astuto se muestra indiferente á todo, ocultando su pensamiento con una habilidad que honraria á los mas diestros diplomáticos.

—¿Pero vos os habeis persuadido de que tiene un pensamiento?

—Sin duda alguna.

—¿Y qué pensais de su desaparicion?

—Dos cosas: la primera, es que viendo la causa de Rocafort tan impopular como contraria á sus miras, no quiso apoyarla.

—¿Y la otra?

—Que está próximo á realizar su proyecto.

—¿Y cómo habeis conocido que la causa de Rocafort contrariaba sus proyectos? interroga luego el Monge Grís reflexivo.

—Precisamente porque no la ha apoyado. Si el caudillo le hubiese otorgado la mano de Sibilía fuera su mas ardiente defensor.

—¿Por qué entonces no sostuvo la causa nacional?

—Porque venciendo nosotros tambien perdía la hija del César, y su plan no es otro que robarla y desaparecer.

En extremo satisfecho del informe de Siscár, el Monge Grís, le dice despues de un momento de pausa :

—Poderoso señor, ahora mas que nunca debeis continuar vuestras investigaciones. No seria extraño, que el veneciano, oculto en la poblacion, quisiera aprovecharse de la confusion y desórden que han ocasionado los últimos sucesos para el logro de sus intentos.

—Queda á mi cuidado. Se le busca por todas partes y se vigila la morada de Sibilía.

—No olvideis que es no menos hábil que pérfido y.....

—No importa.

—En vuestro saber y esperiencia confio, noble señor. Mas por lo que

pudiera ocurrir convendría que os viéseis con el Castellano y que esta noche viniéseis á verme.

Gozoso Siscár de poderle manifestar de nuevo sus deseos de complacerle, repone con viveza :

—Vuestras indicaciones son para mí órdenes supremas que cumplo con el mayor gusto.

El Monge Gris, sonriendo, le alarga una mano con cariñoso abandono. El Bañolense, gozoso, la estrecha entre las suyas, creyéndose en el colmo de la dicha. Imaginaba que airado el Monge Gris le haría terribles cargos por no haber sabido á tiempo la llegada de Montells, y ve por el contrario, que poniendo de relieve su heroica conducta en el momento de la conjuración, le festeja y halaga. Esto le sugiere una idea que puede ser fecunda en resultados. Aprovechándose con su acostumbrada sagacidad de la buena disposición en que se encuentra el Intérprete, le dice después de reflexionar un momento :

—Cuando yo os ofrecí mi cooperación para guerrear contra los traidoras allá en Chiridocastro.....

—¿Querreis hablar de la carta? interrumpe el Monge Gris.

—Precisamente..... si señor..... Es un asunto de la mas alta importancia.

—¿Quién lo duda? Pero veamos. Os ofrecí, si mal no lo recuerdo, escribir una carta á la muy poderosa y noble Julia, asegurándola vuestro amor y constancia.....

—Y lealtad nunca desmentida, insinúa Siscár.

—Está bien, repone el Intérprete sonriendo, y luego añade : Mas, ¿no sería mejor que primero tomase nuevos informes sobre vuestra moralidad?

—Preguntad, os daré todos los que querais, responde Siscár con mucha viveza.

—¿Cómo? ¿Vos mismo?....

—Si señor: y no serán malos.

—No lo afirméis, repone el Intérprete sin dejar de reír; pero de todos modos hoy mismo pienso cumplir la promesa que os hice y en breve sabrá vuestra noble señora que continuais siendo un cumplido caballero.

Siscár, deseando sacar todo el partido posible de aquella escena, repone :

—No olvideis insinuarla algo sobre los muchos caballeros á quienes he hecho confesar, mal de su grado, que es la doncella mas apuesta de la cristiandad.

—No lo olvidaré, dice el Monge Gris tomando apuntes.

—Ademas, vos me afirmásteis haberla escrito que habia en el imperio bellezas incomparables.....

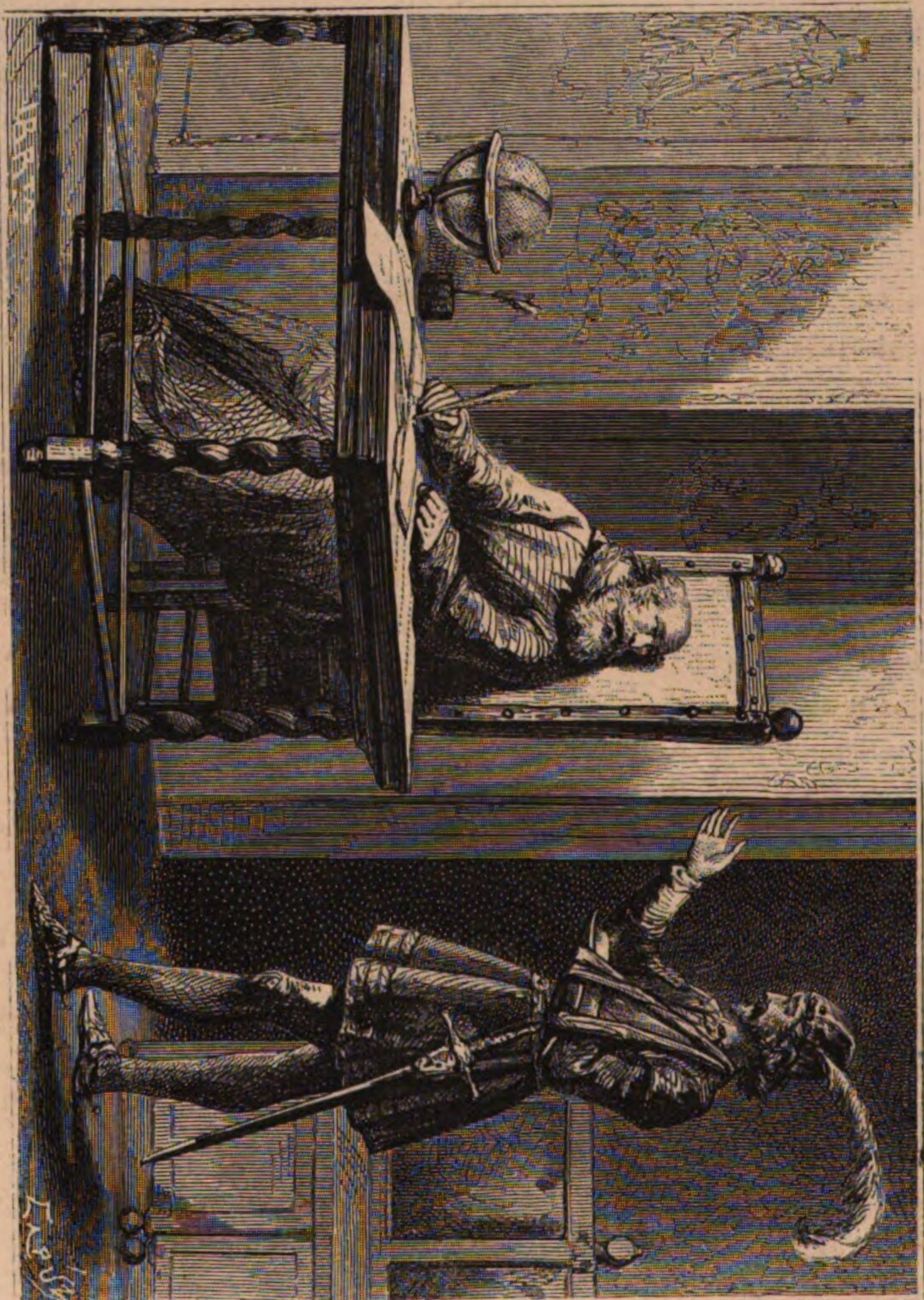


LÁMINA 22 —Falta una cosa destinada á producir el mas grande efecto.
—Sepámosla

—Es cierto, os lo confié en Galípoli.

—Y tambien recordareis que yo os insinué haberla hecho alguna indicacion contraria á la vuestra.

—Lo recuerdo.

—Pues bien, para que no encuentre ni el mas pequeño desacuerdo entre vuestras cartas y las mías, diréisle ahora que yo no me he ocupado de mirar las bellezas de Oriente.

—¿Podré afirmarlo?.....

—¿Y cómo no?

—Sin embargo, allá en el convite que nos dió Rocafort en Galípoli, parecióme veros admirar con mucha atencion las sílfides.

Demasiadamente recuerda Siscár las distracciones que tuvo en aquella fiesta; pero encontrando su justificacion en la última palabra del Intérprete, repone con calor:

—¿Y qué! ¿contariais entre las bellezas orientales á las sílfides? ¿No son de la misma naturaleza que los gnomos á quienes Dios confunda? Consultad sino á mi amigo Tillebery (1) y os dirá cosas peregrinas de las hadas, á quienes conoce muy particularmente, y algo mas. Tambien podeis hojear á Santo Tomás y conoceréis ¡oh asombro! la historia de los espíritus que pueblan los cuatro elementos, desde las sílfides esparcidas por el aire, hasta las salamandras que habitan el fuego.

Al oir este rasgo del incomprensible Bañolense, el Monge Gris se queda suspenso, mirándolo algunos instantes; pero deseando conocer el carácter de tan singular caballero bajo todas sus fases y aspectos, determina seguirle la conversacion en el mismo tono.

—Pero noble señor, le dice; ¿vos creéis que yo en conciencia?....

—Escribid, escribid. ¡Escrupulos! ¡y vais á hacer una accion buena! interrumpe Siscár con su modo original.

No pudiendo conservar por mas tiempo su gravedad el Intérprete, suelta una carcajada.

Siscár, deseando aprovechar el momento, añade:

—Falta una cosa destinada á producir el mas grande efecto.

—Sepamóslo.

—Debeis pintar á mi señora con los mas vivos colores el misero estado á que me ha reducido el amor. Ya lo veis, de tal manera he enflaquecido que mis débiles piernas se niegan á sostenerme.

El Monge Gris, soltando la pluma, repone:

—¿Cómo? Vuestra salud es admirable y decís.....

(1) Gervasio de Tillebery, autor del siglo XIII.

—He enflaquecido.....

—Yo creo que estais mas robusto que antes.

—En la apariencia.

—Sin embargo, yo veo.....

Siscár, interrumpiéndole con mucha viveza, replica:

—Cuando vos me insinuásteis que debia salvar el honor del ejército, no vacilé; y vos me disputais unas palabras con tal tenacidad.....

Sin duda en concepto del Intérprete semejante observacion no tenia réplica, porque interrumpiéndole á su vez, le dice volviendo á tomar la pluma:

—Ilustre señor, se hará como vos deseais.

—Está bien, repone Siscar satisfecho viendo escribir al anciano, y luego añade: por supuesto al terminar no olvidareis de insinuarla que si conservo un solo soplo de vida, es solo por la esperanza.....

—Entendido, entendido, interrumpe el Monge Gris acabando de tomar sus notas.

Altamente satisfecho Siscár de haber logrado vencer la resistencia del Intérprete, se levanta, y como en ademan de marcharse, le dice:

—Buen anciano; despues de haber oido vuestras palabras, ya no temo que la incomparable Julia me niegue su codiciado amor. Siento que habeis derramado en mi pecho el bálsamo de la esperanza.

El Monge Gris, dejando igualmente su asiento, le responde:

—Feliz mil veces, yo, poderoso señor, si he logrado haceros este pequeño servicio, que podrá en adelante impedir tal vez vuestro enflaquecimiento.....

—En efecto, en efecto, lo impedirá. Me propongo desde ahora engordar mas que nunca para no desmerecer por ningun concepto del amor de mi señora.

En el acto de marcharse el Bañolense, el Monge Gris, golpeándose la frente, murmuraba:

—¡Es imposible, totalmente imposible, poder acabar de definirle!

Un momento despues entraba en el aposento Juan, el mismo que era conocido entre los soldados por el Olotense, diciendo:

—Señor, el muy alto y poderoso Jimeno de Albaro acaba de haceros llamar.....

—Esperaba el aviso, y voy corriendo á su casa, le interrumpe el Monge Gris. Te quedarás un momento en guarda del enfermo; pero antes dime si has reconocido el terreno.....

—Perfectamente, y ademas he tomado otras muchas precauciones. Las casas vecinas están ocupadas por amigos que á la primera señal.....

—Muy bien.

—Constantemente rondarán la calle dos ó tres de nuestros mejores agentes, como Cap-ruén.....

—Era necesario.

—Pero he hecho mas, y es circular la noticia de que Badoero se habia marchado á Venecia. ¿Comprendeis? Persuadido de que todos lo creen fuera, trabajará mas al descubierto.....

—Bien, bien: no hubiera podido hacer mas yo mismo, le interrumpe el Monge Gris, tendiéndole la mano.

—No ignoro que Siscár ha tomado tambien ciertas precauciones, y.....

—Cállate las tuyas..... ¿Mas qué me dices de la princesa?

—Igualmente se ha hecho todo conforme lo ordenásteis.

—¿En verdad?

El Olotense, bajando la voz y con no poco misterio, añade:

—La he dicho revelaciones terribles..... crímenes inauditos..... en el delirio..... Además que se os habia comprado á peso de oro.

—¿A mí?

—A vos: es decir al doctor que cuida al enfermo.

—Está bien, era lo convenido; pero, ¿qué ha dicho ella?

—Despues de enterarse de todo con mucha atencion, me ha asegurado que esta misma noche.....

—¿Lo has comprendido bien? interrumpe el anciano con un gesto que denota su satisfaccion.

—Si señor, y entonces la he hablado del biombo y.....

—Bien pensado. No olvides de hallarte aquí á la misma hora.

—Desde el salon inmediato lo oiré todo. Mas advertid que antes esperan al Castellano.

—Las dos.....

—Una y otra se arreglarán á vuestras instrucciones.....

—Es tarde: no perdamos mas tiempo, interrumpe de repente el anciano.

Al pronunciar estas palabras vuelve á entrar en la piececita inmediata, examina de nuevo al enfermo y dando algunas instrucciones al Olotense, se aleja precipitadamente.

Al retirarse con la princesa y sus parientes del palacio de Rocafort, el Atleta de Aragon estaba inconsolable. No obstante que una misma morada albergaba á todos, por haberlo asi querido el de Montells, no habia visto á ninguno. Retirado en sus aposentos, agitado y lleno de presentimientos funestos, hubo pasado una noche terrible. Su admiracion y es-

tima por el Doncel de Ausona, su compañero de armas, rayaba en idolatría. Generoso y grande por carácter, le hubiera entregado sin vacilar toda su fortuna: dueño de la mano de una beldad á quien habia amado con frenesí, se hubiera creído desgraciado no viendo á su amigo tan venturoso como él lo era, y ahora un solo nombre, Enrique de Busa, maldito y anatematizado, ha destruido repentinamente todas sus ilusiones. Así se llama el que fué su mejor amigo y es el universal heredero de una familia de réprobos á quien él ha declarado guerra de esterminio. Por otra parte, Enrique de Busa le ha hecho un insulto que solo con sangre se borra..... Sin tomar resolucion alguna, pesaroso y desconsolado el noble Aragonés no habia podido en aquella noche conciliar el sueño.

Mas al siguiente dia, ¡cuánto debian aumentar sus penas! La nueva mas cruel, la que mas podia herirle en el corazon llega á sus oidos y le deja sin aliento y sin fuerzas. Por diferentes conductos se la comunican personas de algun valer, que merecen toda su confianza. ¡Gran Dios! Federico de Guzman, el famoso optimate de Castilla, á quien tanto admira y respeta el ejército, se ha declarado su rival, y segun todas las apariencias Inés de Azan no es indiferente á sus obsequios. El cráter de un volcan abierto repentinamente á sus piés, vomitando turbiones de lava y fuego, le hiciera mucha menos impresion. Creyendo un sueño lo que por él pasa, toma nuevos informes y todos le dan el mismo resultado. Así entre los capitanes como entre los soldados apenas se habla de otra cosa que de los amores del Castellano y la princesa.

El desconsolado Aragonés, disimulando con una falsa sonrisa su despecho, llama é interroga á Pedro Roque el cantinero, legionario que, como se ha dicho, posee toda su confianza:

—Señor, en todas partes se afirma, responde el cantinero contristado.

—¡Rayo de Dios!

Con algun misterio y bajando la voz, el cantinero, añade:

—¿Ignorais lo que acaba de suceder en este momento?

—Habla, habla, repone el Aragonés con creciente exaltacion.

—No ha mucho que el Castellano hablaba con la princesa.....

—¿En dónde?

—Desde la calle, y Cap-ruén afirma que al despedirlo ella, asomada á una ventana le tiró unas flores.

El Aragonés, no pudiendo contenerse, esclama furioso:

—Por la vírgen del Pilar..... Parece que los potentados de Castilla desconocen el temple de los de Aragon: yo me encargaré de.....

—Señor.....

—Oye Pedro, y no olvides el encargo que voy á hacerte, porque es

cuestion de vida ó muerte para mí. Parte ahora mismo é infórmate secretamente de cuanto se dice, de todo cuanto se dice. Los sirvientes del Castellano te harán conocer los proyectos de su amo. ¿Comprendes?....

—Se hará como deseais.

—Necesito saber muy particularmente lo que dijo la princesa al Castellano en el acto de arrojarle las flores.

—Interrogaré á Cap-ruen.

—Puede haberlo oído.

—Sin duda.

—Pero..... parte, no te detengas.

—Voy, voy, mi señor.

Al retirarse Pedro Roque, el Aragonés cae consternado en una silla, murmurando:

—Todo perdido en un dia. ¡Triste prueba de la inconstancia humana!

Hay momentos en la vida imposibles de describir, y en los cuales el corazon del hombre es demasiado pequeño para contener el dolor que en él se concentra. El Aragonés no puede darse cuenta ni de sus acciones ni de sus palabras.

Unas veces se pasea por la estancia profundamente abstraído en una sombría meditacion, sin reparar siquiera en los pages que de vez en cuando entran para recibir sus órdenes. Otras veces toma un libro para ver si consigue disipar los tristes pensamientos que le agobian, pero no acierta á comprender ni una sola palabra de las páginas que con sus estraviados ojos recorre: aturdido del rudo golpe que acaba de recibir, queda como privado de la conciencia de si mismo durante algunos momentos.

Poco despues se verifica en su espíritu una reaccion violentísima. La cólera le ofusca, la ira le sofoca. En un rapto de furor empuña la maza decidido á retar al Castellano para salir de todas las dificultades que le rodean, pero una sencilla reflexion le restituye la calma. El Monge Grís ejerce una influencia omnimoda sobre el ánimo de la princesa: ¿no seria mejor consultarle para saber el modo mejor de ganar el terreno perdido? ¿No convendria mas usar de la persuacion que de la fuerza? El Atleta duda, vacila unos instantes, pero al fin, considerando que de todos modos siempre le quedará libre el terreno de las armas como último recurso, se decide á consultar al Intérprete y le hace llamar sin pérdida de tiempo. Mas tranquilo luego, al menos en la apariencia, y afectando una calma y una tranquilidad que está muy lejos de tener, entra en el salon á besar la mano á las damas y á saludar á Montells.

La princesa lo recibe con cortesía; mas él, sin embargo, cree notar un cierto cambio en su semblante que no se atreve á definir. La hija del

César había tenido aquella mañana una conferencia, no menos secreta que misteriosa, con Inés, y aunque pesarosa y melancólica, se viera mas sosegada y tranquila que el día anterior.

Guillermo de Montells había triunfado de su enemigo, y con una rapidez extraordinaria hacia los preparativos de viaje; todo caminaba á medida de sus deseos, y, sin embargo, no estaba satisfecho. Cuando el día antes se hallaba frente al de Busa espada en mano, no había dado importancia alguna á aquel hombre grosero envuelto en un sayal gris, que permanecía silencioso en la puerta del salón; mas después de haberse retirado con sus deudos, el aspecto sombrío y misterioso del extraño personaje le causa algun desasosiego, y siente no haberle observado con mas detenimiento. Algo preocupado con esta idea, á la sazón, arriesga algunas preguntas que las damas y el Atleta responden como pueden.

—¿Pero es simplemente un doctor del ejército? insiste.

—A la llegada de la expedición nadie comprendía el idioma del país, y hacia de intérprete, contesta el Aragonés.

—¿Cuando vino á Oriente poseía ya el griego?

—Sin duda alguna.

—¿Y su país natal?....

—Se ignora, lo mismo que su nombre.

Guillermo de Montells, poco satisfecho, se disponía á seguir el interrogatorio, cuando uno de los sirvientes del Atleta anuncia la visita del Castellano. Al oír su nombre cesan todas las conversaciones y las miradas se dirigen á la puerta de la estancia.

Cortés y galán el entendido hidalgo, al inclinarse ante las damas sabe significarlas que son bellas, y una y otra le responden con una amable sonrisa. Sin embargo, en el rostro de la princesa se nota embarazo y confusión y en el de Sibilia sobresalto.

La inesperada visita no ha hecho menos impresión en Guillermo de Montells y en su deudo. Creyendo altivas las maneras del Castellano, el primero toma un aspecto severo, y el Aragonés se agita en el sitio, pudiendo apenas contener su enojo:

Dueño de sí mismo, el noble Castellano, impávido y dominando con su mirada al auditorio, se expresa con su gravedad melancólica en estos términos:

—Un asunto de alta importancia me obliga á molestaros un momento; y si las muy nobles y poderosas damas me permitiesen que.....

—Podeis hablar, le interrumpe la princesa.

El Castellano, después de darla las gracias con el gesto y la mirada, dirigiéndose á Montells le dice:

—Noble anciano, parecióme ayer haber oído que sois Guillermo de Montells, rico-hombre de Cataluña.

El anciano, no queriendo pasar plaza de descortés, le contesta:

—El mismo.

—En este caso.....

—Permitidme á mi vez preguntaros ante todo quién sois vos, interrumpe Montells con tono altanero.

—Me llamo Federico de Guzman, y soy optimate de Castilla.

—Podeis hablar, repone Guillermo con el tono de un monarca al dar audiencia á sus vasallos.

El Castellano, á quien nada se escapa, revistiéndose cada vez de mas gravedad, continúa:

—Contando con vuestro beneplácito, desearia conocer á fondo, sin ser indiscreto, la mision que insinuásteis os habia confiado D. Jaime de Aragon, respecto á la hija del César.

—¿No podriamos saber el por qué? pregunta Montells con no poca ironía.

—¿Quién lo duda? Porque podria estar en oposicion con otra de que estoy encargado.

—¿Acerca de la hija del César?

—Así es.

El anciano, en tono solemne, repone:

—El rey manifestó su voluntad.....

—Hay alguna mas poderosa que la del monarca, interrumpe el Castellano no menos grave.

—Mis derechos.....

—Los hay mas respetables.

—¿Qué os atreveis á decir?

—Me es preciso para.....

El viejo Montells, cansándose del debate, repone señalando á su nieta:

—Esta jóven vendrá conmigo á la córte de Aragon: tal es la voluntad del rey..... y la mia.

—La ilustre huérfana permanecerá en Oriente hasta que yo otra cosa disponga, replica el Castellano sin perder su aplomo.

—A mucho os atreveis, noble hidalgo, y yo os aconsejaria que antes que otra cosa aconteciera.....

—No olvideis que la princesa.....

—Acabemos. ¿Quién os ha autorizado para oponeros á la marcha de la heredera de mi casa?

—Quien puede mas que vos.

—¿Mas que yo? Soy su abuelo.

—El que me legó sus poderes era.....

—¿Quién?

—Su padre.

Momento de silencio. Montells comienza á creer que la mision de Guzman es seria, y que tal vez comprometa todos sus proyectos.

Sorprendido el Aragonés, mira al hidalgo como dudoso de lo que acaba de oir. ¿Es posible que Roger de Flor confiara su hija á un extranjero hallándose él en las legiones?

Inés de Azan y la huérfana permanecen con los ojos bajos.

Guillermo de Montells habla de nuevo dirigiéndose al Castellano, y su tono es menos áspero y altanero que poco antes.

—Noble señor, le dice, ¿sin duda podreis acreditar?....

—Vedlo, interrumpe el Castellano, depositando un papel en sus manos.

El anciano, reconociendo el sello y la firma del César, lee el escrito con cierto sobresalto que no puede disimular.

—¿Cómo! esclama luego asombrado, ¿el Cesar os hace árbitro de la suerte de su hija, os nombra su tutor y.....

—¿En verdad? pregunta en el Aragonés en el colmo de la admiracion.

—Mirad.

El Atleta fija la vista en los caractéres que le presenta el anciano, y cesan todas sus dudas. Ciertamente es: Guzman dispone de la huérfana.

El Castellano, volviendo á tomar el escrito, pregunta luego á Montells.

—¿Reconoceis ahora mis derechos?

Titubeando el anciano, responde:

—Los reconozco en efecto..... pero yo tengo los míos y..... nos pondremos de acuerdo.....

—Está bien.

—Si os parece, mi noble y poderosa nieta permanecerá por ahora al lado de mi señora la princesa.

—Este es mi único deseo.

Montells respira.

—Para ello contamos con el beneplácito de la hermosa Inés, añade el Castellano inclinándose ante la princesa.

—¡Oh ciertamente! no pretendo separarme de ella nunca, dice Inés abrazando cariñosamente á Sibilia.

Altamente satisfecho del resultado de su mision el noble Castellano, y deseando terminar aquella escena, luego de obtenido el permiso de las damas, se levanta; Montells y el Aragonés le imitan, y el primero le acompaña hasta la puerta, en donde le despide con no poca cortesía. Casi al

misimo tiempo anuncian al segundo que el Intérprete le espera en su gabinete, y deja igualmente el salon despues de inclinarse ante Inés y Sibilia.

Como siempre, el Atleta recibe al Monge Gris con las mas gratas demostraciones.

—Sentaos, buen anciano, le dice luego ofreciéndole una silla.

—Ilustre señor, mucho honrais á vuestro siervo.....

—No es tanto como mereceis.

—Gracias, gracias, mi señor.

El Monge Gris se acomoda en un sillón, y el Aragonés, despues de reconocer la estancia y cerrar la puerta, toma asiento á su lado, diciéndole, como de costumbre, sin preámbulo alguno :

—Recordando lo mucho que debo á vuestros consejos he querido consultaros hoy sobre un negocio del cual pende mi vida.

—No será poca mi satisfaccion si puedo serviros.

—Muchas cosas hubiera deseado ofrecer á vuestra consideracion, á cual mas importante; pero por hoy no nos ocuparemos mas que de una porque es urgente, muy urgente, dejando las otras para mañana ú otro dia.

—Como gustéis, ilustre señor.

El Aragonés, entrando de lleno en la cuestion, con melancólico acento, se esplica de este modo:

—No ignoráis que yo era el afortunado caballero de la muy noble y sin par princesa Inés de Azan, así como tampoco las pruebas que de un verdadero cariño me diera ella en todos tiempos. Vos, á quien ella llama protector y padre, sabeis igualmente que la decision y lealtad con que la sirvo y amo, me hizo emprender el hecho de armas de Tesalónica, que pudo costar la vida á mis mejores amigos.....

—Y tambien sé que para premiar vuestros servicios abandonó la casa paterna.....

—Cierto, cierto, á vuestro saber y esperiencia debimos nuestra salvacion. Mas oid ahora y asombraos. ¿Quién lo creyera? la alta y noble dama de quien tales pruebas de amor he recibido, me es infiel.

—¿Cómo? ¿Qué decís? ¿Seria posible? esclama el Monge Gris haciendo un gesto de admiracion.

—Los informes que he tomado son tales, que no me permiten dudar, responde el Aragonés desconsolado.

—Si vos no lo afirmárais, poderoso señor.....

—¡Y no poder llamar á mi rival al campo! murmura el Aragonés con sentimiento.

—¡Ah! es cierto. Oí vuestra promesa, se apresura á decir el Monge Gris.

Preocupado repentinamente por una idea, el Aragonés añade colérico:

—¿Sabeis lo que pienso? Pienso que cuando allá en Constantinopla la princesa exigió de mí el fatal juramento, ya habia proyectado abandonarme. De este modo aseguraba la vida á su nuevo amante.

—Podria ser. ¿Pero quién es el afortunado caballero?....

—Federico de Guzman el.....

—¿Qué decís?....

—El Castellano.

—¡Gran Dios!... ¡El entendido, el opulento, el galante optimate! prorrumpe el Monge Gris levantando la voz y cubriéndose el rostro con ambas manos.

Al oir su exclamacion, harto significativa, y al contemplar su actitud, el bueno y sencillo Aragonés murmura aterrado:

—Estoy perdido.

El Monge Gris, volviendo á tomar su posicion natural, despues de reflexionar un momento, dice:

—Ilustre señor, no podemos desconocer la gravedad del caso.

—¿Y no encontrareis un medio?....

—No es fácil siendo el rival Federico de Guzman.

—La princesa os respeta, os ama, nada hace sin consultaros,.... ¡Si la habláseis!

—Qué he de decirla ¡ay de mí! Si ha resuelto en efecto tomar por caballero al Optimate, todas mis observaciones serán inútiles.

Un copioso sudor corre por la frente del Aragonés, y mientras se enjuga con el pañuelo, repone:

—Mucho os estima.

—¿Qué importa si ama!

El afligido Aragonés no sabe qué partido tomar. No desconoce que el medio de recordar á la princesa sus servicios es insuficiente; pero ¿qué camino ha de seguir? Apoyando el codo derecho en el sitio y la cabeza en la mano, reflexiona. La desconfianza que muy claramente ha manifestado el Intérprete es para él de malísimo agüero. Aquel anciano esclarecido, tan fecundo otras veces en imaginar expedientes para llevar á cabo las mas árduas empresas, se encuentra esta vez abatido y como impotente para servirle en su grande cuita. Despues de haber permanecido un largo rato de este modo, sintiéndose de repente inspirado, acerca su silla á la del Intérprete, y tomando á este del brazo, le dice con misterio:

—Me ocurre una idea.

Levanta el Monge Gris la cabeza, y mirándole fijamente, le pregunta:

—¿Buena?

—Tal lo creo.

—Veamos.

—Vos poseéis un talisman.

—¡Ah!

—Vos sois conocedor de todas las ciencias ocultas.

—Señor.....

El Aragonés le interrumpe, y bajando mas la voz, sin abandonar el tono misterioso con que comenzara, prosigue:

—Escuchad. Yo he oído no pocas veces que los magos podían inflamar el amor de una persona y aun infundirlo en caso necesario, por medio de ciertas bebidas llamadas filtros. Vos mismo en Galípoli.....

El Intérprete, con una ligera sonrisa, le interrumpe diciendo:

—En efecto, en vuestra casa de Galípoli os hablé del sorprendente efecto de los filtros; este procedimiento pertenece á la magia venenosa y es cierto que produce el amor ó el odio.....

—¿Y vos lo conocéis? pregunta el Aragonés con creciente ansiedad.

—Le conozco.

—¿Y podríamos hacer un ensayo?

—¿Quién lo duda?

—¡Y nada me habíais dicho! repone el Aragonés abrazándole y con el tono de una dulce reconvenccion.

—Ignoraba que pensáseis recurrir á medios extraordinarios.

—Conservadme el amor de la princesa de cualquier modo que sea.

—¿Está cerrada la puerta? pregunta el Monge Grís reconociendo la estancia con la mirada.

—Sí, sí, cerrada por mí mismo; podeis hablar con entera libertad.

El Monge Grís, bajando un tanto la voz y con un tono que corresponde al misterioso de su compañero, dice :

—Esta magia fué usada por los griegos y romanos y por todas sus colonias y dependencias. Merece grandes elogios de no pocos autores célebres de la antigüedad. Homero, Virgilio y Horacio atestiguan la virtud de ciertas plantas para operar prodigios contrarios á las leyes inmutables de la naturaleza. Pero dejando á un lado á los poetas, que todo lo ven á través del brillante prisma de su imaginacion, Demócrito afirma que las hay dotadas de tal fuerza que siryen para evocar los dioses, y Aristóteles cuenta que el Areópago absolvió á una jóven que habia envenenado á su amante por medio de un filtro para conservarle fiel (1).

(1) Lo que parece demostrar que tales envenenamientos no se consideraban como un crimen, cuando no eran hechos con fines culpables. La jurisprudencia francesa debió participar de esta

Asombrado el Atleta, viendo en el saber del anciano su salvacion, esclama :

—Bravo, bravo.

—Otros escritores no menos célebres, continúa el Monge Gris, han tratado igualmente de los efectos sorprendentes de los filtros y de su preparacion. Segun Asclepiades, famoso doctor natural de Bitinia (el mismo que contó entre sus discípulos á Thenisson, gefe de los Metodistas), la *ethiopis* goza la propiedad de secar los rios y de abrir, por solo su contacto, todas las puertas cerradas (1).

—Esta podria ser buena para.....

—Se cria muy lejos de aquí, interrumpe el anciano con precipitacion.

—¡Qué lástima! Ya sé yo como me hubiera servido de ella, murmura el Aragonés.

—Segun el mismo autor, la *latava* produce la abundancia en todas cosas.

—¿Tambien se cria lejos esta?

—Mas que la otra. Pero tengo algo mejor, ilustre señor.

—¿Teneis algo mejor?.....

—Mucho mejor. Herodoto, Mela y Teócrito han ensalzado asimismo la virtud de ciertas plantas y prescrito el modo de preparar las dosis para que produzcan los efectos que de ellas se esperan. ¿Y qué no podria decirnos de Melampo, famoso adivino y médico griego? En Homero podeis leer que Mercurio aconseja á Ulises la planta llamada *moly* para preservarse de los encantos de Circe..... Seria nunca acabar, ilustre señor, si pensase enumerar todos los autores que han escrito de esta magia: por lo dicho comprendereis que no se me ocultan sus maravillosos secretos.

Cada vez mas alegre el Aragonés, cree que le será devuelto el amor de su señora, gracias al saber del anciano.

—Habeis insinuado que teniais una mejor que..... aquella otra. Veamos ahora.....

—Para que recobreis el cariño de la princesa nos valdremos del filtro mas célebre que se conoce en el universo, interrumpe el Monge Gris con enfásis.

—Perfectamente.

—¿Qué corazon podria resistir su accion no menos enérgica que pronta?

—Bravísimo.

opinion, puesto que en un caso análogo, el tribunal absolvió al gobernador de un príncipe de Portugal.

(1) FONTENELLE, pág. 7.

—Se llama *hippomane* y Aristóteles en su historia de los animales, Virgilio en sus *Georgicas* y en la *Eneida*, y otros muchos autores se han ocupado de sus propiedades sorprendentes (1).

—Bien, muy bien. Pero ¿vos sabéis?....

—Todo, todo. Yo prepararé la dosis necesaria y vos mismo la servireis á mi señora la princesa.

—¿Cómo?

El Monge Gris, bajando mas la voz, responde:

—Un pequeño frasco de cristal contendrá el filtro maravilloso, y cuando la bellísima Inés pida un vaso de agua, vos, sin ser visto, echareis en él unas gotas.....

—Entendido. Pero ¿cuándo me dareis?....

—Mañana mismo.

El Aragonés, gozoso, esclama con entusiasmo:

—Volveré á seros deudor de todo.

El Monge Gris, reconociendo con la vista el salon como para convenirse de que no puede ser oido, en voz casi imperceptible añade:

—Al poco tiempo de haber probado el delicioso nectar, la princesa, tierna y cariñosa, os buscará para daros pruebas.....

—¿De amor?

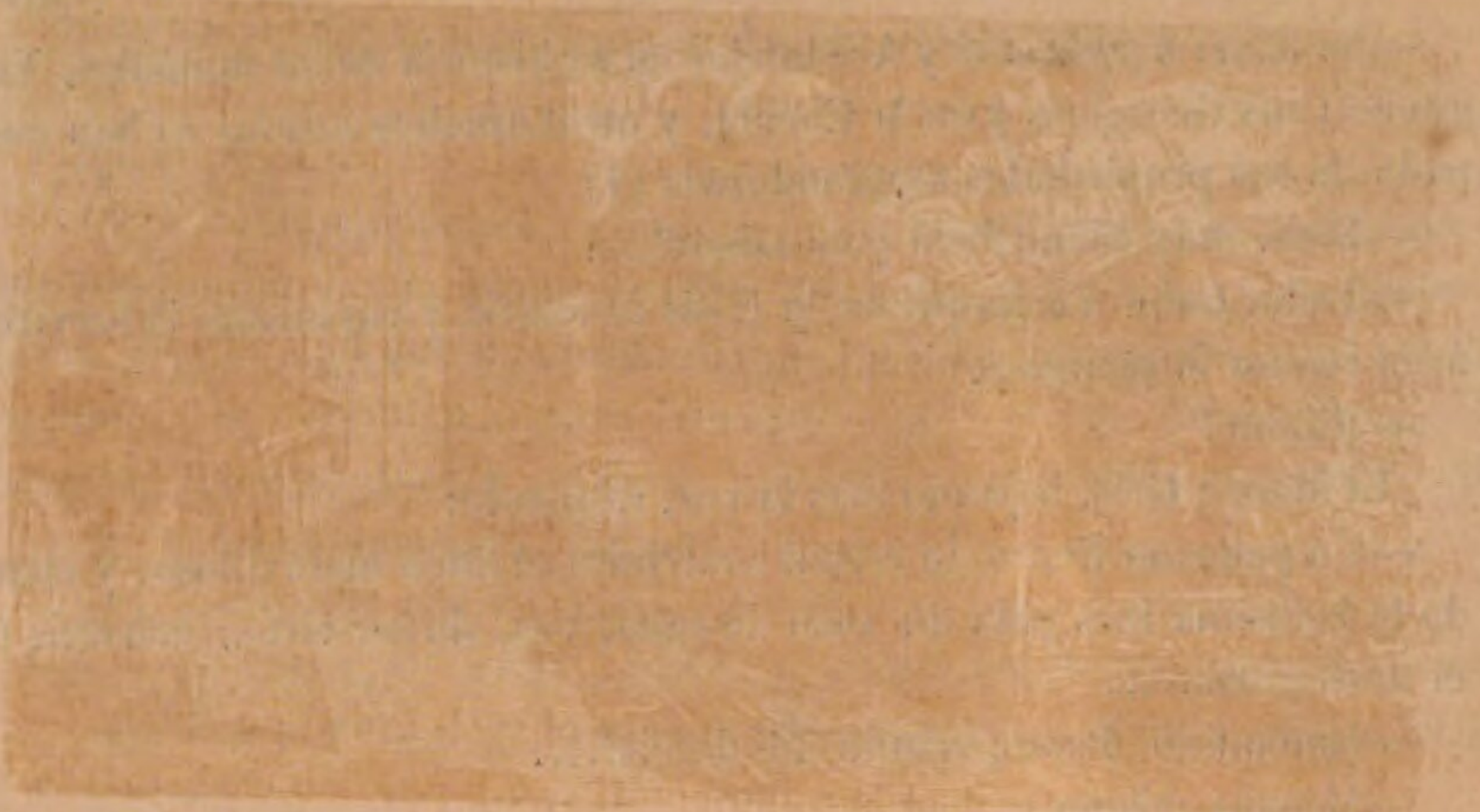
—Cierto y.....

Se oye en este momento algun ruido junto á la puerta, y el Aragonés, interrumpiéndole, dice:

—Silencio: alguien viene.

—Silencio y hasta mañana, repone el Monge Gris levantándose para retirarse.

(1) Posteriormente SAUMAIRE, DELRIO y BAYLE, etc., etc.



LIBRO LXI

PRECAUTIONES. — EL DUEÑO. — LOS CINCO. — YUSTIA. — ALOS. — DE COMO MOR-
TAL NO ESTÁ RASISTECHO. — HISTORIA DEL NIÑO DE LOS CADÁVERES. — LA FIEN-
SE ABANDONA. — EN DONDE SE VIERA CUÉLES SON LOS CONDES DEL CANTON DE LA
ALON. — LOS CONDES EN EL NIÑO DE LOS CADÁVERES.

En la misma
a la vez que el
estando que
había el
no derecha
bina reser-
compartimen-
cargos, don-
fuerte de-
pudra ha-
desperdicio
con violen-
No pocas
anto sub-
en el
Después
solo con



LIBRO LXI.

PRECAUCIONES.—EL DELIRIO.—LOS CINCO.—AMISTAD.—AMOR.—DE CÓMO MONTTELS NO ESTÁ SATISFECHO.—HISTORIA DEL NIÑO DE LOS CADÁVERES.—LA FIERA SE ABLANDA.—EN DONDE SE VERÁ CUÁLES SON LOS COLORES DEL CANTOR DE LA AURORA.—DOS ANCIANOS.

Ea hacia un largo rato que habia anochecido. En la misma estancia de que hemos hablado en el libro anterior, se hallaba el Monge Gris sentado en un ancho sillón, teniendo á su derecha á Enrique de Busa, á su espalda la puerta del gabinete reservado, y á su izquierda el biombo, que dividia en dos compartimientos la habitacion. El enfermo habia tenido algun recargo, durante el cual se le viera por intervalos entregado á un fuerte delirio. Ora en voz baja y con misterio llamaba á sus padres haciendo revelaciones incomprensibles, y ora con el acento de la desesperacion prorumpia en palabras incoherentes retorciéndose los brazos con violencia, mientras que su mirada despedia un brillo terrible. No pocas veces, sofocado por el exceso de la fiebre, como cansado de tanto sufrimiento, arrojaba lejos de sí el ropaje que envolvía su cuerpo cual si fuera una abrasadora túnica de Neso.

Despues de esta escena de dolor, el Intérprete habia vuelto á quedar solo con él, y allá sentado en la silla, su situacion era tal que estendiendo

su diestra podia sujetar al enfermo en caso necesario, al mismo tiempo que ver á su izquierda la puertecilla del biombo que comunicaba con la otra mitad de la pieza. Se notaba en su sér cierta agitacion estraña y misteriosa, poco comun en él. La continua movilidad de sus miembros, su frecuente cambio de posicion y la fijeza de su mirada, todo revelaba en él, al mismo tiempo que una profunda meditacion, inquietud y zozobra. Mas de repente, levantándose, esclama :

—Es tarde.

Al decir esto asoma la cabeza por la puertecilla del biombo, y luego de cerciorado de que está solo con el enfermo, vuelve á sentarse, diciendo en voz muy baja :

—Todavía no habrá llegado ninguno; pero..... no pueden tardar. ¡Digo! el Caballero del Ataud..... Domaremos el leon. Conviene y urge..... Qué dirá cuando le vea..... ¡Despues de tanta sangre derramada!..... Callará por no comprometer á la princesa y..... veremos.

Despues de un momento de pausa, continúa :

—El otro no me esperaba. ¿Qué mas podia desear?.... Ha encontrado á su nieta y á su sobrino y..... Viene para llevarsela..... Ya Guzman le habrá contestado. Pero ¿cómo me daré á conocer de él solo?....

Se interrumpe viendo á Siscár y al Castellano, que entran en la estancia marchando de puntillas por no interrumpir el descanso del enfermo. Luego les dice :

—Nobles señores.....

—Todo está hecho; pero tened piedad de mi..... no puedo mas , le interrumpe el Castellano.

El Monge Gris, haciendo caso omiso de sus palabras, esclama :

—Ilustres señores, entrad en el gabinete; pero dejando la puerta entre abierta de tal modo que podais ver y oir lo que pasa en este y en el otro lado del biombo.

—Está bien.

—No entrareis sino cuando arroje un pañuelo sobre la cama.

—¿El pañuelo será la señal? pregunta Siscár.

—Si señor.

El Castellano y Siscár entran en el gabinete, mientras que el Monge Gris se levanta con alguna precipitacion y abre la puerta del biombo lo necesario para poder ver desde el sillón lo principal de la estancia. Hecho esto vuelve á sentarse y toma el pulso al enfermo, á quien acaba de oir algunas palabras.

—Los asesinos, los asesinos, grita de repente Enrique de Busa delirando.

—Enrique, tranquilízate, le dice el Monge Gris en voz muy baja.

—Vedlos, vedlos..... ¡Pobre madre mia!

Al decir esto el de Busa con su mano derecha señala algun objeto.

—No hay nadie, Enrique, nadie. Yo estoy aquí solo contigo.

—El puñal, el puñal..... Lo clavarán en su pecho..... ¡Y yo no puedo socorrerla! Una mano de hierro me sujeta.....

—Sosiégate, amigo mio, sosiégate, le interrumpe el Monge Gris á su vez, poniéndole la mano en la frente, y luego continúa: gozando de la vida de los bienaventurados allá en el cielo al lado del Señor, tu madre te bendice.

—No puedo, no puedo..... Estoy maldecido, repone el enfermo furioso, haciendo esfuerzos para levantarse.

El Monge Gris, siempre en voz baja y con el acento de la amargura, prosigue:

—Oyeme al menos y recuerda lo que por tí he hecho. Tus penas acabarán pronto.....

Por entre la puertecilla del biombo echa una rápida mirada á la principal, y de repente se interrumpe. Mas su silencio es de corta duracion: inclinando el cuerpo respetuosamente ante el enfermo y levantando cuanto puede la voz, continúa de este modo:

—Noble y poderoso señor, no lo ignorais, ya otra vez merecí el alto honor de asistiros, y aunque el mas humilde de los discípulos del *Divino anciano*, pude, con el auxilio potente de la ciencia, arrebatáros á la parca: ¿por qué no he de obtener hoy igual confianza?

Acababan de entrar en la otra mitad del aposento, envueltas en largos mantos, Inés de Azan y la hija del César acompañadas de Guillermo de Montells, el Aragonés y el feroz Caballero del Ataud. Despues de examinar cuidadosamente si podian ser observados, dice la princesa con voz apenas perceptible á sus compañeros:

—Ya os lo he insinuado, nobles señores, la menor indiscrecion por nuestra parte comprometeria al doctor: no nos es permitido mas que oír

—Sabremos agradecerle el inmenso servicio que nos hace. ¿Y qué no haríamos por respeto á vos, noble princesa? repone Montells en el mismo tono.

Inés de Azan, satisfecha, alarga la mano al anciano, y desde aquel momento su diálogo, aunque animado, es sostenido en voz tan baja, que solo del corro formado por los cinco, puede ser oida.

—He deseado, continúa Montells, que estuviesen presentes todos mis deudos para que pudiesen acreditar tan importantes como horrendas revelaciones.

—Podrá ser que aclaremos algunas dudas sobre ciertos sucesos envueltos hasta ahora en el misterio, añade el del Ataud.

—Lo deseo. El doctor me ha asegurado que desde aquí podríamos oír su delirio sin ser vistos, repone la princesa.

—¿Habla de su familia?

—Y de la vuestra.

—¿Y hace revelaciones?

—El doctor.....

—Serán espantosas, dice Montells.

—Sangrientas, añade el valvasor.

—Tal vez el mismo doctor se horroriza al escucharlas, murmura la princesa.

Durante este corto diálogo se han aproximado al biombo, y Montells se coloca frente á la puertecilla, de manera que pueda observar los movimientos del enfermo sin ser visto. La oscuridad que hay en la pieza le facilita lo último. El contemplar postrado á su enemigo en nada ha disminuido el odio que le tiene: su saña es siempre implacable.

La hija del César enjuga constantemente sus lágrimas, y la princesa Inés, á su vez inquieta y turbada, la consuela estrechándola en sus brazos.

Los grandes infortunios escitan siempre las simpatías de los corazones nobles y generosos. El Atleta de Aragon, cuya cabeza se eleva sobre el biombo, mira humillado y vencido á su antiguo compañero de armas, y derrama una lágrima. La compasion borra en él por entonces todo otro sentimiento.

Su deudo, el iracundo Caballero del Ataud, espera impávido. Hánle dicho que el de Busa en su delirio hacia revelaciones terribles, y ha querido oírlas. ¿Qué podrán ser? ¿Qué le importa? De todos modos imagina gozarse en algun recuerdo sangriento.

Durante el anterior diálogo, en la otra mitad de la habitacion, ha reinado un momento de silencio. Impresionado el de Ausona con el repentino cambio de tono del Intérprete, se ha quedado mirándolo un largo rato como si le viera por la vez primera. Ni aun en medio del delirio pierde la costumbre de apartar el pelo de su frente, cosa que hace con estraña velocidad y repetidas veces. Finalmente, sin dejar de observar á su compañero, le pregunta entre enojado y sorprendido:

—¿Quién eres y qué decías?

El Monge Gris, con sumision y respeto, le responde:

—Poderoso señor, yo..... no lo lo ignorais, soy un anciano que vive en el ejército del pan de sus amigos.

—¿Cómo? le interroga el enfermo tomándolo del brazo.

—Ilustre señor, mis amigos.....

—Yo recuerdo algo..... parecido..... Dimelo tú, interrumpe el enfermo poniéndose la mano en la frente.

El Monge Gris en todas sus contestaciones hace sonar la palabra amigo, y el de Ausona con una terrible exclamacion, repone:

—¡Ah! recuerdo..... Si tienes amigos, viste un peto de acero, porque sino.....

—Ilustre señor, mi humilde persona..... Pensemos en vos.

—Es una palabra horrible, prosigue el Doncel con furor. Oye..... Un amigo me llamaba amigo y yo..... espera, no recuerdo..... ¡Ah! yo deramé mi sangre por el amigo y despues el amigo decia: «aplastaré la víbora»..... La víbora era yo y el amigo era..... el amigo.

—Tranquilizaos, ilustre señor, tranquilizaos, yo.....

—¿Quién eres tu?

—Yo soy el doctor.....

—Pero no eres mi amigo: ¿es verdad?..... Yo estoy solo..... solo en la tierra: no me abandones..... como ellos.

Allá detrás del biombo, el Atleta de Aragon se muerde el lábio; el del Ataud enjuga su frente. Montells sonríe y la hija del César llora. La princesa Inés, humedecidos los ojos, observa á unos y á otros con alguna inquietud.

El Monge Gris, dirigiéndose al enfermo, con entonacion fuerte, le dice:

—Poderoso señor, oidme. ¡Cuántas veces os he dirigido hoy la palabra y no me habeis prestado atencion! Yo conozco á vuestro compañero de armas, el muy noble y honrado Atleta, y, creedme; en un tan galan y cumplido caballero no cabe la ingratitud. Os es deudor de la vida y no lo olvidará jamás.

—¿Qué dices? Ahora me gusta oirte, dice Enrique alegremente impresionado.

El Intérprete, sin dar importancia á sus palabras, y como preocupado de una sola idea, prosigue:

—¡Ay de él si lo contrario hiciera! Ya en la tierra no volveria á encontrar á un digno y cariñoso amigo. Pasaria solo por esta vida sin que una mano estrechase la suya, sin que una mirada respondiese á su mirada. Los hombres buenos, cuya amistad ambicionaria, se apartarian de él con horror, echándole en cara su insólita conducta. «Buscais un amigo, le dirian, y no supisteis conocer, ni estimar las virtudes del que teniais.» Y ¡ay de mí! el hombre necesita un amigo para ser compelido al bien. Solo

y abandonado á sus propias fuerzas puede pervertir su corazon, mientras que del otro modo el ejemplo le alienta, le sostiene, y le hace desear nuevas virtudes para elevar su alma y hacerse digno de su amigo. El sentimiento de la amistad ha sido sancionado por los mas grandes filósofos. Dice Ciceron (1): *Omnium societatum nulla præstantior est, nulla firmior, quam quum viri boni moribus similes sunt, familiaritate conjuncti.*» «De todas las sociedades, ninguna es mas noble ni estable que la formada por hombres buenos, unidos por la conformidad de costumbres y por la amistad.» Pero, ¿el Señor de cielo y tierra no consagra asimismo este noble y grande sentimiento? ¿No recordais las palabras que pronunció desde lo alto de la cruz, palabras divinas que han pasado á través de los siglos como la espresion mas sublime del amor filial y de la amistad? «Madre, dijo, hé aquí á tu hijo. Discípulo hé aquí á tu madre.» La madre era la Madre del Señor y el discípulo era Juan su amigo.

Enrique de Busa mira al Monge Gris como queriendo recordar sus acciones, y de vez en cuando le sonríe con muestras de benevolencia. Luego le dice con espresion tierna:

—Yo creo..... que tus palabras me hacen bien..... ahora. Has dicho Señor y compañeros de armas..... Habla mas: tú no me aborreces como.....

El Monge Gris, ayudándole á descubrir su frente, inclinando á los lados los hermosos rizos de su pelo, le interrumpe con viveza, diciendo:

—Tampoco él os aborrece, ilustre señor. Por el contrario, os ama, porque ha admirado vuestras virtudes en la guerra, y porque tiene necesidad de ser amado de vos para aspirar á la perfeccion, como el jardin la tiene del riego para ostentar bellas flores. ¿Podria reemplazaros con otro? ¿Os parece fácil la eleccion de un amigo? Desechado por los hombres buenos, tan solo encontraria séres envilecidos de los muchos que en lugar de un sentimiento, solo ven en la amistad un medio para escalar el poder ó acrecentar su fortuna.

—¿Su fortuna?

—¿Quién lo duda? y un amigo debe ser un objeto de afeccion y no un instrumento. ¿Qué hicisteis vos cuando vuestro compañero de armas os ofrecia el oro á manos llenas? Sin admitirlo, supisteis agradecersele y.....

—¿Yo? Quisiera recordar.....

—Fué en Galípoli, mi señor, en Galípoli.

—Me parece... ..

—Tan generoso como honrado el Aragonés, comprendiendo vuestras

(1) Off. Lib. I, Cap. XVIII.

necesidades, quiso remediarlas; dandóos al propio tiempo una relevante prueba de su amistad sincera.

—¡Amistad!....

—Os quiere mucho, mi señor.

—Y yo.....

—Y vos le correspondeis con no menor interés.

—Cierto que.....

—Tanto, que os es deudor de la vida.

—Si, sí, repone el enfermo, y al mismo tiempo sus ojos se arrasan en lágrimas y llora como un niño.

Avezado el Aragonés á guiarse por los consejos del Monge Grís, habia prestado una atencion suma á sus palabras; mas al escuchar despues el lastimero acento del que fué su amigo y compañero de armas, al oir sus no interrumpidos sollozos, no puede permanecer tranquilo, y enjugándose una lágrima que caia de sus párpados, indicio de la conmocion que le poseia, dice de repente el oido de Inés de Azan:

—Princesa ¿habeis insinuado que debiamos guardar silencio y.....

—Cierto, mi señor, le interrumpe la princesa con mucha viveza.

—Quisiera decir una palabra á Enrique.

—Imposible, mi señor.

—Una sola palabra.

—Comprometeriamos al doctor.

—Pero....

—Habeis prometido callar, le interrumpe la princesa con resolucion.

El Aragonés, no atreviéndose á disgustar á la princesa, guarda silencio, y un momento despues, negándose sus piernas á sostenerle, toma asiento.

Mientras tanto el Monge Grís vuelve á dirigir la palabra al doliente caballero, diciéndole con cariñoso acento:

—Y no es el noble Aragonés el solo amigo que teneis, ilustre señor: otros muchos caballeros estiman vuestras virtudes. Federico de Guzman, el Castellano, es de este número, y no ignorais que honra á su patria no menos por su valor que por sus talentos. Lo mismo podriamos decir de Guillen Siscár, que acaba de ilustrar su nombre en las calles de Casandria.

Enrique de Busa le oia en silencio. Habíase tendido completamente, sin presentar sintoma alguno que indicase la proximidad de un nuevo delirio, cuando de pronto se incorpora en la cama con un terrible sacudimiento nervioso, y se queda con la mirada fija en un objeto que señala con su diestra.

—Bárbaros, esclama luego con frenesí, ved que es una mujer, una pobre mujer..... ¡No os mueven su juventud ni sus lágrimas..... ni sus dos tiernos hijos?..... ¡Ah es horrible!..... El puñal, el puñal..... ya lo tiene en el corazon y chorrea sangre.....

El Monge Gris le interrumpe, y dirigiendo al propio tiempo una mirada oblicua á la puertecilla del biombo, dice levantando la voz:

—Ilustre señor, recordad lo que todos saben y vos deciais poco há. Vuestra virtuosa madre no murió á impulsos de un puñal: los sufrimientos y las penas acabaron sus dias.....

Es interrumpido á su vez por el enfermo, el cual sin hacerle caso, prosigue con furor;

—¿La ois? ¿La ois?.... Siempre la misma palabra..... Es su voz..... ¡Pobre madre! «Vénganos, vénganos,» grita..... y yo nada puedo hacer por ella..... ¡Ah! maldecirá..... al maldecido. Vedla, vedla.....

El Monge Gris, tendiendo su mano izquierda en la direccion que señala el caballero, esclama de repente:

—La veo, la veo y la oigo. Es una virgen angélica cubierta de gasas blancas, suavemente movidas por el céfiro; tierna como un suspiro de amor y con todo el brillo de la juventud, que allá de rodillas ora por su caballero. Pero ilustre, señor: ¿la ois? No dice «vénganos» no: dice «ámame, ámame.»

Un movimiento de sorpresa se escapa á Enrique al oir estas palabras y con ambas manos se aparta el pelo de la frente. Aunque algo en confuso recuerda la escena de Galipoli, en que la hija del César, vestida de blanco, oraba por él en su mismo cuarto, y su rostro toma paulatinamente una expresion cariñosa. A la violenta agitacion de su pecho, va sucediendo una respiracion mas sosegada, que le permite apoyar un momento la cabeza sobre el hombro derecho del Intérprete. Al levantarla mira sonriendo en su derredor, como en ademan de buscar algun objeto que le embelesa, y despues dirige una mirada melancólica á su compañero, como si quisiera preguntarle «dónde está.» Finalmente, como si queriendo olvidar el sueño recordara la realidad encantadora, dice con patético acento:

—¡Ah! recuerdo en efecto..... á una doncella orando que decia..... Dilo otra vez.

—Decia: «ámame.»

—Sí, sí, «ámame.» Y era hermosa y..... compasiva.....

—Y os dió un ramo de flores.

—Un ramo de flores.

—Y una banda verde y rosa.

—Verde y rosa..... Es verdad.....

—Y se llamaba.....

—Acaba.

—Sibilia.

—¡Ah sí! Sibilia, Sibilia, esclama el caballero en un raptó de fervoroso entusiasmo, y luego añade con acento melancólico. Pero entonces..... ella me amaba..... Ahora en la adversidad.....

—Os amaré lo mismo: ¿podeis dudarlo? Llena de un noble entusiasmo por la virtud; dotada de elevados sentimientos; dispuesta siempre á hacer el bien, y animada de un verdadero amor, de aquel amor que las almas corrompidas no comprenden, porque no tienen idea de una mujer fiel á sus deberes, lo repito, os honrará con la misma afección. Su amor será siempre el amor de una vírgen, puro é inestinguible. Al escapar de Oresteia, allá en un verde otero, no lejos de Galípoli, os juró no pertenecer jamás á otro hombre y ¿quién duda que lo cumplirá? ¿No habeis sido despues constante y solícito en amarla? ¿No habeis subordinado todos vuestros actos á su voluntad, sin desmerecer á sus ojos por ninguna accion vituperable? Siendo esto cierto, como lo es, ¿podeis imaginar que disminuya su amor al hombre á quien por otra parte debe honra y vida? La muger es naturalmente reconocida, y siempre dispuesta á amar en alto grado al que supo interesarla con una conducta digna esponiéndolo todo por ella.—Por el contrario, la inocente doncella se envanece de tener por caballero á un jóven galante y esforzado, como se envanecia Deidamia, de tener por compañero al vencedor de Troya. Las nobles damas estiman á los hazañosos de relevantes hechos y alta nombradía.

—¿Lo crees tú? ¿Lo crees?

—¿Lo dudais? Ella querrá compartir vuestras penas.....

—Oye, le interrumpe Enrique de Busa con precipitacion, te lo confesaré á tí solo, pero no lo digas. A esa á muger, Sibilia..... la tengo aquí, aquí en el corazon, de donde no debe salir sino con mi muerte. En la tierra no veo mas que á ella noche y dia..... ¡Ah! tú te ries de mí porque la amo..... ahora. Por lo mismo te he encargado el secreto..... me tendrian por un insensato. Rica, poderosa..... y yo..... ¿Sabes lo que ha pasado estos dias?..... Tú te obstinabas y creo..... pero ella debe aborrecerme ahora.

La hija del César no puede contener sus sollozos. Agitada y convulsa, abraza estrechamente á la princesa, y con mal articuladas palabras, le dice:

—Princesa, ¿habeis insinuado que no podiamos interrumpirles?

—¡Oh! si, si: callad, le responde Inés acariciándola.

—Dejadme decir una palabra á Enrique.

—No puede ser.

—Una sola.

—Comprometeríamos al doctor.

—El cree que yo le aborrezco.....

—¡Chit!

—El me salvó la vida y..... yo debo consolarle ahora.....

—Sibilia, querida Sibilia, ¿no recordais lo que os he dicho poco antes de venir aquí? Escuchad.

Al pronunciar la princesa estas palabras, la estrecha mas y mas entre sus brazos, y la habla un largo rato al oído con voz apenas inteligible.

No lejos de ella, Guillermo de Montells, cuya saña no se aplaca ni aun ante el mas grande de los infortunios, permanece no menos observador que reflexivo. Como el dia anterior, el aspecto sombrío y maneras misteriosas del Monge Gris, le habian causado una impresion desagradable. No ha perdido ni una de sus acciones, ha oído todo cuanto ha dicho y, á pesar de que ha disminuido los cargos que los Busas hacian á su familia respecto de la madre de Enrique, no queda satisfecho. Por el contrario, su inquietud y zozobra crecen por momentos. Astuto, sagaz, de una instruccion poco comun en aquellos tiempos, y con el grande saber de la esperiencia, no ignoraba que un simple mire ó doctor en aquella época en que, gracias á la supersticion é ignorancia, se consideraba como un sacrilegio tocar un cadáver, no sabia mas que algunos aforismos de Hipócrates que recitaba en latin, á menudo sin comprenderlos. ¿Podia, pues, confundirlo con los discípulos de Galeno que seguian á las legiones despues de haberle oído moralizar sobre el amor y la amistad, comprendiendo, como le habian afirmado, que su instruccion y talento eran muy superiores á los que debian suponerse en un hombre de su profesion?

No obstante sus conocimientos, Montells no sabia qué pensar de aquel mire verdaderamente extraordinario. Un secreto presentimiento le decia que aquel hombre le debia ser hostil, y crecia su aversion hácia él al oírle asegurar á Enrique de Busa que Sibilia y el Atleta le conservarían su amistad. En este estado, deseando salir de dudas, se acerca á la princesa y con cierto tono de reconvencion, aunque con respeto, la dice al oído:

—Princesa, ¿habrá sido inútil nuestra venida?

Inés de Azan hace un movimiento con los hombros, pareciendo con él indicar que ignora lo que se la pregunta, y el anciano añade:

—¿Os habrán engañado tal vez?

—Señor, murmura Inés.

—Os confieso que el doctor me gusta poco.

—¿Por qué?

—¿No habeis observado que alguna vez ha interrumpido al enfermo cuando este tal vez.....

—Para disminuir la fuerza del delirio.....

—¿Pero conoceis bien al doctor?

—Sé que lo es del ejército, y que merece el aprecio de todas las clases.

Guillermo de Montells no queda satisfecho, y clavando, por decirlo así, su mirada en el Intérprete, espera que un movimiento de este le permita contemplar bien su rostro.

Al pronunciar sus últimas palabras, Enrique de Busa se sienta repentinamente en la cama, y despues de haber contemplado un momento al Intérprete, murmura:

—¿Y cuán dulce era su voz orando allá junto á mí.

—Tenia la pureza de un ángel, le responde el Intérprete, poniendo las almohadas una sobre otra para que el enfermo reclinara el cuerpo sobre ellas.

—¿La oistes bien tú?

—Era el suspiro de un niño.

—¿Qué has dicho? pregunta el caballero mirándole reflexivo.

—Decia, ilustre señor, que la voz de Sibilia era tierna como el suspiro de un niño.

—¿De un niño?

—Cierto, de un niño.

—¿De un niño! repite el enfermo en extremo pensativo y sin dejar de mirar al anciano.

—De un niño, repite el Monge Grís tres y cuatro veces.

Enrique de Busa, haciendo una exclamacion, dice por último:

—¡Ah! recuerdo, recuerdo. Pero ¿le conociste tú?

—Le conozco, señor, le conozco. ¿Olvidais que lo veo todos los dias?

Enrique de Busa sigue hablando con el Monge Grís, y no se irrita como anteriormente. Le interroga con calma, y oye sus respuestas con la misma tranquilidad; pero sus ojos se abren y cierran con mas frecuencia que de ordinario, gesticula sin interrupcion, y sus brazos, lo mismo que su cabeza, se mueven á derecha é izquierda con una velocidad no menos sorprendente que estraña. En tal estado, podria equivocársele con los androides de Heron de Alejandría, á quienes un mecanismo oculto imprimia movimientos tan rápidos como incomprensibles.

—Yo tambien, dice, lo veia en otro tiempo.....

—Pero señor, señor.....

El enfermo, interrumpiéndole y con una precipitacion pasmosa, añade:

—¡Si hubieses presenciado su muerte como yo!..... tú hubieras llorado tú. Yo no lloro Mirame; tengo los ojos secos. No lloro, no puedo llorar..... La miseria y el frio mataron á Federico. Yo le vi meter en el ataud: era un esqueleto..... Pero ¡qué hombre! Pelo desgredado, cejas fruncidas..... Eran los que llevaban el ataud..... Yo hui porque tenia miedo..... y de dia, cuando pedia limosna, veia el ataud..... y de noche, cuando dormia arrimado á un portal, tambien lo veia..... Y el ataud y el hambre y el frio y..... ¿Quién eres tú? Ja, ja, ja, ¿creias que lloraba porque el ataud?.... ¡Bah! Unos tablones, un paño negro y..... una cruz. ¡Ja, ja, ja, ja!

Al decir esto rie y torna á reir repetidas veces. El Monge Gris empalidece y calla. Un silencio aterrador reina en este y en aquel lado del biombo.

Enrique de Busa, que por segunda vez acaba de presentar un síntoma de verdadera demencia, se queda mirando al anciano con una espresion estraña, inesplicable. Sus grandes ojos negros, abiertos en demasia, giran sobre sus órbitas con espantosa velocidad; la movilidad de sus brazos tiene algo del autómeta impulsado por un mecanismo invisible, y sus megillas y frente véense cubiertas por un pelo desgredado que ya sus manos han olvidado.

El Intéprete ha sacado un pañuelo del bolsillo, que pasa amenudo por su frente: con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre su pecho permanece un corto instante reflexivo, leyéndose en su rostro la indecision y la duda. Parece que ha suspendido algun proyecto trazado de antemano; mas pasado el primer momento, levanta la cabeza, y como persistiendo en su primera resolucion, esclama:

—Ilustre señor, los misterios del Criador son impenetrables, como su misericordia es infinita; mas yo queria recordaros aquel niño comprado á unos mercaderes genoveses, que reposa tranquilamente no lejos de aquí. Sus padres lo creen muerto y lo lloran lo mismo que vos á Federico. ¿Cuál no será su contento y alegria cuando, gracias á vuestra filantropia, lo puedan estrechar entre sus brazos? Lloverán sus bendiciones sobre vos. ¡Pobre niño! ¡Es tan hermoso!

—¿Cómo? ¿Qué? El niño.

—Duerme no lejos de vos.

—¿Duerme? Y el ataud.....

—Le habeis adoptado por hijo y os llama padre.....

—¡Ah! ¡ah! me llama padre, interrumpe Enrique dejando de reir y mirando con atencion al Intérprete.

—Vos lo habeis querido así.

—Me parece en efecto.....

—¿Si quereis que os recuerde su corta historia?

—Habla, habla.

—Oid, mi señor, oid la triste y horrenda *Historia del niño de los cadáveres*.

El Monge Gris, dando á su voz un tono grave y solemne, empieza su relato echando de vez en cuando una mirada á la puertecilla del biombo.

—Se dió un dia una batalla terrible, sangrienta, en una inmensa llanura allá en Egipto. Los cruzados, aunque valerosos y audaces, fueron rotos y dispersos por los sectarios del Koran, á pesar de que pelearon frenética y denodadamente. San Luis, su caudillo, el mismo que poco antes habia vencido en Damietta, cayó prisionero con todo lo mas bravo y lucido de su corte: el campo quedó sembrado de cadáveres: la tierra teñida en sangre por do quiera: el recordarlo espanta.....

Interrumpe un momento su relato para decir al enfermo:

—Ved, mi señor, que el frio pudiera seros funesto.

Al mismo tiempo le arroja un manto á la espalda, movimiento que le permite echar otra ojeada al biombo.

El sanguinario Caballero del Ataud, en oyendo hablar de una cruda batalla en Egipto, de San Luis y de un niño, se estremece como el palmero sacudido con violencia por los vendabales. Sabido es que él perdió en esa misma batalla á una esposa idolatrada y á sus dos hijos tiernos. Enderezando su cuerpo, erguida la cabeza, y sosteniéndose con las puntas de los piés, fija la vista en el Monge Gris con una ansiedad inexplicable. De tal modo, inmóvil y escuchando con atencion suma, espera.

El Monge Gris, con el mismo en tono que comenzara, continúa de este modo:

—El dia despues de la batalla atravesaron el campo ciertos mercaderes genoveses que se dirigian á Alejandría. Tan horrible carnicería, les llenó de pavor. Iba amaneciendo. Los cadáveres interceptaban el paso. No era posible dar uno, sin pisar carne humana, y los viajeros se detuvieron aterrados. Al poco tiempo la luz crepuscular les permitió distinguir por entre el destrozo y el estrago, una sombra blanca que se movia en distintas direcciones: era un niño, era el niño de los cadáveres. El niño tenia hambre, y dando algunos pasos gritaba *madre*, y creyendo verla dormida, ponía la mano sobre un cadáver frio. *Padre*, exclamaba luego horrorizado, y llamándole para despertarle, tocaba otro cadáver. Brazos y pier-

nas rotos, charcos de sangre y carnes hechas girones rodeaban al niño, y sus lamentos llegaban al cielo. ¡Pobre niño!.....

—Pero, ¿y el ataúd?.....

—No le habia, mi señor. Los cadáveres, algunos horribilmente mutilados, estaban insepultos, y.....

—¿Cómo? Yo ví el ataúd.

El Monge Gris, sin hacerle caso, prosigue con el acento del terror:

—El niño tenia sed, y sintiendo humedecidos sus piés, se inclinaba al suelo, y juntando sus manecitas formaba con ellas un vaso que llenaba en el charco. Pero, ¡gran Dios! en el acto de ir á mitigar su sed, veia que lo que habia tomado por agua, no era otra cosa que sangre. ¡Qué horror! tal vez horas antes circulaba en las venas de su madre.... Ved, mi señor, que el frio podria aumentar vuestras dolencias, dice de repente el Monge Gris volviendo á interrumpir su historia, y al mismo tiempo, cubriendo el brazo del caballero, no pierde la ocasion de dirigir al biombo una mirada.

Cada interrupcion era para el Caballero del Ataúd un tormento inesplicable. Se sostenia teniendo agarrado el biombo con ambas manos por la parte superior, y sudaba á mares.

Despues de una breve pausa, el Intérprete continúa:

—Los mercaderes eran hombres buenos, y recogieron á la infeliz criatura, que desfallecida y yerta de pasmo y de terror, los recibió con los brazos abiertos y con las mayores muestras de alegría. Interrogado sobre su familia, respondió.....

Vuelve á interrumpirse, diciendo al Caballero:

—Bebed unas gotas de este licor.

El enfermo bebe el líquido que le presenta el Intérprete en un frasco de cristal.

El Caballero del Ataúd, para oir bien lo que respondia el niño, ha apoyado la barba sobre el biombo, é inclinado el cuerpo atrás de tal modo, que su cabeza toda se halla dentro del compartimiento en que están el Doctor y el enfermo. Su impaciencia es estremada, y solo por el compromiso que ha contraído la princesa, guarda silencio.

—Ya sabeis, ilustre señor, que al niño de los cadáveres se le preguntó.....

—¿Cómo podia preguntársele, si yo le ví meter en el ataúd? interrumpe el enfermo mirando siempre al Intérprete.

—Permitid, mi señor, no es el niño del ataúd, sino el de los cadáveres. Un caballero de los que acompañaron á San Luis, tal vez.....

—Un caballero, un ataúd, y.....

—Tampoco os hablo del Caballero del Ataúd.

—Estrago y riza.....

—Es su grito de armas; pero no es esto, noble señor, no es esto. Leal y esforzado el Caballero del Ataud, os idolatra, honrándose mucho con vuestra amistad. Se llama Juan Perez de Caldés, y es valvasor; pero hablábamos del niño de los cadáveres. Interrogado por los mercaderes sobre su familia, no supo responder otra cosa, sino que su madre se llamaba María y su padre Juan Perez.

—¡Ah! será mi hijo, mi hijo, murmura el del Ataud, de un modo que no acertariamos á esplicar, y acercándose á la princesa, sofocado, le insinúa al oído:

—Princesa, ¿me permitiríais decir una palabra al doctor?

—Imposible, noble señor, responde Inés con gravedad.

—¡Oh mi buena princesa; si supiérais..... Solo le diré dos palabras.

—Yo he prometido que.....

—Una sola, una.....

—Vos habeis prometido tambien guardar silencio.

Semejantes palabras con el del Ataud, cortan toda discusion. Una promesa para él equivalia á un voto, y antes hubiera perecido mil veces, que faltar á ella. Vuelve á aproximarse al biombo en silencio, y sus piernas tiemblan y su corazon late con violencia.

El Monge Gris, continuando, dice:

—Y el niño es hermoso como un ángel. Precisamente por esto vos le comprásteis á los mercaderes adoptándole por hijo. ¡Qué satisfaccion no seria la de sus padres si le vieran! Lo reconocerian por la pequeña cicatriz que tiene en el brazo izquierdo, efecto tal vez del fuego.....

—Ya no hay duda, ¡Y no poderle dar un abrazo! esclama el Caballero del Ataud respirando con mas libertad.

—Pero el niño es vuestro, ilustre señor: sus padres no podrian arrebatároslo, prosigue el Intérprete con cierta sonrisa.

El Caballero del Ataud se muerde el lábio.

—Vos completareis su educacion, envaneciéndoos al ver sus adelantos. Pero ¿no quereis verle, ilustre señor? ¿No quereis abrazarle como todas las noches antes de acostarse?

—Sí, sí, quiero verle, quiero abrazarle, responde el enfermo como si de repente recordara alguna cosa.

El corazon del sanguinario valvasor palpita con mas violencia.

A una señal del Monge Gris se abre el cortinaje y aparece de repente un niño hermoso y agraciado de ocho á nueve años. Su inteligente figura y aquella timidez tierna y espresiva que revela el candor y la inocencia en la infancia, le dan un nuevo realce. Al ver á Enrique de Busa salta

de un brinco á la cama, y sentándose sobre sus rodillas, le acaricia con muestras de entrañable afecto.

El Caballero del Ataud al verle levanta los ojos al cielo y derramando mas de una lágrima, da gracias al Eterno: acababa de reconocer al mayor de sus hijos.

Enrique de Busa, recibiendo al niño en sus brazos, le prodiga los mas tiernos nombres. En este raptó de entusiasmo le besa la frente, los ojos y la boca, y con ambas manos le arregla el pelo y le acaricia, haciendo extremos que patentizan su grande amor por él. No haria mas un padre al encontrarse de repente en brazos de un hijo que creia para siempre perdido.

Un momento despues prorumpe en un copioso llanto.

—Gracias, Dios mio, gracias; de vuestra mano recibo la esperanza, esclama el Monge Gris, levantando los ojos al cielo y ocultando sus lágrimas.

—¡Qué hermoso es! Los mismos ojos de su madre, murmura para sí el Caballero del Ataud; y este guerrero sanguinario que ha inmolado tantas víctimas por vengar á su familia, llora tambien.

—El niño le llama padre, dice Sibilia turbada á su amiga.

—¿No habeis oido que le compraron á unos mercaderes? responde la primera besándola en la frente.

—¿De veras?

—¿Estais celosa?

—Yo quiero que me ame á mí sola.

—Su amor por vos le ha conducido á este estado.

Sibilia, besando los labios de la princesa, repone:

—Pero recobrará pronto la salud ¿no es verdad?

—Confiad en el saber del doctor.

—¿Creeis?....

—Callad.

El Castellano y Siscár permanecian dentro del pequeño gabinete escuchando todo cuanto decian el doctor y el enfermo, á quienes podian ver por una rendija que dejaba la puerta no bien cerrada. Silencioso el primero, oia con atencion al Monge Gris, á quien miraba cada dia con mas admiracion y respeto. El Bañolense, aunque dando muestras de alguna impaciencia, habia guardado igualmente silencio; mas á la sazón comprendiendo que el llanto del de Busa su amigo era de un buen agüero, comenzaba á entregarse á su humor jovial. En voz baja dice á su compañero.

—El niño ha venido por los aires.

—Todo puede ser, le contesta el Castellano, asimismo alegremente impresionado.

—Por lo menos llega de Pekin.

—¿Qué habrán dicho los chinos viéndole volar?

—Mágia, pura mágia; pero ya sé de quién es hijo. Maldito Cantor de la Aurora, yo le haré cantar, dice de repente Siscár.

—No puede ser: tiene el Cantor 17 años.

—¡Hum! Dice que no anda y..... mírale los piés.

—¡Qué extravagancia!

—Digo, el favorito de las damas. Vos mas que otro alguno debiais conocer sus secretos.

—¿Por qué?

—Porque lleva vuestras armas y colores, y una pluma de oro en el bonete como vos.

—Es verdad: no habia hecho esta observacion, dice el Castellano pensativo.

—No lo creo casual.

—Ni yo tampoco, repone el hidalgo, resuelto á tomar informes sobre aquel punto, aunque sea del mismo Monge Grís.

—Oid, oid; el niño ha de permanecer en mis brazos. Yo lo mando, dice de repente el de Busa al Monge Grís.

Luego, alzando el pelo de su frente y dando á su voz cierto tono misterioso, prosigue:

—Ha llegado á estas playas..... Tú no lo sabes. Ha llegado á estas playas un anciano implacable..... Es el mensajero de la muerte.....

Estrecha fuertemente el niño en sus brazos, y despues añade receloso:

—Pobre hijo mio..... ¡Una mision!.... es el preludio de un asesinato: cerrad las puertas..... Tú lo ignoras. Una mansion oscura y subterránea, un anciano, una cadena..... dos ancianos.

—¿Cómo, ilustre señor, vos sabeis la historia de los dos ancianos? esclama de repente el Monge Grís, levantando un tanto la voz.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Una cadena amarrada al cuello y un puñal..... ¿No lo recordais? dice el Intérprete, y su voz va tomando por momentos cierto tono acre que no se le habia oido hasta entonces.

—Recuerdo algo, responde el enfermo sin dejar de estrechar al niño en sus brazos.

—Es un horrible secreto de familia, un crimen inaudito que toda la misericordia del Señor apenas podrá perdonar. Escuchad, ilustre señor,

escuchad. Era un calabozo subterráneo, húmedo y glacial en donde los rayos del astro vivificador no penetraban.....

—Llegó, llegó..... Desde hoy el niño vestirá un peto de acero, interrumpe el enfermo.

Guillermo de Montells, que no ha dejado de observar al Intérprete ni un momento, palidece ligeramente. Daria cuanto posee por poder observar de cerca el rostro de aquel misterioso anciano; pero sea por casualidad ú otro motivo, este apenas ha cambiado de posicion en toda la noche.

El Monge Gris, con el tono acre y destemplado de poco antes, prosigue, y sus facciones se alteran gradualmente.

—Allá en un rincon del lúgubre calabozo, dice, cubierto de harapos y con los signos característicos de la mas degradante miseria, veíase á un respetable anciano. Su edad rayaba en los 90 años y hacia treinta que sufriendo toda clase de privaciones moraba en aquella triste prision, separado del resto de los vivientes. Por una aspillera ó traga luz recibia pan y agua, único alimento que su despiadado carcelero le concedia; y como si esto no fuera bastante para estremar los horrores de su situacion, no tenia mas libertad para moverse, que la que le concedia una gruesa cadena amarrada por uno de los extremos á la pared y por el otro á un anillo de hierro que rodeaba su cuello. Asi en las villas como en las grandes ciudades y en los castillos, las gentes decian: «el anciano murió.»

—No lo creas: vive todavia y no debe estar lejos, interrumpe el enfermo mirando en su rededor.

El Monge Gris, que preocupado, al parecer, por una sola idea, no le escucha, prosigue con voz amenazadora de este modo:

—Y todos creian que habia muerto y todos lloraban, porque el anciano, que era caritativo y bueno, rico y poderoso en otro tiempo, habia dispensado muchos beneficios á los menesterosos y á los pobres. Horrozaos, ilustre señor, el mismo hijo del anciano le habia condenado á aquella muerte lenta y penosa para gozar de su herencia y entregarse á los excesos mas repugnantes.—Ya hacia algun tiempo que el desnaturalizado hijo no habia visto al padre, cuando una noche tempestuosa, en que el granizo batia los muros del castillo, y mugía el huracan y retumbaba el trueno, el noble y desgraciado anciano oyó ruido en la estancia inmediata. Al poco tiempo las puertas de su prision giraron sobre sus goznes, y una figura tan misteriosa como siniestra, penetró en ella. ¿Lo creeis, ilustre señor? Era el hijo, anciano tambien, que iba á insultar por la última vez á su victima, al autor de sus dias. Ambos ancianos se miraron frente á frente. El hambre, el frio y la humedad habian agotado

las fuerzas del anciano padre, y apenas podía articular las palabras: en la mano derecha del anciano hijo vibraba un puñal.....

El enfermo le interrumpe gritando con fuerza.

—Cerrad, cerrad las puertas. El anciano y..... un puñal..... ¡Pobre niño!

El Monge Gris, sin dar importancia á sus palabras, continúa con vehemencia:

—Con centelleante mirada y gesto feroz, el anciano hijo se acerca al anciano padre.....

—¡Dios mio!

—Agita con violencia su mano y.....

—¿Y qué hizo?

El Monge Gris se levanta, arroja el capuz que envolvía su cabeza, presenta el rostro á la luz de manera á poder ser visto por todos, y con voz atronadora esclama:

—Un parricidio.

—¡Maldicion! grita Montells temblando.

Acababa de reconocer al Monge Gris.

—Salgamos de aquí, añade luego con voz sofocada, en ademán de irse, arrastrando tras sí al Aragonés.

Al mismo tiempo la princesa habla precipitadamente á la hija del César, y esta esclama con acento firme:

—Yo te amo, Enrique, yo te amo.

Al oír esta voz tan grata á su corazón, suelta Enrique de Busa al niño, y, sin dar tiempo al Monge Gris para detenerle, se arroja de la cama, andando unos cuantos pasos al azar. En su violento impetu, sin saber lo que hace, derriba el biombo con estrépito, mira á uno y otro lado de la estancia, y de repente queda mudo é inmóvil viendo á sus dos lados á Siscár y al Castellano.

El niño llora.

El Monge Gris se enjuga el sudor de la frente.

Una voz de todos conocida, dulce como un suspiro, hace oír al propio tiempo la siguiente melodía, sostenida por el brillante arpegio de un laud de Siria.

«Un rudo bote de lanza derriba al paladin, y el paladin va á morir;
»mas ¡oh dicha! cuando menos lo esperaba, su amada llega y le salva.
»Guerrero invicto, cree en Dios, cree en tu dama y espera.»

LIBRO LXII.



LIBRO LXII.

A TUCIA CONTRA ASTUCIA. — EN DONDE SE VERÁ LO QUE PLATICAN LAS DOS DAMAS —
EL FILTRO MARAVILLOSO. — SUS EFECTOS. — LA GRANDE OBRA. — DE CÓMO LA FIERA
DULCIFICA SUS INSTINTOS

El día que siguió á la escena nocturna que acabamos de historiar, entre once y doce de su mañana, Guillermo de Montells se paseaba por su habitacion, no menos reflexivo que agitado. De vez en cuando murmuraba algunas palabras ininteligibles, y en su actitud se traslucia el despecho. Pero no era menos su impaciencia que su ira. Repetidas veces miraba un reló (1) que elevado sobre un pequeño pedestal decoraba la estancia, y con sus gestos y ademanes parecia querer apresurar su movimiento. Ora suspendiendo su marcha escuchaba con atencion, y ora asomando la cabeza por la puerta del salon inmediato, retrocedía dando visibles muestras de disgusto.

Despues de algun tiempo pasado de este modo, esclama sin interrumpir sus paseos.

— ¡La idea es peregrina, vive Dios! ¡Hacerse llamar el Monge Gris!....

(1) No es fácil fijar la época de la invencion de los relojes de ruedas; pero encontramos que ya en 760 el Papa Pablo I, regaló uno á Pepino

Pero es claro que temeria presentarse con su propio nombre. ¡Ah! sin aquellas páginas de sangre que yo creia olvidadas, pronto le hubiera arrancado la máscara. De todos modos, mi venganza será terrible..... ¡pero hay que esperar!

Despues de reflexionar un momento, añade:

—El pedirá mucho: yo accederé á todo..... Dormiremos al leon para poderle atravesar con el puñal durante su sueño..... Poco puede tardar en llegar; esperémosle con calma.

En el momento de ir á tomar asiento, vé entrar al Monge Gris, y dirigiéndose á su encuentro y alargándole la mano, risueño el semblante, le dice:

—Poderoso señor, he tenido una gran satisfaccion en volver á veros. Tenia necesidad de reparar algunas faltas.

—¿En verdad? responde el Monge Gris en el acto de darle la mano, devolviéndole el saludo.

—Os conocí ayer, y he deseado hablaros hoy, añade Montells con calma.

—¿Para reparar tus faltas? pregunta el Monge Gris haciendo un gesto de admiracion.

—Creo que deberiamos olvidar lo pasado.

—¿Cómo?

Montells, con resolucion, esclama:

—Pedid.

—Nada necesito.

—Os he visto asistir á un enfermo.

—Apenas me ocupo de otra cosa.

—Podriais recobrar vuestro antiguo poderío.

—Mis necesidades son pocas, repone el Monge Gris con alguna indiferencia.

Guillermo de Montells hace un gesto de impaciencia. El desden y la calma del Intérprete redoblan su ira; pero demasiado hábil en el arte de fingir, que la refinada hipocresía del corazon humano ha llamado diplomacia, enfrenando sus ímpetus, esclama con abandono:

—¿Es posible, Hugo, que despues de tantos años de sufrimientos y desgracias os encuentre el mismo? ¡Siempre desconfiado! ¿Por qué dudais? Mi valimiento en la corte es infinito; mi poder todo lo alcanza..... ¿Podria engañaros estando al borde del precipicio? Mis ofrecimientos son sinceros.

—En otro tiempo crei en ellos y fui víctima.

—Yo era jóven, y una funesta rivalidad.....

—¡Una rivalidad!.....

—Hombre cruel, ¿no os he dicho que venia á expiar mis faltas?

—Para nada necesitas mi perdon.

—¿Cómo no?

—¿Y la justicia de los hombres? le pregunta el Monge Grís examinando su rostro.

—Podeis callar.

—Sería uno de esos crímenes que las leyes no dejan sin castigo.

—Siendo así, ya fuisteis criminal.

—Esperaba verte en el apogeo de tu gloria.....

—Pero.....

—Para hacer mas sensible tu caída.

—Hugo, sería un refinamiento de venganza: vos habeis sido generoso en otro tiempo.

El Monge Grís se dirige á la puerta, la cierra con precaucion, y luego de cerciorarse de que no puede ser oido por ningun curioso, aproximándose á Montells, le dice, bajando la voz:

—Supongo que no ignorarás la pena en que incurre segun el *Forum judicum* el que testimonia en falso por malquerencia á una persona.

—Hugo, le interrumpe Montells, procurando disimular su despecho.

El Monge Grís, sin escucharle, continúa:

—El que tal hiciere recibirá cien azotes y quedará difamado é incapacitado en adelante para servir de testigo (1).

—No lo ignoro; pero.....

—¿Qué dirás tú, Guillermo de Montells, tú que has acumulado tantos tesoros y cuyo poder segun dicen todo lo alcanza, qué diras cuando la férrea mano del verdugo te clave sobre el sitio de la afrenta?

No obstante el dominio que sobre sí mismo ejerce el anciano implacable, apenas puede impedir que brille en su rostro el fuego que abrasa su pecho. Su mano derecha juguetea con la daga que brilla en su cinturón, y dirige la vista á una y otra parte con la espresion de la duda. Sin embargo, sonriendo al Intérprete, le invita á tomar asiento y luego de haberlo hecho ambos, le dice con lastimero acento:

—Hugo, dejad hablar á vuestro corazon una vez siquiera. ¿Nada ambicionais en esta vida?

El Monge Grís, sin responder á su pregunta y con la misma indiferencia que poco antes, prosigue:

—Segun el mismo código, el que diere veneno á otro, si el envenenado muere, deberá ser torturado y morir de mala muerte. (2) ¿No te pa-

(1) FUERO juz., lib. II, tit. IV, l. 2 y 3.

(2) Lib. IV, tit. II, l. 2.

rece que el *Liber judicum* de los Wisigodos anduvo acertado? ¿Qué menos podia imponer la ley á un asesino de la mas vil condicion? Tú y yo que tenemos algun conocimiento en legislacion, debemos convenir en que dicho código es una recopilacion habilisima, no obstante sus distinciones repugnantes entre pobres y ricos. Leovigildo, Recaredo, San Isidoro y otros que corrigieron algunas de sus leyes y aumentaron la coleccion, merecen una estatua: yo te aconsejaria que se la levantasess allá en alguno de tus castillos. Y como supongo que tú, rico y poderoso, estimas en poco los inventos de Dorus é Ion, puedes adoptar el de Calimaco. Allá sobre el fuste corintio y entre las volutas, no te olvides de hacer incrustar en caracteres de oro los nombres de los legisladores.

Esta vez Montells, no obstante lo acre del sarcasmo, no da ninguna muestra de disgusto: su ira está contenida en el interior de su pecho. Si el Monge Gris pretendiera leer en su rostro no veria en él nada. Ha tomado poco antes una resolucion, y cualquiera que sea la violencia que deba hacerse, piensa llevarla á cabo. *Dormiremos al leon para poderle atravesar con el puñal durante su sueño*, ha dicho, y no olvida su propósito.

—Hugo, responde con aparente calma, os he comprendido hoy como os comprendí ayer durante el delirio de Enrique. Vuelvo á preguntaros: ¿qué quereis de mí?

El Monge Gris, en el mismo tono que anteriormente y sin hacer mérito de sus palabras, continúa:

—Si un hijo entra puñal en mano en la estancia de su padre y le mata.....

Guillermo de Montells, echando al propio tiempo una ojeada al rededor del salon, le interrumpe diciéndole calmoso y sosegado:

—Un parricidio, como el mas horrendo de los crímenes, será castigado con penas mas atroces. ¿No es esto lo que habeis querido significar y.....

—Me has comprendido, responde el Intérprete dejando gradualmente su indiferencia.

—Ahora podremos esplicarnos.

—Todavia podria recordarte alguna otra ley del Fuero Juzgo; pero tú, estudioso y conocedor de las costumbres y usos de nuestra patria, no has menester de que yo ayude tu memoria.

—Adelante, y si habeis concluido podeis decirme lo que deseais, repone Montells sin titubear.

El Monge Gris, tomando repentinamente el tono grave y solemne de los areopagitas, le dice con sobra de resolucion y energia.

—Guillermo de Montells, tu hora ha llegado. Antes que el castigo de

Dios, recibirás por tus crímenes el de los hombres. Es un decreto del cielo y..... voy á entregarte á la justicia humana.

Nada altera ni conmueve al anciano implacable. En otra ocasion, por una sola palabra de las que acaba de oír, ó por un gesto mal interpretado, hubiera corrido la sangre; pero en esta tal vez sufriría con paciencia que el Intérprete pusiera la mano en su rostro. Convencido de que la resolucion que ha tomado es la única que puede salvarle, contesta con humildad.

—Poderoso señor, ¿qué pensais hacer con.....

—Al romper el verdugo con su hacha tu escudo, te lo arrojará al rostro.

—Pero, ¿qué utilidad os reportará mi degradacion? ¿No seria mucho mejor que terminadas amigablemente nuestras antiguas disensiones, os eleváseis vos de nuevo al rango de los príncipes y yo vejetase en el retiro?

—¿Qué mas podria yo desear? murmura el Monge Gris con sentimiento.

Estas palabras, las primeras que hacen presentir á Montells una reconciliación favorable á sus miras, le alientan y repone con presteza:

—¿Dudaríaís acaso de mi influjo?

Sarcástico al principio del diálogo, dispuesto á tomar una resolucion extrema despues, el Monge Gris va á presentarse ahora paulatinamente inclinado á una avenencia. ¿Cómo esplicar este cambio repentino? ¿Querrá profundizar el pensamiento de su adversario? ¿Intentará conocer algun ignorado secreto? Dificil fuera responder á estas preguntas. Lo cierto es que, despues de haber reflexionado un momento, responde con la espresion de la duda:

—¿Quién podria asegurar que se me volvería?....

—Yo.

—¿Y Roma? pregunta el Intérprete con algun interés.

—Hará lo que acordemos.

—¿Lo crees?

—Lo sé. ¿Quién hizo el mal? Mis tesoros. ¿Quién hará el bien? Mi dinero.

—Sin embargo tus cómplices.....

—Los conoceis, responde Montells con resolucion.

—Pero su poder.....

—En las córtés corrompidas el oro es omnipotente.

—¿Y las pruebas de su participacion en él?.....

—Las obtendreis. ¿Qué mas deseais?

—Nada para mí.

—No podría permitir que continuárais por mas tiempo en la vida de miseria en que os veo, repone Montells con patético acento.

—¿Qué valor puedo dar á tus palabras!

El anciano implacable se muerde el lábio, y comprendiendo que debe hacer nuevos sacrificios, añade con entusiasmo:

—¿Y si jurase hacer vuestra voluntad?

—¿Tus juramentos!.....

—¿Y si fuese ante testigos, comprometiendo mi firma?

El Monge Gris, con cierta indiferencia, responde:

—En este caso, quizá nos entenderíamos, y aceptaría algo para Enrique.

—Llamaremos dos caballeros del ejército, y ante ellos.....

—¿Deberán conocer nuestros secretos?

—Los caballeros ignorarán lo pasado, y tan solo darán fé de mis promesas, contesta Montells con viveza.

—¿Y en este caso qué exiges tú? le pregunta el Monge Gris de repente, mirándole con atencion.

Montells, despues de reflexionar un momento, responde bajando la voz:

—Un papel, solo un papel.

—¿Escrito con sangre de tu padre, que revela?.....

—El mismo y..... vuestra palabra.

El Monge Gris queda un momento pensativo. Luego, sin dejar de interrogar su fisonomía, le pregunta:

—¿Cuál será tu hombre bueno?

—Gimeno de Albaro. ¿Y el vuestro, gran señor?

—Federico de Guzman, conocido por el Castellano.

—¿Luego aceptais?.....

—Acepto, Guillermo, y te participaré el dia de la entrevista.

El rostro del anciano implacable se ilumina de repente, y como no pudiendo ocultar la satisfaccion que rebosa en su pecho, esclama con fervoroso entusiasmo:

—Hugo, estoy contento; ¿qué mas podia yo desear en esta vida?

—Calma tus trasportes, le responde el Monge Gris mirándole.

—¿Es posible, viendo colmados todos mis descos? Os seré deudor.....

—Calla. Los remordimientos enternecen al Señor, y el hombre se acerca á la perfeccion cuanto mas le imita.

—Hugo.

—Guillermo.

Los dos se dan un estrecho abrazo.

Luego de haberse ausentado el Intérprete, la fisonomía del anciano implacable toma una espresion salvaje. Convulso y delirante, frunce las cejas, se pasa ambas manos por los ojos para asegurarse de que está despierto, y su mirada centelleante amenaza al Dios del cielo. En las arrugas de su frente se trasluce una idea infernal que domina todo su ser. Ha pasado una hora de humillaciones y de vergüenza, una hora de agonía, y ahora piensa en la venganza. Con voz ahogada por la cólera, esclama luego:

—¡Rayos y tempestades!..... Sin duda Hugo habrá marchado satisfecho de nuestra conferencia: peor para él. Podrá vanagloriarse un día, dos, tres; pero cuando esté en mi poder el fatal escrito.....

Se interrumpe de repente, y despues de permanecer un momento pensativo, se dirige precipitadamente á la estancia del Atleta de Aragon.

—Gimeno, dice en el acto de entrar en ella; deseo hablarte un momento.

El Aragonés, incomodado por no haber tenido ocasion de dar el filtro á la princesa, le responde distraido:

—Espero vuestras órdenes.

—A mi salida de Cataluña solo me acompañó un sirviente, y quisiera tomar uno ó dos criados entre los veteranos.

—Nada mas fácil: hoy mismo los tendreis.

—Como en estos viajes uno está constantemente espuesto, desearía que fuesen de confianza y valientes.

Notando alguna alteracion en su rostro, el Aragonés le dice:

—¿Estais inmutado? ¡Ah! todavía la ocurrencia de ayer..... Ya os lo dije; el doctor no ha pretendido ofender á nadie: es un hombre bueno, muy bueno.

—En efecto, en efecto: ya no me acordaba de él.

—Perdonad, os habia interrumpido..... Hoy mismo tendreis dos criados para vuestra defensa. Llamaré á Pedro Roque, uno de los aragoneses mas inteligentes y honrados de las legiones, y él mismo os los proporcionará.

—¿Conoce bastante á los soldados? pregunta Montells.

—Tiene en su casa una cantina, en donde se reunen todos los matones y perdona-vidas del ejército.

—En este caso es el mas apropiado.

—Ya lo creo; sin su influencia la causa de Rocafort, hubiera triunfado.

—¿Y cuándo podré hablarle?

—Hoy mismo se os presentará.

El anciano implacable se retira satisfecho, y el Aragonés se dirige á la estancia de las señoras, imaginando el medio que podrá escogitar para servir á la princesa la bebida maravillosa.

Inés de Azan y Sibilia estaban sentadas en un sofá oriental. La primera ofrecía en su semblante la espresion del enternecimiento: la segunda lloraba amargamente. Un diálogo muy animado tenia lugar entre ambas.

—Sibilia, le dice la princesa, vuestro abuelo no conoce las virtudes de Enrique: todos le hablaremos.....

La hija del César contesta suspirando.

—Será inútil. ¡Oh y cómo lo aborrece! ¡Dios mio qué cosas le he oído!

—Hoy está afectado por no sé que palabras del doctor.....

—Mañana será lo mismo. Recordando el antiguo odio de las dos familias, prorumpe en dicterios contra Enrique. Me hace temblar: yo creia que seria lo mismo que mi padre.

—Vuestro padre os queria mucho, objeta la princesa en voz baja.

—Mi padre nos queria á los dos. Por causa de él amo á Enrique, porque siempre me decia que era el caballero mas galante del ejército..... Mi abuelo no lo querrá nunca. No oisteis cuando dijo que todavia conservaba un puñal..... ¡Dios mio!

Al decir esto se cubre el rostro con ambas manos.

—En efecto, vuestro abuelo le aborrece, dice la princesa.

—Solo por que se llama Busa.

—Pero esto no debe afligiros tanto, porque vos dependeis de otro, repone Inés con cierto misterio y siempre en voz baja.

—Del Castellano ¿no es verdad?

—Vuestro padre le nombró tutor.....

—¿Y él querrá que yo ame á Enrique? pregunta la inocente doncella con interés.

—¿Quién lo duda?

La hija del César enjuga sus lágrimas, y abrazando á Inés esclama risueña:

—¡Oh qué feliz seré si logro ser la esposa de mi caballero!

—Lo sereis cuando yo otorgue mi mano á vuestro primo.

—¿Y si mi abuelo se opone?

—¿Olvidais que debéis obediencia al Castellano?

—Es verdad, es verdad; responde alegre Sibilia.

—Y si el señor de Busa continúa enfermo, el noble hidalgo nos permitirá..... pero silencio, alguien viene.

Al pronunciar la princesa las últimas palabras, entraba en el salon el Aragonés.

Observando constantemente los pasos de Inés, el noble Atleta buscaba un momento favorable para servirle el filtro mágico que debia restituirle su cariño. El Castellano á su vez hacia progresos rápidos en el ánimo de la princesa, y esto le tenia desconsolado.

Apenas entrado en el salón, ya el gesto severo de Inés le desconcierta. En otro tiempo, antes de tener por rival al Castellano, la princesa le recibía sonriendo y á menudo le daba á besar su blanca mano: ahora apenas se ha dignado alzar los ojos. Busca el Aragonés la mirada de su bella prima, y hallando el mismo rigor, permanece en pié turbado é inquieto.

—¿No tomáis asiento, noble señor? le dice por fin la princesa con gravedad.

—Esperaba vuestras órdenes, responde el Aragonés con sumision y respeto en el acto de sentarse, y luego murmura para sí: ya no dice mi señor.

La hija del César, recordando las últimas palabras de la princesa, debía dar otro golpe á su sensibilidad, preguntando con sencillez:

—¿Vendrá hoy el de Guzman?

La princesa, con cierto interés, contesta:

—Debe visitarnos de un momento á otro; y luego dirigiéndose al Atleta, añade: ¿le habeis visto, señor?

—No, no, hoy no lo he visto, responde el Aragonés confundido, sin apenas poder articular las palabras.

—No hace mucho paseaba la calle, objeta la hija del César sin comprender el efecto que la noticia hace en su primo.

—Por cierto, añade Inés, que viste hoy con mucha elegancia. ¿Qué bien le sienta la pluma de oro del yelmo! ¿Verdad Sibilia?

—Cierto, cierto.

La impaciencia del Aragonés llega á su colmo. El amor, con sus momentos de duda y de esperanza, de ánimo y de temor, llegara á penetrarle de tal modo que constituía su único pensamiento; y al ver las atenciones, al escuchar las promesas y juramentos de Inés habia creído inspirar el mismo sentimiento y con la misma vehemencia. Por lo mismo ahora, despues de lo que acababa de oir, no quedándole duda alguna de su desgracia, su desengaño era terrible. Solo la bebida mágica podia salvarle del terrible trance que se le preparaba.

Su rostro se tiñe en un corto momento de todos los colores del arco iris. Sienta los piés en este y en aquel lado, sin tenerlos bien en parte alguna, y pasan visiones por sus ojos. Mas, ¡oh dicha inesperada! cuando menos lo esperaba oye decir á la princesa:

—No sé á qué atribuir la sed que tengo: quisiera humedecerme la boca.

Al oir estas palabras el buen Aragonés se encuentra en pié sin sabe r cómo se ha levantado. No veia masque un medio de salvacion, y este se le ofrece. Tal es su alborozo, que al dar el primer paso tropieza con la silla: le falta tiempo para servir á su señora.

—Esperad un momento, noble princesa. Voy á permitirme..... Voy á complaceros: dice y se encamina con precipitacion á la pieza inmediata.

Al entrar en ella diferentes copas de cristal se ofrecen á su vista, pero al ir á coger una se queda suspenso y reflexivo. ¡Si el brevage, que tiene color amarillento claro, tiñese, aunque ligeramente el agua, la princesa podria sospechar!.... En la duda toma uno de los vasos de color, ya en uso en aquel tiempo y cuya invencion se atribuye á Demócrito, y cree zanjado el inconveniente. Su mano temblorosa arroja en él la mitad del filtro, le llena de agua y con creciente inquietud va á presentarlo á Inés de Azan.

Toma la princesa el vaso, y lo aproxima á su boca; mas en el mismo momento, Sibilia le pregunta:

—¿No os parece, amiga, que el agua tiene algun color?

Las rodillas del Aragonés tiemblan.

—Será el mismo del vaso, responde Inés.

Respirando con mas libertad el Aragonés, añade presuroso:

—En efecto, la refraccion de la luz modificada de diversos modos por el cristal, puede producirle. Pero es hermoso.....

—Veamos si el sabor corresponde, interrumpe la princesa en el acto de apurar el vaso.

—¿Qué os parece? le pregunta luego Sibilia.

—Delicioso.

Segun el Monge Gris, el filtro maravilloso no necesita mas que un cuarto de hora para producir sus sorprendentes efectos. ¡Con qué ansiedad lo espera el Aragonés! Los minutos le parecen horas, y no obstante, al aproximarse el solemne momento de prueba, quisiera prolongarle mas para prolongar tambien su esperanza. Late con violencia su corazon, y vese obligado á enjugar el sudor de su frente con disimulo, y no sabe si está triste ó alegre, y mueve los brazos al azar, y rie sin saber por qué.

Ha pasado el cuarto de hora.

—Mi señor, estoy quejosa de vos, dice de repente la princesa.

—Háme llamado mi señor, murmura el Aragonés, y levantando luego la voz, añade con la timidez de un niño: ¿seré tan desgraciado que haya podido ofenderos?

—Estoy quejosa, porque sabiendo cuánto os amo, nada me decís. ¿Olvidais que por vos he abandonado mi trono?

¿Qué es lo que acaba de oir el Aragonés? El efecto del mágico filtro ha sobrepujado sus esperanzas. El Monge Gris, segun él, no tiene de hombre mas que la figura. Es un mago cuyo poder todo lo alcanza, es un génio entre los génios, es un Dios; tiene secretos maravillosos para todos

los males que afligen á la humanidad, y posee el conocimiento mas perfecto de las propiedades y virtudes que la naturaleza ha dado á todas las cosas. Ha encontrado la panacea, el remedio universal; no quiere presentar al mundo estos grandes descubrimientos, por modestia, aun cuando no ignora que el mundo los espera.

Asi piensa el Aragonés del saber y poderío del Intérprete. Quiere arrojarse á los piés de Inés; pero conteniéndole la presencia de Sibilia, esclama con el acento mas tierno:

—¿Qué habeis dicho, mi hermosa señora? Soy el mas feliz de los hombres. ¿Quereis que.....

—Quiero vuestro amor, como vos teneis el mio, interrumpe la princesa.

El Aragonés, con amoroso entusiasmo, repone:

—Ilustre princesa, obtendreis de mí cuanto podais desear. Os juro ante mi prima vivir para vos, no pensar mas que en vos, ni amar jamás á otra mujer.

—Acercaos mas, os quiero aquí á mi lado.

—¿Esto mas? Ya no se acuerda del Castellano, murmura para sí el Aragonés, aproximando su silla á la de la princesa.

Sentado al lado de Inés se retuerce el bigote y arregla el pelo gallardeándose en el sitio, como un príncipe la primera vez que ante un concurso no menos brillante que numeroso, ocupa el trono. Pasaron sus penas como pasa un dia malo y una noche de tinieblas. Quisiera en aquel momento poder dar una nueva prueba de amor: quisiera poderle ofrecer una corona.

—¡Oh mi caballero! le dice de repente Inés con cariñoso acento; ¡cuánto he sufrido estos dias creyendo que me olvidábais!

—¡Olvidaros yo! primero olvidará la madre al hijo que idolatra. Interrogad á mi bella prima, y os dirá lo que sufría ausente de vos, y si soy capaz de pagar vuestro amor con tal ingratitud.

Pensaba el noble Aragonés, como otras veces, encontrar en la hija del César un auxiliar poderosísimo, y esta vez se ha equivocado: Sibilia, que no ha dejado de derramar lágrimas, le dice con enojo:

—Yo os creo, primo mio, capaz de todo.

—¿Cómo? ¿Qué decis? murmura el Aragonés sorprendido.

—¿No le habeis olvidado á él?

—Prima, escuchad.....

—Habeis abandonado á vuestro compañero de armas, y Dios os castigará.

El Aragonés inconsolable repone con sumision:

—Princesa por piedad, decidla.....

—Si os considerase capaz de semejante accion, siento que no podria amaros, responde la princesa como con sobresalto.

En este momento los piés de las dos damas se encuentran, y Sibilia inexorable prosigue:

—Aborrecedle princesa, aborrecedle: mañana os dejará á vos por otra.

—¡Dios mio! prima, permitid.....

—Os pagará con un acto de ingratitud como ha hecho con el pobre Enrique.

—Me asustais, esclama Inés.

—Lo hará, princesa, lo hará, añade Sibilia.

—¿Quereis escucharme prima mia? pregunta el Aragonés.

Los piés de las dos damas vuelven á encontrarse, y la hija del César le responde airada y con un acento que no se le conocia.

—Callad mónstruo: Enrique os habia salvado la vida.

El Aragonés, insistiendo en querer justificarse, repone:

—Era necesario, prima mia, dar tiempo al tiempo. Vuestro abuelo pretende, no lo ignorais, que.....

—No teneis disculpa. ¿Si no recibe los consuelos de la amistad, de quién podrá esperarlos?

—Pero oidme: vuestro abuelo pretende que os insultó y aun añade que.....

—El lo dice porque no lo quiere: yo que le amo no digo eso.

—Entonces..... ¿Vos qué decis?

—Yo digo que él no ha hecho mal á nadie. ¿Lo entendeis, primó mio? Cuando sucedieron aquellas cosas que contaís era un niño.

—No lo ignoro..... pero hay que evitar la cólera de vuestro abuelo.

—Mi padre me nombró un tutor y yo no oiré mas voz que la suya, repone Sibilia con una energia de que poco antes no se le hubiera considerado capaz.

El Aragonés, á quien estas palabras no han gustado mucho, por recordarle al Castellano, insinúa:

—Sus derechos, prima mia, todavia no están bien.....

—No importa: yo pienso guiarme por él.

—Si conociéseis á Montells como yo, sabriais que ante todas cosas hay que evitar su cólera.

—¿Y qué puede hacer Guillermo aquí? pregunta la princesa.

—Es el abuelo de Sibilia, es enviado por el rey.....

La princesa, queriendo sin duda darle el último golpe, le interrumpe diciendo:

—Recordad, mi señor, lo que me ofrecisteis allá en Constantinopla para el día en que se verificara nuestro casamiento: yo no podría ser feliz viendo desgraciada á mi amiga.

—Por Dios, princesa, tened compasion de mí y haced que mi prima no me aborrezca, repone el Aragonés con sentimiento. El cielo me es testigo de lo que sufro en este momento; pero creedme, el descubrir vuestros proyectos á Montells, podría ocasionar un rompimiento fatal para Sibilia, que se veria desposeida de sus bienes. Yo pienso oir al anciano respetable cuyos talentos y virtudes admira el ejército y arreglarme despues por su consejo.

—¿Quereis hablar del Monge Gris? interroga la princesa.

—Del mismo.

—En este caso recobrareis la estimacion de vuestra prima.

—Cierto que no le aborreceré, repone Sibilia enjugando las lágrimas.

—¿Lo oís? Besadle la mano, dice de repente la princesa deseando cortar la conversacion.

El Aragonés obedece.

—Tambien desearia besar la vuestra, princesa. ¿No es verdad primo? insinúa la hija del César entre llorosa y risueña.

La princesa presenta su mano, blanca como la azucena, al noble Aragonés, que llega á tocarla temblando; mas al sentir que los dedos de Inés oprimen suavemente los suyos, su gozo es superior á todo encarecimiento. Jamás su señora le habia otorgado un tan grande favor, y no pudiendo manifestarle su gratitud en alta voz murmura enagenado:

—¡Oh filtro divino!

Luego de haber dejado á las dos damas, se dirige al encuentro del Monge Gris. Su objeto no es solo contarle lo que le acaba de pasar con su bella prima, sino consultarle además otras muchas cosas no menos importantes. Alborozado y alegre al verle, le dice dándole un estrecho abrazo:

—La bebida mágica ha hecho un efecto maravilloso.

—Todo se puede esperar de sus virtudes, responde el Intérprete invitándole á tomar asiento.

—¿Si hubiéseis presenciado cual yo los extremos de la princesa! repone el Aragonés acomodándose en un sillón

—Me espantais: tal vez le habremos dado una dosis demasiado.....

—No, no; pero creo positivamente que con la segunda toma ya no se volverá á acordar mas del Castellano.

—No quisiera noble señor que.....

—Perded todo cuidado: la princesa mi señora es muy discreta; mas hoy quisiera hablaros de alguna otra cosa.

El Monge Gris, mirándole con alguna atencion, repone:

—Comprendo vuestra impaciencia por saber algunas noticias del enfermo; pero tranquilizaos: hoy ha pasado horas enteras en su sano juicio, reconociendo á sus amigos, y creo que dentro de tres ó cuatro dias le vereis fuera de la cama. Lo que hizo temer por su razon no era otra cosa que el delirio producido por una fuerte calentura. Yo os agradezco, mi señor, el interés que por él tomáis y..... ¿Supongo que pensais consultarme sobre el modo de arreglar las antiguas desavenencias de vuestras familias?

—Precisamente, responde el Aragonés bajando la voz.

—Guillermo de Montells sin duda se prestará á vuestros deseos.....

—No lo creais.

—Ahora deberá ser fácil.....

—Mas difícil que antes. Vos no sabeis, en primer lugar, que el difunto César nombró tutor de Sibilía al Castellano.

—¿Es posible siendo vos su próximo pariente?

—Esto es lo que no me sé esplicar. Roger de Flor me tenia todas las atenciones posibles, me amaba como á un hijo, y sin embargo prefirió á Guzman, extraño á nuestra familia, para confiarle su hija.

—¿Y no podeis atinar la causa?

—De ningun modo. ¿Qué opinais vos?

El Monge Gris, reflexivo, responde:

—Tal vez sea un plan hábilmente trazado, una combinacion profunda difícil de comprender.

—¿Y con qué objeto?....

—¿Es fácil conocer las miras del Castellano?

—¿Se la atribuis á él?

—Habiendo el César muerto repentinamente, es claro que el documento donde se consigna el nombramiento de tutor, fué hecho con anterioridad.....

—¿Y no podríamos saber con qué fin se hizo? interrumpe el Aragonés, por demas impaciente.

—Ilustre señor, no es fácil; pero lo intentaremos.

—¿Cómo?

—Tomando informes reservados; y si esto no bastare, las ciencias ocultas tal vez nos lo dirán.

El Aragonés satisfecho repone:

—¿Por manera que de un modo ú otro lo sabremos?

—Yo creo, mi señor, que sí; pero hay que obrar con mucha circunspeccion en este negocio. Reflexionad que al mismo tiempo que el Caste-

llano hace valer sus derechos á la tutoría de Sibilia, se presenta amante de la princesa vuestra señora.

—¿Si pretenderá á las dos?

—Podria ser que para obtener una.....

—Comprendo.

—Es temible el Castellano.

—Esto es lo que yo me digo. ¿Pero qué podrá hacer teniendo yo el filtro?

—Poco ó nada, responde el Monge Grís sonriendo.

—¿Creeis?

—Pero silencio.

—Descuidad.

El Monge Grís, con el tono de la indiferencia, dá otro giro á la conversacion, diciendo:

—Vencida esta dificultad, todo lo demas deberá seros fácil, porque Guillermo.....

—No lo creais, interrumpe con viveza el Aragonés; vencida esta dificultad, queda alguna otra. Guillermo es audaz, es hábil y tiene mucho valimiento en la córte.

—¿Y qué podria impedir?

—A vos os lo diré todo, todo; pero no me comprometais. Guillermo, es de mi familia y yo le debo algun respeto por sus años.

El Monge Grís, interrumpiéndole con viveza, le dice:

—Podriais callarme.....

—Al contrario, debeis saberlo todo: en otra cosa no confio que en vuestros consejos.

—Ilustre señor, otra persona os podria guiar.....

—Permitid..... de ningun modo. En vos tengo depositada toda mi confianza.

—Mucha es vuestra bondad, responde el Monge Grís inclinándose.

—Oid, repone el Aragonés bajando mas la voz, oid lo que me ha dicho Guillermo y yo no he comprendido.

El Monge Grís acerca su silla á la del Atleta, y este continúa con misterio:

—Hame dicho que se ocultaba aqui en Casándria un criminal, no menos depravado que hipócrita, perseguido por la justicia y que era urgente purgar á la tierra de semejante mónstruo. No ha pronunciado el nombre de este; pero como yo conozco á Guillermo, he sospechado que hablaba por..... por.....

— Enrique de Busa: adelante.

—Añadió despues, que para tratar ciertos asuntos de familia me llamaría en compañía de un extranjero.....

—¿Quién es el extranjero?

—Tampoco lo nombró.

—¿Hay mas?

—Me encargó, por último, que estuviese pronto con la princesa y Sibilia para salir secretamente de Casándria luego de concluida la grande obra.

—¡La grande obra!

—Así lo dijo. ¿Qué pensais vos de todo esto? pregunta el Aragonés cruzándose de brazos y mirando á su interlocutor.

El Monge Gris, sin titubear, le responde:

—Si vos pensais prestar una absoluta obediencia á Guillermo de Montells.....

—Yo no sé si podré obedecerle; pero no quisiera verme obligado á faltarle al respeto.

—Sin embargo, debeis oponeros á toda accion indigna que pueda empañar el lustre de vuestra familia.....

—¿Y habeis dudado de que me opondria? responde el buen Aragonés con orgullo.

—Ni un momento.

—¿Y qué me decís de la reunion?.....

—Yo creo, ilustre señor, que debeis favorecer las miras é intereses de vuestra hermosa prima.

—Este es igualmente el deseo de la princesa.

—No ignoro que ama á Sibilia como á una hermana.

—¿Y sobre la marcha misteriosa que proyecta Guillermo?

—Puesto que deseais volver á obtener el amor de Inés, nada perderéis en consultarla sobre este punto.

—Me parece bien, repone alegre el Aragonés, y luego añade con timidez; pero yo quisiera que vos le recordáseis algo de lo que he hecho por ella..... El Castellano..... ya veis.....

—Todo se hará..... Mas yo temo, por el contrario, que el filtro no obre con demasiada actividad.

—Sin embargo, el Castellano estuvo próximo á... ..

—No lo dudo.

—Y sabe mucho.

—No importa: temo que seais demasiado..... feliz, repone el Monge Gris dejando asomar una ligera sonrisa en sus labios.

—Bravo, bravo, dice el Aragonés satisfecho; y en el acto de partir añade: ¡pobre Castellano!

—¡Pobre princesa! murmura el Monge Gris en tono semi-patético.

El Aragonés se va sonriendo. Tiene en su poder el licor mágico que le asegura la posesion de su amada, y se cree feliz. Atraviesa las calles sin contestar á los que le saludan, sin oir á los que le hablan y sin ver á los que le miran, pero de pronto la pluma de oro del Castellano hiere su vista. El hidalgo viene del opuesto lado, y poco antes de cruzarse imagina el Aragonés una venganza digna de él. En su inofensivo orgullo se calza bien la manopla, se retuerce el bigote, endereza su cuerpo, y al pasar por junto á Guzman le hace una afectuosa reverencia que contrasta con la afectada reserva que usa con los otros pasantes. Sin duda ha querido decirle «he vencido.»

El entendido Castellano cree ver alguna exajeracion en las maneras del Aragonés, y devolviéndole el saludo por toda respuesta..... sonrie.

Luego de haber salido el Aragonés, disponiase el Monge Gris á entrar en la pieza en que descansaba el enfermo; mas al dar los primeros pasos, oye ruido en el corredor inmediato y se detiene exclamando:

—¡Ah! será él..... El niño duerme ahora, querrá verle.....

Se interrumpe, y al mismo tiempo entra en la estancia, visiblemente conmovido, el caballero del Ataud.

—Poderoso señor, vos sin duda vendreis para saber de vuestro amigo, le dice el Intérprete en ademan de abrir la puerta del biombo.

—Esperad, esperad, y si os parece sentémonos, repone con viveza el sanguinario valvasor.

—En pié podré serviros.

—No puedo permitirlo: sentaos, doctor, sentaos.

Ambos personajes toman asiento.

El caballero del Ataud, incapaz de toda preparacion oratoria y haciendo esfuerzos para aparecer tranquilo, dice luego en voz baja.

—He sabido..... me han dicho que Enrique de Busa..... educa un niño que no le pertenece..... Vos buen anciano sabreis sin duda.....

—Ilustre señor, interrumpe el Monge Gris, hanme llamado para cuidar al enfermo y.....

—Lo sé, lo sé. Pero ¿no habeis oido nada sobre el niño?

—He oido que el de Busa le compró á ciertos mercaderes que venian..... venian.....

—De Egipto. ¿Qué mas supísteis?

—Parece que los mercaderes pidieron por él un precio exorbitante y que el muy noble señor de Busa, viéndole tan hermoso, tan jugueton y agraciado.....

El caballero del Ataud, interrumpiéndole con una sonrisa que quiere ser dulce y tierna, le dice:

—¿Hermoso y jugueton, eh?

—Hermosísimo.

—Y agraciado.

—Es el encanto de todos.....

—Lo será en efecto, lo será, porque..... Mas veamos, proseguid, proseguid, buen anciano, repone el valvasor no pudiendo disimular su satisfacción.

—Decia, continúa el Intérprete, que el de Busa viendo un tan hermoso niño, habia entregado toda su hacienda para pagar á los mercaderes.

El valvasor, pensando retribuirle con esceso, murmura:

—No importa, porque.....

—¿No importa, decís?

—Continuad, continuad: ¿hace mucho tiempo que el de Busa compró el niño?

—Ya hace algunos años.

—Algunos años y yo no sabia.....

—No queriendo Enrique esponerle á los azares de la guerra, y deseando por otra parte darle una educacion esmerada, lo dejó en Galípoli á una familia de catalanes, sus amigos.....

—¿Y despues?

—Al dejar el ejército el Quersoneso de Tracia lo adoptó por hijo y desde entonces le lleva en su compañía.

El valvasor, que no ha perdido una palabra de las que ha pronunciado el Intérprete, le pregunta luego con ansiedad:

—¿Se ha sospechado quiénes podrán ser los padres del niño?

—No señor; pero puede que con el tiempo los encuentre, porque lleva pendiente de su cuello un relicario con ciertas iniciales que se cree serán las de sus padres.

—¡Ah! le conserva, murmura el valvasor satisfecho, y luego acercando su silla á la del Intérprete, añade: la primera de estas iniciales es una J.

—¿Luego vos?.....

—La segunda una P. y la tercera una C.

—Habeis examinado el medallon aquí mismo.....

—Os puedo asegurar que no.

—¿Es posible?

El valvasor, moviéndose en la silla, retorciéndose el bigote con una

mano y poniendo la otra sobre el hombro del Monge Gris, responde con cierto misterio:

—Oid, y cuento con vuestra discrecion. Yo soy el padre del niño.

—¿Cómo?

—El niño es mi hijo: creedlo.

—¿Os burlais del pobre huérfano?

—Jamás lo haria, aunque.....

—Pero.....

El valvasor, impaciente, repone:

—Las iniciales dicen, Juan Perez de Caldés.

—¿De tantos modos pueden interpretarse!

—El medallon se abre por medio de un resorte y en su interior presenta la efigie de su madre.

—En efecto, se vé en él el retrato de una mujer.

—¿Y no creéis que sea la mia? pregunta incomodado el valvasor.

El Intérprete guarda silencio.

Deseando persuadir á su incrédulo interlocutor, el del Ataud añade recalcando las palabras:

—Tiene el niño una pequeña cicatriz en el brazo izquierdo.

—Le habeis visto jugar en esta misma casa.

—Nunca.

El Intérprete, como herido por una triste idea, esclama con el acento del dolor:

—Tened compasion, ilustre señor, de aquella inocente criatura; muevaos á piedad su candorosa infancia. Me estremezco al pensar lo que pudiera suceder, si por odio al de Busa.....

El valvasor, interrumpiéndole, le dice con no menos viveza que resolucion:

—¿Qué osais decir? ¿Desconoceis el ritual de la órden?.... Hombre incrédulo, el niño es hijo mio: os lo juro por lo mas sagrado que existe en el universo.

El Monge Gris, cambiando de repente de tono, repone con humildad:

—Poderoso señor, habia pensado..... Perdonádmelo.

—¿Pero lo creéis ahora?

—Lo creo: vos lo habeis jurado.

—¿Y no os parece maravilloso el encuentro de un hijo despues de creerle perdido?

—La bondad del Señor es infinita, como inmutables sus decretos. El sin duda ha querido que pusiérais término á vuestros atroces hechos

de armas devolviéndoos el hijo que creiais muerto. No desconfiéis nunca del Señor, no os entregueis jamás á escesos reprensibles.

El sanguinario caballero lo ha comprendido, y por primera vez despues de algunos años comienza á creer que ha llevado su venganza al estremo. Si hubiese sabido que el mayor de sus hijos habia sobrevivido á la catástrofe de la Masura, sus represalias fueran menos. Mas adelante pensará en la conducta que en lo sucesivo ha de observar con los enemigos vencidos: ahora no quiere ocuparse de otra cosa que de su hijo. No ignorando que el Monge Gris es el mentor de sus amigos, imagina de repente tomar su dictámen sobre el modo de reclamar á su único heredero.

—No ignoro, le dice, que con vuestros consejos habeis servido á mis compañeros repetidas veces. Yo ahora necesitaría uno de vos.....

—¿De mí?

—Vuestros talentos son de todos conocidos.

—¿Y en qué puedo serviros?

—Desearia que imagináseis un medio para que yo pudiese reclamar á mi hijo.....

—Toda reclamacion me parece inútil, porque el de Busa, que le idolatra, se negará á dároslo, le interrumpe el Monge Gris con viveza.

—El niño es hijo mio, responde el del Ataud dolorosamente impresionado.

—Enrique podrá negarlo.....

—Pediré justicia á los tribunales, replica el valvasor con resolucion.

—¿Y cómo probareis que es hijo vuestro?

—Diré que posee un relicario.....

—El de Busa podrá insinuar lo contrario.

—Puedo probar el dia y la hora en que se hizo la cicatriz allá en mi castillo.....

—¿Y si Enrique acredita que fué en otra parte?

—El niño fué hallado en el campo de batalla.....

—¿Y si el de Busa se empeña en demostrar que tiene otra procedencia?

Confundido al pronto el valvasor, y no sabiendo qué respuesta dar, dice de repente:

—Por lo mismo os he pedido un consejo. ¿Qué opinais vos?

—Yo creo, ilustre señor, que ni con ruegos ni con amenazas, alcanzareis nada del de Busa. Por otra parte, los tribunales no os escucharán.....

—¿Es decir, que no hallais medio?.....

—Ninguno, mayormente despues de la fatal ocurrencia que ha hecho inevitable un duelo, responde el Monge Gris, estudiando la fisonomía del feroz caudillo.

—No tal, repone con presteza el del Ataud.

—Yo creia.....

—Vos, ocupado esclusivamente en cuidar á los enfermos, ignorais lo que ha pasado.

—¿Cómo?

—Un jurado compuesto de doce caballeros, los mas entendidos en honor, ha declarado que Albaro y yo no podiamos formar queja ni recurrir á las armas, porque cuando Enrique pronunció ciertas palabras ofensivas, ya..... ya estaba enfermo.

—¿Ya deliraba quereis decir?

—Cierto. Siscar y Rauret han platicado bien.

—¿Y el Castellano?

—El primero ha insinuado la declaracion, y cuenta que el Castellano es buen decidor y el mas sabido en caballería.

—¿De modo que ya no se habla mas de.....

—Concluido, todo concluido, repone el valvasor alegre, creyendo haber dado un gran paso para recobrar á su hijo.

—Recibid, noble señor, mis felicitaciones.

—¿Y ahora creeis que hallaremos un medio.....

—En efecto, he modificado algo mi opinion; pero creo ante todo que no debeis precipitar un negocio del cual pende la felicidad de vuestra vida.

—Pienso lo mismo.

—La resolucion que tomeis debe ser el resultado de un plan conducido con perseverancia, calma y madurez. Precipitándoos, podriais perderlo todo.

El caballero del Ataud escucha al Monge Gris con religioso silencio. Por lo que habia oido á sus amigos, tenia formado de él el mas grande concepto, y resuelve seguir sus indicaciones.

El Monge Gris, prosigue con calma y gravedad:

—En vuestras conversaciones debeis encarecer la caballerosidad y valentía del muy noble señor de Busa. Avergonzarse de estimar al hombre digno en la desgracia, es cobardía.....

—Cierto, cierto.

—La virtud de Enrique, no se ha desmentido nunca. Proscrito y maldecido háse conservado siempre digno..... Me han asegurado que salvó la vida al ínclito César, á su hija y al Aragonés. ¿Es verdad, ilustre señor?

—¿Quién lo duda?

—Debeis recordarlo á menudo á vuestros deudos.

—Entendido.....

—Vuestro noble proceder llamará la atencion de Enrique de Busa, que verá en vos al amigo, al verdadero amigo que no le olvida en el infortunio.....

—Bravo, bien pensado, interrumpe el valvasor comprendiendo el valor de las palabras del anciano.

—Pero guardaos, noble señor, de publicar que el niño es hijo vuestro, porque de lo contrario vuestros informes sobre Enrique, tendríanse por interesados y.....

—Comprendo, comprendo.

—Silencio sobre este punto, añade el Monge Gris bajando la voz.

—Silencio, repite el valvasor imitándole.

—¡Chit!

—¡Chit!

—Nadie lo ha de saber.

—Nadie.

El Monge Gris, continúa con mas pausa:

—Despues de todo esto, ilustre señor, si tal es vuestro deseo, vos y yo, combinando bien el modo, pediremos al niño y ¿quién sabe? ¿No podria ser que el muy noble señor de Busa tuviese un p'acer en verlo en brazos de su padre?

El feroz caudillo se ha estremecido de gozo. El dictámen del Intérprete le parece tan acertado, que le faltan palabras para encarecerlo. ¿Qué otra cosa podria hacerse?

—Noble anciano, le dice enagenado, si por vuestro sábio consejo recobro á mi hijo, os deberé la vida, y mi reconocimiento será tan grande como mi alegría. Mi corazon endurecido con tantos años de ódios y rencores, volverá á palpar; volveréisme á la sociedad de donde un deseo de sangre siempre creciente me habia desviado.....

—Vuestros sentimientos merecerán la estimacion.....

El valvasor, mas y mas agitado, sin comprender apenas lo que experimenta, sin saber bien lo que va á decir, le interrumpe, manifestando la nobleza de su corazon, con estas palabras:

—He pasado una gran parte [de mi vida haciéndome aborrecer de los hombres: en adelante consagraré mi existencia á hacerme amar, y dichoso yo si consigo que mi hijo no sea un censor demasiado severo de mi anterior conducta. Quizá pensará que yo le dejé abandonado allá en Egipto, y por consiguiente creerá que un padre que abandona á sus hijos, no es acreedor á su amor y respeto. Quizá juzgará..... Pero yo, que tengo

necesidad de sus caricias para vivir como los demas hombres, le contaré mis hechos de armas en aquella sangrienta y cruda batalla. Le diré que la prision de Luis IX desmoralizó al ejército, y que en vano intenté conducir de nuevo los bretones á la pelea: con solo cinco lanzas de las mias, me abrí paso buscando por doquiera á mi mujer y á mis hijos. Llamelos repetidas veces por su nombre, y por toda respuesta, solo oia los lastimeros ayes de los muchos agonizantes que yacian tendidos en aquella ensangrentada llanura. ¿Qué sucedió despues?... A centenares cayeron los musulmanes, y mas tarde, cubierto de heridas y sin conocimiento, fui salvado por mis escuderos.—¿Creeis que mi hijo, conocedor de la jornada y de sus horrorosos detalles, me perdonará?....

No puede proseguir. Recuerda con todos sus horrores el triste combate de la Masura; parecele oir los lamentos de su tierna consorte y el llanto de sus hijos, y en su creciente exaltacion cae de rodillas ante el anciano, que le consuela besándole en la frente. Un momento despues, sus párpados se humedecen, una lágrima sucede á otra lágrima..... El sanguinario caballero del Ataud, llora como un niño. Y es que un niño, hijo suyo, ha despertado en su corazon quanto de mas sublime tiene el sentimiento de padre; y es que paga una deuda sagrada á la naturaleza y teme no ser amado de aquel su hijo, cuyo amor le es necesario para la vida, como al árbol el riego para dar fruto.

El Monge Grís le contempla enternecido, y su espresion parece significar cuánto admira la trasformacion repentina de tan formidable caudillo. Ayer solo se ocupaba de proyectos sangrientos y de venganza, envanecido de su horrorosa nombradía, y hoy derrama amargas lágrimas y se halla próximo á postrarse humildemente ante un niño..... El Monge Grís, en aquel momento solemne, no pensando mas que en consolar al padre, prorumpe inmutado en estas palabras:

—Noble guerrero, alzad la frente, yo os bendigo en nombre del Eterno. Vuestro hijo os pedirá amor, porque solo amor puede pedirlos, y la bendicion de padre sancionada por el cielo. Vos, ilustre señor, esponiendo la vida, derramando sangre preciosa y haciendo heróicos esfuerzos por salvar á vuestra familia, llenásteis los deberes de esposo y padre, y el único hijo que os resta os amará entrañablemente en cuanto sepa los grandes sacrificios y proezas que habeis hecho en justo tributo á su memoria. Un padre es para su hijo el hombre á quien mas debe, el hombre á quien ha de consagrar todo respeto y amor, y aun indulgencia si necesario fuese. ¿Indulgencia, comprendéis? ¿Quién duda de que si un hijo tuviera un padre poco digno debe amarle y respetarle por su propia dignidad? Exigir la perfeccion en el autor de sus dias seria una injusti-

cia, porque este como hombre tiene defectos que aquel debe ocultar enalteciendo siempre sus buenas cualidades.—Ahora bien, ilustre señor, consideradlo: si un mal padre tiene derecho al amor de sus hijos ¿qué no podrá esperar aquel que, respetando su inocencia, les educa para el bien, dando á la patria buenos ciudadanos que es la grande mision que de Dios ha recibido?—Tranquilizaos, noble guerrero: la calma, al mismo tiempo que fuerte en el sufrimiento, os hará justo para con vuestros semejantes, y abandonando el sentimiento de las represalias, condenado por los libros santos, no os ocupareis mas que de amar y ser amado. Considerad que la inmensa desesperacion que la pérdida de vuestra familia produjo en vos, puede explicar vuestra conducta, pero no justificarla. Si la venganza aunque proceda de un motivo justo es condenable segun las máximas del Evangelio, cuánto mas lo será esa otra venganza que hacemos pesar sobre seres que ninguna parte ni intervencion tuvieron en nuestras desgracias. La repentina y misteriosa aparicion de vuestro hijo es un aviso del cielo: no le desecheis. Haciendo un esfuerzo sobre vos mismo, tened valor para arrepentiros. ¿Perseverariais en vuestras faltas despues de haberlas reconocido? Seria orgullo ó cobardia. ¿No habeis reflexionado, noble paladin, sobre los grandes bienes que os reportaria ese cambio de conducta? Trocariais una vida de azares y de peligros por otra tranquila y apacible; la agitacion de una guerra injusta por los goces de la familia; el desesperado sentimiento de sangre que devora vuestra existencia, por el dulce beso de un niño; el mal por el bien; trocariais en fin, el rencor contra vuestro semejante, reprobado por el Criador, por el espiritu de caridad que tanto recomienda Jesucristo.

Con la cabeza baja y humedecidos los ojos, el caballero del Ataud ha escuchado con religioso silencio á su hábil consejero. La idea de otra vida mas en armonía con los naturales sentimientos del hombre, le recuerda la que disfrutara en otro tiempo al lado de su esposa é hijos, lejos de los campos de batalla, sin la ira permanente que despues se ha apoderado de su pecho, sin las malas pasiones que envenenan las aspiraciones mas nobles del corazon. Entonces no consideraba el reposo y la paz como una deshonra, ni los pueblos como cárceles oscuras y hediondas: por el contrario, moraba en sus palacios servido por multitud de pajes y escuderos, enalteciendo su carácter con sentimientos dignos que le atraian el amor de sus semejantes. Este y otros recuerdos no menos dulces, agolpándose á su mente, le privan del movimiento y de la palabra durante algun tiempo. Inmóvil y sin responder nada á su viejo mentor, solo por las lágrimas que humedecen sus mejillas y por su respiracion fatigosa, acredita ser un viviente.

Enternecido á su vez el Monge Grís, despues de unos instantes de silencio, le levanta, y como deseando impresionarlo alegremente, le dice de pronto y con misterio:

—Poderoso señor, yo bien quisiera que vieséis á vuestro hijo; pero.....

—¿Cómo? ¿Qué? interrumpe con viveza el valvasor, pasando su mano por la frente y enjugándose los ojos.

—Temo nuevas complicaciones..... Una indiscrecion podria comprometer me.

—¿Dudariais de mí?

—El niño duerme.

—No importa, no importa, repone el valvasor con un acento difícil de describir.

—Reposa en una pequeña estancia contigua al lecho de su padre adoptivo, añade el Monge Grís, señalando al pequeño gabinete que el dia anterior ocuparon Siscár y el Castellano.

—¡Tan cerca!

—Entremos, pero quedito.

El Monge Grís abre la puerta del biombo, y atravesando ambos la pieza en que reposa el enfermo, con no pocas precauciones, se introducen en la vecina.

El reducido gabinete está adornado con bastante elegancia. Véanse á derecha é izquierda divanes azules que recorren ambos lados, y allá en frente de la puerta se alza un pabellon del mismo color, bajo el cual, sobre un pequeño lecho de plumas, el niño duerme profundamente.

—Ved á vuestro hijo, dice el Intérprete al valvasor en voz muy baja.

—¡Chit! le podriamos despertar, responde el del Ataud en el mismo tono.

—Cierto, no hagais ruido..... Sin embargo, algunas veces yo le beso en la frente y no despierta.

—¿En verdad? pregunta el valvasor ardiendo en deseos de abrazar á su hijo.

—Vedlo, repone el Monge Grís, besando al mismo tiempo la frente del niño. Y luego añade: ahora ensayad vos, noble señor.

El del Ataud se siente trasportado á una region intermedia entre el cielo y la tierra. Al hallarse junto al hijo querido que tanto tiempo ha llorado, siente algo desconocido para él que le embarga los sentidos. Se aproxima al niño entre gozoso y convulso, y conteniendo su respiracion, le dá repetidos besos, espresion de una emocion embelesadora, de un sentimiento tierno que hace palpar con violencia su pecho.

—Basta, basta, le dice el Monge Gris, temiendo alguna indiscrecion.

Del mismo modo que el frecuente uso de la palabra recrece la energía del entendimiento, aquellos besos sobre el rostro infantil de un hijo idolatrado han escitado la sensibilidad del caballero, y quisiera acariciarlo mas y mas. Al mismo tiempo suenan en sus oídos estas palabras:

—¡Qué hermoso es! Ved su frente.

—¡Y sus manecitas? ¡Y su tez? repone el valvasor extasiado ante el niño.

—¡Y su cuello alabastrino?.... Pero, vámonos, vámonos.....

—Un momento.....

—Imposible, imposible, ilustre señor, replica el Monge Gris, tomándolo del brazo y arrastrándolo fuera del gabinete.

Llegados á la pieza en que estuvieron poco antes, el Intérprete, firme en sus propósitos contra las represalias, dice de repente á su compañero:

—¿Es posible que siendo el padre de un tal hijo oseis ostentar la terrible divisa que decora vuestras armas?

—¿Qué quereis significar? interroga sorprendido el caballero del Ataud.

—¿No considerais que vuestro mote «no hay cuartel» aguzará cien puñales contra el pecho de la inocente criatura? Vuestros enemigos podrán vengar en el hijo las crueldades del padre.

Semejante idea horroriza al feroz guerrero, y responde turbado:

—En efecto..... quizá alguno intentaria.....

—Y qué, ilustre señor, cuando hayais recobrado al hijo, ¿no pensais abandonar el aparato de muerte que os rodea?....

—El ataud.....

—¿Preferís una vana ostentacion de fiereza á un hijo único, hermoso?...

—No lo creais, yo prefiero mi hijo al universo todo, responde el valvasor con entusiasmo.

—En este caso, ilustre señor, si os parece, antes que se publique que vos sois su padre, podriamos ensayar un cambio en los versos que constituyen vuestra divisa.

—Data de Egipto y la hicieron.....

—Sin duda poseerian la ciencia del *gay saber*, serian buenos trovadores; pero ahora.....

—Bien, bien, como gustéis, interrumpe el valvasor, dispuesto á no negar nada al anciano.

—Veamos pues el primer verso.

—Bien lo recuerdo: *con malla, lanza y broquel*.

—Este aun no revela vuestros intentos; pero ¿no os parece que le podriamos sustituir por el siguiente? *Luchando contra el infiel*.

—No tengo ningun inconveniente en aceptarlo, responde con decision el caballero del Ataud, despues de reflexionar un momento.

—¿Cuál es el segundo?

—El segundo dice así: *Caballero entro en la liza.*

—¿Os disgustaría que para reemplazarlo pusiéramos este? *En Dios y en mi brazo fío.*

—Ese, ese es mi verdadero pensamiento. Oid el tercero: *Es mi grito estrago y riza.*

El Monge Gris, examinando atentamente su fisonomia, repone:

—Este ya no tiene justificacion ninguna. En su lugar deberíamos poner: *Que es mi grito el hijo mio.*

—Bravo, bravo, ese es mejor que otro alguno, contesta el valvasor levantando los ojos al cielo con una espresion dificil de explicar.

—El cuarto, si mal no lo recuerdo, dice así: *Es mi mote no hay cuartel.* ¿Con cuál os parece que podriamos continuar?

—A la verdad, yo..... no sé que deciros..... Allá en Egipto, á pesar de haber recibido las lecciones de Braisnes y Bethune, nunca pude hacer un verso.

—Ensayad, ensayad: poned ahora en tortura vuestro ingenio.

—Será inútil, repone el caballero del Ataud vacilante.

—Sin embargo, haced un esfuerzo, insiste el Monge Gris.

El valvasor, oprimiéndose la frente con la mano derecha y animándose por grados, empieza á recitar.

Luchando contra el infiel,
En Dios y en mi brazo fío;
Que es mi grito el hijo mio.....

Al llegar aquí, se queda abstraído, y el Monge Gris con vehemencia le dice:

—Acabad, acabad.

El caballero del Ataud, saliendo de su abstraccion, se dirige al Intérprete, y con la mirada radiante de alegría, esclama:

—Poco á poco..... Ya lo he encontrado: *Es mi mote: doy cuartel.*

Al oir este último verso, el Monge Gris, no pudiendo contener el júbilo que le domina, se pone á abrazar al valvasor, diciéndole con cariñoso acento:

—Vuestro pasado se ha desvanecido: ahora solo os espera un porvenir riente y halagüeño.

Al mismo tiempo, uno de los legionarios que asistian á Enrique de Busa, entra anunciando al Castellano.

El valvasor, satisfecho de la aprobacion que ha merecido al Monge Gris, se desase de sus brazos, y con los ojos humedecidos se retira de la estancia.

Poco despues entraba el Castellano, el cual tuvo una larga conferencia con el Monge Gris, y era fama que trataron de negocios urgentes de alta importancia.





LIBRO LXIII.

LA MADRIGUERA DEL TIGRE.—EN DONDE SE VERÁ LO QUE SON CAPACES DE INTENTAR
DOS MALVADOS.—EL MAESTRO Y EL AGUA DE ROSA.—GENTE RECOMENDABLE.—
AMAÑOS.—LA CANTINA.—*Hierro y fuego*.—LA TIORBA.—APUESTA BÁQUICA.—
ESPLENDIDEZ DEL ITALIANO.—UN DOCTOR EN PELIGRO.—EL BEBIDO NO SE DUERME.

Eran las nueve de la noche del mismo día. El anciano implacable, calmoso aunque preocupado y reflexivo, se paseaba á lo largo de su estancia. No era esta lujosa como las que habia en sus palacios de Cataluña, ni tampoco como las que habitaba en compañía de su bella nieta: pertenecía á una de la casas de Casándria que los moradores habian abandonado al aproximarse los expedicionarios y, aunque espaciosa, era humilde y pobre. Los muebles que la decoraban eran sencillos y modestos; el único lujo que en ella se notaba consistia en una coleccion de armas de buen temple. Sobre una mesa colocada en su centro, que con varias sillas componian todo su ajuar, veíanse multitud de puñales y estiletes de fino acero, y en este y en aquel ángulo algunas picas, javalinas y espadas apoyadas contra la pared.

El salon, alumbrado por una sola luz de pálido reflejo, tenia dos puer-

tas que se abrian por dentro como las antiguas *vulvæ* de los romanos. Comunicaba la una con un pequeño cuarto de dormir, y la otra con las demas habitaciones de la casa, inhabitadas todas.

Guillermo de Montells, despues de haber dado algunos paseos con muestras de alguna impaciencia, se acerca á la puerta principal, y dá en ella tres golpes acompasados.

—Señor, responde un jóven de veintiocho á treinta años, entrando repentinamente en la pieza.

—Oye Felipe, le dice Montells con tono algo adusto; mientras espero á los amigos, que ya no pueden tardar, baja al patio y abre la pequeña puerta que da salida al callejon.

—Está bien.

—Todos los que entren por la principal, deben salir por la otra. ¿Comprendiste?

—Si señor.

—Mucha vigilancia, y á medida que vayan llegando, condúcelos aquí.

—Sereis servido.

—Puedes retirarte.

El sirviente de confianza se retira, haciéndole una gran reverencia.

Luego de haber quedado solo, el anciano implacable, se sienta cerca de la mesa, toma uno de los puñales que examina con cuidado, lo afila, y despues, con una complacencia feroz, moja su punta en cierta preparacion química, venenosa, de un amarillo claro, que brilla en una vasija cónica de tierra. Sucesivamente va practicando la misma operacion con todos los puñales y estiletes, volviendo á dejarlos despues sobre la mesa con alguna precaucion. Al mismo tiempo sus lábios murmuran palabras ininteligibles, y sus ojos despiden un resplandor siniestro.

—Señor, D. Alberto, dice de repente el criado, asomando la cabeza á la puerta.

—Hasle entrar, contesta Montells apoyando el codo sobre la mesa.

Un momento despues, cubierto con un manto negro, entraba en la estancia un nuevo personaje, que podria tener sesenta años. De mirada viva y penetrante, de andar suelto y brioso, ofrecia el aparecido el aspecto de un hombre hábil y audaz, capaz de grandes empresas. Al dejar con soltura su manto, descubre el traje que visten los soldados de la coronilla; pero al contemplar su porte y maneras, diríase que aquel atavío guerrero no era otra cosa que un disfraz.

—Sentaos Alberto, le dice Montells despues de haberlo saludado.

—¿Os he hecho esperar?

—Nos sobra tiempo.

El nuevo personaje, á quien llamaremos Alberto, aproxima una silla á la mesa, y tomando asiento, pregunta con ansiedad á su interlocutor:

—¿Qué me decís? ¿Es ciertamente él?

—Nunca lo he dudado: es el mismo Hugo en persona.

—¿Quién lo habia de creer despues de haberse afirmado en todas partes que habia muerto!

—Vuestra incredulidad nos ha perjudicado mucho, repone Montells con el acento de la reconvencion.

—¿Lo creeis?

—Hemos llegado algo tarde.

—La audacia y un puñal allanarán las dificultades, replica Alberto con sobra de energía.

—Sabe mucho, y su temple es de hierro.

—El hierro podrá destemplanle.

—Preparó con mucho acierto una escena no poco misteriosa, y confieso que un momento me hizo temblar.

—¿Os hice falta?

—Cuando salimos de Roma os lo insinué: un hombre para él es poco. La superioridad de conocimientos.....

—¿Le temeis?

—¿Qué es lo que nos impele al asesinato? le pregunta á su vez Montells con cierto ceño.

Una amarga sonrisa pasa por los lábios de Alberto al contestar.

—Vive Dios, que me avergüenzo de confesarlo.

—Tenemos necesidad de obrar pronto y con energía. Si tan solo le damos tres ó cuatro dias de tiempo, nos adivina, nos envuelve, destruye nuestros planes, y nos entrega á la justicia de los tribunales, sino á otra mas ejecutiva.

—No perdamos pues el tiempo. Veamos lo que pasó en vuestra entrevista. ¿Comprendisteis algo?

—Tal vez todo.

—Todo, ¡tratándose de Hugo!

—Mucho comprendí, amigo mio, responde el anciano implacable con seguridad.

—Hablad.

—Desde luego piensa casar á mi nieta, la hija del César, con Enrique de Busa.

—¿Es posible?

—Nada hay mas cierto.

—¡Maldicion!

—¿Concebis una audacia igual?

Pálido de cólera, articulando mal las palabras, Alberto, mira las armas esparcidas sobre la mesa, y esclama:

—¿Para cuándo son los puñales?

—Insinué poco antes que os esperaba á vos..... y á los otros.

—Sin embargo, podíais.....

—El ejército es suyo, objeta Montells con amargura.

Enfurecido Alberto, repone:

—¿Y que importa? Un hombre solo bastará.....

Guillermo de Montells se queda mirando á su interlocutor con una espresion diabólica. Diríase al ver su gesto, que al pronto ha querido darle una contestacion acre que enfrenara sus impetus, pero que el interés y el egoismo lo habian luego contenido. Dominando como siempre sus pasiones, replica con calma:

—He dicho que el ejército le pertenece. Capitanes, subalternos y soldados son agentes suyos, que se mueven como autómatas impulsados por su diestra mano..... Pero ¿á qué perder el tiempo que podríamos emplear mejor?

—Proseguid, proseguid, interrumpe Alberto con mal humor; deciais que habia proyectado unir á Sibilía con.....

—Afortunadamente Enrique de Busa ha desbaratado sus planes volviéndose loco por unos dias, cosa que en estos momentos, no es de despreciar conociendo la valentía y arrojo de los Busas.

—Cierto; pero su demencia.....

—Sin ella el casamiento estaria hecho.

—¿Acaso Hugo ha ganado á vuestros parientes? pregunta Alberto asombrado.

—Hay mas que todo esto. Una mujer hermosa secunda sus planes con una habilidad que espanta, responde Montells bajando un poco la voz.

—¿Quién es?

—La princesa Inés de Azan, sobrina de Paleólogo. Dominando á esta mujer con sus artes diabólicas, ha logrado Hugo que el de Albaro se enamore perdidamente de ella, lo cual me ha obligado á reservárselo todo.

—¡Diablo!

—Hay algo peor, y es que la astuta princesa nada ignora.

Segunda vez empalidece Alberto, preguntando lleno de ira.

—¿Vos creéis que Hugo se lo ha confiado todo?

—Sí, porque la ha necesitado en todos sus tratos con el emperador.

—Guillermo, peligran nuestras cabezas, esclama Alberto, pudiendo apenas dominar su cólera.

Montells, con una calma que contrasta con la agitacion de su interlocutor, repone:

—Luego nos ocuparemos de esto: escuchad ahora. Hugo ha conseguido tambien que mi nieta se enamore del execrable Busa.

—Le doy poca importancia..... Mi sobrino Aldobrandini sabrá hacérselo olvidar. Lo urgente es..... pero acabad, acabad.

—Guillen Perez de Caldés, el valvasor, mi pariente, está igualmente á merced de Hugo.

—Por lo visto ha contagiado toda vuestra familia.

—Asi es, no puedo fiarme de ninguno.

—¿Y cómo ha obtenido la adhesion del valvasor?

—Su plan es tan vasto como superior su talento. Ha podido hacerse con uno de sus hijos que se creia perdido allá en Egipto.

—Es incansable.

—Y el valvasor, con la esperanza de recobrar á su heredero, hace ciegamente su voluntad. Pero hay en las legiones un enemigo mas temible.

—¿Quién es? pregunta Alberto con interés.

—Un castellano llamado Federico de Guzman, que goza de un gran prestigio entre las tropas.

—¿Es amigo de Hugo?

—Osado y emprendedor, secunda sus miras con una inteligencia maravillosa entendiéndose con la princesa.....

—La hoja de un puñal romperá el talisman, interrumpe Alberto con un gesto salvaje.

Montells, sin dar importancia á sus raptos, prosigue:

—Calmoso é indiferente se ha presentado en mi casa para reclamar sus derechos á la hija del César.

—¿Qué derechos?

—El difunto César le nombró tutor de su hija.

—¡Cielos! esclama Alberto, levantándose entre agitado y colérico, y luego añade: pero ¿es cierto?

—Ciertísimo.

Alberto, recorriendo el salon, continúa con furor:

—La mano de Hugo en todas partes: ese hombre es el infierno.....

—Ya lo veis; el Castellano reclamará á mi nieta y hay que dársela, repone Montells sin inmutarse.

—Vuestra sangre fría me espanta. ¿No comprendéis que esto solo basta para dar al traste con todos nuestros planes?

Montells, con la ironía en los lábios, le responde:

—Calma, calma, reverendísimo y eminentísimo.....

—Silencio..... Pero no perdamos tiempo: vamos á tomar ahora mismo una resolución salvadora.....

Al decir esto, con una actividad febril, abre la puerta que comunica con las habitaciones interiores de la casa, examina la pieza inmediata, y asegurado de que no hay nadie, vuelve á sentarse acercando una silla á la de Montells.

Dispuestos uno y otro á trazar su plan de campaña, se miran un momento en silencio y sus ojos parecen pedir sangre y esterminio. Alberto está convulso; su compañero, tranquilo y sereno; pero en los rostros de ambos se patentizan los feroces pensamientos que cruzan por su mente. Un observador entendido, al contemplarlos recelosos, iracundos y dispuestos al crimen, diría que se hallaban concentradas en los dos todas las malas pasiones que afligen á los hombres.

Alberto rompe el silencio, diciendo á su compañero:

—Comencemos.

—Sea, responde el imperturbable anciano.

—¿La princesa compromete nuestra existencia?

—Conoce nuestros secretos, y una sola de sus palabras puede conducirnos al suplicio.

—Muera.

—Muera.

Alberto escribe algunas palabras, y una alegría salvaje ilumina los semblantes de uno y otro.

—¿Y el ejecutor? pregunta luego Alberto con viveza.

—Yo mismo.

—¿Vos?.....

—Oid, le interrumpe el anciano implacable con un misterio aterrador; el Aragonés mi deudo, lleva en su escarcela cierto frasco de un licor amarillento que de vez en cuando le sirve.

—¿Habeis conocido el brevaje?

—No; pero lo creo una bebida para entretener sus fuegos.

—¿Necesita la princesa un aliciente?

—Pertenece á los arcanos de Hugo..... Un cambio de frasco ó un cambio de licor nos darán lo que necesitamos.

—Esceleste idea, dice gozoso Alberto.

—¿Creeis?

—¿Quién lo duda? La princesa necesita un filtro para enardecer su pecho: démosele, nada mas justo. Los goces del Aragonés serán mayores y..... no podrá quejarse de nosotros.

Con una sonrisa satánica acoge Montells estas palabras, y queda resuelto que se suministrará un veneno á la princesa.

Alberto continúa luego no menos sarcástico:

—Hemos dado la preferencia á una muy alta y poderosa dama, como cumplia á caballeros bien nacidos; vamos á ocuparnos ahora de Hugo. ¿Qué os parece?

—Sabed ante todo, responde el anciano, que dos de sus agentes han entrado á mi servicio. Por este medio pienso persuadirle que he venido aquí solamente á buscar á mi nieta.

—Bien pensado.

—Esta noche les espero.

—¿En esta casa?

—Precisamente, y les encargaré la guardia de mi persona.

Alberto, que ha reflexionado un momento, repone alegremente impresionado.

—¡Ah! ¡ah! comprendo. Bravísimo..... Pero adelante.

—Tratándose de Hugo, hay que obrar con mucho pulso, tanto por que el ejército le adora, como porque sus agentes pululan por todas partes. Sin embargo, tenemos mucho adelantado, puesto que ignora que yo sé lo que os he contado.

—¿Podeis afirmarlo? pregunta Alberto con desconfianza.

—Hasta con juramento.

Alberto no insiste, pero por sus gestos diríase que queda poco satisfecho.

Continúan ocupándose de Hugo.

—¿Hay mas que observar? pregunta Alberto.

—Falta lo principal: no podemos herirle hasta haber tenido la sesion de mañana.

—¿Por qué?

—Se tratarán ante testigos asuntos de familia y yo recibiré el consabido documento en cambio de otro.

—Entendido. Mas veamos ahora á quién encomendaremos la grande obra.

Estas palabras hacen sonreir á Montells, quien dice:

—Teneis razon, la grande obra. Para nosotros es la panacea.....

—La piedra filosofal.

Esta especie de apología del crimen les divierte un momento. No les bastaba decretar el asesinato, sino que era necesario divertirse con él: tambien el tigre juguetea con su presa.

—Continúemos; ¿quién se encargará de Hugo? pregunta luego Alberto.

—El Maestro, con uno de estos puñales, responde Montells frunciendo las cejas.

—¿Podrá obrar en la misma noche de mañana cuando Hugo se retire de la reunion?

—Poco tardará en venir, y le consultaremos.

—Enhorabuena.

Por segunda vez Alberto escribe, preguntando despues:

—¿Quién falta?

—Dos hombres de mucho valer: Enrique de Busa y el Castellano.

—¿Habeis pensado algo?

—No.

—Veamos pues. ¿No insinuásteis poco há que el de Busa hacia cama?

—Asi es.

—¿Supongo que el Castellano le visitará amenudo?

—Cierto.

—En este caso, lo que nos interesa saber es la hora en que lo verifica. Sabido esto, yo creo, salvo mejor parecer, que podrian apostarse dos hombres observando la casa, y otros tres ó cuatro subir á darles de puñaladas en su mismo cuarto. ¿Qué os parece?

El anciano implacable, calmoso é impasible, responde:

—La idea no me parece mala; pero tal vez convenga primero informarse del número de sirvientes que Enrique tiene, para poder antes alejar con algun pretesto á los que mas incomoden. ¿Comprendeis?

—Comprendo. Pero de todos modos, si al Maestro se le ofrece alguna dificultad nos la hará presente. Gente le sobra.

—Bien dicho.

Los dos caballeros quedan juzgados, y Alberto apunta su sentencia, y el modo de ponerla en ejecucion.

—Ahora solo nos resta ocuparnos del Aragonés, dice Montells despues de haber aquel tomado sus notas.

—¿Supongo que no querreis su muerte?

—Suponeis bien: mas tarde lo necesitaremos.

—En este caso, allá va mi idea. El dia que nos convenga, lo llamais á un punto dado; con la anticipacion suficiente se apostan sobre el camino algunos de los perdona-vidas del Maestro y, á una señal, dejan su emboscada, se apoderan de él y lo sujetan.

—Si mi deudo lleva la maza de armas, no es fácil la empresa.

—Si no bastan tres bandidos, se pondrán seis.

—Acabad.

—Despues de haberlo sujetado, pueden conducirlo á un sitio oculto y exigirle una enorme suma por su rescate y.....

—Y mas tarde, al darle libertad, contará á sus amigos que unos ladrones.....

—Esto es.

—No me parece mal pensado; pero hay que advertir á los encargados de la ejecucion, que corren peligro si no toman bien sus medidas.

El muy noble y poderoso Aragonés ha sido igualmente juzgado sin apelacion; pero considerando que en adelante podrá serles de alguna utilidad, le hacen gracia de la vida.

—Con respecto á mi nieta, continúa Montells con pausa, nada tenemos que pensar: desaparecerá con nosotros; pero hay que tener en cuenta que Badoero, capitan italiano, emprendedor y astuto, aunque cobarde, ha proyectado un rapto porque está ciegamente enamorado de ella. Fué, no há mucho, gefe de las cohortes extranjeras y conserva alguna influencia entre ellas.

—¿Pero dónde se halla actualmente? pregunta Alberto sobresaltado como la otra vez que el anciano le habló del casamiento de Sibia.

—Oculto en esta ciudad.

—Proseguid.

—Me consta que es enemigo irreconciliable de Hugo, y quisiera sacar algun partido de él.

—¿Pero cómo conciliariais sus intereses con los nuestros? ¿Pretenderiais ofrecerle la mano de Sibia?

—Es precisamente lo que pensaba..... Despues no nos faltaría medio para..... para..... ¿comprendeis? concluye Montells haciendo á la vez un gesto harto significativo.

—¡Ah! bien, bien. Adelante, responde Alberto sonriendo.

—Si pudiésemos conseguir que sus hombres de accion se uniesen con los del Maestro, lo aseguraríamos todo.

—Pero dijisteis que estaba escondido.....

—Si resolvemos valernos de él no será difícil encontrarle.

—Pues ensayad.

—¿Aprobais?....

—Sí, sí, responde Alberto, volviendo á tomar la pluma.

Momento de silencio. Montells se levanta, da algunas vueltas al rededor de la estancia, reflexivo, y mas de una vez frunce las cejas al mirar á su cómplice. Este, que de nada se apercibe, concluye de tomar sus notas, dobla el papel, y en el acto de introducirlo en su bolsillo, dice al anciano:

—Ahora si os parece podeis llamar al Maestro.

—¿Sobre nuestra marcha nada tenemos que tratar?

—Nada: el buque está pronto y se hará á la vela al primer aviso.

Sin pronunciar mas palabras, el anciano implacable se dirige á la pieza vecina, y pasado un corto tiempo, vuelve á entrar seguido del nuevo personage á quien él y Alberto dan el significativo apodo de Maestro.

El nuevo aparecido era de mediana estatura, pero corpulento y bien formado. Sus pobladas cejas, su mirada torva y amenazadora, su nariz algo aplastada y el color moreno oscuro de su rostro, le daban una expresion terrible. En sus movimientos y ademanes se traslucia agilidad y soltura; en su frente, audacia y valor, y en sus nervudos brazos una fuerza hercúlea. Viste el traje de los soldados, y en su conjunto presenta el tipo de un bandido de todos tiempos.

El Maestro hace una grotesca reverencia; pero los dos altivos potentados no se dignan siquiera contestarle con una ligera inclinacion de cabeza.

—Maestro, ya sabes cómo y por qué compré tus servicios, le dice Montells, despues de haber vuelto á cerrar la puerta, sentándose de nuevo.

—No lo ignoro, responde el bandido con su voz naturalmente ronca y cavernosa.

—Llegó el momento de obrar.

—Espero órdenes.

—¿Con cuantos hombres cuentas?

—Nueve.

—¿Tienes confianza en ellos?

—Lo mismo que en mi persona.

—¿Hay alguno que tenga parientes ó amigos en el ejército?

—No señor: todo se ha hecho conforme vos ordenásteis.

—Estoy contento.

Una sonrisa siniestra ilumina el rostro del bandido, y se inclina.

Alberto, que hasta entonces habia guardado silencio, le dice mostrándole los puñales y estiletes.

—Puedes ante todo reconocer esas armas.

El Maestro se aproxima á la mesa y reconoce uno por uno los puñales. Al verlos brillar en su mano, diríase que no es la vez primera que maneja aquel terrible instrumento de muerte. Con cierta sonrisa melancólica parece querer significar que son de su gusto. Lo mismo hace con los estiletes.

—Maestro ¿qué os parecen? le pregunta el anciano implacable.

—Escelentes, señor.

—Prevendrás á tus bravos que no jueguen con ellos, repone Montells con una espresion diabólica.

—Son prácticos.....

—La menor herida es la muerte.

—¿Cierto?

—Su punta ha tocado el agua de rosa.

—¡Ah! esclama el bandido con un gesto feroz.

—¿Ha sido buena precaucion?

—Bonísima. ¡Qué agua la de rosa! ¡Huele tan bien!....

—Bravo, bravo, Maestro, interrumpen los dos ilustres barones soltando la carcajada.

Un momento despues, Montells le pregunta:

—¿Y qué nos dices de tu gente?

El Maestro, con cierta satisfaccion que no se escapa á sus risueños interlocutores, responde:

—Traigo dos hijos de Italia, medianillos para el combate, pero sin igual para la espera. Cubiertos con largos mantos, pasan con el estilete en la mano una, dos ó mas noches á la intemperie, y en el momento decisivo salen de su emboscada y se lanzan con la agilidad del gavilan al caer sobre su presa. El que escogen para víctima espira antes de sentirse amenazado.

—¿Obran siempre á traicion? pregunta Alberto complacido, al escuchar los elogios que el bandido tributa á sus bravos.

—Es el grande arte del dia: lo contrario puede comprometerlo todo.

—Tienes razon Maestro, lo primero es no errar el golpe, le dice Montells al verle pertrechado de tan terribles máximas.

—Viene despues un francés, prosigue el bandido sin inmutarse, muy hábil para los lances en que se necesite ruido y algazara. Interin él grita y amenaza llamando la atencion por este lado, el puñal hiere por otra con seguridad.

—Buen auxiliar, murmura Alberto admirado de los conocimientos del bandido.

—Yo lo creo, en veinticuatro horas pone en alarma á un pueblo entero, á todo un ejército; pero no le pidais mas, porque si ha de obrar de otro modo, al menor obstáculo pierde su posicion por buena que sea.

—Adelante.

El Maestro prosigue con entusiasmo:

—Les acompaña un hijo de Andorra, mi país natal, que es una verdadera alhaja. Tan diestro como osado, roba y hiere por su propia cuenta, y siempre sus golpes son mortales.

—¡Escelente brazo!

—Es bueno para la espera y para la batalla.

—Universal.

—Lo mismo son dos aragoneses y otros tantos catalanes alistados nuevamente; jamás discuten una orden.

—Bravo, Maestro, bravo.

—Con solo dejarles rezar un *Pater* ó una *Ave María* los teneis dispuestos para la lucha.

—Estos cinco son buenos para el ataque, objeta Montells.

—Y para la defensa, contesta el Maestro.

—¿Y el otro? pregunta Alberto.

El Maestro, gozándose anticipadamente en el efecto que él cree han de producir sus palabras, responde mirando alternativamente á sus interlocutores.

—El otro es andaluz, y por ser el mas hábil le he hecho mi teniente. Se llama Hierro-y-fuego y es el bribon mas ingenioso y entendido que puede darse. Para todos los planes me auxilia con sus luces, y siempre su dictámen es el mejor. En cualquiera parte que convenga dar un golpe se le ve dispuesto, y ora se disfraza de sacerdote, ora de équite ó togado y ora de mujer. Los sayones le van siempre á la zaga; pero toma tan bien sus medidas, que nunca pueden alcanzarle.

—Es un verdadero hallazgo, dice Alberto.

—Honor al Maestro que supo adquirirlo, añade Montells.

Gozándose en la alabanza, el bandido levanta la cabeza y retorciéndose el bigote, prosigue con mas seguridad:

—¿Y para la lucha? Salta y brinca como un cabrito; tan pronto se le ve en este como en aquel lado, y acuchilla y mata sin compasion. Brazo de hierro y corazon de leon; ¡qué hombre! Pero, lo digo con sentimiento, en medio de tan buenas cualidades tiene un defecto que no pocas veces nos compromete.

—¿Es mudo?

—¿Los hay en Andalucía? objeta el Maestro.

Alberto y su compañero admiran sonriendo el claro entendimiento del gefe.

—¿Entonces será cojo? le pregunta el primero.

—Anda mas que el viento. El defecto está en que la bebida le hace daño.

—Mal defecto es.

—Sin él seria Hierro-y-fuego inapreciable.

Despues de continuar ocupándose un corto rato de las particularida-

des que distinguen á Hierro-y-fuego y á sus compañeros, Alberto y Montells, deseando entrar de lleno en la cuestion principal, se hablan un momento en voz baja.

—Maestro, oye lo que esperamos de tí, le dice luego el último con cierta gravedad estraña, que contrasta con su jovialidad de poco antes.

Dicho esto, le da noticia de los capitanes que han sido condenados á muerte, y esplicaciones sobre el modo de reconocerlos, no olvidando de mencionarle que uno de ellos, Gimeno de Albaro, deberá ser solamente arrestado y conducido á parage seguro. Entra luego en largos detalles sobre un doctor, que ha sido en algun tiempo intérprete del ejército, conocido por Monge Gris, y despues de apuntarle los medios que han escogitado para llevar á cabo sus proyectos, concluye dándole una pequeña nota de las casas en que unos y otros habitan. El Maestro lo escucha con la mayor atencion, haciéndose repetir los nombres para retenerlos en la memoria: las diversas preguntas que hace prueban una vez mas su entendimiento despejado, y sobre todo su habilidad y astucia para las escenas sangrientas que se preparan.

Montells le dice luego con tono arisco:

—La suma para el rescate del Aragonés será tuya; pero toma bien las medidas porque es enemigo temible.

—Dejadlo á nuestro cuidado: en el primer momento que se separe de su comitiva será nuestro.

—Toma además este bolsillo, añade Montells arrojando uno lleno de oro á sus piés.

—Y este otro, le dice Alberto haciendo lo mismo.

La vista del oro, que no ha visto nunca en tan gran cantidad, hace brillar los ojos del bandido con un resplandor siniestro.

—Esto no es nada comparado con la recompensa que te espera si tu discrecion iguala á tu valor, añade Montells examinando su rostro.

—Quedareis satisfechos, responde el Maestro ocultando el oro con precipitacion.

—Pero necesitamos tus servicios pronto.

—Me parece que cuatro dias no son mucho.....

—Ni poco.

El Maestro, reflexionando un momento, replica con sumision:

—Necesito conocer las personas, examinar por mí mismo sus casas, enterarme de las horas que pasan fuera de ellas, particularmente de noche, y de los sitios que frecuentan; y finalmente, necesito apostar mi gente y.....

—Bien está. Mas no olvides que mañana á las diez de la noche deben reunirse en mi casa el Monge Gris, Guzman el castellano y Gimeno de Albaro. Podrias aprovechar el momento de su salida.....

—Se verá, se verá.

—¿Necesitas alguna otra cosa para....

—No señor.

Montells se levanta, y poniéndole la mano en el hombro, le dice con misterio:

—Pues oye ahora. Nos conviene saber la morada de un capitan veneciano llamado Badoero, que se halla oculto en esta plaza. Para lograrlo podrias encargar á los dos italianos que hicieran conocimiento con uno de sus adictos llamado Giovanni. Pueden ofrecerle sus servicios, obsequiarle con un pretesto cualquiera y.....

—Entendido, y mañana mismo os daré tal vez noticias tuyas.

—Finalmente, continúa Montells, dentro de poco vendrán aquí dos soldados del ejército, y conviene que sin ser visto por ellos los observes cuidadosamente para poderles reconocer.

—Se hará como deseais.

—Y desde mañana serán constantemente vigilados: ni de noche ni de dia puedes perderles de vista.

—¿Hay que obsequiarles? pregunta el bandido haciendo un gesto feroz.

—Te prohibo hacerles daño alguno.

—Está bien.

—Puedes retirarte, Maestro.

Avezado sin duda á obedecer aquella voz imperiosa, el terrible bandido se dirige á la mesa, escoge seis puñales y tres estiletes que oculta con alguna precaucion, y luego, encaminándose á la puerta, hace una reverencia que no carece de originalidad.

—Maestro, procura que el agua de rosa no se evapore, le dice Montells.

—Señor, le faltará tiempo, contesta el bandido con gesto diabólico en el acto de salir de la pieza.

—Es incansable: sus deseos de sangre son tan vehementes como los de un tigre, murmura el anciano implacable luego de haber quedado solo con su compañero.

—Es el hombre que necesitábamos. Pero supongo que no deberá volver á Cataluña y.....

—Suponeis bien.

—Comprendería.....

—No penseis mas en eso, interrumpe Montells, y sus palabras son otro decreto de muerte.

Casi al mismo tiempo aparece Felipe á la puerta, diciendo en voz baja:

— Señor, los dos soldados.

—No conviene que os vean aquí: podeis entrar en la pequeña alcoba, insinúa Montells á su compañero con alguna viveza.

Sin presentar objecion alguna, Alberto se introduce en el cuarto de dormir.

—Haslos entrar, dice luego el anciano á su sirviente con voz fuerte.

El Olotense y Cap-ruen son introducidos en la habitacion.

—Salud, mis amigos, esclama Montells al verles, sonriéndoles con cierta amabilidad que no le es habitual.

Los dos legionarios se inclinan con respeto.

—Supongo, añade Montells, que vosotros sereis los que me recomiendan mi deudo por medio de un cantinero.

—Le hemos merecido esta honra, responde con respeto el Olotense.

—¿Y os agradará entrar á mi servicio todo el tiempo que permanezca en Oriente?

—Si tal es vuestra voluntad, si señor.

—Recibireis buen salario y tendreis poco que hacer: yo ocupo poco á mis sirvientes.

—Obedeceremos vuestras órdenes.....

—Por lo demas, interrumpe Montells sin dejar su jovialidad, me informareis de cuanto haya en este pueblo digno de verse, y lo visitaremos. Pero os encargo muy particularmente que me acompañeis siempre que salga de mi casa. Esta precaucion es necesaria, porque me han dicho que á consecuencia de la guerra corren algunos malhechores.

El Olotense y Cap-ruen se miran como sorprendidos de lo que acababan de oir, y el anciano, que los ha observado atentamente, continúa siempre alegre:

—Si esta vida os agrada, no hablemos mas.

El Olotense con humildad, responde:

—No puede ser mas de nuestro gusto, y seríamos muy ingratos si no os agradeciéramos.....

—Galan y bien hablado..... ¿De dónde eres hijo?

—De Olot.

—¿Y tu compañero?

—Del Ampurdan.

—Tengo allí muy buenos amigos. ¿Conoces al vizconde de Rocaberti? pregunta Montells á Cap-ruen.

—Tuve el honor de servirle en el gran torneo que ordenó el rey Alfonso en Figueras, responde el legionario.

—Tambien justó en aquel torneo, si mal no lo recuerdo, el muy ilustre Gispert de Castellnou, objeta Montells mirándole.

—Fué compañero del vizconde (1).

—Bien, bien, dice el anciano levantándose y dándole palmadas en el hombro; creo que con vosotros estaré bien servido. Sobre todo no olvideis lo que os he prevenido poco antes: ni un solo minuto me dejeis solo cuando salga.

—Señor.....

—Podeis retiraros y mañana..... mañana os espero allá en mi casa.

Los dos legionarios, despues de haberle hecho una profunda reverencia, dejan la estancia.

—¿Has visto al otro? pregunta el Olotense á su compañero, luego de estar en la calle.

—No. Parece que quieren ocultar su llegada, responde Cap-ruen.

—Sin embargo, hace dias que el hombre la sabe.

—Es verdad; pero ¿has comprendido algo de lo que ha querido significarnos Montells?

—Ni una palabra.

Un momento despues, entraban en la sobradamente célebre cantina de Pedro Roque.

Habian resuelto los capitanes hacerse *fuertes en las ruinas de la antigua Casándria*, uno de los mejores puestos de toda la provincia, por estar vecino al mar, y toda la comarca de aquel cabo fértil y apacible, por los muchos senos y entradas que el mar hace, y de donde fácilmente, ó por lo menos con mas comodidad que de otro cualquier lugar, podian hacer sus entradas la tierra á dentro, y tener á Thesalónica, cabeza de provincia, en continuo recelo de su daño (*Moncada*). Para los soldados, la permanencia del ejército en aquel punto era una fiesta no interrumpida. Pasaban el dia en francachelas, juegos y tramoyas, ora en los cuerpos de guardia, ora en las plazas, y la noche en los almacenes y cantinas, contándose sus amores y campañas, sin olvidarse nunca de vaciar algunas botellas. ¿Cómo estaria la casa de Pedro Roque siendo la mas frecuentada de la ciudad? A la hora en que el Olotense y Cap-ruen entraban en ella, las gentes no cabian en el salon. Como siempre, jugaban á los dados y á la morra, referian cuentos picantes, y se divertian de otros diversos modos.

De repente se levanta Bras-fort, y agitando en su mano la copa, grita con voz fuerte.

—Amigos, brindemos por el de Ausona.

(1) Montaner, Cap. CLXI. fól. 131 v.

—Bien, bien, le responden Cor-de-ferru, Guillermo, Pedro Roque y otros de sus compañeros.

—¿Qué se sabe de él?

—¿Está fuera de peligro?

—Así lo afirma el doctor que le asiste, que como sabeis es el Monge Grís, responde Bras-fort.

—Bravo, bravo.

Los soldados sentados en las otras mesas, enterados de la causa del bullicio, llenan sus copas, se levantan, y en todas partes se brinda con rúbricas aclamaciones, por el doctor y el enfermo.

—¿Por qué no brinda Cap-ruen? pregunta Cor-de-ferru, ansioso como siempre de curiosar.

—Porque no está aquí, responde el Letrado gritando.

—¿Y á qué se atribuye su falta?

—Hame asegurado que habia entrado al servicio de un señor muy rico recién llegado de Cataluña, vocea Bras-fort.

—Es la verdad; se llama Montells, y segun afirman es la causa de los males que afligen al Doncel de Ausona, añade el Letrado.

—En la plaza esta tarde no hablaban muy bien de él.

—En su tierra hacen lo mismo.

—Varias veces el pueblo ha querido pegar fuego á sus propiedades, grita Bras-fort, levantando la voz.

—¿Por qué?

—Porque trata mal á sus vasallos.

—Peor para ellos si lo toleran.

—No pueden pasar por otra cosa.

—Sin embargo, no faltarán algunos que le besen la mano dos veces en poco tiempo.

—¿Qué has querido significar?

—Esto se esplica, responde el docto Letrado, con las mútuas relaciones de señores y vasallos. Cuando se celebra el contrato entre ambos, el vasallo hace pleito homenaje besando la mano al señor, y si no está contento en su servicio, puede retirarse volviéndole á besar la mano (1).

Bras-fort, con voz fuerte repone:

—Pero con el de Montells ni aun este recurso tendrán, porque no reconociendo mas ley que su capricho, roba y mata sin contemplacion alguna (2).

(1) Sin embargo, estaba el vasallo obligado á servir al señor un año por lo menos.

(2) Los códigos autorizaban á los señores para cometer toda clase de excesos: en el *Fuero Juzgo*, tít. V, l. XII, se dice que si un señor mata al siervo de otro le ha de dar dós en lugar del difunto, etc., etc.

—¿Y Cap-ruen ha entrado al servicio de ese hombre?

—Y tambien el Olotense.

—¡Ola! ¡eh! ¿En dónde estará el de Olot?

—Venga, venga.

—No se le ve en parte alguna, gritan muchos.

El nombre del beodo, que tanto les divierte con sus chistes, hace que la conversacion tome otro giro; pero la llegada del Andaluz interrumpe la plática comenzada. Viene acompañado de un personage que nadie conoce, y apenas ve que este ha llamado la atencion general, se sube de un brinco sobre un banco y presentándole á sus amigos, esclama con su natural viveza:

—Os traigo á un compañero que bebe mas en un dia que todos vosotros en un año. Se llama Hierro-y-fuego, y es de mi tierra, y buen mozo. Vedle, y el diablo me lleve si nadie puede contradecirme: como buen mozo ya lo veis, como bebedor lo vereis luego.

El Andaluz es el ídolo de los Aragoneses y Catalanes, y aplausos estrepitosos celebran su elocuencia desvergonzada. El diablillo, dando el brazo á Hierro-y-fuego recorre una tras otra las mesas, y en todas ellas son festejados ambos de un modo tan original como grotesco. Durante tan alegre confusion, Bras-fort obliga á sus amigos á estrecharse dejando puesto para dos personas y..... finalmente, los recién llegados toman asiento en la mesa en que está el célebre Hombre de Letras.

Un momento despues Bras-fort, á poco de haber cambiado una seña con el Letrado, dice:

—Ya no falta mas que el Olotense.

Apenas pronunciadas estas palabras, se renueva la algazara pidiendo al beodo.

—El beodo, el beodo, gritan.

—El Olotense.

—Que venga.....

—¿Y quién dice que no está aquí? Pues ¿no es aquel? interrumpe de repente Bras-fort con récios pulmones, señalando un objeto á su retaguardia.

Todas las miradas se dirigen al punto indicado, en donde se vé, tendido en el suelo, á un soldado cubierto con un manto, que al parecer duerme tranquilamente. Algunos se le aproximan, y descubriéndole el rostro, reconocen en efecto al Olotense con los ojos cerrados y roncando.

Una violenta esplosion de bravos y carcajadas estalla en la vivandaria. Queriendo todos ver al beodo, se levantan, y, no permitiéndoles la estrechez del salon marchar á su placer, se empujan, se pisan y se ara-

ñan; y por entre la zambra y el bullicio se oyen no pocos chistes á cual mas agudos y picantes, sobre la embriaguez que suponen en aquel su compañero.

—Hoy la tomó bien.

—Dejádsela dormir.

—No hay mas remedio.

—¿Y por qué no le ha de haber?

—Despertarle y que platique.

—Imposible.

Hace el Andaluz oír su voz perfectamente acentuada, diciendo:

—¡Cómo imposible! Tambien lo parecia otras veces: vamos á levantarlo ahora mismo.

—Vamos, vamos, responden muchos.

El Andaluz y algunos de los que le rodean se dirigen al beodo, y aunque no sin grande trabajo le levantan, le sacuden, le abren los ojos y le sientan. Al verlo en la mesa con los brazos naturalmente caidos y la cabeza inclinada sobre el pecho, los palmoteos y los gritos se repiten:

—Bravo, bravo, vocean.

—Que hable.

—Charla, maldito.

El Olotense, levantando la voz todo lo posible, dice:

—Ninguno de vosotros está en estado de comprenderme.

—Bien, bien.

—Dormia..... porque tenia sueño.

—Magnífico.

—Hoy está mejor que otras veces.

—Por lo mismo debe cantar, añade Bras-fort procurando hacerse oír.

—Bravo, bravo. Que cante.

—Sí, sí.

—La tiorba, la tiorba.

—Venga la tiorba.

El grito se va generalizando, y por fin de todas partes piden una misma cosa:

—La tiorba.

El cantinero al presentarla es acogido con miles de aplausos.

La tiorba de Pedro Roque, en otro tiempo habia sido nueva; pero al presente estaba tan deteriorada, que apenas conservaba de tiorba mas que el nombre. La tirantez de las cuerdas habia conmovido el puente; el mango, de tanto sobarle, se veia mugriento, y tenia por clavijas ciertos palitroques no muy derechos que hacian su afinacion imposible. Era la

tiorba de Pedro Roque como los guitarros de los barberos de nuestros tiempos: Estradivarius y Amati hubieran tenido que tomar serias precauciones para oirla sin sentirse atacados por un vértigo.

Hay algunos que conociendo algo la tiorba quieren lucir sus arpegios, acompañando al beodo; pero el cantinero termina el debate con general aplauso, declarando que la tiorba es de su propiedad y que por lo mismo no la cede á nadie.

Un silencio verdaderamente admirable, considerando las botellas que se han vaciado, reina de repente en la cantina, y Pedro Roque, después de algunos preludios antitonaes, capaces de dar muerte á un vivo ó vida á un muerto, acompaña al Olotense las siguientes estrofas.

Cuan fa fret al peus
axi com al cap,
la bona garnacha
aus al fa pasar.

Al molto y la uella
doneulus al ca:
viva el vi d'Alella
y el vi de Llausá.

Cuan lo sol escalfa
de per tots custats,
un xarri del ranci
aus refrescará.

Y si es del hipocras.
tambe pot anár,
viva el vi d'Alella
y el vi de Llausá.

Tanto la primera como la segunda estrofa, merecen la general aprobación. La idea de que el buen vino hace pasar el calor en verano y el frío en invierno, escita la hilaridad de los tertulianos, y llueven bravos y felicitaciones al inspirado beodo. No pocos se levantan para darle un estrecho abrazo: un himno de guerra al frente del enemigo hubiera hecho menos efecto. Durante un larguísimo rato no se entienden, mas por fin el Andalúz logra ser oído, no sin gran pena, exclamando:

—Aunque estoy poco familiarizado con el catalán, esta vez le he comprendido. La canción dice que se ha de beber siempre.....

—Bien, bien.

—Siempre mucho, replica el beodo.

—¿Cuánto en cada velada?

—Por lo menos ocho porrones (1).

(1) Vasija para el vino muy usada en Aragón y Cataluña.

Hierro-y-fuego se le queda mirando como espantado.

—Cuatro me los zampo yo para empezar, dice el Andaluz.

—Yo cinco, repone Hierro-y-fuego no queriendo ser menos que su compañero.

—Conversación. ¡Qué par de mozos! murmura el beodo.

—¿Pensará que solo él es capaz de beber los ocho? pregunta el Andaluz.

—Tal vez, y sin embargo no falta quien le aventaje, responde Hierro-y-fuego con creciente animación.

—¿A mí? replica el beodo riendo.

—Si señor, si señor.

—Bravo, bien, responden muchos de los presentes.

El Andaluz, en ademán de incomodado, dirigiéndose á su compañero, esclama:

—Ea amigo, vamos á darle una lección.

—Vamos allá; pero téngase en cuenta que yo ya llevo por lo menos un porrón, repone Hierro-y-fuego con entusiasmo.

—Lo mismo digo.

—Fuera, fuera, grita el beodo.

—Fuera, fuera, repiten en masa los tertulianos.

—Camaradas, interrumpe el Andaluz, por tan poca cosa no disputemos: vamos á hacer cuenta nueva.

—Adelante, vocea su compañero.

—Bravo, bravo, responden el Letrado, Bras-fort, Cor-de-ferru, Isidoro el veterano y otros muchos.

La lucha se empeña. El Andaluz llena uno tras otro los vasos; pero un ojo escudriñador podría observar, que Bras-fort colocado á su retaguardia, escamotea alguno por debajo de la mesa. Por su parte Hierro-y-fuego juega mas limpio. Considerando como una deshonra el ser vencido, no pierde terreno. Apenas tiene el vino en el vaso lo bebe y lo presenta de nuevo para que se lo vuelvan á llenar. En pocos momentos uno y otro dan cuenta de cuatro porrones.

Casi al propio tiempo la llegada de Giovanni, que como recordarán nuestros lectores es el sirviente de confianza de Badoero, llama la atención hacia el otro extremo de la mesa. El Letrado y Cor-de-ferru dejan sus asientos y le ceden un sitio preferente, no lejos del Olotense. Envanecido el italiano con un recibimiento al cual no estaba acostumbrado, se sienta con cierto aire de autoridad que otras veces le hubiera merecido rícos silbidos.

—Te esperábamos para beber el hipocrás, le dice luego el Letrado.

—Ya se me iba haciendo tarde, añade Cor-de-ferru.

—Y á mí, murmura Isidoro.

—Gracias, gracias amigos míos, responde Giovanni sin olvidar su tono doctoral.

—Yo también pienso..... probarlo, dice el Olotense torciendo la cabeza y haciendo un gesto.

—¿También tú?

—¡Y habrá bebido toda la tarde!

La mediación del italiano es favorable al beodo.

—No importa, repone, yo pago hoy por todos y quiero que el Olotense participe de la fiesta.

—¿No veis cómo está?

—Siempre está lo mismo.

Apenas dichas estas palabras, Pedro Roque sirve el hipocrás á todos los de la mesa sin olvidar á Hierro-y-fuego, á quien, sea por casualidad ú otro motivo, ha tocado un vaso mayor que á los demás.

—Parece rico el camarada, dice el bandido á su compañero.

—Y muy rico, contesta el Andalúz levantando la voz.

El Olotense, sosteniéndose la cabeza con ambas manos y mirando á Giovanni, repone:

—Yo lo creo: su amo al marchar... le ha dejado mucho dinero.

—En efecto, al ausentarse me dió algo, murmuró el italiano con mucha viveza.

—*Yo quisiera tener un..... amo como ese, añade el beodo.*

—*¿Tan bueno era? pregunta Cor-de-ferru.*

—*Escelente, contesta Giovanni despues de una pausa.*

—Quizá no lo verás mas..... porque ya debe estar en Venecia.

—¿Quién sabe?

—Giovanni posee la confianza de su amo, y sabrá lo que ha de hacer, objeta el beodo.

Apurado el hipocrás, el italiano se apresura á pagar, y hace ostentacion de su poder tirando sobre la mesa un puñado de monedas, entre las cuales brilla alguna de oro.

—Viva lo bueno, esclama el Andalúz al verlas.

Hierro-y-fuego mira al dinero y al italiano con una espresion diabólica; y como la vista le multiplica los objetos, le parece ver montones de oro y plata.

—Qué monedas tan hermosas, dice el beodo tomando una, y luego añade: ¿Estas creo que te las dieron ayer?

—En efecto, ayer, responde Giovanni; y despues, como si hubiera sido

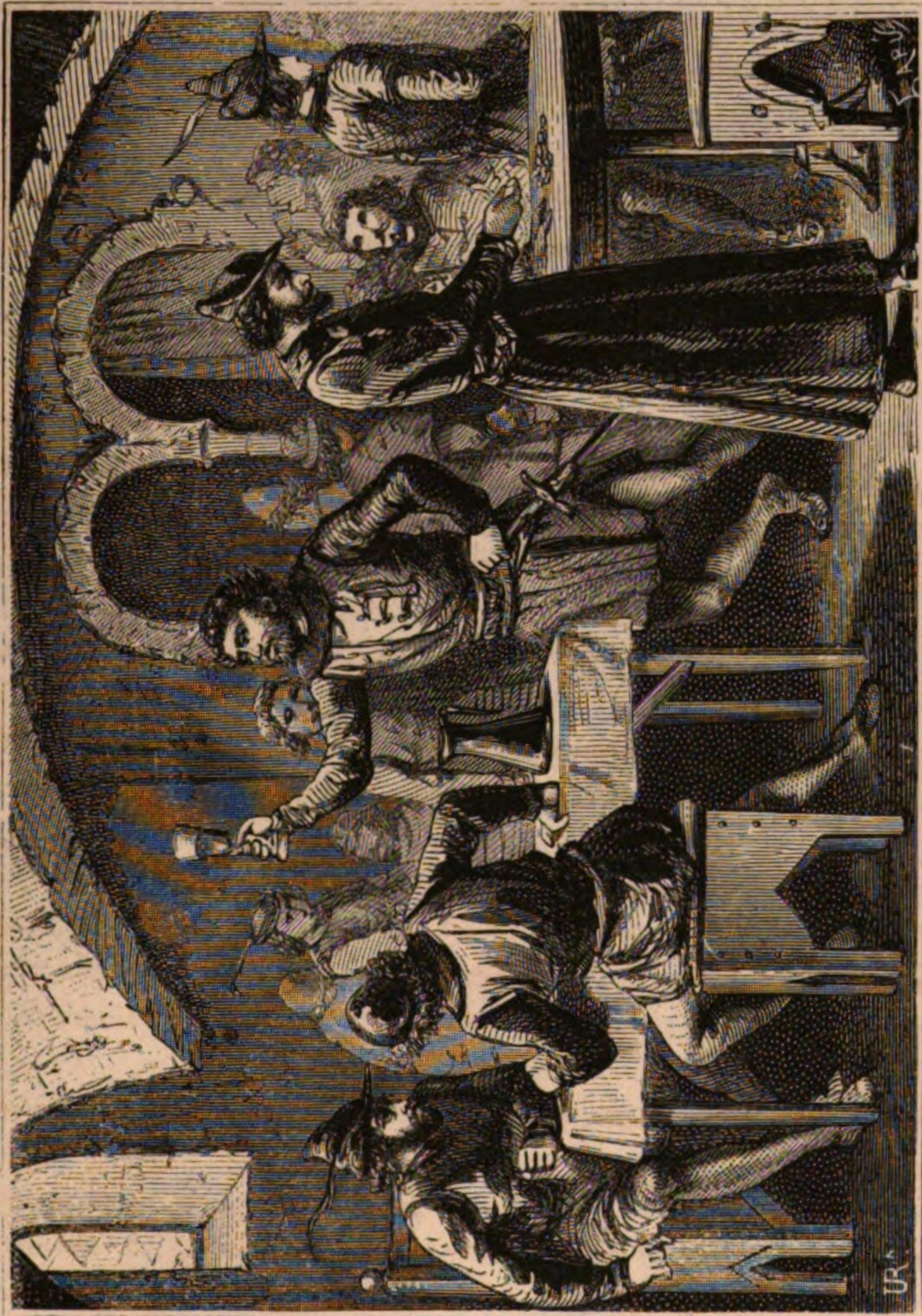


LÁMINA 23.—Yo quisiera tener un..... amo como ese, añade el beodo.
—¿Tan bueno es? pregunta Cor de Ferru.
—Ese: contesta Giovanni, después de una pausa.

sorprendido, continúa: es decir me las debían..... y ayer saldamos la cuenta.

Al decir esto mira al Olotense como para interpretar en su rostro la extraña pregunta que acaba de hacerle; pero solo ve lo mismo de siempre: el semblante del beodo no espresa mas que embriaguez.

Mientras tanto Bras-fort sigue escanciando vino al Andaluz y á su paisano. Este ya ha despachado cinco porrones de la nueva cuenta, y como el vino es del mas espirituoso que tiene Pedro Roque, comienza á hacer su efecto.

—Yo creo que de este vino se pueden beber hasta doce porrones, dice el Andaluz.

—¿Quié lo duda? responde Bras-fort.

—Mil demonios me lleven si yo no me bebo veinte, grita el bandido comenzando á tartamudear.

—Lo veremos: Pero démonos prisa, porque yo tengo que hacer cierta visita á un doctor, repone el Andaluz en voz baja.

Hierro-y-fuego, sorprendido, pregunta en el mismo tono:

—¿A un doctor? ¿Cómo se llama?

—Le llaman el Monge Grís, responde el Andaluz mirando atentamente á su compañero.

Un movimiento convulsivo ha estremecido al asesino. No obstante su embriaguez, aquella palabra le recuerda un empeño de sangre, y su rostro toma de pronto una espresion salvaje: diríase que le falta tiempo para cumplir la *grande obra*.

—¿Y es intérprete? pregunta.

—Y un insigne bribon.

—¿Un bribon!

—Embauca á los tontos con cuatro palabras. Por causa de él no soy el hombre mas poderoso de la tierra.

—¿Por qué?

—Me ha impedido ganar mil *perpres* de oro (1).

—¿De oro! repite el asesino, y sus ojos se abren como si quisieran salir de sus órbitas.

—No le agradará mi visita.

—¿Y tú..... sabes donde vive?.....

—Sí pero calla ahora, interrumpe el Andaluz, porque nos observan: luego hablaremos.

Mientras que Hierro-y-fuego y el Andaluz tenían en voz baja el diá-

(1) Vaia cada uno diez sueldos barceloneses. Puede verse á Montaner, cap. CCXVIII, folio 173.

logo que acabamos de referir, el beodo que no habia cesado de observar atentamente á unos y á otros, saca de repente su pañuelo y tratando de enjugar el sudor de su frente da una fuerte cabezada sobre la mesa.

Acostumbrados los soldados á sus pantomimas, lejos de dar importancia al grotesco incidente le responden con risas y carcajadas:

—Bravo, bravo.

—Bien.

—Si le dejamos solo se matará.

—Está rematado.

Al mismo tiempo Cor-de-ferru, acompañado de tres ó cuatro de sus compañeros, sale de la cantina.

Aprovecha Hierro-y-fuego aquel momento de confusion para preguntar á su compañero con mal articuladas palabras:

—¿No querias..... decirme alguna cosa sobre el Monge?....

—No se puede aquí, responde el Andaluz, sin dejar de observar sus movimientos.

—Pues vámonos..... Yo tambien tengo que insinuarte.....

—Ahora nos iremos: conviene decir primero algo para disimular.

Hierro-y-fuego, encontrando fundada la observacion de su compañero, guarda silencio.

Al mismo tiempo Isidoro el veterano, grita desde el extremo de la mesa:

—¿Cómo estamos? ¿Los dos andaluces trascolaron los ocho; sí ó no?

Bras-fort, que no ha dejado de servir á entrambos, le contesta:

—El uno ha salido triunfante, el otro se confiesa vencido.

—Es la verdad amigos, repone el Andaluz, yo no puedo mas; pero Hierro-y-fuego mi compañero ha bebido mas de nueve sin contar los anteriores.

—Bien, bien.

Hierro-y-fuego, sintiéndose loar, se pavonea orgulloso mientras el Andaluz continúa:

—Vedle, capaz es de beberse enterita la isla de Scío y quedarse tan sereno como antes.

—¿Pero tú, parlanchin, por qué no le imitas?

—¿Tú que charlas tanto?

—Porque tenemos que ausentarnos los dos..... ahora mismo, responde el Andaluz.

—¡Digo! ¡alguna barragana! esclama el Letrado.

—¡O algunas! añade Bras-fort.

—¡Y que son feas! ¿Verdad, Hierro-y-fuego? pregunta el Andaluz á su compañero.

—Parecen de la tierra..... tal es su garbo, responde el asesino.

—Bien por Hierro-y-fuego. Bien, bien.

—Vámonos ahora, dice de repente el bandido á su compañero haciendo esfuerzos para levantarse.

El Andaluz, que ya habia previsto que no podria ponerse en pié, re-
vite:

—Vámonos, y agarrándole del brazo y acompañándole hácia la puerta bamboleando, añade sonriendo: miradle; va mas derecho que un pino.

Luego de haber salido ambos del salon, esclama Bras-fort:

—Os confieso amigos que el tal Hierro-y-fuego no me gusta.

—Ni á mí, responden varios á un tiempo.

—Por mas que diga el Andaluz, tiene mas trazas de bandido que de otra cosa, añade Bras-fort interrogando con su mirada al Letrado.

—Tentado estaba de gritar *le via fora*, repone Isidoro.

—Yo creo que debemos tomar informes sobre su vida, razona el Letrado. Pedro Roque, que es el dueño de la cantina, debe saber quién entra en ella.

—Yo sabré mañana quién es, responde el cantinero.

Terminado el incidente, el Olotense, que hacia rato que estaba ron-
cando, teniendo la cabeza caida sobre la mesa, la levanta diciendo:

—Apropósito de barraganas; han llegado cuatro sciotas mucho mejores que el vino de su tierra.

—¿Quién las ha visto? pregunta Bras-fort.

—Yo, y convidó á.....

—A mí, á mí, le interrumpen muchos.

El Olotense, mirando en su derredor, replica:

—Convidó á Pedro Roque, al Letrado y á..... Giovanni, á ir á pasar un rato con ellas pero con una condicion.

—Veamos la condicion.

—Yo he de escoger.

—Perro maldito.....

—¿Se acepta el convite ó no?

—Acepto, responde el Letrado.

—Y yo, añade el cantinero.

—Yo no puedo, murmura el italiano.

—¿Por qué? pregunta el Olotense mirándole.

—Por que esta noche precisamente estoy algo malo. La fiebre.....

—¡Fiebre! harás bien en acostarte, le interrumpe el beodo.

—Precisamente pienso irme ahora mismo á la cama, repone Giovanni levantándose.

—Guárdate del aire del mar, le insinúa el Olotense con cierto gesto particular á un beodo.

—¡El aire del mar! murmura el italiano alejándose.

Giovanni sale de la cantina y marcha y contramarcha durante un largo rato. Receloso y preocupado, unas veces se detiene de repente observando con mucha atencion, y otras atraviesa esta y la otra calle, apresurando el paso, como si quisiera dejar atrás á la persona que intentara seguirle. Llegado de este modo á un callejon no menos estrecho que oscuro, no lejos de la morada de la hija del César, vuelve á pararse, y de nuevo escucha y mira con no poco cuidado. Finalmente, asegurado de que no es visto por persona alguna, se introduce en una casa de modesta apariencia, cuya puerta se abre con mucha precaucion..... Un momento despues, cuatro hombres envueltos en largos mantos, provistos de todas armas, se apostaban no lejos de aquella casa hablando en voz baja y con mucho misterio.



LIBRO LXIV.

PRINCIPIOS DE EJECUCION.—EN DONDE SE VERA QUE LOS GRUPOS SE MULTIPLICAN.—
EL PLAN.—EL RAPTO.—EL COMBATE.—AMOR.—RECELOS.—HABLA SIBILIA.—AR-
TIFICIO INÚTIL.

Como una hora despues de haber entrado Giovanni en la misteriosa casa, salieron de ella, no sin haber reconocido antes la calle, seis hombres embozados en largos mantos. Marchaban con grandes precauciones, sujetándose á la marcha de uno de ellos, que parecia ser el gefe del pequeño grupo, aunque no llevaba distintivo alguno. Sus órdenes, trasmitidas silenciosamente por medio de señas, eran al punto ejecutadas por sus compañeros con todo el respeto y consideracion que merecia el carácter del gefe á quien obedecian y la importancia del lance en que sin duda estaban comprometidos.

De repente, parándose Badoero, que era el gefe de la misteriosa patrulla, y dirigiéndose á Giovanni uno de sus subordinados, le pregunta con voz apenas perceptible:

—¿Estás seguro de que nadie te ha seguido?

—Segurísimo, responde el fiel sirviente.

—¿Y los otros?....

—Estan en sus puestos.

—Los marinos.....

—No faltarán.

No obstante las seguridades que le da Giovanni, Badoero no queda satisfecho. Enemigo de Rocafort desde que comprendió que este caudillo no le otorgaría jamás la mano de Sibilia, ha pasado algunos días oculto esparciendo la voz de que estaba ausente, para darse tiempo de meditar el plan que le ha de poner en posesion de su amada. Mas, á pesar de contar con un número de legionarios no menos adictos que valerosos, en el momento crítico de la ejecucion teme, porque sabe que, no solo ha de burlar la vigilancia de Montells y Albaro, sino que tambien la de un ser privilegiado cuyos talentos son superiores á los de los otros hombres.

Por mas que ha reflexionado, no ha podido comprender nunca cómo el Intérprete era conocedor de su vida pasada, y desde el funesto dia en que tuvo la debilidad de firmar cierto misterioso escrito, no ha tenido un momento de reposo.

—¿Quién será el Monge Gris? se habia preguntado repetidas veces á i mismo. El ejército le venera como á un santo, y sin embargo nadie le conoce. ¿A qué ha venido á la expedicion?

Semejantes reflexiones le habian conducido á hacer repetidas preguntas, á tomar informes reservados por medio de sus agentes; pero todo habia sido inútil.

Por otra parte, el Monge Gris, que tal vez con una sola palabra, pudiera condenarle á la degradacion, guardaba silencio. ¿A qué atribuir semejante conducta?.... Despues de cavilar muchas veces, creia Badoero que no habiendo favorecido la causa de Rocafort, el Intérprete no le seria hostil si él abandonaba sus proyectos respecto de Sibilia; pero que todo deberia temerlo en el caso contrario. No estrañemos pues, que aunque tuviera perfectamente tomadas sus medidas para verificar el rapto aquella misma noche, temiera mas los manejos del Monge Gris que la maza de armas del Aragonés.

Su inquietud y zozobra iban en aumento cuanto mas se acercaba el instante decisivo. Si el viento producía algun leve rumor, creia escuchar los pasos de un agente del Monge Gris; y si un vecino falto de sueño, dejando el lecho, abria una ventana, se juzgaba descubierto y perdido.

Preocupado con tales ideas, hace repetidas preguntas á Giovanni.

—¿Mandaste dos hombres á observarle? le dice.

—¿A quién? pregunta el soldado.

—Al Monge Gris.

—Ya os he dicho que todo estaba previsto: no se moverá el Intérprete de su casa sin que lo sepamos.

—Pero puede.....

—Seremos avisados con la anticipacion posible. Además.....

—Habla bajo. El puñal.....

—Morirá si.....

—Bueno, bueno, interrumpe Badoero mirando en su rededor, y luego añade: ¿y el buque?

—Dispuesto.

—¿Se ha sospechado?....

—Nada; nada.

—Pero alguno podria haber interrogado á los marineros, objeta Badoero, siempre sobresaltado.

—Se les previno lo que debian contestar: un buque del comercio de Génova.

—¿Nadie les ha preguntado?....

—No han visto á persona alguna mas que á un cantinero que iba á proveerse de artículos para su cantina.

—¿Quién es ese cantinero?

—Un aragonés amigo mio, llamado Pedro Roque.

—¿Tienes alguna desconfianza de él?

—No señor, responde Giovanni cansado de tantas preguntas.

Dichas estas palabras, continúan su marcha con las mismas precauciones.

En la calle que acababan de dejar se viera otro grupo de cuatro hombres que, mientras Badoero la rondaba con sus secuaces, permanecia oculto en el portal de una de las casas derruidas. Los cuatro vestían el uniforme de los soldados del ejército y se les oian de vez en cuando algunas palabras.

—Ya lo veis; no me he equivocado cuando al salir de la cantina os he insinuado que darian el golpe esta noche, dice á sus compañeros el que parecia ser el gefe.

—En efecto, creo que has acertado, repone otro en voz baja.

—No se armará mala fiesta, murmura un tercero.

—Ya tarda, añade el último.

Estos cuatro legionarios no eran otros que el Olotense, Pedro Roque, Bras-fort y Coll-de-grua.

—Ayer mañana comencé á sospechar, continúa el beódó.

—La llegada del buque veneciano era una señal infalible. Me quisieron hacer creer que venian de Génova, á cargar tapicería, contesta el cantinero.

—No es mal tapiz el que piensan llevar á bordo, repone Bras-fort con malicia.

El Olotense vuelve á tomar la palabra diciendo:

—Os recordaré lo que insinué á Giovanni no hace mucho tiempo, y es que no se hacen las tortas para los camellos. Pero silencio y seguidme.

Al decir esto dejan las ruinas, dan algunos pasos por la calle y se pierden en la oscuridad.

No lejos de la morada de la hija del César y agrupados debajo de un portal, se distinguían otras tres personas. Siscár, que era uno de los embozados, decía quedito á los otros dos.

—¡Las damas me lleven, si la llegada de la tarida me gustó! Los de su tripulación tienen mas traza de bandidos que de comerciantes de tapices.

—Lo mismo ha dicho el griego que hemos enviado al muelle, responde el Letrado, que era uno de los que le acompañaban.

—Yo he visto el buque por mis propios ojos. Ataviado de cómitre, me he aproximado á él, y he contado hasta siete marineros mas feos que Satanás.

Esta observacion importante la hace Isidoro el veterano, quien, decidido y animoso á pesar de sus años, se ha comprometido en el lance.

—Ya entrada la noche faltaban cuatro, mi señor.

—Sin duda habrán venido á visitar el pueblo.

—La visita les podria costar cara.

—Pero es otro indicio que debe tenerse en cuenta, y por lo mismo podemos creer que proyectan algo para esta noche, replica Siscár.

—Lo mismo opino.

—¿Y el Monge Gris qué te ha dicho?

—Solo me ha encargado lo que ya sabeis, responde el Letrado, y es que si en efecto intentasen algo esta noche, dejásemos consumir el rapto.

—Lo mismo me insinuó, y á fé que no comprendo bien el por qué.

—Mejor seria darles de estocadas antes que incomodasen á la doncella y á la.....

—No señor, no señor. Hagamos lo que él ha prevenido sin añadir ni quitar nada. Fácil será caer sobre ellos despues y..... Pero calla, se oye ruido por este lado: vámonos de aquí.

Los tres se internan en las ruinas de un viejo edificio de los muchos que habia en la antigua Potidea.

El ruido que llamara su atencion, lo hacian unos cuantos marineros procedentes de un buque veneciano que habia anclado el dia antes en el puerto. Armados de puñal y espada y protegidos por la oscuridad, acababan de llegar debajo de una de las ventanas de la casa de Sibilia, que caia á cierto callejon no menos estrecho que oscuro. Luego de haber hecho alto, pregunta uno de ellos.

—¿Es este el sitio?

—Si señor. Lo he examinado bien de día y..... esa es la ventana, responde otro.

—¿Cuál?

—Aquella, dice el segundo señalándola con la mano.

Otro de los marinos, acercándose al grupo y con voz apenas perceptible, lo mismo que sus compañeros, pregunta:

—¿Colocaremos la escalera de mano?

—Todavía no: hemos de esperar; pero ¿quién la trae?

—Yo, dice el mismo que habia hecho la pregunta, y al propio tiempo presenta una escala de la misma forma y dimensiones que las que se emplean en los buques

—Retirémonos á este lado, dice de repente el que habia hablado primero.

En el peristilo de la casa que habitaba Enrique de Busa se distinguian á la misma hora dos hombres. El uno era el Monge Gris y el otro el Castellano. El primero, vestia su traje ordinario, el segundo iba armado de todas armas.

El Intérprete, con su gravedad ordinaria, decia al hidalgo:

—No encontrarán resistencia alguna, porque he hecho dejar una ventana abierta.

—¡Cáspita! responde el Castellano admirado.

—Además, se lo he advertido á Badoero por uno de sus mismos agentes.

Mas y mas asombrado el Castellano de la prevision y astucia del Intérprete, repone:

—¿Habeis podido.....

—Todo se puede, mi señor; pero he hecho mas todavia. Viéndoles dudosos, los he determinado á que obrasen esta noche.

—Por lo visto han puesto su suerte en vuestras manos.

—Asi es, dice el Monge Gris sonriendo; mas volvamos al punto principal. Ambas están advertidas y no pondrán resistencia alguna. Es necesario arrestarlos en el acto de consumir el atentado; de lo contrario, nada conseguiríamos porque unos negarian el crimen ó su participacion en el y.....

—Está bien. Yo iré á unirme con los cinco castellanos que tenemos apostados, segun vuestras órdenes, en.....

—Otra cosa quisiera de vos, noble señor, le interrumpe el Monge Gris: Enrique se distrae todavia tal cual vez y convendria no dejarle solo.

—Subiré ahora mismo.

—Ya sabeis lo que exijo.

—Todo, todo. Mas hay que advertir á los castellanos.....

—Ya está hecho y no os esperarán..... Pero no perdais tiempo porque se aproxima el momento.

Sin hablar mas palabra el Castellano, sube á las habitaciones de Enrique de Busa y el Monge Gris se queda solo apoyado contra una de las columnas del peristilo.

Mientras tanto Badoero continuaba su marcha misteriosa y Giovanni y sus compañeros le seguian dispuestos á sacrificarse en su servicio. Poco despues hacen alto bajo la misma ventana en donde estuvieron poco antes los marineros, y al poco rato de cambiar una seña convenida, estos se les incorporan. En el mismo momento llegan agentes de diversos puntos de la ciudad y dan parte al gefe de las observaciones que han hecho. Los soldados duermen en sus cuarteles y alojamientos; las patrullas que al anochecer recorrian las calles se han retirado; del palacio de la princesa no ha salido persona alguna, y en la casa de Enrique de Busa, en donde se halla el Intérprete, nada han observado.

Tales informes tranquilizan un tanto al noble veneciano, y disponiéndose para realizar su plan, reconoce sin pérdida de tiempo las inmediaciones del edificio. La noche, oscura y tenebrosa, favorecia sus designios. Densas nubes cubrian las luces del firmamento, y el viento del Sud, impregnado de las emanaciones del Archipiélago, soplabá récio como en dias de tempestad. No pudiendo, pues, los raptos ser vistos ni oidos, terminaron el reconocimiento sin encontrar obstáculo alguno.

El plan de *il nobile di casa tribunicie* era por demas sencillo, gracias al apoyo misterioso que le prestara un sirviente del palacio. Unos cuantos hombres resueltos y valerosos debian introducirse en él, por cierta ventana dejada abierta al efecto, y apoderarse de la princesa Inés y de Sibilia. Guiados despues por su cómplice, se dirigirian al patio de la casa, por una escalerilla secreta, con el objeto de ganar la puerta, protegidos por el mismo Badoero y sus agentes apostados en la calle; y en el caso de encontrar resistencia en el interior del edificio serian sucesivamente socorridos por las fuerzas que se creyeran convenientes.

Tal era el pensamiento del veneciano, pensamiento que puso en ejecucion despues de haber tomado todas las avenidas.

Un momento despues, la hija del César é Inés de Azan estaban en poder de Giovanni, que con seis de sus compañeros hubo trepado por la escalera.

Ni un solo grito habian dado las dos damas. En el palacio reinaba un profundo silencio. Guillermo de Montells, implacable en sus venganzas, dormia soñando proyectos sanguinarios, y el formidable Aragonés,

cuya maza de armas bastara por sí sola para impedir el crimen, imaginaba, igualmente entre sueños, el modo de dar la segunda dosis del licor mágico á la princesa.

Ningun obstáculo se oponia á los raptos. Calculando Giovanni que en aquel momento crítico la libertad de Inés podria perjudicarles, la incorpora con Sibilia, y con muchas precauciones se dirige á la escalerilla secreta, desde donde logra bajar al patio sin contratiempo ni incidente alguno. Las dos bellezas están en su poder: con solo abrir la puerta principal está consumado el rapto. Mas en el acto de encaminarse dos de sus cómplices hácia ella, un agudo silbido le hace conocer que no está todavía fuera de peligro.

En el mismo momento se empeña un combate. Cap-ruen que, como hemos dicho, habia entrado al servicio de Montells, aparece, espada en mano, acompañado de Cor-de-ferru y de los cuatro legionarios que con él habian salido de la cantina. Mas no por eso retrocede Giovanni: una corta aunque enérgica defensa le bastará para que Badoero pueda acudir en su socorro. Asi piensa, y recibiendo á sus contrarios con valentía y arrojo, la lucha se prolonga, encarnizándose por momentos. Por ambas partes y durante un largo rato se pelea denodadamente. Reforzado por fin Cap-ruen con algunos criados del palacio que aparecen con hachas encendidas, arremete con nuevos bríos: los raptos corren riesgo; pero su gefe, el caudillo italiano, llega en su auxilio con un numeroso acompañamiento y hace retroceder á los leales: escrito estaba sin embargo que su retirada seria de corta duracion.

El ruido de las armas y los gritos de los combatientes han despertado de sus sueños de oro al fiero Aragonés, y en aquel momento entra en la liza con su descomunal clava. Le acompañan, con Guillermo de Montells, sus pages y escuderos, y su llegada ocasiona una espantosa confusion. No viendo mas medio de salvacion, Badoero imagina volver á ganar el peristilo, pero en el mismo momento una inmensa oleada de nuevos combatientes, capitaneados por Siscár, le cierra el paso, y muere aplastado por la maza de armas del formidable Atleta de Aragon.

Los raptos están perdidos: unos mueren queriendo forzar la puerta y otros van rindiendo sucesivamente las armas.

Durante el combate, los dos muy altas y nobles damas se habian guarecido en una de las galerías que cercaban el patio. La hija del César, temblorosa y horrorizada, decia á su compañera:

—No me dejeis, no me dejeis: me habian dicho que él vendria y no le veo..... Sin él tengo miedo.

—Sosegaos, sosegaos, le contestaba la princesa algo mas tranquila.

—¡Si le habrán muerto!

—Nada temais: ved cómo huyen.

Apenas pronunciadas estas palabras, se adelantan dos guerreros del grupo de legionarios que habian impedido la huida á los raptos, y al mismo tiempo, dando un agudo grito, la hija del César cae desmayada en los brazos de Inés. Acababa de ver á Enrique de Busa cubierto de sangre. Su compañero era el entendido y noble Castellano.

Los raptos habian recibido el merecido castigo; mas no estaba todo concluido. Algunos de los presentes necesitaban otra víctima y no faltaba quien presintiendo la catástrofe se disponia para un nuevo combate. Apenas desembarazado de sus contrarios Enrique de Busa, corre, vuela hácia donde está la princesa Inés y poniendo una rodilla en tierra recibe en sus brazos á Sibilía. Con un gesto feroz muestra Montells su descontento. El terrible Maestro, que, sin saber cómo, se hallaba en aquel sitio, se le aproxima llevando oculto un afilado puñal en la diestra, cuya punta ha tocado tal vez el agua de rosa. Una ojeada del anciano le indica la víctima que ha de inmolar. La ocasion es oportuna; mas en aquel mismo momento aparece el Monge Gris entre Enrique y el bandido y alargando la mano á Montells, le dice con humildad:

—¿Qué ha sido esto, ilustre señor?

El anciano implacable, dando un paso atrás, confuso y procurando disimular su turbacion y enojo, le responde:

—Parece que intentaban robar á mi nieta y á la augusta princesa.

—¡Ah!

Un inmenso corro se ha formado en el ángulo de la galería en donde están Sibilía y Enrique de Busa. Mas no todos los presentes se hallan animados de iguales sentimientos.

El Monge Gris, tomando una posicion respetuosa, dirige la palabra á Montells, echando de vez en cuando una furtiva mirada en su derredor.

La princesa Inés, conmovida y fijos los ojos en la hija del César, deramaba una lágrima de enternecimiento, mientras que sus facciones revelaban cierta inquietud, debida, al parecer, á una causa estraña.

La mirada de Siscár no se apartaba del Maestro, á quien ve por la vez primera.

La sangre hierve en las venas del anciano implacable al contemplar el cuadro que tiene á sus piés; pero se domina y contesta á las preguntas que le hace el Intérprete con cierta indiferencia.

El Maestro, cuya mirada preludia el crimen, permanece á su derecha dispuesto á ejecutar la grande obra á la primera señal. Dos ó tres hom-

bres desconocidos, de aspecto siniestro, le rodean: su actitud revela el deseo de sangre que los anima.

No menos fiero el iracundo Cap-ruen, observa á uno y otros, notándose en su rostro un exceso de resolución que espanta. Su mano derecha acaricia un mango de plata, en cuyo extremo brilla un carbunclo. No menos dispuestos á hacer riza se ven á un lado el Letrado, Bras-fort, Pedro Roque y algunos otros de los jaques de la cantina.

No contribuyen poco á animar tan sorprendente y animado cuadro, el Atleta de Aragon y el hidalgo de Castilla. El primero, colocado á la derecha de Cap-ruen, observa á su señora para ver si nota alguna inteligencia entre ella y el Castellano. Espada en mano este, no menos resuelto que amenazador, está preocupado por alguna otra idea: con ojo escudriñador no deja de mirar al anciano implacable ni al Maestro.

El Doncel de Ausona, empero, durante un largo rato de nada se cuida sino es de contemplar con una espresion tiernísima á la hija del César. Con la rodilla derecha en tierra, tiene apoyado sobre la izquierda el cuerpo de la desvanecida jóven á quien estrecha en sus brazos con delirio. Su cabeza está inclinada hácia adelante, la de la huérfana descansa sobre su pecho y los hermosos bucles de una y otro se mezclan agitados por las brisas. El de Busa, enagenado con la dicha que le ha cabido, no hace mas que mirar á la hermosa, sin parar mientes en los guerreros que le rodean.

En medio de la ansiedad general, el Aragonés, que no puede explicarse la audacia de los raptos, rompe el primero el silencio, exclamando airado:

—¡Cómo! ¡atreverse á insultar en mi misma casa á la augusta princesa y á Sibilia mi bella prima! ¿Qué decís vos Guillermo?

Sintiéndose interpelar por su sobrino, el anciano implacable le responde:

—No puedo explicármelo. Parece que el objeto de Badoero era robar á ambas.

—Así es, dice el Monge Gris.

El Aragonés, que solo habia pronunciado el nombre de la princesa por dar mas importancia á su sangriento hecho de armas, y porque creia que el veneciano ambicionaba únicamente el amor de Sibilia, al oír las palabras del Intérprete, replica enfurecido:

—¡Miserables! ¿Háse visto un caso igual? Pero ¿cómo ha sido? yo dormía.....

El Monge Gris, interrumpiéndole con viveza, le dice en alta voz:

—Parece que el muy ilustre señor de Busa, adivinó los intentos de

Badoero..... Nosotros hemos seguido sus pasos. Sin él hubiérais perdido á vuestra muy alta y noble señora, y.....

—¿A Enrique se lo debemos todo? interroga el Aragonés, entre sorprendido y alegre.

—No obstante su estado, hasse levantado de la cama y..... ya lo veis.

El buen Aragonés, dirigiéndose á Montells murmura:

—¿Lo oís? Ha salvado el honor de mi señora y..... el de mi prima dos veces.

Estas pocas palabras y el gesto con que las ha acompañado, espresan todo su pensamiento.

Con una sonrisa de amor que hace palpar su pecho, le contesta la princesa.

Con una mirada salvaje que le asombra, le responde el anciano implacable.

Enrique de Busa, al oír pronunciar su nombre, levanta la cabeza admirado, como si acabara de despertar de un largo sueño. Permanece un momento reflexivo y luego apretando de nuevo á la doncella entre sus brazos, la contempla un instante lleno de amoroso frenesí, y esclama enagelado:

—He encontrado por fin á la mas hermosa de las vírgenes. Hija del cielo..... ¡Qué hermosa es! ¡Guerreros! vosotros que en pos de la gloria y del renombre de los héroes habeis recorrido vastisimas regiones, hollado suntuosos palacios y temidas fortalezas, enalteciendo por do quiera la beldad objeto de vuestra adoracion y culto, ¿habeis visto una belleza comparable con su belleza?..... Mirádla.

Al decir esto, con una alegría cándida y pura como la de un niño, aparta el pelo de la frente de la aletargada virgen, y señala su rostro. Los presentes todos, guardando un respetuoso silencio, le contemplan suspensos, no pudiendo distinguir si delira ó si razona. Sin embargo, Siscár al oír loar á Sibilia como á la doncella mas cumplida, resuelve interiormente discutir aquel punto con su amigo en ocasion oportuna.

Enrique de Busa, con la misma espresion de ternura, continúa:

—Ved su frente, radiante como un destello de la luz celestial y pura como una flor de primavera al entreabrir sus perfumadas hojas. ¿No os parece que está circundada de una aureola como la de los ángeles?.... Pues oid, nobles paladines y asombraos; en esta frente se agita un dulcísimo pensamiento de amor profundo, y ese pensamiento está consagrado á mí.

Se interrumpe un momento, mira en su derredor con ceño adusto y, empuñando la espada que tenia desnuda á sus piés, esclama con voz amenazadora:

—¿Alguno de vosotros se atreveria á disputármela?

El mismo silencio por parte de los presentes: fascinados por el aspecto del de Busa, no menos que por sus palabras, siguen interrogándose con la mirada, como para preguntarse mutuamente si el caballero continúa en la demencia ó si ha recobrado el juicio.

Enrique de Busa, sin curarse de sus dudas, prosigue con patético acento volviendo á soltar la espada:

—Ved sus ojos, ocultos bajo un velo que semeja á esas blancas nubes ribeteadas de oro que se forman en las tardes del estío. El letargo nos roba su espresion no menos tierna que embelesadora y sublime; pero ya vereis que cuando se abran aparecerán mas henchidos de amor y de ternura y con aquel dulce atractivo con que siempre nos han seducido y arrebatado. ¡Feliz momento! La luz de su primera mirada, de aquella mirada que por do quier derrama la esperanza..... será para mí.

Vuelve á interrumpirse, y frunciendo las cejas y empuñando de nuevo la espada, añade con resolucion y energía:

—¿Osaria alguno de vosotros ambicionarla?

El Monge Gris le contempla extasiado: diríase que por un momento ha olvidado el inminente peligro que amaga á ambos.

Inés de Azan, embelesada ante la interesante pareja, dirige la vista á su caballero con tiernísima espresion: su mirada parece insinuar el deseo de verse tan amada como la hija del César.

El Atleta de Aragon, que solo á medias la comprende, interpreta en su mirada la desgracia del hidalgo, y al ver á este azaroso y preocupado, murmura satisfecho:

—Ya el Castellano conoce su derrota.

Mas otras ideas cruzan sin duda por la mente del Castellano: su actitud amenazadora y agitada parece significar que aun mismo tiempo teme y desea ver el fin de aquella escena.

Los nobles y tiernos acentos del de Busa, despiertan la esquisita sensibilidad de Siscár por Julia, y, recordando que hace algunas horas no ha exhalado ningun ¡ay! por ella, suspira por lo bajo, sin dejar de observar al tremebundo Maestro.

No obstante el poderoso dominio que sobre sí mismo ejerce el anciano implacable, apenas puede contener su ira. Salen chispas de sus ojos al dirigirlos al bandido, y este, al devolverle la mirada, parece preguntarle:

—¿Aunque inferiores en número, aprovecharemos el momento?

El maton en jefe de la cantina y sus compañeros, capitaneados por el Olotense y el Letrado, observan á uno y otro con una atencion profunda.

En sus semblantes podria leerse que una seña hecha al acaso ó una mala inteligencia, serian el preludio de un sangriento choque.

Enrique de Busa, que en nada piensa sino en la belleza que estrecha enagenado contra su corazon, continúa con no menos ternura que poco antes:

—Ved su fresca y linda boca, semejante á una rosa entreabierta, digna de escitar la envidia de las huries del paraíso de Mahoma. En el mismo acto de abrirse pronunciará un nombre y..... este nombre será el mio. ¡Guay del temerario que murmurase al oírle!

Después de una breve pausa, durante la cual los guerreros le contemplan suspensos no sabiendo cómo interpretar sus palabras, prosigue poniendo la convulsa mano sobre el corazon de la doncella:

—Su corazon abierto á las dulces impresiones del amor palpita con violencia, y es que aun en sueños recuerda al hombre que vió por primera vez en Cizico, al caballero del Periptero; y es que me ama con todas las fuerzas de su alma..... Me habeis creído desgraciado y soy feliz. ¡Ah! vosotros desconoceis el placer que experimento al estrechar entre mis brazos á una doncella tan amada, al respirar su aliento, embalsamado como las brisas del mar al pasar por Lemnos y Metellin..... ¡Guerreros! resignaos á vuestra desgracia; solo un hombre merece á Sibilía y..... ese hombre soy yo.

Al pronunciar estas palabras, estrecha de nuevo entre sus brazos á la ilustre huérfana, y su mirada altanera y firme se pasea triunfante por el inmenso corro formado en su rededor. Diríase que con ella reta, desafía al que osare contradecirle. Permanece de este modo un corto instante, silencioso, enhiesta la cabeza y fiero el continente, y luego, como si temiera haber ofendido á los hazañosos, dice con sentimiento:

—La pérdida de la esperanza os contristaré sin duda: yo conozco el tormento de los celos. Lejos de mi patria, huérfano, maldecido, he sufrido mucho..... Su amor es lo único que me queda: lo necesito para vivir; como ella necesita ahora sentir los latidos de mi corazon para tornar á la existencia. ¿Qué mas quereis que os diga?....

Enrique de Busa cesa de hablar, y durante un largo rato un religioso silencio reina en su rededor. Los presentes se miran unos á otros, y ninguno se atreve á decir nada, porque nadie sabe qué decir. El vacilante resplandor de las antorchas, estendiendo las sombras á larga distancia; el patibulario aspecto del Maestro y sus compañeros; el rugir del viento que continúa soplando tempestuoso; la ansiedad general y los lamentos y ayos de algunos heridos agonizantes, dan á aquella escena sublime de amor y desesperacion, cierto carácter lúgubre que embarga los ánimos de todos.

Mientras tanto el viento húmedo y glacial, hiriendo el rostro de la doncella, la hace tornar lentamente á la vida. No sabiendo de pronto en donde está; conociendo apenas si existe, mueve los brazos al azar y levanta la cabeza. Mas luego, al recordar lo que ha pasado, abre repentinamente los ojos, y encontrándose en los brazos de su amado, una tierna exclamacion sale de sus lábios.

—¡Enrique mio! dice dejando caer con abandono la cabeza sobre el hombro izquierdo del afortunado caballero.

Enagelado el de Busa, repone mirando á los presentes:

—Os lo habia insinuado que su primera mirada seria para mi y..... y ¿habeis oido el nombre que ha pronunciado al desplegar los lábios?....

—No me dejes Enrique mio, interrumpe la doncella apoyando su frente en la del caballero.

—¡Dejarte yo!.... Dejaría primero la existencia.

—Tú imaginaste que yo te aborrecia, y ahora te amo mas que nunca.

—¡Con qué placer te oigo, Sibilía mia!

La espresion de los dos amantes corazones y sus cariñosas y sentidas protestas de amor, conmueven aun á aquellos guerreros mas avezados al horror de los combates. El Monge Gris, que todo lo ve, el Monge Gris, que lee en el rostro los sentimientos mas íntimos del corazon, acercándose al Aragonés, le dice:

—¡Cómo se aman, ilustre señor!

El Aragonés, dirigiéndose á Montells, murmura:

—Sí, sí, se aman..... mucho y.....

Un gesto terrible del anciano implacable le impide continuar: las palabras mas enérgicas no hubieran espresado tanto.

Mas Enrique de Busa, no bien restablecido de sus dolencias, acababa de hacer esfuerzos que su debilidad no podia soportar por mas tiempo. Ya fuera que la humedad de la noche ú otra causa lo afectase demasiado, de repente se siente débil y su imaginacion se perturba. Ora imagina ver fantasmas que recorren el patio acompañadas de una pompa fúnebre; ora ofuscan su vista con espectáculos maravillosos, ninfas, génios y otras divinidades de la fábula; y ora, por fin, se cree trasportado á una pradera mágica llena de flores cuyos perfumes le embelesan. Un momento despues, creciendo las alucinaciones, una dulce sonrisa asoma á sus lábios, cierra los ojos y, agotadas sus fuerzas, deja caer la cabeza sobre el hombro derecho de la doncella.

En el movimiento de Enrique ha creido ver el anciano implacable un nuevo ultraje hecho á su nieta, y se adelanta; mas la ilustre doncella, que con su brazo derecho rodea el cuerpo del hazañoso, lo detiene con

el gesto y la mirada. Imaginando que van á separarla de Enrique, la mas noble indignacion se revela en su semblante. Ya no es aquella tímida y modesta belleza á quien un ligero soplo del viento llenaba de espanto. Recuerda las palabras que en aquellos dias ha oido á Guillermo contra su caballero y, el peligro en que imagina ver á este, le da un valor sobrehumano que pasma á cuantos la observan.

—Alejaos, esclama dirigiéndose á su abuelo; es mi Enrique y nadie tiene derecho sobre él. ¿No habeis oido que me ama y que no puede vivir sin mí? Yo le amo tambien y no debo abandonarle: seria un crimen que Dios castigaria, porque Dios quiere que amemos á un hombre para que nos ampare y enseñe á amarle y servirle.

Se interrumpe un momento. Con sus tiernas manos coloca la cabeza del doncel sobre su hombro y cuello; contempla enagenada aquel rostro tan querido, y recordando una vez mas la profecia que en otro tiempo le hiciera el Monge Gris, continúa dirigiéndose al anciano implacable con la misma resolucion.

—No ignoro lo que pensais decirme; pero yo no quiero el bosquecillo de jacintos en donde cien doncellas tejen guirnaldas, ni el palacio del arquitecto del sol, ni los doce amores que sustentan el portentoso rubí, ni los castillos llenos de oro y pedrerías, no: yo no quiero nada de esto, si para obtenerle he de abandonar á mi Enrique. Decidle al monarca de Aragon, que guarde para la doncella que lo ambicione aquel trono formado por una sola esmeralda. Tampoco me deslumbran aquellos títulos que el Señor aborrece porque crean distinciones entre los hombres: yo no quiero mas título que el que puede darme mi caballero, y es el de esposa suya.

Se interrumpe de nuevo un corto momento, y volviendo á contemplar al hazañoso, que, abiertos los ojos la sonríe cariñosamente, prorumpe en estas palabras, dirigiéndose á todos:

—Ahora ya lo sabeis: prefiero mi Enrique á las riquezas y al poder. vosotros, crueles, le habeis abandonado en su enfermedad. Idos y dejadme sola con él y el doctor: mi amor le basta y él será feliz si yo lo soy.....

Un movimiento del de Busa la interrumpe. Ha levantado el caballero la cabeza, y desprendiéndose dulcemente de sus brazos, quedan los dos arrodillados una en frente de otro, teniendo las manos entrelazadas.

Las palabras de la hija del César han hecho honda impresion en el anciano implacable, y permanece un momento reflexivo. ¿Qué ha querido significarle su nieta hablándole de bosquecillos de jacintos, de palacios y de pedrerías en el tono de una ácre reconvencion? Por mas que discurre no puede comprenderlo; pero á través de las tinieblas de su entendimiento, en-

truvé un plan trazado de antemano para arrebatarle á Sibilia, y su ira y encono recrecen. Creyendo, sin embargo, despues de un momento de reflexion, que lo que le conviene al pronto es dar fin á aquella escena, procura dominar sus sentimientos y dice sonriendo á su nieta:

—Sibilia, mi querida Sibilia, tranquilízate: todos queremos á tu caballero.

—¿En verdad lo quereis ahora? interrumpe Sibilia risueño el semblante.

—Tanto como tú.

—¿Y mi primo tambien? pregunta la inocente doncella.

Entreviendo el Monge Grís el intento del anciano implacable, se dispone para darle una contestacion. Dudoso habia estado largo rato sobre el partido que deberia tomar, pero el artificio de aquel para cautivar la estimacion de su nieta, le hace sin duda conocer los peligros de su inercia, y contestando á la pregunta de Sibilia, le dice:

—¿Lo dudais? Vuestro primo idolatra á su compañero de armas.

—Ahora seré feliz, repone la doncella mirando á su caballero.

—Ambos, abuelo y primo, desean uniros con el muy noble y poderoso señor de Busa; ambos consienten en daros el título de esposa suya que tanto ambicionais.

—¿Lo oyes, Enrique mio? dice la cariñosa vírgen.

El Monge Grís arrodillándose, y echando una, dos y tres ojeadas al Castellano.

—Demos gracias al Eterno, hijamia, por que su bondad infinita ha hecho conocer á vuestros deudos las ventajas de un enlace que tanto deseais.

La audacia y serenidad del Intérprete desconciertan al anciano implacable y no le permiten sacar partido alguno de su cambio de tono: ciego de ira y de despecho enmudece.

Enrique de Busa y Sibilia permanecen arrodillados uno en frente de otro. Sus manos están entrelazadas, y habiendo inclinado ambos la cabeza sus frentes se tocan.

El Monge Grís, de rodillas tambien, dirige los ojos al cielo, ora un momento en voz baja, y pronuncia luego algunas palabras que no son oidas mas que por los ilustres amantes.

Un momento despues, la doncella, con fuerte acento, esclama:

—*Yo te amo por marido.*

—*Yo te amo por mujer,* responde el de Busa en el mismo tono.

El Castellano, adelantándose, añade con voz clara:

—Como tutor de la muy alta y poderosa hija del César, doy mi consentimiento.

El Monge Gris, levantándose, pronuncia estas palabras:

—La promesa es obligatoria. El varon tiene mas de catorce años; la hembra mas de doce, y los esponsales se han celebrado en presencia de los testigos requeridos por la ley (1).

Los contratantes se hacen el regalo de boda cambiando sus sortijas.

—¡Traicion!... Esta noche esponsales y mañana sangre, murmura una voz al oido del Maestro.

El feroz bandido contesta al anciano implacable con una terrible mirada.

(1) Sencilla por demas era la fórmula, y no habiendo impedimento canónico entre los contratantes, el contrato les ligaba irrevocablemente. Debían hacerse regalos de boda, que llamaban *arras*, como en prenda de que á los esponsales seguiria el matrimonio. Puede verse á DUNHAM, etcétera, etc.





LIBRO LXV.

CONFERENCIA.—HISTORIA DE UN ASESINATO.—OTRA ÓRDEN.—MIL *perpres* DE ORO Y UN PEREGRINO.—MAS FILTRO.—LOS MUERTOS RESUCITAN.—HERIR POR LOS MISMOS FILOS.—DE CÓMO SE PROYECTAN OTROS ESPONSALES.—UN CADÁVER.—FUROR DE MONTTELLS.—OTRO PLAN.—¡DICHOSO TÚ, MAESTRO!—UN BRINDIS.

El día despues que, por una combinacion habilísima del Monge Gris, se celebraron los esponsales de la hija del César con Enrique de Busa, promesa solemne que ligaba para siempre á los amantes, se reunieron secretamente Guillermo de Monttells, noble catalan de un poder inmenso; Jimeno de Albaro, aragonés de elevada alcúrnica; Federico de Guzman, optimate de Castilla y un doctor del ejército á quien daban el nombre de Monge Gris, por ir ordinariamente envuelto en un sayal de este color.

Celebróse el consejo en una de las habitaciones mas retiradas de la casa ó palacio de Montells y, aunque fué de noche y con sobradas precauciones, no les fué posible ocultarlo al ojo escudriñador de los pages y escuderos del Aragonés y la princesa, que, como se ha dicho, moraban en la misma casa. Se hicieron no pocos comentarios sobre la nocturna y misteriosa entrevista; pero la verdad no pudo ser nunca conocida, por el silencio que guardaron los interesados. Solo sí se aseguraba en todas partes que se habian tratado en ella negocios de las mas alta importancia.

Llamaba sin embargo la atencion, que el Monge Grís, personaje sin nombre, aunque estimado por sus relevantes prendas, hubiese asistido á la conferencia, alternando con los tres ricos-hombres. ¿Qué habia de comun entre él y aquellos personajes? Algunos respondian á esta pregunta asegurando que el doctor, durante la enfermedad de Enrique, sorprendiera secretos terribles que afectaban á los Montells y á los Busas, y que los tres potentados habian comprado su silencio con sumas fabulosas. Pero ¿era esto verdad? Y en este caso ¿cómo se esplicaba la presencia del Castellano en la conferencia?....

Al amanecer del siguiente dia, turbado é inquieto Montells, se paseaba por su habitacion. Contra su costumbre habia abandonado el lecho al aparecer la aurora, y á medida que avanzaba el dia iba aumentando su sobresalto. Ora el cansancio y la fatiga le obligaban á tomar asiento y permanecer algunos instantes meditabundo, y ora, teniendo necesidad de respirar las brisas de la mañana, abria de par en par las ventanas de su cuarto. Otras veces se ponía á examinar la calle, y despues de este exámen se le veía mas inmutado el rostro, mas trémulas las piernas, mas centelleante la mirada. Parecia indudable que esperaba á alguno con la mayor ansiedad.

Permaneció de este modo un largo rato, siempre con creciente zozobra, cuando á la llegada del famoso Maestro que entró en la estancia sin ser anunciado, dejóse caer sobre una silla procurando ocultar sus emociones.

El rostro del bandido se veía resplandeciente. Una alegría feroz le prestaba una espresion diabólica y, en toda su persona, se traslucía cierta satisfaccion que podia interpretarse como el anuncio de un asesinato. Diríase que era el gozo del verdugo cuando, sobre el andamio humeante de sangre humana, recoge la herencia de la víctima que acaba de inmolar.

Mas el sobresalto del anciano implacable seguía siendo terrible: temía y deseaba á la vez oír las primeras palabras del Maestro, y gozándose en la incertidumbre, exclamó con voz sofocada:

—Habla si el puñal ha herido; si no espera.

—Señor.....

—Déjame en la duda un momento: ella es la esperanza.

—Señor.....

—¿Qué nuevas traes?

—Buenas.

—Habla.

El bandido, adelantándose algunos pasos, dice con feroz complacencia:

—Vuestro enemigo ha muerto.

El anciano implacable, pregunta anhelante.

—¿No es un sueño?

—Es una realidad. El agua de rosa.....

—¿A quién se debe la grande obra?

—A Hierro-y-fuego.

Olvidando en aquel momento Montells su inmenso saber en el grande arte de la disimulacion, se levanta trasportado, abraza al bandido, lo acaricia, y asegurándole su proteccion, le hace al mismo tiempo repetidas preguntas con gestos y ademanes propios de un energúmeno. Pasado un pequeño instante, no avergonzándose de haber descubierto el fondo todo de su corazon, risueño y gozoso á la manera que un general despues de haber derrotado al enemigo en un trance comprometido, invita al Maestro á tomar asiento diciéndole luego:

—Cuéntame todos los pormenores; no me ocultes nada.

El bandido, despues de haberse acomodado en una silla, le responde:

—Todo se ha hecho segun vuestros deseos.

—¿Le habeis dejado un momento en la agonía?

—Hierro-y-fuego le ha dicho.....

—Que yo habia aguzado el puñal.....

—Tal como lo ordenásteis.

Una alegría infernal se dibuja en el rostro del anciano implacable, al mismo tiempo que murmura:

—Estoy vengado.

—Ademas.....

—Comienza y no olvides nada.

El bandido no se lo hace repetir. Reconoce la estancia con la vista, y bajando la voz, lo cual la da un sonido mas ácre que de ordinario, da principio de este modo á la historia de un asesinato.

—Hay aquí en Casándria entre los soldados de la Coronilla cierto andaluz íntimo amigo de Hierro-y-fuego. Este, de cuya habilidad ya tenéis noticia, lo encontró en la calle cierto dia y renovaron su amistad en una taberna. El Andaluz le confió un gran secreto tocante al Monge Gris.

—¿Un secreto? pregunta el anciano enderezando su cuerpo.

El bandido, con cierta espresion particular á los de su oficio, le responde:

—Se trataba de mil perpres de oro.

—¡Dinero! Habia creido otra cosa, murmura Montells con desprecio, volviendo á recostar su cuerpo en el sillón.

—El Andaluz sabia el sitio en donde estaba oculto el oro, y Hierro-y-fuego hizo con él un cierto trato.

Guillermo de Montells sonrie desdeñosamente, y el bandido prosigue con calor:

—El Andaluz debia auxiliar á Hierro-y-fuego en la grande obra y.....

—Despues.....

—Debian partir el dinero.

—Adelante.

El Maestro, cuyo entusiasmo aumenta á medida que se va acercando el sangriento desenlace, prosigue:

—Cuando en la noche de antes de ayer me dijisteis «hoy esponsales y mañana sangre,» previne á mi teniente que se preparara para el siguiente dia. «¿Me acompañarás Maestro?» me preguntó, porque habeis de saber que en las expediciones mas arriesgadas quiere que le siga á cierta distancia. «te acompañaré» le respondí, y entonces me hizo conocer su trato con el Andaluz y quedamos convenidos.

—¿Entras tú tambien en el reparto de los mil perpres de oro?

—Por muy poco, mi señor, por muy poco, se apresura á decir el hábil Maestro.

—Veamos ahora.....

—Ayer noche, cuando entró el Monge Gris en vuestra casa con aquel señor de Castilla, estábamos á la espera; yo con los dos italianos bajo un portal, los dos catalanes á mi derecha y el Andaluz y Hierro-y-fuego no lejos de vuestra morada, ocultos en unas ruinas. La noche era oscura y tenebrosa; las calles se veian desiertas..... Buena noche, mi señor: el cielo ayuda siempre en los grandes proyectos.

Al decir esto, el feroz Maestro se santigua, y animado con la singular atencion que le presta su único oyente, prosigue mas y mas entusiasmado.

—Tuvimos que esperar mucho tiempo. A las once en punto, que era la hora por vos indicada, salieron del palacio vuestro noble pariente Jimeno de Albaro, el señor de Castilla y el Monge Gris. Al poco tiempo se separó el primero de los otros dos, y entonces, auxiliado por los dos catalanes, quise apoderarme de él; mas á corta distancia desapareció y la oscuridad no nos permitió atinar con el camino que habia tomado.

—Prosigue, le dice Montells impaciente.

—Hierro-y-fuego y el Andaluz seguian de cerca al Castellano y al Intérprete, sin perderlos nunca de vista, segun afirma el primero, cuando al revolver de una esquina vieron que el último se habia quedado solo. «Es el momento,» dijo el Andaluz á mi teniente. «Ahora me conocerás,»

le respondió este lanzándose puñal en mano. Un momento despues el Monge Gris caia atravesado de parte á parte.

—Bien.....

—Entonces, inclinándose Hierro-y-fuego, le dice: «miserable, el puñal de un Montells te ha herido.» Al oir esto el Intérprete quiere hablar; pero el Andaluz, ligero como el viento, habia llegado ya y le tapó la boca envolviéndole el rostro con su mismo sayal. Una, dos y tres veces le introdujo Hierro-y-fuego el puñal en el corazon, y espiró sin haber podido dar un grito siquiera.

El rostro del anciano implacable resplandece como el cráter de un volcan en el momento de abrirse, y esclama con voz ronca, por demas satisfecho:

—Tú y Hierro-y-fuego mereceis una recompensa..... pero ¿es cierto que supo antes de espirar que era yo quien le enviaba el agua de rosa?

—Ciertísimo.

—Prosigue.

—En aquel mismo momento llegaba yo con el refuerzo, y tratamos de enterrar el cadáver; pero el Andaluz, mozo de espedientes, se opuso, y por su consejo le arrojamos al mar con una piedra al cuello.

—Buena precaucion tuvo el Andaluz: no queda rastro alguno; pero tú olvidaste.....

—No lo olvidé señor; pero todas mis diligencias fueron inútiles.

—¿Qué dices? pregunta Montells empalideciendo.

—Lo que oís, ilustre señor. Registré todos sus bolsillos.....

—¿Y no encontraste ningun papel?

—No señor.

—¡Rayo de Dios! ¿Mas cómo pudo ser, si yo acababa de entregarle uno firmado por mí? esclama Montells enfurecido.

—Vuestras órdenes todas se han cumplido.

—¡Ay de tí si asi no fuera!

El anciano implacable se levanta y se pasea convulso, lanzando de vez en cuando una mirada terrible al Maestro. Un momento despues le dice frenético.

—Veamos. Yo le entregué un escrito firmado por mí que puede conducirme al cadalso; poco despues salió de aquí, le seguisteis, murió y el documento no parece. ¿Cómo puede ser esto?

—Reflexionad que aquel señor de Castilla iba con él y puede habersele entregado.

—¡Ah! dice Montells reflexivo, y volviendo á tomar asiento, permane-

ce un largo rato meditabundo con ambos codos apoyados sobre la mesa, y el rostro oculto con ambas manos. Luego, levantando la cabeza, pregunta al bandido: ¿Recuerdas lo que ayer te insinué?

—Me dijisteis que despues del Monge Gris debiamos despachar al novio.....

—Perfectamente. ¿Quién está encargado de su ejecucion?

—Dos aragoneses.

—¿Y cómo?....

El Maestro, dando como siempre importancia á sus proyectos, responde:

—El francés armará un tumulto cerca de la casa del de Busa; habrá gritos, escándalo y habrá sangre si conviene. Los vecinos, al ver que un hombre ha tendido á otro en medio de la calle y le pisotea, acudirán en socorro del paciente. Llamada la atencion sobre aquel punto, los aragoneses aprovecharán el momento favorable, y si el de Busa aparece en la calle ó queda solo en su cuarto, le darán de puñaladas.

—Paréceme bien; mas se necesita en el mismo acto una persona inteligente que reconozca un pequeño gabinete que comunica con la estancia del caballero.

—¿Con qué objeto?

—Al salir el Monge Gris de esta casa habló con un soldado que le esperaba en el perístilo, el cual sin duda alguna se hizo cargo del documento y le ha guardado en casa del de Busa ¿entendiste?

—Sí señor.

—¿Y quién se encargará de esta comision, la mas importante que te he confiado nunca? pregunta Montells con mucho interés.

—Yo mismo.

—Está bien, pero ¿y tú teniente?

—No conteis mas con él, mí señor.

—¿Cómo! ¿En los momentos mas críticos nos abandona? esclama el anciano admirado.

—Sí señor, y la gran compañía pierde su mejor soldado, responde el bandido con sentimiento.

—¿Qué ha sucedido? Esplicate.

—Me avergüenzo al decirlo; pero puesto que lo deseais.....

—Acaba con cien mil legiones de demonios, le interrumpe Montells impaciente.

—Voy mi señor, voy. Ayer noche despues de haber eclipsado al Monge Gris, el Andaluz y mi teniente se fueron á buscar los mil perpres de oro.....

—¿En dónde?

—Estaban enterrados al pie de una ermita no lejos de la plaza. Llegados allí los dos amigos, encendieron una hoguera, cavaron la tierra y el oro ofuscó su vista.

—Adelante.

—Hicieron la particion, y en el momento en que se disponian para regresar, apareció en la puerta de la ermita un viejo peregrino preguntándoles qué hacian á tales horas en aquel sitio. La larga barba del anacoreta, sus canas y la pobreza que ponía de manifiesto su haraposó trage, escitaron la compasion del Andalúz y esto perdió á Hierro-y-fuego. Trabaron conversacion con él, y les enseñó algunas reliquias del monte Sinaí. Preguntáronle por qué llevaba una concha en el sombrero, y les respondió que era porque habia visitado Compostela en España, por ser la romería que mas hacian los devotos (1); añadiéndoles que antes de dar fin á su peregrinacion pensaba ver el Santo sepulcro y Loreto, persuadido de que si no cumplia tan sagrado deber en este mundo, su alma tendria que cumplirle en el otro (2).—En fin, mi señor, es una mengua para la compañía; el peregrino les habló tanto de jubileos, indulgencias y remision de pecados, que ambos concluyeron por pedirle consejo para visitar, el Andalúz Compostela y mi teniente á Palestina.—Al encontrarme á este, hoy por la mañana, me lo ha contado todo, añadiéndome que esta tarde marcharía.....

El de Montells, que le oía con disgusto, le interrumpe mandando á todos los diablos al Andalúz y al peregrino, que en momentos críticos le privaban del hombre mas necesario. Luego le dice:

—Acabemos. ¿Tu te encargas de registrar el gabinete para.....

—Si señor.

—Vete pues y despacha pronto.

—Ahora mismo.

—¿Dos ó tres dias serán suficientes para.....

—Para todo, para todo, interrumpe el bandido alejándose.

(1) Generalmente se cree que en la edad media las conchas eran una insignia comun á todos los peregrinos, y es un error. Los papas Alejandro III, Gregorio IX y Clemente X, autorizaron al arzobispo de Compostela para excomulgar á todo el que vendiese conchas fuera de Santiago. Por lo demas, el trage de los peregrinos en aquella época, en que la costumbre de las peregrinaciones estaba tan generalizada, se modificaba segun el santo ó el lugar que se visitaba. Los peregrinos que habian estado en Palestina llevaban el bordon hecho de una rama de palmera y reliquias de Sinaí; los de Roma las llaves figuradas en la capa, y los de Compostela una concha atada al sombrero, etc., e'c. Esto último estuvo en moda en los siglos XIV y XV.

(2) Era creencia general que si no se hacian en vida las peregrinaciones, tenia que hacerlas el alma despues de la muerte. Cuando uno no podia hacerlas por sí mismo enviaba un pobre á su costa.

Luego de haber quedado solo el anciano implacable, abre con mucho cuidado una ventana que caía al jardín, y colocándose de manera á no poder ser visto, recorre con estraña atencion, una por una, las calles y paseos. Por fin divisa al Aragonés, que á la sazón estaba escogiendo algunas flores y plantas olorosas para hacer un obsequio á su señora, y en el mismo instante se retira de la ventana y abre un pequeño armario del cual él solo conoce los secretos. Hecho esto, entresaca de entre otras muchas una botella que oculta con cuidado, y volviendo á cerrar el armario, sale de la estancia con paso firme y con una imperturbable serenidad.

En el cuarto del Aragonés se detiene, escucha un momento con la atencion del que teme ser sorprendido, se asegura por todos medios de que está solo, y luego sus ojos buscan con avidez algun objeto. Los brillantes arneses del Aragonés, cubiertos de pedrerías, se ofrecen á su vista, y registra una por una las piezas, volviéndolas á dejar en su mismo puesto. Capacetes, petos, canilleras, codales, corazas, escudos y manoplas, todo sufre una rigurosa inspeccion. Mas de repente pone la mano sobre una escarcela, y el tacto le dice que por fin ha hallado lo que buscaba. El frasco de licor mágico, destinado á entretener el amor de la princesa, está en su poder.

Sin perder un instante, arroja el brevaje por la ventana y le sustituye por otro del mismo color, parecido al agua de rosa donde habia bañado la punta de los puñales. Le contempla despues con una satisfaccion aterradora, sus hundidos ojos despiden rayos, sus narices se hinchan como las del tigre oliendo carne humana, y gozándose en su triunfo, prorumpe en estas palabras, de una ironía feroz:

—Mujer pérfida, vas á recibir el premio de tu prostitucion: hoy mismo puedes escribir al rey de Sicilia que partes á consultar á su recomendado..... en el otro mundo.

Casi al mismo tiempo se oye marchar una persona por el corredor inmediato y, no queriendo ser visto, se oculta detrás del cortinaje oriental que decora el aposento. Jimeno de Albaro entra en la pieza.

Viene el noble Aragonés alegre, y, mientras toma con precipitacion el frasco del filtro maravilloso, murmura:

—Otra vez me ha pedido un vaso de agua..... El momento es favorable..... Despues le recordaré su promesa y..... hechos los esponsales de mi prima no podrá negarse.....

Dice, y se encamina presuroso á servir á la princesa.

Aparece de nuevo el anciano implacable risueño y alegre. Esta vez la suerte ha servido sus planes mejor de lo que podia esperar. Su estrella,

despues de un eclipse de algunos dias, reaparece esplendorosa en el horizonte. En adelante marchará con paso firme por el camino de sus planes, sin encontrar barrera alguna que se oponga á su paso. Un criminal ordinario, temiendo la accion de la justicia, se alejaria del teatro de su crimen, porque un movimiento ó un ademan podrian hacerle traicion; pero el de Montells, superior á todos los temores y seguro de sí mismo, resuelve lo contrario. Para saciar su furor no le basta dar la muerte: quiere gozarse en el martirio de una hermosa doncella; quiere contemplar las palpitaciones de su agonía..... con la sonrisa en los lábios y el corazon tranquilo, entra en el salon de las damas.

Apenas Sibia le distingue, le salta al cuello y lo acaricia.

Guillermo, despues de inclinarse ante la princesa, pregunta á su nieta:

—¿Estás contenta hoy?

—¡Oh! sí, sí, muy contenta, responde la huérfana.

—¿Ya no me mirarás con enojo?

La hija del César, temiendo haber tratado á su abuelo con harto rigor, repone confusa:

—Yo estaba triste porque creia que no le queriais.

—¿A Enrique?

—Asi es.

—Ahora ya sabes lo contrario.

—Por eso estoy alegre.

—Yo lo creo; con un novio tan galan y hermoso, objeta Montells sonriendo.

La doncella se ruboriza, pero sin dejar de acariciarle, cree el momento oportuno para preguntar:

—¿Y ahora podrá venir á verme?

—¿Quién lo duda?

La llegada del Aragonés interrumpe el interesantísimo diálogo. Viene el Atleta radiante de alegría. De pié ante la belleza objeto de su adoracion y culto, le presenta el vaso en un plato de porcelana de esquisitos colores. Sonriendo cariñosamente, la hermosa Inés lo toma; mas en el momento en que iba á llevarlo á sus lábios, sin preceder anuncio alguno de los que prescribe en todos tiempos la etiqueta, entra el Monge Gris en el salon.

El anciano implacable, tan diestro en ocultar sus secretas emociones, sucumbe esta vez á la sorpresa. No fuera fácil comprender lo que en aquel momento experimenta: una multitud de ideas acuden en tropel á su imaginacion. Háse cometido un asesinato. ¿Quién es la víctima no siendo el Intérprete? ¿El Maestro ha sido traidor, ó engañado? ¿Y quiénes

son el Andaluz y el peregrino? ¿Qué habrá sido de Hierro-y-fuego?... No pudiendo dominar la impresion que le causa la vista de un enemigo que creia muerto, dá un paso atrás; mas su turbacion es tal, que tropezando en un sillón vacila, y, no pudiendo afirmar los piés por mas que lo intenta, va á caer á algunos pasos de distancia.

—Ilustre señor ¿os habeis hecho daño? le pregunta el Monge Gris, ayudándole á levantar.

—No es nada, no es nada, responde Montells, con la palidez de la muerte en el semblante.

—Probad un poco de agua fría. El susto.....

—Gracias, gracias, me siento bien, interrumpe Montells mas y mas sorprendido.

Mas el Monge Gris, insistiendo en su propósito, dice á Inés.

—Permitidme el vaso.

La princesa que, como hemos dicho, iba á beber el agua en el momento de entrar el Intérprete, y lo habia suspendido con el incidente ocurrido al de Montells, se apresura á decir:

—Tomadlo, doctor.

El Monge Gris, presentándoselo al anciano, insiste con respeto:

—Probad, probad el agua: es el mas inocente de todos los líquidos.

Guillermo de Montells le interrumpe: su posicion ante el astuto enemigo que creia victima de su saña le ha trastornado. Una horrible duda le asalta: ¿conocerá el Monge Gris que el vaso contiene una dosis de agua de rosa? La sonrisa sardónica que cree traslucir en su rostro, parece confirmarle en sus sospechas, y el deseo de alejarle de sí para evitar la accion escudriñadora de su mirada, le hace proferir en estas palabras:

—Tomad asiento, doctor: no ha sido nada.

El Monge Gris, sin perder terreno, repone:

—Os equivocais, mi señor; vuestro rostro ha empalidecido: la sangre, retirándose de las venas del rostro, se ha concentrado en el corazón y.....

—Por piedad doctor, murmura Guillermo fuera de sí.

—¿Temeis la accion del agua? Vedla, es límpida y clara. El color amarillento que la asemeja un tanto al agua de rosa..... está en el fondo del vaso: vos sabeis, poderoso señor, que el agua de rosa es un fluido diáfano sin color ni olor; ¿qué esperais pues? Haced un esfuerzo y el fuego que abrasa vuestro pecho desaparecerá.

Terrible era el sarcasmo. Al parecer no hay duda alguna de que el Intérprete ha reconocido la ponzoña en el trasparente líquido. Un sudor frío baña la frente del anciano implacable. Daria su existencia por hallarse á cien leguas de Casándria. Las miradas centelleantes que de vez

en cuando le arroja el Intérprete, implacable á su vez, le desconcierta: no puede soportarlas.

Las dos damas intervienen. Alegre y juguetona como poco antes, Sibilia le dice:

—Doctor, el abuelo no tiene sed: dad el vaso á la princesa.

Retrocediendo el Monge Gris, repone con humildad:

—Ilustre señora, yo creía..... El susto que ha tenido vuestro abuelo..... Perdonad si he insistido demasiado.

Alegre con la resistencia que ha opuesto Montells á beber el licor, que segun sus cálculos ha de hacerle dueño de la princesa, el Aragonés interviene exclamando:

—Doctor, mi señora desea refrescar sus lábios: recordad que habia pedido agua.....

El Monge Gris, mirando con detencion el vaso, le interrumpe:

—Permitidme contemplar un momento sus riquísimas labores.

—¿Y qué decís? le pregunta el Aragonés gozoso de ver cómo llaman la atencion sus objetos de lujo.

—Es un vaso magnífico. Génios alados, los amores.....

—¿Y en este otro lado?

—¿Qué veo! Un San José con el niño en los brazos..... Un ángel le sonríe..... y el baston florido: todo dentro de una concha ribeteada de oro. Escelente.

—¿No habreis visto nunca otro igual?

—El artista ha escedido, en efecto, á todo cuanto habia yo admirado hasta aquí.

—No creais que sea este solo el que poseo..... Pero la princesa.....

—Teneis razon: tomad señora, interrumpe el Monge Gris, presentando el vaso á la princesa.

El anciano implacable respira con mas libertad.

El Aragonés continúa creyendo segura la derrota del Castellano.

La princesa alarga el vaso; pero ¡oh desgracia! el Monge Gris ha soltado el vaso antes que la mano de la princesa lo empuñara, y cayendo al suelo se ha hecho mil pedazos.

Guillermo de Montells murmura:

—Me adivinó, no hay duda.

—Me ha perdido, dice el Aragonés en voz baja.

La hija del César riendo, pregunta en voz alta:

—¿Qué es eso?

—Nada, nada, responde la princesa.

El Monge Gris, mirando al anciano implacable, le pregunta:

—¿Qué decís de mi aturdimiento, noble señor?

La pregunta queda sin respuesta.

Pronto como el rayo, el Aragonés presenta otro vaso de agua á la princesa, la cual humedece su boca.

La hija del César rompe la primera el silencio ocasionado por este incidente, preguntando al Monge Gris:

—¿Y no me decís nada de Enrique?

—El me envia á saber de vos, ilustre señora, responde el interpelado.

—¿Qué os ha dicho?

—Temia por vuestra salud á causa de la ocurrencia desagradable de la pasada noche.....

—¡Pobre Enrique! Decidle que se cuide mucho, y nos hará felices á todos. ¿No es verdad, princesa?

—Sin duda, responde Inés.

—Mi primo piensa lo mismo aunque guarde silencio, añade Sibilia.

Reflexivo el Aragonés, al ver frustradas en parte sus esperanzas con el desagradable incidente del vaso, callaba en efecto; mas al oir que Sibilia se queja de su silencio, piensa repentinamente sacar partido de la situacion, recordando á la princesa sus promesas. Incapaz de fingimiento, y yendo derecho al objeto, dice á su prima:

—Vos, Sibilia mia, estais muy contenta; pero..... os cuidais poco de los que sufren.

—No me habeis dicho nada, primo mio, objeta la hija del César con cariño.

—¿Habia necesidad de decíroslo?

—¿Lo oís, princesa? pregunta Sibilia á Inés.

Inés de Azan ruborizada, baja los ojos.

El Aragonés se acerca, y creyendo el momento oportuno, aventura estas palabras dirigiéndose á su prima:

—Yo creí que no se celebrarían vuestros esponsales sin ir acompañados de algunos otros. Se me habia prometido.....

—¿Lo oís, amiga mia? torna á preguntar Sibilia á la princesa.

—Él nada me habia insinuado, contesta Inés.

El noble Aragonés, atreviéndose por fin á dirigirle la palabra, repone anhelante:

—Vos debeis recordar lo que me ofrecisteis.

—Yo creo que tiene razon, objeta Sibilia.

—¿Estareis contento si lo dejo todo á disposicion de vuestra prima? pregunta Inés con cariño á su amante.

—Seré el mas feliz de los hombres, responde el Aragonés enagenado.

—Pues bien, yo me conformo con la voluntad de Sibilía, repone Inés bajando los ojos.

—Enhorabuena; yo lo dispondré todo con el abuelo y el doctor, dice gozosa la hija del César.

La llegada de Siscar y Rauret interrumpe el amoroso diálogo, al mismo tiempo que vale una noticia á los presentes. Mientras que el segundo cumplimentaba á los demas con el esquisito gusto y reserva de la época, el Bañolense con su desparpajo natural dice:

—Señores, tengo que daros una noticia desagradable.

Damas y caballeros se quedan mirándolo como en ademan de preguntar:

—¿Qué hay?

—El mar acaba de arrojar un cadáver, responde.

—¿Quién es?

Siscar, mirando en su rededor, contesta alzando la voz:

—Ciertos marineros italianos que acaban de reconocerle, afirman que es el cardenal Lambertini; y lo mas particular del caso es que se le ha encontrado envuelto en un sayal gris..... como el vuestro, doctor.

La sorpresa y el terror se muestran en el rostro de todos los semblantes, y, mientras damas y caballeros comentan tan extraño como trágico suceso, Guillermo de Montells se retira desencajado como queriendo evitar las miradas de alguno de los presentes. En su gabinete reservado le esperaba el bandido en jefe, no menos cavizbajo que pesaroso y confuso. Su posicion humilde parecia indicar que temia ser duramente reprendido por el altivo potentado. Al verle este, frunce las cejas, se enciende su rostro, y queriendo hablar, las palabras salen mal articuladas de sus labios: solo algunas blasfemias, las mas obscenas é impías, se oyen distintamente. La ira y el despecho se patentizan en su rostro. Mas el astuto bandido, queriendo prevenir la ruda agresion que espera y teme, le dice con humildad:

—Señor, yo creo que el mismo Hierro-y-fuego ha sido engañado.

—Su conducta prueban lo contrario, responde furioso Guillermo.

—Yo mismo ví el sayal gris.

—Lambertini no ha vestido nunca semejante trage. ¿Cómo se esplica que á media noche se encontrase en la calle con semejante disfraz?

Un movimiento de espaldas es la contestacion del Maestro.

—¿Y cómo se podia equivocar nunca con el Intérprete? prosigue Montells ciego de ira.

—La oscuridad, el traje.....

—Lambertini al lado del Monge Gris era un pímeo.

El Maestro, insistiendo en purificarse, objeta:

—Lo cierto es que el hombre que recibió las puñaladas era el mismo que acababa de salir de vuestra casa con el Castellano.

—Imposible: los que estuvieron conmigo eran el Monge Gris, Guzman y mi sobrino.

—Sin embargo, Hierro-y-fuego y el Andaluz siguieron á los dos primeros y en el mismo acto de separarse el de Castilla recibió el otro el golpe.

Paseándose agitado y convulso el anciano implacable, murmura:

—Es incomprensible. La mano del hombre..... del infierno.....

Se interrumpe, y dirigiéndose á su interlocutor, le pregunta:

—¿Cuándo ha marchado tu teniente?

—Ayer mismo, señor.

—¿Podrias encontrarle?

—El Andaluz ha dirigido su viaje, y no sé el camino que puede haber tomado.

—¿Crees tú en el viaje.....

—Ya os he dicho.....

Airado Montells, y pudiendo apenas dominar sus ímpetus, le interrumpe:

—Perro, lo que hiciste fué contarme una historia que no tiene sentido comun..... y aun extraño yo que tú no hayas encontrado tambien otro peregrino. Segun los informes que yo he tomado, la ermita está inhabitada hace muchos años.

—No lo ignoraba. El peregrino acababa de llegar de Palestina.

—Rayo de Dios con Palestina, con la peregrinacion de moda y con el diablo que te lleve. Un peregrino, cuya aparicion es un misterio, llega de la Tierra santa, y se aloja en una ermita desprovista de las cosas mas necesarias para la vida. En el mismo dia Hierro-y-fuego y el Andaluz visitan aquel santuario, y encuentran en él mil perpres de oro, y se los parten, y se convierten y emprenden una romeria devota, y el peregrino desaparece. ¿Crees tú verosímil todo esto? Maestro, tu historia es un cuento de viejas: te han tratado como á un niño.

El bandido comienza á sospechar que ha sido víctima de un engaño, y su rostro toma una espresion sombría, y sus hundidos ojos brillan como el fuego de un horno. Su habilidad no desmentida en el criminal arte de Caco, le ha valido el nombre de Maestro; es superior á las almas vulgares, y sin embargo lo han considerado como al ladronzuelo mas abyecto.

Preocupado con este pensamiento, agitado y colérico, esclama con voz cavernosa:

—¿Es decir que hemos sido vendidos por mi teniente?

—¿Lo dudas aun?

—¡Ay de él si alguna vez se pone al alcance de mi puñal! Su mas pequeño castigo será la mutilacion y.....

Montells, imaginando sacar partido de su enojo, le interrumpe diciendo:

—Encontrarle es lo mas fácil.

—¿Cómo? pregunta el feroz Maestro estremeciéndose de placer.

—Hierro y-fuego está aquí, responde el anciano dando cierto tono de seguridad á su aserto.

—¿Lo creeis?

—Lo sé.

—Esta noche habrá dejado de existir, replica el bandido en ademan de partir.

Montells, conteniéndole, repone:

—Espera. ¿Has tomado informes sobre el peregrino?

—No señor.

—Debiste haberlo hecho. Los que han urdido la trama son muy hábiles y..... si no ves el tegido, caerás siempre en la red. Tambien te habia encargado que averiguaras el paradero de Badoero. ¿Lo hiciste? Hemos perdido un auxiliar formidable. Y del Andaluz, ¿qué has sabido? ¿Quién era? ¿Dónde vive?

—Todas mis faltas, murmura confuso el Maestro, se reducen á no haber desconfiado de Hierro-y-fuego.

—Tu observacion es exacta; pero ¿no puedes darme ninguna noticia del Andaluz?

—Ninguna: el teniente me dijo que tenia un amigo leal.....

—Fuego con los amigos leales..... Pero responde á otra pregunta, y no me engañes, porque podria peligrar tu cabeza. ¿Sabia tu teniente todo lo que hemos hablado estos dias?

Nueva confusion por parte del Maestro.

—Habla, insiste Montells augurando mal de su silencio.

El bandido, despues de dudar un corto momento, responde:

—A la verdad, Hierro-y-fuego lo sabia casi todo, porque le habia consultado.

—Me has perdido, interrumpe Montells arrojándose en una silla desesperado y oprimiéndose frenético la cabeza con ambas manos.

Momento de silencio. La actitud del Maestro tiene algo de tan feroz y

extraordinario como su vida. Después de lo que ha oído al anciano, ya no le queda duda alguna de la traición de su teniente, y no solamente comprende el recio compromiso de aquel, sino que también el inminente peligro que corre toda su famosa compañía. Este pensamiento le conduce naturalmente á reflexionar que la justicia de los catalanes y aragoneses en Oriente podría ser mas expeditiva que la de los tribunales de Andorra.

En los hombres de la profesión y temple del bandido, la acción es tan pronta como el pensamiento. Después de haber tomado una resolución, exclama:

—Señor, por lo que me habeis dicho y por lo que he oído de la justicia catalana, creo que estamos en un grave peligro..... y hay que tomar.....

—Miserable, ¿hasta ahora no lo has conocido? le grita Montells ahogado por la cólera.

Tan brusco epíteto hace dar un paso atrás al Maestro, cuya mirada se inflama por momentos. Conteniéndose, empero, responde:

—Mejor sería ocuparnos del modo de evitar una catástrofe.

—¡Repreensiones! murmura Montells con acento feroz. ¡Y tú me las haces á mí; tú, cuya imbecilidad ó perfidia ha destruido todas mis esperanzas!

Se interrumpe, y viendo que el Maestro se ha retirado otro paso, se avalanza á él, y agarrándolo con fuerza del brazo, continúa:

—No pretendas escaparte, zorra cautelosa, estás dentro de un lazo de hierro.

—¡Escapar! Yo lo que deseo es vengarme é iba á proponeros un medio, dice el bandido despreciando la cólera del anciano.

Al principio del diálogo, Montells había llegado á concebir fuertes dudas sobre la lealtad del bandido creyéndole de acuerdo con el Monge Grís; pero muy luego, al contemplar su actitud franca y decidida, y la serenidad de su mirada, conoce que sus sospechas no son ciertas, y para aplacarle repone con calma:

—No he dudado de tí, Maestro: si quieres vengarte soy tu amigo.

—Esta misma noche.....

—Lo mismo había pensado; pero ¿podremos contar con tu compañía?

—Hierro-y-fuego tiene en ella dos amigos: yo respondo de los otros, responde el Maestro después de reflexionar un momento.

—Estamos salvados: oye.

El bandido se le aproxima, y ambos se sientan uno al lado del otro.

Tomando despues el anciano implacable la palabra, se espresa en estos términos:

—Son las ocho de la noche. Sucesivamente introducirás aquí, procurando no llamar la atencion, los tres ó cuatro hombres de mas confianza de tu compañía. Con las mismas precauciones y bajo cualquier pretexto atraerás á los amigos de Hierro-y-fuego, y luego al resto de tus bravos.

—¿Y despues? pregunta el Maestro con interés.

Montells, sin perder la calma con que comenzara, continúa:

—Segun mis informes, mañana marcha el ejército..... nosotros marcharemos esta noche.

—¡Diablo! ¿Qué me decis? Pues es lo mismo que yo pensaba proponeros. Pero antes de marchar.....

—Nos vengaremos, interrumpe el anciano con gesto aterrador.

—Bravo, bravo: lo mismo digo. Necesito sangre.....

—No es Hierro-y-fuego el mas culpable.

Al pronunciar el anciano estas palabras, se desencadena con estrépito una tormenta que durante el dia se habia estado formando. El granizo y la piedra, el trueno y sus pavorosos ecos escitan, animan y enardecen á los dos criminales y la luz del rayo les ilumina por intervalos. Sus proyectos satánicos se manifiestan sin rebozo.

—El infierno nos ayuda, grita el bandido con voz tonante.

—Antes de arrojarnos á la hoguera, incendiemos el mundo, responde el viejo en el colmo de la exaltacion.

El Maestro quiere aparecer á la altura de su energía salvaje y se dispone para dar otro grito de guerra; mas su compañero, interrumpiéndole, dice:

—Ninguno de tus bravos me conoce: yo disfrazado entre ellos me llamaré Pedrillo y seré su amigo. ¿Comprendes?

—Adelante.

Montells, abriendo un armario, continúa al compás de los bramidos de la imponente borrasca:

—Mira aquí reunidos los vinos mas esquisitos y los licores mas espirituosos que se conocen. Tus hombres de armas los probarán, porque llegando mojados.....

El bandido le interrumpe con sonrisa diabólica:

—Sí, sí: el festin y la orgía les convienen. Los gritos, los cantos y el choque de los vasos constituirán otra tormenta, que podrá temprarles para acometer la grande empresa.

—Y despues derramaré oro sobre la mesa y podrán tomarlo á discrecion, prosigue el anciano tirando un cajon lleno de monedas.

Un movimiento tumultuoso agita el corazon del indómito asesino, y contemplando el precioso metal, esclama con ardor:

—Se batirán como fieras.

Complacido el potentado, le arroja un puñado de oro con las maneras del que tira los desperdicios de la comida á un perro. Los ojos del bandido se abren despidiendo una estraña claridad, mientras recoge las monedas. Entretanto Guillermo, queriendo interesarle mas y mas en la expedicion nocturna, prosigue con una sonrisa infernal:

—Pero á tí te preparo otra recompensa mas digna de tus hechos. ¡Dichoso tú, Maestro, que estás destinado á ser el mas feliz de los mortales: te reservo los favores de una princesa de sangre imperial!....

—¡Ah! dice el bandido comprendiéndole.

—Y es la belleza mas rozagante y bella que pisa el Oriente. ¡Dichoso tú, Maestro, que emparentarás esta misma noche con la casa de los Paleólogos!....

—¿Esta misma noche? pregunta el bandido con salvaje alegría.

—Asi lo he dispuesto, responde Guillermo, y con brutal ironía añade luego: habeis sido hechos el uno para el otro y Dios sonreirá á tan interesante pareja. ¡Dichoso tú, Maestro, que obtendrás las primicias de Inés de Azan; las primicias..... ¿entiendes?

—Bravo, bravo, responde el foragido; de derecho me corresponden por ser el capitan; mas bueno será despues que la compañía me siga.....

—¿La princesa se resistirá?

—Os aseguro que no, contesta el monstruoso capitan.

Una violenta carcajada es la respuesta que le da Montells, y sin dejar su tono sarcástico, continúan un corto momento ocupándose de la princesa como podrian hacerlo de la meretriz mas abyecta y criminal: sus dichos no menos obscenos que groseros, confundiéndose con el bramido de los aquilones y con el estampido del trueno, otra cosa no son que gritos de rabia y desesperacion. Sigue luego el anciano esplicando su pensamiento:

—De los de esta casa no escapará ninguno. Todas las medidas están tomadas, y por lo mismo no debemos ocuparnos ni del Aragonés ni de las dos damas. Vamos á los otros. A media noche, los dos, con toda tu compañía y mis sirvientes de confianza, invadiremos á mano armada la casa del de Busa, y este, el execrable doctor y el Castellano perecerán en ella: yo mismo me encargaré de registrar los papeles. Mas no debemos descuidar á los dos amigos de tu teniente: si nos sirven, les llenaremos los bol-

sillos de oro; en el caso contrario los obsequiaremos con un vaso de agua de rosa. ¿Qué te parece mi plan?

El bandido toma de repente cierto aire de desvergüenza, comprendiendo que el crimen le iguala con aquel orgulloso potentado, é inmóvil, con los brazos cruzados y la cabeza insolentemente inclinada hácia atrás, responde:

—Merece mi aprobacion; pero ¿qué habeis pensado si encontramos algun obstáculo?

La manera insolente del Maestro no escapa á la mirada del anciano y.....

—Vencerle, contesta, al mismo tiempo que sus ojos se dirigen á cierto frasco de cristal que encierra un licor amarillento.

—¿Y si no se puede?

—El buque está preparado, y nos embarcaremos con tu mujer y los otros.

—Aprobado, torna á decir el Maestro tendiendo la mano á Montells.

Con una sonrisa benévola disimula el anciano su despecho, y apretando con la suya la diestra del bandido, repone:

—Esta noche te harás digno de tu nombre. Si no falta corazon.....

El bandido le interrumpe murmurando con acento feroz:

—Sobra corazon, mi señor, para vengarnos; y creedme, Dios protege nuestro proyecto.....

Apenas tan horrible blasfemia saliera de sus lábios, un rayo les deslumbra, y al estallido del trueno, prolongado pavorosamente por el eco, tiemblan y crujen las puertas y ventanas, se entrechocan los vidrios y se rompen, conmoviéndose por sus cimientos el edificio todo.

Aunque fuertes y valerosos uno y otro, el aviso del cielo los estremece, y cierta palidez repentina da á su fisonomía una espresion siniestra; mas no queriendo confesarse mutuamente sus terrores y procurando por otra parte rehacerse, se aturden con gritos desaforados y con blasfemias é imprecaciones.

—El cielo nos ilumina, dice el anciano aludiendo al rayo.

—El infierno nos secunda, y tan poderosos auxiliares merecen un brindis, repone el bandido con voz atronadora.

—Me has recordado un deber.

Al decir esto el anciano implacable, volviéndose hácia el armario y sin ser visto por el bandido, arroja unas gotas del brevaje amarillento en una copa y la llena luego del mismo vino que vierte en otra igual. Hecho esto, presentando ambas copas al Maestro de manera que deba tomar la primera, le dice con sardónico acento:

—Escoge y bebamos.

—Bebamos, repite el bandido cogiendo la copa del agua de rosa.

Montells, levantando la suya en alto y con cierta sonrisa imposible de describir, esclama luego:

—A Satanás nuestro auxiliar en esta noche de borrascas y de sangre.

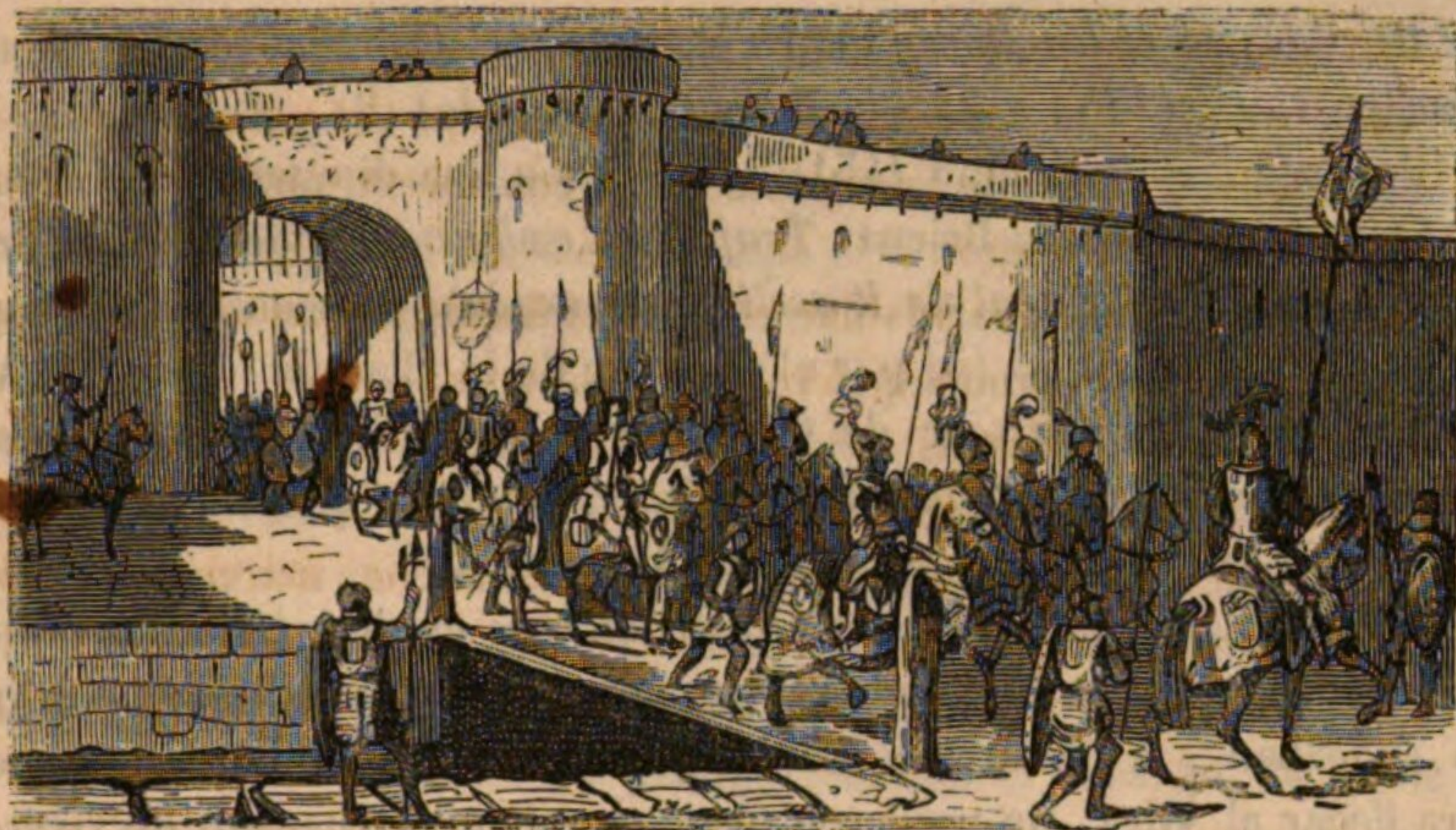
El bandido, imitando su ferocidad, contesta:

—A Satanás, á Satanás.

Ambos apuran la copa.

Algun tiempo despues, ya muy entrada la noche, marchaba el Maestro á buscar su compañía.





LIBRO LXVI.

SALIDA DE CASANDRIA.—ALARMA.—EL DUQUE DE ATENAS.—DERROTA DE LOS GRIEGOS Y FRANCESES.—LA CEADA.—UN PERRO DE EPIRO.—LOS AMIGOS LEALES.—HISTORIA DE BASILA.

Muerto Rocafort, los catalanes y aragoneses se hallaron sin caudillo y *sin personas capaces de tanto peso; porque el gobierno de tan varias gentes, acostumbradas á obedecer famosos capitanes, y envejecidos debajo de su mando, mal se podía entregar á quien no fuera igual á los pasados en valor y en nobleza de sangre* (Moncada) (1). En poco tiempo habian perdido á Roger de Flor y á Berenguer de Entenza, ambos ilustres no menos por su nacimiento que por sus hechos de armas; el intrépido y osado vencedor de Cipsela y del Hemo dejára igualmente de existir, y Montaner y Jimenez de Arenós, que hubieran podido reemplazarles, se hallaban ausentes. En este estado, *despues de haber deliberado sobre el partido que debian tomar, no encontraron otro que el de nombrar cuatro caballeros escogidos entre los diferentes cuerpos, para conducir el ejército y dirigir las operaciones militares, bajo las órde-*

(1) El valor y la nobleza de sangre no escaseaban en el ejército; lo que hacia falta era un gefe que, despues de las disensiones pasadas, conservase el prestigio necesario para dominar á todas las fracciones.

nes del Consejo de los Doce (1). La eleccion del Consejo recayó en *dos caballeros, un adalit y un almogavar* (Moncada) (2).

Por este mismo tiempo (1310) recibieron una diputacion del Duque de Atenas, Gualtier de Briena. *Trajo esta embajada Roger Deslau, caballero catalan, natural de Rossellon* (Moncada). Amenazado el Duque por el Despóta de Larta (3) por el príncipe de la Blaquia (4) y por Andrónico, que queria arrojar de Oriente á la raza latina, les ofrecia *seis meses de pagas adelantadas, y las mismas ventajas que habian tenido en servicio del emperador Andrónico* (Moncada).

No se hallaban en estado los expedicionarios de desechar tales proposiciones. Como su ánimo no habia decaído nunca ante las dificultades que les rodeaban, á pesar de ser inmensas las que tenian que vencer para llegar al Atica, no vacilaron ni un momento. Exhaustos de víveres, privados de un gefe de verdadero prestigio, que concentrase en sí y dirigiese á un fin comun tan opuestas voluntades, preferian hacer la guerra en un país amigo cuyas poblaciones no les fuesen hostiles. De acuerdo todos en este punto, el dia despues que Montells y su cómplice juraron el esterminio de sus enemigos, conmovióse la hueste (5).

Con la esperanza de mejorar su posicion, los soldados se alejaban gozosos de un pueblo donde tan lamentados sucesos habian ocurrido; pero un incidente que pudo tener fatales consecuencias interrumpió su satisfaccion en la primera jornada, sembrando la alarma y el desaliento en sus ánimos. Algunos zaragozanos no viendo, como de ordinario, al noble Aragonés á su cabeza, comunicaron los temores que abrigaban á sus compañeros, y mas tarde quejáronse en voz alta. Esto ocasionó alguna confusion en sus filas, confusion que trataron de atajar Sástago, Aznar y otros de sus subalternos; pero al mismo tiempo, y mientras se trataba de inquirir la causa del tumulto, de las cohortes castellanas salian estas palabras:

—¿En dónde está Guzman?

—Que venga el Castellano.

(1) Trad. lit. de LEBEAU, tom. 19, lib. CVI, pág. 195.

(2) Pero en ningun cronista ni historiador encontramos sus nombres, lo cual es en grave año de la historia. MONTANER se concreta á decir estas palabras: *E puys van ne elegir dos da xavayll, e un adalit, e un almugaten* (almogavar) *quis regissen entro haquessen cap: e axi estegre n aquesta manera regent los quatre de la host* (hueste) *á consell dels XII* (fól. 193).

(3) La antigua Andracia.

(4) Y no Valaquia como dice ZURITA. Queriendo corregir á MONTANER yerra él mismo. Los expedicionarios no llegaron á la Valaquia y sí al país de los Blacos, que es la parte montañosa de Tesalia.

(5) Salió de Casandria en la primavera de 1310.

—Queremos á nuestros capitanes.

—Con ellos hemos venido.

Meneses y Rodrigo intentan calmar la efervescencia que amenaza la suerte del ejército; pero al mismo tiempo echan otros de menos al Intérprete y al Caballero del Ataud y se aumenta el descontento. La influencia del Monge Gris es inmensa y los soldados le piden á voces. Recrece con esto la confusion, y la alarma se hace general. Dicen unos que los ausentes han sido víctimas de un engaño; afirman otros que han huido viendo las cosas de la guerra en mal estado, y no falta quien asegura que han sido sorprendidos en las afueras de la ciudad por un destacamento enemigo y llevados presos á Tesalónica.

Alarmados los capitanes que habian recibido el encargo de guiar la hueste, toman las medidas que les dicta su prudencia para restablecer el órden en las filas, y al propio tiempo se reúne el Consejo para procurar la averiguacion de lo ocurrido. Interroga á los parientes y amigos del Aragonés y el Castellano, envia emisarios á diversos puntos, reconoce el campo y desde luego se cerciora con asombro de una triste verdad. Es cierto, en efecto, que el muy noble y poderoso Jimeno de Albaro, el optimato de Castilla, el Caballero del Ataud y el Intérprete de las legiones han desaparecido. ¿Qué causa ha podido motivarlo en tan esforzados campeones?.... Las investigaciones oficiales dieron mas tarde alguna luz: hé aquí en resúmen lo sabido por el Consejo.

Un rico-hombre de Cataluña, llamado Montells, habia llegado á Casandria hacia algunos dias con una misión del Rey D. Jáime, para conducir á Sibilía á la corte de Aragon. Con este motivo se sabia que el Doncel de Ausona era el único heredero de la familia proscripta de los Busas, cuyos valedores habian tenido récios altercados con los deudos y allegados de los Montells.—Algunos creian haber observado que el potentado catalan frecuentaba la sociedad de personas estrañas al ejército, de no muy buen talante. Se susurraba que la muerte de Albertini podia relacionarse con tales desconocidos. Pero ¿qué objeto tenia la venida á Oriente del cardenal? Se ignoraba.—Cierta legionario, que la noche anterior se retiraba tarde á su alojamiento, habia visto salir un grupo numeroso de gente armada de la casa en que habitaba la princesa Inés de Azan.—Otro soldado en la misma noche encontró en la calle á Jimeno de Albaro y al Caballero del Ataud, acompañados de dos damas y de algunos pajes y escuderos.—El cómitre de una galera catalana vió á algunas personas que se embarcaban, antes de amanecer, en el mismo buque que trajo á Oriente al rico-hombre catalan, y un destacamento de almogávares, al retirarse de explorar el litoral, divisó en alta mar una galera con dos hileras de re-

mos. Federico de Guzman, el Castellano, no habia pasado la noche en su casa, y al Intérprete no se le habia visto en parte alguna.

Mientras tanto los comentarios continuaban en el ejército, y el Consejo, convencido de que debia pensar poco y obrar mucho, imaginó diversos expedientes para tranquilizar los ánimos y no verse en la necesidad de interrumpir el movimiento. En una orden general se previno que los ausentes habian ido á desempeñar comisiones importantes del servicio, y que la falta de víveres hacia indispensable la continuacion de la marcha. Al propio tiempo, los oficiales y soldados mas influyentes del ejército recibieron la orden de recorrer las filas, inculcando en ellas la necesidad de dar fuerza á los capitanes con la mas ciega obediencia, para evitar el comun peligro.

Siscár cubria en aquel dia la retaguardia del ejército con algunas fuerzas escogidas; ni un momento habia dejado á Enrique de Busa su amigo, el cual, aunque recuperaba paulatinamente sus fuerzas, le seguia pesaroso y contristado, sufriendo fuertes distracciones, como si la debilidad de su cabeza, ó tal vez sucesos recientes, hubieran aumentado sus dolencias. Era fama que á su salida de Casandria habian mediado entre ambos fuertes altercados, debidos á una causa estraña, y que durante la marcha, en ciertos momentos de mal humor, el de Busa imaginara dejar las legiones..... Mas sabedores uno y otro de lo que pasaba entre las tropas, olvidando sus propios resentimientos, corrieron á prestar auxilio á sus amigos.

La llegada de tan ilustres campeones, la cooperacion enérgica de algunos subalternos de mucho ascendiente, y mas que todo la accion eficaz y poderosa del Letrado, Pedro Roque, y algunos otros legionarios de una influencia decisiva entre sus compañeros, lograron por fin restituir la calma en los corazones, evitando una insurreccion que, en pais enemigo, pudiera haber tenido funestísimas consecuencias.

El Olotense y Cap-ruén, cuya mediacion hubiera sido igualmente eficaz, no pudieron ser hallados en parte alguna.

Luego de haber restablecido el orden en sus filas, los aragoneses y catalanes continuaron su marcha dirigiéndose á Tesalónica. *Al tercero dia llegaron á la ribera del rio Peneo, que corre entre los montes Olimpo y Osa y riega aquel amenísimo valle llamado Tempe, tan celebrado en la antigüedad* (Moncada), en donde la amenidad del sitio y la abundancia de bastimentos les convidaron á pasar algunos dias (1). Internándose despues en la Tesalia, trataron con Miguel Angel, su príncipe, quien aterrado

(1) Invernaron en el famoso valle de Tempe (LEBEAU, tom. 19, lib. CVI, pág. 198: MONCADA, cap. LXI, pág. 336; MONTANER, ZURITA, etc., etc.)

y sintiéndose incapaz de resistirles *les ofrece grandes sumas de dinero, abundancia de provisiones y guias para conducirles hasta el Atica..... Los catalanes estimaron mas aceptar tan ventajosas proposiciones, que esponerse á los azares de los combates (1) y continuaron su marcha hácia la parte montañosa de la Tesalia que Nicetas llama Blaquia (2).* Vencida la resistencia que les opusieron los blacos, gente por demás belicosa, pasaron el desfiladero de las Termópilas, célebre por la muerte heroica de Leonidas, y por la victoria que los romanos alcanzaron sobre los sirios algunos siglos despues (3), y siguiendo el curso del Cefiso, que baja del Parnaso y corre hácia Oriente, se alojaron en los pueblos vecinos del país de los locrenses (4).

El Duque de Atenas, luego que supo que el ejército de los catalanes habia pasado los montes, y atravesado la Blaquia, envió con mucha diligencia sus embajadores á las cabezas del ejército, temiendo que otros príncipes vecinos recibiesen á los catalanes en su servicio, porque como era milicia de tanta estimacion, todos procuraban tenerla en su favor..... (Moncada). Los catalanes ratificaron el tratado que habian hecho provisionalmente con el Duque y entraron á su servicio con las condiciones en él estipuladas (5).

Gualtier de Briena con tan poderosos auxiliares derrotó en poco tiempo á Juan Angelo, á Andrónico y á otros principes; reconquistó treinta fortalezas, y se aseguró en el ducado (6). Mas al verse dueño y señor de sus dominios, comenzó á tratar con desprecio á los espedicionarios, nególes luego lo estipulado en sus pactos, y concluyó mandándoles salir de sus Estados. *Los nuestros, aunque confusos y turbados de golpe tan poco prevenido, con el valor y determinacion que solian, le respondieron que obedecerian con mucho gusto si les pagaba el sueldo que se les debia, pues tan bien le habian servido, y los seis meses adelantados que les ofreció cuando vinieron á su servicio, que con este dinero podrian alcanzar bajeles para volver á su patria seguros, aunque mal pagados (Moncada).*

La arrogancia del Duque hizo imposible un acomodamiento. Su soberbia y descortesía llegaron á tal punto que, olvidando los servicios que

(1) Trad. lit. de LEBEAU, tom. 19, lib. CVI, pág. 198.

(2) Id., id., id.

(3) En el mismo desfiladero vencieron los hunos á los griegos en tiempo de Justiniano.

(4) Otoño de 1311. (NIC. GREGORAS, lib. 7, cap. VII; ZURITA, part. I, lib. 66, capítulo VII, MONTANER, MONCADA, LEBEAU).

(5) Trad. lit. de LEBEAU, tom. 19, lib. CVI, pág. 199.

(6) Ningun cronista nos dá detalles sobre esta campaña, si bien todos ensalzan los hechos de armas de los espedicionarios.

acababan de prestarle, trató mal á los delegados y les arrojó de su presencia, negándose á satisfacer sus justas quejas y amenazándoles con el cautiverio ó la muerte si no obedecían sus mandatos. Tan insolente respuesta *obligó á los nuestros á que determinasen antes morir que salir de su tierra, sin que se les diese entera satisfaccion* (Moncada), y desde aquel momento uno y otros se previnieron para la guerra. Los expedicionarios se apoderaron de algunas plazas fuertes, y el Duque llamó los contingentes de sus Estados y concentró su ejército (1).

A la cabeza de su escolta de honor, compuesta de franceses con espuela de oro, partió el Duque á ponerse al frente de su hueste. No faltaban en ella tebanos, platenses, locrenses, focenses y megarenses. Recordando las antiguas glorias de sus abuelos, todos habian acudido al llamamiento del honor, dispuestos á castigar la insolencia de aquel puñado de extranjeros turbulentos y audaces. Unánimes y entusiastas aclamaciones recibieron al caudillo, y pasada muestra general, se encontró la hueste fuerte de casi veinticuatro mil hombres, diez y siete mil infantes y seis mil cuatrocientos caballos (2). Altanero á la cabeza de gente tan lucida, no solo pensaba el Duque derrotar á los catalanes, sino que tambien tentar la conquista de algunas provincias del imperio (3).

La hueste catalana, diezmada por los rigores del clima y por los certeros disparos de los blacos, al dejar sus cantones para presentar la batalla al Duque, solo contaba con tres mil quinientos caballos y cuatro mil infantes. La desigualdad de fuerzas hacia el peligro inminente, y sus caudillos imaginaron un expediente para neutralizarla. Sabiendo que el Duque pensaba atacarles en sus cuarteles, acamparon en una inmensa pradera resueltos á esperarle; mas al propio tiempo, sacando de su cauce una grande acequia, inundaron los campos por donde podia acometerles la caballería, ardid que les dió los mas felices resultados.

Lleno de confianza Gualtier de Briena, presentó la batalla al siguiente dia; parecióle que el brillo de sus hazañosos, cubiertos de bruñido acero, bastaria para humillar á sus enemigos (4). Impaciente y ambicionando el honor de dar los primeros golpes, avanza á la cabeza de sus escuadrones,

(1) A propósito de esta guerra no podemos pasar en silencio un hecho que honra á los de la Coronilla. Queriendo desmenuzarse el ejército catalán, el Duque habia repartido tierras á quinientos de sus soldados mas distinguidos; mas comprendiendo estos el peligro de sus compañeros renunciaron las haciendas de que ya estaban en posesion y se incorporaron de nuevo á la expedicion. (MONTANER, cap. CCXI, fól. 193 v.; MONCADA, cap. LXIV, pág. 347).

(2) Segun MONTANER, la version de NICEFORO GREGORAS no dá mas que 14,400 hombres.

(3) MONCADA, cap. LXVI, pág. 348.

(4) Se dió esta batalla el mes de marzo de 1312.

lentamente primero, precipitando por grados su marcha luego, y, en fin, arrojándose impetuosamente para chocar con mas fuerza (1).

Aunque bien combinada esta maniobra, solo sirvió para precipitar su caída. Los primeros escuadrones, metidos en los pantanos, se encuentran en la imposibilidad de ganar terreno y son derribados por los que les siguen; y estos, á su vez, compelidos por la impulsión general, sufren la misma suerte, y los que sucesivamente van llegando caen en el mismo lazo, y se revuelcan como ellos entre el fango y el lodo que les desordena é inutiliza (2).

Viendo la posición embarazosa de los atenienses y franceses, los almogávares que estaban al otro lado del pantano hacen caer sobre ellos una lluvia de dardos, y luego, cargándoles y envolviéndoles por todos los flancos, los estoquean y matan, *sin que ellos, cargados de hierro y hundidos en el fango, puedan oponer la menor resistencia. El Duque fué muerto á la primera carga* (3), y de las tropas escogidas que le acompañaban solo dos caballeros lograron escapar á la muerte, Bonifacio de Verona y Roger Deslau (4). Muerto el Duque con lo mas brillante de su corte, su infantería se dispersa antes de entrar en combate y es acuchillada por la caballería occidental. En pocos momentos los expedicionarios quedan dueños del campo de batalla, y se apoderan del inmenso botín que dejan sus enemigos al declararse en precipitada fuga (5).

De en medio de los combatientes sale un guerrero con el rostro cubierto con la visera; su luciente arnés demuestra que no pertenece á los dispersos atenienses sino á los hazañosos de la Coronilla. Su caballo, atravesando charcas y pantanos, saltando márgenes inaccesibles y venciendo obstáculos, se dirige al vecino monte, echando espuma por todo su cuerpo. Su carrera es tan rápida y veloz como el viento; al ver sus indomables bríos, diríase que el jinete lo ha abandonado á su instinto ó que corre desbocado. Sube las mas rápidas pendientes del mismo modo que si ostentara sus galas en el palenque á vista de sus rivales..... Mas á larga distancia del ejército, el caballero se apea, mira en su rededor con vista arisca, como temiendo ser observado, y murmura:

—Estoy solo.

(1) Hist. CONST. DUC, pág. 241, 242; NIC. GREG., lib. 7, cap. VII.

(2) MONTANER, cap. CCXI, fól. 194; MONCADA, ZURITA, LEBEAU, etc., etc.

(3) Trad. lit. de LEBEAU, tom. 19, lib. CVI, pág. 201.

(4) LEBEAU, id., id., id.

(5) Segun MONTANER, murieron en esta batalla 20,000 hombres con todo lo mas principal de la nobleza de Morea. Pueden verse además NIC. GREG., lib. 7, cap. 7, Hist. CONST. DUC, pág. 241, 242; LEBEAU, tom. 19, lib. CVI, pág. 200; MONCADA y ZURITA.

Levantando luego los ojos al cielo , añade con fervor:

—Gracias, Señor, gracias.

Mirando despues al caballo con espresion dolorosa, le quita la brida, la silla y las bardas, y besándole la frente ,

—Parte, eres libre, le dice, derramando una lágrima.

Al mismo tiempo se despoja de sus armas. Lanza , coraza , guarda-brazo, manoplas y canilleras todo lo arroja con disgusto. Lo mismo hace con el escudo, en cuyo campo de plata brilla la cabeza de Medusa, sable, con este mote : *Todo lo pueden ella y mi lanza*. Mas al quitarse el yelmo, se detiene un instante contemplando su hermoso penacho , agitado por el viento , y murmura con acento patético :

—¡Verde y rosa!.... son los colores de ella.

Pero como si temiera que algun recuerdo alterase su resolucion , lo suelta con enfado.

Despojado ya de todas sus armas, reposa un momento. Es alto , bien formado y hermoso, pero su rostro sombrío y contraído indica que ha debido pasar una vida agitada y borrascosa. Sus ojos negros y brillantes tienen una espresion de melancolía tan estraña como indefinible, y en su frente despejada se leen los mil y mil tumultuosos y terribles pensamientos que lo devoran. Su aspecto habla: cualquiera al verle diria que está cansado de la vida.

Hacia un calor insoportable; pero el caballero, preocupado con una sola idea , parecia desafiar los elementos. Luego de haber descansado unos instantes se levanta, y su vista se dirige á las elevadas cumbres. Se halla á la mitad de un monte cubierto de arbustos, teniendo á su izquierda unas rocas escarpadas que se levantan á una altura prodigiosa. Hacia ellas trepa el caballero; pero de vez en cuando, su debilidad le obliga á detenerse para tomar aliento.

—No mas, no mas, murmura el infeliz , como respondiendo á alguna idea que cruza por su mente. Muramos; ¿qué ha sido para mí la vida?.... Basta, basta.

Al decir esto, se halla enfrente de un anchísimo recodo formado por el informe peñascal. Penoso , cuanto difícil, es su acceso ; mas la fiebre del suicidio comunica al desventurado caballero una actividad y fuerza prodigiosas. No obstante su debilidad, y á pesar del sol abrasador que hace, desciende á la hondonada, por entre zarzas, breñas y jarales que desgarran su traje, y vuelve á subir y á bajar, y por fin , haciendo esfuerzos heróicos, trepa á la alta cumbre, y mira. A su derecha se prolonga una meseta rica de árboles frutales y de flores , bañada por un arroyuelo que le dá frescor y vida; á su izquierda, la punta de la roca escarpada avan-

za imponente sobre un abismo. La sed le abrasa, bebe, y se sienta diciendo:

—Unos pasos mas y..... todo acabará.

Reina un profundo silencio en su rededor. Ante la accion del grande astro, los pajarillos enmudecen perdidos entre las ramas, y ni la mas ligera brisa del mar de Negroponto, cuyas olas se distinguen allá á lo lejos, agita las hojas de los árboles.

Sentado de espalda al precipicio, contempla la umbrosa floresta, que se prolonga indefinidamente perdiéndose en el vecino monte. Una casita, tan blanca como la nieve y única en aquellas soledades, se distingue entre los árboles. ¿Qué mortal sin ventura habrá hecho de ella su morada? Al verla, el caballero se levanta y, como temiendo que algunc se oponga á sus proyectos, se encamina hácia la roca escarpada con todo el apresuramiento que su estado le permite. Con mirada tranquila y serena mide el precipicio: su fondo se pierde en el espacio.

Una alegría espantosa brilla en el rostro del caballero, y esclama:

—¡Ah! el cielo se ha compadecido de mis penas: démosle gracias.

Se arrodilla y ora un corto momento en voz baja y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Pero al levantarse, ¿qué sorpresa no es la suya al contemplar desde la elevada cima el cielo, el mar y la campiña, el imperio infinito de Dios? La risueña y verdosa Eubea, en otro tiempo *Abantis* y *Macris* (1), se ofrece á su vista estendiéndose á lo largo de las costas del Atica, así como tam-

bien la Lócrida. A su derecha y allá á lo lejos, bajo el cielo puro de la Grecia, se distinguen las ruinas del Partenon, con veinte y tantos siglos de existencia. No lejos de él se levanta el Pentélico, tan famoso por su mármol blanco. Por este lado están Salamina y Egina, Andro y Sciros con todos sus recuerdos; por aquel se ven pintorescos y frondosos valles, bañados por corrientes no menos célebres que cristalinas, y magestuosas cordilleras y pueblos y campos inmortales como Atenas y Corinto, Maraton y Platea, y nubes de variados matices que recorriendo el espacio forman con el azul del cielo los mas estraños y sorprendentes contrastes. ¡Ah! ¡Es posible que ante la deslumbrante magnificencia de la naturaleza la humanidad no olvide sus dolores!....

En este momento, el sol con todo su esplendor alumbra el elevado cabeza de las Termópilas: es un rayo que refleja la gloria de Leonidas y los trescientos espartanos. El caballero al contemplarle, esclama:

—¡Ah! un héroe terminó allí sus dias..... Habia convidado á sus

(1) A causa de los *Abantes* sus primeros habitantes y de su longitud. Hoy Negroponto, la *Egriaba* de los turcos.

compañeros á cenar en la otra vida y..... Dios le inmortalizó..... ¡Y mi tumba será desconocida de los hombres como la del legislador hebreo al pueblo de Israel! ¡Y ni una lágrima se derramará sobre ella!....

El paralelo de su muerte con la de Leonidas humedece los ojos del caballero, y despues de reflexionar un momento, continúa:

—Han envenenado mi vida con el rigor de los anatemas: la desventura ha marcado mi frente con un signo indeleble que me presenta á la vista de los hombres como un réprobo. ¿Qué país querría alimentar á un maldecido? Pero yo desafio en la otra vida al vicario de Jesucristo..... Yo fui condenado en esta, y él lo será en la otra. Un niño al nacer, ¿podía haber ofendido al Criador?.....

Se interrumpe, permanece un momento con la cabeza baja y el rostro cubierto con ambas manos, y luego añade con resolucion:

—Yo soy solo, yo dispongo de mí: *Faciamus Deo gratias, quod nemo in vita teneri potest*, dice Séneca, el filósofo. Es claro, ¿cómo ha de querer Dios que el hombre viva á pesar suyo?.... Y el gran filósofo ¿no acreditó su doctrina sabiendo darse la muerte? Ciertó, ciertó..... ¿Y no dijo también *Quemcumque fortem videris, miserum neges*? Bien, bien..... En efecto, el valiente no puede ser desgraciado.....

¡Pobre caballero! Queriendo justificar el suicidio con el rigorismo estóico, ¿qué mas prueba puede dar de que los sufrimientos han debilitado su cabeza y alterado su razon?

Y las siguientes palabras que murmura luego con acento melancólico, ¿no son otra prueba de que su inteligencia es un caos?

—Pasa por mi imaginacion algo como el recuerdo de un amor venturoso..... Sí; muchas luces, bandidos, el veneciano y una batalla. El anciano implacable..... Siscár..... esponsales..... Ella estaba allí arrodillada, bella como la primavera..... jurándome un amor eterno..... ¡Seria un sueño!.... pero sueño fatal que ha continuado mi agonía..... hasta hoy.

Despues de una corta pausa, saca de su pecho una banda verde y rosa y contemplándola estasiado, la besa con cariño repetidas veces, diciendo:

—Juré que no se apartaria de mí mientras viviese y..... he cumplido mi palabra.

Se enjuga una lágrima que brillaba en sus párpados, y volviendo á introducir la banda en su pecho, prosigue:

—Aquí, aquí..... Tú le dirás que en el momento supremo palpitaba aun por ella y.....

Se vuelve á interrumpir como herido repentinamente por otra idea. Piensa un corto instante, y luego, imaginando tener ante sí un objeto querido, le dirige estas palabras con la espresion del mas tierno sentimiento:

—Cándida y pura virgen, no me quejo de tí, no. Tú has endulzado un momento mi existencia..... tu amor quiso darme la copa de las huríes y los hombres me han precipitado en el abismo..... No me quejo de tí. El anatema cayó sobre mi cabeza, y en vano he buscado la piscina saludable que debia purificarme como á Josué las aguas del Jordán. Confié un dia; pero el réprobo y el maldito, errante y fugitivo como Abel, ¿merecia el amor de un ángel?—Otro ser desgraciado te ama como á una hija querida.—Oye: allá en la opulencia y grandeza, sentada en el trono ó cerca del trono..... no olvides al anciano. Cuando sepas que, con una resignacion tan santa como heróica, sufre los mas horribles tormentos, piensa en él..... Reflexiona que tal vez por tí marcha al suplicio..... ¡Pobre anciano! con el apóstol quieren ahogar la doctrina..... No le olvidas; una sonrisa tuya dulcificará su agonía.—Perdona si he atentado á mis dias sin decirte adios.

En este momento un brioso mastin hace oír ladridos de funesto augurio. Es el epirota de la *cella astiari* de la casita blanca, cuyos moradores viven sin duda á usanza de sus abuelos (1). El indómito animal se adelanta al mismo tiempo que de entre los árboles sale una voz que grita con fuerza:

—*Cave canem* (2).

Sorprendido el caballero se interrumpe, y queriendo mirar en su redor se halla repentinamente envuelto por una densa nube que lo deja en las tinieblas en medio del dia. Pero no es este el solo fenómeno que le desconcierta y acaba: el frio de la noche hiela sus miembros bajo la influencia de un sol abrasador que seca y calcina las plantas. Ha reposado un largo rato en la elevada roca, y sin embargo se siente mas fatigado que antes; no sabe lo que experimenta y por momentos le falta la respiracion.

—¡Ah! esclama aterrado, son síntomas de muerte que me darian la vida..... Dios mio, recibid mi alma.

Al pronunciar estas palabras con acento desgarrador, se aparta el pelo de la frente con ambas manos y toma la carrera que ha de precipitarle en el inmenso abismo.

Al propio tiempo, llega el perro, ladrando sin cesar, y se echa sobre el caballero, haciendo presa en su traje. Cae el infeliz suicida al borde del precipicio y allá en la elevada cumbre se empeña una lucha que espanta. Vuelto de espaldas el caballero, y desconociendo la causa que le impi-

(1) Los palacios y quintas de la antigua Grecia tenían *Cella astiari* (habitacion del conserge ó portero) en el *prothirum* (corredor) que separaba la puerta exterior de la del *Atrium*. Los perros del Epiro, sujetos con cadenas, dormian siempre con el portero.

(2) Cuidado con el perro.

de ejecutar su proyecto, intenta ganar terreno arrastrándose. Para ello forma una especie de palanca en que cada una de sus manos es á la vez potencia y apoyo, y en breve la mitad de su cuerpo se halla fuera de la roca, pendiente sobre el abismo. Por su parte el tenaz epirota no quiere soltar la presa: el instinto le dice que esta se le escapa, y reuniendo todas sus fuerzas, tira hácia atrás con tal empeño, que por momentos logra neutralizar los esfuerzos del caballero. Entre la muerte y la vida este murmura:

—No puedo dejar de ser: ¡tal es mi desdicha!

El acto de arrojar á un criminal en la terrible *Ceada* de Atenas, causaría menos horror que la lucha pertinaz del hombre y el perro allá en lo alto de la escarpada cima. La insistencia del fiero epirota obliga al caballero á hacer el último esfuerzo; mas al mismo tiempo, una mano de hierro le sujeta, y ya no puede oponerle resistencia alguna: la perturbacion de su cabeza aumenta, y queda sin sentido.

Una hora despues, Enrique de Busa, que era el caballero que habia intentado suicidarse, despierta en un lecho de plumas bajo un pabellon carmesí orlado de oro. La habitacion es capaz y el mueblaje lujoso. Su primer movimiento es pasarse la mano por los ojos como para cerciorarse de que no está dormido. Quiere luego combinar sus recuerdos; pero al mismo tiempo un guerrero atlético que no hubo visto hasta entónces, le dice con voz conmovida:

—El dia que en la batalla del Hemo me salvaste la vida, te ofrecí que enseñaría á mis hijos á bendecir tu nombre: mira.

Enrique de Busa dirige la vista en la direccion que le señala el guerrero, y ¿qué es lo que ven sus ojos? Desde la cama contempla dos niños de tierna edad, arrodillados ante una imágen, y con las manecitas levantadas al cielo. Al mismo tiempo les oye decir con el fervor de la inocencia:

—Dios bendiga al Doncel de Ausona.

De repente da el pobre enfermo un grito..... Acababa de reconocer á Basila, al generoso búlgaro que habia espuesto sus dias por favorecer la causa de los catalanes en Andrinópolis.

—Basila, esclama entre confuso y alegre.

El noble búlgaro, arrojándose en sus brazos, le responde enterrecido.

—Hoy es el dia mas feliz de mi vida.

Apenas dichas estas palabras, y despues de haber permanecido en brazos uno de otro, son interrumpidos con la llegada de Siscár, Cabeza-de-oro, Rauret, Meneses y otros hazañosos de la Coronilla. Durante el desmayo de Enrique de Busa, Basila les habia despachado á uno de sus

escuderos dándoles cuenta de lo sucedido, y todos acudieron presurosos á su llamamiento.

La conversacion se hace general. Ninguno de los recién llegados ignora el intento de suicidio del de Busa; mas aparentando todos ignorarlo, hablan largo rato de cosas indiferentes. Admirado Siscár de hallar al noble búlgaro en un pais para él extraño, le dice:

—Segun parece, vuestra vida no es hoy la azarosa de las batallas.

—Ahora educo á mis hijos: he temido mucho tiempo por ellos, responde Basila acariciando á los dos niños.

—¡Angelitos! esclama Rauret enternecido.

—Sin la generosidad que usó conmigo el muy poderoso señor de Busa.....

—La vuestra os hizo acreedor á nuestro aprecio, le interrumpe Siscár.

Basila, inclinándose, repone:

—Esponiendo mis dias por los de vuestros compañeros, cumplí en Andrinópolis con uno de los deberes mas sagrados.

—Y esto os indispuso, segun creo, con la corte de Constantinopla.

—Y tambien con la de Miguel.....

—Que tuvisteis que abandonar.

—Cierto; pero tampoco hay duda que mi presencia urgia en Bulgária.

Enrique de Busa habia visto con cierta sorpresa la llegada de sus amigos y estaba avergonzado; mas no oyendo palabra alguna que le indujera á creer que eran conocedores de su secreto designio, se incorpora en la cama y, dominando gradualmente las fuertes emociones que lo agitaban, aparece tranquilo y sereno. Mas tarde, creyendo deber tomar parte en el diálogo, dice á Basila:

—En efecto, me dijisteis que vuestra familia corria un grave riesgo.

—Asi era, repone el búlgaro. Durante la época de mis aventuras, persecuciones y desgracias, no faltó quien quisiera hacerme mas y mas infeliz, hiriéndome en mi mujer y en mis hijos.

—¿No podriais hacernos conocer vuestra historia? le pregunta de repente Cabeza-de-oro.

—Si lo deseais.....

—Sí, sí, le interrumpen todos á la vez.

Apenas dichas estas palabras, Enrique de Busa salta del lecho tomando asiento entre sus compañeros, y el generoso Basila, despues de haber hecho retirar á sus dos hijos por uno de sus pajes, cuenta de este modo su interesantísima historia:

HISTORIA DE BASILA.

«Muerto alevosamente el último rey de Bulgária, descendiente del bravo y cruel Joanice, Constantino Tech, mi tío, mas dichoso que Misés y que todos sus rivales, ocupó el trono. Era Tech hábil, intrépido y muy querido de sus tropas, tanto, que Láscaris, que ocupaba el trono de Bizancio, deseoso de grangearse la amistad de un hombre á quien consideraba como formidable vecino por los recursos con que contaba, le dió á su hija María por esposa. Poco tiempo despues, habiendo acabado el dominio de los Latinos en Oriente con la huida cobarde de Badoino, no ignorais que Miguel Paleólogo entró triunfante en Constantinopla y mandó quemar los ojos al jóven Láscaris, heredero del imperio, quien terminó sus dias en el castillo de Dasybizde.

»Semejante acto de barbárie indignó á María, hermana del desdichado príncipe, y escitó á su esposo contra los Paleólogos. Pocas instancias resolvieron á Tech: deseoso de nuevas conquistas, ambicionando la antigua Dácia, declaró la guerra á Miguel y al poco tiempo se apoderó de algunas plazas fuertes. En esta guerra de larga duracion hice yo mis ensayos en el noble ejercicio de las armas. Acompañando á mi tío en las batallas, pude ilustrar mi nombre; mas en una de ellas tuve la desgracia de caer prisionero.

»Misés, que habia sido despojado del trono de Bulgária, era aliado del emperador y compartia con él las fatigas de la guerra: se le debia en gran parte el éxito de la jornada tan fatal para mí y pidió y obtuvo á los desgraciados prisioneros. No era difícil adivinar nuestra suerte en poder del monarca destronado por nosotros mismos. Yo, por mi parte, no confiaba mas que en la promesa que me habian hecho mis compañeros de infortunio de ocultar mi nombre.

»Misés tenia su córte en Mesembria y á ella fuimos conducidos. El monarca solemnizó nuestra llegada con toda clase de fiestas y regocijos públicos. Parodiando el *triumfus* romano, nos pasearon cargados de cadenas por debajo de los balcones de palacio, y parecióme que por mi traje habia llamado la atencion del monarca y de las damas de su córte que asistieron al ceremonial con sus mas vistosas galas: desde aquel momento me creí perdido.

»Pocos dias despues de nuestra llegada, quiso Misés dar otro espectáculo á su córte, ávida de sangre, y vimos con horror renovarse las terribles luchas de los anfiteatros romanos. Seis de mis compañeros fueron

devorados por las fieras á vista de un pueblo salvaje que aplaudia con estrépito la agonía de cada víctima. Tan horrendo espectáculo se repitió muchas veces; mis infelices compatriotas divertían con su muerte al populacho, y yo observaba con asombro, sin comprender la causa, que la mia se retardaba. Finalmente, cerca de mil hombres fueron conducidos á la sangrienta arena, y yo quedé solo en el calabozo, con aquella tristeza que pesa siempre sobre el prisionero, cualquiera que sea la causa de su arresto.

»Las rejas de mi triste prision daban á los jardines del palacio. Cierta dia, algunos despues de la última ejecucion, y despues de entrada la noche, me hallaba tendido en mi humilde cama entregado á la mas negra melancolía. De repente, y cuando menos lo esperaba, dieron unos golpecitos en la ventana. Levantéme con precipitacion, y al llegar junto á la verja, una voz de mujer me dijo:

—»Oye, Basila, yo te he salvado.

»La noche era oscura y lluviosa, y no siéndome fácil ver á la desconocida belleza, le pregunté:

—»¿Y quién eres tú?

—»Habla bajo, me respondió, porque podríamos ser oídos. Yo sé que tú eres Basila, sobrino del usurpador del trono de Bulgária.

»Entonces me ocurrió la idea de que sabiendo que yo faltaba de la corte de Tech, Misés habria mandado á aquella infeliz mujer para cerciorarse y hacer mas horroroso mi suplicio. Preocupado con este pensamiento, exclamé bajando la voz:

—»¿Y si te equivocaras? En el combate perecieron muchos y quizá Basila.....

—»No trates de engañarme: si lo hicieras, te querría menos.

»La voz de la jóven era tan dulce y al decir estas palabras tenia tal acento de verdad, que desde aquel momento cesé de desconfiar, sintiéndome inclinado á ella con una fuerza irresistible.

—»Pero ¿qué quieres de un infeliz que quizá tiene pocos instantes de vida? le pregunté.

—»He venido para saber si querrás amarme, respondiíme conmovida.

»Su emocion y el sentimiento de cándido egoismo que se traslucía en su pregunta me arrebataron. Calculé que era una niña de corta edad, sencilla y pura; mi mente fascinada por lo extraño del suceso, la atribuía cuantos atractivos pueden embellecer á una mujer. En este estado, sin saber apenas lo que decia, le contesté:

—»Yo creo que te amo ya.

—»Piénsalo bien, repuso, no disimulando su satisfaccion al oirme es-

presar de aquel modo. Reflexiona que si no me amas, estarás mucho tiempo preso, y quizá despues no podré hacer nada por ti. ¿Quieres saber cómo te he salvado hasta ahora?

—»Habla y dispon de mi vida, le respondí hechizado al oirla.

—»Oyelo. El dia de su cumpleaños otorgó el rey una gracia á las damas de la corte. La una pidió un brillante de gran precio, la otra una tapicería de Persia y todas obtuvieron cosas de mucho valor y estima. Yo, que tambien soy dama de la corte, pedí tu vida, y el rey no se atrevió á negármela porque habia empeñado su palabra. Ya ves lo que he hecho por tí: serias bien cruel si no me lo agradecieses con tu cariño.

»Os lo confieso, desde luego creí que la misteriosa jóven no seria bella y, á pesar del placer con que la escuchaba, me resistia á comprometerme con ella sin haberla visto. A pesar de esto, era tal el interés que revelaban sus palabras, era tan tierna su espresion, que no me atrevia á causarle el mas pequeño disgusto. Despues de agradecerle con todo mi corazon el medio que habia escogido para salvarme, la dije con ternura:

—»Quisiera adoraros como á una divinidad, como á mi Dios tutelar. ¿Cuándo podré veros para?....

»Interrumpióme para decir con mucha viveza:

—»¡Ah no! no me verás, no.

—»¿Por qué?

—»Despues de haberte hecho conocer los secretos de mi corazon me avergonzaria de estar delante de tí si no me amases. Yo he visto los mas hermosos caballeros de Oriente, los jóvenes mas robustos y ágiles que tiene la Tartaria, sin que mis ojos dejasen de mirar las ricas perlas que rodean mi brazo y las pedrerías que brillan en mis piés. Mi pensamiento no se ocupó de ellos ni un solo instante. Yo ignoraba lo que era amor; pero despues de haberte visto conocí la confusion y el desórden que infunde en el pecho de una pobre mujer. El primer dia no pude tomar alimento alguno; el segundo me fué imposible conciliar el sueño; el tercero me sentí indispuesta y el cuarto hice cama. Yo hubiera deseado darte las flores todas de este jardin, seguirte, estar siempre contigo..... No sé si hago bien en espresarme de este modo porque ignoro cómo hablan las damas de las ciudades; pero has de saber que el mismo dia que te ví compré un estilete resuelta á traspasarme el corazon si no me correspondieses con tu amor.

»Figuráos cuál no seria mi asombro al oir estas palabras. La antigüedad clásica ¡ha pintado mejor los caracteres de una pasion que aquella jóven desconocida? Os puedo asegurar que aquel dia fué el primero de

mi vida en que la voz de una mujer hizo palpar mi pecho. Dominando mi sorpresa, é impresionado por lo resuelto de su acento, me apresuré á contestarla:

—»¡Matarte! ¿Lo has podido imaginar? Si tal hicieras, el mismo golpe heriría dos corazones, porque yo no podría sobrevivir á tu desgracia.

—»¿Es verdad lo que me dices? ¡Cuánto me gusta oírte hablar así! contestóme con infantil alegría.

—»Puedo asegurarte que ninguna otra mujer.....

»Interrumpióme con su viveza natural, diciendo:

—»No hables de otra mujer, porque me harías sufrir..... Yo soy buena, muy buena; pero si me dejases por otra, podría dejar de serlo. En este caso, le diría al rey, queatado de pies y manos te espusiera en el circo para ser devorado por las fieras. Y no creas que sintiese tu muerte, no: me divertiría con mis compañeras mientras los animales salvajes desgarrasen tus entrañas.

»Estas palabras me esplicaron una parte del enigma. Misés era tártaro, y conservaba en el trono las costumbres feroces de su país. La mayor parte de las damas que constituían su corte le habían seguido cuando vino á ocupar el trono de Bulgaria. Con tales antecedentes, y con lo que oía á la misteriosa desconocida, fácil me fué comprender que sus palabras eran la espresion frenética del primer amor de una jóven, que á pesar de su rango y de su fortuna se resentía de las costumbres primitivas de su pueblo.

»Procuré entonces tranquilizarla, asegurándola que en adelante la consagraría mi vida entera, y acompañé estas palabras con tales protestas de amor, que al poco tiempo pude convencerme de haberla dejado satisfecha. ¿Qué otra cosa podía hacer en tan crítica situación? No creais que el temor de la muerte influyese en mi conducta. ¿No debía yo estar agradecido á una mujer á quien era deudor de la vida? Tenía además otra razón para obrar de aquel modo; y es ¿lo creereis? que yo amaba realmente á aquella mujer sin haberla visto. Su candidez é inocencia, el dulce metal de su voz, el misterio que la rodeaba, y un no sé qué de irresistible que envolvía toda su persona, me habían cautivado: yo no era el mismo hombre que un momento antes.

»El gozo de la misteriosa jóven se traslucía de mil modos; pero ya fuese por asegurarse mas, ó ya por desconfianza, propia del carácter de su país, me dijo con no poca resolución:

—»Aunque estoy contenta, necesito que jures lo que has dicho: jura que me amarás siempre, y que te casarás conmigo.

»Nada podía negarle ya. Sus palabras me hacían una impresion pro-

funda: las brisas de los mares, haciendo llegar hasta mí los perfumes de la virgen, me inundaban de amor. Aquella misteriosa jóven resumía todo cuanto en mis sueños juveniles había yo imaginado de mas seductor y hechicero. Era una hada realizando mis esperanzas y..... enagenado juré todo cuanto de mí exigía.

»Alegre, satisfecha y juguetona con mi complacencia, tendióme la mano, y su contacto acabó de arrebatarme: era la de un ángel.

—»Ahora si que me verás, díjome con cariño.

—»¿Cuándo?

—»La princesa Zoe, hija única del rey, bajará mañana al jardín con sus damas, y yo estaré entre ellas.

—»¿Y cómo podré reconocerte?

—»Al pasar junto á esta verja agitaré dos pañuelos; uno encarnado en la mano izquierda, y otro blanco en la derecha.

—»¿Con cuánta impaciencia esperaré el momento....

—»Yo tambien; porque no quisiera que amases á otra creyendo que era yo..... Pero calla, siento pasos.

»Dicho esto, estuvo un momento silenciosa, y habiendo vuelto á oír algun ruido hácia el otro extremo del jardín, desapareció despues de haber apretado mi mano entre las suyas.

»Aquella noche no pude conciliar el sueño. No pensaba en otra cosa que en la misteriosa desconocida. Unas veces se me representaba con todos los atractivos de la juventud y la belleza; y otras, exaltada la imaginacion, me la ponía delante llena de defectos é imperfecciones. Ya era rica y poderosa, ya la humilde esclava de algun potentado.

»La mañana del siguiente día la pasé con una ansiedad estremada. Por fin, al llegar el sol á la mitad de su carrera, entró la princesa en el jardín acompañada de las damas de su corte. En cada una de ellas creía ver á mi desconocida bienhechora: la impaciencia me devoraba. En aquel momento entró en mi calabozo el alano que me servía y me dispuse á interrogarle. Sus respuestas no me dejaron satisfecho. Con el tono brusco que tanto caracteriza á los de su profesion, me iba nombrando una por una las damas, y diciéndome su rango y estado. Hizome un pomposo elogio de las virtudes de la princesa Zoe, heredera legítima del trono de Bulgária. Tenia diez y ocho años, y ya era la belleza mas cumplida del Oriente. Su pelo rubio, luciente como el oro bruñido, se mecía sobre sus espaldas, blancas como el armiño. Sus ojos rasgados y azules, su mirada tierna y espresiva, su boca de rosa, y su delicadísima tez, la revestían de un encanto poderoso é indefinible.

»Cuatro esclavas tártaras marchaban á sus lados con pebeteros de

oro que despedían penetrantes aromas. El porte agraciado de la princesa; el espléndido traje en que iba envuelta; la encantadora sonrisa que contraía ligeramente sus frescos lábios; el suave murmullo de las auras henchidas del perfume de las flores; el sol que destellaba sus dorados y encendidos rayos sobre la frente de la princesa, y parecía rodearla de una aureola, en justo premio á su sin par hermosura, todo contribuyó á producir en mí una impresion tan grata, y á la vez tan profunda, que durante algunos momentos permanecí como estasiado.

»El alano, despues de haberme hablado de otras muchas de aquellas damas, se retiró y yo me quedé observando si alguna de ellas hacia la seña convenida. Al mismo tiempo que lo deseaba lo temia, y permanecí en esta incertidumbre mas de lo que hubiera querido. Las sinuosidades de los paseos y algunos oteros que se elevaban en el jardin cubiertos de flores y verdura me cubrian por intervalos el cortejo todo. Finalmente, al desembocar este en un semicírculo de gran diámetro, viendo que una de las damas volvía con frecuencia el rostro hácia á mí, la miré y.....»

De repente suspende Basila su historia. Ya sea porque no puede guardar mucho tiempo silencio, ó ya por distraer al de Busa de sus sombrías meditaciones, Siscár le interrumpe diciendo al búlgaro con su chacota ordinaria:

—Y visteis al diablo, las damas me lleven..... A mí no me la pega nadie. Lucifer á su lado hubiera sido un portento de hermosura, á pesar de la berruga que tiene en la punta de la nariz.

Con una violenta carcajada le contestan los caballeros sus amigos. Basila participa de la alegría general; pero diríase que su risa es el efecto de una causa desconocida á los hazañosos.

Siscár continúa, sin olvidar su ordinario desparpajo:

—No podia ser otra cosa. Y la prueba de que era un mónstruo la teneis en el juramento que de vos exigió sin darse á luz. Una mujer bella, ¿hubiera obrado de este modo?

Meneses repone riendo:

—Supongo, en efecto, que el noble Basila nos dirá que era fea y aun defectuosa; pero hay que convénir en que si su fisico no era hermoso, su alma era la de un ángel.

—No he dicho lo contrario, replica con viveza Siscár. Yo la quisiera tan agraciada como mi señora Julia, y es cuanto la puedo encarecer; pero ahora vereis lo que era. Cuando menos le faltaba un ojo ó era chata y patituerta.

Las risas no se interrumpen, y satisfecho Siscár de haberlas provocado, se dirige al de Busa y le pregunta como queriendo obligarle á tomar la palabra:

—¿No te parece, Enrique?

El interpelado que, á pesar de lo que de él debia esperarse, prestaba no menos atencion á la historia de Basila que al curioso debate por ella suscitado, responde con aquel sonreir del corazon que sufre:

—No sé, no sé. Pronto.....

—¡Cómo! ¿no la crees fea? le interrumpe el Bañolense.

—Los dos niños que hemos visto hace poco son hermosos como soles, contesta Enrique de Busa, insistiendo en sus dudas.

—Cierto, y nadie habia hecho semejante observacion, objeta Rauret con viveza.

—No importa. Todavia ignoramos cuál será la dichosa madre, repone Siscár.

—Ya se verá, ya se verá, dice el de Busa animándose por momentos.

Poco despues, volviendo á fomar el hilo de su historia, Basila continúa de este modo:

«En efecto, la dama que con tal atencion me miraba no era hermosa; pero como no veia en sus manos los pañuelos, estuve largo tiempo en duda de si seria ó no mi desconocida. Tal incertidumbre debia durar poco. En aquel momento entraba la brillante comitiva en una senda paralela á la pared del calabozo, y como era por demas estrecha, las damas aparecian ante mí una tras otra. Pareciome que el momento supremo habia llegado. Por fin iba á conocer á la señora cuya suerte estaba irrevocablemente unida con la mia y un sudor frio bajaba de mi frente: sintiéndome desfallecer, tenia estrechamente asida la reja con ambas manos.

»La deslumbrante Zoe, servida como una diosa, marchaba la primera. Recordando las crueldades de su padre, aparté de ella los ojos con disgusto no obstante su esplendente belleza. Miré las damas que inmediatamente la seguian, sin advertir señal alguna. Lo mismo me sucedió con las que ostentaban sus galas detrás de estas, y finalmente vi á las últimas, una por una, obteniendo igual resultado. Comenzando á creer que habia sido engañado, imaginé otra prueba volviendo á inspeccionar las que cubrian la retaguardia y recorriéndolas todas hasta llegar á Zoe. Vi las postreras, vi las del centro, vi las de la cabeza, y ¡poder de Dios! la princesa, que á la sazón pasaba á la altura de la reja, agitaba con violencia dos pañuelos, uno encarnado y otro blanco: al mismo tiempo me dirigia una mirada sublime, espresion del amor ardiente que abrasaba su pecho. ¿Qué pasó entonces por mí? Enagenado, y no pudiendo soportar tanta ventura, ofuscóse mi mente y caí de rodillas. En aquel instante llegó á mis oidos un suspiro.»

Al pronunciar Basila estas palabras, los guerreros le interrumpen prodigando mil elogios á la bellísima princesa tártara.

—A la verdad, vuestra sorpresa debió ser grande al ver que la hermosa Zoe era vuestra desconocida, le dice Meneses.

—Cuando menos igual á la que yo he experimentado escuchándoos, repone Siscár.

—Sin embargo, poco antes la comparabas con Satanás, objeto el de Busa riendo.

Satisfecho el Bañolense de haber logrado hacerle tomar parte en el debate, le contesta alborozado:

—Me equivoqué, me equivoqué: lo confieso. ¿No os equivocais nunca vosotros? ¿Se pretenderia hallar en mí la perfeccion?

—Bien, bien. Se reconoce culpado.....

—Y desde el fondo de mi alma pido mil perdones á la princesa de Me-sémbria.

—Bravo, bravo.

—¡Pero qué afeccion tan vehemente en ella! ¡qué desinterés! ¡qué generosidad! observa Rauret.

Siscár entusiasmado, le responde dirigiéndose á Basila:

—Merece los honores de una pirámide no menos elevada que las de Egipto. Deseando estoy que acabeis para versi supisteis considerarla como merecia.

—En este caso yo creo que quedareis satisfecho, repone Basila.

—¡Qué se yo! Mucho merece.

—Si sus merecimientos son superiores á mis fuerzas.....

—Yo sabré apreciar vuestros sacrificios, interrumpe Siscár; pero os advierto que me encontrareis severo para juzgarlos. Mas continuad, os ruego, porque tanto yo como mis compañeros deseamos conocer el fin de vuestra interesante historia.

Apenas dichas estas palabras, vuelve á reinar el silencio, y Basila, con su gravedad habitual, prosigue de esta manera:

«Al volver en mí, el jardin habia quedado desierto: música, perfumes y bellezas todo habia desaparecido. Por mucho que lo encarezcais no os formareis una idea exacta de lo que yo sentí en aquel momento. Al considerar mi dicha, poco le faltó para que perdiese el juicio. Me faltaba tiempo para caer á los piés de la princesa y ofrecerla mi vida. Me reprendia el haber estado casi indiferente con ella y el haber dudado de su amor é inocencia. Pensaba luego, que si Zoe estaba quejosa de mí, ya no volveria á verla, y esta idea era el complemento de mi amargura. ¡Cuánto tardaron en pasar las horas de aquella tarde! Baste deciros que jamás hombre alguno ha esperado con mas ansiedad.

»A la misma hora que la noche anterior, sonaron los golpecitos en la ventana de mi calabozo. En aquella noche brillaba la luna en todo su esplendor y, antes de oír la señal, ya había visto á la princesa que, á paso quedo y observando las avenidas del jardín, se aproximaba con cierta desconfianza.

—»No hagas ruido, me dijo al llegar.

»Apenas dichas estas palabras, me tendió los brazos con cariño; pero viendo que el espesor de la reja le impedía introducirlos, los retiró dando un suspiro que me dejó leer en el fondo de su corazón. Yo entonces, sin darle tiempo de decir otra cosa, me arrojé á sus piés, la pedí perdón de no haberla considerado como merecía en la noche anterior, y la juré una y mil veces que en adelante le consagraria mi existencia toda y..... Yo no sé lo que pude decirle en mi amoroso delirio; pero puedo asegurarte que la dejé satisfecha. Al dejar yo de hablarla, me preguntó:

—»¿Me has visto bien esta tarde? ¿No es verdad que soy hermosa?

—»Hermosísima, la mas bella de las mujeres.....

—»Todavía te gustaré mas cuando te enseñe mis manos y.....

—»No es posible.....

—»Y mis brazos. Verás despues mis piés de color de rosa: ninguna de mis damas los tiene iguales. ¿No te gustará tener una esposa con los piés bonitos?

—»Sí, sí, le respondí enajenado.

—»Aun te espera otra sorpresa.

—»Muchas me esperan sin duda: cada dia descubriré en tí un nuevo hechizo.....

—»Mi pecho es mas blanco que la nieve de las montañas. ¿No es verdad que serás feliz cuando lo veas?

—»Criatura angelical, ¿que haré yo para amarte como mereces? repuese transportado.

»No comprendiéndome Zoe y sentida de que no hubiese contestado á su pregunta, me dijo con cariño:

—»Qué ¿no hablan como yo las hijas de Constantinopla?

—»En las ciudades reina el vicio y la corrupcion: tú eres la criatura del Señor, pura.....

—»Yo creo que la mujer que ama á su marido ha de decirle todo lo que piensa. Si no te gusta, enséñame de otra manera.....

—»Todo lo que dices me agrada, Zoe; porque es la espresion de un corazón sensible y tierno.

—»Me alegro, me alegro que te guste, y por lo mismo haré lo que había pensado. Escucha: mañana entraré en tu calabozo para tratar de

nuestra fuga, y al mismo tiempo te enseñaré mis piés, mis brazos y mi pecho..... todo, todo te lo enseñaré. Yo deseo que lo veas todo para que sepas que soy hermosa y me ames mas. Lo quiero así porque me han dicho que las damas de las ciudades engañan á los hombres, diciéndoles que son bellas, no siéndolo.

»Seria inútil que yo tratara de esplicaros el efecto que hacian en mí las palabras de la candorosa jóven. Mis lábios se negaban á espresar la admiracion, el respeto y el amor con que la oia; mas como hubo insinuado que al siguiente dia nos veriamos, sospechando si su intento era venir en medio del dia, temí una indiscrecion, y habiéndola manifestado mis temores, me respondió:

—No podremos escaparnos hasta dentro de algunos dias, porque como yo ignoraba si tú corresponderias á mi cariño nada tenia preparado. Ahora es otra cosa. El alano que te sirve de carcelero me es adicto, y mañana entraré con él en tu calabozo para perfumarte y cubrir tu cama con ricas telas. Tambien traeré flores y pan blanco como la leche, y despues que me hayas visto bien, hablaremos del modo de fugarnos. ¿Te gusta así?

—»Cuanto tu piensas y dices me encanta.....

»Imaginando que yo podria estar triste en mi prision, interrumpiome para consolarme de este modo:

—Yo estoy contenta porque tú me amas; tú debes alegrarte porque yo te amo. Pocos dias te quedan de amargura: luego que estemos casados yo te acariciaré como la madre acaricia al cabritillo. El placer embellecerá nuestros dias: ni una lágrima se escapará de nuestros ojos, ni un gemido de nuestros corazones. Tú no tienes madre: yo te serviré la leche cada mañana en una copa de oro encantada por el gran Oromazo. Nuestros hijos serán hermosos como nosotros: yo les amamantaré á mi pecho, enseñándoles primero á hacerte caricias y despues lo que tú me enseñes. Tú no tendrás que hacer mas que amarme.

»Embelesado al oirla y conteniendo dificilmente mis amorosos ímpetus, repuse con ternura:

—»Zoe, mi querida Zoe, ¡cuán dulce será para mí esta obligacion! la cumpliré con todas las fuerzas de mi alma. Tú serás para mí un ángel y te adoraré de rodillas: no tendré mas deseos que los tuyos, y no estaré satisfecho sino cuando tu lo estés.

—»Yo á tu lado lo estaré siempre. Muchos principes han pedido mi mano; pero yo los he desechado á todos porque te amaba hace mucho tiempo sin conocerte.

»Semejantes palabras me llenaron de admiracion, y recordando que el

dia anterior me habia reconocido como á Basila, sobrino del rey de Bulgária, le pregunté suspenso:

—»¿Me amabas hace tiempo?

—»Mucho, y estaba triste porque no te conocia.

—»Pero ¿habias oido hablar de mí?

—»Todos los dias.

—»No comprendo.....

—»Escucha, escucha, yo te lo contaré todo. Cuando los búlgaros quitaron el trono al rey mi padre, una de las damas de su corte se quedó al servicio de María, mujer de Tech. Muchos años despues, habiendo muerto mi madre y hallándose mi padre en el destierro, la reclamó para confiarme á su cuidado, y desde entonces no me he separado ni un momento de ella.

»Comenzando á comprender el misterio, y deseando profundizarle mas, repuse:

—»¡Ah! esta dama te explicaba que en la corte de mis tios.....

»Me interrumpió diciendo no menos cariñosa:

—»Al ver que yo creciendo me hacia tan hermosa, me insinuaba á menudo que no debia amar á ningun príncipe que no lo fuese tanto como yo; y cuando despues algunos quisieron casarse conmigo, ambas los encontrábamos feos. Otras veces me decia que el príncipe mas galan y esforzado se llamaba Basila, añadiendo que las doncellas mas apuestas de las ciudades se le disputaban. Yo la oia con muchísimo placer, preguntándola si Basila queria ya á alguna otra muger y ella me afirmaba siempre que no. Entonces yo ya te amaba, Basila mio; pero como sabia tu parentesco con nuestro enemigo Tech, no me atrevia á hacértelo saber. Finalmente, Eudoxia, que asi se llamaba mi buena aya, se encargaba de irte á preguntar si querrias ser mi marido, cuando mi buena suerte quiso que te hallases entre los prisioneros.

»Agradecí de nuevo á la hermosa Zoe el tierno interés con que me habia honrado; mas juzgad de mi asombro al oir el nombre de su aya; precisamente Eudoxia habia sido mi ama de leche y me sirviera de madre queriéndome como á su propio hijo. Comprendi entonces que debia á ella mi salvacion y el amor de la inocente Zoe, y, desde el fondo de mi corazon, juré considerarla dos veces como madre. Deseando no obstante aclarar alguna duda, pregunté á la princesa:

—»¿Sabe Eudoxia que vienes á verme?

—»Eudoxia lo sabe todo. Ella me acompaña hasta el jardin, y cuando estoy contigo, me espera no lejos de aqui y vigila para que no nos sorprendan.

—»¿Y no te ha hablado nunca de venir á verme? la interrogué, no osándome explicar mas, por temor de una indiscrecion que comprometiese á Eudoxia.

—»No, ella nada tiene que decirte.

»Con esta sola respuesta conocí que Eudoxia la habia ocultado nuestras relaciones.

»Al dia siguiente una mano amiga me tiró este escrito por la ventana.

«Ya habrás podido conocer, hijo mio (perdona que te dé este nombre), lo que he podido hacer por tí. Sé digno y respeta la inocencia de la que ha de ser tu esposa y tu reina.»

»Lo leí dos veces y os confieso que temiendo ser vencido por los encantos de Zoe, me armé de una nueva resolucion:

»La princesa cumplió su palabra entrando en mi calabozo, á la misma hora que habia venido á la reja los dias anteriores. Al verme se arrojó en mis brazos, acariciándome con sus manecitas como se acaricia á un niño. Ayudada despues del alano, perfumó la estancia, arregló mi cama y luego de haber esparcido flores en el pavimento, me invitó á una cena frugal que me sirvió ella misma con cariño.

»El atavío de su persona era sencillo. Una especie de *tarbush* anatolienense ribeteado de perlas cubria la parte posterior de su cabeza, terminando con una borla de oro. El pelo, caido sobre sus espaldas en largos bucles, véiase sembrado de brillantes y pequeñas monedas. La túnica de piel de tigre que rodeaba su cuerpo, estaba abierta por delante y prendida con broches de diamantes: anchas fimbrias de plata decoraban sus bordes. En sus manos brillaban hermosas sortijas, distinguiéndose la del cuarto dedo de la izquierda por su tamaño y riqueza. Sin duda, á semejanza de los antiguos griegos, creían los tártaros que existe cierta simpatía, cuya causa se ignora, entre aquel dedo y el corazon. Las sandalias, bordadas de oro y pedrería, nada desmerecian de lo demas del traje: á la manera que el *sicyonien* romano, dejaban ver unos piececitos llenos de menudas perlas.

»Vestida de este modo, sentada sobre almohadones que el alano la servia, presentábase Zoe radiante de hermosura. Su acento apasionado, su mirar lánguido y penetrante, así como su voluptuoso ademan, todo en ella respiraba amor.

»Yo la contemplaba extasiado. Sentado á sus piés, respirando su aliento embalsamado con mágicos perfumes, mi imaginacion se estraviaba, mi pecho latia con violencia, mi boca se negaba á articular una sola palabra.

»Luego que se hubo retirado el alano, Zoe, explicándome ante todo su plan de fuga, me dijo:

—»Nuestros mejores caballos nos esperarán á las puertas de la ciudad, y algunos de mis sirvientes mas adictos nos acompañarán.

—»¿Pero has tomado bien tus medidas? Si alguno de tus criados vendiese tu confianza.....

—»No tengas miedo: Eudoxia, que vendrá con nosotros, les conoce á todos.

»Al oir que Eudoxia dirigia nuestra marcha, me tranquilicé, y la princesa continuó diciéndome:

—»Desde aqui por senderos ocultos nos encaminaremos á Bulgária.....

—»¿Cómo! ¿piensas ir á Bulgária? la interrumpí.

—»¿Y por qué no? Yo he sido siempre buena.

—»¿Ignoras que María, hermana del infortunado Láscaris, vive y reina?

—»¿Qué quieres decir?

»Seducido por tan infantil inocencia, y apretando una de sus manos entre la mias, la respondí con cariño:

—»Tu vida en adelante es la mia, hermosa Zoe, y yo debo cuidar de las dos. Tech y María, mis tios, han jurado vengar á Láscaris, y tu padre es aliado y amigo de los Paleólogos. Sabiendo aquellos que tú eres la hija de Mysés podrian vengar en tí los agravios recibidos del padre.

—»Pero tú les dirás que yo desprecio el trono, y que no ambiciono en la tierra mas que tu corazon.

—»Seria inútil, hermosa Zoe, y bueno será que tomemos algunas precauciones. Yo te presentaré á la córte de Tech como á mi esposa, hija de un gran señor de la Anatolia, y, mas tarde, si las circunstancias nos son favorables, descubriré tu nacimiento. ¿Te agradará esto?

—»¿Por qué me lo preguntas siendo mi señor y dueño?

»Al decir esto, dando un suspiro, rodeó mi cuello con sus brazos y dejó caer su frente sobre la mia. Yo la estreché contra mi corazon dulcemente por temor de disgustarla; pero deseando evitar sus caricias, la pregunté al mismo tiempo:

—»¿Cómo saldremos de la cárcel?

—»Vestirás un traje igual al de nuestros sirvientes y no tendrás mas que seguir al carcelero. El te conducirá fuera de la ciudad, en donde Eudoxia y yo te esperaremos. ¿Estas contento?

»La interesante Zoe terminaba á menudo con esta pregunta: en ella el sentimiento del amor era esclusivo. Libre de toda religion, como el pueblo á quien debia el sér, se abandonaba á su amor sin que respeto alguno, divino ni humano, enfrenase sus raptos de ternura. Procuraba leer en mi rostro si yo estaba satisfecho de sus caricias, y una sonrisa mia era

todo su placer. Como su pregunta era repetida á propósito de cuanto me hablaba, yo apenas sabia qué contestarla. Por fin, deseando complacerla, la dije:

—»Lo estoy, querida Zoe, lo estoy mas que una madre con sus hijos, ¿Y tú lo estás de mi?

—»Sí, sí, lo estoy porque sé que me amas, me contestó apretándome contra su pecho.

»Seguimos hablando un largo rato de los preparativos de nuestra marcha, conviniendo en que esta se verificaria dentro de dos dias. Luego Zoe me dijo:

—»Ahora quiero que veas que soy bonita, mas bonita que las otras mujeres.

»Al oír estas palabras, no obstante mi resolucion, temí por Zoe y por mí mismo. Mi corazon latia con violencia; pero ¿cómo resistir? Una niña abandonada á sus instintos naturales, sin conocimiento apenas de lo honesto, ni de lo deshonesto, tomaria por desprecio una negativa y podriamos perdernos ambos. Antes de conocerla, cuando pocos dias antes veia marchar mis compañeros al suplicio, me habia familiarizado con la idea de la muerte; pero despues que la virgen pura me hacia árbitro de su destino, abandonando un trono por seguirme, deseaba la vida. La idea de que Zoe podia pertenecer á otro hombre, me estremecia. Deseaba la vida para pasarla al lado de ella; la deseaba porque se habia apoderado de mí un sentimiento, desconocido pocos dias antes, que me hacía entrever la felicidad en la tierra; deseaba la vida para amar y ser amado de Zoe.

»Por fin, despues de reflexionar un momento, imaginé un medio indirecto para disuadir á Zoe.

—»En efecto, la dije, tú eres la mas hermosa de las mujeres, y lo creo porque si dudase de tus palabras te ofendería.

—»No importa: bueno es que lo veas.

—»Pero.....

»Tapóme la boca con su mano, y poniendo la cabeza sobre mi hombro, preguntóme con agrado:

—»¿Has mirado bien mi rostro?

—»Sí.

—»¿Y no me dices nada de mis cabellos? repuso con acento triste.

—»Son hebras de oro, lucientes como los rayos del sol.....

—»¿Y mi frente?

—»Brilla en ella el amor de un ángel.

»Zoe, quedando satisfecha, repuso:

- »Si no la besas, creeré que no te gusta.
- »Besé su pelo y su frente.
- ¿Y mis ojos? preguntóme despues.
- »Los mortales todos ambicionan la luz de su mirada, que inunda de amor y de esperanza y..... Pero calla, Zoe, calla.
- »No quiero, no quiero.
- »Ten compasion de mí.
- »Sin cambiar de posicion, repuso enagenada:
- »No, no: ¡soy tan venturosa ahora!.... Háblame, háblame siempre así. ¿Nada te merecen mis lábios?
- »Frescos como el rocío de la aurora, destilan el nectar y la ambrosía de los inmortales; mas Zoe.....
- »Interrumpióme de repente, diciendo:
- »¿Y mi voz? Tú no la has oído y es muy buena. Tiene una dulzura infinita y.....
- »Temiendo una imprudencia, repuse con viveza:
- »Zoe, escucha: si te oyeran.....
- »No, no; no me oirá nadie mas que tú: podrian decirte que tienes una esposa que no sabe cantar y..... y tú lo creerías, contestóme levantando la cabeza.
- »Los bárbaros son apasionados por la poesía y la música: su musa se despierta con sus amores, en los festines, en los funerales y en la guerra. Los germanos ensalzaban á *Tuistan* y los bardos en las Galias celebraban los grandes hechos. Los godos cantaban á los legisladores, los gépidos á los guerreros y los alanos y escandinavos á sus dioses. De entre estos pueblos, algunos hacen oír en los combates sus cánticos de guerra, y si el coro es vigoroso lo creen presagio de su victoria. Las mugeres se mezclan en las fiestas de los guerreros y tienen cantos particulares para celebrar el amor y la dicha doméstica. Muchas veces se reunen, canta una sola y luego sus compañeras la siguen formando coro: si hay alguna que no sabe cantar es menospreciada. Ved aquí la razon porque la tiernísima Zoe queria que yo oyese su voz: hubiera creído desmerecer á mis ojos no acreditándome que sabia cantar.
- »Dichas sus últimas palabras, permaneció unos instantes pensativa y despues en voz, no muy alta, suspiró el siguiente canto tártaro, que improvisó en mi elogio:
- »Yo buscaba á un guerrero para amarle y mis ojos lloraron hasta que «encontré á Basila. —¿Hay alguno que como él maneje el martillo, la «honda y el hues afilado? ¿Hay alguno que dispare como él las *hijas del*

»*infortunio* (1), ni que levante mejor la *mano del homicida*? (2)—Mi amado no ha muerto nunca la inocente tortolilla, ni ha negado fuego al viajero cuando le ha visto tiritar de frío; porque mi amado ha sido engendrado por nueve virgenes como *Heindall*, el de los dientes de oro.—El grande *Tir*, despues de su muerte, le hará conducir por *Rosta*, la mas bella de las diosas, y beberá la leche de la cabra *Hidruna*.—Yo estoy inconsolable cuando no le veo y..... celosa porque las damas de las ciudades le quieren; pero él es mi amor y mi cariño y yo soy su amada.»

—»¿Te agrada mi voz? me preguntó al terminar las estrofas.

—»Muchísimo; es tan dulce y flexible como deliciosa la melodía.

—»Me gusta que la hayas conocido.

»Su ardiente inspiracion, aunque despojada de arte, me habia impresionado profundamente. ¿Qué es el cariño ingenioso de nuestras damas comparado con el amor de una jóven semi-salvaje?

»Satisfecha de mi aprobacion, levantó sus manos á la altura de mis ojos, y me dijo:

—»Mira mis manos. ¿Qué te parecen?

—»Son blancas como el armiño de tu país.

—»¿Y mis brazos? añadió abriendo las mangas de su túnica y tirándose el velo hácia atrás.

»La interesante Zoe continuó haciéndome las mismas preguntas que anteriormente. Elogió sus brazos con cierto cándido orgullo, que cautivaba mi atencion, y concluyó aplicándolos dulcemente á mis lábios. Era arrojar combustibles á un incendio. Mi cabeza ardía; pero aun debia pasar por otra prueba mas terrible. Poniendo repentinamente su pierna izquierda sobre la rodilla derecha, y quitándose la sandalia, mostróme un pié diminuto como el de una niña: brillaban en él algunos collares de menudas perlas.

»El hechizo era irresistible. Besé el hermoso pié dos y mas veces, y un temblor convulsivo se apoderó de mí. Zoe, risueña con la seguridad de ser amada, encendida con el fuego del amor, me dijo con toda la expresion de su ardiente cariño:

—»Ahora te convencerás de que soy bonita de todas partes.....

»Por el ademan adiviné sus intentos, é interrumpiéndola precipitadamente:

—»Zoe, Zoe, eres hermosa, hermosísima..... Pero por piedad..... El placer..... no puedo mas.....

(1) Las flechas.

(2) El hacha.

»Una pequeña lucha se entabló. ¡Candorosa é inocente niña! para convencerme de la belleza de sus formas, iba á practicar lo mismo que Octavio César obligaba á hacer á ciertas matronas antes de recibirlas en su lecho (1), ó bien á renovar la ceremonia de las damas egipcias ante el dios Apis (2). Cayendo yo de rodillas, procuraba sujetar sus manos, y no pudiendo conseguirlo, quise huir; mas ella, en un raptó de amoroso entusiasmo, rodeó mi cuello con ambos brazos y me estrechó delirante contra su pecho. Aquel contacto me trastornó. Su respiracion era ardiente como un volcan, su cútis abrasaba y el sofocante perfume de los pebetes completaba la obra. No podia resistir mas; me confesaba vencido; pero felizmente, en el instante en que caian los broches que sujetaban la túnica de Zoe, dejando al descubierto imponderables hechizos, se oyó una voz que decia:

—»Princesa.

»Era el alano que hacia la seña convenida para anunciarla que debia retirarse. Me levanté sofocado y abrí la ventana.

—»No temas, me dijo Zoe, el rey pregunta por mí y debo irme.

»No pude contestarla. Repitióme que dentro de dos dias seriamos felices, y cubriéndose con el velo desapareció perdida de amor y sintiendo agitarse en su pecho un mundo de deseos. Yo cai en la cama sin poderme dar cuenta de lo que en aquel momento sentia.....

»Dos dias despues salia de Mesémbria disfrazado en compañía de Zoe y su aya, y del alano y dos criados. No seria empresa fácil haceros comprender la satisfaccion de Eudoxia cuando me vió libre y amado de la princesa: bastará deciros que igualaba á la mia. Tales fueron sus instancias y de tal modo tenia preparadas las cosas, que antes de llegar á Pervaslavl, capital de la Bulgária, yo ya era esposo feliz de Zoe.

»Pero nuestra satisfaccion debia durar poco tiempo. A mi llegada á la córte fué bien recibido por Tech, mi tio; pero la belleza de la princesa, su modestia, y mas que todo sus riquezas, llamaron la atencion de los magnates, y muy particularmente de la reina María. Sabiendo unos y otra que yo habia estado prisionero en Mesémbria, no podian comprender lo que habiamos acordado en el calabozo de que Zoe fuese hija de un potentado de la Anatolia. Para aclarar sus dudas enviaron agentes secretos á Tiria, Mgnesia y á otros de los principales pueblos de aquel país, y sus pesquisas no dieron resultado alguno. Esto aumentó las sospechas de María. Las damas de su córte, envidiosas de una rival que las eclipsaba, se-

(1) BRANTOME art. III, pág. 151

(2) Tambien los foc uses antes de casarse hacian á la novia cierta visita poco edificante.

cundaban sus esfuerzos, y allá, en las tinieblas del misterio, comenzó á urdirse una trama infernal para perder á la inocente princesa.

»Yo entretanto ignoraba los detalles de la maquinacion, no ocupándome de otra cosa que de la educacion de mi tierna consorte. Una noche me anunciaron que una persona recién llegada de la corte de Andrónico, el cual ya era emperador de Oriente, deseaba hablarme, y la hice entrar en mi gabinete. Era el aparecido hombre alto y bien formado, de edad muy avanzada y con una cicatriz en el rostro. En su frente descubierta se leía el génio, en su mirada la penetracion y en sus lábios cierto desprecio á los goces de la vida. Lo recibí con mucho respeto, contribuyendo no poco su traje á producirme bastante impresion: iba envuelto en un sayal oscuro, y mas tarde supe que, intérprete de vuestro ejército, no se le conocia mas nombre que el de Monge Grís.»

Viendo á Enrique de Busa reflexivo y cabizbajo, parécele á Siscár el momento oportuno para interrumpir de nuevo la historia de Basila, diciendo con su modo original:

—En efecto, así le llamamos, y..... sabe mas que los siete sábios de Grecia, y predica como Jesucristo en la sinagoga de Cafarnaum.....

—No pudo callar por mas tiempo, interrumpe Cabeza-de-Oro.

—Bien, bien, añaden Rauret, Meneses y otros riendo.

—¿Os atreveriais á quejaros despues de haber estado mudo como un cadáver? replica Siscár levantando la voz. ¿Y en qué momentos, vive Dios? Cuando ha intervenido una dueña regañona con un rasgo de moral, las damas me lleven. ¿Seria posible encontrar un país sin dueñas? Todas se parecen, pecan y pecan y cuando la edad las impide pecar mas, predicán continencia.....

Las risas de sus amigos le interrumpen por un momento, y Basila, que mas de una vez ha cambiado con él una seña de secreta inteligencia, toma tambien parte en la hilaridad general.

Siscár continúa desaforado:

—¿Y no he enmudecido tambien cuando el maldito alano ha interrumpido el amoroso diálogo de Basila y mi señora la princesa? Perro de alano, es salvaje y necesita educarse. Yo se lo recomendaré á un amigo que lo entiende; sabe acariciarlos y pasearlos en triunfo como al *peplus*..... todo por amor al projimo..... Pero volvamos al Monge Grís y no me interrumpais. Sabe de cada hombre mas que el mismo interesado; pero no le presumia la habilidad de estar en Galipoli y en Bulgária al mismo tiempo..... Entiéndase, sin embargo, que á mí no me sorprende nada de lo que hace desde que supe, lo que he repetido muchas veces, que el menor castigo que impone es el de levantar por los aires al projimo que le inco-

moda. Ultimamente en Casándria hizo venir un niño de la China..... Iba el muchacho bebiendo los vientos por el espacio, y de repente apareció en cierta habitacion al lado de un enfermo. Un amigo mio, optimista y justador, calculó que habia hecho el viaje de Pekin á Casándria en menos de un minuto.....

Estrepitosas risas le interrumpen, y él vocea:

—¿Cómo? ¿Os atreveriais á negarlo, bárbaros? Que lo diga el de Busa. Que diga Enrique si apareció ó no un niño en cierta habitacion que él conoce mucho.

—Cierto, cierto que apareció, dice el interpelado, que escucha con mas atencion que antes desde que se ha mentado al Monge Gris.

Siscár, satisfecho, insiste preguntándole:

—¿Y no es verdad que el niño vino de Dios sabe dónde?

—Tambien lo es, responde el de Busa riendo.

—Bravo, bravo, dice Siscár aplaudiendo con estrépito, y luego añade: yo espero que en adelante no se pondrán en duda mis palabras; ya sea que os refiera los infinitos viajes que he hecho, ó ya cualquiera otra cosa, siempre serán la espresion de la verdad mas pura.

—Nadie lo ha dudado, le responde Meneses.

—Bien, bien.

—Pero bueno será que ahora el noble Basila nos continúe su historia, dice de repente Enrique de Busa, deseando conocer la parte que en ella juega el Monge Gris.

Satisfecho Siscár al ver su creciente animacion, repone:

—Yo tambien lo deseo, pudiendo aseguraros que en adelante la oiré sin temor alguno por la suerte de la interesante Zoe. Interviniendo en ella el Monge Gris, sus enemigos irán echando chispas por los aires como un proyectil lanzado por la catapulta. Adelante, adelante.

Satisfecho Basila de las interrupciones de Siscár, que le divertian no menos que á sus oyentes, luego de restablecido el silencio prosigue de este modo su interesante historia:

«El Monge Gris me hizo conocer los pasos que se habian dado para saber el nacimiento de Zoe, el disgusto que causaba su presencia en el palacio, y el complot de la reina para perderla. Pero á otro aviso de mas importancia debimos nuestra salvacion. Me dijo que en aquel mismo dia habia llegado á palacio la noticia de que Zoe era la única hija del rey destronado, y por consiguiente la heredera legítima del reino.

»Yo no podia dudar del Intérprete, porque venia acreditado del monarca de Constantinopla con el cinabrio y las armas del imperio. ¿Qué hacer en tan crítica situacion? Tomé consejo del Monge Gris y supe apre-

ciar el que me dió. Tal fué el presentarme á la córte de Constantinopla encargándose él mismo de mi presentacion.

»Luego de haber adoptado esta resolucion , hice los preparativos de marcha, y aquella misma noche salimos de Perevaslavl con Eudoxia , el alano y algunos criados de confianza, llevándonos lo de mas valor y estima que poseiamos. Montados en briosos caballos forzamos la marcha y pudimos burlar la vigilancia de nuestros perseguidores, llegando al amanecer del tercer dia á casa de una hermana de Eudoxia. Allí supe que acusado del crimen de alta traicion, por haber querido colocar en el trono á su heredera legítima, habia sido condenado á muerte. La misma pena se impusiera á Zoe.

»En tal estado, el Monge Grís y yo nos dispusimos para pasar á Constantinopla. La princesa no podia acompañarnos todo el camino, tanto porque iba á hacerme padre, como porque ignorábamos cómo seria recibida en la córte de los Paleólogos. Sin embargo, ella queria seguirme: la idea de separarse de mí la causaba horror, y solo pudimos tranquilizarla con la promesa de que negociariamos con Andrónico su pronta ida á la capital. Eudoxia y los sirvientes mas adictos se quedaron con ella, prodigándole los cuidados que su estado requeria, hasta que despues de mi partida dió á luz dos robustos niños.

»Llegado á Constantinopla fuí muy bien recibido de Andrónico; pero no pudieron menos de sorprenderme las atenciones que guardaba con el Monge Grís. No habia para él puerta cerrada y se le recibia á todas horas. Supe entonces que el Intérprete tenia frecuentes relaciones con la princesa Inés de Azan ; decíase entre los palaciegos que negociaba su casamiento con Ducas Comeno; pero mas tarde supe que no era cierto. Por el contrario, el Monge Grís favorecia los amores de vuestro compañero Jimeno de Albaro, mi noble adversario en la jornada de Apros.

»Poco tiempo despues de mi presentacion fuí colocado en la córte de Miguel, y comencé á negociar la venida de la princesa; pero los dos emperadores acababan de firmar las paces con Tech, y temiendo sus reclamaciones prolongaban el negocio. Sin embargo, algunos hechos de armas me conquistaron al poco tiempo un elevado puesto en el ejército, y comenzaban á escuchar mis pretensiones, cuando me indispuse con ambos, oponiéndome resueltamente al asesinato de Roger de Flor , vuestro caudillo. Aquel mismo dia participé al Monge Grís lo resuelto por el consejo, y, aunque este se puso en marcha en el acto de recibir el aviso , no pudo evitar la sangrienta catástrofe.

»Sola, y abandonada de sus deudos, quedara en Andrinópolis la hija del César, y tratamos con el Intérprete de restituirla á vuestro ejército.

La empresa no era fácil; pero una buena mujer nos proporcionó los medios de lograrlo, facilitando la entrada en el períptero á no sé qué caballero de grande arrojo y valentía. Lo demas no lo ignorais. Mas la desaparicion de Sibilia pudo haber tenido para mí las mas fatales consecuencias. Sospechando Miguel mi intervencion en su fuga, providenció mi arresto, y entonces no me quedó mas medio de salvacion que el de incorporarme con los alanos que á la sazón dejaban el servicio del imperio, por no sé que compromisos. Esta fué la causa de haberme encontrado en la batalla del Hemo en donde, por mi esposa é hijos, creí deber aceptar la vida de un amigo generoso.....»

—Permitid, noble Basila; la suerte del combate era dudosa cuando yo os rogué que os retiráseis, le interrumpe Enrique de Busa al oírle mentar su combate del Hemo.

—Sin embargo, mis heridas.....

—La suerte del combate era dudosa, insiste Enrique.

—Siempre hemos oído al de Busa referir el hecho del mismo modo, objeta Rauret.

—Aun suponiéndole así, repone Basila, la llegada de vuestros compañeros.....

Busa le interrumpe, diciendo con algun calor:

—El noble Castellano debió consideraros como á un caballero occidental y no como á un alano. ¿Ignorais lo preceptuado en nuestra Órden? Además vos os retirásteis espada en mano.

El generoso Basila, comprendiendo el sentimiento de delicadeza que ha dictado esta réplica deja de insistir; pero al volver á tomar la palabra para concluir la historia de su vida, se vé asomar una lágrima en sus párpados.....

—«La alegría de mi Zoe, dice, al volverme á ver despues de una separacion tan larga y penosa, no tenia límites. Embriagada de amor y de felicidad me enlazaba en sus brazos é imprimía mil y mil besos de fuego en mis labios. Toda la poesia de la pasion de una jóven salvaje, se veía en su mirada ardiente y humedecida de ternura. Correspondia yo á sus caricias; pero mi dicha llegó al colmo al contemplar á mis dos hijos que la buena madre me enseñaba derramando lágrimas de placer. Los estreché en mis brazos, una y otra vez, y os confieso que multitud de sensaciones que poco antes no conocia hacian palpar mi corazón.

»¿Y la tierna solicitud con que Zoe curó mis heridas? ¿Y su reconocimiento al guerrero á quien debiamos el placer de vernos?....

»Desde aquel momento comprendí que mi felicidad estaba al lado de seres tan queridos, y resolví en adelante no separarme de ellos. Al efecto,

compré esta posesion, en donde vegeto hace dos años. He acabado la educacion de la madre y, ayudado por Eudoxia que no quiso abandonarnos, comienzo la de los hijos. María ha muerto y Tech me llama para sucederle; al propio tiempo Mysés pide á su hija única. ¿Qué haremos? No lo sé. Cuando yo invito á Zoe á subir al trono me contesta:

—«Si atendiera solamente á nuestro amor, al dulce cariño de mis hijos y á la felicidad de que me encuentro rodeada, no vacilaria en renunciar á mis derechos; pero por otro lado, teniendo en cuenta que comprometo el porvenir y acaso la grandeza de los frutos de nuestra union, dudo y no sé qué resolver.»



LIBRO LXVII.

LIBRO LXVII. — Este libro contiene la historia de la guerra civil que se hizo en España entre don Alonso el Bueno y don Juan de Aragón, y de la muerte de don Juan de Aragón, y de la victoria que ganó don Alonso el Bueno en la batalla de Alcorval.

LIBRO LXVIII. — Este libro contiene la historia de la guerra civil que se hizo en España entre don Alonso el Bueno y don Juan de Aragón, y de la muerte de don Juan de Aragón, y de la victoria que ganó don Alonso el Bueno en la batalla de Alcorval.



LIBRO LXVII.

REFLEXIONES Y CONSEJOS.—ZOE.—UNA PRUEBA.—DESPEDIDA.—PROPÓSITOS DE SISCÁR.—CONTINÚA SU VIAJE AL *Psicostatmos*.—SALON DE LOS SIGLOS XV Y XVI.—PRESCIENCIA.—ESTUPENDA PRETENSION DEL VIAJERO.—DRACON Y SOTAVENTO.—ENOJO DE SISCÁR.—OTRA *tristrasiana*.—NUEVA INTERRUPCION.—DE CÓMO EL SALON DE LOS SIGLOS XVII Y XXIII ES MAS ESPACIOSO QUE EL ANTERIOR.

Al terminar Basila su historia, los occidentales se lo agradecen de diversos modos: háles complacido en extremo, y si los comentarios se suceden no escasean las felicitaciones.

Siscár, despues de haber cambiado una seña con Cabeza-de-Oro, dice de repente:

—Vuestra historia, noble Basila, prueba entre otras cosas que el hombre, cualquiera que sea su estado, no debe nunca desconfiar de la Providencia. ¿Hubiérais creído nunca dejar de sufrir la suerte de vuestros compañeros allá en el circo de Mesémbria.

—No por cierto, responde Basila.

—Cuando menos lo esperabais apareció una doncella para daros la vida, repone Cabeza-de-Oro.

—Y la felicidad ¡tan cierto es que no pocas veces lo que el hombre cree preludio de su desdicha, envuelve el gérmen de su ventura!

—Bien observado.

Rauret añade :

—La Providencia prueba á los hombres de diversos modos, y no deja nunca sin premio á la virtud. Ved á Basila en el momento de jurar que se casaria con aquella jóven desconocida: creyó en la virtud como Alejandro bebiendo el vaso que le presentaba Filipo, y la recompensa no se hizo esperar :

—Bravo, bravo.

Mientras que sus compañeros felicitan á Rauret, Basila murmura al oído de Enrique de Busa :

—Noble amigo, ¿no podríamos decir que el que desespera ultraja á la divinidad?

—Muchas han sido mis desgracias y capaces de alterar la razon del mas sensato, contesta el interpelado con melancólico acento.

—No tenia yo menos motivos que vos para perder toda esperanza cuando me hallaba en el calabozo, repone Basila.

—En efecto; pero vos al fin lograsteis vuestros deseos, mientras que mi felicidad se ha desvanecido en el momento en que creia alcanzarla , responde Enrique de Busa exaltándose gradualmente.

Basila, pasando súbitamente á otro asunto, dice sonriendo á los caballeros:

—Tal vez deberia estar quejoso de vosotros.

—¿Por qué?

—Ni el menor deseo habeis mostrado de conocer á mi buena Zoe. ¿Acaso temeis hallaros ante una jóven salvaje que.....

—No, no, le interrumpen varios.

—Yo por mi parte, dice Siscár , no me atrevia á pedirlos esta gracia, porque habiéndome equivocado en el concepto que de ella formé cuando por primera vez la mentásteis.....

—¡Ah! ¿cuando creísteis que era contrahecha? le interrumpe Basila riendo.

—Así es, así es.

—Yo tambien me engañé al oír de su boca que no queria ser vista. Pero prescindiendo de esto, no solo tengo una satisfaccion en que la conozcais, sino que lo conceptúo un deber, porque algo se me alcanza de vuestras costumbres caballerescas de Occidente.

Dichas estas palabras, sale Basila de la estancia y un momento despues entra la princesa dando la mano á cada uno de sus dos hijos, que son los mismos que Enrique de Busa vió poco antes orar ante una imágen. El búlgaro entra detrás de ellos.

Al aspecto de la bella Zoe la admiracion se vé pintada en los semblan-

tas de los hazañosos. La modestia impidiera al búlgaro enumerar todas sus gracias: su pincel ha trazado un cuadro imperfecto. Es la princesa una de aquellas bellezas que la imaginación crea en sus mágicos ensueños y que en vano busca al despertar; y su semblante revela al propio tiempo los nobles sentimientos que mas enaltecen el corazón humano.

Basila la presenta con orgullo á los caballeros, y estos, con solo inclinarse respetuosamente, saben significarla que es bella. La hermosa princesa les obsequia y festeja, porque son amigos de un esposo que tanto idolatra. Ella misma les invita á refrescar en una mesa que preparan sus criados, y les sirve, consultando siempre con su mirada á Basila y sonriendo si le vé contento.

Los occidentales felicitan al búlgaro, y este, que agradece con el gesto mas de lo que pudiera espresar con palabras, dirigiéndose á su tierna consorte, le dice :

—Mi buena Zoe, he contado nuestra historia á los caballeros: lo saben todo.

—¿Todo? pregunta Zoe sonrojándose.

—He creído deber hacerles esta confianza.

—¿Qué habrán dicho de mí!

—Hemos dicho que sois un ángel, responde el de Busa.

—Yo entonces era una cándida niña, repone la princesa bajando los ojos.

—Entonces, insiste Busa, érais la espresion mas ingénua de la inocencia y el amor, como ahora una virtuosa esposa y tierna madre. Y el comprobante de esto, bella Zoe, lo tenemos en la recompensa con que el cielo ha premiado vuestras virtudes, dándoos un esposo que os ha conocido, y dos hijos que harán la ventura de sus padres.

La princesa, con mas confianza que poco antes, le contesta:

—Gracias, gracias.

—Por alguna otra cosa tenemos que dárselas, querida mia, le insinúa Basila, queriendo darla una sorpresa.

—¿Qué me quereis decir?

—Este caballero es el Doncel de Ausona.

La princesa, alegremente impresionada, esclama:

—¡Dios mio, qué he oido! este es el caballero á quien yo debo un esposo idolatrado y mis hijos su padre. ¡Ah señor! recibid todo mi corazón.....

Al decir esto, la princesa intenta arrodillarse á los piés de Enrique de Busa; pero este, sonrojado, la interrumpe diciendo:

—Princesa..... Basila..... por piedad..... Yo no he hecho nada por vosotros..... y si algo intenté me lo habeis recompensado con usura.

—¿Hijos míos, á quién os enseñó á bendecir vuestro padre? esclama la princesa derramando lágrimas.

—Al Doncel de Ausona, responden las dos inocentes criaturas.

—¿Y qué haremos para agradecer al caballero su generoso proceder? pregunta Zoe á su esposo.

—Princesa, responde conmovido el de Busa, nosotros somos los que debemos estar agradecidos á vuestro marido; y, si así no fuera, las lágrimas que derramais serian nuestra mayor recompensa.

Siscár, que habia estado observando atentamente á la hermosa princesa, corta de repente el sentido diálogo. Al ver el noble porte y finas maneras de aquella, y al escuchar sus cariñosas palabras, dice fuertemente impresionado á Basila:

—Pero vos nos presentábais á la bellísima Zoe como una muger inculta y de modales tártaros y.....

El búlgaro sonriendo le interrumpe:

—No hay duda; pero tambien os he dicho que me ocupaba de su educacion, tarea, que, como veis, me ha dado algunos buenos resultados. Si quereis ponerlo á prueba.....

—¿Cómo?

—De este modo, contestó Basila, y luego dirigiéndose á su consorte añadió: querida Zoe, resintiéndote de la rudeza de la raza en medio de la cual vivias te esplicabas de esta manera: *si no me amas me mataré*. ¿Cómo me lo dirias ahora que la luz de la civilizacion ha iluminado tu inteligencia?

—Ahora diria: *si no me amases moriria de dolor*, contesta en el acto la princesa.

Los caballeros felicitan á Basila por haber salido triunfante de la prueba y por los buenos resultados que ha obtenido en la educacion de su esposa. El generoso búlgaro les contesta no menos afable y cortés que otras veces; mas la aproximacion de la noche interrumpe la conversacion, y los caballeros se disponen para incorporarse con el ejército. Luego de haber vestido sus armas á Enrique de Busa, se renuevan los ofrecimientos por ambas partes. Zoe y Basila conducen á los occidentales hasta la vecina floresta y los ven alejarse con sentimiento, mientras que estos, ofreciéndoles de nuevo su amistad, saben manifestarles cuán dignos son de ocupar el trono de Bulgária.

Comenzaba á anochecer cuando Siscár, Busa y sus amigos bajaban la montaña. Luego de haber andado algunos pasos el primero, quedándose un tanto á retaguardia con Rauret, le dice en voz baja:

—No podemos dejarle solo ni un momento.

—Yo creo que no le repetirá: está muy razonable, contesta Rauret.

—Sin embargo, bueno será tomar precauciones. El doctor dijo que la cura seria radical; pero que antes tendria algunas distracciones..... y no siempre encontrará Basilas.....

—En efecto. Hemos de distraerle constantemente.

—Por mi parte ya ves que he cumplido.....

—Prepara alguna otra cosa.

—¿Te parece bien el fin de mi viaje al *Psicostatmos*?

—Perfectísimamente.

—Ruido y algazara en el campamento y luego de entrada la noche reunion en mi tienda y.....

—Bravo, bravo. Yo iniciaré la idea..... pero vamos vamos, no sea que sospechen.

Dichas estas palabras, se incorporan con sus compañeros, al mismo tiempo que Meneses exclamaba:

—Os confieso que Zoe ha hecho en mí una impresion profunda.

—Pobre princesa; con el amor de Basila y las caricias de sus hijos se cree mas feliz en la cabaña que en el trono, objeta Cabeza-de-Oro.

—¡Hermosa muger! dice el de Busa reflexivo.

Siscár, que no le pierde ni un momento de vista, repone:

—En efecto, hermosísima, y por lo mismo en este momento estaba imaginando el modo de hacer con mi señora Julia lo contrario de lo que hace Basila con la princesa.

—¿Cómo? ¿Cómo? le preguntan riendo.

—Hacerla una muger primitiva, es decir, infundirla las costumbres de nuestros primeros padres en el paraíso. Porque, lo confieso, Zoe tiene razon al afirmar que las mugeres nos engañan. No pocas veces el hombre al casarse cree entrar en el cielo y se encuentra en el infierno.....

—Bien, bien.

—Yo no veo cosa mas natural que lo que la tierna princesa hacia con Basila: de este modo se evita el mal..... y yo adopto la moda.

—Bravo, bravo.

Siscár, sin hacer caso á nadie, prosigue con su habitual descaro:

—Por otra parte, notad esto; Zoe enseñaba el pié á Basila para que este la quisiera mas, y de esto podemos deducir que, si no viendo de las mugeres mas que el rostro, las amamos como uno, viéndolas el rostro y el pié las querremos como dos y asi progresivamente. Por manera que cuanto mas se vea mas dosis de amor habrá, lo cual redundará en beneficio de las damas.

—No tal: ¡pobres señoras si la moda se adoptase! dice Rauret soltando una carcajada.

—Nada perderian, toda vez que se estipulase lo que deberia hacerse en el caso de que no nos gustasen despues de la inspeccion. Ademas seria de una ventaja inmensa para las feas de rostro, porque siendo bonitas de pié y.....

—Y el diablo que te lleve, le interrumpe Cabeza-de-Oro.

Los presentes todos prorumpen en risas y carcajadas, y Siscár, satisfecho como siempre que las provoca, les grita:

—No por esto dejaré de intentar lo que he significado. Es verdad que hay que pensarlo mucho.....

—Mas valdria que pensaras en acabar de contar tu viaje al *Psicostalmos* como nos has ofrecido muchas veces, le interrumpe de repente Rauret.

—Bien dicho, reponen Meneses y Rodrigo.

—Ciertísimo.

Enrique de Busa, que participa de la opinion de sus compañeros, añade:

—En efecto, en lugar de perder el tiempo en cosas baladíes deberias acabarnos de contar aquel interesante viaje.

—Bravo, bravo.

—¿Pretenderiais que yo me he negado á hacerlo? pregunta Siscár.

—Poco le falta.

—No tal.

Despues de discutir con algun calor aquel importante punto, se resuelve por unanimidad que en aquella misma noche, Siscár les acabará de referir lo ocurrido durante su permanencia misteriosa en el *Psicostalmos*.

Algun tiempo despues, entrando en el campamento, se despedian para acudir cada cual al desempeño de sus respectivas obligaciones. Mas su separacion debia ser corta. Luego de entrada la noche y despues de cumplidos sus deberes, vióseles acudir presurosos al lugar de la cita, que por aquella vez era la tienda de campaña del Bañolense. La noticia de que este se disponia á platicar en aquella noche y el suceso de Enrique de Busa, atraia no pocos caballeros, no menos ansiosos de oir al sarcástico viajero, que de enterarse del estado de un amigo á quien estimaban todos. Como siempre, la reunion era no menos numerosa que brillante. No faltaban en ella, entre otros muchos, Rauret, Cabeza-de-Oro, Meneses, Rodrigo, Sástago, Aznar, Ventallola y Enrique de Busa, que llamaba la atencion general.

El pabellon de Siscár no era de mucho tan lujoso como el del feudal aragonés, pero nada faltaba en él de lo mas necesario para la comodidad y regalo de sus amigos.

Apenas reunidos los hazañosos, y mientras circulan algunos jarros de hipocrás, se oyen por intervalos las voces de costumbre en tales ocasiones.

—¿Por qué Siscár no comienza?

—¿Qué hace el parlanchin?

—Venga la continuacion del viaje.

No pudiendo el Bañolense prescindir de sus acostumbradas marrullerías para aumentar la impaciencia de sus oyentes, se desgañita imponiendo silencio á su modo, pero sin dar comienzo nunca á la narracion. Con este motivo, se le oyen no pocos dichos agudos, salpicados de no pocas desvergüenzas que aumentan la algazara. Cansado Rauret, que era, como siempre, el que con mas afan estaba esperando el relato del viaje, le grita:

—Bañolense de Satanás ¿volvemos ya á las andadas? ¿Hemos de esperar hasta mañana?

Siscár, con su desparpajo y volubilidad ordinaria, le contesta:

—Si como os he dicho y aconsejado tantas veces siguiérais las huellas de los discípulos de Pitágoras y....

—Anda al diablo.

—De lo que se trata ahora es de continuar el viaje.

—Dejadme al menos ejercitar un poco la lengua antes de entrar en materia, porque me temo.....

Los concurrentes en masa le interrumpen vociferando:

—El viaje, el viaje: fuera dilaciones.

Sin inmutarse el diabólico Bañolense al oír aquella tempestad de gritos que contra él se levanta, antes bien haciendo gala de su habitual desfachatez, da principio á la narracion, no sin echar de vez en cuando una mirada de través para observar el efecto que produce en Enrique de Busa.

«Al dejar á D. Pedro con las heroínas y los grandes guerreros de la antigüedad, en el momento en que estos le aseguraban el mando de la gran compañía, Pitágoras, con no poco acompañamiento, me introdujo en otra de aquellas maravillosas estancias. Al pronto me pareció que su arquitectura, por demas brillante y lujosa, no se diferenciaba en nada de la de los órdenes antiguos; pero muy luego eché de ver que habia una pequeña variacion en las molduras. Bien quise interrogar á Pitágoras sobre este punto; pero habiéndome llamado la atencion el ver que aquel recinto estaba deshabitado, procuré antessatisfacer esta duda, dejando para despues de haber visto los demas salones, el resolver la otra.

—»Este salon está destinado para las ilustraciones de los siglos XV y XVI, me contestó.

—»¿Segun esto los habrá para las de todas las épocas?

—»¿Quién lo duda? En esta misma direccion vereis luego los reservados

á las notabilidades de los siglos XVII, XVIII, XIX y XX. Los que atañen al XXI y subsiguientes están en otros cuerpos del edificio.

—»¿Y qué me decís de las puertas que se distinguen en los intercolumnios de la suntuosa galería?

—»Lo mismo que os indiqué de las del salon asiático. Cada una de ellas comunica con la habitacion destinada de antemano al que ha de ocuparla.

—»Es portentoso. ¡No habiendo nacido todavía! ¡ignorándose el nombre, la patria!....

—»Estais en un grave error, me interrumpió Pitágoras; vosotros allá en la tierra lo ignorais, nosotros no. Se os ha insinuado no há mucho que el porvenir nos era conocido, lo mismo que lo pasado y lo presente. En efecto, aquel que todo lo sabe y todo lo puede, ha otorgado la presciencia á los que por sus eminentes virtudes han merecido aquí un alto puesto. Esta es otra de las recompensas con que distingue á los privilegiados, y la razon porque nosotros sabemos las ilustraciones que aparecerán en los siglos venideros.

—»Entendido, entendido. Mas la capacidad de este salon y la infinidad de puertas que le decoran parecen indicar que en los siglos XV y XVI no faltarán hombres notables.

—»No faltarán, en efecto. Uno de los primeros que esperamos será el inventor de un arte mecánico llamado *imprensa*, que reproducirá el pensamiento hasta lo infinito. Natural de Maguncia, dotado de un génio superior, deshará con su sorprendente invento las cadenas en que la maldad y la ignorancia tienen oprimida á la humanidad toda.

—»Me asombráis.

—»No lo dudeis: le está reservada la gloria de determinar el progreso mas admirable y extraordinario.

—»¿Tan grandes serán los resultados?....

—»Tanto, que nunca podria encarecerlos lo bastante. Pero ¡que recepcion le espera aquí el dia de su entrada! Los objetos todos que embellecen los jardines cambiarán de forma á cada instante; las fuentes manarán leche, nectar y ambrosía; aparecerán en los arbustos frutos desconocidos, y las ilustraciones de todos los países y edades le conducirán á este salon, al compás de invisibles orquestas que tocarán himnos en loor de su virtud y constancia. Mas tarde, se le invitará á un suntuoso y espléndido banquete, servido por los grandes filósofos y publicistas, los cuales le festejarán á porfía, y su triunfo, en fin, será tan completo como fecundo en resultados su descubrimiento.

—»Pero ¿no me decís nada de la recompensa que sus compatriotas le darán en la tierra?

The first of these is the fact that the
XXI. The second is the fact that the
the third is the fact that the

the fourth is the fact that the
the fifth is the fact that the
the sixth is the fact that the

the seventh is the fact that the
the eighth is the fact that the
the ninth is the fact that the

the tenth is the fact that the
the eleventh is the fact that the
the twelfth is the fact that the

the thirteenth is the fact that the
the fourteenth is the fact that the
the fifteenth is the fact that the

the sixteenth is the fact that the
the seventeenth is the fact that the
the eighteenth is the fact that the

the nineteenth is the fact that the
the twentieth is the fact that the
the twenty-first is the fact that the

the twenty-second is the fact that the
the twenty-third is the fact that the
the twenty-fourth is the fact that the

the twenty-fifth is the fact that the
the twenty-sixth is the fact that the
the twenty-seventh is the fact that the

the twenty-eighth is the fact that the
the twenty-ninth is the fact that the
the thirtieth is the fact that the

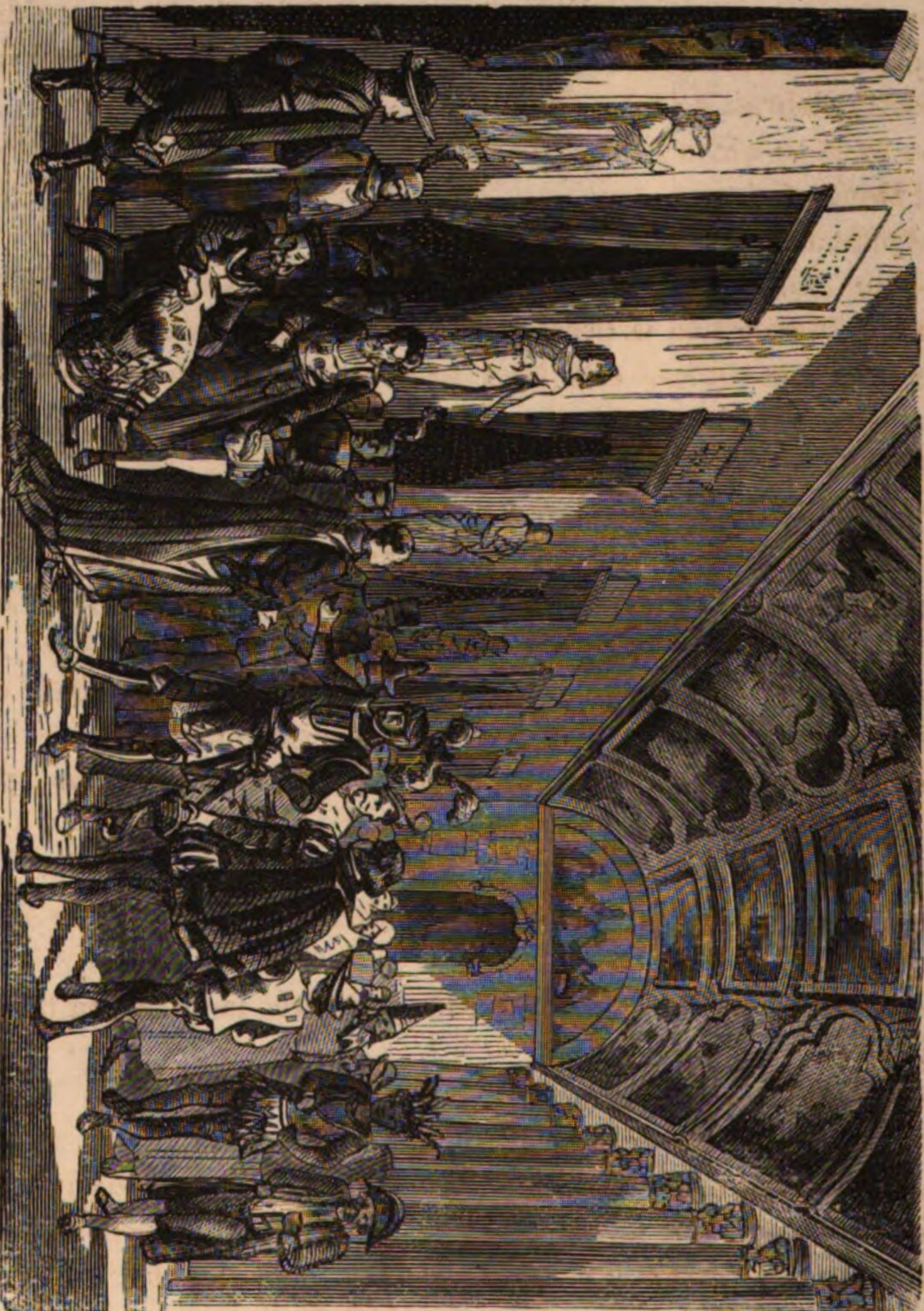


LÁMINA 24.—»Callaron, viendo que Pitágoras, contestando á mi pregunta, me decia:
—»Lo que me pedís es imposible.

—»El pueblo en donde el grande artista hará sus primeros ensayos en busca de la realizacion de su sublime pensamiento, le elevará andando el tiempo una gigantesca estatua. Como que el mundo habrá conocido ya toda la importancia de su maravilloso invento, se le representará adelantando un pié, como para indicar la marcha rápida de la humanidad; sus dos manos entreabrirán una página y en ella se verán en gruesos caracteres estas palabras: *y la luz fué*.

—»Ya sé yo quien se alegrará tanto como yo de esto, repuse recordando al Monge Grís.

»Quintanal objetó de mal humor:

—»Sin embargo, la época en que las eminencias del arte y la ciencia serán consideradas en la tierra como las primeras clases de la sociedad, por ser las mas útiles, está lejos todavía. Durante algun tiempo solo aquí encontrarán la recompensa de sus altos merecimientos.

»Apenas dicho esto, Pitágoras continuó:

—»Treinta y ocho años despues que el magunciano, vendrá el hijo de un humilde tejedor de Génova. Desde sus primeros años estudiará geometría, astronomía, geografia y cosmografía. Haciendo despues infinitos viajes por mar, comprenderá la forma del globo y que el Oeste de Europa debe estar habitado, y por una sublime equivocacion hará conocer á los suspensos vivientes nuevas tierras y nuevos horizontes.

—»¿Un nuevo mundo? pregunté repentinamente á Pitágoras, preocupado con una idea.

—»Así le llamarán.

—»¡Caspita!.... Pero no podiais insinuarme donde está y le ahorraria el trabajo de.....

»Algunas risas me interrumpieron y mientras tanto Solon decia á sus amigos:

—»No acabo de definir á este mozo.

—»No es poco socarron, contestaba Mário.

—»Sabe lo que hace, repuso Berenguer el Grande, saliendo en mi defensa.

—»Sin embargo, si nos descuidamos, á su regreso cometerá alguna imprudencia en la tierra y nosotros seremos los responsables.

—»Podrá ser, porque le creo capaz de todo.

—»Yo tambien.

—»Silencio, silencio.

»Callaron viendo que Pitágoras, contestando á mi pregunta, decia:

—»*Lo que me pedís es un imposible*.

—»Sin embargo, vos lo sabeis y me podriais hacer un gran favor. Las recompensas que le han de dar al célebre marino serian para mí.....

—»¡De recompensais hablais!.... Cuando con sus investigaciones y trabajos sin cuento haya prestado un tan importante servicio á la humanidad, los reyes de España, que la baja adulacion llamará *católicos* y buenos, lo encerrarán cargado de cadenas en un calabozo, y el abatimiento y las pesadumbres terminarán sus días.

—»¡Satanás! ¡Las damas me lleven!

—»¿Quereis saber ahora dónde está el nuevo mundo? preguntóme el socarron de Diógenes por vengarse de la escena del arroyo.

—»Andad al diablo, le contesté mohino. ¡Digo con el premio que le espera! Yo nada quiero saber. ¡Tengo yo ganas que llamándose *católicos* me ahorquen?

»Algunos de los presentes sonrieron al oir esta mi respuesta, y Pitágoras, deseando evitar un debate entre el cínico y yo, se se apresuró á decir:

—»No os admirará menos la ingratitud que usarán los mismos reyes con un *Gran Capitan* que debe nacer en Montilla el año 1443. Vencedor primero en Granada, y despues en Barletta, Seminara y Ceriñola, conquistará un reino á la España, y no menos célebre por sus hechos de armas que por unas *cuentas*, que no serán de rosario, morirá en un destierro.

—»¿Y las causas de su desgracia?....

—»Algunos autores atribuirán su caída á intriguillas de córte, á la envidia de los cortesanos; pero la verdadera causa de su desgracia, misteriosa como un enigma, será desconocida de los hombres.

—»¿Y no podria yo saber?....

—»¿Quién me responde de vuestra discrecion?

—»Empeñaría mi palabra, le respondí bajando la voz.

—»Mucho vale la de un caballero, pero?....

—»Acabad.

»Entonces Pitágoras, aprovechando un momento en que éramos menos observados que otras veces, me dijo precipitadamente algunas palabras al oído, y yo asombrado no pude menos de exclamar:

—»¿Qué fácilmente se engaña á la humanidad!....

»Pitágoras, mirando en su rededor, me interrumpió:

—»¡Chit! y no olvideis que acabais de ofrecirme el mas absoluto silencio.

—»Sé el empeño que he contraído.

»Al pronunciar estas palabras, seguimos internándonos en el salon; pero no sin que el anciano me hablara de algunos otros de los personajes que debian ocuparlo.

—»Esta puerta que veis á vuestra derecha, me dijo, es la que conduce

á la habitacion destinada á un varon ilustre nacido en Villanueva de Aragon, cuyo nombre se hará célebre por haber dado la primera idea de la circulacion de la sangre, que tanto contribuirá á los adelantos de la medicina. Tambien se distinguirá, revelando no menos talento que audacia, por su obra: *De Christianismi restitutione*; pero tampoco será feliz.....

—»¿Qué decís?

—»Victima de la intolerancia de un reformador tan famoso como atrabilario, será quemado vivo en Ginebra el 26 de octubre de 1552.

—»¡Caspita! ¿Pero será posible que el pueblo no se oponga?....

—»La mayor parte de los espectadores aplaudirán cuando la terrible hoguera le reduzca á cenizas: precisamente esta será otra de las causas que le conquistarán este palacio.

»Mientras yo permanecia aterrado, considerando la infausta suerte que esperaba á no pocas de las eminencias de aquellos siglos, Pitágoras proseguia de esta manera:

—»Estamos llegando á la altura de la habitacion reservada á un ilustre poeta español que merecerá este palacio por las modificaciones que introducirá en la poesía, empleando el primero el verso endecasílabo.

—»¿Y á este no le empalarán vivo por haber hecho tan señalado servicio á las letras?

—»Bravo, bravísimo, respondieron varios de los presentes.

»Quintanal añadió:

—»La pregunta está en su lugar: el caballero es paisano mio.

—»Silencio, silencio.

»Pitágoras, contestando á mi pregunta, dijo:

—»No le empalarán porque gozará del favor del monarca; pero precisamente estamos enfrente de dos cuartos que los ocuparán tres personas notabilísimas, cuya suerte no será envidiable.

—»Yo lo creo, y aun extraño que el otro se haya escapado.

—»La primera será un célebre escritor nacido en Alcalá de Henares, que inmortalizará su nombre con un libro titulado: *Don Quijote de la Mancha*. Esta obra será considerada como maestra en su género. Escenas variadas, interés, tipos inmortales, precision y claridad, pureza de lenguaje; nada faltará en ella. Pero lo que pondrá el sello á la reputacion del autor será el delicado ingénio con que ridiculizará el gusto de su época por las aventuras caballerescas.

—»¿Y decís que tampoco será venturoso?

—»Juzgadlo vos: despues de haber lidiado y derramado su sangre en un célebre combate, y á pesar de que el *Don Quijote* merecerá los honores

de ser traducido en todos los idiomas, terminará sus días en la miseria olvidado del monarca y desconocido de sus compatriotas.

—»Pero siendo un súbdito leal.....

—»Para nada se le tendrá en cuenta. Un escritor aventajado, para adquirir honores y riqueza, ha de vender su conciencia, ensalzando los vicios de los grandes, halagando sus pasiones y favoreciendo sus miras. En una palabra; para hacer fortuna ha de poner su inteligencia al servicio de los poderes: no de otro modo evitará su desgracia. Pero mucho peor será la suerte del ilustre matrimonio que ha de ocupar la pieza de al lado.

—»Me haceis estremecer.

—»Al marido le cortarán la cabeza por mano del verdugo, y la muger, revestida de un disfraz, podrá escapar á la muerte; pero terminará su existencia, oscura y pobre, en pais extranjero.

—»¿Y por qué tanto rigor?

—»Su vida se enlazará con un episodio interesante de la historia. El movimiento regenerador que se opera en Europa hará que entre en escena el estado llano, y el poder de este irá en aumento hasta el siglo XVI, época en que un poderoso monarca destruirá la representacion popular. Entonces comenzará una lucha sangrienta entre el pueblo y sus tiranos, en la que los *Comuneros*, defensores de los derechos populares, serán capitaneados por los dos esposos. Uniendo á un valor intrépido el talento de los grandes capitanes, el marido alcanzará algunas victorias; pero careciendo su ejército popular de organizacion y disciplina, será á su vez roto y vencido, cayendo él, despues de una lucha heróica, en poder de un enemigo implacable, que le hará conducir al suplicio al siguiente dia. A fuer de buen creyente, y presintiendo la gloria que le espera, será grande en su agonía, manifestando la alteza de su alma en dos cartas memorables, y dirigiendo á sus compañeros de infortunio estas palabras dignas de un héroe: *ayer era dia de pelear como caballeros y hoy de morir como cristianos*.

—»¿Y qué me decis de la desconsolada consorte? le pregunté afectado.

—»Será digna del hombre para quien está destinada. Lejos de abandonarse á un dolor estéril, sostendrá la causa de su esposo despues de la batalla de *Villalar* con un valor heróico. Adquiriendo la influencia que tendrá el marido sobre las masas, enviará emisarios, reorganizará los ejércitos, y haciendo nuevas levass, se defenderá en Toledo contra uno de los monarcas mas poderosos de la tierra. Su vigorosa resistencia asombrará á la Europa. Mas por fin, muriendo un príncipe de la Iglesia, su valedor y amigo, y careciendo de viveres y municiones, deberá su salvacion á la fuga, burlando la vigilancia de sus enemigos.

—»¡Al menos evitará el suplicio!

—»¿Comprendeis ahora la alta estimacion que merecerán del Señor los dos esposos? La energía que desplegarán para obligar al monarca á reconocer los derechos populares; las victorias alcanzadas sobre los realistas; su amor á las libertades patrias; sus heroicas virtudes y su fin desgraciado, les aseguran un alto puesto entre los grandes hombres de todas las edades y la mas brillante de las recepciones.

—»Magnífico: por fin recibirán el premio debido á sus merecimientos. Pero ¿la santa causa que defiendan.....

—»¡Ay de mí! Con la muerte de la inmortal pareja dejará de existir la famosa *liga* y con ella las libertades públicas. Las *Córtes*, llamadas en otro tiempo *Concilios*, serán en adelante una formalidad tan vana como mentida. Los reyes las convocarán para dar un simulacro de sancion popular á sus desafueros.

—»Sin embargo: esta grande institucion, si mal no lo recuerdo, data de las asambleas nacionales de los godos y tal vez del municipio romano.

»Fernando III, tomando la palabra, repuso:

—»Así es; oscurecida durante algun tiempo, la vemos renacer y desarrollarse luego de haber los españoles reconquistado su nacionalidad con la espulsion de los árabes. El *Concilio* nacional aparece al lado de la *monarquía electiva* y en el siglo XIII, que comprende la época de mi reinado, los procuradores nombrados por el pueblo toman asiento al lado del clero y la nobleza, formando la verdadera representacion nacional. Por lo demas, ya lo habeis oido; estas asambleas conservarán en gran parte su prestigio hasta la muerte de los dos esposos, porque despues la voluntad omnimoda del monarca se sobrepondrá á ellas.

»Al dejar Fernando III la palabra, nos habló Pitágoras de inventos nuevos que apenas pude comprender, y de adelantos en las ciencias y artes, indicándonos al mismo tiempo los puestos distinguidos que sus autores ocuparian en el palacio. Yo le escuchaba con la mayor atencion; mas era tal el número de escritores que debian merecer aquel honor, que yo, no oyendo mentar ninguna de mis obras, sentime humillado delante de tantas gentes. ¿Por qué yo á mi paso á la otra vida no habia de ocupar un lugar preferente en la morada de los grandes hombres?....»

Esta pregunta y los gestos descompasados con que Siscár la acompaña, interrumpen su relato. Los caballeros hacen oír como otras veces un coro de carcajadas que desconcertarian sin duda al insigne viajero si él no las provo cara.

—Chusca es la idea, dicen en una parte.

—Estupenda, añaden en otra.

—¡Tú quieres ser hombre grande! ¡Puf! exclama Rauret.

—Bárbaros, grita Siscár, ¿y por qué no he de intentarlo? Habiendo en el palacio autores reputados por tales que no han dado á luz mas que una obra: ¿por qué no lo he de ser yo pudiendo presentar muchas?

—Bravo, bravo, le dicen, viéndole dispuesto á la maraña.

—Yo me presento candidato con el doble título de capitán y escritor.

—Y uno solo basta para ilustrar un hombre.

—¿Quién lo duda, objeta Siscár con su descoco ordinario.

—Pero siga, siga el viaje.

—¿Quién tiene la culpa si le he interrumpido? La primera cualidad del escritor debe ser la de no ocultar la verdad y.....

—Basta, basta.

—Esto debe convencerlos de la imparcialidad con que refiero mis hechos; ya habeis oido otras veces que ni á mí mismo perdono y hartó sufro en algunos momentos. ¡Ay de mí! con hartó dolor de mi corazón tengo que contaros hoy mismo algo que me dijo Pitágoras á propósito de un culebron.....

Recrece el alboroto y se oyen los gritos de

—Venga el culebron, venga.

—Quizá no está muy lejos, repone Enrique de Busa, terciando en el debate con no menos placer que sus compañeros.

Siscár, con cierta satisfaccion que no se escapa á Rauret, le contesta:

—Mira; en otro tiempo te he perdonado algunas..... y las damas me lleven.....

—El viaje, el viaje.

—Allá voy.

—Callad, callad.

Cálmase gradualmente el bullicio, y el amante de Julia, con su habitual ironía, prosigue de este modo la narracion de su viaje al *Psicostatmos*:

«Habiendo significado mi sorpresa á Pitágoras, preguntóme:

—»¿Pretendeis tambien la entrada en este palacio?

—»¿Y por qué no? Yo he escrito muchas obras y por aquí los veo que no tienen mas que una.

—»Es cierto; pero su mérito es tal.....

—»¿Imagináis significar que las tuyas no tienen ninguno? interrumpió Berenguer el Grande.

—»No he dicho tal.

—»Siendo así, ¿qué inconveniente teneis en decirme si alguna de ellas podrá valerme este palacio?

—»Lo hay gravísimo y es que estralimitaria mis facultades: ningún vi-

viente puede conocer la suerte que le espera. Pero prescindiendo de esto, ¿qué nos dicen vuestras obras?

—»Se tratan en ella varias materias. Por ejemplo, hay una que nos dice lo que son los cortesanos y qué clase de uñas tienen los diablos.

—»¿Y cuáles son los títulos de las otras?

»Respondiendo á su pregunta, le leí el largo catálogo de mis obras, que comprende las que conoceis y algunas otras escritas posteriormente.

»El anciano, despues de haberlo oido, me pregunta:

—»¿La moral de *El Hechizo*, es mejor que la de la anterior?

—»Arde en un candil.

—»Tambien arde la hoguera.....

—»¡Bah! A los dominicos les gusta lo bueno.

—»Solo una vida de santos puede salvaros. ¿La teneis?

—»Sí; pero no está escrita como muchas otras que he hojeado.

—»Entonces estais perdido.

—»Será en la tierra: pero ¿y aquí?....

—»¿Insistís despues de lo que os he manifestado?

—»¿No he de insistir?

—»Haceis mal. Aun cuando no se ofreciese el inconveniente de que os he hablado, tropezariamos con otro no pequeño.

—»¿Y de qué inconveniente se trata? le interrogué admirado.

»Pitágoras, dando á su voz cierto tono irónico que le habia oido pocas veces, me respondió:

—»Habeis de saber que no se admite persona alguna en este palacio (y tened en cuenta que no digo en el *Psicostatmos*) sin que se proceda á un minucioso exámen de su conducta ó vida privada. Para esto se toman informes á personas respetables, que bajo su responsabilidad deben acreditar la moralidad de los pretendientes. Despues sin otro requisito alguno y habiendo prestado relevantes servicios á la humanidad, se le permite la entrada.

»Sintiéndome un tanto aludido con lo que acababa de oir, le contesté:

—»¿Quereis suponer con esto que se han tomado informes sobre mi vida y que.....

—»Dracon ha sido encargado de esto.

—»No gustándome la eleccion, repuse:

—»Ya he significado que el arconte me gusta poco.

—»Sin embargo; de su moralidad conocida puede esperarse.....

—»¿Y de quién se ha informado él?

—»De un capitan de alta nombradía, á quien creen adornado de grandes virtudes.

—»¿Su nombre?

—»¿Lo deseais saber? preguntóme el anciano, haciendo un gesto que al pronto no pude comprender.

—»¿Quién lo duda?

—»Se llama Sotavento.

»Os lo confieso: si el oír que Dracon era el encargado de tomar informes sobre mi vida me disgustó, considerad cuál no sería mi indignacion al saber que estos se habian pedido á mis mas encarnizado enemigo. Olvi-
dándome en aquel momento de la sonrisa que observaba de vez en cuan-
do en el rostro de Pitágoras y de su tono irónico, estuve tentado de
provocar un conflicto. Mas habiendo podido contenerme, despues de re-
flexionar un momento, exclamé airado :

—»¡Cómo! ¿A un Sotavento se piden informes sobre mi conducta? Y
mi destino pende tal vez de su respuesta? Pero ¿ignoran aquí en la corte
Psicoslatmina que es mi mortal enemigo, y.....

»Pitágoras, me interrumpió diciendo :

—»Sosegaos y soportad con paciencia.....

—¿Qué paciencia! ¿Soy yo algun Job?.... Pero permitid, las damas me
lleven: poco antes hablamos de mis obras..... Voy á leeros una de ellas
á propósito.....

—»¿Una *tristrasiana*?

—»En efecto, en efecto.

»Apenas dichas estas palabras , y sin darle tiempo de hacer ninguna
otra observacion, me coloqué en el centro del corro y sacando un ma-
nuscrito de la escarcela, lei en voz muy alta, la *Tristrasiana* que vais á
oir.

.

¡EL CULEBRON!

«Un camello, muy camello , finchado con su nobleza antidiluviana,
casar quiso á su hija con un rinoceronte buen cuadrúpedo, que vivia cerca
de su casa. Luego de haberlo imaginado, dijo :

—»Buen partido; pero hay que tomar informes del culebron , mi veci-
no, letrado hábil y entendido, acerca de la vida y milagros del futuro
yerno.

»El rinoceronte habia pensado lo mismo: amaba á la hija del camello
y deseaba tambien tomar informes del docto culebron.

»El culebron, que lo era de proporciones gigantescas, enyanecido con

su estupenda nombradía, imaginaba á solas en su casa el modo de enlazar á su hijo con la hija del camello. Cuando estaba en lo mejor de su meditación, llamaron callandito á la puerta:

—»Ave Maria, dijo el camello.

—»Entre hermano, respondió el culebron, calculando que el momento seria oportuno para hablar de las bocas que imaginaba.

—»Habeis de saber, repuso el camello, que he proyectado casar á Blasa, mi hija, con Blas, el rinoceronte; pero antes he querido oir vuestro consejo.

—»¡Santa Tecla!

—»¡Válgame Dios!

—»¿Y he de ser yo el que os dé la fatal noticia?

—»Hablad.

»El culebron, aproximándose, le dice con misterio al oido:

—»No tendrán sucesion.

—»¿Por qué?....

—»Tiene Blas un cierto divieso.....

—»¿Qué decís?

—Y..... y algo mas.

—»*Sac arnat*, dijo el camello y dejó al culebron, resuelto á no dar la mano de Blasa á Blas.

»Casi al mismo tiempo entraba por la puerta el rinoceronte diciendo:

—»Buenos dias, vecino.

—»Buenos dias.

—»Proyectando casarme con Blasa la hija del camello, desee tomar consejo de un letrado docto y entendido como vos.

—»¡San Crispin!

—»¡Jesús!

—»¿Y me habeis buscado á mí para decíroslo?

—»Hablad.

»El culebron, en voz baja y al oido, le dice:

—»No tendreis hijos.

—»¡Cáspita!

—»Porque tiene Blasa un cierto divieso.....

—»¿Es posible?

—Y..... y algo mas.

—»*Sac arnat*, dijo Blas, y el casamiento no se hizo.

»Poco tiempo despues, los dos Blases que se amaban: ¡pobres angelitos! murieron de dolor; y el camello, pesaroso y triste, despues de haber hecho reconocer los cadáveres, hizo cierta visita al culebron. Pero ¡oh des-

gracia! no pudo recibir consuelo alguno en su cuita: ¡los rigores del clima habian obligado al docto letrado á mudar de aires!

»No pocos de los presentes, riendo á cual mas, dieron muestras de aprobacion al terminar yo mi leyenda, y Pitágoras, participando de la hilaridad general, me preguntó:

—»¿Qué habeis imaginado decirnos con semejante *Tristrasiana*?

—»Una cosa muy sencilla, y es que para conocer la conducta de alguna persona deben tomarse informes de muchas de conocida probidad y buen nombre, y no de una sola, que podria disfrazar la verdad por un sentimiento de egoismo ó bien.....

—»¿Pero quereis aplicar su moralidad al caso presente?

—»¿Y por qué no? Sotavento no me habrá economizado los diviesos..... ¿Y qué hace el malandrin cuando yo le visito ó encuentro?

—»¿Y si Dracon hubiese interrogado á otras personas?

—»Dadlas al diablo si tienen las mismas cualidades que el otro.

—»Bien, bien, responden muchos.

»Maese Alvar García insinúa:

—»Por de pronto algo hemos adelantado: conociendo vuestra enemistad, en adelante ya no podrán tomarse mas informes de Sotavento.

—»Lo creo, porque ya no existe. Poco antes de entrar aqui he tropezado con él en el palacio de las sílfides, y sin mas ni mas le he arrojado por un balcon.

»Se aumenta el bullicio al oir esta mi respuesta, y Quintanal, incomodado, grita:

—»¿Por qué no se le ha de decir la verdad?

—»Tiene razon. Silencio.

»Cesando un tanto la confusion, Pitágoras repuso:

—»Tened entendido ante todo que Sotavento no ha muerto como creeis: al lanzarlo al ancho espacio, enredó su manta en los balaustres del balcon y quedó colgado.....

—»¡No ha muerto! ¡No ha muerto! exclamé arañándome el rostro.

»Pitágoras, sin ocuparse de mi interrupcion, continuó fijando en mí la vista.

—»Y á propósito de culebrones: uno conozco yo que podria disputárselas con el de la *Tristrasiana* y con todo lo que de mas culebron y refinado en astucia se ha conocido.

—»¡Bendita sea la Providencia! exclamó Bullanga, mi escudero.

—»Anda con todos lo diablos, repuse yo indignado.»

Estalla una interrupcion no menos grotesca y estruendosa que otras

veces. Unos se agitan en sus asientos, otros se levantan, y todos vocean dando bravos al estupendo narrador. Este, descarado como siempre, grita en medio del alboroto:

—Vuestros aplausos me son sospechosos. ¿Para quién son?....

—Para Pitágoras, le contestan Cabeza-de-Oro y Aznar.

—Porque comprendió que tú no eres el camello ni el rinoceronte, dice Rodrigo.

—Sino el otro, añade Rauret.

—Majaderos; ¿imaginais que Pitágoras dijo lo del culebrón por mí? pregunta Siscár:

—Lo diría por su abuela.

—O por Satanás.

Enrique de Busa, dirigiéndose al Bañolense, le dice esforzando la voz:

—La estraña ocurrencia de Pitágoras prueba lo que yo habia imaginado ya, y es, que por fin te conocieron en el *Psicostatmos*.

Semejantes palabras no son nada á propósito para contener el tumulto.

—Bravo, bravo, vocean de todas partes.

—¿Y la bendicion del hermano Bullanga?

—Prueba lo mismo.

—De todos modos, esto os acabará de convencer de la verdad con que cuento la historia, grita Siscár satisfecho.

—Por lo mismo pasamos en silencio la nueva escapada de Sotavento.

—Es cierto.

—No sucederia así si estuviera presente el Aragonés.

—Recibirias tu merecido; pero callad y oigamos.

—Silencio, silencio.

Terminado el incidente, rico de carcajadas y aplausos por una parte y de desvergüenza por otra, Siscár, volviendo á tomar el hilo de su relato, prosigue del modo siguiente:

—«Luego de haber entrado en el salon de los siglos XVII y XVIII, no menos magestuoso que el que acabábamos de dejar, me dijo Pitágoras:

—»No debe sorprenderos lo que veis: este salon es mas capaz que el anterior, porque serán en mayor número los hombres grandes que deben ocuparlo. Los conocimientos que nos han legado los antiguos son poco sólidos, y en estos dos siglos aparecerán génios que, dudando de todo, reconstruirán el edificio social sobre nuevas bases. Las artes y las ciencias harán progresos no menos grandiosos que rápidos, y el hombre marchará hácia una perfeccion que hoy no concebierais. ¿Es posible que alguno pueda vanagloriarse de haber señalado definitivamente los límites de la

ciencia y del arte? ¿Es posible contener al entendimiento humano en su inclinacion al progreso? ¿Cuántos secretos no pueden surgir repentinamente del seno de la naturaleza? ¿Conoceis vosotros los adelantos que podrán hacer vuestros hijos? Por otra parte, la diferencia de opiniones, el choque de las ideas y el aniquilamiento de las creencias añejas, producirán grande confusion; durante esta, el oscurantismo, herido de muerte, dirá á los monarcas para contener la justa indignacion popular: *Señor, las exigencias del pueblo son un insulto hecho á la corona: si pide es necesario reprimirle con mano fuerte. Vuestra Magestad no puede jamás ser injusto con él, porque en realidad no posee sino lo que vos os digneis otorgarle sin menoscabar el interés y el esplendor del trono.* Esto aumentará la general perturbacion; pero entonces ya la idea novadora se irá inoculando en las masas: algunos de los grandes talentos que darán honra y prez á este salon, sosteniendo una lucha heróica, harán conocer gradualmente á los pueblos su derecho y su fuerza.

»Mientras yo reflexionaba comprendiendo á medias los grandes trastornos que predecia el Filósofo, Chum añadía:

—»Uno de los génios de primer orden que poblará esta suntuosa estancia, será cierto *canciller* de Inglaterra, natural de Lóndres. Concibiendo la idea de reformar las ciencias que hasta entonces no habrán hecho mas que divagar por el casi estéril campo de las hipótesis, escribirá de jurisprudencia, política, historia, moral y filosofía. Daránle no poca celebridad el *Sylva sylvarum*, el *De dignitate et augmentis scientiarum* y algunas otras; pero la que particularmente le conquistará la inmortalidad será el *Novum Organum*, considerado como la representacion de una nueva y fecunda era filosófica.

—»¿Pasará toda su vida escribiendo?

—»Desgraciadamente para él no será así, objetó Solon.

—»¿Desgraciadamente decís?

—»Es la verdad, repuso Pitágoras. Dos sentimientos agitarán constantemente la vida del gran filósofo; el amor á la ciencia y una ambicion sin limites. Nombrado Gran-Canciller, será acusado de prevaricacion, y su memoria no pasará á la posteridad tan libre de mancha como fuera de desear. ¡Doloroso es no encontrar la moralidad en armonía con unas facultades intelectuales tan sorprendentes!

—»¿Pero sabrá rescatar el mal que haya podido hacer, de una manera digna?....

—»Dignísima. Retirado finalmente de los negocios, consagrará el resto de sus dias al cultivo de las ciencias.

»Después de haber andado algunos pasos, admirando como siempre

la riqueza de los estilobates, fustes y capiteles del espacioso pórtico, y otras bellezas arquitectónicas no menos sorprendentes, Pitágoras nos habló de dos ilustres poetas italianos que se esperaban para entonces y de un eminente escultor, pintor y arquitecto; despues continuó:

—»Otro de los personajes que esperamos en el siglo XVII, natural de Turena, provocará una grande revolucion en el mundo científico con sus obras, *Principios filosóficos* y *Discurso sobre el método*. Tampoco será escasa de interés una en la cual desenvolverá la teoría del movimiento de la tierra; pero temeroso de que le alcance la condenacion que por sostener la misma idea pesará sobre un célebre astrónomo italiano, se guardará de darla á luz.

—»Desgraciada suerte la de los génios en aquella época: ¿Si habrá algunos mentecatos que en lo venidero se atrevan á ensalzarla?

»Arisco Quintanal, como de costumbre, al oir estas palabras me contestó:

—»No será extraño, porque habrá gentes capaces de todo; mas sabed que el ilustre astrónomo italiano habrá tomado su idea de otro no menos distinguido astrónomo aleman, que por temor de incurrir en la censura de la Iglesia no publicará su libro *De revolutionibus orbium cælestium*. Este, que pertenece al salon anterior, visitando la Italia hará algunos trabajos científicos que le merecerán un puesto distinguido en la Iglesia.

—»¿Y ocultará su mejor obra?

—»Porque conocerá á fondo la intolerancia de los de su profesion. Su gran teoría le valdrá este palacio.

»Despues de haber oido á Quintanal, me dirigí á Pitágoras y le dije:

—»Sino he comprendido mal, habeis querido significar que el filósofo de Turena presentará como suyo.....

—»No tal, me respondió el anciano; admitirá solo un sistema conocido en su tiempo, apoyándole con multitud de cálculos y observaciones. Para ser uno de los mas grandes escritores no necesitará apropiarse lo ageno. Además de sus obras citadas, escribirá otras, tales como *Tratado de la luz*, *Tratado del hombre*, *La Mecánica*, *Compendium musicæ*; pero forzoso es decirlo, sus contradictores, teólogos fanáticos de no escasa influencia, acusándole de ateismo harán condenar sus escritos por la inquisicion.

—»¿Y le sucederá como á los otros?....

—»Morirá en tierra extranjera, no recibiendo mas consuelos que los de una reina de Suecia, que rendirá un sincero culto á las ciencias, á las letras y á las artes.

—»¿Y esta reina, conquistará un puesto aquí?

—»Por su cultura y por la proteccion que dispensará á las eminencias

científicas, se hará acreedora á él. Ved una de sus máximas. *El hombre debe progresar siempre en el bien: esta ocupacion ha de durar tanto como su vida.* Sin embargo, aunque con sentimiento, debo advertiros que no podremos aprobar los actos todos de su vida.

—»A pesar de esto, bueno será ver á una jóven y hermosa reina dar una leccion de tolerancia y sabiduría á los monarcas sus contemporáneos. Pero siento que teneis razon en que los siglos XVII y XVIII serán mas fecundos en hombres notables que el precedente.

—»Sin embargo, todavía no os he hablado de otros muchos que esperamos en la misma época. Figurarán entre ellos cierto matemático nacido en el condado de Lincoln, que viendo caer una manzana, concebirá la idea de la *gravitacion* universal, y un filósofo que escribirá un libro intitulado *El contrato social*, obra que, á pesar de sus errores, abrirá nuevas vias al entendimiento humano. Este filósofo será natural de Ginebra y.....

»Al pronunciar Pitágoras estas palabras, parecióme conveniente interrumpirle, y dirigiéndome á todos los presentes les dije con fuerte entonacion:

—»Supongo que no dudareis ni un momento del placer con que escucho cuanto me decís, pero permitidme haceros una pequeña observacion. Ginebra, Lincoln, Turena y otros pueblos que habeis citado, serán indudablemente cuna de hombres muy notables; pero esos pueblos no están en España; ¿es posible que tan ilustre nacion, patria de muchos personajes eminentes que aqui veo, no produzca durante dos siglos ninguna ilustracion capaz de ser recibida en esta morada? ¿Qué me decís á esto, nobles señores?

»Varios de aquellos egregios varones contestaron á un tiempo mismo á mi pregunta, lo que produjo una pequeña confusion: durante ella oí á Pitágoras que me decia:

—»Precisamente pensaba ocuparme ahora mismo de algunos españoles que abrazaremos con el mayor placer.

»Al mismo tiempo Diógenes insinuaba:

—»Este mozo lo quiere todo para su casa.

—»No, que lo querrá para la agena, contestaba Quintanal.

»Fernando III, Alfonso el Sabio, maese Alvar García, Berenguer el Grande y otros salian igualmente á mi defensa, pero enmudecieron luego al oir que Pitágoras decia:

—»Seria una cosa interminable si os hubiéramos de señalar todos los que por sus méritos han de merecer la honra de ocupar un puesto en el *Psicostatmos*. No obstante, respondien lo á vuestra pregunta, os puedo

asegurar que veremos muchos españoles. Entre ellos figurará un escritor de gran fama, nacido en Talavera, y que será andando el tiempo catedrático de teología en Roma. Se le deberán una *Historia de España* y un libro harto notable por sus atrevidas proposiciones, titulado: *De rege et regis institutione*. Veintiun años despues, tendremos ocasion de admirar el peregrino ingenio de un madrileño, autor de varios *Sueños*, que merecerán los honores de la traduccion en diversos idiomas. Estas producciones, llenas de gracia y de talento, serán un cuadro de las ridiculeces y vicios de la sociedad. En otra de sus obras, que merecerá la consideracion de obra maestra en su género, se burlará de algunas costumbres de su patria; pero seria largo enumerar sus escritos.

—»Veamos alguna otra celebridad.

—»Tampoco faltarán pintores; con veintidos años de diferencia tendremos la satisfaccion de recibir á un gran maestro y á un gran discípulo.

»Apeles interrumpió al anciano para decir con entusiasmo:

—»¡Qué ganas tengo de darles un estrecho abrazo! Aun están por venir y, gracias á la presciencia, la vista de sus sublimes creaciones ya me deslumbra. ¡Qué *Retrato de Olivares*! ¡Qué *Cuadro de familia*! ¡Qué *rendicion de Breda*!.... serán la mas perfecta imitacion de la naturaleza.

—»Bravo, bravo, exclamó Paneno.

»Zeuxis, el autor de la famosa *Helena*, añadió:

—»¿Y los del gran discípulo? ¿Qué me dices de la *muerte de Santa Clara*, del *hijo pródigo* y de la *Concepcion*? ¿Podrá darse mas suavidad, mas brillo y mas frescura y armonía de colorido? ¿No presentarán la escuela española en toda su pureza?

»Eupombo el de Sycione, repuso con calor:

—»Para responder á vuestras preguntas, solo os diré que si hubieran aparecido en nuestro tiempo habriamos corrido peligro.

»Una salva de aplausos acogió estas palabras.

—»Honor y gloria á Sevilla, exclamaron todos, patria de dos tan grandes artistas.

»Pitágoras, alzando la voz, hizo cesar el rumor y continuó de esta guisa:

—»Como un lustro despues, vendrá á este sitio un gran poeta dramático, verdadero representante del génio y carácter español en aquella época, cuyas producciones se distinguirán por la intencion filosófica que en ellas campeará. Entre las infinitas que dará á luz su portentoso ingenio, merecerán una fama europea, *La vida es sueño*, *La devocion de la cruz*, *A secreto agravio secreta venganza*, y algunas otras no menos dignas de estudio y de eterna alabanza.

»En medio del silencio con que todos escuchábamos á Pitágoras, Bullanga, con harto sentimiento mio, tomó la palabra y dijo con su aturdimiento de costumbre:

—»Por lo visto, en aquellos tiempos tendrá mas cuenta ser pintor ó poeta que filósofo.

—»¿Por qué lo dice hermano? le preguntó Quintanal riendo y con mucha socarronería.

—»¿Pues no habeis oido lo que sucede á los filósofos en la tierra? respondió mi escudero. Los persiguen, los empalan vivos ó mueren rabian-
do en el destierro.

»Airado con su malhadada é inoportuna bendicion de poco antes, y temiendo otros rebuznos que pudieran comprometerme, le interrumpí diciéndole en voz baja:

—»Bárbaro; ¿no oyes que entrarán aquí y.....

—»Entrarán despues de haber sido.....

—»Bueno y muy bueno es venir á este palacio.

—»Pero es mejor no ser empalado.

—»El martirio los hará acreedores.....

—»Haciéndose pintores alcanzarian lo mismo sin necesidad de ser mártires. Ninguno de mis hijos será filósofo.

—»Yo creo, las damas me lleven, que vas á rebuznar otra vez, hermano Bullanga.

—»Haste filósofo y tu me lo dirás, objetó con su acostumbrada obstinacion.

—»Pasado te veas por el ataud. Borrico, si no temes por tí ni por tus hijos, guárdame alguna consideracion, repliqué con enojo y casi sin poderme contener.

»Pitágoras, que habia escuchado nuestra conversacion, me dijo con acento grave:

—»Sosegaos; y el hermano Bullanga procure guardar silencio, considerando que, si no hubiese venido con uno de los mejores caballeros del mundo, podría haberlo pasado algo mal.

»Mientras yo me inclinaba, agradeciendo al noble anciano su cortesía, Bullanga exclamaba:

—»Por haber insinuado que los filósofos.....

—»Todavía tengo que mentar otro muy célebre, interrumpió Pitágoras, que será el inspirador de una secta filosófica llamada de *los enciclopedistas*.

—»Y yo tendré necesidad de repetir: haste filósofo y tu me lo dirás, porque.....

—»Calle ahora, hermano, calle, replicó Quintanal sobremanera incomodado.

»Enmudeció por fin Bullanga, no sin grande satisfaccion mia, y yo pregunté al anciano:

—»¿Y qué nos decís de ese filósofo?

—»Será el escritor mas universal de su tiempo. Dotado de extraordinario talento, de una flexibilidad de imaginacion admirable y muy erudito, abrazará casi todos los conocimientos humanos. Daráse á conocer en la tragedia, en la epopeya, y en otros géneros literarios; pero lo que hará llegar al colmo su reputacion, será el poema *La Henriada*, á pesar de lo mezquino del plan, y una obra que se titulará *Ensayo sobre las costumbres y espíritu de las naciones*, en la que desplegará una grande erudicion. En una de sus páginas, hablando de la religion primitiva y de la imposibilidad en que estaban los primeros hombres de elevarse al verdadero conocimiento de Dios, por las muchas y apremiantes necesidades que sobre ellos pesaban, nos dirá: *El conocimiento de un Dios creador, remunerador y vengador, es el fruto de la razon cultivada*: verdad sublime que desconocerán ó fingirán desconocer los que mentando siempre á Dios, se oponen al desarrollo de la inteligencia, por un sentimiento de egoismo contrario al espíritu y á la letra del Evangelio. Pero sensible es decirlo; será tambien autor de otro poema, harto célebre, en el cual ridiculizará la memoria de una doncella heroica, cuya existencia será de las mas interesantes y poéticas que pueden ofrecer los anales de las naciones.

—»¿Y obtendrá este palacio? pregunté admirado.

—»Lo obtendrá, pero le está reservado en él un castigo que estremece, como alguno de los que habeis presenciado.

—»Me parece bien; pero supongo que el pueblo hará justicia á la doncella, y.....

—»Algun tiempo despues podrá ser; pero al pronto el poema merecerá la aprobacion general.

—»¿Es posible?

—»Siento decíroslo. Ese poema, donde con el mayor cinismo y desvergüenza será arrastrada por el lodo una de las glorias mas esplendentes de la patria del autor, alcanzará á pesar de esta circunstancia un éxito tan completo como inmerecido. El tiempo únicamente hará justicia á la sublime heroina y á su mordaz cantor. El gran talento de este y su no menos grande popularidad, serán parte á grangearle entré sus contemporáneos muchos émulos y envidiosos que le dirigirán rudos ataques, á los que él contestará de una manera algun tanto descomedida y violenta.

Enemigo declarado del despotismo y de la ignorancia , contribuirá con sus amigos los enciclopedistas á producir una sangrienta catástrofe que trastornará por completo las bases de la organizacion social , abriendo nuevo camino al progreso y á los adelantos humanos.

»Dicho esto, entramos sin detenernos en el salon de los siglos XIX y XX.





LIBRO LXVIII.

SALON DE LOS SIGLOS XIX Y XX.—UN GRAN GUERRERO.—MAS HOMBRES CÉLEBRES —
DE LA E-TRAÑA REVELACION QUE HACE PITÁGORAS AL BAÑOLENSE.—DE CÓMO SIS-
CÁR PROYECTA UNA VISITA.—INCONVENIENTES QUE SE LE PRE ENTAN.—UTILIDAD DE
LA PRESCIENCIA.—EL SIGLO XX.—SUS TENDENCIAS.—SE ANUNCIA EL MARTIRIO DE
UN HOMBRE BUENO.—EL BAÑOLENSE MODIFICA SU OPINION CON RESPECTO AL AUTOR
DE SUS VIAJES.

No encontrais algo de notable, me dijo Pitágoras, en la arqui-
tectura de este recinto? Paréceme que os debe ser algo des-
conocida.

—»En efecto; teneis razon le contesté, veo aqui mezclados
los cinco órdenes, pero con aditamentos y modificaciones que has-
ta ahora no habia advertido en ellos.

—»Reparad con cuidado. Ved que sin imitar servilmente el
arte romano se han puesto á contribucion, sin embargo, los ele-
mentos que le constituyen. El medio punto ha reconquistado su antigua
importancia: los diferentes órdenes aparecen sobrepuestos entre sí aun-
que con alguna variacion en sus molduras y proporciones: los follajes y
demas adornos han sufrido una alteracion notable, siguiendo el modelo
de los arabescos antiguos: abundan los revestimientos de mármol y los me-
dallones.....

—»¿Y no me direis las causas que influirán para producir este cambio?

—»La principal y mas positiva de todas será que los italianos, celosos guardadores de las tradiciones del arte romano, segun vos mismo habeis insinuado, no habrán querido admitir de un modo absoluto el gótico, y viendo una ocasion favorable, se aprovecharán de ella para poner en uso los órdenes antiguos, aunque con ciertas restricciones.

—»Os agradezco estas noticias, pero permitidme que os haga una observacion. Me habeis explicado en algun tanto el conjunto de la arquitectura; pero no tanto detalle como aqui veo y que para mí no tienen un carácter bien determinado.

—»Eso depende del espíritu que dominará en estos siglos. Hace poco, al indicaros uno de los hombres que han de venir á ocupar el salon que acabamos de recorrer, os he dicho que sus obras influirian mucho para determinar una revolucion de gran trascendencia. Esta revolucion, al estenderse pujante y dominadora por todo el orbe civilizado, pondrá en fermentacion las ideas, hasta tal punto, que muchos espíritus meticulosos, al ver el desórden, aparente que será la consecuencia de aquel movimiento, creerán llegados los tiempos del fin del mundo: sin embargo, no sucederá nada que no sea la manifestacion elocuente del progreso humano. La antigua organizacion social quedará desecha al impulso regenerador del siglo; pero en cambio será reemplazada por otra mas conforme con las nuevas necesidades. El hombre tendrá una idea mas exacta de su personalidad y de sus derechos, y aquellos que durante tantos siglos procuraron confundir las mas claras nociones de la conciencia humana, para ejercer un despotismo cruel y envilecedor, veránse obligados á inclinar la frente ante los mismos á quienes dominaron sin trabas en otro tiempo. Los resultados de esta revolucion serán inmensos, no solo por lo que respecta al órden social y político, sino tambien por lo que se refiere al arte y á todas las esferas de la inteligencia y actividad humanas. La arquitectura sufrirá como todo bastantes modificaciones, y reflejará el carácter cosmopolita y civilizador de la época. No puedo ir mas allá sobre este asunto, porque como os he dicho no há mucho, seria traspasar mis facultades y.....

—»Bueno, bueno, soy poco curioso. Decidme algo de los hombres que han de ocupar esta parte del palacio.

—»Entre otros muchos la honrarán cuatro grandes inventores, cuyos descubrimientos están destinados á reportar inmensos beneficios á sus semejantes. Los que realizarán dos de ellos os parecerian hoy un prodigio: en muy corto tiempo se trasladarán las gentes á largas distancias y.....

—»Esto no es nuevo; por ahí debe andar el Monge Gris que cuando

se empeña, hace volar á todo el que le incomoda, interrumpió Bullanga mi escudero.

»Mas un clamoreo general obligóle á guardar silencio, y el anciano pudo continuar de este modo:

—»Otro de los cuatro sabrá impedir que el fuego del cielo cause los estragos que hoy produce, y finalmente, el último, robando á la luz solar el poder misterioso que aun no le conoceis, proporcionará un medio para reproducir la imágen de todos los objetos de la naturaleza.

»Mientras yo, asombrado, reflexionaba sobre los raros inventos que anunciaba Pitágoras, César que hasta entonces no habia desplegado los labios, dirigiéndose al Filósofo le dijo:

—»Amigo mio, paréceme que ocupándoos del siglo XIX olvidais á un gran capitan y.....

»Pitágoras le interrumpió con viveza:

—»No olvido tal: precisamente ahora mismo estaba pensando que para darle á conocer á este caballero, vos sois la persona mas á propósito.

—»Bravo, bravo; bien pensado, exclamaron Mário, Scipion, Anibal y algunos otros caudillos ilustres.

—»Lo haré con mucho gusto si así lo deseais, respondió el autor de los *Comentarios*.

—»¿Se trata de algun aventajado hombre de armas? pregunté yo entonces.

—»Así es, me respondieron varios.

»Dicho esto, tomando César la palabra, se esplicó en estos términos:

—»Aunque nacido de una familia modesta, se elevará hasta el trono en alas de su génio esencialmente militar. En medio de las discordias civiles que ensangrentarán su país, aparecerá como un águila entre buitres que se disputan una presa. Confundidos por su gloria y por su grandeza, desaparecerán ante él los gefes de las facciones, dejándole dueño del campo y único representante y propagador de la idea revolucionaria que surgirá en su tiempo y á la cual abrirá camino por el mundo con su vencedora espada. En muy corto tiempo sus victorias serán tales, que una sola bastaría para ilustrar un nombre. Apenas si Arbela y Maraton podrán serles comparadas, y su *campana de Italia*, en donde destruirá cinco ejércitos, cada uno de ellos superior al suyo, será un modelo en donde podrán inspirarse los grandes capitanes de los tiempos futuros. Enorgullecido con sus triunfos, dominado por la ambicion, el ilustre guerrero destituirá reyes y dinastías; creará estados en provecho de su familia y de algunos soldados atrevidos, y escitará como Alejandro y Pompeyo la admiracion de todas las edades.

»Al oír estas palabras el hijo de Olimpia sonrió, tal vez recordando el Gránico; Pompeyo inclinó la frente ante su dichoso rival, y mientras los guerreros de diversos países palmoteaban, yo decia para mí mismo:

—»Mucho sabe este mozo. Parece que en sus discursos no ha perdido la costumbre que tenia por escrito de elogiar á sus enemigos.

»Agradeciendo con el gesto la cortesía de sus oyentes, César dirigiéndose á mí, continuó de esta manera:

—»Sin embargo, como no todos sus actos serán irrepreensibles, se atraerá no pocos enemigos, y vuestro país será uno de los que con mas ardor le harán la guerra. Los pueblos se disputarán la gloria de combatir contra él. Uno merecerá el dictado de *heróico*, otro el de *inmortal*, y enorgullecida la nacion con tales hijos, resistirá al coloso con una constancia sublime, dando útiles lecciones á la suspensa y espantada Europa. No obstante tales contratiempos, el ilustre guerrero, tan diestro administrador como hábil caudillo, continuará todavía la gigantesca lucha, convirtiéndose en el mas decidido adversario de la idea revolucionaria, cuyo instrumento habrá sido hasta entonces. Fascinado por último al verse casi dueño y árbitro de pueblos y reyes, concebirá el sorprendente designio de hacerse monarca universal, y este delirio acabará de enagenarle el amor de las naciones, porque para realizarle atropellará la justicia y el derecho de gentes. Sus armas sufrirán rudos descalabros en el Mediodía y en el Norte, y estas causas, unidas al descontento que habrá provocado en su propio país, al egoísmo de sus tenientes y á otras menos importantes pero tambien eficaces, precipitarán su caída. El coloso que con un solo gesto estremecía á los reyes, abandonado de todos, terminará sus dias en una isla perdida en la inmensidad del Océano.

»Afectado al oír estas palabras, no pude menos de esclamar:

—»Sensible es sin duda que los hombres destinados por la Providencia al servicio de la humanidad se estravíen en su gloriosa mision; pero paréceme que en el infortunio debia haberse respetado al hombre grande que.....

»Preocupado César tal vez con alguna idea melancólica que en aquel momento cruzaba por su mente, me interrumpió:

—»Es cierto; pero sucederá lo contrario. Tan poco generosos como desleales, los príncipes sus enemigos, se complacerán en amargar los últimos dias de su existencia, rodeándole de crueles carceleros y de despreciables esbirros.

»Pareciéndome ver algo inmutado al heróe de Farsalia, no quise insistir mas, y continuamos recorriendo la parte del salon correspondiente al siglo XIX. Durante la marcha, Pitágoras no dejó de ser complaciente:

despues de habernos entretenido sobre algunas celebridades que darian diversos paises, dijo ocupándose del nuestro:

—»La escena española, que durante mucho tiempo no habrá tenido rival, se verá inundada por una nube de escritorzuelos sin talento, sin gusto y sin instruccion. Sus monstruosos engendros literarios, producto de la mas refinada ignorancia, escandalizarán á las gentes doctas y entendidas; mas la aparicion de un grande ingenio, vengador de las letras, se hará esperar poco, y empuñando el látigo de la sátira y de la burla los arrojará ignominiosamente del profanado teatro. Por supuesto autorizará con el ejemplo su critica, dando á luz *El Sí de las niñas*, *El Café ó la comedia nueva* y otras producciones no menos dignas de estimacion y aplauso; pero notad que si los esfuerzos de este escelente y atrevido escritor no bastasen para desterrar el mal gusto de la escena, no faltaria otro no menos esclarecido, capaz por sí solo de darla el lustre y esplendor de sus mejores dias. Juzgadle vos sabiendo que sus producciones han de merecerle la preciada corona del génio. Sus compatriotas ceñiránle el laurel de oro, y la frente del gran poeta irradiará la gloria conquistada en las inmortales odas *Al mar*, *A la imprenta* y *Al panteon del Escorial*. Su tragedia *Pelayo* y.....

»Timantes, autor del *Sacrificio de Yfigénia*, le interrumpe objetando:

—»Es preciso no olvidar al último representante de la antigua escuela española en pintura.

—»No lo he olvidado, amigo mio, repuso Pitágoras; nacerá en Fuente-de-Todos, en Aragon, y se hará notable por un *Crucifijo*, *El prendimiento de Jesucristo*, y tambien por algunos grabados llenos de originalidad y talento.

—»¿Y nada decís de un orador que por la grandeza de sus pensamientos y la elegancia de sus formas será acreedor al dictado de *divino*? preguntó Demóstenes.

—»No pensaba en manera alguna pasarle en silencio, y con mucha mas razon teniendo en cuenta que sus virtudes serán tan grandes como sus talentos. No ignorais que tanto él como los anteriores recibirán por recompensa este palacio, en compañía de algunos otros que en la misma época harán heróicos esfuerzos para hacer triunfar la idea regeneradora.

»Al mismo tiempo que Pitágoras pronunciaba estas palabras, los dulces acordes de un instrumento, para mí desconocido, que tañia un personaje de apuesta figura, me llamaron poderosamente la atencion. Al dirigirme á él vile sentado sobre una banqueta forrada de terciopelo escarlata, y delante de una caja cuadrilonga colocada sobre cuatro sustentácu-

los. Mi sorpresa no fué poca al ver que el lujoso cajon tenia el mismo teclado que los órganos (1), y que el artista lo tocaba de igual modo.

—»¿Qué es esto? pregunté.

—»Es un instrumento que aparecerá en el siglo XVIII, recibiendo el nombre de *piano*, me respondió Simonides, el mismo que añadió un séptimo tono á la escala musical.

—»¿Y quién ha de ser su inventor?

—»Un organista de París, á quien por este solo hecho recibiremos con el mayor gusto.

»Después de haber examinado el complicado mecanismo del extraño cajon que despedía tan agradables sonidos, seguí preguntando:

—»¿Quién es el que lo toca?

»Olimpo, el inventor de los semitonos, se apresuró á contestarme:

—»Es Jubal, uno de los primeros que se han ocupado de la música. Pero os advierto que alternativamente le tocamos todos, y por cierto que nos proporciona momentos deliciosos.

—»Yo lo creo. ¿Y qué me decís de la inspiración del señor Jubal en este momento?

—»Nos hace oír el brillante terceto de *Guillermo Tell*, melodía perteneciente á una gran composición lírica que se llamará *ópera*.

—»¿Cómo! ¿Ya sabéis lo que en lo venidero compondrán?....

—»¿Quien lo duda? la presciencia todo lo alcanza.

—»Cierto, cierto, repliqué; pero entendámonos sobre la bondad de la composición. ¿En dónde está Gui de Arezzo?

»El célebre benedictino, que no estaba lejos, me respondió:

—»Cerca de vos para servirlos.

—»No me habían engañado al asegurarme que érais tan cortés como entendido.

—»Gracias, muchas gracias.

»Olimpo, algo incomodado, repuso:

—»¿Acaso desconfiais de mis palabras?

—»No he pretendido hacer tal cosa; pero os advierto que yo no soy como Dracon: no está demás oír el informe de personas competentes como vosotros dos, nobles señores.

»Interrogado luego Gui de Arezzo sobre el particular, se espresó en estos términos:

—»El inspirado autor de *Guillermo Tell* nacerá en Pésaro, pueblo de Italia. Sus composiciones serán muchas y admirables, pero le darán mas

(1) Durante el siglo XIII el uso de los órganos en las iglesias se hizo general. Los chinos atribuyen su invención á Hoang-Ti.

particularmente eterna fama *Semíramis*, *Moises* y la que nos ocupa, por los nuevos y felices recursos que en ellas desplegará su poderoso génio. En ellas se manifestará creador de una música original por la espresion y desarrollo de la idea melódica, por la riqueza de las combinaciones armónicas é instrumentales, y por sus grandiosos conceptos, destinados á hacer la admiracion de las generaciones y á formar época en los fastos del arte musical.

»El informe del famoso benedictino pareció bien á todos los presentes, y yo no dudé ni un momento de las relevantes dotes que predecian al autor del *Guillermo Tell*. Al poco tiempo, dejando al buen Jubal que continuase en su deliciosa ocupacion, seguimos nosotros paseando por la anchurosa estancia, hasta que Pitágoras, parándose de repente, me dijo no menos grave que otras veces:

—»Prescindiendo por un momento de este palacio, no quisiera olvidarme de insinuaros algo que os toca de cerca.

—»¿A mí? le pregunté admirado.

—»Sin duda alguna. Habeis de saber que en el mismo siglo XIX aparecerá un escritor que entre otras cosas nos contará la historia de vuestros viajes.

»Sorprendido de nuevo, miré el rostro del anciano para ver si algun gesto involuntario ó ligera contraccion revelaban en él las maneras burlonas que habia tomado otras veces; pero nada observé. Conservaba su natural actitud y nada desmentia en aquel momento su gravedad ordinaria. Convencido de esto le contesté un tanto reservado.

—»Podrá ser.

—»¿Os admira?

—»De ningun modo.

—»Si quereis saber algo de lo que nos contará.....

—»Oiré cuanto querais insinuarme.

»Entonces se formó un gran corro al rededor nuestro, y Pitágoras continuó diciendo:

—»Por ejemplo, hablándonos de vuestros amores con la sin par Julia de Huris, nos dirá en su libro que los juglares y saltimbanquis del ejército sabrán de ellos tanto como vos.

—»¿Lo cuál valdrá tanto como llamarme parlanchin?

—»¡Tal vez!

—»¡Ah! Adelante, adelante, repuse conteniéndome.

—»Insinuará además que la hermosa dama, despues de haber esperado algun tiempo á su caballero, dará corazon y mano á uno que habrá deseado vestir el hábito.

»Algunas carcajadas le interrumpieron por un momento; pero yo, parapedado en mi reserva, aunque la sangre comenzaba á hervir en mis venas, me concreté á decir:

—»¡Será chistoso el autor!

—»Tampoco olvidará vuestro carácter llamándoos irreflexivo, y añadiendo que nunca sabreis calcular las consecuencias de vuestras imprudencias y.....

—»¡El las calculará mejor!.... Apuesto á que habrá hombre que mas quisiera tener un dolor de muelas que leer una página de semejante librote.

—»No será extraño porque.....

—»¿Podria ser otra cosa?

—»Y que vuestro rostro en ciertos momentos tomará una espresion tan burlona y chocante, que cuantos os vean huirán.....

—»¿Qué mas pudiera decirse de la cabeza de Medusa?

—»Para no teneros mas tiempo suspenso, direos por último, que el juicio que el autor formará de vos quizá lo expliquen bien estas palabras que continuará en su libro: *Razona poco, no hay duda; sus locuras son muchas y su cabeza no está muy bien sentada, pero.....*

—»¡Y siguen el chiste y la gracia!

—»Culpad á vuestra impaciencia si algo os queda que saber.

»Mientras yo estaba reflexionando la respuesta que daria á Pitágoras, Bullanga mi escudero le preguntaba:

—»¿Este autor hablará tambien de mí?

—»Tal vez si lo intentara no sabria qué decir.

—»¿En verdad? repuso Bullanga soltando una carcajada.

»El anciano, echándole una mirada oblicua, prosiguió dirigiéndose á él:

—»Hermano, si quereis conquistar una página en la historia, el momento es oportuno, porque el autorcillo consignará en su libro la conversacion que tenemos. Explicaos pues....

—»¡Explicarme!

—»¡Atraparle á ese! exclamó de repente Quintanal con no poca malicia.

—»¡Qué le atrape! Parece que el carnaval le gusta, hermano, y.....

—»El carnaval es bueno, respondió Bullanga.

—»Pero tras de él cae la máscara.

—»Pobre soy, pobre me quedo.

—»Pero á ciertos pobres les falta.....

—»Lo que sobra á los ricos.....

—»Bravo, bravo, le interrumpieron varios

»Calculando yo entonces que ya no se atribuirian mis palabras á un raptó de ira, despues del maduro y detenido exámen sobre lo dicho relativamente al autor de mis viajes, le dí á Pitágoras la siguiente respuesta:

—»Las pruebas que me habeis dado de vuestra presciencia no me dejan duda alguna sobre ella. Yo creo en vuestras palabras; mas puesto que segun vos mismo el autor continuará este diálogo en la historia de mis viajes, razon es que yo dé una respuesta cumplida á sus provocaciones. La descripcion no es otra cosa que la pintura animada de los objetos, y nótese que en ella, mas que en otra parte alguna de la composicion, distinguimos al escritor malo del que lo es bueno. Pero la etopeya describe las costumbres ó bien las cualidades ó defectos de una persona, empleando siempre colores vivos, rasgos naturales, y no faltando nunca á la verdad histórica. Y es claro que si las descripciones están en oposicion con los hechos de las personas que se describen, diránle cuando menos al autor que no supo sostener los caractéres. Esto solo prueba la sinrazon del que lo será de mi historia. Capitanes y subalternos, todos me animan y festejan para que les refiera mis viajes, y sin embargo, él se atreve á afirmar que unos y otros me huyen temiendo la espresion burlona de mi semblante. ¿Es permitido desnaturalizar la historia de este modo? No habrá en la tierra mas que un escritor pigmeo, y este ¡ay de mí! será el que escribirá mis viajes. Muchas serian las distracciones de Alejandro cuando la Providencia le condenó á ser azotado por Quinto Curcio. ¿Podria decirse de mí lo mismo? A pesar de haber llegado á los treinta años, todavía no me reconozco pecador y.....

»Iba á continuar haciéndome cargo una por una de las palabras del autor para defenderme de sus injustos ataques; mas hube de interrumpirme observando que Pitágoras se reia á mas no poder. Confieso que necesité de toda mi sangre fria para contenerme. Sin embargo le dije muy sobre mí:

—»Mientras hablábais vos, á fe que yo no me reia, y las damas me lleven, no me faltaban motivos para ello; porque decir el autor que yo no razono es el colmo de la estravagancia.

—»No obstante.....

—»¡No razonar yo, y le rompí un brazo á un lionés que pretendia que su señora era mas apuesta que la mia! Lo contrario quedó demostrado, y la razon fué convincente.....

»Entre las risas de los presentes, Pitágoras me interrumpió diciendo:

—»Permitidme... Se hace tarde y en breve tendremos que separarnos.

—»En efecto: y no dejará de estar impaciente alguno que yo sé; pero.....

—»Oid, prosiguió Pitágoras volviendo á interrumpirme; yo convengo en que la historia, que en el fondo es la ciencia de los hechos, ha sido constantemente desfigurada y llena de reflexiones triviales. Unas veces el espíritu de investigación brilla á espensas de la verdad, y otras rumores desnudos de todo fundamento sustituyen á los hechos acreditados. Un escritor que florecerá en los siglos XVIII y XIX nos dirá en su obra: *L'an deux mille quatre cent quarante*, y dirá muy bien: *Cada historiador acomoda los hechos á sus ideas, á poca diferencia como un cocinero guisa los manjares; hay que comer á gusto del marmiton; hay que leer á gusto del escritor.* En fin, el hombre que reflexione algo sobre la naturaleza del espíritu humano, paréceme que deberá convencerse de la imposibilidad de escribir una historia verdadera. Mas vos, á propósito del que escribirá la vuestra, olvidais una cosa muy esencial, y es; si nos dirá las buenas cualidades al lado de las malas que os presta. Si me hubiéseis interrogado sobre esto.....

—»Nada mas quiero saber de ese escritorillo..... porque ya tengo formado mi plan y podrá no pasarlo muy bien. Decidme solo de dónde será hijo y... .

—»De vuestro pueblo.....

—»¿De mi pueblo? exclamé asombrado.

—»Sin duda, y aun podría ser que estuviese emparentado con vos, porque la rozagante Julia de Huris dará á luz seis hijos que educará.....

—»Permitidme, le interrumpí ansioso. Entendámonos..... ¿Supongo que el padre de esos niños será el hijo de mi madre?

—»¿Y por qué no yo? preguntó el Buen Mozo, que, como es sabido, no podia estarse quieto hablándose de mugeres.

»Entre tanto que algunos, mas con risas y carcajadas que con amonestaciones le obligaban á callar, Pitágoras, contestando á mi pregunta, decia:

—»Ya os he insinuado que el libro explicará perfectamente quién será el dichoso mortal que alcance la mano de la incomparable Julia.

—»¿Entonces el autor de mis viajes dirá la verdad con respecto á este punto?

—»Si poneis en duda mis palabras, fácil os será salir de ella, interrogando á los que como yo gozan del don de la presciencia.

—»Es cierto, es cierto, gritaron todos los presentes en coro, y Quintanal, no queriendo dejarme en aquella atormentadora ansiedad, añadió:

—»No perdais el tiempo lastimosamente: cuanto os acaba de decir es

cierto. Por manera que si alcanzais con el tiempo la mano de mi señora Julia, sereis ascendiente del autor de vuestros viajes.

»Mientras yo quedaba reflexionando sobre la posibilidad de que me viniese á las mientes la horripilante idea de hacerme fraile, mi escudero, cansado como otras veces de callar, preguntaba á Pitágoras:

—»¿Y no será tambien su pariente por parte de Adam, como yo lo soy de los mas encopetados señores?

—»Hermano Bullanga, si os descuidais volvereis á rebuznar, contestó el anciano sonriendo.

—»No tal, repuso Bullanga. Adam fué rey de la creacion y yo soy su descendiente por línea recta, y por ende tan noble como los mas nobles.

—»Tiene razon el hermano: es tan noble como el primero, exclamó Tiberio Graco al oír la estraña ocurrencia de mi escudero.

»Caton, Ciceron y otros muchos aplaudieron, y envalentonado Bullanga con la aprobacion de tales personajes, continuó:

—»Podeis llamarme pechero y villano, como hacen con nosotros los magnates de la tierra; pero la verdad no puede menos de hacerse camino por todas partes. Hubieran los nobles cumplido los deberes que su título les impone; hubieran sido siempre leales, generosos, instruidos y caballeros, y nunca nos ocurriera elevarnos hasta ellos, porque nuestra misera condicion no nos permite disponer de los medios de que ellos disponen para elevarse sobre nosotros. Viéndolos ser el dechado de todos los vicios, arrastrando sus timbres por el cieno y poniéndose al nivel de los hombres mas abyectos, ¿quereis que los consideremos? Puesto que tienen los mismos vicios que nosotros, son lo mismo que nosotros.

»Yo nada admiré de mi escudero; pero á no pocos de los presentes les sucedió lo que poco antes habia sucedido á Pitágoras, y fué, que se le quedaron mirando como si buscasen en su rostro la solucion de algun enigma. Por supuesto sus intentos fueron vanos: definir á Bullanga era mas difícil que hallar la cuadratura del círculo. Siguiéronse algunos cuchicheos, hasta que Pitágoras, volviendo á tomar la palabra, dijo:

—»Los títulos de nobleza fueron en su origen destinados á premiar los servicios patrióticos, reconociendo de este modo las altas y nobles virtudes del que los habia hecho. Posteriormente la nobleza, como todas las instituciones humanas, fué degenerando, entre otras cosas por haberse hecho hereditaria. Entonces el legítimo orgullo que antes tenia, se convirtió en ridícula vanidad, porque ya no era la significacion del título lo que se buscaba, sino meramente una distincion que la hiciera superior á lo comun de las gentes. Licurgo, que nos está oyendo, decia á su paso por la tierra: *¿Qué importa que uno sea de la raza de Hércules, si es in-*

capaz de las grandes acciones que elevaron al héroe al rango de los semi-dioses? Pero ciertas palabras de Maximiliano prueban aun mas el concepto que se tenia de la nobleza en su origen. A un ciudadano opulento que deseaba ennoblecerse, le respondió: *Puedo enriqueceros, pero haceros noble no está en mi poder. Vuestras acciones y virtudes pueden solo daros lo que ambicionais.*

»Pareció bien á los presentes lo que insinuaba el anciano respecto de la nobleza, y yo por mi parte puedo aseguraros que en otro caso y circunstancias me hubiera permitido hacer algunas observaciones en apoyo de su opinion. Pero altamente preocupado de lo que habia oido poco antes del que sería autor de la historia de mis viajes, y no pensando en otra cosa que en tomar una venganza anticipada, pregunté á Pitágoras:

—»¿Habeis dicho que el desdichado autor será hijo de mi pueblo?

—»Lo será en efecto.

—»Esta circunstancia constituye un doble crimen: tratándose de un paisano suyo debia ser mas circunspecto, mayormente si llega á ser como sospecho descendiente mio, cosa que él no podrá ignorar. Pero ¿acaso encontrará los papeles que yo deje escritos á la hora de mi muerte?

—»No.

—»En este caso escribirá mi historia como se escribe un cuento.

—»Algo de esto sabreis al tratar de las cosas del siglo XX.

—»No importa, mi plan está formado y soy muy capaz de pedirle personalmente cuenta de su conducta.

»No pocos rieron de mi propósito, y el anciano me preguntó:

—»¿Olvidais que escribirá vuestra historia en el siglo XIX, y que por consiguiente tardará aun en nacer mas de cinco siglos?

—»No olvido tal. Pero ¿ignorais vos la oferta que me ha hecho Mab, la reina de las hadas, cuyo poder alcanza á todo?

—»Algo sé.

—»No tendré mas que insinuarla que quiero conocer la sociedad del siglo XIX y..... un momento despues me veré en medio de ella. Ya veis que no es imposible el que yo pida por mí mismo esplicaciones al autor. Y notad que en este caso me presentaré en Madrid ó en donde se halle, al mismo tiempo que publique mis viajes.

—»Nada de esto ignoro.

—»Como observábais que tardaria en venir al mundo.....

—»Quería disuadiros de semejante intento, y son muchas las razones en que para ello me fundo. Al autor no le faltarán penas.

—»Podré ahorrárselas todas, aunque el diablo.....

—»Yo confío en que modificareis vuestra opinion sobre él cuando, como he dicho, oigais algo que concierne al siglo XX.

—»No haré tal.

—»Bueno es que sepais algunas particularidades de su vida.

—»Las oiré con mucho gusto.

»Entonces Pitágoras, con cierto acento patético que revelaba el mucho interés que tenia por el autor, y el deseo de que yo no insistiese en mi resolucion, habló de este modo:

—»Consagrado á la nobilísima carrera de las armas, dedicará su inteligencia y su brazo á servir la causa de la civilizacion y el progreso. Colocadas una en frente de otra las dos tendencias que se dividen el imperio del mundo, y trabándose entre ellas una lucha tan sangrienta como porfiada, sobraránle ocasiones en que demostrar, tanto la vehemencia y sinceridad de sus convicciones, como aquellas virtudes de la guerra que son necesarias á todo hombre de armas para serlo bueno.

—»No es malo que se conserven los sentimientos caballerescos de nuestra época, dijo Alfonso el Sabio.

»No pocas de aquellas ilustraciones militares irguieron la cabeza y retorciéronse el bigote, mientras que Pitágoras proseguia diciendo:

—»Consagrará mas tarde toda su energía á las luchas parlamentarias, defendiendo con igual perseverancia y entereza sus opiniones, sin que le arredren las amenazas ni le fascinen los halagos. Su adhesion á la causa de la libertad y su firmeza á la fe jurada le entorpecerán en su carrera, ocasionándole récios disgustos: el negarse á hacer un tráfico escandaloso del honor, será considerado en ciertas épocas como una falta imperdonable. Pero en donde sufrirá las persecuciones mas injustas y los tratamientos mas indignos é inmerecidos, será en el ostracismo. Grados, honores, riquezas, todo le será ofrecido entonces á manos llenas; mas nada podrá alterar la nobleza y patriótica resolucion del proscrito: bien que su fortuna haya menguado en las borrascas politicas, resistirá las oleadas tempestuosas de la corrupcion, conservando libre de toda mancha su conciencia, y dando notables ejemplos de moralidad política. Entonces, viendo que ni dádivas, ni ruegos, ni amenazas, pueden recabar nada de su constancia, caerá sobre él el anatema lanzado en todas épocas contra los sectarios de las ideas reformadoras. Deseando consagrarse por entero á sus convicciones, se atreverá á menospreciar la posicion brillante que le ofrezcan en cambio de su decoro, y recibirá por recompensa la cárcel y el destierro.

—»¿Será filósofo señor? interrumpió de repente mi escudéro, sorprendiéndonos á todos.

—»Tal vez, respondió el anciano.

—»¿Y no sabrá que los pintores.....

—»Nada ignorará de los pintores, hermano; pero si todos fueran pintores ¿qué sería de las otras profesiones?

»Sonrieron algunos de la respuesta del anciano, y yo no menos impaciente le dije:

—»Continuad, yo os lo ruego, dejando por ahora á Bullanga, porque es un problema que no podreis resolver, á pesar de haber tenido cátedra de matemáticas en Atenas.

»Estas mis palabras gustaron mucho á los presentes, los cuales las comentaron de diversos modos.

—»El regreso á su patria, continuó el anciano, coincidirá con una insurreccion militar sin bandera política. No inspirando confianza á la nacion sus caudillos, veránse obligados á emprender una retirada hácia país extranjero, despues de vencidos en sus primeros pasos, hasta que el deseo de salvarse, les hará tremolar una enseña digna de la época. Secundados entonces vigorosamente por el pueblo, vencerán á sus contrarios, y el autor, que habrá contribuido como otros muchos al éxito de este movimiento, vivirá durante algun tiempo consagrado á la vida pública. Finalmente, á consecuencia de cierto suceso importante, se retirará á la vida privada á escribir vuestros viajes. Esta época de su vida será fecunda en desengaños. La pasion política, quisquillosa y suspicaz en unos, malévola é inconsiderada en otros, no deja ver siempre y apreciar en su justo valor los móviles verdaderamente dignos y laudables que impulsan á los hombres públicos en su conducta. Tal sucederá con el autor, el cual, antes que dar una satisfaccion humillante, porque en su alma y conciencia la creará innecesaria, preferirá reducirse al silencio y apartarse de la política, enorgullecido de todos sus actos, sin escepcion alguna, compadeciendo á los ilusos que sin iniciativa propia obran impulsados por sugeriones interesadas, y conociendo á fondo á los mercaderes políticos que tantos daños causarán al país. Comprended ahora la tranquilidad que debe sentir al ver que su conciencia no le arguye de ningun acto censurable.

—»Comprenderé todo lo que querais decirme, amigo mio, le interrumpí; pero ¿os parece que sus sufrimientos, cualesquiera que ellos sean, le autorizarán para.....

—»Poco á poco, poco á poco. No olvideis que una persona que como él pase por tantas vicisitudes tiene mas motivo que otra cualquiera para conocer los hombres y las cosas; es decir, para ser imparcial. Mas si estas consideraciones no son bastantes para alterar vuestra resolucion, reflexionad los peligros á que os esponéis en medio de una sociedad cuyos usos y costumbres os serán desconocidos.

—»¿Y mi lanza?

—»La resistencia seria inútil.....

—»Supongo que no todos serán enemigos.....

—»Conocemos todo cuanto os sucederá si insistís en hacer la visita.

—»Indicadme algo que pueda servirme.....

—»Con muchísimo gusto; oid. Con el deseo, en mal hora concebido, de vengaros del autor de vuestros viajes, rogareis á la potente Mab que os lleve á Madrid en el año 65 del siglo XIX, y un momento despues os hallareis en aquella capital. Cierta plaza situada al Occidente del pueblo, os llamará ante todo la atencion: la llamarán *Plaza de Oriente*.

—»¿Estando al Occidente?

—»Si señor. En ella, si despues de haber oido el reló de un palacio deseais saber qué hora es, ireis á otra plaza conocida con el nombre de *Puerta del Sol*.

—»¿Pero no decís que tocará el reló?....

—»En la *Puerta del Sol* habrá tres esferas y es mas fácil.....

—»Adelante, adelante.

—»Para trasladaros de uno á otro punto, pasareis por la calle del *Arenal*, en donde los transeuntes todos correrán un cierto peligro no pequeño.

—»¿Y cómo podrán evitarle?

—»De un modo muy sencillo, aunque un tanto incómodo. Marcharán con mucho cuidado observando siempre si están ó no obstruidas las bocas calles que desembocan en ella, y siendo asi, retrocederán.

—»¿Y en el caso contrario?

—»En el caso contrario continuarán su marcha; pero en el momento mismo de oir pronunciar estas palabras de funesto agüero: *acorte hermano*, desaparecerán á la carrera.

—»¿Qué me decís? ¿Y yo?

—»Vos tendreis que hacer lo propio.

—»Iré armado.

—»De nada os servirá.

—»¿Por manera que en oyendo decir: *acorte hermano*, no habrá mas medio de salvacion que la fuga?

—»Así es. De otro modo ciertas sombras de aspecto patibulario, os azotarán sin compasion.

—»Entendido; y por cierto que no olvidaré el aviso, mas proseguid si os parece.

»En medio del silencio que reinaba en aquel momento en nuestro redor, el anciano siguió diciendo:

—»Llegado á la *Puerta del Sol*, os vereis constantemente rodeado de

una multitud de curiosos, que mirándoos de piés á cabeza, sonreirán hablándose en voz baja. No faltarán entre ellos algunos chistosos, que considerando vuestro trage tan original como grotesco, insinuarán la idea de que vestís de máscara sin haber entrado el carnaval, y de aquí nuevos y mas rícos cuchicheos. Finalmente, la esplosion se hará sentir, y unos gritarán: *es una crónica, es una crónica*, y otros, haciendo gestos y contorsiones extravagantes, *paso, paso á Don Quijote*. Al mismo tiempo este os dará un empuellon, aquel un pellizco.....

—»¿Y os parece que yo me dejaré manosear?

—»No digo tal; pero advertid que el bello sexo os prestará su apoyo, y esto aumentará el número de vuestros enemigos.

—»Como ¿las bellas me otorgarán su proteccion?

—»Sin duda alguna; mas esto será un mal; porque la envidia.....

—»Dejad á los envidiosos, yo os lo ruego, y vamos á lo bueno. ¿Qué os dice la presciencia de las damas?

—»Sabiendo que estais en peligro, se reunirán, y concertándose en secreto, procurarán ocultaros en sus mas retirados aposentos. *Es un caballero, es un caballero*, se dirán unas á otras, *ocultadlo..... porque el género escasea*.

—»Bravo, esto compensará todas mis penas; pero ¿será verdad que los caballeros escasearán allá en Madrid en el siglo XIX?

—»¡Ay! ¡ay! ¡ay! exclamó Quintanál.

—»¡Diablo! ¿Se extinguirá la raza?

—»Mi escudero creyó conveniente decir:

—»Por lo visto, si apareciese Diógenes el cínico en busca de un caballero, recorrería largo tiempo las calles de Madrid sin encontrar.....

—»Pero vuestra malicia se encuentra en todas partes, hermano, le interrumpió Pitágoras. Habeis de saber que habrá caballeros, aunque vivan un tanto retirados. Además, en las clases medias de la sociedad no faltarán virtudes de las que exige á los hazañosos el ritual de vuestra orden. Mas si haceis la visita os encargo muy particularmente que desconfieis de todo el que os diga: *soy caballero*.

—»¡Cáspita!

—»Algunos hombres pensadores harán la observacion de que los mas insignes bribones serán los que mas hablen de caballería.

—»Bueno es saberlo, y ya no me admiro del interés que manifestarán las damas por salvarme.

—»Conocerán á los caballeros por haber leído algunos libros viejos...

—»Y habrán visto pocos.

—»En efecto, no habrán visto muchos. Pero notad que á medida que

la caballería vaya olvidando sus gloriosas tradiciones, la muger, por el contrario, se irá ennobleciendo, merced á la influencia creciente del cristianismo. Observad que, prescindiendo de algunas escepciones, el carácter de la muger pagana en general no era tan elevado como lo es el de la muger cristiana. Era necesario que se verificase una regeneracion de esta parte tan interesante de la humanidad y Dios mandó un tipo divino; el de María. La reforma comenzó, porque la muger tuvo un modelo á que ajustarse. Mas en el siglo XIX esta reforma se hará sentir de un modo mas visible y glorioso en las costumbres públicas y privadas. Es verdad que en algunos puntos del globo la muger permanecerá durante algun tiempo en una condicion abyecta é indigna de ella; pero las ideas civilizadoras penetrarán al fin en aquellas regiones, y la muger será colocada en el alto puesto que la corresponde.

—»Por manera, objeté yo entonces, que segun lo que os oigo, perecerá la caballería cuando las damas sean mas dignas de ella.

—»No está mal dicho. El hombre de aquel siglo de transicion no será tan digno de la muger como aparecerá á primera vista; y precisamente esta será la razon del empeño que formarán las damas por salvaros. Un caballero en aquella época podrá ser una verdadera mina de oro.....

—»¿Quién la explotará?

—»Las damas, presentándole por modelo á sus amantes y maridos.

—»Decididamente me voy inclinando á hacer la visita.

»El anciano, en el colmo de la admiracion, preguntóme:

—»¿Insistís despues de lo que acabo de manifestaros?

—»Aunque por otra cosa no fuera que por ser explotado por tan bellas damas, le respondí.

—»Bien pensado y..... yo le acompaño, repuso el Buen Mozo con su chacota de costumbre.

—»Poco á poco, eso no; para estas cosas no necesito á nadie, repliqué.

—»¿Y por qué no? insistió el Buen Mozo; entre los dos podremos.....

»Quintanál le interrumpió diciendo con alguna precipitacion:

—»Luego trataremos esta cuestion y..... si nos entendemos yo seré de la partida.

—»Bien, bien, repuso el Buen Mozo satisfecho.

»Luego de terminado este pequeño incidente, no sin algunos cuchicheos y risas contenidas por parte de los presentes, Pitágoras continuó diciendo:

—»Reflexionad que entre los que os insultarán allá en la *Puerta del Sol*, habrá algunos jóvenes vestidos con afectacion y sobra de mal gusto, los cuales, llenos de ridícula vanidad y de necias pretensiones, se tendrán

como los hijos predilectos del país y considerarán como un crimen vuestra defensa. Segun ellos, vos deberiais dejaros motejar y aun pegar.....

—»¿Pero qué jóvenes serán estos?

—»Unos pertenecerán á familias distinguidas y otros se habrán agregado á ellos para hacer fortuna. Tan atrevidos como ignorantes, tan orgullosos como necios, pasarán el dia indisponiendo los matrimonios, blasfemando el nombre de Dios, promoviendo mil escándalos y.....

—»Pero sus padres.....

—»Sus padres les darán la educacion que les conviene para ocupar elevados puestos en la administracion del país.

—»¿Me espantais!

—»Y en efecto, despues de pasar algun tiempo entre la ociosidad y tan edificantes tareas, harán el estupendo sacrificio de servir á su patria.

—»O el de servirse de ella. Mas decidme ¿los hombres de Estado de aquella época tendrán el mismo origen?

—»No; los habrá de diferentes procedencias, aunque de igual entendimiento. En general podriamos decir que la marca distintiva de algunos será un conocimiento particular de las cosas inútiles para la vida.

—»Pasados se vean por el ataud.

—»El maestro, pobre y humilde, para poder dar lecciones á unos pocos niños de aldea y ganar de este modo el sustento de sus hijos, necesitará años y mas años de estudio, sufrir exámenes públicos y llenar otras y otras formalidades que acabarán con su paciencia y recursos; pero aquellos para adquirir la ciencia de gobernar á los hombres y darles lecciones de moralidad nada de esto habrán menester: su nacimiento, y, á falta de esto, la educacion de que os he hablado, lo suplirán todo. ¡Ay de los gobernados! ¿Qué podrá esperarse de tales nulidades? Ni una idea, ni un pensamiento grande ilustrarán su administracion: todo en ellos será mezquillo y pobre; á pesar de todos sus conatos no podrán ocultar sus sentimientos característicos de ambicion y de egoismo. Cuerpos sin alma, tendrán, es verdad, el instinto del lobo y la astucia de la zorra, pero no la razon del hombre.

—»Pero como el mundo se gobierna por la ley de las compensaciones, supongo yo, que tras estos aparecerán otros de inteligencia poderosa y de actividad sin límites que subsanarán sus faltas y.....

—»Suponeis mal, porque aunque es verdad que con ellos alternarán otros en el poder, tampoco hay duda de que carecerán de las dotes que vos les suponeis. Ya os he significado que aunque de distinta procedencia tendrán el mismo entendimiento; no hablemos, pues, de talentos.

—»¿Pero qué sucederá entonces?

—»Esos hombres, constituidos en diversas fracciones mas ó menos numerosas, turnarán en el poder halagando á los pueblos, ávidos de progreso, con las mas seductoras promesas. Faltos de talento, y no admitiendo, ademas, como un fenómeno necesario en los pueblos libres, la fecunda inquietud y actividad que consigo trae el progreso, no podrán llevar adelante la tarea que se impongan.....

—»Y se retirarán confesando.....

—»No señor, no señor. Declararán ingobernables á los hombres, y satisfechos en sus mezquinas ambiciones, se abrazarán á las negras banderas de la reaccion.

—»¿Cómo? ¿Por no haber sabido consolidar un gobierno en consonancia con las necesidades de la época?

—»Eso es. Apelarán á tales razones para ocultar su impotencia y tambien por algun otro motivo; pues debeis saber que los mas de ellos subirán al poder pobres y humildes y bajarán ricos y poderosos.

—»¿Y los que les sucedan?

—»Harán lo mismo. Su principal pensamiento será enriquecerse.

»A pesar de que todos los presentes conocian por la presciencia el oscuro porvenir, las palabras de Pitágoras produjeron hondo disgusto en las ilustraciones españolas.

»Viriato, con centelleantes ojos, miraba á todos lados, como quien busca á un enemigo invisible

»Pelayo, con rostro airado, murmuró un corto rato, pero no le pude entender mas que esta palabra: *Covadonga*.

—»¡Infortunada patria mia! exclamaba Fernando III, contristado.

»Alfonso el Sábio, menos impresionado, decia:

—»Enhorabuena; que lo pague el que tenga la culpa.

»Todos se pronunciaron con mas ó menos energía en el sentido que los dos anteriores, y entonces yo exclamé:

—»Veo que todos serán lo mismo.

—»Es claro, repuso Bullanga, porque si todos, todos, todos....

»Alfonso el Sábio, le interrumpió diciendo de mal humor:

—»No se ha dicho todos, hermano, y procure otra vez medir mejor sus palabras, porque ha de saber que habrá un partido lleno de virtudes, cuyos hombres, despues de haber merecido los mas altos puestos del Estado, morirán en la pobreza.

—»Eso me consuela, dijo Maese Alvar García.

—»Y á mí, añadió su compañero Pedro Perez.

»Despues de este desahogo del rey de las Partidas y de los dos grandes arquitectos, Pitágoras, continuó:

—»Faltas de pensamiento semejantes administraciones, harán la desdicha del país. Durante mucho tiempo no se verán mas que luchas de personas en lugar de luchas de ideas, y las combinaciones políticas no darán otro resultado que favorecer á los amigos y paniaguados, en perjuicio del bien público. Nada se deberá á los poderes: las grandes reformas serán solo hechas por la fuerza de la opinion. Sin embargo de esto, los gobernantes, llenos de inconcebible vanidad, querrán ser tenidos en el concepto de lumbreras de la política y no serán mas que crepusculillos.

—»La calificación es peregrina.

—»No merecen otra. Sus pretensiones solo servirán para hacer mas notable su pequeñez: ya veis cuánta razon me asiste para disuadiros de vuestro proyectado viaje: me consta que sufririais lo que no estais acostumbrado á sufrir.....

—»Habeis llegado á infundirme recelos, le interrumpí; veo que será necesario meditar mucho antes de emprender semejante viaje.

»Al pronunciar estas palabras, nos encontramos en la parte del salon consagrada al siglo XX, y el resplandor y brillo de un objeto que al pronto no pude distinguir bien, detuvo mi paso: el disco del sol me hubiera deslumbrado menos.

—»¿Qué es esto? pregunté sin atreverme á pasar adelante.

»Sonrieron los presentes, y Pitágoras me respondió:

—»Simplemente un pabellon: nada temais.

—»Es que su vista.....

—»Os ha deslumbrado, y no me admira; mas sabed que su historia está estrechamente enlazada con la de los siglos cuyo espíritu os ha hecho conocer mi presciencia.

—»No comprendo qué relaciones pueden existir.....

—»Poco tardareis en comprenderlo.

»Dispúseme á escuchar de nuevo al anciano, y mi vista tornó gradualmente á distinguir los objetos. Aquel salon, aunque no menos capaz que los anteriores, se distinguia, sin embargo, por una sencillez que no poseian los otros. Sus muebles, cortinajes y accesorios, sin ser menos lujosos ni menos ricos, ora considerados cada uno de por sí, ora en su conjunto, presentaban cierta noble elegancia que daba al aposento un aspecto indescriptible. El sorprendente y maravilloso pabellon se elevaba allá en uno de los extremos de la pieza, imponente y magestuoso como un trono de cien reyes; mas yo en aquel momento no osaba mirarle, temeroso de que sus resplandores no causasen en mí el mismo efecto que la vez primera.

»Gozándose en mi asombro, Pitágoras, hablóme de esta manera:

—»Supongo no habreis olvidado las ligeras indicaciones que os he hecho al recorrer la parte de este salon consagrada al siglo XIX, sobre el movimiento revolucionario que estallará en el XVIII y sobre sus trascendentales y beneficiosas consecuencias. Tal vez creais encontrar alguna contradiccion entre esta reseña, y la poco lisonjera que os acabo de hacer del estado social del siglo XIX; pero si parais un poco la atencion en la marcha de la humanidad y sobre los fenómenos que siempre la acompañan, vereis que la contradiccion desaparece desde luego.—Cuando se quiere examinar imparcialmente los acontecimientos de un siglo determinado, para conocer á fondo su espíritu, sus tendencias y su relacion con el progreso de la humanidad, no es fácil sobreponerse á las preocupaciones que infunde el estudio de los hechos particulares, sobre todo cuando estos hechos son de alguna importancia. Para consagrarse con fruto á este trabajo, es necesario poseer una inteligencia privilegiada; una inteligencia que nos permita ver la ley general de aquel siglo donde exista, sin ofuscarse ante meros accidentes históricos, por muy extraordinarios que sean. Esta regla es la que me atrevo á recomendaros para que juzgueis con acierto del siglo XIX. Entonces, como en todas las épocas de renovacion social, vereis que los elementos antiguos luchan con los elementos nuevos; vereis que un poder oculto y misterioso, cuyas manifestaciones principales serán cierta *Santa Alianza* y una harto célebre *compañía*, trabajará sordamente, pero con energía contra las ideas novadoras, ora agitando las pasiones, ora esparciendo el oro á manos llenas y ora fomentando los vicios. No debe, pues, sorprenderos, que semejante lucha, noble y generosa por una parte é interesada y egoísta por otra, produzca las confusiones y trastornos inseparables de las grandes reformas.

—»¿Por manera que si no os comprendo mal, la lucha será porfiada y sostenida?

—»Efectivamente; pero al llegar al siglo XX las consecuencias del movimiento regenerador empezado en el XVIII quedarán concluidas: esto no quiere decir que para entonces la humanidad no sienta nuevas necesidades.

—»¿Y no podriais decirme algo del estado social y político de aquella época?

—»Como de las anteriores, solo podré daros una ligera idea por no traspasar mis facultades. ¿Qué deseais saber?

—»Decidme, por ejemplo, cuál será la representacion de los reyes.

—»Mas ilustrados sobre sus verdaderos intereses y sobre la alta y noble mision que les estará encomendada, los reyes procurarán identificarse con las nuevas necesidades de los pueblos, altamente convencidos de que sirviendo la causa de la civilizacion y del progreso, servirán la suya propia:

algunos, no reconociendo esta verdad, caerán acompañados de la execración de sus pueblos.

—»¿Y el clero?

—»El clero, animado por el espíritu de paz y concordia que tanto recomienda el Evangelio, se dedicará con todas sus fuerzas á difundir la moralidad y la ilustración, que tanto contribuyen al florecimiento de los Estados, sin que ninguna corporación é instituto especial pretenda dividir con él el peso de tan sagradas obligaciones.

—»¿Qué quereis decir con esto? le pregunté.

—»Que el clero secular, perfectamente dotado, será único. Entonces ya habrá comprendido que no son las riquezas ni la pompa mundana las que imponen á los hombres, sino la práctica de las virtudes evangélicas.

—»Entendido, entendido. ¿Y qué me decís de la administración de justicia?

—»Los representantes de la ley, íntimamente penetrados de la alteza de su cargo y de su importancia é influencia en la organización y sostenimiento de las sociedades, defenderán enérgicamente los fueros de la justicia contra todo ataque. Es decir, que no se prestarán á ser instrumentos del poder tiránico que pretenda sobreponerse á las leyes. El pueblo, por su parte, mas conocedor de la legislación que en las anteriores épocas y mas al corriente de sus derechos, ejercerá, aunque indirectamente, una saludable influencia en el ánimo de los magistrados.

—»¿Y la gente de guerra?

—»La gente de guerra recibirá una organización especial, en armonía con el espíritu del siglo, y será mandada por el primer magistrado de la nación, como principal depositario de la confianza del pueblo. Esta importante medida tendrá por principal objeto atajar las rivalidades y rencillas de los generales, que, en momentos dados, pueden producir funestísimas consecuencias.

—»¿Y esto no entrañará algun peligro?

—»De ninguna manera; porque debidamente conocedores todos de y los derechos deberes que les impone la ley, á nadie le ocurrirá traspasar el límite de sus atribuciones (1).

»Como yo insistiese en hacer algunas preguntas á Pitágoras, este, para terminar, me dijo entre otras cosas:

—»Los hombres conocerán sus verdaderos intereses. La ilustración reemplazará á la ignorancia. Nadie podrá juzgar los escritos antes que el público, y el respeto á las leyes hará la felicidad de los pueblos.

(1) Circunstancias especiales que es inútil referir, nos han impulsado á retirar parte del trabajo que teníamos dispuesto para este lugar de la obra.

—»¿De manera que, según veo, este siglo será más fecundo en hombres notables que los anteriores?

—»Sin duda; porque como se dará la debida importancia á cosas que ahora no la tienen, es natural que de este nuevo orden de consideraciones resulte mayor número de personajes célebres. Tales consecuencias se deberán á un solo hombre, que será considerado como la personificación del progreso.

—»¡A un solo hombre! exclamé lleno de admiración.

—»Precisamente y este será el mortal venturoso para quien está destinado el pabellón.

»Al pronunciar el anciano estas palabras, nos hallábamos en frente de la riquísima rotonda que tanto me había sorprendido poco antes. Su forma era circular, y allá en su cúspide se elevaba una corona taraceada de piedras preciosas, cuyo brillo no podía soportar: sin duda quería significar la gloria que espera al ser privilegiado que morará en ella.

»Mas ¿qué era su exterior? Asomé la cabeza por dentro, y ¡poder de Dios! ¿qué es lo que ví? Todo lo que las artes y las ciencias han producido de más agradable, útil y bello, se hallaba allí reunido. Su interior ofrecía un aspecto grandioso y sorprendente: yo marchaba de sorpresa en sorpresa.

—»Muchos deberán ser los méritos del que sabrá merecerla, exclamé extasiado ante tanta magnificencia.

—»Los que habrá contraído por la causa de la humanidad no podrían enumerarse, me respondió Pitágoras. Oíd algo de lo que sobre él puedo insinuaros. Aunque algunos le creerán contemporáneo de Moisés, es lo cierto que la Providencia le ha enviado á la tierra en el siglo pasado, y.....

»No comprendiéndole bien, le interrumpí para preguntarle:

—»¿Quereis decir que ha nacido en el siglo XIII?

—»Precisamente.

—»¿Pero no es este el salón destinado á las ilustraciones del XX?

—»También es verdad.

—»Lo cual quiere significar, si mal no lo comprendo, que vive hoy y que vivirá por consiguiente siete siglos.

—»Cierto; en el XX terminará su misión. Mas ¡qué de desgracias, sufrimientos y engaños esperan al varón ilustre! En este mismo siglo será encerrado en una prisión no menos húmeda que oscura, sin respeto alguno á sus canas y virtudes, y, después de escarnecido é insultado por sus verdugos, será condenado á la hoguera, mas no perecerá. Velando sobre él la Providencia, poco antes de conducirlo al suplicio, le serán abiertas las

puertas de la prision. Su fuga será misteriosa para los hombres, aunque no faltará quien por secretas miras lo atribuya á un sortilegio.

—»Será algun insigne bribon que.....

»Ciertas risas no poco irónicas me impidieron acabar la frase, y, mientras yo, sorprendido, reflexionaba sobre lo que podria haberlas provocado, Pitágoras decia:

—»Será lo que yo no ignoro. Mas en los siglos XV y XVI aumentarán los padecimientos del hombre bueno. Vuelto á ser condenado por criminal, sufrirá la tortura con heróica resignacion; le aplicarán un hierro candente en la espalda y.....

—»Me haceis estremecer.....

—»La marca de ignominia será para él un título mas para alcanzar el *Psicostatmos*. En los siglos XVII y XVIII, el absolutismo, tan pérfido como fanático, le mutilará, y con un brazo menos, mendigando su sustento diario, bendecirá á la Providencia, que le habrá permitido sufrir el martirio para ilustrar á los hombres. En el siglo XIX..... Pero quizá escederia mis facultades si continuase de este modo haciéndoos conocer sus grandes merecimientos; bastará insinuaros que aquellos filósofos cuyos escritos derrumbarán el edificio del oscurantismo deberánle sus inspiraciones; el hombre le deberá sus derechos; el pueblo su fuerza; las naciones sus libertades. Con el martirio habrá comprado la felicidad general y..... el mágico pabellon será su recompensa.

»Atónito hube escuchado á Pitágoras. De todo cuanto me dijera en aquellos salones, lo mas maravilloso era sin duda la vida azarosa de aquel hombre extraordinario, destinado á ejercer sobre la tierra una influencia tan soberana. Deseando sin embargo conocer algunos otros de sus rasgos característicos, pregunté al anciano:

—»Pero ¿cuando llegue á cumplir cien años, no será menos su actividad y.....

—»Nada desmerecerá de su fuerza y vigor.

—»¿Y sus facultades intelectuales?

—»Serán siempre las mismas: poseerá todos los conocimientos humanos

»Aumentando mi asombro por momentos, seguí preguntando:

—»¿Alguno escribirá su historia en los venideros siglos?

—»El mismo autor que contará vuestros viajes, aunque otros la continuarán.

»Volví á recordar lo que me habia dicho Pitágoras sobre mi proyecto de visitar á la sociedad del siglo XIX; mas no comprendiendo la trabazon que podia tener este proyecto con lo que estaba oyendo, le hice nuevas preguntas.

—»¿No habeis insinuado, le dije, que el escritorcillo autor de mis viajes vivirá en el siglo XIX?

—»Es la verdad.

—»Pero ¿cómo podrá.....

—»Acabo de deciros que otros continuarán la historia del hombre bueno.

»Mirando fijamente á Pitágoras, repuse:

—»Yo creo que esta vez podriais escederos un tanto de vuestras facultades: puesto que mi nombre ha de verse al lado del suyo no creo que debéis tener inconveniente en decirme si.....

—»Pedís un imposible. Vive hoy y.....

—»Por lo mismo deseo conocer su nombre.

»Pitágoras, despues de un momento de reflexion, preguntó á los presentes:

—»¿Os parece, amigos mios, que podriamos decirle á este caballero lo que saber desea?

»La pregunta fué contestada de diversos modos.

—»Es espuesto, decian unos.

—»No tanto como os parece, replicaban otros.

»Finalmente, prevaleció la opinion de Bacon el franciscano, quien dijo:

—»Puesto que su objeto esclusivo es conocerle, yo creo que aunque no le digamos su verdadero nombre, podemos insinuarle el que se le dará durante algun tiempo.

—»Bien pensado, bien pensado.

»Entonces, volviendo á tomar la palabra Pitágoras, continuó de esta manera:

—»En este caso puedo aseguraros que, aludiendo á un sayal gris que envolverá su cuerpo, le llamarán el Monge Gris.

—»¡El Monge Gris!

—»Sin duda.

—»¡Poder de Dios! exclamé: ¿y este es el hombre que será condenado á la hoguera y que vivirá.....

—»Precisamente, interrumpió Pitágoras, y antes que yo pudiese volver de mi sorpresa, añadió: y ahora voy á manifestaros el por qué os dije que modificariais la opinion que habeis formado respecto al autor que escribirá vuestros viajes.

—»¡Válgame Dios!

—»Vos habeis deseado saber quién le daria los datos necesarios para continuar la historia.....

—»En efecto.

—»Pues habeis de tener entendido que no será otro que el Monge Gris.

»¿Cómo esplicaros el efecto que produjo en mí esta noticia? Recordando entonces el poco miramiento con que habia hablado de aquel autor, fué tal mi confusion, que las piernas me temblaron y caí dando un no pequeño batacazo.

»Algunos rieron de mi percance, lo que me persuadió de que no habian olvidado ciertas costumbres adquiridas en la tierra. Mas en el acto de levantarme un tanto avergonzado delante de tantas gentes, Pitágoras, que con su natural seriedad, parecia protestar contra aquellas demostraciones tan poco caritativas, me decia:

—»Sosegaos.

—»¡Sosegarme! repuse, y decís que el Monge Gris le dará sus notas!... ¡Cáspita!

—»En efecto, el autor será uno de sus agentes durante el siglo XIX; pero debo decíroslo en confianza, porque la verdad debe pasar ante todas cosas.....

—»Acabad.

—»El Monge Gris no quedará muy satisfecho del autor de vuestros viajes.

—»¿Por qué?

—»Por su escaso talento y por el miedo cervical que tendrá al empuñar la pluma y.....

—»¡Miedo, y será de mi pueblo! Pero ¿lo tendrá de sus enemigos políticos?

—»No: á los enemigos los conocerá.....

—»¿Pues entonces?....

—»Nada mas puedo deciros sobre el particular; pero tened entendido que, á pesar de esto, el Monge Gris, por sus fines particulares, le protegerá decididamente, y en algunos trances difíciles de su vida podrá salvarle.

—»¿Qué me decís?

—»Se servirá de él como lo habrá hecho de algunos hombres de los siglos anteriores para propagar sus doctrinas y.....

—»¡Ah! entiendo.

—»Finalmente, ¡asombraos! el Monge Gris le dará.....

—»¿La caja de Melusina?

—»¡Chit!

»Todos los presentes, que no eran pocos, con un movimiento acompasado, llevando el pulgar y el índice de su diestra á los labios, repitieron:

—»¡Chit!

»Ya no cabían dudas ni vacilaciones despues de tan estupendo anuncio.

»Intimamente convencido desde aquel momento de la proteccion que daria el Monge Gris al que ha de ser autor de mis viajes, resolví no entrar con él en singular batalla, aunque realizase mi proyectada visita á la sociedad del siglo XIX.



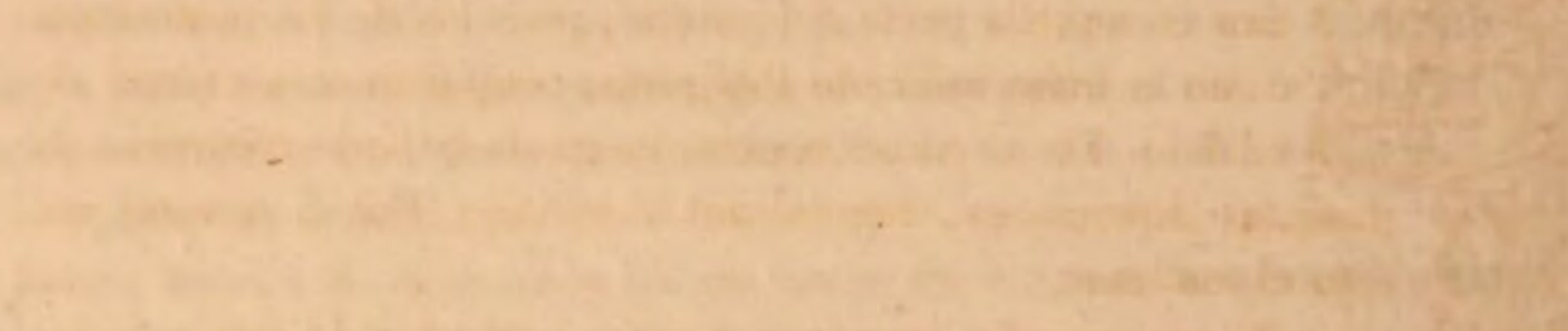
LIBRO LXIX



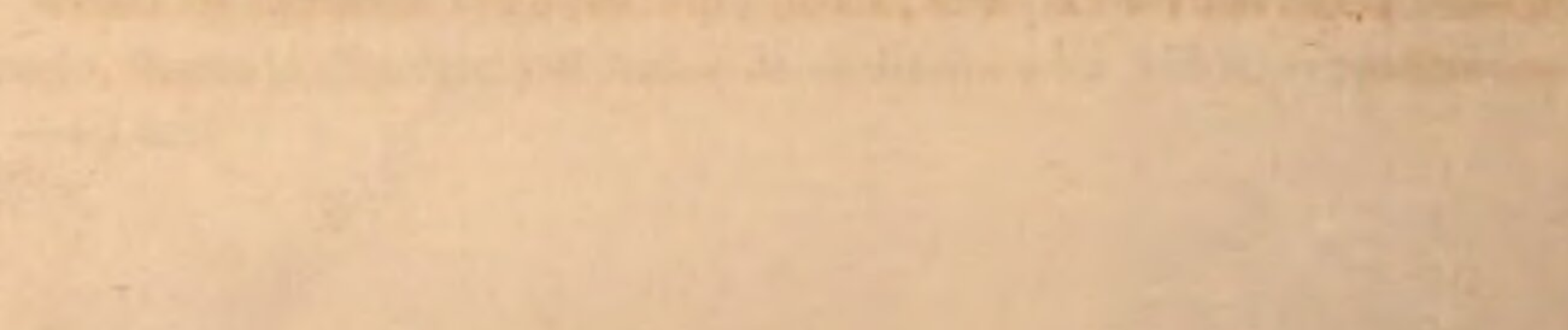
LIBRO LXIX



LIBRO LXIX



LIBRO LXIX





LIBRO LXIX.

EL VIAJERO DEJA EL PALACIO.—EL EXÁGONO.—CABOS SUELTOS.—DE CÓMO BACON EL FRANCISCANO HACE UN ENCARGO AL BAÑOLENSE.—DE LO QUE SUCEDIÓ Á ESTE CON CATON DE UTICA.—ENCUENTRO CON JUDAS ISCARIOTE, Y SUS RESULTADOS.—PLAN DE BATALLA, ARENGA Y CONSEJOS.—UNANIMIDAD DE PARECERES.—UN *atrevido* Y ALGO MAS.—QUIÉN ERA EL BUEN MOZO, Y SU CASTIGO.—SALIDA DEL PSICOSTATMOS.—AVENTURA DEL *Valle de las sombras*.—FIN DEL VIAJE.—TERMINA LA ESPEDICION DE CATALANES Y ARAGONESES.

El salon de los siglos XIX y XX era el último de los que existian en aquella parte del palacio; pues los de los posteriores como lo hubo indicado Pitágoras, ocupaban otro cuerpo de edificio. En su consecuencia, luego de haberle recorrido en distintas direcciones, regresamos al asiático. Por el camino me dijo el anciano:

—»Si quereis admirar algunos otros portentos de este palacio, os acompañaré con mucho gusto.

»Otros varios de aquellos esclarecidos varones me hicieron la misma oferta, y yo, despues de darles las gracias, les respondí:

—»No puedo permanecer mas tiempo aquí; pero si fuera lo contrario, hubiera preferido ver los otros palacios, que sin duda ofrecerán no menos maravillas.

—»Así es.

—»Siendo tanta como es vuestra cortesía, tal vez en otra ocasión.....

—»¿Proyectais visitarnos otra vez?

—»En este momento lo estaba pensando.

—»Podreis contar siempre conmigo.

—»Y con nosotros, añadieron muchos.

»Les interrumpí para darles de nuevo las gracias y ofrecerles mis servicios, satisfecho al saber que además del poderoso auxilio de Trenca-cielus podría contar con amigos en el *Psicostatmos*.

—»Vamos á dejar el palacio, me dijo de repente Pitágoras, cambiando de conversacion; pero debo advertiros que habiendo circulado la noticia de vuestra llegada, las generaciones de todos los siglos os esperan en el grande exágono.

—»Mucho tengo que agradecer á la Providencia, repuse alegre, que me permitirá conocer á algunas otras personas ilustres, segun mis deseos.

—»Me atrevo á recomendaros la discrecion: sed prudente.

»Sonreime al oir la recomendacion de Pitágoras, y casi al mismo tiempo, con Chanacya, Yu, Pelayo y otros muchos que no me dejaron nunca, nos hallamos en la inmensa plaza. A pesar de estar advertido por el anciano, quedé sorprendido. ¡Qué gentío, poder de Dios! Paseos, jardines, esplanadas, praderas, pabellones, oteros, montecillos, todo, todo en el sorprendente exágono se viera henchido de personas de ambos sexos, viejos y niños, de todas las edades é imperios, artes y oficios, sectas y religiones. Conociendo las dimensiones de aquel recinto, ¿quién podría imaginar los millones de almas que allí habria? Desde el palacio hasta la brecha abierta por el Dotado, en donde debia esperarnos la reina de las hadas, solo quedaba un estrecho espacio que debiamos atravesar, y aun algunas veces, tal era la confusion, que una oleada de la suspensa multitud la interceptaba.

»Pitágoras estaba inmutado temiendo mis raptos.

—»Sed discreto, volvió á decirme.

»Pero yo, mientras que unos y otros se agrupaban para verme pasar, me lancé entre ellos, dispuesto á aprovechar la ocasion que se me presentaba de adquirir algunas noticias que en vano se buscan en la historia. Saludando á estos, sonriendo á aquellos y hablando á los de mas allá, parecia un monarca en el momento de dar una solemne audiencia.

»El primero á quien interrogué para aclarar ciertas dudas fué al dominico Vicente de Beauvais, el mismo á quien encargó Luis IX la redaccion de un resumen de las ciencias conocidas en su época.

—»¿Quién es, le pregunté, el autor del *Espejo moral* ó tratado de moral que forma parte del *Speculum majus* que lleva vuestro nombre?

»Miróme dos ó tres veces, torció el gesto y volviéndome la espalda en el mismo acto, me respondió con sequedad:

—»No lo sé.

»Admirado de su descortesía, repuse mientras él se escabullia:

—»Lo creo.

»A pocos pasos de allí vi pasar á una hermosa dama dando el brazo á un caballero, y pregunté al anciano:

—»¿Quién son estos dos?

—»Doña Berenguela y Don Alvaro Nuñez de Lara.

—»Las damas me lleven, si no he oído contar á mi padre algo no muy edificante del caballero.

—»Puede ser, porque ha sido largo tiempo el azote de su patria. A la cabeza de la sediciosa familia de su nombre, y auxiliado por unos cuantos nobles, turbulentos y ambiciosos como él, se opuso á la regencia de esta noble princesa, inventando contra ella las mas groseras calumnias. Luego de haber ocupado el poder, acreditó su mala índole confiscando los bienes de los adictos á la causa de Doña Berenguela, y cometiendo toda clase de excesos hasta que la Providencia purgó á la tierra de semejante mónstruo.

—»Mas si tantas lágrimas causó á la augusta princesa, ¿cómo es que esta buena señora le dá el brazo y pasea con él con tanta familiaridad?

»Doña Berenguela, que oyó mi pregunta, habló de esta manera:

—»Señor caballero, yo he perdonado á Don Alvaro, porque nuestro Dios, padre de los creyentes, no solo perdonó á sus enemigos, sino que nos ordena hacer lo mismo con los nuestros, y sus palabras son la espresion mas sublime de la caridad cristiana. Un príncipe que no supiera perdonar, seria indigno de la corona.

—»Bien platica la princesa, dije á Pitágoras.

—»¡Oh! me respondió; Doña Berenguela habla siempre bien, y por lo mismo es oída con mucho gusto. Fué en la tierra la mas prudente y virtuosa princesa de su tiempo. ¡Ojalá que las reinas todas que serán de Castilla la tomen por modelo! ¡Cuántos males se evitarían á aquel hermoso país!.... Mas ved que este anciano que tenemos á la izquierda es Thales de Mileto.

»Volví la cara hácia el lado que me indicaba el Filósofo, y apenas hube conocido á aquel sábio de la Grecia, me dirigí á él, preguntándole despues de haberle saludado:

—»Buen anciano, tengo sobre vos alguna duda que desearia me aclaráseis; ¿es cierto que vuestros compatriotas, para dar á conocer el gran

concepto que les habeis merecido como astrónomo, grabaron sobre vuestra tumba dos epitafios?

—»Cierto es. Ya sabreis que estudié la ciencia de los astros en Egipto y que la enseñé en mi patria, respondiíme sonriendo.

—»No lo ignoro; mas ¿no podriamos conocerlos para.....

—»Os los leeré con mucho gusto.

»Dicho esto, sacó una plancha de oro, en donde se veian escritos, y con una satisfaccion difícil de explicar, continuó:

—»Oid lo que decia el primero: *Tanto como el sepulcro de Thales es pequeño aquí bajo, tanto la gloria de este príncipe de los astrónomos es grande en la region estrellada.* El segundo, debido á Diógenes Laercio, haciendo alusion á mi muerte, acaecida en el circo, es el siguiente: *Mientras que Thales presenciaba los juegos de la lucha, Júpiter se le lleva. Bien hizo este dios en transportar al cielo un anciano cuyos ojos, oscurecidos por la edad, no podian ya observar los astros de tan lejos.*

»Apenas dejaba de felicitarle por las muestras de respeto y amor que le dieron sus compatriotas, cuando oí á mi derecha una voz bien acentuada que me preguntaba:

—»¿Volveis á la tierra segun parece?

—»Así es, respondí al desconocido.

—»Desearia haceros un cierto encargo.

—»Y yo deseo serviros.

—»Sabed que soy Guillermo de Saint-Amour, canónigo de Beauvais y...

—»¿Cómo, vos sois aquel doctor de la Sorbona autor de.... de un libro que hace mucho ruido? le interrumpí admirado.

—»El mismo, y mi obra lleva por titulo: *Peligros de los últimos tiempos.*

—»¿Parece que en ella no tratais muy bien á ciertas órdenes religiosas?

—»Precisamente sobre esto versa el encargo que pienso haceros, el cual no es otro que el de rogaros sostengais mi polémica contra los frailes mendicantes.

—»Lo haré con mucho gusto, porque tampoco me agradan.

—»Gracias, gracias; pero no olvideis aquello de que: *quieren los primeros puestos en los festines, las sillas preferentes en las sinagogas y.....*

—»No olvidaré nada de lo que insinuais en vuestro trabajo, aunque sostener una polémica con los frailes no es cosa fácil.

—»¿Por qué?

—»Porque de ordinario la injuria y la calumnia son las mejores razones que dan para convencer al projimo y.....

—»Bravo, bravo, los conoceis, me interrumpió alejándose.

»Al dejar al doctor de la Sorbona, Bacon el franciscano, que era otro de los que me acompañaban, me dijo:

—»A propósito de encargos, yo tambien quisiera haceros uno.

—«Tendré una suma complacencia en cumplirlo, le respondí, deseando servir á tan esclarecido varon.

—»Supongo no ignorareis que merecí el nombre de *Doctor admirable*....

—»No ignoro esto, ni tampoco que vuestra instruccion fué superior á la de vuestro siglo.

»Despues de darme las gracias con una inclinacion de cabeza, continuó:

—»Escribí sobre todas las ciencias. El *Opus majus* dedicado á Clemente IV presentaba todas mis doctrinas. Siguieron á esta obra: *De retardandis senectutis accidentibus* y otras muchas. Inventé la bomba de aire, el telescopio y.....

—»No lo ignoro.

—»Fuí matemático, astrónomo y.....

—»Tampoco lo ignoro.

—»Desde entonces los hombres mas ilustrados en todas las ciencias buscaron mi amistad, viniendo de lejanas tierras á Oxford solo por conocerme. En este estado, celosos algunos de mis correligionarios de mi nombradía, é irritados porque yo censuraba sus costumbres disolutas, así como las del clero en general, acusáronme de mágo, y pasé la mayor parte de mi vida en las cárceles.—Ahora bien, el favor que me atrevo á esperar de vos, señor caballero, es que ilustreis la opinion de vuestros contemporáneos sobre este punto.

»Compadecido de tan respetable é ilustrado varon, no pude menos de responderle:

—»Cuanto me habeis dicho es verdad, y así lo reconozco; mas yo creo que en la enumeracion de vuestras producciones habeis olvidado una que.....

—»Mas de una.

—»Vos escribisteis un tratado de alquimia con este titulo: *Speculum alchimicum*. Por manera que la acusacion de mágia podrá no ser tan infundada como suponeis.

—»Pero, ¿no hablé contra la mágia en la *Epístola de secretis operibus naturæ et artis et de nullitate magiæ*?

—»Será verdad, pero fuisteis astrólogo.

—»Comparaba la astronomía con la astrologia.

—»La astrología.....

—»Era reputada por una ciencia, y verdadera ó falsa yo deseaba cono-

cerla, porque queria conocerlas todas. ¿Tendriais por una falta mi deseo de aprender?

»En la duda recurrí á Pitágoras, preguntándole :

—»¿Qué os parece? ¿Debo cumplir ó no el encargo que me hace?

»El anciano me respondió lo siguiente :

—»Es indudable que mientras Bacon floreció por el estudio de las ciencias, su orden se envanecía de tenerlo entre sus miembros. En una época no lejana en que, como hoy, los mejores talentos se perdian en los laberintos de la teología, Bacon fué considerado como una de las ilustraciones de su siglo; y el clero regular no cesaba de darle pruebas nada equívocas de la alta estima en que lo tenia. Bacon habia escrito contra la mágia, y al mismo tiempo dado á luz el *Speculum alchimicum*, y nadie daba mas importancia á sus trabajos que los que en sí tenían; es decir, que se les consideraba como su opinion en la materia; mas Bacon, el doctor admirable, el hombre de las ciencias, escritor independiente y justo, quiso corregir los abusos del clero y ya no hubo mas que decir. El que antes era considerado como una de las lumbreras de la Iglesia; el que era consultado en las cuestiones mas árduas y difíciles, fué declarado heresiarca y hechicero, y sin el potente auxilio de un pontífice ilustrado hubiera indudablemente perecido en los calabozos. Estas pocas palabras os demuestran la injusticia de sus perseguidores. La mágia fué un pretesto, y no la causa verdadera de su condenacion; y como esta tuvo lugar tan luego como él quiso enfrenar los desórdenes del clero, facil es comprender que su martirio prolongado no tuvo otro origen. Es, pues, mi dictámen, que accediendo á sus ruegos hagais conocer la verdad en la tierra.

—»Lo mismo opino yo, dijo cierta voz que partia del interior del corro.

—»¿Quién es ese? pregunté.

»Quintanal se apresuró á contestarme :

—»Fué secretario de San Luis y despues Clemente IV. Precisamente es el mismo Pontífice que salvó á Bacon de sus perseguidores.

»Ante el testimonio de un prelado dotado de tan altas virtudes, todas mis dudas cesaron. Reconciliéme con el docto franciscano, prometiéndole que veria satisfechos sus deseos, y despues de hacer una profunda reverencia á Clemente IV quise continuar mi marcha; mas se habia formado alrededor de nosotros un circulo tan compacto de personas de ambos sexos que no era fácil romperlo. Mientras que algunos daban voces para que nos dejasen el paso libre, presentóse ante mí el famoso Caton de Utica, el mismo que se dió la muerte por no sobrevivir á la libertad de su patria. Du-

rante mi corta permanencia en el *Psicostatmos* habia escrito largamente sobre los sucesos de Utica, y pensando consultar conmigo, desplegó un enorme pergamino, diciendome al mismo tiempo:

—»Supongo, señor caballero, que me permitireis leeros esta memoria que he escrito para justificar mi muerte.....

—»¿Cómo? le interrumpí. ¿Se trata de sancionar el suicidio?....

—»Permitid: yo era libre.....

—»Nadie lo es para disponer de lo que no le pertenece. Aunque á la edad de catorce años supisteis muy bien pedir un puñal en el palacio de Sila, despues manejásteis muy mal la espada.

»Sorprendido de mi dureza y tomando la actitud del que se dispone para leer en alta voz, repuso con gravedad:

—»Respeto vuestra opinion; pero supongo que esto no impedirá que oigais la lectura de este documento y.....

—»Suponeis mal, le repliqué con ademan severo.

—»Reflexionad que mi conducta ha merecido la aprobacion de la historia, no menos que la de mis contemporáneos.

—»Entónces ¿de qué os quejais? ¿Qué quereis?

—»Leyendo el oscuro porvenir, sé que allá en lo venidero se me harán terribles cargos, y quisiera que vos.....

—»No, no: yo no puedo encargarme de vuestra defensa.

—»¿Por qué?

—»No apruebo vuestra muerte.

—»Ya os he dicho que mis contemporáneos y la historia.....

—»Diga lo que quiera la historia, lo cierto es que vuestra muerte fué útil al usurpador y funesta á la república. En los campos de Munda, allá en España, vuestra influencia podia haber evitado una derrota á las diez legiones que dieron la batalla..... ¿Qué hizo Pompeyo el jóven? Y Mário, escapado de Minturno, ¿no fué cónsul por la sétima vez? y.....

—»¿Imagináis que yo podia humillarme ante el César?

—»No imagino tal. ¿Por qué no os embarcásteis en Utica como lo hicieron otros muchos? ¿Por qué no seguisteis á la caballería? La desesperacion y el despecho son malos consejeros. Vuestra muerte fué un acto de debilidad que no puede justificarse de modo alguno; ¿y quereis que yo me encargue de hacerlo allá en la tierra? No; yo no podria decir á mis amigos sino que vuestro suicidio fué la muerte de Roma.

»Mis palabras hicieron alguna impresion en el sesudo republicano, y como su gesto y maneras revelaban que se disponia para hacer una defensa enérgica y vigorosa, algunos de aquellos grandes hombres se creyeron obligados á terciar en el debate.

—»Ved que Caton ha conquistado un alto puesto en el palacio de los grandes hombres, me insinuó Quintanál.

—»Lo creo, yo no le disputo sus merecimientos, le respondí.

—»Goza de la estima y aprecio general, añadió Chanacya.

—»Tampoco lo dudo.

—»Vos no podeis negaros á oírle sin pasar plaza de injusto, observaba Solon casi al mismo tiempo.

»Sin faltar al respeto al gran legislador, repuse:

—»En otro caso y circunstancias lo comprendo. Pero ¿habeis visto bien las dimensiones del volúmen?

—»El rollo no es pequeño.

—»Pues sabed ahora que me están esperando en las afueras del *Psicostatmos*.

»Al oír estas mis últimas palabras, Alfonso el Sabio exclamó:

—»¡Ah! entendido: Es cuestion de tiempo y en este caso voy á proponeros un medio que tal vez nos deje á todos satisfechos. Debemos considerar por un lado que este caballero necesita ausentarse pronto, y por otro que para fallar con acierto en tan delicado negocio, debe oír los descargos consignados por Caton en el volúmen. ¿No os parece que para remediar el inconveniente, podria llevarse Siscár el manuscrito á la tierra, y estudiarle con todo detenimiento, para poder consignar luego su opinion con acierto?

»Ninguno de los presentes se atrevió á oponerse al rey de las Partidas, y todos respondieron á su pregunta:

—»Sí, sí.

»Sin mas discusion, Caton, alegre y satisfecho, entregóme el volúmen, y yo le prometí cumplir con la indicacion hecha por Alfonso el Sabio, aunque en realidad me pareciese inútil, imaginando que en ningun caso podria justificarse el suicidio.

»Terminadas amigablemente mis diferencias con Caton, continuamos la marcha, no sin graves dificultades; tal era el gentío que obstruia el paso. Os lo confieso, como en todos mis viajes habia encontrado enemigos que combatir, sentia en aquel momento no poder hacer riza, imaginando lo mal que se hablaria de mí en la tierra, si á mi regreso no podia contar alguna descomunal batalla en honor y provecho de la órden. Preocupado con esta idea, pensaba en el modo de realizarla, cuando apareció ante mí cierto hebreo moreno, cegijunto, de mirada torva y centelleante.

—»Este es mi hombre, dije por lo bajo, y saludéle.

»Era Judas Iscariote ó de Carioth, pueblo de Judea (1), y mientras

(1) Iscariote en hebreo vale por el hombre de Carioth. (BIOGRA. CATHO., tom. II, pág. 137.)

me devolvía el saludo con cierto embarazo, le examiné de pies á cabeza. No me habia equivocado en el concepto que me habian hecho formar de él las añejas tradiciones y la lectura de los evangelistas. Los rasgos todos que distinguian sus facciones, presentaban el tipo mas perfecto del hombre dominado por una ambicion insaciable de riquezas. Sin duda alguna que Judas no habia sido llamado al apostolado por sus antecedentes, sino por una gracia especial de su divino Maestro, no obstante el conocimiento que este tenia de la traicion que mas adelante llevaria á cabo. Jesucristo dice á los apóstoles cuando algunos de sus discípulos le abandonaron: *¿Y vosotros no os marchais? ¿No os he escogido en número de doce y uno de vosotros es un demonio?*

»Tambien recordé en aquel momento que, nombrado tesorero, Jesucristo le enseñaba con la palabra y el ejemplo el verdadero uso que debia hacer de las riquezas, y él persistia en sus inclinaciones perversas, olvidando por el vil interés lo que debia á su Maestro. Asi es que osó murmurar contra la hermana de Lázaro cuando esta esparcia perfumes á los piés del Señor, diciendo: *¿Por qué no se han vendido estos perfumes en trescientos dineros para darlos á los pobres?* Y no decia esto porque se interesase por la suerte de los pobres, sino porque como tesorero disponia de los fondos comunes.

»Mientras tanto, viendo que el Iscariote me observaba en silencio, le dije:

—»Desearia, señor Judas, saber de vos una cosa.

—»Veamos, me respondió.

—»¿Cuál es el pecado mas negro de entre todos?

»Al oír mi pregunta tornóme á mirar con mucha atencion, sin duda para ver si alguna contraccion de mi rostro le decia el objeto de ella; mas no pudiendo leer en él nada, respondiome despues de haber reflexionado un momento:

—»Cuestion es esta no fácil de dilucidar; pero yo me inclino á creer que por sus consecuencias el adulterio.....

—»No es ese.

—»El robo.....

—»Tampoco.

»Su confusion aumentaba por momentos: sin embargo, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de tener, repuso:

—»Yo creo entonces que el falso testimonio.....

—»Es execrable, pero no el peor.

»Sudaba á mares. Su rostro cambiaba de color tan á menudo como su cuerpo de posicion, y en semejante estado insinuó algunos otros peca-

dos, pintándolos con los mas negros colores; mas no dándome yo por satisfecho, le interrumpí diciéndole:

—»Convencido de que son malos; pero el peor de todos es la traicion.

»Afectando indiferencia, me respondió:

—»¡Bah! la traicion es un pecadillo.....

—»¡Un pecadillo, y es suficiente para perder un reino y abrir miles de tumbas! Por una traicion se apoderaron los lombardos de Italia, los moros de España, y el Redentor del género humano sufrió el martirio de la cruz...

—»Pareceme que sois capaz de creer.....

—»Las verdades que nos cuentan.

—»Además no debe olvidarse que algunos pueden ser traidores sin apercibirse de ello. Ciegos instrumentos de algun magnate que les envuelve en una intriga tenebrosa.....

—»No por esto causarán menos daño á la sociedad. Pero sea el que fuere su estado, debe el hombre, observándose constantemente á sí mismo, cumplir ante todas cosas aquellos de sus deberes mas imprescindibles. La lealtad es uno de los que no debe olvidar nunca; y ¿quién le inducirá al error si armoniza con el pensamiento sus acciones todas?

»Replicó, repliqué y fuese empeñando el debate con tales gestos, gritos y amenazas por ambas partes, que llamamos la atencion del *Psicostátmos* de un modo verdaderamente extraordinario: de todos los ángulos del inmenso exágono acudian gentes para enterarse de la causa del tumulto. En tal estado y deseando por una parte aprovechar la ocasion que se me presentaba de promover un escándalo que me permitiese dar algunas cuchilladas, y queriendo por otra vengar á las generaciones de los traidores que fueron y serán, ante millones de individuos de ambos sexos, en medio de los varones mas notables que ofrecen los anales del mundo, le di el mas solemne bofetón que hombre alguno haya jamás recibido.

»Mientras que Judas, sintiendo los dolores del rudo golpe, se aplicaba ambas manos al rostro, yo me disponia para la batalla, imaginando que seria cruenta como enorme era el desacato hecho á la corte *Psicostática*. Lo primero que hice fué tomar posicion. En otro caso hubiera despreciado las ventajas del terreno, pero en trance tan difícil no podia dispensármelas. Un pequeño otero brillante de flores y arbustos me proporcionaba algunas, y con el auxilio de Bullanga, me apoderé de él espada en mano. Desde allí pude contemplar un momento á las suspensas generaciones. ¡Dios mio qué de hombres, niños y mugeres se agrupaban al rededor del otero! Llegaba hasta nosotros un sordo y no interrumpido rumor, capaz de estremecer al mas grande de los ejércitos.

»No habia tiempo que perder. Imaginando, á la manera de los gran-

des capitanes, arengar á mi hueste antes de dar principio á la batalla, improvisé un discurso no menos enérgico que belicoso. Recordando que los generales comienzan siempre los suyos con esta palabra: *soldados*; y viendo que yo no tenia mas que uno, exclamé:

—»Soldado.....

»Mas Bullanga, que tenia las mismas preocupaciones que los de su país natal, me interrumpió diciendo:

—»¡Cómo soldado! En mi vida lo he sido.

—»Mira, Bullanga, no me interrumpas: piensa que de la arenga pende todo, repliqué airado.

—»¡Bah!

—»Bárbaro; ¿quieres justificar á los que pretenden que la obediencia es bastante para conducir al soldado á la victoria, y que para nada necesita el entusiasmo?

—»Yo no doy la razon á nadie; pero si me tocan, me encontrarán; repuso mostrando los puños.

—»Pero la noble causa que defendemos.....

—»¡Digo, un bofetón!

—»Oye siquiera una palabra sobre la táctica.

—»¡Qué táctica!..... Al primero que se aproxime le aplasto las narices de un puñetazo.

—»No es mala táctica; pero ¿y la estrategia, que es la ciencia de los grandes movimientos de un ejército?

—»Paparruchas.

—»Bueno es sin embargo saber que algunas veces el reputado por mas estratégico es el mas bribon.....

—»¡Cuánta charla! Ahora mismo vais á ver.....

»Greyéndole capaz de hacer un movimiento que comprometiese la suerte de la jornada, repliqué:

—»Tente, espera. ¿Qué vas á hacer ignorando la táctica y la estrategia..... Mas algo de esto puede suplir un conocimiento exacto del pensamiento del enemigo, de su carácter é inclinaciones y de las fuerzas de todas armas de que puede disponer. Si ves la caballería, ganaremos otra altura. Oye..... Mira..... El que tienes á la derecha es Samson. Ante todas cosas esconde las quijadas de asno que veas, y despues si tiene el pelo largo pregunta por Dalila; no faltará quien arregle al mozo este..... Digo, Goliath, el gigante de Goth..... ¡si David nos prestase una de las cinco piedras que se llevó del Cedron!..... Aquel que se aproxima por este otro lado con ademan pacífico, es un parlamento. ¿Qué vas á hacer? Oye primero lo que hay sobre parlamentos.

—»Es inútil: el parlamento será el primero que se quede sin narices.

—»No está mal pensado, porque algunas veces mas que parlamentarios son olfateadores; y digo, no pudiendo olfatear por falta de narices.....

—»Será como un gato sin uñas.

—»Adelante..... ahí tienes á Timur, al famoso Timur: intercéptale el paso, no sea que nuestras cabezas sirvan para construir alguna torre. Bayaceto podrá sernos de alguna utilidad. ¿Por dónde andará?..... Sopáter y Apolonio aparecen: si aqui se usa la magia no tenemos defensa; pero para Viriato ponte en guardia. Es mal enemigo, y te advierto que para el caso probable de una capitulacion no quiero nada con bandoleros: prefiero á Alfonso el Sabio y á su padre. A los cinco ó seis que les siguen puedes dejarlos pasar: no habiendo entre ellos ningun inventor, fácil será persuadirles que somos los exploradores de las guerrillas de la vanguardia y que las grandes masas nos siguen. Mas calla, ¡las damas me lleven! ¿No son diplomáticos aquellos otros? Desconfia de sus movimientos y actitudes..... Si los ves avanzar es que se preparan para la huida. Digo, diplomáticos en una batalla!.... Un cortesano, un cortesano; deja las armas...

—»Esperad, repuso Bullanga hinchando los carrillos.

—»¿Qué intentas! ¡Ah! un soplo: no me parece mal. Pero por alli viene un doctor ó mire. ¡Ay de tí si te hieren!

—»No me dejaré curar.

—»Entonces puedes salvarte.

»Viendo en el mismo acto cierta maniobra sospechosa en el campo enemigo, continué:

—»Escrito estaba, ¡oh hermano Bullanga! que el choque seria crudo. El enemigo maniobra por ambos flancos y..... el momento decisivo ha llegado. Escucha; á aquel de fiero continente que avanza por tu izquierda, rómpele la cabeza y.....

—»¡Un diablo! es mi padre.

—»Como ¿te atreves á discutir? Todo ejército en donde las órdenes se discuten, está minado por su base.

—»¡Ah bah!

—»Pitágoras cree en tu saber y... ahora te reconozco yo por un anarquista. Pero ya que no quieres estoquearle, háblale: bueno es tener inteligencias secretas en el campo enemigo.

—»En mi familia no hay otacustas.

—»Qué otacustas ni qué diablos. Si sigues discutiendo, nuestra derrota es segura. Voy á hacerte una pregunta, pero antes de responder reflexiona que en trance tan terrible tu obstinacion puede causarnos daños irreparables.

—»Será inútil.....

—»¿Quieres obedecer arremetiendo á tu padre, sí ó nó.

—»No, me respondió sin titubear.

»Viendo que todo mi ejército se habia insubordinado en masa, creí mi salvacion imposible. Un capitan que tiene á sus órdenes dos ó mas cuerpos, puede con el apoyo del uno corregir las faltas del otro; pero yo no me hallaba en este caso. Resuelto, sin embargo, á vender cara mi vida, quise antes de comenzar la batalla despedirme de mi señora.

—»¡Oh reina y señora de mis pensamientos! exclamé, no olvides á tu caballero en tan difícil y arriesgada empresa.....

»Mi escudero me interrumpió diciendo:

—»Os aconsejo que dejeis por ahora de pensar en vuestra señora, y que procuremos nuestra defensa, porque nos han interceptado el paso y ya no hay retirada posible.

»Al decir esto cerró los puños en ademan de herir, y yo, disponiéndome para hacer lo mismo, calceme bien la manopla, y acabando de despedirme en voz baja de mi señora, vibré la espada gritando al primero que quiso escalar el otero:

—»Atrás.

»Al mismo tiempo, adelantándome un poco, quise estoquearle; mas oyendo hablar á mi derecha, dejé de hacerlo por enterarme de lo que decian: y cuando creia que iban á tocar á somaten ó á gritar *lo via fora*, oí que Zaleuco preguntaba á Santanou.

—»¿Le ha dado un bofetón á Judas?

—»Así es, le respondió el indio.

—»Ojalá le hubiera dado dos, repuso el primero.

—»Ojalá le hubiera dado tres, añadió el segundo.

—»Ojalá le hubiera dado cuatro, dijo Chandragapta.

—»Ojalá le hubiera dado cinco, objetó Viasa.

—»Ojalá le hubiera dado seis, repuso Solon.

—»Ojalá le hubiera dado siete, respondió Confucio.

»Bruto, que iba buscando á Casio, y Casio que iba buscando á Bruto, repitieron lo mismo, aumentando cada uno de ellos un bofetón.

»Mil maniqueos les imitaron.

»Y tambien mil arrianos.

»Y mil albigenses.

»Y mil judíos.

»Y mil adamitas.

»Y mil turlipines.

»Y mil anabaptistas.

»Y mil mahometanos.

»Y mil católicos.

»Y mil cainitas.

»El Brahmanismo y el Bhudismo se insinuaron de la misma manera.

—»Qué batalla ni qué demonio, exclamó Bullanga atónito.

—»Es batalla y muy batalla le respondí. Este género te es desconocido; pero calla ahora.

»El número de bofetones deseado llegaba ya á trescientos mil, cuando Carlo-Magno repitió lo mismo que habian dicho los anteriores, añadiendo uno.

»Lo mismo hicieron Timur, Bacon y algunos otros de su época.

»Y mil tudescos.

»Y mil lombardos.

»Y mil alanos.

»Y mil franceses.

»Y mil españoles.

»Y mil hunos.

»Y mil moabitas.

»Y mil sicilianos.

»Una comision de cada uno de los otros pueblos conocidos hizo lo mismo.

»Fué imitada por otra de cada una de las religiones que no se habian pronunciado,

»Lo mismo hicieron otras comisiones en representacion de todas las condiciones, estados, clases, oficios y sexos, con una sola escepcion.

»Luego que dejaron de hablar, envainando la espada, dije á Bullanga:

—»Por fin he sabido lo que deseaba saber.

—»¿Qué era?

—»Que los traidores son tan bien quistos aqui como en casa.

—»Bendita sea la Providencia.

—»Amen.

»Un aplauso casi unánime me saludó al dejar el otero, y yo no sé lo que Judas sentiria mas, si la bofetada, ó tan espontánea manifestacion. Mas Bullanga, que habia oido con mucho cuidado el deseo de todas las generaciones, me insinuó en voz baja:

—»Señor, señor, hay quien no ha dicho ¡ojalá!

—»¿Y quiénes son esos bergantes?

—»Vedlos allí.

—»¡Ah! las damas me lleven, los diplomáticos.

»Encontrando al mismo tiempo á Pitágoras y demas amigos que poco

antes me acompañaban, los cuales durante la ocurrencia se habían mantenido á alguna distancia de nosotros, les interrogué sobre el particular.

—»No lo estrañeis, me respondió el anciano; las principales armas de la diplomácia, con muy cortas escepciones, son la perfidia y la traicion. Para vivir en el fausto y la opulencia disponiendo de la suerte de las naciones, necesitan hombres que como Judas lo sacrifiquen todo á sus intereses. Por lo demas en el castigo impuesto á este.....

—»Cómo ¿es un castigo?

—»¿Lo dudabais? En él se vé la mano de la Providencia.....

—»Y la mia, le respondí en el acto de continuar la marcha hácia la brecha abierta por el Dotado.

»A poco, viendo á cierto Felipe que se habia encaramado en un árbol para verme pasar, le grité

—»Felipillo, Felipillo, ¿fué mosca ó moscardon lo que te picó en Gerona?....

—»Moscardon y de un tamaño enorme, me respondió de mal humor.

—»Su picadura te perdió en la tierra.

—»Y aquí, puesto que me ha impedido entrar en el palacio de los grandes hombres.

—»¿A pesar de ser tan *atrevido*?

—»¡*Morbleu!*

—»¿Y por dónde anda el cardenal?

—»Por aquí, á pesar de las necesidades que dijo.

—»Lo creo, porque es mucha la bondad de Dios. Pero por si acaso lo ignorabas sábete que yo estuve en la batalla.....

—»Maldito seas, me interrumpió saltando del árbol y desapareciendo á la carrera.

»Entonces, admirado de lo que acababa de oír, pregunté:

—»¿Cómo? ¿las gentes principales maldicen?....

—»No lo estrañeis, porque Felipillo hace poco tiempo que ha llegado y se resiente aun de las costumbres de la tierra.

—»¡Ah!

—»Ya sabeis que lo que mas caracteriza á algunos reyes no es una esmerada educacion.

—»Comprendo, basta.

»Las gentes continuaban lo mismo que poco antes, interceptándonos el paso, y aun algunos hacian esfuerzos sobre humanos por llegar hasta nosotros. No pocos querian hacerme encargos para sus familias; pero el poco tiempo de que podia disponer no me permitia atender á todos.

—»¿Qué quieres tú? le pregunté de repente á uno:

—»Dile á mi madre , á quien encontrarás en Reus pobre y honrada, que en vez de rezar por mí, rece por mi hermano Francisco que está mucho peor.

—»¿Qué ha sido del Francisco? le pregunté á Pitágoras.

—»Era blasfemo de oficio y sufre un castigo no pequeño.

—»Bien me parece, porque el blasfemar...

—»Es un pecado torpe y grosero que no ofrece ningun placer al hombre. No podia dejarse impune, porque el blasfemar no solo desmoraliza la sociedad, sino que muchas veces es el primer paso hácia el crimen. ¿A quién respetará el hombre si no respeta á Dios?

»Prometí al de Reus cumplir su encargo, y quedó satisfecho. Disponíame en el mismo momento para oír á otro, cuando acerté á divisar á Judith: al verla, no pude menos de exclamar:

—»¡Qué hermosa es!

—»Ya se ve que sí, me contestó el Buen Mozo, jugueton como siempre, y luego añadió: no era menos bella cuando perfumado su cuerpo de mirra, ceñida su frente con la mitra oriental y cubierta de ricas joyas, se presentó ante el teniente del orgulloso asirio, que queria exterminar á los pueblos que no le reconocieran por Dios.

—»Bravo, bravo, le dije siguiéndole en su buen humor, y al mismo tiempo le agarré fuertemente del brazo, resuelto á no soltarle hasta saber quién era.

—»¿Os parece?

—»Debia serlo; pero á propósito, voy á hacerle una pregunta:

—»Adelante, adelante.

»Entonces, dirigiendome á la viuda de Manesés, la dije:

—»¿No me direis, hermosísima Judith, porque sahumásteis vuestro cuerpo con plantas olorosas antes de ir á ver al bárbaro Holofernes y.....

»Interrumpime viendo que ella, dando una cabriola, desapareció entre la multitud. Al propio tiempo decia el Buen Mozo, frotándose las manos y riendo:

—»Bien, bien pensado..... Ella, delante de tantas gentes, no quiere contestar..... Bravo, bravo..... Pero es bella ¿no es verdad?

—»Paréceme, señor mio, que para vos todas lo son.

»Sin hacer caso de mi objecion, prosiguió:

—»Sin embargo, sin embargo, hay que convenir en que en la tierra as hay no menos lindas.

—»¿Quién lo duda?

—»En nuestra proyectada visita, admiraremos primero las de esta época, y despues las del siglo XIX.

—»Insistís en acompañarme?

»Sin dejar su ordinaria chacota, me contestó:

—»Sí, sí: yo dirigiré la marcha. Lo primero que visitaremos al llegar á la tierra será el castillo de Hurís, en donde se alberga la doncella mas...

—»Gracias, mil gracias por la preferencia, le interrumpí. ¡Digo, este mozo con su arrogante figura!....

—»Nos divertiremos, nos divertiremos.

—»Lo creo, pero no será en Hurís..... Visitaremos el castillo de algun vecino.

—»Mal pensado, mal pensado. Lo bueno, lo bonísimo está en Hurís.

—»No lo ignoro, y por lo mismo lo quiero para mí.

—»El egoísmo ha sido condenado por todos los filósofos y

—»Andad al diablo, le interrumpí mohino.

—»Consultad á Quintanál que quiere ser de la partida, repuso viendo que el fraile arquitecto se nos incorporaba.

—»¿Y qué importa que quiera ser de la partida?

—»No le hagais caso: si antes significué que pensaba acompañaros, fué para que no siguiera interrumpiendo la prediccion de Pitágoras, me dijo Quintanál al oído.

—»¿En verdad?

—»Sabed que cuanto dice y hace respecto de mugeres, es un castigo que le ha impuesto la Providencia por sus escesos galantes.....

—»¡Ah! ¿será posible?....

—»Nada hay mas cierto.

—»¿Y no me direis quién es? seguí interrogando por lo bajo á Quintanál.

—»¿No le conocéis? Pues qué ¿la dignidad y nobleza de su figura, no os dicen que es el famoso Marco Antonio?

»Os confieso que al oír pronunciar el nombre del célebre triunviro, quedé suspenso. Parecíame imposible tener ante mí al valeroso capitán vencedor en tantos combates, al patricio alegre y bullicioso en sus amores, cuya fama de liberalidad y galantería le habian dado á conocer á la tierra toda. Le miraba y volvía á mirar, extasiado ante su hermosa presencia y graciosas maneras. ¡Qué de cosas no recordé entonces de su juventud pasada al lado de Curion el libertino y de Cláudio el demagogo! ¿Y su comercio con las mas apuestas cortesanas?... Comprendí la pena que se le habia infligido; mas luego de haber vuelto de mi sorpresa, queriendo conocer algunas particularidades de su vida galante, le pregunté:

—»¿Es cierto lo que nos cuentan, de que vestido de esclavo os introdugisteis cierta noche en casa de Fulvia con una carta?....

—»Cierto, ciertísimo, me respondió no menos bullicioso que siempre; y tambien os puedo asegurar que la di una agradable sorpresa. Mientras comenzaba á leer la carta la di un abrazo; pero que abrazo,....

—»¡Qué mozo!

—»Dejó por un momento su gravedad ordinaria.....

—»Lo creo, lo creo, pero y ¿Octavia?

—»Era tan discreta como hermosa, y yo la servia como deben ser servidas todas,....

—»*Todista* como cierto andaluz que conocí en Lóndres, murmuré yo para mí.

—»¿Y no habeis oido hablar de mi entrada en Efeso?

—»Muchísimas veces. Cuando las mas apuestas reinas y princesas os enviaban ricos presentes para teneros propicio.....

—»En efecto, y..... yo no les negaba nada, nada. A todas las dejaba tan contentas que.....

—»¡Pero! ¿Y lo que nos dicen de Actium, es cierto?

—»¿Qué cuentan? ¿qué cuentan?

—»Podeis interrogar á Plutarco, que lo ha escrito. Nos dice que hallándoos á la cabeza de doscientos mil infantes, doce mil caballos y quinientas galeras de ocho y diez hileras de remos, abandonásteis el campo de batalla por seguir á Cleópatra.

—»Dice bien, y me alegro que la grandeza de tal hecho sea conocida en la tierra. A mis órdenes tenia seis reyes y otros muchos principes aliados, y todo lo dejé por ella. No podiais formaros una idea de mi dicha..... Creedme, no hay nada positivo en el mundo mas que el amor, el amor, el amor.....

»Los presentes le interrumpieron con risotadas ruidosas que se continuaron un largo rato. Mas habiendo llegado al propio tiempo á la brecha abierta por el Dotado, ya solo pensé en despedirme de aquellos nobilísimos varones que tanto me habian favorecido. Pelayo, Alfonso el Sábio, maese Alvar García, Quintanál y otros muchos de los españoles me abrazaron con muestras de entrañable afecto, rogándome que volviese á visitarlos. El gran Pedro III, al apretarme la mano, me dije:

—»No olvides el encargo que te he hecho para mi hijo Jaime II.

»Pitágoras, Chanacya, Solon, Fidias, Mário, con otras de las ilustraciones de la antigüedad, no me festejaron menos que los de mi patria, deseando igualmente volver á verme.

—»No olvideis la visita que tenemos proyectada, me dijo Marco Antonio en el acto de darme un abrazo.

—»No lo olvidaré, respondí correspondiendo á sus cariñosas demos-

traciones, y al propio tiempo, acompañado de mi escudero, salté en el carro compadeciendo los extravíos galantes de una grande alma.

»La reina estaba sentada en su trono de piedras preciosas, no menos radiosa é imponente que poco antes, y el Dotado en cuclillas á sus piés sin atreverse á mirarla. Mientras Bullanga se acomodaba como podia en el carro, yo inclinándome con respeto, dije á Mab:

—»¡Oh reina y señora del universo! hoy mas que nunca necesito vuestro amparo y proteccion. Sabed que el pérfido Sotavento vive y.....

—»Ya sé yo quién vive: sentaos, me interrumpió con precipitacion.

»No atreviéndome á contradecirla, tomé asiento, y al mismo tiempo los cisnes tomaron vuelo y perdimos de vista el *Psicostatmos*. Lanzóse el carro como otras veces en el espacio infinito, y mientras cruzaba sobre elevados montes y deliciosos valles, el hada me habló de esta manera:

—»No ignoro que el astuto Sotavento, protegido por Nartufa, os burló en el palacio de las sílfides. Tambien sé que para encontrarle de nuevo contábais con mi proteccion; pero hoy, en este momento, el mundo espera de vos un gran servicio; la aventura del terrorífico paso de armas del puente está encomendada á vuestra espada.

—»Pero.....

—»No me interrumpáis, porque vuestras observaciones serian inútiles. Terminada esta colosal empresa, que tanto interesa á los vivientes, nos ocuparemos si os parece de Sotavento.

»Al escuchar estas palabras, conociendo la firmeza de ánimo de Mab, guardé silencio, y ella se espresó en los siguientes términos:

—»En cierto país lejano, de horrible nombradía, existe un valle que ha por nombre el *Valle de las sombras*, y ciertamente no podia designársele mejor. Su luz opaca y vacilante permite apenas distinguir los objetos. Cubren la tierra arbustos espinosos y zarzales que dificultan su paso, y de vez en cuando se oye el graznido lúgubre y misterioso de aves nocturnas de siniestro agüero. ¿Lo creereis? Este valle, en que ningun mortal ha podido penetrar y del que, cual de otra caja de Pandora, salen los males todos que aflijen á la humanidad, es un *criadero de lagartos*.

—»Santa Tecla, exclamaron á la vez mi escudero y el Dotado, no pudiendo contenerse.

—»Callad hermanos, les dije, porque no quisiera perder ni una sola palabra de las que nos dice la reina: presiento que el trance que me espera será duro.

»Mab continuó:

—»Un ancho y profundo lago separa el Valle del resto de la creacion; pero el lago tiene un puente, el puente un paso de armas, y este es soste-

nido por un caballero cuyo nombre solo estremece á los vivientes. Se llama *Hiro-bufa*, pero campea bajo el nombre de Caballero de la *Sangrienta Espada*, porque la que brilla en su diestra chorrea siempre sangre. Su terrible morada es una torre construida con huesos humanos, cuyos cimientos son cuatro mil cabezas de otros tantos hazañosos que osaron tentar la aventura. ¡Qué horror! la tierra se niega allí á producir cereales; los árboles no dan fruto; las plantas no ostentan bellas flores.

—»¡Diablo! yo me lo pensaria un poco antes de ir, exclamó el Dotado tristemente impresionado.

—»Y yo tambien, añadió mi escudero.

»Mab prosiguió sin hacerles caso:

—»Con el potente favor de cierta hada, tan páfida como ellos, los lagartos se rodearon de tales protectores para evitar su ruina, y ciertamente no pensaron mal, porque ya nadie se atreve con el feroz caballero. Asegurado el paso de armas, persona alguna puede penetrar en el Valle, mientras que de ellos salen por dia dos mil lo menos para las diversas córtés del globo.....

—»¡Dos mil!

—»No os parezcan muchos: son los consejeros de todos los monarcas de la tierra. Pululan en los palacios con la cara de hombre y el corazon de otra cosa: no ignorais que los reyes son las personas mas dignas de sus respectivas córtés.

—»Basta, basta. Paréceme haberos comprendido bien, y os ruego que no perdamos tiempo. Ponedme ante el paso de armas y.....

—»No os precipiteis.

—»Pero ¿no podria saber qué es lo que sucederá despues que yo haya vencido á Hiro-bufa?

—»Vereis iluminarse repentinamente el Valle de las sombras, y el eriadero desaparecerá al compás de un ruido espantoso que estremecerá la tierra.

—»¿Y los lagartos?.....

—»Si alcanzais la victoria, el portento se operará ante vos. No preguntéis mas, y oid lo que por último tengo que deciros, procurando no olvidar ninguna de mis palabras. Al poco rato de haber entrado vos en la torre yo iluminaré la estancia; abrid bien los ojos y luego..... respetad la demencia. Todo hechizo quedará roto y es cuestion de cierto refran destinado á atravesar las futuras generaciones.

—»¿Cómo?.....

—»Nada mas tengo que añadir.

—»Pero mi escudero.....

—»No puede acompañaros. Adios.

»Al pronunciar estas palabras descendió el carro con la velocidad de otras veces, y me hallé en frente del terrible paso de armas. La reina, elevándose con el Dotado y Bullanga, me decía:

—»Partid y venced.

»Y en el momento de desaparecer el carro, Bullanga gritaba:

—»Señor, señor, no os olvideis de abrir bien los ojos.

»Quedé solo, y alumbrado por una luz ténue que apenas me permitía distinguir los objetos. No dejó de admirarme un tal amor por las tinieblas; mas adelantándome algunos pasos, pude contemplar aquella horrible mansion. Mab, por un sentimiento que conociéndola supe apreciar, había economizado sus horrores. En efecto, los árboles estaban despojados de hojas, la tierra no era productiva, las plantas no daban flores, pero ¿qué era todo esto comparado con los huesos humanos que por todas partes interceptaban el paso? No estremecía menos el ver cadáveres mutilados y girones de carne en distintas direcciones. La tierra se hallaba empapada en sangre.....

»Pero alguna otra cosa me daba mucho mas cuidado. Al fijar mi vista en la cabeza del puente, distinguía por entre las tinieblas un número considerable de mónstruos de aspecto no menos amenazador que terrible. Todos eran lagartos y ¡qué lagartos! Aparecían unos con muchas cabezas, otros con garras de león; estos habían tomado la figura del centáuro, aquellos la de un monstruo marino y todos la cara de hombre. Pero lo mas sorprendente, lo que no supe explicarme, fué ver entre ellos á un hombre y una muger de agradable aspecto sujetos con gruesas cadenas. El primero, con armadura antigua y corona de laurel, tenía en la una mano un escudo y en la otra un dardo. A la matrona no podía distinguirla bien, porque los mónstruos que atormentaban á ambos con agudos estiletes de fino acero, me lo impedían. Demacrados, escuálidos, lanzando profundos y lastimeros ayes, escitaban vivamente mi compasión, y resolví en tiempo oportuno interrogar al hada sobre aquellos desgraciados.

»El aspecto siniestro del sitio, sus tinieblas, las sombras, los espectros y la espantosa nombradía del formidable caballero, confieso que todo produjo en mí cierta impresion. Yo calculaba, no sin fundamento, que mi batalla con el de la Sangrienta Espada sería terrible. En tal estado, me hiqué de rodillas é invoqué á mi señora, pidiéndole la victoria si esta había de ser en honra y provecho suyo, y la muerte en caso contrario. Sentí con esto renacer mis fuerzas y al levantarme era ya otro hombre.

»Avergonzado de mi debilidad, que yo creí efecto de algun maleficio de Nartufa, y temiendo su funesta influencia, imaginé un espediente que me

impidiera retroceder; el de hacer á Hiro-bufa el mas grande insulto que un caballero puede hacer á otro. Orgullosa despues de los esclarecidos triunfos que habia alcanzado, ostentaba su pabellon en la puerta de la torre como un monumento de gloria. Verle, tirar de la espada, arrojarme sobre él y hacerle pedazos, fué obra de un momento. Hecho esto, con la cabeza erguida y el paso firme, entré en la estancia.

»Lo primero que me llamó la atencion fué su oscuridad. La luz que penetraba en ella era tan débil que con dificultad permitia distinguir los objetos. Sin embargo, á través de las tinieblas pude contemplar al furibundo hazañoso, rodeado de esqueletos de estrañas formas, tendido en un sofá y armado de todas armas. Pero ¡qué armas! Un horrible cocodrilo con conchas de metal luciente le servia de casco; dos tigres abrazados constituian su oblongo escudo, y formaban su cota de malla infinidad de serpientes entrelazadas, cuyas agudas lenguas amenazaban constantemente al enemigo. ¡Dios mio qué armadura! Desde aquel momento dejaron de admirarme sus victorias.

»Rugieron los tigres, silbaron las serpientes y agitáronse los cocodrilos á mi entrada. El tremebundo caballero ni siquiera se dignó alzar la cabeza, y os confieso que me sentí humillado. Deseando vengarme de aquel desprecio, que en semejante ocasion era un insulto imperdonable, en el primer momento quise arrojarme sobre él; pero pude afortunadamente contenerme, y dueño de mí mismo, tal cual era el agravio imaginé la venganza. En el otro lado de la pieza, en frente del suyo, habia otro sofá, y tendiéndome en él esperé á que Sangrienta Espada me hablase.

»En semejante estado permanecimos un corto momento. Por fin, el feroz caballero bostezó, estiró sus miembros, y se calzó las manoplas, que eran dos grandes lagartos de mirada centelleante y amenazadora. Despues con voz profunda como un terremoto, preguntó:

—»¿Entraste, prenda mia, sin hablar á tu caballero?

»Seguro de que á mi entrada me habia visto y examinado de piés á cabeza, y que por consiguiente no podia equivocarme con su dama, guardé silencio calculando que mi accion le habria sorprendido, y que con una fingida distraccion queria recobrar el terreno perdido.

—»¿Serias tan ingrata como hermosa? continuó en el mismo tono que antes.

»No respondiéndole tampoco, siguió preguntando sin cambiar de posicion:

—»¿Acaso Nartufa me llama para alguna buena aventura?

—»Puede que sea mala, murmuré yo por lo bajo.

»Mi silencio le desesperaba, y sin duda alguna que no podia seguir

finjiendo mas tiempo sin menoscabo de su reputacion y fama. El debió conocerlo así, cuando ladeándose, fijó en mí la vista: al mismo tiempo yo, previendo una esplosion de furor, me apercibi para el combate. Finjiéndose entonces sorprendido, aunque con una calma é imperturbabilidad que cada vez me hacian admirar mas á aquel hombre, realmente extraordinario, dijo:

—»Pero ¿qué veo? un caballero en mi estancia y solo. ¡Ah! comprendo, habrá venido huyendo de los leones. ¡Pobre jóven!

»Entreviendo un nuevo insulto en sus palabras, le respondí dando una violenta carcajada; pero tampoco logré alterarle. Por el contrario, un momento despues esclamaba con un gesto de compasion:

—»Me engañé: está demente.

»Miréle sin responderle. Yo no conocia entonces su proyecto; pero era indudable que el segundo ensayo le habia salido tan mal como el primero. Por fin, alterando su plan, se dignó por primera vez dirigirme la palabra, diciéndome:

—»Jóven ¿te han engañado? Habla: ¿puedo hacer algo en tu obsequio?

—»Hazañoso, le respondí; ¿te ha inmutado mi presencia? Responde: en desquite de tu franqueza yo podria concederte la vida por un cuarto de hora.

»La misma imperturbabilidad en el descomunal guerrero: sonriendo desdeñosamente repuso:

—»¿Qué esperas de tu locura?

—»¿Y de tu arrogancia, qué esperas tú?

—»Mi temple no se mella.....

—»Tu pendon está hecho pedazos.

—»Si fuese cierto.....

—»¡Diablo!

—»Si me levanto hoy ¿qué será del universo mañana?

—»¡Oh inclito Hiro-bufa! no te levantes: compadece á la humanidad.

—»Lo haré, pues tal es tu deseo.

»Sus respuestas, por demas altaneras, me sorprendian cada vez mas y mas. No podia comprender cómo un caballero de tanta nombradía podia tolerar mis insultos. Tomándolo, empero, por un desprecio, resolví obligarle á entrar en batalla, mayormente considerando que mi inaccion podria atribuirse á otra causa poco honrosa para un caballero. Dejando pues la ironía y el sarcasmo, le grité colérico:

—»Acabemos.

—»No ignoras que por compasion á la humanidad no me levanto. Deja la espada y vete, me respondió.

—»Farsante ridiculo, tu insolencia iguala á tu cobardía: vas á recibir mi espada pero en tu pecho, repuse levantándome.

»Impasible, como siempre, el formidable hazañoso, me contestó:

—»¡Bah! Créeme, aprovechate del favor que dispenso al mundo y vete.

—»Menos fanfarronadas: defiéndete ó hiero.

»Mi accion, no menos enérgica que estas palabras, le hizo por fin cambiar de tono y preguntóme:

—»¿Estas resuelto?....

—»A matarte.

—»Voy á levantarme.

»Al pronunciar estas palabras, se puso en pié; pero la escasísima luz que alumbraba la pieza no me permitió distinguir sus facciones. Al propio tiempo se oyó un ruido espantoso, cuyo profundo eco, semejante al del trueno, se prolongó un largo rato por las cavidades del lago y de los vecinos montes. Temblaba la tierra bajo mis piés, y los gritos discordantes del cocodrilo, el imponente rugir de los tigres y el silbido agudísimo de las serpientes enroscadas, se confundían con el pavoroso estruendo.

»No habia un momento que perder. Recordando entonces el precepto de Mab, abrí bien los ojos y de repente se iluminó la estancia. ¡Qué repentina metamórfosis se operó en el mismo instante! no fuera fácil describirla con exactitud. Las fieras que constituían las armas del feroz guerrero caen, y despavoridas huyen dando ahullidos espantosos; el hazañoso se bambolea como herido por un rayo; yo le miré al mismo tiempo, y ¿á quién direis que vi? El terrible caballero de la Sangrienta Espada, el tremebundo Hiro-bufa, terror de los vivientes todos, no era otro que el tan célebre como cobarde Sotavento. Comprendiendo entonces el misterio de su conducta, no pude contener una carcajada, que resonó en todo el valle.»

Con otra no menos estruendosa le interrumpen sus oyentes. A cada cual se le ofrece algo que decir; mas como al propio tiempo desean conocer el fin de tan singular aventura, prestan de nuevo atencion al Bañolense, el cual continua de este modo.

«Las malas causas rara vez encuentran buenos defensores. Nartufa habia tomado al célebre aventurero como instrumento de sus maleficios, porque ningun caballero leal y esforzado se hubiera prestado á servirla á costa de su honra. Mas conociendo su debilidad y cobardía, le hubo rodeado de aquel aparato mágico, con el cual lograra imponer á algunos hazañosos poco avisados, adquiriendo con esto la fama de héroe. Pero ¿qué era Sangrienta Espada desnudo de sus armas? Un Sotavento.

»Otras veces, no lo ignorais, cuando el famoso capitan se veía en mi

poder, tanto por salvar sus dias como porque le ayudase en sus proyectos, procuraba alucinarme con las mas seductoras promesas; mas en esta ocasion no fué lo mismo. Luego de verse desnudo de sus fieras armas, salióse de la torre dando brincos y cabriolas, capaces de dar prez y fama al arlequin mas diestro. Verdaderamente quedé sorprendido; pero temiendo al pronto que con algun ardid tratase de burlarme como otras veces, seguí sus pasos procurando no perderle de vista.

»Nueva sorpresa me esperaba al llegar á la cabeza del puente: el famoso Valle de las sombras se habia repentinamente iluminado, y aquellos dos infelices que los mónstruos escarnecian y martirizaban á mi llegada, rotas sus cadenas, aparecieron rejuvenecidos y radiantes de gloria. Su actitud era no menos imponente que magestuosa: erguida la cabeza y severo el ademan, señalaban con su diestra las hondas cavidades dellago. La hermosa matrona, que poco antes no habia podido distinguir bien, iba medio desnuda, ostentando una palma en la izquierda mano y un sol sobre su pecho. Este astro era el que, despejando las tinieblas, daba luz y vida al Valle.

»Pero no era esto lo mas extraordinario y sorprendente. Los lagartos salian de sus profundas cavernas, y no pudiendo soportar la luz, corrian al pronto desaforados sin acertar á tomar direccion alguna; mas luego, viendo la actitud enérgica y significativa de aquellos dos seres que tanto me llamaban la atencion, cual si impulsados fueran por una mano de hierro, se precipitaban en el profundo lago dando ahullidos espantosos que estremecian la tierra. La presciencia del hada era infalible: tal fué la prisa de los lagartos en arrojarse al insondable abismo de donde no debian salir, que, á pesar de ser en tan considerable número, el horrible criadero dejó de existir en pocos momentos.

»Entonces, esperando aclarar algunas dudas tan luego como viese á la reina, dediqué todo mi cuidado á Sotavento. Mientras se verificaban los portentos en el Valle de las sombras, habia este continuado dando brincos increíbles, importándosele un bledo cuauto en derredor de sí pasaba, y á la sazón hacia lo mismo. Pero algunas veces acompañaba sus saltos y cabriolas con gestos tan raros, con contorsiones tan grotescas y extravagantes, que me daba sériamente en qué pensar. En la duda, le examiné con algun cuidado y no me sorprendió poco el verlo pálido, con la mirada arisca y desencajada, y el pelo erizado sobre su cabeza. Entonces, comprendiendo aquellas palabras de Mab..... *respetad la demencia: todo hechizo quedará roto.....* exclamé:

—»Las damas me lleven, sino se ha vuelto loco. Loco rematado. La proteccion de Nartufa le falta y..... cierto, cierto. En la lucha de las dos hadas la reina ha llevado la victoria.

»Mientras yo hacia estas y otras parecidas reflexiones, Sotavento, dando de repente un agudo grito, echó á correr gritando:

—»Que me atrapan, que me cercan, que me comen.

—»¿Quién, quién? le pregunté yo siguiéndole.

—»¿No las veis? ¿No las veis? Las gallinas, me respondió inmutado, procurando esconderse.

—»Majadero, qué gallinas ni qué.....

»Me interrumpió, y agarrándome del brazo, con creciente turbacion pronunció las siguientes inconcebibles palabras:

—»Oid..... pero no comuniquéis á nadie mis secretos. Yo en otro tiempo fui Saturno, y devoraba á los niños propios y estraños.... Despues fui Júpiter y á mi aspecto y mi palabra temblaban dioses y mortales..... Mas ahora, sabedlo y compadeceos de mí. Ahora soy un grano de trigo y las gallinas me persiguen noche y dia para comerme. Silencio sobre todo, silencio, silencio.

»Os lo confieso, á pesar de los daños que el célebre aventurero habia causado á la humanidad, tanta desdicha me dió lástima. Imaginaba que acaso su estraño género de locura podria tener alguna relacion con las últimas palabras que me dijo la reina al darme sus instrucciones..... *es cuestion de cierto refran destinado á atravesar las futuras generaciones*..... En esto estaba, cuando apareciendo repentinamente el carro, me encontré en un momento en los brazos de Bullanga y el Dotado, que me felicitaban á porfia por mi aventura. Mientras los cisnes comenzaban á levantar el vuelo, no pude menos de lanzar un suspiro de lo mas hondo de mi pecho, porque la súbita aparicion del hada me impedia realizar un cierto deseo. La verdad; habia pensado pasar el puente y visitar al célebrimo Valle. De este modo, si algun lagarto se hubiese quedado rezagado, tuviera el placer de cortarle la cabeza.

»Mas apenas me ví sentado en frente de Mab, le dije:

—»Ya terminada la aventura, ¿me será permitido interrogaros sobre algunas cosas que no he comprendido?....

—»Hablad, respondió el hada con su gravedad ordinaria.

—»¿Recordais, á propósito de Sotavento, aquello de: *es cuestion de un refran*?....

—»Lo recuerdo, y en efecto el refran pasará á la posteridad.

—»¿Y no podria yo conocerle habiendo dado cima á la aventura que, si mal no lo comprendo, le dará popularidad?

—»Sin duda alguna: al querer ponderar las gentes el escesivo miedo ó falta de ánimo de alguno, dirán: *es mas cobarde que una gallina*.

—»Aludiendo al grano de trigo que huye.....

—»Así es.

—»¿Valdrá tanto como decir: *es un Sotavento?*

—»Precisamente.

»Satisfecho sobre este punto, seguí preguntándola:

—»¿Y qué me decís de los dos infelices que amarrados con gruesas cadenas.....

»Mab me interrumpió sonriendo:

—»Son el Mérito y la Verdad, á quienes habeis proporcionado el mas completo triunfo.....

—»¡Ah! ¡Diablo!.....

—»El Mérito confunde y humilla á los lagartos que dominan en las córtes, y la Verdad, ostentando el sol, es la misma luz que ahuyenta las nubes de sus errores y mentiras.

—»Pero habeis insinuado que mi hecho de armas les ha dado el triunfo sobre sus enemigos, y sobre esto tengo alguna duda. ¿De qué época databa el criadero?

—»De poco despues del diluvio.

—»¿Y no me digisteis anteriormente que de él salian dos mil lagartos por dia?

—»Es la verdad.

—»Entonces no hemos exterminado la raza.

—»Desgraciadamente no. Los que están esparcidos en las diversas partes del globo viven todavía y causarán no pocos daños. Pero notad que desde hoy en adelante la Verdad comenzará á hacerse oír en las córtes y el Mérito tendrá cabida en ellas.

—»Pero los.....

—»Conociendo el pueblo las ventajas que le proporciona este cambio inesperado, secundará sus esfuerzos con arrojo y valentia, haciendo batidas generales. Hombres, niños y mugeres, todos irán á caza de lagartos, y gradualmente se irá extinguiendo la raza. Puedo aseguraros que en el siglo XX será muy difícil á los enfermos encontrar uno para un remedio; ya las eminencias en las ciencias y las artes les habrán sustituido.....

—»Algo que puede tener relacion con esto he oido hace poco.....

»Fui interrumpido por un movimiento de descenso del carro, tan rápido, que sin pensarlo nos hallamos repentinamente en Cataluña y en el mismo sitio en donde la reina nos habia tomado para elevarnos al *Psicos-tatmos*. Trenca-cielus y Bullanga saltaron en tierra los primeros, y luego de haber hecho yo lo mismo, me disponia para mostrar de nuevo mi agradecimiento á Mab, cuando esta desapareció con su carro con la misma velocidad que otras veces, diciéndonos:

—»Adios, adios.

»Al despedirme del Dotado, me ofreció que cuantas veces quisiera visitar el *Psicostatmos* me prestaria el auxilio de su brazo, cosa que tuve en mucha estima, imaginando que con el tiempo podria tener deseos y aun necesidad de volver á departir con los grandes hombres. Dile una excelente gratificacion, y alegre y satisfecho, despues de haber abrazado á mi escudero repetidas veces, se dirigió á su casa á hacer lo mismo con su muger y sus hijos. Entonces, acompañado de Bullanga, tomé el camino de Huris, calculando que rotos al fin los hechizos de Nartufa por la grandeza y el saber de su reina y vencido Sotavento, tal vez podria yo obtener la mano de mi señora»

Al terminar el Bañolense el relato de su estupendo viaje, recibe un aplauso tan espontáneo como unánime. La derrota del célebre aventurero que tantas veces habia logrado evitar la muerte con su astucia, ha entusiasmado á los caballeros, y Siscár recibe en cambio uno tras otro mil abrazos y parabienes. No comentan con menos ardor las noticias que la presciencia les ha dado sobre el espíritu y tendencia de los venideros siglos, y la destruccion del famoso criadero que tantos males ha causado; mas estando muy adelantada la noche comienzan no pocos á retirarse á sus tiendas para descansar de las fatigas del combate. Van sucesivamente imitándoles los demas, y algun tiempo despues dos solas personas quedaban en la tienda; Siscár su dueño y Rauret, que no escarmentando con el *finis cornuum orationis*, resuelve quedarse en ella por gozarse como de costumbre en la portentosa locuacidad de su compañero.

Al amanecer del siguiente dia los catalanes y aragoneses siguieron su marcha victoriosa. *Ganada tan señalada victoria pasaron adelante, y en pocos dias se apoderaron de la ciudad de Tebas y luego de la de Atenas, con todas las fuerzas del estado del Duque, rendidas las mas sin esperar sitio, porque toda la defensa se habia perdido en la batalla. Con esto quedaron nuestros catalanes y aragoneses señores de aquel estado y provincia, al cabo de trece años de guerra; y con esto dieron fin á toda su peregrinacion y asentaron su morada, gozando de las haciendas y mugeres de los vencidos. (Moncada) (1).*

(1) Dice MONTANER despues de referir tan señalada victoria: *e axi patirensse la ciutat de Estines (Atenas), e totes les viles, e els castells del ducat: e donaren les dones per mullers a aquells de la companya, e a cada hu segons que era bon hom, e donauen a tal tant honrrada dona que no li tanguera que li donas aygua mans, e axi assegurareusen, e ordonaren llur vida en tal manera, que si sabiament ho volen tenir, per tots temps ells, e els llurs hi haran honor.*

Dice LEBEAU: *Après cette victoire, les catalans s'avancèrent vers Thebes, qui leur ouvrit ses portes; ils se présentèrent devant Athènes, qui s'enpressa de les recevoir. Toutes les autres place*

imitèrent l'exemple de ces deux capitales, et tout le pays se soumit à ces étrangers. Ils en prirent possession comme d'un domaine qu'ils n'avaient pas envie d'abandonner.

Pueden además consultarse NIC. GREG., lib. VII, cap. VII, ZURITA, Part. I, lib. VI, cap. VII, DUC. *Hist. Cons.*, pág. 243, etc., etc.

En la introduccion histórica hemos indicado ligeramente el miserable estado del imperio y la eficacia con que contribuyeron á detener su caída nuestros bravos compatriotas. No deben olvidarse aquellas palabras de LEBEAU: *La expedicion de los catalanes es sin contradiccion una de las mas memorables que presentan los fastos de las naciones belicosas: comparada con LA FAMOSA RETIRADA DE LOS DIEZ MIL, BAJO MUCHOS CONCEPTOS EL PARALELO LE SERIA VENTAJOSO.* Las consecuencias funestísimas que ha tenido para Europa la toma de Constantinopla por Mahomet II, ¿no son el comentario mas elocuente que se pudiera hacer de la grande empresa de Roger de Flor y sus compañeros? ¿Por qué los políticos de aquel tiempo no prestaron á los aragoneses y catalanes el auxilio que bajo todos conceptos merecian? Si Pedro III de Aragon tardara algunos años en morir, no fuera la Sicilia sola la que se hubiera anexionado á España durante su glorioso reinado.....

Por lo demas, respecto de la conquista de Grecia, terminaremos como MONCADA. *Con esto daremos fin á la expedicion de nuestros catalanes y aragoneses, hasta que tengamos larga y verdadera noticia de lo que sucedió en el espacio de ciento y cincuenta años que tuvieron aquel Estado.*





LIBRO LXX.

EN CATALUÑA.—MONTANER.—EN DONDE SE VERÁ CÓMO Y POR QUÉ SISCÁR APOSTROFA AL *Teresus*.—PROSA DE BULLANGA.—EL CASTILLO DE MONTOLIU.—DE LAS COSAS QUE SU CASTELLANO REFIRIÓ Á LOS VIAJEROS.—CONSEJOS.—NOTICIA INESPERADA.—ARPID DEL CASTELLANO.—DESPEDIDA.—CUITAS DE SISCÁR.—UNA CARGA Á FONDO.—TRIUNFO DE BULLANGA.—PLAN.—HURÍS.



Algunos días despues, dos caballeros completamente armados y calada la visera iban, aguijoneando un tanto á sus bridones, por el camino que conduce de Rosas á Gerona. Sin duda alguna habian desembarcado en aquella antigua colonia de los rodenses, cuya bahía era entonces como hoy el mas seguro resguardo de las embarcaciones en los dias de borrasca.

El mas alto de los dos, notable tambien por su gallarda apostura, no llevaba mas divisa ni empresa en el escudo que una cabeza de Medusa sable sobre campo de plata: al parecer unas leyendas que acompañaban á aquella, constituyendo tal vez su grito de guerra, habian sido borradas. El otro, algo mas pequeño, pero muy fornido y no menos bien formado, ostentaba por todo distintivo la palabra *Dios*, en la parte superior de su escudo, en el que se notaban tambien señales nada equívocas de haber sufrido alguna innovacion.

Un solo escudero alto y delgado, con cara de belitre, aunque no lo fuera, cubria la retaguardia.

Caballeros y escudero marcharon un largo rato observando con alguna detencion á los caminantes, hasta que llegaron á un pueblo donde sin recelo ni temor alguno pudieron alzarse las viseras.

El primer hazañoso era Enrique de Busa y su compañero el sarcástico y atolondrado Bañolense. El sirviente de ambos no era otro que el célebre Bullanga.

Enrique de Busa no conservaba señal alguna de su pasada enfermedad: habia recobrado todo el esplendor de su primitiva belleza. En su rostro se notaba cierta animacion extraordinaria que nunca se le viera allá en Oriente. Su aspecto melancólico habia desaparecido y solo una ligera nube de tristeza le empañaba de vez en cuando.

Rompiendo el silencio repentinamente, dice á su compañero:

—No ignoras que estoy proscrito y.....

—No puedes ser conocido, le interrumpió el Bañolense; cuando dejaste á Cataluña apenas tenias seis años.

—Pero alguno de los que han militado en Oriente podria verme y.....

—No es fácil, porque estos son en muy corto número y además tenemos el recurso de bajarnos la celada.

—Bueno será ir prevenidos: mis enemigos son muchos y poderosos, y luego que sepan mi llegada, maquinarán en mi daño.

Siscár, despues de reflexionar un momento, repone:

—Yo creo que para alejar toda sospecha, podemos presentarnos como dos caballeros que vienen de la Tierra Santa y han hecho voto de no descubrirse hasta terminar su peregrinacion.

—No está mal pensado; mas como nuestro trage podria infundir sospechas, bueno será añadir que hemos pertenecido á la expedicion de Oriente.

—Adelante.

Enrique de Busa, despues de haber marchado un corto momento en silencio, dice de repente variando de conversacion:

—Vamos á ocuparnos ahora de otra cosa. Desde que á nuestra salida de Casándria me insinuaste las instrucciones que te diera el Monge Gris, no he vuelto á interrogarte sobre el particular. ¿Puede saberse á dónde nos dirigimos?

—El intérprete ordena y yo obedezco, responde Siscár.

—¿El dirige nuestros pasos?

—¿Quién lo duda? Despues de esplicarme el modo de cuidarte en tu enfermedad, lo que mas particularmente me encargó, fué, que luego de

haber desembarcado en Rosas, sin darnos á conocer á nadie, nos dirigiésemos á Huris.

—Con qué placer le obedecerás esta vez, le interrumpió Busa.

Siscár, recordando en aquel momento que durante algun tiempo no ha suspirado, esclama:

—¡Ay!

—Pero acaba, le dice Enrique sonriendo.

—Digo que me encargó que nos dirigiésemos á Huris pasando por Montoliu.

—Alguna vez he oído hablar de ese castillo. ¿Le conoces tú?

—Le conozco, y en todo caso no nos faltarán guías.

—¿Y el Monge Gris no te dijo ninguna otra cosa? pregunta el de Busa pensativo.

—No.

—¿E ignoras su paradero y el de Sibilia y.....

—Sobre su marcha no sé mas que lo que nos insinuaron en Rosas, y es, que llegaron sucesivamente á aquel puerto algunas galeras procedentes de Oriente, y que pocos dias despues, se encontró en la costa el cadáver de un marinero llamado Pedrillo.

—Esto es en efecto lo que nos dijeron. ¿Quién podria ser ese desgraciado?

Siscár, no dando importancia á la pregunta, responde con indiferencia:

—No he oído mentar nunca semejante hombre, y por lo mismo le sospecho uno de los bandidos que acompañaban á Montells.

Al pronunciar estas palabras, acababan de atravesar un inmenso y pintoresco llano regado por infinitas corrientes. En otro tiempo se extendia sobre él la orgullosa Ampurias, que legó su nombre, rico de recuerdos, á un vasto y hermoso país. ¿Qué se hicieron el poder y riquezas que ostentaba en tiempo de los romanos? Apenas si acreditan su existencia algunos viejos murallones minados lentamente por las aguas, tal cual vaso cinerario, medallas y algunos pavimentos de mosaico que decoran la Escala de Annibal.

De repente se ofrecen dos pueblos en lontananza á la vista de los viajeros.

—¿Qué pueblos son aquellos? pregunta Enrique de Busa señalando á su derecha.

—El primero es Figueras, y el segundo mas distante Peralada, patria de nuestro amigo Montaner.

—En efecto, recuerdo haberle oído decir que era hijo de.....

—Es lo primero que siempre dice á sus amigos. Tiene hácia su país natal una afección particular y cuenta de él no pocas maravillas.

—Cierto, cierto, repone el de Busa riendo; no puedo olvidar el lance que nos referia de cierta muger llamada *Namarcadera* y un francés.

—No se lo he oído pocas veces. El pobre diablo del francés fué hecho prisionero por ella: *de la qual cosa lo señor rey, é lo señor infant foren molt alegres y molt pagats.*

—Son sus palabras.

—También recordarás que al concluirlo de contar, añadía con entusiasmo aludiendo á los franceses: *é axi podets conèxer la ira de Deus si era ab ells* (1).

—Bravo, bravo.

—¿Y no te habló nunca del proyecto que tenia de escribir un libro titulado: *Crónica é Descripció dels fets é haranyes del inclit rey D. Jaume primer rey Daragó, de Mallorques é de Valencia: Compte de Barcelona, é de Mumpeller, é de molts de sos descendents?*

—¿Y cómo nó, si allá en Galipoli yo le he ayudado muchas veces á tomar notas? Su libro además contará nuestra expedición á Oriente.

Siscár, con su habitual viveza, repone:

—Aquí le espero yo. Supongo que estarán en él consignadas todas mis proezas.

—Desgraciadamente creo que supones mal, porque no le he visto nunca tomar apuntes sobre los hechos de armas parciales de los caballeros. Nos hablará del orden y entusiasmo de la hueste, describirá las batallas con sobra de memoria y no poca maestria; pero no esperes ver satisfechos tus deseos. Al ocuparse, por ejemplo, de la del Tauro, se concretará á decir: *é aquí vaerets feites darmes que james tal cosa no vae nul hom*, y con decir este no podrá citar ninguno (2).

Después de haber platicado un largo rato de Montaner y de su proyecto de historiar los hechos de la expedición, continuaron los dos amigos su marcha sin cambiar una palabra; esto procedía sin duda de que Siscár pensaba en la señora de sus pensamientos, pues de otro modo no le hubieran faltado palabras; mas no enmudeció por mucho tiempo. Habrían andado como cinco horas, cuando desembocaron en un pequeño valle cerrado á su derecha por una vistosa colina. Parando la atención el Bañolense en las plateadas olas de un río que corría por su izquierda, se apea de repente del caballo, é invitando á su compañero á hacer lo mismo, le dice con tono inspirado:

(1) MONTANER, cap. CXXIV, fol. 103. v.

(2) Lo cual constituye un defecto no pequeño en el bueno del cronista,

—¿Sabes en dónde te hallas? Este es el momento mas feliz de mi vida.

Avezado el de Busa á seguir sus caprichos, se resigna á oírle y, para estar mas á su placer, despues de encomendar el caballo á Bullanga, se tendió sobre la fresca yerba, dispuesto á respirar el perfume oloroso de la violeta, tan abundante en aquel país.

El Bañolense continúa con entusiasmo:

—¡Oh amigo mio! ¡qué momento! Feliz cien veces, feliz el mortal que puede pisar estas riberas mágicas. No es el canto de la alondra, ni el del ruiseñor oculto en los arbustos de la floresta; no es el balsámico aroma que despiden las plantas lo que embellece y encanta estas praderas sino..... ¿Podrias adivinar tú la causa de tal hechizo?

Enrique de Busa, preocupado en aquel momento con el objeto de su viaje, no participa del entusiasmo de su compañero. Prosáico, esta vez, como un doctor de la Sorbona, contesta:

—Yo creo que mejor seria continuar el viaje que no perder el tiempo aqui.

Admirado el Bañolense al ver que Enrique no participa de sus sentimientos, exclama, siempre inspirado y sin dejar la orilla del rio:

—¡Cómo! ¿preferirias caminar con este sol sofocante y abrasador á contemplar estas argentadas olas que tan sublimes recuerdos despiertan? ¿No sientes ¡oh amigo mio! un fuego interior que te abrasa las entrañas, á pesar de las refrescantes y suaves brisas que en estas montañas reinan?

—Yo creo que á este viento le llaman *tramontona*, repone el de Busa cada vez menos poético.

—Venga del Sud ó del Norte, no por esto refresca menos, dice Siscár, á quien la prosa de su compañero comenzaba á inquietar, y luego añade: ¿no sientes siquiera un fuego.....

—Hombre no siento nada, le interrumpe Enrique de Busa volviéndose del otro lado.

—¿Es posible? ¿La limpidez de esta corriente cristalina nada te ha dicho, amigo mio? Al escuchar su murmullo, suave y armonioso como una melodía celeste, no has comprendido que lame la roca encantada en donde se alberga un sol sin par, cuyos rayos petrifican mas que tu cabeza de Medusa? Escucha y estremécete de placer: este raudal misterioso, ¡asómbrate! viene de Hurís y.....

—Acabáramos, interrumpe Busa dando una carcajada.

—¿Qué dices ahora, amigo mio?

—Digo que siguiendo rio arriba llegaremos al castillo.

Mas el Bañolense, sin hacerle caso, se habia ya arrodillado á la orilla del Ter, y con voz patética y lastimera decia:

—Hermosa y clara corriente ¿qué te ha dicho mi señora al tiempo que besabas el pié de sus mágicos palacios? ¿No te ha hecho algun encargo para el qué fué en otro tiempo caballero de la Lanza Rota? ¿No ha refrescado sus lábios con tus aguas ó lavado sus blancas manos en tus plateadas ondas?

Bullanga, que habiendo atado los caballos á un árbol se hallaba recostado sobre la yerba, le responde á la última pregunta diciendo:

—Sin duda, porque el agua viene sucia.

¿Qué es del enamorado Bañolense al oír tan grosero insulto hecho á su señora? Toma un guijarro de no pequeñas dimensiones, y se lo arroja á su escudero con no poca furia; mas este evita el golpe dando un brinco, y para enmendarlo añade:

—Yo no sé lo que habrán lavado en ella; pero es lo cierto que el agua no corre muy limpia.

—Calla Bullanga, porque eres mas despoetizador que una comadre.

Dicho esto vuelve á dirigirse al *Teresus*, y continúa en el mismo tono de poco antes:

—¿No has oído salir un suspiro de la dorada almena, parecido á una música de ángeles? Confiesa que el suspiro era para el mas afortunado y cautivo de los caballeros; confiesa que tú envidiaste mi dicha, y confiesa...

—No confesará nada aunque el demonio le lleve, interrumpe Bullanga.

Una segunda piedra de no menor tamaño que las que empleó David contra Goliath, silba en los oídos de Bullanga, y al mismo tiempo su amo le dice con socarronería:

—Confiesa que si te doy con una callarás.

—Y con média; pero ¿por qué no he de hablar yo cuando las almenas suspiran?

—Bárbaro, el suspiro salia de lo mas hondo del corazon de mi señora. ¿Qué sabes tú de caballería?

Enrique de Busa se revuelve en la pradera riendo, no menos admirado del criado que del amo.

Bullanga da algunos pasos atrás por conveniencia propia, y el Bañolense prosigue diciendo al *Teresus*:

—No me negarás, clara corriente, que es la mas apuesta y bella de las vírgenes de la montaña. ¡Cuántas veces la habrás contemplado en tu orilla bañando sus trenzas de oro acariciadas por el céfiro! ¡Oh qué fortuna la tuya! Los manantiales te envidian y tambien las fuentes; unos y otras procuran buscar camino para rendirte el tributo de sus aguas antes de tu salida de San Quirse de Basora.....

—¿Y por qué no antes de llegar á Sau? pregunta Bullanga admirado de la preferencia dada á aquel pueblo.

—Ya te he dicho que nada entiendes de caballería. Al salir el rio de San Quirse no ha pasado por Huris, y al llegar á Sau sí.

—Sin embargo los dos son pueblos de pesca.

—Nada tiene que ver la pesca con mi señora.

—¿Cómo nó? Las anguilas del *Frasé* (1) son soberbias y cualquiera puede pescar una.....

—Si yo pesco algun otro indicio de tu malicia lo pasarás mal.

El ininteligible Bañolense concluye luego sus lamentaciones de este modo:

—Adios, adios risueñas y espumosas olas, que habeis tenido la dicha de contemplar sus hechizos, adios. Vosotras habeis dado un gran consuelo á mi angustiado corazon, y yo..... ¿Pero qué veo? ¿Una lágrima? ¿Recogiste una de las lágrimas que sus hermosos ojos derramaban pensando en su caballero? Gracias, gracias: ella dulcificará los ardores de mi corazon y.....

Se interrumpe un momento, y luego mirando á su compañero y acercándose al rio, esclama en el colmo del entusiasmo:

—Enrique, comprende mi placer; voy á beber una de sus lágrimas.

Enrique de Busa, á quien la continua charla de su compañero no había dejado reposar ni un momento, responde levantándose y marchando hácia la orilla:

—Yo voy á beber agua.

—Yo vino, dice Bullanga sentándose tras de un roca que ha de servirle de parapeto en caso necesario.

A corta distancia de Gerona encuentran los viajeros dos caminos. Enrique de Busa, que distraidamente marchaba algunos pasos á vanguardia, detiene su caballo preguntando:

—¿Cuál de estos caminos hemos de tomar?

—El de Gerona es el de la izquierda, responde Siscár.

—Y el de la derecha conduce á Bañolas, vuestro pueblo, añade Bullanga.

—Eso no es contestar á mi pregunta, dice Busa.

—Yo creo que no nos conviene pasar por ninguno de los dos pueblos.

—Lo mismo opino yo.

—En este caso, repone Bullanga, nos queda una estrecha vereda que da la vuelta á la ciudad.....

—Pues vamos por ella.

(1) Son estimadas como las mejores de Cataluña. El *Frasé* tiene su confluencia con el Ter, en Ripoll.

De acuerdo sobre este punto, caballeros y escudero toman la senda indicada por este, y al poco tiempo se pierden en un laberinto de colinillas que, naciendo al Norte de Gerona, se enlazan con Rocacorba y otras de las elevadas cordilleras que bajan del Pirineo. No es nuestro ánimo seguir á los viajeros en su tortuosa marcha por entre los bosques, subiendo como ellos rápidas pendientes y vadeando rios: bastará indicar que á media tarde del siguiente día entraban en el castillo de Montoliu, que era uno de los dos designados por el Monge Gris al Bañolense.

La imponente fortaleza, en la cual, segun las tradiciones nos cuentan, han gemido tantas doncellas y verificándose no pocas apariciones de duendes y fantasmas, se elevaba magestuosa y sombría al Este del célebre Monseny. Una tortuosa vereda á manera de zigzag, conducia á la puerta principal, defendida con matacanes como la mayor parte de las moradas feudales de la Edad media. No faltaban en ella anchos y profundos fosos, adarves, almenas, palizadas y puente leva lizo; y sin duda, para aumentar su defensa, se levantaba al Norte no lejos de ella una robusta torre que hacia inaccesible la subida del monte por aquel lado.

Desde sus elevadisimas almenas, la vista abrazaba un país inmenso, que se desarrollaba por el frente hasta el mar, por la derecha hasta las inmediaciones de Barcino, y por la izquierda desde la patria de Teolongo Blaquio (1) hasta las floreadas llanuras de Masanet de la Selva. Orgulloso de su construccion el formidable castillo, parecia desafiar los esfuerzos del tiempo con sus soberbios murallones, como habia menospreciado en mas de un sitio los de los hombres que intentaron su destruccion.

Al toque de la bocina cae el puente levadizo y los tres viajeros son introducidos en la ciudadela. Conforme lo habian resuelto de antemano, se anuncian como caballeros de la hueste de Oriente, que han visitado el Santo Sepulcro, y hecho voto de no alzar sus viseras hasta terminar su peregrinacion.

Mientras que Bullanga entra en las caballerizas con los robustos bridones, los dos hazañosos, acompañados de un escudero del señor de Montoliu, atraviesan un patio enlosado y suben la escalera principal, que les conduce á varias habitaciones de segundo orden. Un momento despues se encuentran en una sala de armas no menos capaz que magestuosa. Desde luego les sorprende su lujo. Multitud de ballestas, picas, dardos, lanzas, arcos, espadas y otras armas de riquísimo trabajo rodean la suntuosa estancia, entremezcladas con algunos retratos de los ascendientes del poderoso feudal. Para decorar el vistoso aposento no faltan cortinajes car-

(1) Blanes.

mesi con borlas y franjas de oro y seda, ni tampoco paja trenzada de varios colores, para cubrir el pavimento. Algunos muebles de lujo rodean asimismo la lujosa estancia, distinguiéndose entre ellos una doble silla, desde donde la castellana y su esposo pueden observar, aunque á larga distancia, los buques de Venecia y Génova cuando pasan cerca de la costa trasportando objetos de comercio á la capital del principado.

Por una puerta oculta entre tapices de Persia, entra el señor de Montoliu, respetable anciano cuyo rostro revela al hombre bondadoso y justo que ha recibido una educacion esmerada. Los dos caballeros se inclinan ante el potentado, y este, sonriendo, les invita á tomar asiento.

Montoliu no exagera la hospitalidad como otros poderosos. Por el contrario, con corteses maneras, con una circunspeccion enteramente provenzal y sin traspasar los límites del decoro, ofrece á los caballeros mesa, sirvientes, escuderos y pages por todo el tiempo que se dignen honrar su castillo. Luego les dice:

—Os esperaba, nobles señores. Hace pocos dias que el vizconde de Rocaberti me ha dejado un escrito para vosotros.

Ninguno de los dos caballeros conoce particularmente al vizconde, y aunque sospechan que el pliego será del Monge Grís, se miran uno á otro sorprendidos.

—Dos veces habeis sido bueno para nosotros, le responde Enrique de Busa.

—Rocaberti es un amigo de mi infancia: si vuestro largo viaje no fuera una recomendacion por sí solo, bastaria una indicacion suya para que fuéseis dueños de este castillo.

Dicho esto, entrega á Enrique de Busa una carta cerrada que este guarda en su escarcela.

—Habeis llegado á mal tiempo á Cataluña, dice luego Montoliu cambiando de conversacion.

—¿Lo creéis? pregunta Siscár estrañando las palabras del anciano.

—El país está agitado y se temen grandes disturbios, responde Montoliu comenzando á mirar á los viajeros con alguna atencion.

—¿Están descontentos del rey?

—No es esa la causa. Las antiguas desavenencias de dos familias poderosas renacen con mas fuerza que antes, y Dios quiera que no ensangrienten el país.

—¿Es posible? esclaman á la vez Siscár y Busa.

—Nada hay mas cierto; pero vosotros, jóvenes al parecer, no recordais las guerras entre los Montells y los Busas.

Los caballeros guardan silencio, y el anciano, dando mucha importancia á sus palabras, prosigue:

—La desgraciada familia de los Busas, en la cual contaba yo mas de un amigo, sucumbió en la lucha y sus bienes fueron confiscados. No contentos con esto los Montells, contando en Roma como en la corte de Aragon con poderosos auxiliares, hicieron anatematizar toda la raza de los Busas.

Siscár, con el deseo de adquirir algunas noticias que pueden interesarles, pregunta:

—¿Y qué sucedió despues?

—Os participaré si gustais lo poco que ha llegado á mi noticia.....

—Sí, sí, vuestra confianza nos honra, le interrumpe Siscár.

Montoliu, mirando alternativamente á los dos caballeros con cierta intencion que ellos no observan, continúa:

—De la familia proscrita y desheredada de los Busas quedaron dos niños; el uno murió en Aviñon y el otro, cuyo padrino fui yo y que tenia por nombre Enrique en memoria de mi abuelo, se creyó tambien que habia muerto en lejanos países, y yo le lloré perdido. En tal estado se hallaban las cosas: Guillermo de Montells y algun otro de su estirpe disfrutaban tranquilamente de la pingüe herencia, cuando de repente, y hace de esto pocos dias, se sabe que vive Enrique de Busa, el mayor de los niños, y que está en Cataluña. Comprendereis la alarma que su aparicion ha ocasionado al país, conociendo el poderío de uno y otro bando.

Siscár, afectando cierta calma que no tiene, le sigue preguntando:

—Pero ¿cómo puede ser que Enrique de Busa esté en el principado hallándose proscrito?

El señor de Montoliu reflexiona un corto instante, observando al mismo tiempo con mucha atencion al caballero que le ha interrogado. Despues le contesta recalcando las palabras:

—Es un enigma que yo tal vez no os podria explicar; pero de todos modos tened entendido que mi ahijado debe vivir alerta, muy alerta. Toda precaucion para él es poca; sus enemigos son poderosos é imperan en las cortes de Aragon y Roma. Ved en mí una de sus víctimas; yo estoy privado de salir de mis dominios.

—¿Y á vos qué cargos han podido haceros? le pregunta Siscár.

—Mi supuesto delito no es otro que el de haber sido amigo de Juan de Busa. Esta sola consideracion, á falta de otras, debe convenceros del peligro que corre su heredero si llegan á saber el lugar de su residencia. No dejarán de intentarlo practicando las mas activas diligencias.

—Tal vez no sea empresa fácil.

—Mucho temo de las imprudencias de Enrique, repone el anciano mirando uno tras otro á los dos hazañosos.

Enrique de Busa, con cierta emocion que á su vez procura disimular, interviene en el diálogo preguntándole:

—¿Acaso os han dado malas noticias acerca de la educacion de Enrique de Busa?

—Los informes que de él he recibido en general son excelentes. Es leal, caballeresco y honrado, posee un talento poco comun y una instruccion de que á su edad hay pocos ejemplos; pero ¿lo creereis? á pesar de tan bellas cualidades, hanme asegurado que á menudo es injusto y colérico, dejándose llevar siempre de las primeras impresiones. Comprended ahora cuán fundados son mis temores: oculto en este país, rodeado de enemigos que le acechan, le creo perdido.

El de Busa, imaginando contestarle, insinúa:

—Sin embargo yo.....

Montoliu le interrumpe con cierta viveza diciendo:

—Vos opinareis como yo. ¿Qué duda tiene?

—Permitidme sin embargo haceros una observacion, repone el Bañolense; paréceme que os equivocais en el juicio que habeis formado de Enrique de Busa.

—¿Cuánto me alegraria que así fuese! Pero ¿vos le conoceis, noble señor? pregunta con interés Montoliu.

Siscár, algo cortado, cosa que pocas veces le sucede, responde:

—Es decir..... conocerle..... He oido allá en Oriente.....

—Cierto, cierto, vos le conoceis: ha servido en la hueste catalana con vos y.....

—Tuvo una larga enfermedad.....

Un gesto mal reprimido de Enrique de Busa le hace conocer que ha cometido una imprudencia, y de repente enmudece.

—Lo supe, lo supe; pero ¿conoceis la causa de sus males?

—No sé si podria..... Uno oye tantas cosas.

—Yo os la diré.

Los dos amigos se miran guardando silencio, y el anciano, con el tono del misterio, prosigue:

—La causa no fué otra que un escesivo deseo de venganza; el furor y la cólera le ahogaban, y estuvo privado de razon durante algunos dias; pero esto no es nada: oid y estremeceos.

El anciano Montoliu, bajando mas la voz y con el ademan de quien va á tratar de un negocio de Estado del cual pende la vida de una monarquía, añade:

—Sabed que en uno de los raptos de furor que le acometian, intentó, horroriza el pensarlo, intentó darse la muerte.

Al pronunciar estas palabras, vuelve á mirar alternativamente á los caballeros con un gesto que parece indicar algun sentimiento de no poder ver sus rostros.

Ambos hazañosos se admiran de que el anciano tenga noticia de lo que les cuenta. No estrañarian que supiese algunas particularidades de la vida del Doncel de Ausona, anteriores á la bajada de la hueste á Tesália, mayormente teniendo relaciones con el Intérprete, como parecia indicarlo la cita que este diera á Siscár en Casándria; pero era verdaderamente sorprendente que conociera los sucesos de Grecia. ¿Quién se los podia haber dicho siendo tan recientes y cuando el mismo Monge Gris los ignoraba?

Perdiéndose en conjeturas, los dos guerreros guardan silencio hasta que Montoliu, despues de un momento de pausa, esclama con acento patético:

—¡Oh! ¡Cuánto siento no poderle ver!

El de Busa, aprovechando el momento para dar otro giro á la conversacion, le pregunta:

—¿Lo deseais ver?

—¿Quién lo duda? Los padrinos tienen obligaciones que cumplir, y Enrique es muy desgraciado. Mis consejos hubieran podido serle de alguna utilidad; pero Dios me ha negado esta gracia, y es necesario resignarse con sus soberanos decretos.

Las palabras del anciano tienen tal carácter de franqueza, que el de Busa, conmovido y como deseando consolarle, le dice:

—Es de esperar que conociendo vuestros sentimientos, algun dia se os presentará.....

—Tengo muchos años, interrumpe Montoliu, y los acontecimientos que se preparan pueden alejarle otra vez del suelo patrio. A vosotros os será mas fácil encontrarle en esta vida y quizá podiais trasmitirle mis palabras.

Enrique de Busa le contesta con alguna precipitacion.

—Será un deber sagrado para nosotros. Vuestra bondad.....

—No hablemos de lo poco que he podido hacer por vosotros. Servir al prógimo, es servir á la divinidad. Dios ha dicho: *todo lo que hagais por mis hermanos lo haceis por mí*, y yo deseo siempre cumplir lo que dice Dios. Ocupémonos de Enrique, cuyo pecho está amenazado por cien puñales: vosotros os encargareis.....

—Sí, sí, le interrumpe Siscár; estad seguro de que todo cuanto nos digais lo sabrá Enrique de Busa.

Despues de reflexionar un momento, el anciano, sin dejar de observar á sus interlocutores, dice con calma:

—Ved lo que yo diria á Enrique si algun dia tuviese el placer de abrazarle: «Enrique, uno de los primeros y principales estudios que debe hacer el hombre, es el de aprender á dominar sus pasiones: con calma y tranquilidad de espíritu se hace dueño de sí mismo y sabe apreciar su situación. Esto, querido Enrique, te conducirá necesariamente á medir tus fuerzas antes de empeñar la lucha, y no la empeñarás sin tener alguna probabilidad de conseguir la victoria.—Toda venganza es indigna. La venganza es lo contrario de la magnanidad y de la grandeza de alma. Aprende á perdonar: si lo que perdonas es un ultraje, el enemigo podrá ser tu amigo, y si es un crimen podrás inspirar sentimientos nobles al malvado. El dia que esto hagas, habrás obtenido el mas grande triunfo sobre tí mismo.—Rara vez la cólera es oportuna. Los raptos de cólera implican orgullo y mezquindad las mas de las veces, y falta de generosidad siempre. De ordinario damos con ellos una inmensa ventaja á nuestros contrarios, quienes además de poder presentarnos como groseros é intratables, se aprovechan de nuestra ceguedad para sus fines.—¡Enrique, ama la vida! nosotros debemos amar lo que el Señor quiere, porque lo contrario nos conduciria á aborrecerle. ¿Sufres? ¿Sientes el peso de las obligaciones morales? ¡Ama la vida! Los males son precisamente los que la ennoblecen. El atentar á la vida es falta de valor en la desgracia, y ningun género de cobardía sienta bien en el hombre. Sin embargo, si alguna vez la patria te exige tan grande sacrificio, santifica tu muerte con el valor de un héroe y con toda la energía de un buen cristiano.—Por último, querido Enrique, si alguna persona te ama como tu padre, si te ha dado pruebas de un amor verdadero y reconoces en él el saber de la experiencia, la virtud del hombre bueno y el poder del génio, guiate por sus consejos. La amistad es la concentracion de todos los bienes. Confia en la amistad y procura que no ignore nada de lo que pasa en tu corazon; ella debe leer en él tus sentimientos para realzarlos si son buenos, para combatirlos si son malos.»

—Ved, amigos míos, prosigue el respetable anciano, lo que yo diria á mi ahijado si el Señor me concediera la gracia de poder verle; pero soy viejo, lo repito, y quizá no tendré este consuelo. Sin embargo, mi corazon quedará mas tranquilo contando con que vosotros, que conoceis el valor de las promesas de un caballero, le trasmitireis mis consejos. Pero no olvideis ante todas cosas de significarle, yo os lo ruego, que si algun dia necesita á un amigo, á un hermano, ó á un padre, le encontrará en mí. Todo cuanto poseo lo pondré á su disposicion: de todos modos habia pensado hacerle mi heredero.

El noble y virtuoso Montoliu, vivamente conmovido, ha dejado de ha-

blar. Su amor y cariño por Enrique de Busa, por aquel jóven que le arrebataron en la infancia, y que durante mucho tiempo ha creído muerto, superan á todo encarecimiento. Con su actitud parece esperar una respuesta de los caballeros, á quienes sigue observando con una atencion que acrece por momentos.

Enrique de Busa está enternecido: las cariñosas palabras que acaba de oír hánle hecho derramar mas de una lágrima de gratitud. Bien quisiera poder espresar todo su agradecimiento al noble anciano, cuyas facciones va lentamente recordando; pero el Monge Gris les ha recomendado no descubrirse á persona alguna y debe acatar sus mandatos. Sin embargo, resuelve allá en su interior no olvidar jamás las generosas demostraciones de Montoliu.

—Noble anciano, le contesta procurando disimular su agitacion; os hemos ofrecido participar vuestros sentimientos á Enrique de Busa, y nos apresuraremos á cumplir nuestra promesa. Mas entre tanto permitidnos anticiparos las gracias en su nombre, no dudando que él sancionará nuestras palabras con todas las fuerzas de su alma. Además, sensibles al honor de haber merecido vuestra confianza, nosotros.....

—Basta, basta: persuadido de que Enrique conocerá mis consejos, quedo satisfecho, repone Montoliu.

—Sin embargo.....

El anciano le vuelve á interrumpir diciendo:

—No he concluido de contaros lo que pasa en nuestro pais con motivo de la tan súbita como estraña aparicion de mi ahijado, y puesto que viajais, puede interesaros saberlo.

—¿Quién lo duda? esclama Siscár contentísimo de que la conversacion tome un giro que le permita callar menos.

Montoliu, volviendo á bajar un tanto la voz, dice:

—En diversos puntos de la montaña, se organiza secretamente una insurreccion; y si Enrique de Busa llega á ponerse á su cabeza, peligran los Montells. Parece cierto que una de estas noches se reñen los conjurados, para dar la última mano á sus proyectos, y se cree que su fuerza será inmensa. Por otra parte, la muerte súbita de Guillermo de Montells ha exasperado á sus partidarios y.....

—¿La muerte de Guillermo de Montells decís? pregunta Enrique, como si no le gustase la noticia.

—¿Lo ignorábais?

Siscár, menos sorprendido, al parecer que su compañero, murmura:

—Recien llegados de Oriente.....

Montoliu le interrumpe:

—Guillermo de Montells ha sido muerto á puñaladas viniendo de Nápoles, segun unos, y de Constantinopla segun otros. Lo cierto es, que viajaba disfrazado con traje de marinero, en compañía de ciertos bandidos que le servian de escolta. Su capitan, andorrano valeroso y sanguinario, murió de repente por el camino, y sus amigos, achacando su muerte á un veneno suministrado por Montells, le vengaron. El mismo dia que murió el uno pereció el otro. Unos dias despues los bandidos fueron presos y entregados á la justicia para ser juzgados.

Enrique de Busa, respirando con mas libertad, dice al anciano:

—Al menos el fin trágico de Montells no podrá atribuirse á ningun Busa.

—Sin duda que no: cuanto os acabo de referir es cierto. Los bandidos han confesado su crimen.

—¿Y decís que su muerte ha exasperado á sus amigos? interroga el Bañolense.

—Es la verdad; han perdido á un gefe astuto y conocedor, capaz de grandes empresas, y no debeis estrañarlo. Los partidarios de Montells son tan orgullosos como bravos: la jactancia de sus contrarios los enardece, y los contratiempos de la fortuna, lejos de desanimarlos, los escitan mas y mas. No podeis juzgar este país por lo que pasa en otros. Aquí siempre ha sucedido lo mismo: el que insulta, el que trata de humillar á los demas, no consigue mas que hacerse enemigos terribles. Por esta razon yo, que deseo el triunfo de mis amigos, es decir, que los Busas recobren su antigua posicion, yo creo que estos deberian ante todas cosas ensayar el medio de las transacciones. Con irritar á sus contrarios no harán mas que provocar una guerra civil en que vencidos y vencedores todos seremos victimas. Porque amigos, no olvideis esto; en Cataluña un partido no puede nunca vanagloriarse de haber intimidado á otro. Pero dejemos asunto tan enojoso: ya poco tengo que deciros sobre la actitud de los dos bandos.

Durante el precedente diálogo, Montoliu, que como se ha dicho observaba con algun cuidado á los hazañosos, redobla en adelante su atencion, no perdiendo ni uno solo de sus ademanes, ni uno solo de sus movimientos. Parece que conociendo á los dos guerreros quisiera saber á punto fijo quién es Siscár y quién Busa.

—Otra de las razones, dice, por la cual yo creo que los Busas deberian transigir amigablemente con los del opuesto bando, nace del poderío de este. Disponiendo como disponen de la córte de Aragon, las autoridades los tiemblan, y este es el signo mas infalible de su omnipotencia. Por otra parte, están emparentados con familias poderosísimas, que influyen sobre muchas gentes, y ahora mismo se trata de una alianza que aumentará en

gran manera su consideracion en el país. El actual poseedor de los bienes de Montells, sobrino de Guillermo, se casa con una heredera ilustre que posee infinitos pueblos en feudo: es sin disputa el partido mas ventajoso de la corona de Aragon.

—¿Y no podremos saber quién es tan opulenta heredera? pregunta Busa, á quien el poderío que con ella adquieren sus contrarios ha llamado la atencion.

El anciano, mirando alternativamente á los dos hazañosos y fijándose hasta en sus mas pequeños movimientos, pronuncia repentinamente estas palabras:

—Esta brillante heredera, solicitada por príncipes y reyes, es la doncella mas apuesta del orbe cristiano es..... Julia de Hurís.

Siscár lo ha oído, y no sabe darse cuenta de lo que ha oído. Queriendo sentar bien los pies al levantarse, ha hecho un tan brusco movimiento, que la silla bambolea y cae.

—¡Ah! esclama para sí Montoliu, que al parecer acaba de ver resuelto un enigma.

Un momento despues, no pudiendo el Bañolense ocultar la ira que rebosa en toda su persona, pregunta:

—¿Qué habeis dicho?

El buen Montoliu, con cierta sonrisa benévola, le contesta:

—Se afirma que la hermosísima Julia da su mano de esposa á Federico de Montells.

—¿Y un rayo no parte?.... ¿Y la ilustre heredera?.... Pero ¿y la castellana su madre?.... repone Siscár queriendo á la vez interrogar al anciano sobre muchas cosas y no haciéndolo sobre ninguna.

—No os comprendo, noble jóven. ¿Acaso el proyectado himeneo no es de vuestro gusto?

Desesperado Siscár y dando vueltas al derredor del vasto salon, como una fiera dentro de su jaula, se dirige á Montoliu y le pregunta desengajado:

—Decidmelo por fin. ¿La hermosa Julia va contenta al altar?

—Dicen..... afirman.....

—Acabad, le interrumpe Siscár con horrible ansiedad.

—Lo cierto es que el casamiento se hace, repone Montoliu sin desmentir su calma ordinaria.

Siscár, en la misma duda que antes, continúa ciego de ira paseando por la estancia, mientras que Enrique de Busa, imaginando dar treguas á su dolor, observa:

—Pero el casamiento no se ha verificado todavía.

—Mañana se firma el contrato.

—¿En Huris? pregunta de repente Siscár, embebido en cierta idea que templá un tanto sus penas.

—Así se me ha asegurado, responde Montoliu, y luego con cierta intención añade: mas puesto que os interesais, según veo, en las peripecias de la suntuosa boda, pasado mañana tendreis aquí cuantas noticias querais. Vosotros honrareis mi castillo siete ú ocho días y.....

—Perdonad, nosotros nos ausentamos esta misma noche, le interrumpe Siscár con viveza.

—¿Esta misma noche! repite Montoliu en ademan de admirado.

—Negocios de la mas alta importancia.....

—Pero ¿no considerais que el andar por estas montañas de noche es...

—Aunque fuera marchar sobre ascuas, repone Siscár sin interrumpir sus paseos, y sin pararse á considerar que acaso sus bruscas maneras pueden herir la susceptibilidad de aquel venerable anciano.

—No pienso deteneros ni un momento; mas permitidme al menos que mis criados os acompañen, insinúa Montoliu.

Enrique de Busa, temiendo que los rudos disparos del Bañolense le hayan impresionado de un modo poco favorable, se apresura á decirle:

—Como acaba de insinuaros mi compañero, negocios de la mas alta importancia nos obligan á ausentarnos de vuestro castillo, noble señor; pero jamás se borrará de nuestra memoria, podeis así creerlo, el honor que nos habeis dispensado y las horas que hemos pasado en vuestra compañía.

—Siento mucho que no sean días.....

—Tan luego como las circunstancias nos lo permitan, volveremos á.....

Risueño y alegre el anciano, le interrumpe diciendo:

—¿Volvereis? Acepto, suponiendo que no será por tan corto tiempo. Tal vez entonces no estareis ligado con ningun voto y podré tener el gusto de veros.

Enrique de Busa se levanta disponiéndose á partir. En el mismo momento Montoliu llama á sus criados, y les da instrucciones para que durante toda la noche acompañen á los dos hazañosos por el camino que les plazca tomar. No contento con esto, en el momento de despedirse les conduce él mismo fuera del puente levadizo, y allí, tomando del brazo á Enrique de Busa y mirándole con cierta satisfaccion, le dice en voz baja:

—Acordaos de vuestra promesa.

—Cumpliré mi empeño.

—Puesto que me habeis ofrecido volver á este castillo, necesito otra cosa de vos.

—Hablad y.....

—Deseo que me hagais conocer el modo con que Enrique de Busa recibirá mis consejos. Yo le amo con todo mi corazón, y si alguna de mis palabras pudiese ofenderle, decidle que... que perdone á un viejo amigo...

—¿Creeis que el de Busa fuera capaz.....

El anciano le interrumpe enternecido:

—No, no; pero..... le he tratado con algun rigor; y por si acaso, podeis insinuarle que el deseo de salvarle de los lazos que le tenderán, quizá me ha hecho esceder.....

Enrique de Busa, no menos conmovido que antes, y apretando con cariño la mano de Montoliu que tiene entre las suyas, le interrumpe á su vez diciendo:

—De ningun modo. Enrique de Busa os estará eternamente agradecido. No lo dudeis; eternamente.

—Bien, bien, responde el noble anciano derramando una lágrima.

Un momento despues, los dos caballeros, Bullanga y algunos criados del castillo trepaban por la montaña, mientras que Montoliu, regresando á la sala de armas, murmuraba con cierta satisfaccion estas palabras:

—Hugo no podrá quejarse de mí: he cumplido sus órdenes.

Mientras que al amanecer los sirvientes de Montoliu regresaban al castillo, los tres viajeros, que durante la noche y parte del dia anterior habian atravesado unas estribaciones del Monseny, que corren hácia el Este, salian del castillo de Sabesona, admirando en una pintoresca cuanto inmensa llanura diversos pueblos que se perdian en lontananza. El estado de Siscár no era fácil de describir: las palabras que habia oido al señor de Montoliu referentes al casamiento de su señora, sonaron en sus oidos como un anatema. Ora invadida su imaginacion por los celos proyectaba una venganza ruidosa; y ora, por el contrario, le halagaba la idea de que la hermosa Julia, resistiendo las instancias de sus parientes, podria con el tiempo premiar su constante amor. Preocupado con estas y otras sombrías meditaciones el Bañolense, no se habia acordado de dirigir ni una vez siquiera la palabra á su compañero: Enrique de Busa que se halla á larga distancia, le llama la atencion, diciendo:

—Te esperamos.

—¿Qué? pregunta Siscár como despertando de un largo sueño.

—Por causa tuya estamos caminando muy despacio; precisamente en los momentos en que mas de prisa conviene marchar. Ahora tenemos una excelente via.

Apercibiéndose el Bañolense de que se ha quedado un tanto á retaguardia de sus compañeros, aprieta el acicate al caballo diciendo:

—¿En qué diablos estaba yo pensando?

En el momento de incorporarse con sus compañeros, leyendo Busa en su rostro el estado de su alma, le insinúa:

—Amigo mio, tus proyectos son inútiles. Pensaremos, resolveremos, pero..... será despues de haber conocido el estado del corazon de la rica heredera.

—Enhcrabuena repone Siscár, pero esto no impedirá que yo busque á mi rival y.....

—Inútil.

—Durante la noche he formado uno tras otro lo menos veinte proyectos de venganza.

—Tiempo perdido.....

—Precisamente en el momento en que me has llamado daba los últimos retoques á uno que he de emplear, en el caso de llegar tarde á Hurís.

—¿Es decir, si tu señora ha dado la mano.....

—Eso es.

—Pues en este caso hay poco que pensar, amigo mio.

—Sin embargo mi venganza será terrible, las damas me lleven.

—Pero ¿qué se puede hacer?....

Siscár le interrumpe, y bajando la voz como no queriendo ser oido por su escudero, cuya mordacidad teme, le dice:

—He pensado hacerme fraile.

El de Busa, asombrado, repone:

—¿Fraile para vengarte?

—Precisamente del que sea marido de mi señora. ¿Comprendes tú la posicion que yo ocuparé?....

Enrique de Busa, despues de un momento de reflexion, le interrumpe dando una carcajada y luego esclama:

—¡Ah! buen agüero, amigo, buen agüero.

—¿Cómo? ¿Qué?

—¿Pues no recuerdas tu viaje al *Psicostatmos*? Magnífico, escelente viaje que nos hizo saber que seria esposo de mi señora Julia, alguno que pensaba tomar el hábito de religioso. Bravo, bravo: yo te felicito, amigo mio.

—Anda al diablo, le contesta Siscár mohino.

El de Busa, sin dejar de reir, repone:

—Yo confio en la presciencia de los grandes hombres.

—¿Pues no estás echando á barato un negocio del cual pende.....

—Es que tambien confio en alguna otra cosa.

—¿En qué? pregunta con viveza Siscár animándose su mirada.

Recobrando su natural seriedad, Enrique le contesta:

—¿Supongo no habrás olvidado que el señor de Montoliu, mi respetable padrino, nos dió una carta del vizconde Rocaberti?

—Cierto y no la hemos visto.

—Tú no la has visto, yo sí. Al ver su laconismo se diría que era obra de un espartano. No contiene mas que una palabra.

—¿Y es?

—*Hurís*, responde Busa enseñándole la carta.

—En efecto no hay mas que esa palabra, murmura Siscár pensativo, y luego añade; pero sabemos lo mismo que antes.

—No lo creo yo así.

—¿Qué quieres decir?

—Porque sino hubiera medio para impedir el casamiento de Julia, la misiva seria otra.

—No está mal pensado; pero podria haber añadido.....

—Paréceme que el Monge Gris ha querido significarnos que no hay nada perdido. Cuanto mas reflexiono mas me convenzo de ello, y aun yo creo que si tardásemos un mes no llegaríamos tarde.

—¿Por qué?

—Porque el Monge Gris habrá llegado á tiempo. Cuántas veces me has dicho tú que te enseñó cartas de Julia, en las que ella ¡pobre doncella! se subordinaba á su voluntad y.....

—Cierto: es verdad, es verdad, y esta reflexion me tranquiliza un tanto. Pronto saldremos de dudas y entretanto me dispondré para el combate contra Federico de Montells.

Siguiendo en su propósito de impedir toda resolucion extrema, Busa replica:

—No lo creo conveniente.

—¿Cómo nó? Cuando menos un combate.....

—Todo debemos subordinarlo á lo que nos diga la señora.....

—Estoy resuelto.

—Harás muy mal. Oigamos á Julia.....

—No.....

Bullanga habia estado oyendo en silencio el diálogo de los caballeros, pero no en vano. Mientras los dos platicaban, él, conociendo á fondo á su amo, iba imaginando el modo de sacar partido de lo que le oia, y no le faltaba astucia para ello. Como ha podido verse, á fuer de socarron y entendido, lograba á menudo lo que otros mas caracterizados hubieran esperado en vano de Siscár. Tenia ya formado su plan y esperaba un momento oportuno para ponerlo en ejecucion, cuando su amo se lo propor-

cionó con la negativa que acababa de dar á su compañero. En tal disposicion entró en campaña con estas palabras, que eran el preludio de las que debia sugerirle su fecundo ingenio:

—¿Cómo nó? Mi señora Julia habla mejor que un letrado y es la doncella mas entendida y discreta de la tierra.

—Tú dices bien Bullanga; mi señora es discreta y entendida; mas no por esto el caballero que se ha atrevido á pedir su mano es menos desleal.....

—¿Por qué? interroga el escudero.

—Estando yo en la guerra, el mismo rey debia respetarla sabiendo que era la señora de mis pensamientos.

—Permitid mi señor.....

—Tregua de réplicas, Bullanga: aprieta la cincha del caballo, examina el freno y las bardas del pecho y los costados, por si entro en batalla antes de llegar al castillo; pues podria ser.....

—Dejadme en paz, le interrumpe Bullanga.

—¿Cómo? ¿Osarias?....

—Basta de combates y batallas: bastantes hemos tenido en Oriente.

Siscár, resentido de tales palabras, repone:

—¿Habrias resuelto, Bullanga, abandonarme en el trance mas difícil de mi vida?

—¡Bah! es el mas fácil de todos.

—¡Fácil!

—Tan fácil que no hay nada que hacer.

—¿Te parece nada un combate?....

—Qué combate.....

—Confesará el Montells su deslealtad, ó habrá riza conmigo. De lo contrario, en el ánimo de mi señora perderia.....

—¡Perderia! repite Bullanga haciendo un gesto.

Siscár, que ha observado las maneras de su escudero, le dice montando en cólera:

—Ten entendido, Bullanga, que los ecos no me gustan cuando tales palabras repiten, las damas me lleven.

—Repiten lo que oyen.

—En ciertas ocasiones mejor seria que callaran.

—Hay muchas cavidades por aquí.

—Lo hueco, Bullanga, es tu cabeza.

—Pesa menos y.....

El Bañolense, mirándole con cierto ceño, le interrumpe:

—Tú Bullanga, pese á mí, vas sabiendo cada dia mas y mas.....

—No es que yo sepa mas, sino que vos cada dia sabeis menos.

—¡Cómo, deslenguado! ¿te atreves á hablarme así? esclama Siscár enfurecido.

Ha llegado el momento supremo para Bullanga de dar la carga á preta, sublime carga, ardid bien combinado que ha de dejarle dueño del campo de batalla. Cuadrándose como de costumbre y mirando fijamente á su amo, le responde con entereza:

—Si señor, me atrevo, porque estoy defendiendo á mi señora Julia contra vos que no hablais sino para injuriarla. Yo la diré quién es el caballero que desconfiando de su dama queria hacerse fraile. ¡Pobre y buena señora! Es la doncella mas apuesta y humilde de la tierra, y por vos ha despreciado á los caballeros mas esforzados y leales.

El dardo dió en el corazon. La cólera de Siscár se estingue de repente como la llama al soplo de un vendabal violento. Su ira le ha conducido al exceso de desconfiar de su señora, cosa no permitida á un caballero. Reconoce su falta, y deseando en lo posible enmendarla, dice con pausa á su escudero:

—Mira, hay momentos en que el hombre.....

Bullanga, entreviendo la derrota del enemigo y su mas completo triunfo, continúa la carga á fondo interrumpiéndole de esta manera:

—Vos deseais que yo piense y hable mal de mi señora, y yo no quiero, no quiero imitaros. ¿Qué se diria de mí? ¡Es tan buena, tan caritativa! Un dia fuí al castillo á pedir limosna con mis padres y mis hermanitos, y nos dió un pan blanco á cada uno.

—Es cierto, es cierto dice Siscár; pero oye.....

Bullanga, que sabe lo que hace y conoce á quien trata, añade el siguiente flechazo maestro.

—¡Y qué ojos tiene y qué manos!

Siscár ya nada recuerda de lo pasado. Oyendo loar á su señora, se entusiasma é insinúa á Enrique de Busa:

—¿No te lo dije que su belleza era superior á todo encarecimiento?

Bullanga continúa:

—¿Y el pié? ¿Qué piececito! ¿Pero y el pelo? ¡Dios mio qué pelo!

—¿No te lo dije? ¿No te lo dije? repite Siscár á su compañero.

Bullanga con otro disparo, no menos certero que los anteriores, se hace dueño absoluto del campo de batalla.

—Pero en adelante ya sé cómo me he de conducir con ella. Antes cuando me preguntaba por vos, yo la aseguraba que érais galante y discreto y que no pensábais en ninguna otra doncella; ahora la diré que busque á otro caballero que no desconfie de su virtud y constancia.....

—Bullanga, eso no, las damas me lleven..... Escucha; sabes que entraste á mi servicio porque ella me lo pidió y.....

—Ella os lo exigió por ser tan buena como es.

—Cierto, y por lo mismo te he tratado siempre.....

—Muy mal.

—No es verdad, no es verdad.

Bullanga, comenzando á sacar partido de su asombrosa victoria, repone:

—Cuando os pedí que me nombráseis dispensero del castillo no os pareció conveniente.

—Pues quedas nombrado desde ahora para cuando yo obtenga la blanca mano de.....

—Pero mi hermana Inés no podrá entrar á servir á mi señora.

—Entrará, yo te lo aseguro.

Bullanga, no queriendo despreciar ni el mas insignificante botin, dice por último:

—¿Y mi hermano Juan, podrá ser llavero?

—Concedido, concedido.....

—Enhorabuena.

—Ahora promete que no dirás á mi señora ninguna barbaridad.....

—Lo prometo; por el contrario ahora la diré.....

—Veamos, interrumpe Siscár queriendo asegurarse.

—La diré que la amais mas que un sayon al dinero; mas que los abogados y notarios los enredos; mas que un ladron el robo y mas que una beata el.....

—Basta basta, estoy satisfecho. No se puede encarecer mas mi amor. Serás dispensero y todos los sirvientes del castillo estarán á tus órdenes.

Al Doncel de Ausona le parecian momentos las horas, oyendo la sabrosa plática de Siscár y su escudero. Como siempre, no sabia qué admirar mas, si la originalidad del primero ó los rasgos semi-ingenuos, semi-maliciosos del segundo. Viendo por fin que los dos guardaban silencio, dirigiéndose al Bañolense, le dice:

—Probablemente Federico de Montells y sus deudos estarán en el castillo para firmar el contrato de boda, y no podemos de ningun modo darnos á conocer.

—¿Y qué piensas tú? le pregunta Siscár.

—Nosotros debemos anunciarnos lo mismo que en Montoliu; como procedentes de la Tierra Santa.....

—Entendido y aprobado.

—Luego de instalados en el castillo buscaremos medio de tener una

conferencia con la noble castellana. Podremos decir, por ejemplo, que traemos para ella una mision importante.

—Perfectamente. Pero ¿y si está con ella mi señora Julia? sigue interrogando el Bañolense.

—Nada importa; de todos modos tu guardarás silencio hasta un momento oportuno.

—Aprobado, aprobado.

El sol se hallaba á la mitad de su carrera. Los viajeros que iban de Sur á Norte, concluian de atravesar una fertilísima llanura, y se encontraban á muy corta distancia del maravilloso castillo de Hurís, edificado al NE. y á cuatro horas de camino de la antigua Ausona. El elevado pico que con tanto orgullo le sustenta, no pertenece á ninguna de las muchas cadenas de montañas con que la naturaleza ha dotado á Cataluña. Solo, bordado de algunos caseríos, lamido á Levante por el tortuosísimo *Teresus* que corre de Norte á Sur, levanta su imponente mole á tan extraordinaria altura, que recuerda el célebre *Pater-Boite* de la isla Mauricio, cuya cima prodigiosa ha permanecido durante muchos siglos innaccesible á los mas intrépidos viajeros. La mano del hombre ha procurado su acceso abriendo sobre la escarpada roca un zigzag que conduce al único ingreso que tiene al Norte la soberbia fortaleza. En los otros puntos cardinales se presenta el escarpado monte en toda su desnudez: los muros del castillo son la continuacion de los mismos planos de la peña viva.

¡Qué perspectiva tan admirable se ofrece á los ojos del observador desde sus gigantescas almenas! En el castillo de Montoliu la vista describe un semicírculo, en el de Hurís abraza la circunferencia. Al Norte se descubren las áridas y yermas cordilleras de Alpeus y Borrada, cuartel general de los ligeros y robustos montañeses en todas las guerras. Al Sud corre el Ter hácia Man-lleo, que se presenta á lo lejos agrupado al nacer de la dilatadísima llanura, ostentando la garra del leon en su escudo de armas. Por todas partes se descubren corpulentos robles y encinas seculares desafiando los elementos; casas de labranza con sus *cabañas*, albergue del pobre; dilatadas vegas, frondosos bosques y risueñas praderas, cubiertas de flores amarillas, que parecen campos de oro.

Al Este se divisan no pocas montañas, cordilleras y elevadas cúmbres que se prolongan indefinidamente, perdiéndose en el horizonte. No faltan en sus sombrías faldas pueblos como San Quirse, Montesquieu y Basora, pueblos de guerrilleros, en cuyos campos podria cojerse gran cosecha de balas. San Hipólito y Sora, con sus ricas campiñas, véanse al Oeste constantemente amenazados por el informe y colosal *Grau de San Bartumeu*. En la misma direccion, pero mas lejos, se descubre Vich, situada en el

centro de un llano, con todo el orgullo que corresponde á la capital de los laboriosos montañeses; y mas allá todavía Tona y Centellas, cuyos nombres tienen no poca analogía con mas de un combate sangriento que ha habido en sus inmediaciones; y mas lejos aun Coll-suspina, célebre por sus excelentes quesos. En fin, desde el elevado castillo de Huris, que podría compararse con el pico Adam de Ceylan, si fuera objeto de veneración, se ve la mayor y mejor parte de Cataluña.

Los tres viajeros, penetrando en el interior de la imponente ciudadela, pudieron enterarse de que reinaba en ella cierta confusión extraordinaria. Durante algunos dias, la servidumbre del castillo habia estado muy ocupada en hacer grandes preparativos para festejar no sé que fausto acontecimiento, y en recibir y acomodar á diversos personajes procedentes de la corte de Aragon y otros varios puntos. Se distinguia entre ellos un guerrero de formas atléticas, que con algunos de sus compañeros hubo tenido conferencias no menos secretas que misteriosas, ora con la Castellana, ora con su hija y ora con entrambas á la vez. No habia llamado menos la atención cierto anciano, ataviado con ropa talar, el cual, en corto tiempo, habia entrado y salido del castillo repetidas veces. Con este motivo se hacian mil y mil comentarios, que aumentaron no poco con la llegada de los nuevos huéspedes.

Siscár y su compañero fueron recibidos como lo eran los caballeros todos en aquel feudo hospitalario. A lo largo del patio distinguieron una escalera de mármol que conducia á la sala de armas, y á sus lados otros dos cuerpos de edificio que constituian las habitaciones del castillo. En una de ellas, situada al Oeste, les hizo alojar la opulenta castellana, ordenando á sus sirvientes que cuidaran bien de ellos.

Luego que estuvieron solos, despues de haber despedido á Bullanga, encargándole se informara de las cosas del castillo, dice el de Busa á su compañero:

—Veamos ahora el modo de llegar á presencia de la noble castellana.

—Creo que hablaste de una mision.....

—Sin duda alguna, y ahora vamos á imaginarlo.

La prevencion era inútil. Mientras platicaban sobre tan importante punto, sabiendo la madre de Julia que los caballeros acababan de llegar de Oriente, les hizo decir por uno de sus pages que deseaba hablarles con urgencia.

En una de las habitaciones mas retiradas los esperaban la castellana y su hija.

Mientras seguian al page, insinuaba Busa al oido del Bañolense:

—No olvides que no debes hablar ni una sola palabra.

Siscár, en el mismo tono, repone:

—Pero estando mi señora.....

—De ello pende tu porvenir. Déjame á mí.....

—Nada temas.

Enrique, mirándole con alguna desconfianza, añade:

—¿Prometes?

—Prometo, responde Siscár, escesivamente dócil en aquel momento.

Apenas pronunciadas estas palabras, se abre la puerta del lujoso aposento en que Julia y su madre se dignaban recibirles. Enrique de Busa entra en él sereno, tranquilo y dispuesto á servir á su amigo: Siscar le sigue conmovido.





LIBRO LXXI.

LA HURÍ DE HURÍS.—DOS PEREGRINOS.—DE CÓMO SON RECIBIDOS POR LA CASTELLANA Y SU HIJA.—SISCAR Y JULIA.—OBSTÁCULOS VENCIDOS.—MONÓLOGO.—MAS VIAJE.—SORPRESA.—LA CAVERNA.—EL INTERROGATORIO.—UNA CONJURACION.—ATAQUE Y DEFENSA.—EN DONDE SE VERÁ QUE ENRIQUE DE BUSA NO HABLA COMO EL DONCEL DE AUSONA.—FIN DE LA SESION.

La melancólica belleza de Julia sorprende desde luego á Enrique de Busa. Los reiterados elogios que de ella ha oído á Siscár, y que todos sus compañeros allá en el ejército de Oriente creían exagerados, los estima ahora como merecidos. La hermosura de la opulenta heredera, ídolo de la comarca, es de un atractivo irresistible: rubia, alta, flexible y gallarda como una palmera jóven que se balancea graciosamente al soplo de las brisas matutinas, nada falta á la hurí del Hurís ausonense. Y es tan cándida como hermosa la hechicera doncella. El azul diáfano de sus grandes y rasgados ojos, su mirada tranquila y apacible, la dulzura de su sonrisa, y la gracia de sus movimientos, todo, todo está indicando que la cualidad mas distintiva de su alma es la inocencia. Sus admiradores, que no son pocos, saben perfectamente que solo cuatro cosas la ocupan todos los dias: obedecer á su madre; pensar en su caballero; hacer limosma á los pobres

y creer cuanto le dicen verídico ó fabuloso, verosímil ó contrario á la razon.

Los colores que de ordinario usa, guardan armonía, al parecer, con el triste estado de su alma. Mas al verla ataviada con trajes oscuros y sombríos, no creais que viste luto por la muerte de algun cercano deudo, no; el abandono que se nota en su persona es fruto de una dolorosa y constante preocupacion. En otro tiempo era alegre como la esperanza, viva como el deseo y hermosa como el amor: ahora conserva la hermosura, pero una recóndita pena que no siempre acierta á dominar, nubla por momentos los hechizos de su seductor semblante.

Esta es la incomparable, la sin par Julia, la belleza de cabellera de oro tan celebrada en Oriente por el que en otro tiempo campeara con el nombre de caballero del Tristrás. Deslumbrante como una diosa, reina en el castillo y su comarca como el lirio en los vastos dominios de Pomoná; pero ella es reina por su poderío y reina por su hermosura.....

Su madre, la opulenta castellana, escitaba con solo su presencia la veneracion y el respeto de los que la veian: sus rasgos mas característicos eran los mismos que los de la hija: no era menos buena ni menos crédula, y tambien habia sido hermosa.

Luego de haber invitado á los caballeros á tomar asiento, con las corteses maneras de la época, les dice sonriendo:

—Nobles señores, bien venidos seais á este castillo.

El Doncel de Ausona sabe significarla el sentimiento que tienen él y su compañero de no poder alzarse la visera.

La noble castellana le responde:

—Haceis bien en cumplir el voto, aun cuando por él no me sea permitido ver vuestros rostros, que, á juzgar por lo que observo, deben ser los de dos cumplidos caballeros.

Enrique de Busa la contesta con un cumplido, no menos lisonjero, que la ruboriza.

Siscar, extasiado ante los deslumbrantes atractivos de la señora de sus pensamientos, guarda silencio. Su posicion es por demás delicada. Para dominar el temblor de sus piernas, se afirma bien en la silla, y aprieta con fuerza las plantas de los piés contra el pavimento: al mismo tiempo la mano derecha, oculta bajo la malla, procura contener los irregulares latidos de su pecho. En tal disposicion, sentado al lado de su compañero y amigo, de modo que las sillas y arneses se tocan, espera impaciente.

—Hánme dicho, prosigue la madre de Julia, que habeis llegado hace poco de Oriente, y he deseado hablaros.

—Felices nosotros todo el tiempo que empleemos en serviros, responde Busa.

—He querido interrogaros sobre alguno de los caballeros de la hueste de Oriente, que sin duda conoceis.

—Los conocemos en efecto tal vez á todos.....

—¿A todos? interrumpe la bella Julia ruborizándose.

Siscár suspira y Busa responde:

—A todos.

—Guillen de Tous era uno de nuestros amigos, insinúa la castellana.

El Bañolense se muerde el labio y se araña el pecho. No esperaba que aquel nombre fuera el primero que saliese de sus labios.

Enrique de Busa, que sin duda interpreta de diverso modo las palabras de la castellana, la responde sonriendo:

—Es otro de los caballeros que han dejado el rico Oriente despues de la conquista de Atenas: lo supongo ya en su castillo cerca de Igualada.

—¿Cuánto no se habrá alegrado su buena madre, que temia no volverle á ver! observa la castellana.

El de Busa, un tanto malicioso, repone prontamente:

—Temia con razon, porque han perecido muchos..... en las últimas batallas.

—¿En las últimas batallas? pregunta Julia anhelante.

—Demasiado cierto es.

Julia empalidece.

Siscár se anima.

La castellana observa á su hija con algun sobresalto.

El de Busa no deja de sonreir.

Reina un momento de silencio. Diríase que las dos muy altas y nobles damas no se atreven á continuar el interrogatorio, ó que, cuando menos, titubean. ¿Temerán acaso oir una mala nueva de algun otro de sus conocidos de la hueste expedicionaria?

Enrique de Busa rompe el silencio preguntándolas:

—¿Conocíais á algun otro?

El Bañolense espera la respuesta con alguna impaciencia.

Julia no se atreve á contestar: un temblor apenas perceptible se nota en toda su persona, y se acerca á su madre. Esta, pasándole la mano por la frente con cariño, responde:

—Otro de nuestros amigos es... Requesens. ¿No es verdad, hija?

—Sí, madre mia, dice Julia con voz débil.

Se enciende la sangre en el pecho de Siscár, y su desasosiego se hace cada vez mas visible.

Enrique de Busa repone:

—El de Requesens se ha quedado en Oriente: sin duda que su patria le ha perdido para siempre como á otros muchos.

—¿No volverá? pregunta la castellana sin apenas comprender el valor de sus palabras y sin dejar de observar á su hija.

—Posee inmensos bienes en el ducado de Atenas, y no querrá perderlos.

La interesante Julia, con un cendal de seda se enjuga repetidas veces el sudor de la frente. Como ha podido verse, la afectan en extremo las palabras de aquel guerrero desconocido. ¿Tendrá esto alguna trabazon con su habitual tristeza?

Siscár, que observa todos sus movimientos, está perplejo, porque no acierta á armonizar lo que oye con lo que vé.

La noble castellana, al ver la palidez de su hija, cuya causa no ignora, despues de reflexionar un momento, pregunta al de Busa con resolucion:

—¿Y habeis conocido tambien á un caballero que servia en las cohortes catalanas, llamado Siscár?

—Señora, me honro con su amistad, responde el interpelado, y luego añade; es Siscar uno de los hazañosos mas galantes y esforzados que tenia el ejército.

—¿Vive? pregunta Julia animándose por momentos.

—Vive. ¿Acaso os habian insinuado.....

—Yo..... no sé..... Habia oido.....

—Ha sobrevivido á la sangrienta guerra; pero no es feliz.

—¿No es feliz? pregunta Julia con interés.

—Un amor no correspondido, al parecer, le ha conducido á la desesperacion.....

—¿Amaba en Oriente? interroga la doncella volviendo á palidecer y á temblar.

La castellana, vivamente conmovida, tomando la mano de Julia y acariciándola, la dice con ternura:

—Hija, podrias retirarte. Tu salud.....

—No, no, madre mia, no, estoy buena, repone la doncella con la mas visible emocion.

Enrique de Busa, sin dejar de observarla, continúa:

—Su amada, por lo que pude comprender, es de una de las familias mas ilustres de Cataluña.

—¿Y por qué es desgraciado? sigue interrogando Julia.

—Parece que en otro tiempo el padre de la hermosa jóven no quiso

otorgarle su mano , porque , aunque de noble raza , no poseia bienes de fortuna. Despechado entonces , marchó á Sicilia , en donde se organizaba la expedicion, resuelto á perecer en la guerra ó á hacerse digno de la mano de su señora.

—Continuad, noble caballero, yo os lo ruego, dice la doncella.

—En Oriente ilustró su nombre en todos los hechos de armas mas difíciles, y mereció constantemente la estima de sus caudillos. ¡Cuántas veces me decia! *Amigo mio, hoy he derramado mi sangre por la patria ; pero he adquirido tambien un título á la mano de.....*

—De..... interrumpe Julia suspensa.

—*De ella*, añade Busa.

—De ella, repite maquinalmente la doncella.

Enrique de Busa, mirándola, prosigue:

—Si deseais, noble dama, conocer el nombre de la amada de Siscár, sabed que se llama Julia.

—¡Julia! ¿Es verdad? Julia y siempre se acordaba de ella , dice la heredera de Hurís sonriendo melancólicamente.

—¡Pobre caballero! y no pensaba en otra cosa. ¡La amaba tanto! Otras veces me decia: *Amigo mio, nada sé de mi Julia, ¿me habrá olvidado?* Yo le contestaba que debia confiar siempre en su dama porque.....

—Hacíais bien, muy bien: no es posible que una dama olvide á su caballero, interrumpe la doncella con precipitacion.

Siscár, al oir estas palabras, hace un movimiento inclinando el cuerpo hácia delante; pero su compañero, conteniéndolo con un ademán, prosigue:

—Lo mismo le decia yo al caballero ; pero algunas veces se impacientaba por no tener noticias de su señora.

—Pero su Julia le escribia diciéndole...

—¿Vos la conoceis? interrumpe Busa.

La castellana, viendo el embarazo de su hija, interviene diciendo:

—Yo os ruego que continúeis , noble caballero : hacednos conocer el paradero de Siscár.

Deseando complacer á la noble castellana, Enrique de Busa continúa de este modo:

—Despues de la conquista de Atenas , Siscár , que no podia vivir lejos de la señora de sus pensamientos, resolvió venir á Cataluña con un su compañero, y se embarcó en un buque que lo condujo á Marsella, desde donde hizo rumbo en otro hácia Rosas.

—¿Entonces ha llegado? Madre, madre mia, está aquí.....

—Será verdad, hija mia ; pero..... no interrumpas al caballero, le dice la castellana con el tono de una cariñosa reconvencion.

—El valeroso é indómito paladin , prosigue Busa , que todo lo habia sacrificado por su amada ; que habia hecho confesar á los mas famosos caballeros que era la mas apuesta de las doncellas , venia á Cataluña con la esperanza de ver premiado su amor, y supo, no lo creereis, nobles damas, supo que Julia.....

—Yo..... ¡Dios mio!

—Calla, hija mia, calla.

—Supo que Julia otorgaba su mano á otro caballero, y.....

La tierna é inocente doncella prorumpe en un amargo llanto, y arrojándose en los brazos de su madre, esclama sollozante:

—Madre mia , esto era lo que yo temia : me cree infiel y morirá de dolor.....

—Sosiégate, hija mia, sosiégate, le interrumpe la castellana enternecida, besándola la frente.

Enagenado el Bañolense, quiere arrojarse á sus piés ; pero su compañero, aprovechando el momento en que la madre abraza con trasporte á la hija procurando tranquilizarla, le dice:

—No es tiempo aún: nada nos han dicho del proyectado enlace.

Un momento despues , dirigiéndose á las damas, esclama en ademán de admirado:

—¡Qué he oido! Perdonadme, nobles señoras , si he cometido una indiscrecion. ¿Es posible que Julia sea.....

—Es mi hija, ilustre caballero, mi pobre hija , le interrumpe la castellana sin dejar de consolar á la tierna doncella.

—¡Y yo he podido ocasionarla un disgusto!

—Pero él está en Cataluña, ya lo habeis oido, dice la sencilla y buena Julia.

—Lo haremos buscar, hija mia, mañana saldrán los escuderos.....

—¡Cómo! esclama el de Busa dirigiéndose á Julia; ¿luego no es verdad que le hayais olvidado por.....

—Es mi amor y mi cariño, y no le olvidaré nunca.

—Pero ¿y vuestro enlace con el de Montells?.....

—No se hará nunca, nunca.

La impaciencia de Siscár no tiene límites ; mas Enrique le contiene todavía para dar la última mano á su obra. Dirigiéndose á la tierna doncella, la pregunta:

—¿De modo que si encontráseis á Siscar.....

—Le daría mi mano de esposa y.....

El de Busa, enternecido, la interrumpe diciendo:

—Os felicito, ilustre y noble dama: sois digna de la ventura que esperais. Hoy mismo vereis á Siscar amante y tierno.....

—¡Hoy mismo! ¿En dónde está?

Enrique de Busa, levantándose y alzando la visera á su compañero, dice con un raptó de entusiasmo:

—Vedle.

Siscár cae trasportado á los piés de Julia, y la inocente doncella, en el exceso de su júbilo, se arroja en sus brazos. Sus frentes se tocan, sus rostros se juntan, y las palabras mas tiernas salen de los lábios de ambos. Mas la opulenta heredera, no pudiendo soportar tanta dicha, se desvanece, y la castellana, que derrama lágrimas de placer, la sienta en un sillón que Enrique prepara al efecto. Mientras tanto Siscár se arrodilla á sus piés, abraza y besa sus rodillas, y hace otros muchísimos extremos propios del amor de un caballero como el de la Lanza Rota.

El Doncel de Ausona, contemplando la dicha de los dos amantes despues de una tan larga y penosa ausencia, permanece silencioso y meditabundo. Una idea melancólica atraviesa en aquel momento por su imaginacion. ¿Se verá él algun dia á los piés de la hija del César?

—Siscár, querido Siscár, mi buen caballero, ¡lo que he sufrido en estos dias! dice Julia al tornar á la existencia.

El Bañolense, apretando las manos de la doncella entre las suyas, le contesta:

—Olvida lo pasado, mi hermosa señora: en adelante seremos felices. Pero..... ¿pensaste mucho en mí?

—Siempre, siempre.

—¿De veras?

—Preguntáselo á mi madre, que me reñia.....

—¡Pobre Julia! ¿y ahora estás contenta?

—A tu lado lo estoy siempre.

Ambos permanecen en la misma posicion: Julia sentada en el sillón, y el célebre caballero de la Lanza Rota arrodillado á sus piés. Mas este, poco satisfecho aún, imaginando el modo de ir ganando terreno insensiblemente, reclina la cabeza sobre las rodillas de aquella, de manera que su mejilla derecha queda apoyada sobre ellas. Un momento despues, con su mano izquierda toma la diestra de su amada y la coloca sobre su rostro apretándola con fuerza. En tal disposicion, vuelto de cara á la castellana, sin calcular que su inconveniencia podrá disgustarla, sigue el tiernísimo diálogo con Julia.

—Julia, dime otra vez que me amas, murmura á media voz.

—Te amo y te amaré siempre, responde la cándida doncella.

La noble castellana les interrumpe diciendo al de Busa:

—Mi hija y yo debemos estaros muy agradecidas por habernos restituido á Siscár.

—Señora, no merezco.....

—La modestia sienta bien en los caballeros.

Apenas dichas estas palabras, se apercibe de la estraña posicion que ha tomado el Bañolense. En el primer momento de satisfaccion, despues de una larga ausencia, pudo tolerar algunas de las tiernas demostraciones de los dos amantes; mas despues, pasado aquel, y sobre todo ante un desconocido, parécele que la postura de Siscár es poco decorosa, y dirigiéndose á él y á su hija les dice:

—Pero ¿qué veo? ¿Qué haceis? ¿Tú tambien, Julia? ¿Qué dirá este caballero?

—¡Bah! no dirá nada, repone Siscár sin cambiar de posicion.

—¿Cómo no? Julia, hija mia.....

—Pero madre mia, me tiene las manos con tal fuerza que no puedo soltarlas, interrumpe la doncella riendo; lo que prueba que no le desagradan las maneras de su estraño caballero.

—Tú se lo permites: yo creo que á tí te gusta.....

Siscár la interrumpe á su vez diciendo:

—Me he *instalado* aquí, sobre las rodillas de mi Julia; pero tranquilizaos, noble castellana, no pienso permanecer así mas que esta noche y mañana.

Siendo imposible á la castellana conservar su gravedad, repone:

—¿Lo habeis podido pensar? ¡Siempre el mismo! Sentaos como nosotras.

Enrique de Busa rie.

Julia le imita.

Su madre concluye por hacer lo mismo. Sin embargo, logra, aunque sin obtener grandes ventajas, que el exagerado caballero del Tristrás capitule. La capitulacion no contiene mas que un artículo, y es, que Siscár, despues de haber dejado su actual posicion, no volverá á tomarla hasta ser esposo de Julia.

—Delante de ella, murmura por lo bajo el Bañolense.

Julia, que rie y llora á un tiempo mismo, le contesta:

—Ni detrás.

Siscár murmura para sí:

—Mal principio para infundirla aquellas costumbres primitivas de Zoe: parece que la civilizacion ha hecho muchos prosélitos en Cataluña.

Sin embargo, como el único artículo de la capitulacion no le obliga á abandonar el campo, permanece en él tranquilo y estremadamente satisecho.

La opulenta castellana esplica entonces á los caballeros, cómo el rey

Don Jaime de Aragon exigia el casamiento de Julia con Federico de Montells; la resistencia que ella habia opuesto, conociendo que semejante enlace labraba la desventura de su hija; y como de repente, el monarca, cambiando de resolucion, dejaba á Julia libre de disponer de su mano.

—Del mismo modo, termina la castellana, que vino el mandato del rey, ha venido la contraórden; sin que nosotros sepamos el por qué de ninguna de las dos cosas.

—No me cabe duda, dice Siscár, en que para lo primero exigieron los Montells la intervencion del monarca: yo me encargo de darles las gracias muy pronto.

El tono con que el Bañolense pronuncia estas palabras estremece á Julia, y esclama contristada:

—Yo espero que ahora no pensaremos en otra cosa que en nuestro amor.

—Enhorabuena; pero esto no impedirá que yo rompa un par de lanzas con el Montells por haber osado.....

—Madre mia, ya lo veis; no quiere hacerme dichosa, le interrumpe temblando.

—Yo creo que luego que sea dueño de tu mano se conducirá.....

—Como un caballero, no lo dudeis, y á algunos no les gustará mucho, interrumpe Siscár.

—Ya se enmienda, piensa Enrique de Busa.

—¿Lo ois, madre mia?

—Déjalo, hija; dice esas cosas porque está alegre, le contesta la castellana sonriendo.

En estas y otras no menos entretenidas pláticas les sorprende la noche, y los caballeros, despues de haberse despedido de las damas, se retiran á su aposento, no sin alguna mortificacion por parte de Siscár, que hubiera preferido permanecer mas tiempo *instalado*. Sin embargo, tal es su gozo, tanta es su ventura, que forma uno tras otro los proyectos mas extravagantes y los consulta con su amigo. Este, al felicitarle por el lisonjero éxito de la empresa, no puede darles su aprobacion, y se originan entre ambos recios y curiosos debates.

—¿Tampoco te parece que mida mis armas con el de Montells? pregunta de repente Siscár.

—El señor de Montoliu desea la paz, le contesta el de Busa disponiéndose para entregarse al descanso.

—Yo me decido por la guerra, ¡y qué guerra!

—Darás un grande sentimiento á la pobre Julia, que te ama con delirio y.....

—No lo creas. Me amará mas, porque las damas quieren á los caballeros tan osados como leales.....

—Pero no incorregibles.....

—¡Bah!

Continúan platicando un largo rato, hasta que Enrique de Busa, creyéndolo inútil, cesa de hacer reflexiones á su compañero. No comprendiendo si Siscár tiene el convencimiento de lo que dice, ó si habla, como otras veces, por la sola razon de no poder estar callado, se tiende en el blando lecho rogando á su compañero que le permita descansar algunas horas.

Un momento despues reinaba en la estancia un profundo silencio.

A la mañana del siguiente día, fatigado Enrique de Busa por el penoso viaje que habian hecho, se levanta tarde de la cama, y se encuentra solo en la estancia. Al pronto no le choca la ausencia de Siscár, porque supone que debe andar por el castillo en busca de su señora; mas pasado algun tiempo de este modo, comienza á inquietarse, y para salir de tal incertidumbre, resuelve llamar á uno de los criados que la castellana habia puesto á su servicio.

—Señor, le responde el fiel sirviente, vuestro compañero se ha ausentado precipitadamente del castillo.

—¡Cómo! esclama el de Busa sorprendido.

—Me ha dejado el encargo de participároslo y el de conduciros esta misma mañana á donde podreis hallarle.

—Pero ¿es posible? interroga Enrique confuso.

—Cuando querais partir.....

—¿Te ha dicho que esta mañana?.....

—Sí señor.

—¿A qué hora ha partido él?

—De noche.

La estraña conducta del Bañolense asombra á Enrique de Busa. ¡Proscrito, rodeado de puñales, se encuentra solo en el momento en que mas necesitaba el auxilio de un amigo práctico y conocedor! Despues de hacer algunas otras reflexiones, no sabiendo á qué atribuir el paso dado por Siscár, resuelve seguir sus instrucciones y se dispone á partir.

—Advertid á las señoras, que antes de ausentarme quisiera recibir sus órdenes.

Nueva sorpresa: á poco de haber salido de la pieza, el criado vuelve á entrar, anunciándole que las señoras no pueden recibirle.

—Partamos, le responde impaciente.

Dicho esto, se viste el arnés, examina con algun cuidado sus armas, y

sin preguntar nada al guía que debe acompañarle, sale del castillo, resuelto á seguirle á donde llevarle quiera.

Al mismo tiempo que Busa dejaba la estancia, un anciano, envuelto en un sayal gris, le contemplaba con la mayor atencion desde la pieza vecina, cuya puerta habia entreabierto; luego que el caballero estuvo fuera del alcance de su vista, volviendo á cerrar la puerta se arrodilla en medio de la pieza, y dirigiendo los ojos y las manos al cielo, dice:

—¡Cuánto tengo que agradeceros, Señor..... Vos no ignorais por qué abandoné á Enrique en Oriente..... Nada podia decirle con certeza..... Nada sabia ni de Aragon ni de Roma, y la marcha repentina de los criminales..... hacia necesaria la mia. Por otra parte, le dejé al cuidado de un jóven..... Le exigí el secreto, y mis instrucciones han sido cumplidas en Oriente y en Cataluña. El mismo Enrique ha ignorado lo poco que sabia Siscár, á quien acabais de recompensar.....

Se interrumpe un momento, permaneciendo recogido, con la cabeza caida sobre su pecho, y luego prosigue:

—Los pueblos del gran lago reducidos por vos á cenizas, eran menos culpables..... Allí, Señor, lejos de edificar á vuestro pueblo con repetidos ejemplos de virtud..... le hacen dudar de la bondad de vuestra religion, entregándose á los vicios mas abominables..... Pero cedieron temiendo mis revelaciones; cedieron por miedo y..... Gracias, Señor, gracias; vos os compadecisteis del jóven, y vivirá para amaros y serviros..... Al propio tiempo, ya lo sabeis, pronuncióse mi nombre..... y poco despues, e eco soberano del Capitolio repetia: *anatema, anatema*..... Mas ¿qué me importaba? Yo nada pedia..... nada queria y no ignoraba que la hoguera espera al que predique..... Vos dijisteis: *perdonadles que no saben lo que se hacen*..... y yo los perdoné. Perdonadles tambien vos, Señor, porque no saben lo que hacen... Que el anatema sobre mí lanzado no caiga sobre su cabeza como el rayo cayó sobre Gomorra.....

Se interrumpe de nuevo y sus ojos derraman abundantes lágrimas. En tal estado, despues de una breve pausa, esclama como si una nueva idea hiriera repentinamente su imaginacion:

—Ya nada nos queda que hacer sino..... una prueba; pero última y terrible prueba que puede desbaratar todos mis planes..... Iluminadle, Señor, en la venidera noche..... Lo han querido así, lo han exigido y..... Ha oido, ha visto, ha sufrido tanto..... yo creo que habrá aprendido á..... perdonar.....

Despues de un momento de pausa continúa con creciente exaltacion:

—He agitado al pais..... porque todo debia temerlo..... Basta para él, pero no para la obra santa que me teneis encomendada..... Es cierto

que las ideas que han de regenerar al género humano comienzan á ser conocidas; pero todavía se postra el simple aldeano ante el orgulloso feudal que le insulta y deshonra. ¿No podría aprovecharse esta agitacion para imitar el ejemplo de la Suiza?..... El dia de la libertad no ha llegado..... vendrá. Entretanto, ¿qué será de mí? ¿En dónde me albergaré?.... El señor seguirá negándome el rincón mas miserable de sus palacios: el pobre me rechazará como siempre de su choza, como al leproso, cuyo contagio se teme..... Señor, Señor, dos dias mas de vida y despues..... recibid mi alma.

Al pronunciar estas palabras permanece el Monge Gris un largo rato con los ojos y las manos levantadas al cielo, como quien espera una respuesta á su generosa súplica. La actitud del hombre bueno es la de un santo; su resignacion la de un mártir; su fervor el de un verdadero creyente, y en su éxtasis profundo párecele tener ante sí la larga escalera de Bethel y que, cual otro Jacob, vé subir y bajar los ángeles de la morada celeste.....

Mas de repente pierde de vista los objetos, apoya la cabeza contra su pecho, cual si un peso enorme lo oprimiera, y los brazos bajan á sus costados con el abandono de la postracion. Un momento despues tiemblan sus rodillas, se estremece todo su cuerpo como el arbusto sacudido por los vendabales, y cae sin sentido sobre el pavimento. Al propio tiempo una densa nube color azul de cielo, que exhala aromáticos perfumes, llena el aposento envolviendo al generoso anciano, y del centro de aquella masa vaporosa, sale una voz de un timbre desconocido en la tierra, que dice:

—Vivirá el apóstol y no perecerá la doctrina.

Al acabar de oirse estas palabras, nube, vapores y perfumes todo desaparece.

Entonces el Monge Gris, como despertando de un largo sueño, bañada la frente en sudor, se arrodilla, pasándose ambas manos por los ojos. Poco despues mira una y dos veces en derredor de la estancia, y viéndose solo, esclama con el acento de la resignacion:

—Señor, hágase vuestra voluntad.

Al decir esto se levanta y..... marcha.

Mientras tanto, Enrique de Busa y su guia, que no habian interrumpido ni un momento su marcha, se hallaban al anochecer en frente de Moyá, pueblo situado en una inmensa cordillera, que tiene su nacimiento en Coll-suspina, y continúa hasta cerca de Manresa. Ningun suceso digno de mencionarse le habia sucedido en el camino. Moyá no ofrecia en aquella época nada que llamase la atencion de los viajeros: era una aldea nacen-

te levantada á la falda de un monte que mira á Castell-tersol, entre Vich y Manresa. Lejos estaba entonces de sospechar que algunos siglos despues, habiendo crecido en poblacion y riqueza, seria destruida por los escesos de una sangrienta guerra civil. El saqueo, el incendio, el pillaje de Moyá por las tropas de D. Cárlos, constituye uno de los episodios mas bárbaros de nuestra revolucion.

Los dos viajeros continuaron marchando á lo largo de la misma cordillera hasta llegar á Caldés, patria del tremebundo caballero del Ataud. Entonces, ya anochecido, torciendo á su derecha dejaron la montaña, bajando un larguísimo rato por una pendiente harto rápida que les condujo á un valle hondo, fértil, poblado de árboles y caseríos, y regado por multitud de arroyuelos que serpenteaban en distintas direcciones. Si hubiera sido de dia, vieran que el delicioso valle se prolonga hácia el Norte, figurando una elipse parecida á un círculo romano cuyas graderías las constituyen elevados montes.

La noche era oscura y tenebrosa; un denso velo cubria las luces del firmamento; el relámpago serpenteaba sin interrupcion, y allá á lo lejos, cierto ruido confuso que retumbaba en las cavidades de los montes, hacia presentir una de aquellas tormentas tan terribles en las citadas montañas.

Al dejar el valle de Altés los viajeros cortaron perpendicularmente las pequeñas colinas de Aviñon, dejando á su izquierda un pais tan fértil como hermoso, regado por el Llobregat y conocido con el nombre de: *Pla de Bajes*. El agua que caia ya á torrentes, la oscuridad de la noche y lo escabroso del pais, árido, montuoso y lleno de espesos robledales, hacian el camino intransitable. Perdidos entre barrancos y matorrales, que abundan por desgracia, andaban á la ventura y á merced de la borrasca. Un torrente, precipitándose con furia de una rocas escarpadas, interceptaba su paso, y, al retroceder, otro no menos caudaloso les impidiera volver al punto de donde habian salido. Los caballos, heridos por el granizo y amedrentados por la cólera de la naturaleza, se negaban ya á continuar la marcha y no querian mas que guarecer su cabeza entre los espesos arbustos; de repente, una voz fuertemente acentuada gritó á los viajeros:

—Alto, alto.

Casi al mismo tiempo se ven rodeados de unos cuantos montañeses armados que les hacen repetidas preguntas. El guia responde á algunas de ellas; pero inútilmente pide su libertad y la de Enrique de Busa. El jefe de la pequeña cohorte, guardándoles las posibles atenciones, les insinúa que no han caido en poder de bandidos, pero que se halla en el triste caso de cumplir las órdenes de sus superiores.

—Pero ¿qué órdenes? pregunta el guia sin inmutarse.

—Debo conduciros á la presencia de mis capitanes.

—¿Y dónde se hallan?

El jefe de los montañeses repone:

—Mas fácil fuera detener el curso del sol, que conocer el asilo de los grandes capitanes. Seguidnos.

Dicho esto, los coloca en medio de su gente, y sin hablar mas palabra, los hace marchar y contramarchar un largo rato por senderos desconocidos, hasta que, parándose un momento, manda que les venden los ojos. Uno y otro se prestan á esta operacion sin formular ninguna queja, y luego continúan dando vueltas y revueltas en distintas direcciones, guardando el mismo silencio. De pronto se oye el penetrante sonido de una bocina: el grupo se detiene, y el gefe de la tropa, dirigiéndose á los viajeros, pronuncia estas palabras:

—Llegado habeis al término de vuestro viaje.

Al decir esto, manda que les quiten las vendas. La noche habia perdido la oscuridad tenebrosa de poco antes; la borrasca iba gradualmente enfrenando sus violentos ímpetus, y el cielo se veia casi estrellado. Enrique de Busa mira en su derredor, y no descubre ningun edificio que pueda albergarles. Se halla al pié de un torrente que, desbordado por el aguacero, corre rápidamente á pagar su tributo al Rubricate. A su derecha ve unas rocas escarpadas de difícil acceso que se elevan á una altura prodigiosa; á su izquierda un pequeño plano sembrado de peñascos de diferente magnitud, y á su espalda los pequeños montes que acababan de atravesar.

Admirado de lo que ha oido al gefe, lo mira con estrañeza; pero este, sonriendo por toda respuesta, llama á sus compañeros, y ayudado por ellos levanta con no pocas precauciones cantidad de ramizas espinosas amontonadas al pié del escarpado monte: entonces se presenta á la vista del suspenso Busa una cueva subterránea de las muchas que hay en Cataluña. Sus bordes están erizados de piedras puntiagudas, y en su centro hay una abertura redonda parecida á un pozo de dos varas de diámetro por lo menos.

El gefe de la pequeña escolta les ordena entrar en la misteriosa cueva, siguiendo á uno de sus soldados que les sirve de guia. Agarrados unas veces á las rocas salientes, sentados otras y arrastrándose las mas, bajan un corto trecho venciendo inmensas dificultades. Cogidos luego á una cuerda amarrada á las rocas, se dejan caer hasta encontrar una escalera de mano, que desde lo mas hondo de la cueva subia hasta la mitad de su altura. El resto del descenso fué fácil, y muy en breve se hallaron á la entrada del subterráneo.

La vastísima cueva, iluminada con resina, se abría delante de ellos como un túnel perforado en la peña viva. Los viajeros no pudieron contener un movimiento de sorpresa al pasar por debajo de aquella gigante montaña. La estalactita pendiente de la bóveda parecía indicarles el camino que debían seguir para internarse en la sombría y tenebrosa caverna, y, precedidos de un montañés, no vacilan ni un momento. Apenas habían andado algunos pasos, se hallan en una especie de grandioso *propileo* formado por la naturaleza, y constituido por rocas salientes de variadas formas y diversos órdenes de arquitectura; su elevación era tal, que podía tomarse por el peristilo ó átrio de un palacio de gigantes.

Al llegar al extremo de un corredor, se detienen breves momentos, en tanto que el conductor ó guía parece consultar con la vista las diferentes galerías que le rodean. El sitio donde se encuentra es un estalaje cuyo pavimento ha sido formado por la mano del hombre en la roca viva. Aquí los ángulos salientes forman un compuesto caprichoso de columnas esbeltas, con pedestales, con capiteles, sin unos ni otros, y con acesorios y sin ellos; allá figuran arcos, obeliscos, estilobates con grecas y entrelazados, frisos y cornisas; y en este y el otro lado aparecen grandes y pequeñas masas con cresterías diminutas blancas y negras, formando graciosos y elegantes grupos. ¡Admirables caprichos de la naturaleza! A la luz débil y opaca de las resinosas antorchas se les tomaría por *gnomos*, espíritus maléficos que moran en las entrañas de la tierra, asomando sus misteriosas cabezas por entre los muros de la fúnebre estancia. Sus sombras, vacilantes como la llama, les prestan cierta agitación permanente que, allá en las cavidades de la tierra, impondría á otro que no hubiese acreditado su temple en las batallas, como Enrique de Busa.

Tres puertas cerradas con paja trenzada en forma de estera, se ofrecen á su vista: Enrique, guiado por los montañeses, toma la de la derecha. Atraviesan diversidad de corredores bajos, estrechos y húmedos, que se suceden, se cruzan, unas veces perpendicularmente, otras formando curvas, y al poco tiempo aperciben luces de claridad mucho mas viva que la que despedían las teas de pino. Al mismo tiempo se oyen algunas voces, y parándose repentinamente el conductor, les dice:

—Deteneos, voy á advertir á la asamblea.

Al poco rato volvió á salir, y tomando del brazo á Enrique de Busa, alzó la estera que les interceptaba el paso, y le presentó á una numerosa reunion de conjurados montañeses. El sirviente de Hurís recibe la orden de esperar en el mismo sitio en que se hallaba.

Vióse entonces el Doncel de Ausona en una sala semicircular, espaciosa y grande, aunque baja: la puerta por donde acababa de entrar se

hallaba en el centro del diámetro del semicírculo. El suelo era de arena menuda de un color negruzco, como la lava de un volcan, y la bóveda de caprichosas estalactitas y de concreciones compactas, que sin duda eran infiltraciones repentinamente petrificadas. No faltan algunas que representan cabezas de hombre, de mujer y animales salvajes. La mano de la naturaleza es tan hábil como la del artista: se distingue sobre todo un lobo de grandes proporciones, que parece haber sido cincelado por el buril de un escultor maestro.

El espacioso salon se veia iluminado con multitud de antorchas colocadas en empavonados candelabros; á su luz viva y penetrante parecia aquel hacinamiento de estalactitas como el conjunto de las ruinas de un templo antiguo. Un banco de piedra, trabajado á pico, rodea el semicírculo, y sobre él están sentados diferentes guerreros ataviados con brillantes arneses. Algunos de ellos llevan calada la visera y otros, descubiertos, revelan en su rostro la intrepidez y la audacia, la virilidad y la energía del hombre educado para la guerra. En el centro del semicírculo se halla colocada la mesa de la presidencia cubierta con tapiz ceniciento; el que ocupa el sitio es un anciano de venerable presencia.

Un profundo silencio reina en la asamblea. Sin embargo, al presentarse Enrique de Busa, algunos de aquellos guerreros se han hablado al oído en voz baja. Diríase que un sentimiento de admiración se ha apoderado de los presentes, al contemplar la arrogante presencia del joven prisionero. Este permanece impávido á vista de la numerosa asamblea. Poco antes habia despreciado la cólera de la naturaleza perdido entre matorrales y barrancos, y ahora se halla dispuesto á desafiar la de los hombres allá en el fondo de la misteriosa cueva.

—Guerrero, ¿podrías decirnos á dónde dirigias tus pasos? le preguntó el presidente.

—Lo ignoro, responde Enrique de Busa con calma.

Un murmullo de desaprobación acoje su respuesta. Al mismo tiempo ve á su izquierda cuatro guerreros misteriosos que, observándole con mucho cuidado, se hablan en voz baja. Llevan cubiertos los rostros, y por sus gestos y ademanes diríase que discuten con algun calor.

—¿De noche y sufriendo los rigores de la intemperie marchabas á la ventura? continúa el presidente.

—He dicho la verdad.

—Confiesa que ibas á unirte con nuestros enemigos.

—Los desconozco.

—Sin embargo, mis agentes te han arrestado en el camino de Val-se-
reny y este es grave indicio.

—Tampoco conozco ese castillo, y yo no sé que pueda llamarse camino á un hondo barranco, del cual tratábamos de salir en el momento en que he sido preso.

—¿No tienes otras pruebas para acreditar que no ibas á Val-sereny?

—¿Y cuáles son las que tú presentas para probar lo contrario?

—Las has oído.

Uno de los cuatro conjurados que habian llamado la atención del de Busa, dice de repente:

—Presidente, su marcha es sospechosa.

No pocos repiten lo mismo.

—Teme nuestra ira, grita el conjurado.

—No sé temer, repone Enrique.

—En vano es que pretendas ocultarnos tus intentos, añade el mismo conjurado de la izquierda.

—No he pensado en semejante cosa.

—¿A dónde ibas, pues?

—Lo ignoro.

Por segunda vez se oye un murmullo precursor de alguna medida violenta. La presencia de Enrique de Busa no ha interesado menos, al parecer, que la franqueza y energía de sus respuestas; pero no comprenden cómo un joven animoso é intrépido marchase al azar sin dirección alguna.

El prisionero, que con su porte altivo parece protestar contra el atentado de que es objeto, permanece sereno y tranquilo ante la misteriosa asamblea. Su mirada, límpida como el azul del cielo, se pasea triunfante por el salón, reflejando los pensamientos que le animan.

Mientras tanto, el presidente, algo menos preocupado, al parecer, que algunos de sus compañeros, vuelve á interrogarle:

—¿Conoces Cataluña? le pregunta.

—No.

—Esto podría disculparte un tanto, si esplicases tu marcha misteriosa. ¿Ignorabas el estado del país?

—Habíanme dicho que había en él alguna agitación.

El mismo conjurado que le ha interpelado poco antes, y que no deja de cuchichear con sus tres compañeros, esclama:

—Presidente, no olvideis que poco antes ha significado que no sabía quiénes eran nuestros enemigos.

El de Busa, que no pierde de vista un momento á los cuatro, les contesta altanero:

—Me hallo en el caso de repetirlo.

—¿Y cómo conciliar tus palabras?

—He oído hablar de los ódios de dos familias y.....

—Nosotros somos amigos y valedores de la una.....

—Decidme, pues, quién sois vosotros, y sabré quién son ellos.

Por segunda vez va á estallar la cólera del conjurado misterioso; mas el presidente interviene diciendo con calma á Busa:

—Jóven guerrero, tus respuestas no son del agrado de la asamblea: algunos de sus miembros han creído ver en ellas un insulto.

—El cielo es testigo de la sinceridad de mis palabras.

—Quiero creer en ella, y te explicaré lo que dices ignorar, para que tomes una resolución.

Esto dicho, el presidente le habla, estendiéndose en largas consideraciones sobre las antiguas desavenencias de los Montells y de los Busas; sobre el partido que habían tomado algunos ricos-hombres en estas guerras, y la intervencion de Don Pedro y Don Alonso de Aragon para restituir la paz al Principado. Le explica luego cómo los Busas, no obstante haberse prestado á seguir los consejos de sus monarcas, fueron víctimas del dolo de sus contrarios, quienes aparentando el olvido de lo pasado, habían proscrito á aquella familia, apoderándose de sus bienes. Le manifiesta por último, examinando su rostro con no poco cuidado, que durante muchos años habían creído en la estincion de los Busas, pero que repentinamente acababa de aparecer un vástago de tan ilustre familia.

—Ved la causa, continúa luego, de hallarnos reunidos. Tan luego como se nos incorpore Enrique de Busa, la explosion no se hará esperar. Nuestros contrarios, reunidos en Val-sereny, preparan su defensa; pero, á pesar de los guerreros famosos que últimamente se han alistado en sus filas, sus esfuerzos serán inútiles. Ahora..... puedes tomar la resolución que estimes conveniente, no olvidando que en este país el ser indiferente á los partidos es ser traidor á todos: no ignoras la suerte reservada á los traidores.

Con religioso silencio ha oído Enrique de Busa al anciano presidente de la asamblea. El hallarse entre partidarios y amigos despues de tantos años de ostracismo, le regocija interiormente; pero, contenido y reservado, nada deja traslucir de lo que siente su pecho. Si en otro tiempo, cuando solo vivía para la venganza, se hubiese visto secundado por tan valerosos guerreros, su respuesta no se hubiera hecho esperar; mas hoy, aunque les agradece en silencio los sentimientos de adhesion á su persona, permanece yerto y frio como un cuerpo sin alma. ¿Acaso Enrique de Busa no es ya el Doncel de Ausona?

Sin embargo, admirado de que los conjurados supiesen su llegada á Cataluña, aventura esta pregunta:

—¿Estais seguro de la llegada de Enrique de Busa?

El presidente le contesta:

—Como de la tuya. Hace tres dias que desembarcó en Rosas con su compañero, á quien contamos entre nuestros adictos.

—¿Y despues?

—Cierta noticia que les dió el castellano de Montoliu les hizo salir precipitadamente para Hurís, en donde se separaron, y muy pronto esperamos noticias. Mas dejando esto, lo que os conviene, jóven, es afiliaros pronto á uno de los dos bandos, porque, ya os lo he dicho, la indiferencia en Cataluña es considerada como una traicion.

Enrique de Busa, despues de haber reflexionado un momento, razona:

—Pero para afiliarme á uno de los bandos, es necesario conocerlos mas á fondo. ¿No habeis insinuado que ciertos guerreros famosos se habian unido al de vuestros contrarios?

—En efecto, se han incorporado en Val-sereny con los Montells.

—¿Cuáles son sus nombres?

El presidente, sin dejar de observar su rostro, le responde:

—Hay entre ellos cierto aragonés que se dice favorecido del monarca.

—¿Su nombre?

Los cuatro guerreros misteriosos se hablan un momento en voz baja, y despues, el que ha tomado la palabra otras veces, respondiendo á la pregunta del de Busa, le dice con cierto tono despreciativo:

—Se llama Jimeno de Albaro, aunque en Oriente fué tambien conocido por Aragonés y Atleta de Aragon. Mas comprended ¡oh jóven! que este guerrero no debe darnos cuidado alguno. Tiene alguna fuerza, pero poca habilidad y mucho orgullo. Cualquiera de nuestros ágiles y robustos arqueros dará cuenta de su persona.

—Segun vuestro informe, no hay duda, repone Enrique con cierta ironía, que se escapa al misterioso conjurado.

El presidente añade:

—Si todos nuestros enemigos fueran como este, en vano buscaríamos la gloria en las batallas.

—¡Ah! dice el de Busa acompañando el monosílabo con un gesto que nadie podria interpretar, y luego añade: ¿y los demás guerreros de Val-sereny, son lo mismo?

Mientras que los cuatro conjurados de la izquierda siguen cuchicheando, el presidente, sin dejar de observar su fisonomía, le responde:

—Otro de los guerreros venido de Oriente que se les ha unido en aquel castillo, es el Valvasor de Caldés, catalán sanguinario, pero poco

temible en el campo. De ordinario su ira le ciega, y en lucha con un enemigo diestro carece de defensa.

Enrique de Busa, con el mismo tono que poco antes, repone:

—¿Por manera que este hazañoso vendrá á tener la misma importancia que el primero?

—Así es, mas tambien se halla en Val-sereny Sancho de Orós, aragonés, cuyo nombre de guerra era el Servidor de Amor.

—¡Será como los otros!

—¿Qué podría temerse de su afeminacion? Finalmente, segun informes que tenemos por verídicos, esperan tambien en aquel castillo á cierto optimate de Castilla llamado Federico de Guzman. Los informes nos le presentan vário, y por lo mismo es de suponer que desde el punto en que vea la causa de los Montells perdida, abandonará á sus compañeros. Además, como soldado vale poco.

—En este caso, repone el de Busa sin cambiar de tono, el castellano tiene el mismo valor que los dos aragoneses y el catalán.

—En efecto, y ya veis que tales enemigos no podrian imponernos en ningun caso. Además, la sangre que traidoramente han derramado, ha enardecido á nuestros soldados, y con una sola vez que prueben nuestras espadas, pedirán tréguas.

Enrique de Busa, cambiando repentinamente de tono, erguida la cabeza y fiero el continente, repone alzando la voz:

—No es poca la sorpresa con que acabo de oiros, nobles señores, y á fuer de leal no puedo dejaros en un error que os haria derramar lágrimas de sangre. Si los informes que teneis de los caballeros todos que militan en el bando contrario, son como los que acabais de manifestar, no podreis vanagloriaros por mucho tiempo de vuestros agentes.....

—¿Qué has pensado significar? le interrumpe el presidente, echando una mirada oblicua á los cuatro misteriosos conjurados, que en aquel momento se agitan un tanto en sus asientos.

—¡Ay de vosotros, responde Busa con energía, si marchais al combate en la persuasion del poco valor del enemigo: vuestra ignorancia os conducirá á una derrota inevitable!

Un movimiento de admiracion recorre toda la asamblea, y en una y otra parte, al parecer, murmuran contra el osado hazañoso.

El presidente le dice con voz fuerte y sonora:

—¿Pretenderias con tus palabras enervar el valor de nuestras tropas?

—No he pensado tal cosa: mi elocuencia se estrellaria ante caballeros que poseen el sentimiento de sus deberes. Yo he querido significaros tan solo que la opinion que teneis de los capitanes de Val-sereny no es razonable.

- ¿Y qué sabes tú?
- Los he conocido.
- ¿Formaste parte de la expedición?
- Hasta el fin de la campaña.
- ¿Y qué dices de ellos? pregunta el presidente con mucho interés.
- Digo que apenas si tendreis otros cuatro que oponerles.

Estalla el volcan contenido largo tiempo hacia. Algunos de los conjurados se levantan clamando contra los insultos del audaz aventurero, y reina en la asamblea alguna confusion. Mientras el presidente trata de restablecer el orden, gritan:

- Nos insulta.
- Es un agente secreto de Val-sereny.
- Guerrero, ¿nada tienes que decirnos para justificar tus palabras? le pregunta el presidente.
- Daros á conocer á los soldados de Oriente.
- Habla.
- No, no; nada queremos oir, dicen de algunas partes.
- Peor para vosotros, repone Busa con fuerza: conociendo vuestra lealtad, quisiera haceros un servicio importante.

Restablecido un tanto el silencio, el presidente le repite:

- Habla.

Enrique, dominando la asamblea con su actitud, se espresa en estos términos:

—Yo creo, señores, que en vez de ahogar mi voz con gritos tumultuosos, deberiais agradecerme el que rectificase vuestra opinion sobre los caudillos de la hueste de Oriente. ¿Qué perdeis en oirme? Yo reconozco vuestro valor; pero, aunque ágiles, diestros y heróicos en el combate, no escedeis á Federico de Guzman. Lo que vosotros recibisteis del clima y de la sociedad en que habeis vivido, el Castellano lo ha conquistado en las batallas. El Servidor de Amor no es menos valeroso y entendido. Pues qué, ¿el hombre de letras no lo puede ser de armas? Con no menos facilidad maneja la espada que la pluma, y sus golpes son tan certeros como el dardo lanzado por la mano de un balear. Es cierto que el Valvasor de Caldés en algun tiempo exageró la venganza, pero tambien lo es que ha diezmado los ejércitos enemigos como la piedra del cielo las cosechas, y con menos motivo podeis menospreciar á Jimeno de Albaro. Sin duda que vosotros le escedeis en ligereza; mas reflexionad que entre sus empresas gloriosas cuenta la de haber escalado, solo, un muro defendido por miles de guerreros. El formidable Aragonés campea con una maza de armas de enorme peso, y su fuerza es tal que parte de un solo golpe el ro-

ble secular que, envanecido con su robustez y lozanía, ha desafiado la furia de los huracanes.

Los conjurados se miran en silencio como para preguntarse si han de dar ó no crédito á sus palabras ; los cuatro guerreros de la izquierda no cesan en su misterioso diálogo, y mientras tanto él termina con estas palabras:

—Lejos de mí la idea de insultaros, nobles señores ; hubiera creído hacerlo ocultándoos la verdad por temor de alterar vuestro temple. Mas no despreciéis á los guerreros de Oriente: presentar un combate sin conocer las fuerzas y el valor del enemigo no es de guerreros experimentados. Reconozco en vosotros las altas virtudes de la guerra ; pero no espereis de mí la lisonja. Los sentimientos de un cortesano son indignos de un caballero.

Al dejar la palabra Enrique de Busa, puede convencerse de que su enérgica perorata, espresion de los nobles sentimientos que le animan, ha logrado dividir la asamblea. No pocos de los guerreros que poco antes murmuraban, le responden con estrepitosos aplausos. Otros, sin embargo, queriendo ostentar su fuerza, y no recordando mas que los elogios que ha dado al enemigo, le dicen:

—Contamos en nuestras filas guerreros no menos hábiles y valerosos que los que tanto has encomiado.

—Lo he reconocido, responde Enrique.

—Guillen de Tous y Rauret han pertenecido tambien al ejército de Oriente.

—¿Están entre vosotros?

—Pelearon á nuestro lado.

Aquel de los cuatro conjurados de la izquierda, cuyas insinuaciones han disgustado mas de una vez al prisionero, vuelve á tomar la palabra diciendo:

—Otros muchos de aquel ejército auxiliarán nuestro bando ; pero contamos entre ellos uno superior en saber y esfuerzo á los ponderados guerreros de Val-sereny. Campeó en Oriente con el nombre de Doncel de Ausona, y ya sabes que le esperamos. Tú que has servido en aquella hueste, ¿qué dices de Enrique de Busa?

—Digo que tal vez os han exagerado sus virtudes militares, responde el interpelado sin titubear.

El misterioso conjurado repone con enojo:

—Presidente, ya lo ois: su informe es siempre contrario á los que tenemos, y no le faltan palabras para elogiar á los contrarios.

—Son la espresion de la verdad y.....

—Sin embargo, sabemos por muchos conductos que Enrique de Busa era el ídolo, la esperanza del ejército por su valor, y tú pretendes.....

El de Busa le interrumpe á su vez diciendo:

—Si no le faltaba valor, virtud de que los guerreros pueden vanagloriarse sin incurrir en la nota de jactanciosos, le faltaban otras muchas cualidades.....

—¿Te atreverías á afirmarlo?

Enrique de Busa, deseando cortar aquel debate, repone:

—De todos modos no le espereis.

—¿Por qué?

—Guerrero, cualquiera que tú seas, créeme: Enrique de Busa no se pondrá á vuestra cabeza para llevar á cabo una venganza.....

—Tenemos noticias que afirman lo contrario.

—Lo creo, porque en algun tiempo fué insensato; pero allá en Oriente recibió una lección terrible.

En este momento, otro de los cuatro guerreros misteriosos habla al oído del presidente, y este dice luego con calor:

—Cuando se halle en medio de nosotros, cuando sepa el nombre del ilustre caudillo que dirige secretamente el movimiento vengador, ¿quién duda que querrá compartir nuestras glorias?

—¿De qué caudillo habeis querido hablar? preguntó el de Busa con no poco interés.

—De otra víctima de la saña rencorosa de los Montells. Del héroe de Coplliure, de aquel ser privilegiado á quien Pedro el Grande, conociendo su valor y poderío, dirigía estas palabras: *En comte, hu sots dels millors é dels mayors homens de ma terra, per nobleza é riqueza de terra é de gents.....*

—¿Cómo! exclama el de Busa, comprendiendo á medias lo que acaba de oír.

—Es nuestro génio, como el jóven Busa será nuestra espada.

—Pero su nombre.....

—El conde de Ampurias, interrumpe el presidente levantando la voz.

Enrique de Busa da un paso atrás. Háse quedado mirando al presidente un largo rato, como si aquel nombre hubiera despertado algo en su memoria, y un momento despues cae en una profunda meditacion.

Mientras tanto, los cuatro guerreros misteriosos le contemplan con cierta ansiedad, y los conjurados todos guardan un profundo silencio.

—¿Crees ahora que Enrique de Busa desoirá nuestros ruegos? le pregunta el presidente.

El interpelado, suspendiendo su meditacion, le responde con gravedad:

—Si el conde de Ampurias vive, si dirige la guerra, Enrique de Busa peleará á vuestro lado..... y yo tambien.....

Una esplosion de aplausos le interrumpe.

—Bravo, bravo, dicen los conjurados en masa.

—¿Tú pelearás con nosotros, tú? sigue interrogándole el presidente.

—Sí, porque en aquel caso vuestra causa será la de la razon, la de la justicia, la de la libertad, la causa del hombre.

—Pero el conde de Ampurias, querrá vengar los agravios que recibiera.....

—No querrá tal, interrumpe el de Busa con resolucion; no lo conoce quien crea que obrará instigado por un miserable deseo de venganza. Si el conde de Ampurias se arroja á la pelea, será en defensa de una causa noble, santa y estimada de Dios, y no por una pasion mezquina que embrutece al hombre y le arrastra al crimen. La venganza es el crimen premeditado, y la premeditacion del crimen es la ausencia de todo pensamiento humanitario, la perversidad del corazon. No há mucho que un respetable anciano me decia: *Aprende á perdonar: si lo que perdonas es un ultraje, el enemigo podrá ser tu amigo; y si es un crimen, podrás inspirar sentimientos nobles al malvado.* Este consejo en boca de un anciano es el pensamiento de la divinidad. ¿Podria imaginarse algo mas grande, mas dulce, mas sublime que el perdonar?....

El misterioso conjurado, que acababa de conferenciar con sus tres compañeros, le interrumpe, y lleno de ira, esclama con voz destemplada:

—¡Perdonar has dicho! ¿Perdonaron ellos á sus víctimas? ¿Perdonaron á Juan de Busa, cuando errante y fugitivo parecia víctima de su implacable saña? ¿Perdonaron á su esposa cuando anegada en lágrimas por no poder abrazar á sus hijos, terminaba sus dias en un cláustro? ¿Y qué se hicieron las dos inocentes criaturas que ni aun con el pensamiento podian ofenderles? ¿Los perdonaron cuando el uno huia herido por los rayos de la Iglesia y el otro parecia de miseria en las calles de Aviñon?—Guerrero, tú habrás sido feliz en esta vida; tú no tendrás que llorar ni al padre que educa, ni á la madre que acaricia, ni al hermano que estima. Tú, de prosperidad en prosperidad, habrás visto sonreir la fortuna ante tus ojos, sin tener que derramar una lágrima por los objetos mas queridos. Pero guerrero, mira en derredor de tí, y verás entre los iniciados al anciano que veinte años hace, ora ahogado por el calor, ora enervado por el frio, huye la saña de los Montells, que no le perdonan el haberse compadecido de Juan de Busa. A su lado esta el esposo, que huyendo de la muerte con que le amenazaban por haberse compadecido de una noble y virtuosa dama, ha dejado á su mujer é hijos, sumidos en el mas amargo des-

consuelo. Contempla mas allá á un jóven que se ha visto obligado á vivir como un facineroso por el enorme crimen de haberse condolido de la suerte desgraciada de dos niños. Examina uno por uno los rostros de mis compañeros, y en todos ellos verás el signo indeleble del martirio. ¡Y hablas de perdon!..... Guerra perdurable: sangre y sangre sea nuestra divisa, y no dejemos las armas de la mano hasta haber esterminado al enemigo.

El eco de tan pavoroso lenguaje estremece á mas de un guerrero; pero no pocos de los conjurados se levantan, y llenos de entusiasmo felicitan al inspirado orador. Todos hablan á un tiempo, todos se agitan, y de vez en cuando las cavidades de la honda caverna repiten:

—Guerra..... sangre.

Enrique de Busa se ha conmovido. El recuerdo de las desgracias de su familia y de sus parientes y amigos, le hace derramar una lágrima; pero su debilidad se oculta á los conjurados, que de otra cosa no se ocupan en aquel momento que de sus proyectos. Sin embargo, se dispone gradualmente para tronar contra el misterioso conjurado, cuyas ideas revelan un deseo insaciable de venganza. ¡Dios quiera que su audacia y tenacidad no ocasionen un nuevo tumulto!

Restablecido un tanto el silencio, toma la palabra. Ninguna demostracion de los conjurados le anima; por el contrario, algunos murmullos ahogan sus primeras frases; pero él, no dándoles importancia alguna, dirigiéndose al preopinante, esclama con voz fuerte y sonora:

—Jóven, me causas lástima. Desde mi entrada en este subterráneo, he observado que te has constituido en intérprete de algunos hombres sanguinarios que piensan avasallar á la asamblea impulsándola á tomar medidas violentas. ¿Por qué no hablan tus sombríos y misteriosos compañeros? Es cómodo hacerlo por boca ajena; pero ¿has comprendido que estabas preconizando el crimen? Tú has dicho quizás sin conocerlo: *amemos el crimen porque otros han sido criminales*. ¿Y por qué no decias: *amemos la virtud porque otros han sido virtuosos*? Guerrero desconocido, tu máxima podia ser mas evangélica; mas al juzgarme tambien te has equivocado. Precisamente la desgracia es la que me ha enseñado á desechar las malas pasiones, y en mi pobreza y desnudez, el consuelo que me queda es el de no haber consumado ningun acto de venganza. Tú no quieres perdonar porque otros no perdonaron: si quieres gozarte en la imitacion, ¿por qué no imitas los ejemplos de virtud? Cierta anciano respetable tenia una hija única á quien amaba con pasion, y un jóven libertino, seduciéndola, causó su muerte. Poco despues la justicia perseguia al criminal, y este no encontró otro asilo que la casa de su víctima, en donde se viera

yerto y frio el cadaver de la que antes era el encanto de sus deudos. ¡Imaginas tú lo que hizo el desconsolado anciano?.....

—Lo entregó á los tribunales.....

—Te has equivocado. Tú que no sabes perdonar, tú le hubieras entregado á la justicia ; pero el anciano, que á fuer de buen creyente no queria estar en oposicion con las máximas de los libros santos, le dijo: *No quiero vengarme, porque la caridad cristiana me lo prohíbe: vive y arrepíentete.* El jóven vivió , y por su conducta ejemplar y sus remordimientos mereció que el anciano le adoptara por hijo.—¿Nada te dice este ejemplo? ¿No respondes? ¡Ah! para hacerlo necesitas consultar á tus mentores y.....

—No esperes que tolere por mas tiempo tu audacia, le interrumpe el interpelado levantándose.

—He debido contestarte.....

—Pero no abusar de.....

Deseando cortar el debate, dice el presidente con voz fuerte:

—Silencio.

—Silencio, repiten muchos de los conjurados secundándole.

Los dos jóvenes enmudecen, del mismo modo que la asamblea toda, y el anciano del sitio, volviendo á dirigir la palabra al prisionero, le dice:

—Hazañoso: nos has dicho poco há, que si el conde de Ampurias fuese nuestro director y guia en la cruenta guerra que se prepara, tú esgrimirias el acero á su lado.....

—Es cierto: presentadme á él.

—Está ausente.

—En este caso yo espero que me permitireis retirarme.

—En consideracion á tu juventud y á los generosos sentimientos que te animan, la asamblea te dará libertad mediante ciertas condiciones. Si no las aceptas, serás prisionero de guerra.

—¿Cuáles son?

—Jurar que en ningun tiempo empuñarás las armas contra nosotros; callar lo que has visto y oido y darnos tu nombre.

—Acedo á las dos primeras, y respecto á la última permitidme hacer una observacion.

—Es inútil.

—Como.....

—No saldrás de este sitio sin ser conocido, le interrumpe el presidente con resolucion.

—¿Pero cualquiera que sea mi nombre no impedireis mi salida? pregunta el de Busa.

—No.

—En este caso estoy á vuestras órdenes.

Sin mas dilacion Enrique de Busa hace los juramentos que se le han exigido , y un momento despues, reinando un profundo silencio en la asamblea, el presidente le pregunta:

—¿Cuál es tu nombre?

—Enrique de Busa.

Al oir estas palabras , los conjurados dejan sus asientos y corren á abrazar á aquel jóven que esperaban largo tiempo hacia , y por el cual han hecho ardientes votos. Su accion va acompañada de rícos aplausos y de estrepitosos vivas. Entonces recuerdan la energía con que contestara á los cargos que se le han dirigido, y elogian su moderacion, entreviendo en el saber é inteligencia de aquel jóven , heredero de tantos infortunios, el fin de sus desdichas. La asamblea le reconoce por caudillo, y á escepcion de los cuatro guerreros misteriosos que permanecen, al parecer, desconcertados en sus asientos, los conjurados todos se declaran prontos á obrar.

—Antes de cuarenta y ocho horas tendreis noticias mias, les dice el de Busa visiblemente conmovido.

—¿Rehusas el mando? le preguntan varios.

—No, no: me envaneceré con él; pero en este momento no puedo disponer de mi persona.

—¿Quieres un trono?

—Quiero mas que un trono: quiero vuestro bienestar y.....

—Bravo, bravo.

El presidente, apretándole con fuerza la mano, le insinúa:

—Quedo tranquilo con la seguridad de que te conservarás digno.

Sale Enrique de Busa del salon, acompañado por algunos conjurados hasta la entrada de la cueva. Allí les despide, y juntándose con su guia, sale del subterráneo por el mismo camino que habia entrado. La tempestad habia dejado de rugir, y hacia una hermosa noche. La luna, brillando con todo su esplendor, esparcia sus suaves resplandores por el espacio, y las brisas, perfumadas con el aroma de las flores, embalsamaban la atmósfera. Enrique de Busa respira con mas libertad, pareciéndole que todo habia sido un sueño.

Mientras él y su guia se disponian para proseguir la marcha , cinco personas salian de la cueva: eran los cuatro guerreros misteriosos y un criado que aparejaba sus caballos. Enrique de Busa los contempla con algun recelo, acariciando el puño de su espada. Mas ¡qué hubiera pensado si oyera sus palabras en el momento de alejarse!

Decía uno, el mas alto de ellos:

—No podia mas.

Respondia otro:

—Las damas me lleven.....

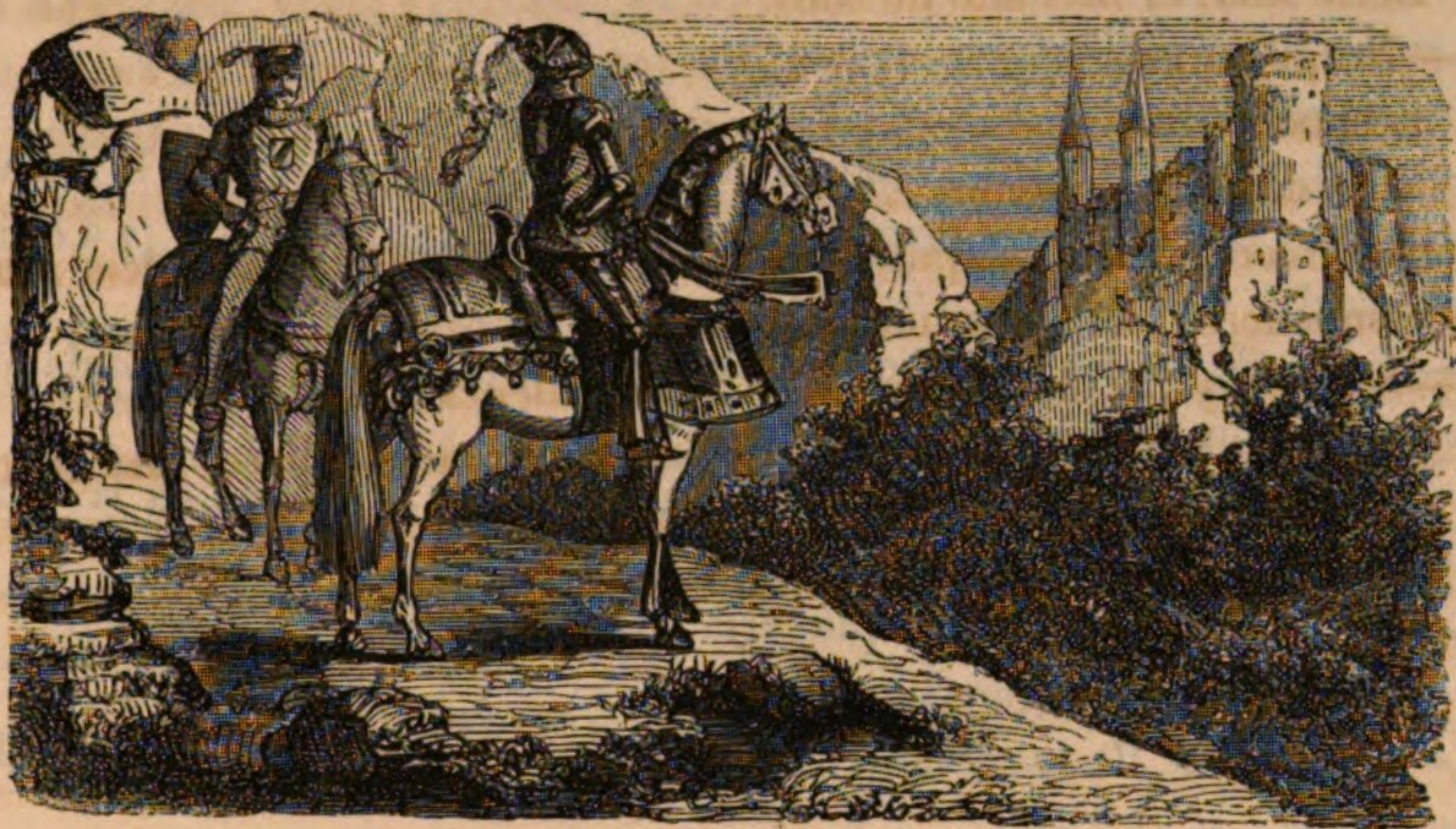
El tercero, anciano que, al parecer, ejercia cierta influencia sobre sus compañeros, les interrumpia diciendo:

—Silencio y..... demos gracias á la Providencia.

El cuarto, el mismo que escitara á los conjurados á hacer una guerra de esterminio á los Montells, era..... Federico de Montells.

¡La prueba, si lo era, habia sido terrible!





LIBRO LXXII.

VAL-SERENY.—EMBOSCADA.—DOS ENCUBIERTOS.—LUX FACTA FUIT.—EPISODIO TRASCENDENTAL.—DE CÓMO VUELVE Á APARECER EL CANTOR DE LA AURORA.—HISTORIA DE UN ENCANTAMIENTO.—CONSEJOS.—PERSECUCION.—EL ORATORIO.—HIMENEO.

Ora fuese por la claridad de la luna, ora porque realmente conociese mejor el camino, ó bien por alguna otra causa, el guia que acompañaba á Enrique no volvió á perderse; por el contrario, le anunció que desde aquel momento era mas práctico del pais, y prosiguieron la marcha sin contratiempo alguno.

Habrian andado dos ó tres horas, cuando despues de vadear un rio, se hallaron á corta distancia de una pequeña colina de forma circular, situada en el centro de un pintoresco llano. Una pendiente suave se ofrece á su vista, y el conductor, apresurándose á tomarla, invita á su compañero á hacer lo mismo; mas este, apercibiéndose de que en la cúspide de la colinilla se veian brillar algunas luces, sin detener su paso, pregunta:

—¿Lo que se descubre allá en lo alto, es un pueblo?

—Mi señor, es el castillo á donde tengo órden de conducirlos, le responde su guia.

—¿Cómo se llama?

—Val-sereny.

—¡Ah! este es el castillo amenazado por los conjurados de la cueva, dice para sí el de Busa, y luego, levantando la voz, pregunta: ¿y á quién pertenece?

—No lo sé, señor: antes pertenecía á una familia muy distinguida del país que el rey desterró.

—¿Y por qué la desterraron? pregunta Enrique, temiendo á la vez y deseando la respuesta.

—Se dijeron tantas cosas, que seria largo contarlas.

—¿No recuerdas alguna?

—Se hablaba de sacrilegios, de pactos con el diablo y de un hombre que volaba.....

—¿En forma de cabron negro? interroga Busa, recordando en aquel momento la escena de la cárcel de Tesalónica.

—Tambien, tambien se decia esto y aun algunas otras cosas; pero despues se ha sabido que calumniaban á aquella noble familia algunos que no la querian bien. De pocos dias á esta parte no se dice otra cosa.

—En todo se ve la mano de Hugo, murmura el de Busa; y luego pregunta: ¿y olvidaste el nombre de los señores del castillo?

—Si lo he sabido, no le recuerdo, responde el sirviente de Huris.

Mientras tanto, llegados á lo alto de la colina, se miran al pié del castillo, y la luna permite á Enrique de Busa examinar un tanto sus afueras. El castillo es de una regular elevacion y de forma cuadrada. El pueblo que le da nombre, Val-sereny, se descubre al extremo del llano defendido en parte por el Llobregat, cuyas aguas reflejan suavemente los rayos del astro de la noche.

Allá, junto á los muros de la fábrica feudal, Enrique de Busa oyendo un confuso vocerío, se detiene.

—Tengo orden de introduciros por esta puerta, le dice de repente su guia señalando una pequeña que, á manera de poterna, se descubre en el foso á espaldas del fuerte.

—¿Y por qué no por la principal? pregunta Busa admirado.

—Lo ignoro, señor.

Dichas estas palabras, descienden al foso por un rampa suave, cuyo nacimiento está en el glásis, y cuyo fin se pierde insensiblemente en frente de la poterna.

Al entrar en la fortaleza, cierto pasadizo oscuro á manera de túnel es lo primero que se presenta á su vista, y le atraviesan rápidamente sin encontrar obstáculo ni persona alguna. Inmediatamente despues, una esca-

lera de caracol, corta y angosta, les conduce á un ancho corredor que recibe la luz de unas ventanas que caen al patio interior del castillo. Mas ¡oh asombro! las voces que habian llamado la atencion de Busa y que desde fuera no pudo comprender bien, llegan ya casi distintamente á sus oídos, y hále parecido que una multitud entusiasta victorea con estrépito á los que tanto han amargado su vida, á los Montells. Por segunda vez se detiene un momento, y pensando en lo que ha oído á los conjurados del subterráneo hablando de Val-sereny, permanece indeciso. Poco despues pregunta al guia:

—¿Acaso equivocas este castillo con algun otro?

—No señor.

—¿Quién te dió el encargo de conducirme á él?

—El señor de Siscár.

—Adelante, repuso Busa, pero no sin observar al guia con mucho mas cuidado que poco antes.

Suben silenciosamente una segunda escalera, y despues de atravesar algunas piezas, mas ó menos reducidas, entran en otra decorada con muebles de lujo, aunque algo usados, en donde el guia dice al caballero que debe esperar un momento. Dos puertas se presentan á la vista de Enrique de Busa: una de ellas de escape, que es la que les ha proporcionado la entrada, y la otra, principal, segun todas las apariencias, conduce á las habitaciones reservadas á los señores del castillo. Mas nuevos vítores sacan al caballero de su contemplacion, y esta vez no le queda duda alguna de que son dados á sus irreconciliables enemigos. Tristemente impresionado, quiere interrogar de nuevo al guia; pero ¡nueva sorpresa! en el momento de volverse, no le ve en parte alguna. Creyendo que ha desaparecido por la puerta de escape, trata de abrirla, pero sus tentativas son inútiles: se sienten correr los cerrojos por la parte de afuera y queda cerrada.

Tristes reflexiones acuden en tropel á su imaginacion. No puede dudar de la amistad de Siscár. Mas de una vez, procurando estudiar su carácter, ha admirado sus travesuras, pero viendo siempre en él á un caballero leal, amigo de cumplir sus deberes y capaz de hacer los mayores sacrificios por servir á sus compañeros. En otro tiempo, cuando dominado por pasiones violentas lo veia todo á través de los mas siniestros prismas, tal vez hubiera desconfiado: hoy, aun sin profundizar la causa de la estraña conducta del Bañolense en Hurís, cree en él, porque le ha conocido y porque es estimado del Monge Gris. Cree en él porque cree en la virtud. ¿Mas no ha podido equivocarse en la eleccion del guia, que mas de una vez le ha parecido sospechoso? Porque ¿qué significa la desaparicion de este en aquel momento? En contacto con sus enemigos, ¿no ha podido tenderle un lazo?

Así reflexionaba Enrique de Busa, resuelto á esperar con calma los acontecimientos, cuando se abre de repente la puerta principal y aparece en ella un hazañoso de elevada estatura, calada la visera. Suspenso el de Busa, trata de reconocer sus armas, mas la débil luz que ilumina la estancia no se lo permite.

El aparecido, con voz ronca, le dice:

—Guerrero, hice un juramento.....

Preocupado el de Busa con su estraña situacion, le interrumpe diciendo:

—¿De esterminar mi raza, y vienes á cumplirlo?

—Y vengo á cumplirlo.

—Pero ¿tú..... solo?

Apenas dichas estas palabras, un golpe violento, dado por la parte exterior, conmueve la puerta de escape, y entra en el salon un nuevo personaje envuelto en un manto negro que medio encubre su rostro. En su mano derecha vése un afilado estilete con puño de oro, rematado por un carbunclo.

Enrique de Busa da algunos pasos atrás, colocándose de manera que á su izquierda, y al extremo de la pieza, tiene al primer aparecido, y á su derecha al no menos misterioso personaje del estilete. Sus ojos se dirigen ya al uno, ya al otro, pronto á lanzarse sobre el primero que haga un movimiento ofensivo, y, á fin de prevenir una sorpresa, tira de la espada, que brilla en su diestra como un rayo que amenaza las cabezas de los encubiertos.

Diríase, empero, que el guerrero de la puerta principal se ha admirado de la aparicion del segundo; pues en el momento en que este entraba en la pieza, ha hecho un gesto que parecia espresar disgusto. Sin embargo, permanece inmóvil en el mismo sitio que ocupó á su llegada.

El personaje del estilete se ha situado en frente de la puerta de escape, y sigue igualmente inmóvil. Su actitud es la de la pantera acechando su presa. Se observa, no obstante, que apenas dirige su mirada á Enrique de Busa: al parecer, toda su atencion está concentrada en el primer aparecido.

Enrique de Busa rompe el silencio, diciendo al guerrero atleta de su izquierda:

—Poco há te preguntaba si venias solo.

El interpelado le interrumpe repitiendo:

—Hice un juramento.....

—¿Y no te atreves á cumplirle? le pregunta el de Busa; y luego, volviéndose al otro aparecido, añade: ¿y tú qué quieres?

El hombre del estilete nada responde, y, sin cambiar de posición, sigue, observando al primero haciendo poco caso de la actitud imponente y amenazadora de Enrique de Busa.

Al mismo tiempo, un ruido confuso de voces que sale de las piezas vecinas, y que al parecer se aproxima, llega á sus oídos.

El primer aparecido torna á decir:

—Hice un juramento.....

—Acaba, repone Busa impaciente, y, calculando que el momento de obrar está próximo, se dispone para la defensa.

—Y vengo á cumplirlo, concluye el guerrero misterioso.

Apenas pronunciadas estas palabras, se abre una tercera puerta, cuya existencia no sospechaba Busa, y entrando por ella multitud de criados con hachas encendidas, se ilumina el aposento repentinamente. En el mismo momento, caballeros ataviados con ricos arneses y damas cubiertas de brillantes pedrerías rodean á Enrique de Busa. El guerrero desconocido, alzando la visera y tomando del brazo á la mas hermosa de entre las doncellas, pronuncia al propio tiempo estas palabras:

—Vengo á cumplir mi juramento: Sibilia es tuya.

Al reconocer Enrique de Busa á Jimeno de Albaro, que le presenta la hija del César, deja caer la espada, hincando una rodilla en tierra, y Sibilia corre á sentarse sobre la otra, y abrazándole, no obstante la numerosa concurrencia que la observa, le besa el pelo y la frente y los ojos, y dejándose caer sobre su pecho, le dice: *Enrique mio: y hermoso Enrique: y mi caballero: y amor mio: y ¡cuánto he padecido por tí! y dime si me amas:* y al mismo tiempo que esto le dice llora y rie, y oculta el rostro en el seno de su amado; y le aparta el pelo de la frente; y volviéndose á las nobles damas y caballeros que la acompañan, añade: *ahora sí que estoy contenta;* y caballeros y damas aplauden con entusiasmo, derramando lágrimas de enternecimiento, mientras que el noble Aragonés, no cabiendo en sí de gozo, murmura algunas palabras poco comprensibles.

Enrique de Busa, estrechando entre sus brazos á la hija del César, la dice con cariño:

—Sibilia, te ofendí, perdóname.

—No, no; no me ofendiste, responde la hija del César.

—Fui un mal caballero.....

—Calla.

—Y tú eres un ángel.....

—No hables mas de perdon, le interrumpe la hija del César levantándose ruborizada y ocultando su rostro en el seno de las amigas que no cesan de felicitarla.

Enrique de Busa está en pié delante de su compañero de armas el generoso y buen Atleta. Ambos se miran un corto momento, y al ver su actitud diríase que están cortados. Por fin, rompiendo el silencio le dice Busa enternecido:

—Albaro, tú siempre honrado, siempre buen amigo.

Jimeno de Albaro, recibéndole en sus brazos, le contesta:

—Siempre aragonés.

Permanecen un largo rato en brazos uno de otro sin poder articular ninguna otra palabra.

Mientras tanto, un hombre, envuelto en un sayal gris, les rodea con sus brazos.

—¡Ah! esclama Enrique de Busa conmovido.

—Silencio, le responde el Monge Gris.

—¿Vos aquí..... doctor? repone Busa rehaciéndose gradualmente.

—Ilustre y poderoso señor, la casualidad.....

Enrique de Busa, apretándole con fuerza la mano, le dice interrumpiéndole:

—Mucho tengo que agradecer á vuestra solicitud: sin vos, mi enfermedad.....

—Bendigamos al Señor, que es todo misericordia y bondad, replica el Monge Gris inclinándose.

—Y á vos que sois muy amado de él, añade Sibilia besándole la mano, no obstante sus esfuerzos para impedirlo.

—Poderosa dama ¿qué haceis?

—Vos habeis salvado á mi caballero, y yo os quiero porque él os quiere. ¿No es verdad, Enrique, que quieres que le bese la mano?

—¡Oh, mi Sibilia! todo se lo debemos á él, le responde Busa, seducido por tanta inocencia.

Las damas y caballeros felicitan al doctor por verle tan estimado de los señores del castillo, y él se inclina repetidas veces, no sin examinar de vez en cuando con algun cuidado los rostros de todos los ancianos presentes.

En esto, la numerosa comitiva se dirige al salon principal del castillo, y ¡cuántas sorpresas esperaban allí á Enrique de Busa! Ante una multitud de apuestas y bellas damas y de caballeros que las sirven con esmero, distingue á muchos de los conjurados de la cueva, que, rebosando de alegría, le aprietan la mano. Marchando de sorpresa en sorpresa, se encuentra luego en brazos del anciano señor de Montoliu, y oye de su boca lo bastante para comprender la importancia de los consejos que le diera en su castillo. Poco despues, Siscár, el Servidor de Amor y el Caballero del

Ataud, acompañado de su hijo, se le disputan con cariño, y Federico de Montells le estrecha afectuosamente entre sus brazos. Corresponde el Doncel de Ausona á sus tiernas demostraciones, y los concurrentes todos prorumpen en récios y calorosos vítores, solemnizando aquel acto de reconciliacion que asegura la paz y bienestar de sus familias. Mientras tanto, Enrique de Busa, recordando el tremebundo discurso de aquel su supuesto adversario en el subterráneo, sonríe, comprendiendo la prueba que con él ensayaron y de la cual ha salido victorioso.

Sobre un sillón de púrpura, contempla luego á la hermosísima Dela, la orgullosa beldad zaragozana, prima de Albaro y amada del Servidor de Amor. La encuentra tan bella como agraciada, y mientras la admira, el amable Sancho le esplica las iniciales de la banda azul, que no supieron descifrar en Oriente. A. S. C. A. S. D. A. *Adelaida siempre constante al Servidor de Amor.*

No lejos de ella, divisa á la inocente señora del célebre caballero de la Lanza Rota. Julia y su madre al verle sonríen, y al hablarle pidenle perdón por haberle dejado en Hurís, asegurándole que lo hicieron por consejo de sus amigos. Enrique de Busa sabe espresarles el piacer que tiene en volver á verlas, y dejándolas satisfechas se aleja.

¿Y la princesa Inés de Azán? Cubierta de pedrerías al modo oriental, la ilustre griega deslumbra con su trage no menos que con sus hechizos. Los jóvenes caballeros, admirándola, se suceden unos á otros sin interrupcion, y envanecido el formidable y enamorado Aragonés se siente con todo el orgullo de un mortal amado de una diosa.

Sibilia, la juguetona Sibilia, dando el brazo á su caballero y recorriendo el salón, le presenta á las damas sus amigas para que vean su marcial continente y noble porte. No satisfecha con esto, les cuenta lo que sintió la primera vez que le vió en los jardines de Cízico; cómo le amó desde luego, y las muchas veces que le ha llorado creyéndole perdido en las batallas. Sus compañeras la oyen con placer y la dan mil parabienes, mientras que Enrique de Busa, embriagado de amor y de esperanza, la aprieta el brazo con cariño, envanecido á su vez de tener por compañera á la jóven bella y virtuosa que todos admiran.

Dela, Julia, Inés de Azán y Sibilia, todas saben que aquella misma noche serán esposas de sus amados, y palpitante el corazón, esperan ser llamadas para la augusta ceremonia. De pronto récios palmoteos y vítores entusiastas dados en el patio de la fortaleza llaman la atención de damas y caballeros, y, cual una oleada embravecida se arroja sobre las rocas, se precipitan unas y otros á la galería, especie de balcón corrido, que se conserva aun en nuestros días. Desde allí contemplan á su placer

un inmenso gentío de ambos sexos que llena el patio, el perístilo y los ingresos todos de las habitaciones bajas del castillo.

Los aldeanos bailan, saltan y se agitan festejando la dicha de sus señores; pero en aquel momento, la causa del bullicio que tanto habia llamado la atencion, es un orador atrevido, que en medio de la fiesta arenga á la multitud sobre el sistema de gobierno mas útil á los pueblos. Los campesinos y sus mujeres comprenden poco aquel idioma, y de vez en cuando unos murmuran y otros aplauden á un tiempo mismo.

Siscár, luego de haber recorrido el patio con la vista, esclama con su chacota de costumbre:

—¡Diablo! no le habia visto desde que salí de Oriente. Es el Letrado, el famoso Letrado: no faltará sermon; las damas me lleven. ¡Calla! ¡Hum! Lo aplauden Cap-ruen, Pedro Roque y otros hermanos de..... Pero digo, Bullanga es el que mas alborota.

Todo era en efecto como el Bañolense decia. Rodeaban al locuaz tribuno los gefes de la cantina de Pedro Roque, que habian vuelto á Cataluña y Aragon, acompañando á diversos caballeros. El Olotense, Cap-ruen, Brasfort y algunos otros alentaban con estrépito á su apóstol; los montañeses por momentos les imitaban, y el célebre Bullanga, entre el tumulto y la algazara, se agitaba como un frenético. Cada vez que el intrépido orador prometia el oro á manos llenas si se aceptaban sus doctrinas, se renovaban los aplausos, y en el momento en que damas y caballeros rodeaban el alto pórtico, en un raptó de su elocuencia demagógica, esclamaba con énfasis:

—El viejo mundo acaba como alma corrompida que se lleva el diablo, y la edad de oro comienza.....

—Bravo, bravísimo, le interrumpe Siscár desde la galería, y volviéndose á las ilustres novias, añade: tiene razon, tiene razon; la edad de hierro pasa, y la de oro comienza..... esta misma noche.

Las hermosas y buenas novias se ruborizan y bajan los ojos; pero es de creer que interiormente dan la razon al atolondrado y malicioso Bañolense.

Mas Bullanga ha oido las palabras de su amo, y teniéndole como es sabido el mismo respeto pública que privadamente, le grita desde el patio esforzando la voz:

—Señor, que no venga la edad de oro para vos solo.

—Bárbaro, ¿no te he hecho dispensero? le contesta Siscár.

—Todavía no he tomado posesion de mi empleo.

—Ni yo tampoco; pero.....

—*No li diguis blat que no sigui al sac* (1) le interrumpe el escudero con su desfachatez ordinaria.

(1) Este refran equivale en castellano á *De la mano á la boca se pierde la sopa*.

—Ahora va de veras, borrico.

—Entonces..... callaré.

Julia toma parte en el diálogo, con no poco sentimiento del Bañolense, que murmura contra las impertinencias de su escudero.

—No callarás, no: ya te dije en Hurís que queria saberlo todo.

Bullanga, que, como siempre, cuando quiere echar un remiendo destroza mas la ropa, le contesta:

—Mi amo no quiere.....

—Es cierto, es cierto que me oculta algo, repone la buena Julia.

Siscár le dice:

—Mira, Julia..... ya conoces á Bullanga.....

—Por lo mismo: además, yo le he hecho muchos favores y sé que no me engañará.

—No sabe nada, nada, replica Siscár; mira, esta noche, cuando estemos solos, yo te contaré..... todo lo que quieras.

—Pero tú me engañarás.

—No, no; jamás.

Apenas terminado este incidente, curioso episodio de la fiesta, cuando otro mas grave, que pudo tener fatales consecuencias, la interrumpió por un momento. Un caballero de arrogante porte, calada la visera, acompañado de un su sirviente, se apea á las puertas del castillo pidiendo hospitalidad por aquella noche. Cierta escudero, tal vez poco conocedor del ritual caballeresco, intenta hacerle descubrir, y se origina entre ambos un récio altercado; mas el desconocido, afirmando que un voto se lo impide, pasa el puente levadizo medio atropellando á los que imaginaban impedirle el paso.

Como siempre acontece, el hecho llega exagerado á los salones de la fortaleza, y entre los hazañosos no se habla de otra cosa que de las bruscas maneras del recién llegado. Los jóvenes mas ardientes quieren pedirle razon de su descortesía en aquella misma noche; pero los ancianos, interviniendo, opinan que debe esperarse al siguiente dia. Un solo hombre de armas habla en favor del nocturno viajero, y este es el formidable Valvasor de Caldés, quien al oír que aquel ha hecho un voto, sostiene, con tenaz empeño, que debian abrirsele las puertas del castillo sin hacerle ninguna pregunta.

Sin embargo, la opinion contraria prevalece, por afirmarse que el desconocido ha pronunciado no sé qué palabras descorteses, y queda resuelto que al amanecer se le pedirá cuenta de su conducta. Por favor especial obtiene este honor, de muchos ambicionado, el tierno Servidor de Amor, y ufano y alegre por tamaña merced, comienza á imaginar el

modo de ostentar su bravura y saber en armas ante la hermosa Dela, objeto de todos sus votos. Esta suspira; pero conociendo de honor, le exhorta á la pelea.

El amable Sancho repone:

—A la orilla del rio daréle una leccion de cortesía.

Apenas dichas estas palabras, el audaz aventurero que ha interrumpido la fiesta, entra en el salon, y esta nueva falta de respeto es recibida con generales murmullos. Al mismo tiempo, Enrique de Busa, que ha estado cuchicheando un momento con el Monge Gris, esclama con fuerte entonacion:

—Ilustres señores, permitidme que os presente á uno de los mas bravos y leales caballeros de la hueste de Oriente en la persona de Federico de Guzman, optimate de Castilla.

El aparecido se levanta entonces la visera, y sus amigos reconocen en él al Castellano, por otro nombre el Hidalgo Justador. Cuantos han servido en la espedicion, se arrojan en sus brazos, y le obsequian y festejan de diversos modos, mientras que los demás le saludan con respeto y admiran, sabiendo por sus compañeros que es un hazañoso entendido en honor y esforzado en las batallas.

Libre el Castellano de los abrazos de sus amigos, recorre el salon con la vista repetidas veces, dando muestras de cierta inquietud y ansiedad que se traslucen en su semblante. Mira luego al Monge Gris, y su mirada parece ser á la vez una súplica y una amenaza. Diríase que entre la brillante concurrencia pensaba encontrar á alguna persona, y que su deseo no se ha realizado. Mas en el mismo momento el preludio de un arpa pulsada por mano hábil, suspende todas las conversaciones: damas y caballeros escuchan en silencio al invisible trovador, y el Castellano vuelve á fijar la vista en el Monge Gris, como si quisiera preguntarle:

—¿Qué es esto?

Por fin, cierta voz dulce como un suspiro, balanceándose sobre acordes arpegiados con maestría, hace oír la siguiente estrofa:

«Guerrero valeroso; ¡cuántas lágrimas derramaste por no haber creído en la virtud de la señora de tus pensamientos!.... El arrepentimiento cierra el abismo, y.... tu amada te perdona. Hazañoso invicto, olvida tus penas y serás feliz si confías en Dios y en tu dama.»

Siscár, al terminar la deliciosa melodía, vocea:

—¡Ah! las damas me lleven si no es el matutino, el de la Aurora, el maestro de Apolo, con mejor voz que una sirena y con mas miedo que Sotavento.

Las damas de Oriente han reconocido al Cantor de la Aurora, y

aplauden con entusiasmo; las otras las imitan, tiernamente impresionadas por la dulce voz del inspirado artista y por los suaves acordes del trigonon. Al mismo tiempo, cuando los caballeros iban á precipitarse al encuentro del tiernísimo trovador, se abre súbitamente una puerta y aparece una doncella de ojos grandes y azules, blanca como la azucena y esbelta como una estatua de Fidias.

El asombro es general; mas el Castellano, arrojándose trasportado á los piés de la belleza, exclama:

—¡María! ¡perdon! ¡perdon!

María de Meneses, llorando de placer y alargándole ambas manos, que él besa enajenado, le dice:

—Levántate, Guzman, y no hables de perdon.

—¡Tan buena como hermosa! Pero, María, le necesito; necesito tu perdon, no ya para marchar á la muerte..... Procuraré soportar, te lo juro, el exceso de mi felicidad, María.....

—Te perdono, y te amaré siempre. le respondió la doncella.

—Y yo tambien.....

—Es mi único deseo.

—Fuí un criminal.....

—Basta, basta, Guzman, le interrumpe María, que, como muger discreta, sentia que muchos conociesen sus secretos.

Al lado de Julia toma asiento María de Meneses, en otro tiempo el Cantor de la Aurora, tan querido de las damas. Las señoras y caballeros de Oriente, no cesan de admirar la manera con que la angelical doncella ha representado el papel de trovador, y prodigan mil elogios á su talento y virtudes. María les esplica cómo fué á Oriente para librar á Guzman de su propia desesperacion, y como el haber encontrado ciertos marineros el cadáver de una muger, habia favorecido sus intentos; pues que ella misma desde su retiro habia hecho correr la voz de que aquel cuerpo inanimado era el suyo. Les habla despues de sus penas, de sus lágrimas y de otras muchas cosas que en sus detalles como en su conjunto prueban su discrecion y cordura.

Su sencillo y patético relato hace derramar no pocas lágrimas á los concurrentes. Guzman no sabe cómo mostrarle su agradecimiento, y, mientras enajenado de gozo le jura un amor eterno, el Monge Gris, agarrándole del brazo lo lleva á un ángulo de la pieza, y allí le dice con voz solo para él perceptible:

—Ilustre señor: considerad á lo que habeis espuesto á la amable y virtuosa María con unos celos infundados. Esto nos enseña que la mas brillante educacion, sin un freno moderador de las pasiones, no basta para li-

brar al hombre de los errores que conducen á su perdicion. Los celosos son los verdaderos enemigos de sus mujeres. Las acciones mas indiferentes de estas son á sus ojos otras tantas infidelidades, y de aquí nacen no pocas precauciones injustas que, amargando la vida de la esposa, la condenan á una muerte lenta. — Los celos no son otra cosa que un temor de ver poseer por otros lo que para nosotros deseamos, y este sentimiento aplicado á la mujer, supone mala opinion de ella y desconfianza del mérito personal ó de las cualidades del alma de sí mismo. — Guzman, amado á María, á la bella y virtuosa María, cuya adhesion sublime cuenta pocos ejemplos, y no olvideis nunca, que si alguna vez desconfiárais de ella, sobre tener mala opinion de vos mismo, la desconceptuariais en el ánimo de las gentes, y podriais darla un pretesto para hacerse culpable.

Conmovido el noble Castellano; lleno de dulces emociones por su encuentro con María, tan amante y virtuosa como cuando oyó de su boca las primeras palabras de amor, ha escuchado al Monge Gris con religioso silencio, y tal es su estado, que apenas sabe cómo mostrarle su agradecimiento. Allá en Oriente ha servido de padre á María; se la restituye llena de gracias y atractivos y le da saludables consejos. ¡De cuánto no le es deudor!..... Por fin, despues de reflexionar un momento, le dice á la vez con misterio y entusiasmo:

—Señor, os debo la felicidad y..... ¿Quereis recuperar vuestros estados?.....

—Callad, le interrumpe el intérprete mirando en su derredor.

—¿Ignorais vuestro poder?.....

—Silencio.

—Pronunciad una sola palabra, y los enemigos que.....

—Unid vuestros ruegos á los míos para que Dios los perdone.

—Pero ¿y el crimen triunfante? y.....

—Ni una palabra mas, repone el Monge Gris, internándose en el salon precipitadamente.

Federico de Guzman, que, como hemos dicho, está dotado de grandes talentos, se le queda mirando reflexivo.

—¡La virtud escarnecida! ¡el hombre bueno perseguido como un criminal!

Siscár lo saca repentinamente de su éxtasis. La estraña trasformacion que ha sufrido el hermoso maestro de Apolo le sugiere la siguiente pulla:

—Ya no os aconsejo como allá en Oriente que tomeis informes del Cantor de la Aurora: mejor será que ahora le hagais cantar porque.....

—Andad, D. Guillen, al diablo, le interrumpe el Castellano comprendiendo su malicia, y luego añade:

—¡Cuántas veces nos habeis ofrecido la enmienda y.....

Algunos caballeros que han oído la chanza del Bañolense, no le permiten acabar la frase. Todos á una reprenden y ámonestan á Siscár, y el Servidor de Amor, deseoso de vengarse de sus flechas, dice de modo que Julia pueda oírle:

—No se puede creer en ninguna de sus promesas, porque á poco de haberlas hecho las olvida.

—Así cumplirá las que á mí me hace, dice con viveza la ilustre heredera de Huris, creyendo como siempre cuanto oye.

Siscár, amonestado por sus mejores amigos, estaba en sus glorias como de costumbre; mas al oír la amarga reconvención de la señora de sus pensamientos, se trueca su alegría poco menos que en desesperación. Pide, suplica, implora el perdón y hace tales extremos, que los presentes prorumpen en estrepitosas carcajadas. Sin embargo, él no cesa, diciendo en medio del bullicio:

—Oyeme, Julia, óyeme.....

—No, no, responde la doncella.

—Quieres que las damas todas me.....

Nueva borrasca.

—Lo iba á perdonar, interrumpe Julia; pero ya le oís, quiere á todas las damas.

Los caballeros, gozándose en el altercado de los dos amantes, responden:

—Bravo, bravo.

Mientras tanto Siscár repone:

—Pero Julia, Julia mia, es una locucion como otra..... En adelante prometo decir Julia en lugar de las damas y..... bien pensado; quedará: *Julia me lleve*. Magnífico..... Mas tú no sabes aún lo que he hecho por tí. ¿Quieres que llame á Bullanga y te lo explicará? Mi combate con el gigante Garra-doble, fué una cosa estupenda, pero muy insignificante comparado con otros. La flor y nata de los caballeros han confesado que tú eres la doncella mas apuesta de la tierra.

—¿En verdad se lo hiciste confesar al gigante? le pregunta la cándida Julia.

—Tuvo que hacerlo á pesar de tener treinta piés.....

—¡Jesus mio!

—Pidióme la vida invocando tu nombre; pero no pude otorgársela.

—¿Y por qué nó pidiéndotela por mí?

—Ofrecia un grave inconveniente, y es que dándole cuartel tenia que hacerle prisionero, y hubiera embarazado mi marcha.

Enrique de Busa y el Castellano no pierden la costumbre de opinar en voz baja sobre las proezas que oyen al Bañolense.

El primero dice al segundo:

—Comienza á esplicarse.

—En efecto; pero creo que falta algo, repone el Castellano.

—No se hará esperar mucho.

—Calla.

Siscár prosigue con el entusiasmo de un actor dramático:

—Por lo demás, Julia mia, fué el combate mas sangriento que ojos humanos hayan contemplado.

—¿Y por qué fué?

—No quería confesar. Pero además has de saber, Julia mia, que todos los combates de gigantes tienen el mismo origen y fin que el mio. El amor y el deseo de gloria los hacen nacer.

—Bien, bien, le interrumpe el Castellano.

—Brabo, bravo, dicen muchos.

Durante la confusion ocasionada por los aplausos, Busa insinúa al oído de su compañero:

—Por lo visto sigue asestando rudos golpes á la moda.

—No creo que sea otra cosa, responde el Castellano.

Conociendo á fondo el corazon de su buena y hermosa señora, el Bañolense continúa con creciente calor:

—Todavía no te he dicho nada, Julia mia, de cuando por tu causa me encantaron.

—¡Madre mia, le encantaron por mí! interrumpe Julia enternecida, y luego le pregunta: ¿y quién fué?

—Un ministro de vanguardia.....

Semejante respuesta era poco á propósito para contener las risas.

—¿Y qué ministro era ese? sigue preguntando un poco estrañada la doncella.

—Has de saber, Julia mia, que el rey de *Ruf siga* tiene dos hijas, cuyos nombres son Eustaquia XCIX y Fulgencia CVII. Estas dos princesas pretendian ser las bellezas mas apuestas del mundo; pero cierto caballero recién llegado á su córte, las hizo saber que tenian una rival temible en la sin par Julia de Huris, reina y señora de la hermosura. Airadas las princesas se quejaron al rey su padre, quien, para conocer la verdad, reunió su consejo de ministros. Es de notar que en aquel pais los ministros son en número de cuatro: el ministro de vanguardia, el de retaguardia, el de la derecha y el de la izquierda.

Un confuso vocerío le interrumpe por un momento: todas las damas

y caballeros del salon se han agrupado en aquel corro, deseosos de conocer tan singular aventura.

El Bañolense continúa luego:

—El consejo no pudo resolver otra cosa que tomar informes y enviar á Cataluña diez mil pintores y otros tantos poetas, para que trasladasen los unos con el pincel la peregrina imágen de mi señora, y cantaran los otros sus altas virtudes; ¡todo con el objeto de establecer comparaciones con las princesas! No sé lo que hubiera acontecido si yo entonces permaneciera en mi casa; pero mi desventura quiso que ya en aquellos dias hubiese emprendido mi viaje á *Rufésiga*, viaje que podré contar en otra ocasion disponiendo de mas tiempo. Es, pues, el caso, que ignorando yo lo que pasaba, apenas entré en la capital de aquel extraño reino, cuando fui preso, maniatado y conducido á cierto castillo misterioso, que los del pais llaman palacio. Entonces, con la orgullosa pretension de las princesas, supe que el ministro de vanguardia habia ordenado mi arresto para hacerme confesar que Eustaquia y Fulgencia eran las doncellas mas cumplidas que alumbraba el astro del dia. Su cálculo era muy sencillo: si yo, el caballero de la Lanza Rota, hubiera tenido tal debilidad, la derrota de mi sin par reina y señora era segura. En tal estado, despues de haber hecho muchos ensayos inútiles para vencer mi resistencia, llamaron en su auxilio al sábio Ormáz, mago de alta nombradía, descendiente de Merlin y deudo de Satanás.....

—¡Dios mio! interrumpe Julia asustada.

—Todos los sábios, Julia mia, tienen que ser parientes de Satanás; sino no podrian quemarlos vivos.

Hecha esta sencillísima observacion, que hace cuchichear á Busa y á Guzman, continúa con su natural desparpajo:

—El encantador imaginó un festin, al que asistieron con sus mas ricas galas el rey, las princesas, los ministros y otros muchos potentados y dignatarios con sus hijas. ¿Podria nunca contar lo que ví en aquel salon? ¿Podria referir sin ruborizar á doncellas y á casadas los medios que emplearon para seducirme? Bastará insinuaros que me presentaron á Eustaquia la XCIX en paños menores, y me hicieron bailar con ella por fuerza.

Se interrumpe otra vez el relato. Interin los caballeros, riendo, lo glosan de diversos modos, Julia, enojada, esclama:

—Madre mia, madre mia, bailó con la Eustaquia noventa y nueve, y.....

Su madre, la buena castellana, la interrumpe diciendo:

—Reflexiona, hija mia, que fué por fuerza. ¿No has oido?

—¿Pero no podía cerrar los ojos ó fingirse cojo? dice con algo de malicia Julia.

—Lo hice, lo hice: aparecí de repente ciego, cojo y aun alguna otra cosa que no es permitido á los caballeros mentar ante tan bellas y nobles damas.

—Bravo, bravo, le responden en masa los oyentes, asombrados no menos de su descaro que de su entendimiento.

—¿Estás contenta, Julia mia? pregunta él á su señora.

—Ahora sí, ahora sí, responde satisfecha la doncella.

—Teniendo mi ceguera por sospechosa, intentaron luego hacerme besar la mano de la princesa; pero lo resistí tambien, y viendo entonces que no podian perderte de ningun otro modo, me la ofrecieron en matrimonio, resueltos á publicar despues que el abandono en que yo dejaba á Julia era una prueba irrecusable de que Eustaquia la noventa y nueve era mas apuesta que ella. Con este motivo tuve récios altercados con el ministro de vanguardia, y advierto que no menciono para nada los demás, porque son tan mentecatos é ignorantuelos como insigne bribon es el primero. Irritado al oir mi negativa, exclamó el de vanguardia:—«¿Pretenderíais hacer un tan grande agravio á la real doncella?»—«¿Por qué no, repliqué; yo soy el afortunado caballero de la rozagante ninfa del *Teresus*.»—«La Eustaquia es de conducta irrepreensible»—«Sin embargo, se cuenta que ha dado algunos *resbalones* y.....

Las risas, los cuchicheos y los bravos vuelven á interrumpir al Bañolense, el cual aprovecha la ocasion para volver á preguntar á su inocente señora.

—¿Estás contenta ahora, Julia mia?

—Sí, sí, lo estoy. ¿Verdad, madre mia, que hizo bien?

—Sí, hija mia; pero déjalo proseguir, porque me encanta el oirlo, responde la buena castellana.

Satisfecho el Bañolense, sigue presentando méritos para dar los últimos golpes á la sensibilidad de Julia.

—En aquel mismo momento, sin saber cómo, encontreme repentinamente encantado de cabeza dentro de cierto utensilio no muy limpio, y permanecí de esta manera muchos dias, sufriendo los mas terribles tormentos. Cada mañana venia el ministro de vanguardia á preguntarme:—«¿Quiéres ser el esposo feliz de Eustaquia XCIX?»—«Prefiero seguir encantado, le respondia yo.»—«Pues sufre, respondia él alejándose.»

Le vuelven á interrumpir, y mientras tanto el Castellano, en el colmo de la admiracion, le dice levantando la voz:

—Sin duda es grande la prueba de amor que disteis á mi señora Julia;

pero la verdad, semejante modo de encantar es nuevo: no lo encuentro en ningun libro.

—No por esto es menos cierto que los demás, repone Siscár muy alerta.

—Sin embargo, los encantadores.....

—No corrian riesgo alguno. Siempre que los encantos, hechizos, maleficios y sortilegios proceden del poder, la inquisicion los estima como prácticas edificantes, cuando no por milagros.

—¡Ah! ¡ah! esclama el de Busa.

El Castellano, que sin duda desea oirle alguna otra cosa, repone como no dándose por satisfecho:

—Tambien encuentro raro que los grandes señores llevasen sus hijas á aquel baile.....

—Pues no lo es, porque la aristocracia en general modela siempre su conducta sobre la de las córtés, aunque esta sea no menos depravada que indigna. Y algunas otras cosas pudiera añadir sobre el particular; pero al consejo de mi padre me remito.

Esta vez los caballeros todos que han militado en la hueste de Oriente toman parte en el debate. Son tantas las veces que el Bañolense les ha hablado del gran consejo que le dió su padre, prometiendo decirlo en ocasion oportuna, que todos á un tiempo le interrogan é interpelan.

—¿Cuándo sabremos el consejo? pregunta el Aragonés.

—¿Cuando se cumple lo prometido? añade el Servidor de Amor.

—Ahora, ahora, responde el caballero del Ataud.

Siscár les grita:

—No hay inconveniente; pero deseo que le sepais apreciar. Es el único, el exclusivo, el inmenso consejo que recibí del autor de mis dias: de un sentido misterioso y profundo, convierte repentinamente en docto y entendido al mas zoquete y badulaque.

—Bravo, bravo.

—Venga, venga, le gritan de diferentes puntos.

—Allá va, allá va, les contesta.

Súbitamente se restablece el silencio, y Siscár, con el ademán de una persona que se dispone para hacer un grande sacrificio, esclama:

—Os lo digo con el sentimiento del que se desprende de una rica joya; pero os lo ofrecí y no puedo menos de cumplirlo. Vedle aquí; mi padre al morir me dijo: «Hijo mio, no vayas al paseo cuando llueva.»

Entre la confusion que originan las risas y los aplausos, el consejo es apreciado de distintos modos. Casi todos los convidados no ven en él mas que uno de los tantos chistes con que Siscár les entretiene y divierte; pero

el Castellano, mas pensador y familiarizado con las malicias de aquel, les contesta alzando la voz:

—Sin duda que el consejo es excelente, y tal vez, bien aplicado, basta para guiar al hombre en el difícil camino de la vida; pero algunos pueden encontrarle un cierto saborcillo de miedo que no agrada.....

—No tal, no tal, responde Siscár.

—Sí tal, sí tal. ¿Y si alguno, yendo al paseo cuando llueve, se descubre alguna mina?.....

—Bravo, bravo, le interrumpe el de Busa.

—Bien, bien, repiten otros muchos.

No pudo saberse cuál de los dos llevaba la razón, porque la interesante Julia, deseosa de conocer el fin de la singular y poco limpia aventura de su amante, le rogó que la continuase:

—Solo tengo que añadir que cuando ya perdía la esperanza de ser desencantado, rompió mi cadena cierto personaje misterioso llamado Lanza-el-diablo.

—¡Jesús qué nombre!

—Por lo que pude comprender, se lo dan porque pasa su vida desencantando á las doncellas y á los caballeros que sufren por causa de los magos; pero otro día que pueda contar todo el viaje, te haré conocer este singular personaje.

—¿Y cómo te desencantó?

—Con dos huevos enormes, y no pude saber de qué pájaro eran; aunque él me lo dijo repetidas veces.

—¿Y dices que eran muy grandes?

—Como melones. Lanza-el-diablo, que sin duda era ambidestro, aprovechando una ocasión oportuna, estrelló con la una mano un huevo en la frente del ministro de vanguardia, y con la otra el otro en la punta de la nariz del mago, y repentinamente, sintiendo un estremecimiento agradable en todo mi cuerpo, se operó mi libertad.

—Y despues.....

—Auxiliado por Lanza-el-diablo pude escapar de la corte y evitar las pesquisas que contra mí se hicieron. Mas ya ves, Julia mia, cuánto tuve que sufrir por ser fiel á mis juramentos y acrecentar tu fama.....

—¿Qué decís, madre mia? pregunta Julia á la castellana.

—Digo que ha hecho mucho por tí, y que por lo mismo debes perdonarle y.....

El Monge Gris la interrumpe diciendo con gravedad:

—Amadle, bella Julia, amadle porque es un buen caballero y os idolatra. Vos sola tendreis poder para modificar un tanto su carácter. El de-

seo de aparecer siempre digno á vuestros ojos le hará enemigo irreconciliable de toda accion deshonesta, y aspirando al bien se poseerá del sentimiento de sus deberes para merecer vuestra aprobacion, para elevarse hasta vos. Una muger bella, animada de un noble entusiasmo por la virtud, y poseida de un amor verdadero, es el angel tutelar del hombre á quien ha sabido inspirar tiernos sentimientos; es la ley divina que le aleja del mal y le impulsa al bien. Julia, hermosa Julia, amadle: tiene necesidad de vuestro amor para seguir mereciendo el de los hombres. Vuestro amor la purifica como la piscina al recién nacido: amadle, perdonadle y el jóven irreflexivo será buen esposo, buen padre y buen amigo.

Cierto sentimiento de admiracion se apodera de los circunstantes, particularmente de los que ven y oyen por la primera vez al Monge Gris. Miranse unos á otros como preguntándose:

—¿Quién es este hombre?

Las mugeres en ciertos momentos solo comprenden el lenguaje del corazon. Julia, sonriendo, pregunta al Intérprete:

—¿Creeis que me ama?

—Sí, le responde el anciano.

—¿Y cumplirá sus promesas?

El Monge Gris sin duda cree conocer lo bastante á Siscár para poder responder:

—Os las cumplirá, hermosa Julia.

—Yo le perdono, repone la doncella satisfecha, y al mismo tiempo alarga la mano á su amante, que la besa con trasporte.

Mientras los presentes felicitan al Bañolense de diversos modos y por causas distintas, él, en ademan de azorado, mirando al Monge Gris, murmura:

—Julia me lleve si no me hace amar por magia y....

Es interrumpido por el Monge Gris, quien tomándole del brazo, como hizo poco antes con el Castellano, y apartándole un tanto de la reunion, le endereza la siguiente fraterna á guisa de consejo:

—Vos sabeis lo mismo que yo, ilustre señor, que la supersticion, las preocupaciones y el deseo de acrecentar su fortuna, han hecho concebir al hombre de todos los tiempos la esperanza de conocer los secretos de la naturaleza; y que la inclinacion natural del vulgo á creer lo maravilloso y extraño, unido al charlatanismo, ora fruto de la mala fe y ora de la ignorancia, han dado nacimiento á la magia.—Tampoco ignorais que la magia en su origen no era otra cosa que la práctica de los deberes religiosos y el estudio de los rudimentos de las ciencias y las artes, y que cultivada de este modo en la Caldea y otros pueblos de Oriente, nada tenia de re-

preñible. Asimismo no desconoceis que tan luego como se mezclaron con ella las adivinaciones, encantamientos y maleficios, sus efectos, dejando de ser debidos á la ciencia y al génio del hombre, fueron considerados como prácticas criminales.—No pocas veces habreis pensado, sin embargo, que el hombre debe guardarse de atribuir á la mágia las innovaciones y descubrimientos debidos al estudio de la naturaleza. Esto, sobre hacerle cometer algunas injusticias, impediria el desarrollo de la civilizacion y mataria el arte. ¡Cuántas veces habreis recordado la grande y sublime respuesta que *Furius Cresinus* dió á los que acusaban de mágia su industria y trabajo (1). La acusacion hacia constar que sus tierras eran mucho mas fértiles que las de sus vecinos, y el honrado labrador, presentando instrumentos y útiles perfeccionados, sirvientes inteligentes y laboriosos y rebaños bien cuidados, dijo: *Estas son mis piezas justificativas*, y..... jueces y acusadores quedaron confundidos.—Vos, ilustre señor, que de todas estas cosas sabeis lo mismo que yo, y que tampoco ignorais que el que niegue la mágia puede ser declarado herege y conducido á la hoguera, continuad la obra santa que habeis emprendido. Continuada segun las inclinaciones de vuestro carácter, pero evitando la crítica mordaz y violenta, las burlas contra el poder constituido, y esas indiscreciones é imprudencias que en vuestros momentos de generoso entusiasmo os permitís, porque pueden perjudicar á la causa de la civilizacion. Tened siempre en cuenta, que el hombre puede hacer uso de la mágia para destruir la mágia, ilustrando al mismo tiempo al pueblo. Ilustre señor, yo espero que, usando conmigo de vuestra acostumbrada bondad, me dispensareis estos consejos que os doy: debeis tener entendido, que si vos habeis adivinado la época, yo os he adivinado á vos.

En otro ángulo del espacioso salon se vieran sentadas algunas damas y caballeros oyendo hablar al predilecto alumno del Petrarca. El tierno Servidor de Amor les habla de las concepciones delicadas de algunos trovadores, les pondera la escelencia de las córtés de amor, y les cuenta los pasatiempos y diversiones que en la caza, en las justas, en los torneos y en los castillos saben proporcionarse ambos sexos en la privilegiada Provenza. En el calor de la improvisacion y entusiasmado con el silencio que le prestaban sus oyentes, les exhorta á adoptar aquellas costumbres, haciéndose discípulos del *gay saber* y creando un areópago femenino. De pronto siente que le dan dos ó tres golpecitos en la espalda, y al volverse se encuentra con el rostro severo del Monge Gris. Este, retirándole algunos pasos, le dirige la siguiente filípica, aunque con tono meloso:

—La prostitucion y el olvido de la ley de Dios que se notan en el me-

(1) PLINIO, lib. VIII.

diodia de la Francia, deben en parte su origen á la gaya ciencia y á las cortes de amor. Vuestro gran maestro el Petrarca, que no deberá ser para vos persona sospechosa, escribe á uno de sus amigos (1): «Aviñon se ha »vuelto un infierno; la sentina de todas las abominaciones. Las casas, los »palacios, las iglesias y los púlpitos del pontífice y de los sacerdotes; el »aire y la tierra, todo está impregnado de mentira: se trata del mundo »futuro, del juicio final, de las penas del infierno, del goce del paraíso, »como si fueran fábulas absurdas y pueriles.» En apoyo de estos asertos, cita algunas anécdotas escandalosas; pero Clemente VII en sus sermones no es menos esplicito. Predicando en Aviñon, dice apostrofando á los prelados: «Hablais de humildad, vosotros, tan orgullosos y vanos con »vuestros coches y caballos. Hablais de pobreza, vosotros, cuya avidez no »se saciaría con todos los beneficios del mundo..... ¿Qué diremos de vues- »tra castidad?.... Vosotros aborreceis á los pobres, les cerrais las puertas »y vuestras casas solo están abiertas á sicofantas y á infames (2).»—Los trovadores debían haberse dedicado, llenos de ardor y generosidad, á combatir el vicio, á condenar los abusos, y á levantar la bandera de la regeneración política, haciéndose de este modo apóstoles de las nuevas doctrinas. ¿Qué hacen en lugar de esto? Contribuir á corromper las costumbres con escritos obscenos y groseros. Uno canta los amores incestuosos del conde Armagnac con su hermana; otro pide un *pater* para todos los que amen y se diviertan, como Aupais y Agina, y otro ensalza el vicio y menosprecia la virtud, admirando la vida licenciosa de los feudales. No cabe duda en que la literatura provenzal marca un progreso muy notable en la historia de las letras, pero no cabe duda tampoco en que su influencia no ha sido tan beneficiosa para las costumbres como debiera.—En Aviñon hay cortes de amor: en Aviñon es tal el número de prostitutas, que ha sido preciso reglamentarlas. No ignorais lo que la condesa de Die, reinando en un areópago femenino, escribía á su trovador; pues sabed que los otros miembros modelan su conducta sobre la del presidente.—Esta es la Provenza. Los sacerdotes violan las reglas del celibato; las damas, discutiendo definiciones galantes, se prostituyen; los poetas y trovadores, ávidos de placeres y de oro, preconizan el adulterio y el incesto; los feudales saquean al pueblo, y casi todos desconocen á Dios.—¿Son estas, ilustre señor, las costumbres que pensais importar en Aragon y en Cataluña? Sus inteligentes y laboriosos moradores no podrían daros las gracias por tal preferencia. En los países extranjeros solo se debe aprender

(1) Véase lo que hemos dicho en el libro VIII, tom. I, pág. 176, exponiendo las costumbres generales de la Provenza.

(2) *Lenonibus et truffatoribus*, dice el testo.

lo bueno, y bueno no es lo que repugna y pervierte el corazón, sino lo que ilustra al pueblo y no está en oposicion con el Evangelio. Creedme, poderoso señor, olvidad la Provenza y acordaos de Aragon.

Un tanto confuso el Servidor de Amor, murmura algunas palabras no comprensibles, y el Monge Gris, alejándose, pasa cerca del Caballero del Ataud, quien le dice ufano y alegre:

—Ved á mi hijo.

—Pocos padres podrán vanagloriarse de tener uno dotado de tan bellas cualidades, responde el Monge Gris.

El Caballero del Ataud sonrie con orgullo al observar:

—Yo me digo cada dia lo mismo.

—El señor de Busa comenzó su educacion.....

—¡Ojalá se me presente una ocasion favorable para agradecerse! Mas sabed que mi hijo me ama con delirio, á pesar de hacer pocos dias que vive conmigo.

El Monge Gris, mirándole, repone:

—Procurad que los campamentos no alteren su salud ni le hagan contraer ciertas costumbres.

—Ya no acampo.....

—¿No considerábais los pueblos como cárceles, y.....

—Era antes..... ¿No recordais que alteré el mote de mis armas, y además.....

—¿Condenásteis las represalias?....

—De un modo absoluto: quiero mucho á mi hijo.

—Os felicito con todas las fuerzas de mi alma, ilustre señor.

Al pronunciar estas palabras, el Intérprete se le queda mirando un corto momento. Subyugado por los crecientes atractivos de su hijo, el tigre se habia hecho hombre: el que resistiera con espantosa tenacidad á sus amigos, presentándose por dó quiera con el sangriento féretro, se veia ahora convertido en esclavo de un niño. ¡Qué otra cosa que la paternidad hubiera podido operar esta conversion! El Caballero del Ataud habia dejado de existir. Juan Perez de Caldés se habia regenerado: era un ser nuevo dotado de bellas y buenas cualidades. El Monge Gris, despues de haberle observado, le deja: sin duda pensaba que, habiendo perdido sus instintos de fiera, no necesitaba fraterna ni otra correccion alguna.

Un momento despues dice bajito al noble Aragonés:

—Por fin habeis vuelto á ver á vuestro compañero de armas.

—¡Con qué placer lo he estrechado entre mis brazos!

—En el subterráneo habeis podido observar que no hay pasion ó sentimiento que no se modere y aun corrija, ayudándose á sí mismo.

—En efecto, repone el Aragonés satisfecho.

—Pero vos, ilustre señor, cuyo fondo es tan bueno, deberíais hacer igualmente el estudio de vuestro carácter durante algun tiempo. Del clima ó de la sociedad en que pasásteis los juveniles años, habeis adquirido, con muchas excelentes dotes, cierta tenacidad que hace estremecer. Dentro de un momento vereis realizados vuestros mas caros deseos. Reflexionad lo que se diria de vos, si con una imprudencia diéseis á la real princesa que os entrega su mano, los disgustos que disteis á vuestros leales amigos allá en Tesalónica!

—Jamás, jamás. Pero decidme lo que he hacer para corregirme, repone el Aragonés con entusiasmo.

—Fijar mucho la atencion en todos vuestros actos. Distinguéndolos bien, comprendereis aquellos que mas agradables sean á vuestra esposa, y gradualmente elevareis vuestra alma, desechando los malos hábitos adquiridos en la infancia.

—Bien, bien: os lo prometo.....

—Sobre todo, le interrumpe el Intérprete con calor y no poca intencion, en los trances dificiles no olvideis lo sucedido en Tesalónica: el calabozo, el cadalso..... las lágrimas de Inés.....

El noble Aragonés, en estremo conmovido, le interrumpe diciendo:

—Os prometo, os prometo la enmienda, porque..... os he oido, y confio en Dios.

Al dejar al bueno y leal Aragonés, el Monge Gris se interna entre la multitud. Segun su costumbre, sonrie á este, da la mano á aquel, y habla al de mas allá, observando siempre cuanto en derredor de sí pasa. Mas de repente se nota en él alguna agitacion, diríase que alguna nueva inesperada ó suceso imprevisto le ha impresionado fuertemente. En tal estado, encuentra á su paso á Enrique de Busa, y le dice con alguna precipitacion:

—He quedado satisfecho de tí, Enrique, muy satisfecho. Te oí en la cueva ante los conjurados, y..... feliz el doctor que puede vanagloriarse de haber restituido la salud al enfermo. Por lo demás, supongo que habrás comprendido cuanto ha pasado despues de nuestra separacion. Roma ha levantado las excomuniones; el rey de Aragon conoce la verdad; tus enemigos han depuesto su saña, y la herencia de tus mayores te ha sido devuelta. Disfrútala en paz, al lado de una esposa, no menos bella que virtuosa, y no olvides nunca la terrible leccion que recibiste en Casandria.....

—¡Olvidarla! acabais de insinuar que me oísteis en el subterráneo.....

—Sí, sí, le interrumpe á su vez el Monge con mucha viveza, pero oye; tengo que decirte alguna otra cosa. Dentro de poco tendrás un disgusto.....

—¿Qué decís?....

—Un grave disgusto....

—¡Ah! comprendo, vuestros.....

—Cierto, cierto; pero silencio.

Enrique de Busa, irguiendo la cabeza, repone:

—Gente sobra y temple no falta. Vive Dios.....

—Serenidad, serenidad y calma..... Pero vámonos de aquí: podríamos ser oídos, le interrumpe el Monge Gris, llevándolo hacia un ángulo del grandioso salón.

Un momento después, Enrique de Busa platicaba en voz baja con la princesa Inés de Azan.

Mientras tanto, se estaban haciendo los preparativos para la unión de los amantes. Ya las ilustres novias, resplandecientes de belleza, se reúnen, y la juventud entusiasta las admira y las acoge con calorosas aclamaciones. Jamás se vieron reunidas en un mismo salón, para ser conducidas al altar de himeneo, doncellas tan agraciadas y hermosas. El sacerdote espera en el altar; mas en el momento de ponerse en marcha la brillante comitiva, un nuevo contratiempo suspende la augusta ceremonia. El castillo había sido rodeado por gente de armas, que tomaba precauciones como para impedir la salida de los convidados.

Semejante suceso, á tal hora de la noche, sorprende á damas y caballeros, y unos y otras se pierden en conjeturas, no pudiendo explicarse tan extraordinario acontecimiento. Mientras tanto las ilustres novias vuelven á tomar asiento; los caballeros, formando corrillos, se hablan con alguna agitacion; y los aldeanos suspenden sus diversiones.

Un momento después el gran patio del castillo es invadido por los soldados, y el jefe que los manda, acompañado de algunos de ellos, sube la escalera y entra en el salón: el silencio mas profundo sucede á las animadas conversaciones. La ansiedad es general, el descontento muy visible y tal cual murmullo poco lisonjero, recibe á los arqueros.

El atrevido caudillo, inclinándose repetidas veces, dice con voz fuerte y sonora:

—Ilustres damas, nobles caballeros, tranquilizaos; mi misión es de paz para vosotros, y espero que en nada alterará vuestros regocijos. Las órdenes de mis superiores que tengo el deber de cumplir, no os conciernen. Ciertamente facineroso, manchado con los mas horrendos crímenes, y que hace algun tiempo burla la acción de la justicia, ha sido visto no há muchos dias en las inmediaciones de Val-sereny; se le siguieron sigilosamente los pasos, y viéndole finalmente entrar en este castillo, recibí la orden de reconocerle. ¿Qué mas podría deciros? Ya conocéis el objeto

que aquí me ha conducido: las avenidas del castillo están tomadas por mis arqueros, y toda tentativa de evasión sería inútil. El Conde de Ampurias es el maldito criminal condenado á la hoguera, y..... el conde de Ampurias está entre vosotros.

Al dejar de hablar el delegado, si bien la indignacion se ve pintada en algunos semblantes, sus palabras se interpretan de diversos modos. Los caballeros han formado tres grupos. En el primero, compuesto de algunos ancianos que en su niñez han conocido al conde de Ampurias, se habla en voz baja, y los presentes todos están contestes en que aquel poderoso titular falleció hace muchos años. En sus cuchicheos se rien del gefe de la escolta, y luego el venerable señor de Montoliu, que es uno de ellos, levantando la voz le dice:

—Equivocais sin duda el nombre del que buscáis.

El delegado repone con firmeza:

—No puedo equivocarle: por mas señas se le ha visto entrar aquí envuelto en un sayal gris.

—Será algun religioso que vista el hábito de ese color. ¿Ignorais que Hugo de Ampurias, dejó de existir hace mucho tiempo?.....

—Se dijo así; pero el veguer despues ha sabido lo contrario.

Con la sonrisa de la incredulidad acogen los ancianos sus palabras: alguno de ellos parece decirle con su mirada:

—Os tengo lástima.

En el segundo grupo, en que se ven el Bañolense, el Servidor de Amor y algunos otros jóvenes caballeros, se razona acaloradamente. Airados los dos primeros por haberse interrumpido la ceremonia que iba á ponerlos en posesion de sus amadas, prorumpen en dicterios contra el gefe de los arqueros:

—Nosotros pagamos la torpeza del oficial. Por lo menos hace treinta años que el conde de Ampurias murió, dice Siscár recorriendo de vez en cuando el salon con la vista.

—¿A quién busca, pues, el mentecato? pregunta Sancho.

—No lo sabe, y bueno seria insinuarle que su presencia nos incomoda.

—Podria ser peor.

—¿Bah! de todos modos me van dando ganas de romperle la cabeza, repone Siscár sin dejar de observar.

—Pero la justicia.....

—¿Qué justicia ni qué diablos! Yo no reconozco por justicia á nadie que venga á incomodarme. ¿Puede concebirse una justicia semejante?

Apenas dichas estas palabras, Siscár, con vista arisca y fiero ademán,

sigue predisponiendo los ánimos contra el temerario delegado del poder, que ha osado interrumpir la fiesta.

En el tercer grupo, pregunta el Castellano á Enrique de Busa:

—¿Has oído?

—Calla, responde el interpelado reflexivo.

—¿Voy por la maza de armas? insinúa el Aragonés en voz baja á sus compañeros.

—Nada de armas; seguidme, dice Enrique de Busa.

Los tres se dirigen al encuentro del delegado, y reina un profundo silencio en el salon, cuando Enrique de Busa le dirige, estas palabras:

—Caballero, bien venido seais á este mi castillo. ¿Podremos esperar que persuadido de vuestro error participareis de la fiesta?

—Mucho agradezco vuestra cortesía, noble señor; pero ante todo debo cumplir las órdenes del veguer, responde el delegado.

El Castellano, sonriendo, le pregunta:

—¿Pretenderíais buscar en este castillo el cadáver de un hombre que murió á cien leguas de aquí?

—No es un cadáver lo que busco, responde el interpelado con aire de seguridad.

—En este caso habeis alterado.....

—El conde de Ampurias no puede ser confundido con nadie: sus crímenes son harto conocidos.

—Sin embargo, los ancianos, como acabais de oír, dicen.....

—Los ancianos se equivocan como todo el principado que creyó en su muerte. Ved sus señas.

Al decir esto, pone en sus manos un escrito. Enrique de Busa se inmuta ligeramente al leerle; mas el Castellano, que al mismo tiempo que él se entera de su contenido, esclama dando una carcajada:

—Es gracioso á fé mia. ¿Si será para la representacion de algun *misterio*? Una cicatriz.....

—¿Y un hábito gris! añade Busa en el mismo tono, echando al propio tiempo una rápida mirada á Inés de Azán.

La princesa sale precipitadamente del salon.

—Son sus señas, repone el delegado con gravedad; y lo repito, se le ha visto entrar en el castillo. Supongo que no os opondreis á que le registre para llenar mis deberes y poder dar cuenta.....

—Estamos á vuestras órdenes, le interrumpe Enrique de Busa.

El delegado, seguido de alguna gente armada y acompañado de Jimeno de Albaro, el Castellano y Enrique de Busa, se interna en la fortaleza, mientras que Siscár, observando con ojo escrudiñador cuanto pasa,

y requiriendo sus armas, se encamina hácia el gran patio, en donde se vieron poco antes Pedro Roque, Bullanga, Cap-ruen y algunos otros de sus camaradas, chanceándose con los aldeanos.

Las órdenes del delegado eran severas, y la pesquisa demasiado minuciosa. No hay habitacion grande ni pequeña que se escape á la accion indagadora de la gente de armas. Fosos, subterráneos, poternas, altos, bajos, todo es examinado con el mayor cuidado. Los gobernantes, al parecer, dan una importancia inmensa al conde de Ampurias. ¿Pero existe realmente este personaje? ¿Cómo es que algunos ancianos respetables afirman que murió? ¿Qué enigma es este?.....

Mas el largo y hábil registro no ha dado resultado alguno, y el sutil delegado ha podido convencerse de que los informes que le dieran sobre la entrada del conde en el castillo son inexáctos. Sin embargo, al regresar al salon, viendo una puerta cerrada en la estancia que en aquel momento atraviesan, pregunta:

—¿Qué puerta es esta?

—Es la del oratorio en donde han de celebrarse las bodas, responde el Aragonés.

Dichas estas palabras, se dirige hácia ella. El santuario era reducidísimo, como los de todas las casas de campo y castillos de Cataluña. El único altar que en él habia, estaba decorado con un enorme cuadro que representaba la resurreccion de Lázaro: alumbrado por una sola luz de pálido reflejo, apenas podia distinguirse bien. Mas al ver la multitud de candelabros y antorchas que le adornan, y al considerar las nubes de humo que pueblan el ambiente, diríase que poco antes estaba iluminado para celebrar alguna fiesta.

Allá, á la derecha, en el rincon mas solitario del templo, un sacerdote recibe la confesion de una hermosa dama: ni uno ni otro dan importancia alguna al delegado ni á sus compañeros.

—Ved el templo, dice el Aragonés; es lo único que os faltaba registrar. Una de nuestras damas, la muy alta y noble princesa.....

Reconociendo al propio tiempo las facciones del sacerdote, se interrumpe y empalidece; y entretanto, mientras que el delegado recorre con la vista el santuario, Enrique de Busa, acabando la frase comenzada por su compañero, dice con calmosa indiferencia:

—Una de nuestras damas, sobrina del emperador Andrónico, y educada en el rito griego, hace su primera confesion para poder celebrar sus bodas con el muy ilustre y poderoso Jimeno de Albaro.

—Dios la bendiga, como á nosotros, por mano de su ministro, repone el delegado.

—Amen, responden los tres hazañosos.

Esto dicho, el delegado y su escolta se arrodillan; Busa, el Castellano y el Aragonés imitan su ejemplo, y el sacerdote, de pié, con voz apenas perceptible, les da la bendición.

De regreso en el salon principal, el delegado se despide pidiendo perdón á damas y á caballeros por haber interrumpido sus diversiones.

—Ilustres señores, dice al concluir en alta voz; el veguer ha sido engañado, y yo me encargo de hacérselo presente.

El de Busa le responde:

—Bueno será que desconfieis de ciertos hombres que tal vez medran con las delaciones.

—Teneis razon, noble señor; pero esto no basta. Es necesario que el delator sufra el castigo á que se ha hecho acreedor: mañana mismo procederé á su arresto.

—No podemos menos de elogiar vuestra conducta, le contestan los caballeros conduciéndole á la puerta.

Al atravesar el delegado el patio del castillo, de la habitacion del conserge salian estas palabras:

—Ya viene, dice quedito el Olotense, que observaba con la puerta entreabierta.

—¿Baja solo? pregunta Siscár.

—Vedle, solo su escolta le acompaña, contesta el Olotense, colocándose de modo que Siscár pueda descubrir el patio.

—Gracias puede dar á Dios, murmura Cap-ruen que, con Bullanga y otros, estaba apostado en el interior de la pieza.

—Silencio y ocultad las armas; toda indiscrecion podria hacernos sospechosos, repone Siscár.

Luego de haber salido el delegado del castillo, se oyen en sus afueras algunas voces que llaman á los centinelas colocados de distancia en distancia: poco despues los arqueros desaparecen.

Los aldeanos entonces comienzan de nuevo sus bailes, el santuario se ilumina de repente, y las cinco doncellas son conducidas al altar, en donde hacen el solemne juramento, tan grato á sus corazones inocentes, de amar eternamente á sus respectivos caballeros..... El sacerdote que bendice la union de los amantes, es algo mas jóven que el que poco antes confesaba á la princesa Inés.

EPÍLOGO.

Un año despues de celebradas las bodas de los cinco caballeros de Oriente con sus hermosas señoras, cierto labrador, robusto y bien formado, estaba trabajando en un campo no lejos de Val-sereny y á orillas del Llobregat. Tanto por su agilidad y soltura como por sus maneras, traslucíase que habia vivido consagrado al ejercicio de las armas antes de dedicarse al de la agricultura. No lejos de él su mujer, fresca y colorada, como buena montañesa, despues de haber colocado en el interior de un cesto los restos de su frugal comida, se ocupaba en arrancar verduras de un huerto vecino. Era la una de la tarde. Entre marido y mujer se habia entablado un animado diálogo sobre sus respectivas faenas, cuando fueron interrumpidos con la llegada de dos nuevos personajes que, montados en buenas mulas, seguian la estrecha vereda que serpenteaba á la orilla del rio.

—¡Eh! ¿estás sordo, Cor-de-ferru? grita de repente uno de los dos viajeros.

Cor-de-ferru, el atareado labrador de quien acabamos de hablar, esclama levantando la cabeza y mirando á su interlocutor:

—¡Ola! Digo, Cap-ruen..... ¿pero tambien el Letrado?

El famoso hombre de Letras, que era en efecto el compañero de Cap-ruen, le responde:

—Ya lo ves; nosotros dos siempre juntos como San Félix y San Justo.

—Aunque no tan buenos cristianos como ellos, repone Cor-de-ferru riendo.

—Podrá ser.

—¿Y á dónde vais?

—Al castillo.

—¿Supongo que ya habreis visto al niño?

—Todavía no. ¿Qué nos dices de él?

—Mi muger, que como sabeis, es muy querida de la señora Sibilia, le ha tenido en sus brazos y afirma que es hermosísimo.

—No podia ser otra cosa, objetó el Letrado, y luego pregunta: ¿y su madre está tan enamorada como antes?

—Mucho mas: el señor no puede ausentarse de Val-sereny sin verla llorar.

—¡Pobre Sibilia! esclama Cap-ruen, y luego añade: ¿pero sabes que el Aragonés tambien es padre?

—Lo dijeron.

—Lo curioso es que su hijo apenas tiene un mes y ya le quiere enseñar á manejar la maza de armas.

Una violenta carcajada de Cor-de-ferru interrumpe por un momento la entretenida plática. Luego, como su nuevo estado no le ha hecho perder la costumbre de curiosear, dice á sus dos camaradas bajando un tanto la voz:

—Apeaos y hablaremos.

—Aquí no estamos en Oriente, se apresura á contestar el Letrado.

—¡Bah! apeaos, apeaos.

—Nos vas á comprometer.....

—Tomaremos ciertas precauciones, interrumpe Cap-ruen apeándose y atando la mula á un árbol.

El Letrado le imita y luego los tres se ponen á mirar en todas direcciones para asegurarse de que no pueden ser oídos. Despues se colocan á alguna distancia de la mujer de Cor-de-ferru, y pasándose mutuamente los brazos alrededor del cuello é inclinándose hácia adelante, de manera que las tres cabezas se tocan, Cor-de-ferru pregunta en voz muy baja:

—¿En dónde está el hombre..... gris?

Apenas hecha la pregunta, el viento arrastra con alguna violencia la hojarasca esparcida por el campo. Semejante ruido, cuya causa al pronto desconocen, sobresalta á los tres amigos, y desprendiéndose unos de otros y recorriendo con la vista sus alrededores,

—Chist, dice el Letrado.

—Chist, repite Cap-ruen.

—Chist, repite Cor-de-ferru, poniendo el índice de la mano derecha en la punta de la nariz.

—Yo, creo, que alguien escuchaba, añade el Letrado siempre en acecho.

Mas Cor-de-ferru, en quien la curiosidad es superior á todos los otros sentimientos, incluso el del miedo, despues de haber mirado por todas partes, dice de repente:

—Es el viento, es el viento: ¡maldita hojarasca!

—Sin embargo, objeta Cap-ruen, los tarascos de aquí tienen lo menos cien ojos y cien oídos.

Sus dos compañeros encuentran la observacion justa; mas persuadidos de que persona alguna puede oírles, toman la misma posicion que antes, y Cor-de-ferru repite con creciente ansiedad su pregunta:

—¿En dónde está el Monge Grís?

El Letrado, apretando su cabeza contra la de sus compañeros, dice señalando con la vista al Oeste.

—¿Ves aquellas rocas altas, altas?.....

—Las veo, interrumpe Cor-de-ferru sin atreverse á mirarlas.

—¿Ves aquellas otras que hay mas atrás?

—Las veo, responde Cor-de-ferru sin cambiar de posicion.

El Letrado sigue interrogándole:

—¿Ves aquellas otras que no pueden verse?

—¡Diablo!

—¿Las ves ó no?

—Las veo, las véo, contesta con viveza Cor-de-ferru, temiendo que sin la afirmacion puede quedarse sin saber lo que desea.

El Letrado, bajando todavia mas la voz, dice:

—Pues has de saber que se llaman las rocas de las Astu.....

—No acabes, le interrumpe Cap-ruen, y señalando cierta altura situada en la direccion de Caserrasy, á una hora de distancia del punto donde se hallan, añade: desde aquel cerrillo, observando el movimiento de los labios, podian adivinar lo que hablamos.

—Tienes razon, y por lo mismo bajaré un poco mas la cabeza, repone el Letrado.

—Bien me parece; adelante, adelante, dice satisfecho Cor-de-ferru.

Entonces, tomando por tercera vez la posicion que habian un tanto alterado, el Letrado inclina la cabeza al suelo, y prosigue con misterio:

—Se llaman las rocas de las Astunas, y sus hondos subterráneos se pierden en la orilla septentrional de un lago, cuyas maravillas.....

—Le conozco, le conozco.

—Hace pocos dias, continúa el Letrado, que el hombre estaba allí aunque no sé si ha fijado su residencia.....

—¿Y nada teme? ¿No podrian rodear las rocas con arqueros y.....

—Hay en ellas cavidades profundas é ignoradas en donde puede albergarse una cohorte entera.

Cor-de-ferru, cuyo deseo de enterarse de las cosas ajenas es insaciable, sigue preguntando:

—¿Y qué hace?

—En sus frecuentes incursiones ó correrías, siembra.

—¿Siembra!

—No habia necesidad de repetir la palabra: este nos va á comprometer, repone Cap-ruen de mal humor.

—Mucho lo temo: en efecto, no habia necesidad de repetir la palabra habiéndome comprendido, objeta el Letrado.

—¡Bah! no se ve un alma en parte alguna, replica Cor-de-ferru, y luego añade:

—¿Quién recojerá?.....

—Tus preguntas son á cual mas comprometedoras, le interrumpe el Letrado.

Cap-ruen, de mal gesto, repone:

—Contestémosle á esta y sea la última. Ya le habrás oído alguna vez que la victoria está asegurada para el que obtenga la famosa caja de Melu.....

—¿Qué, qué?.....

—Que lo diga el Letrado que puede bajar la voz mas que yo.

El interpelado, apretando mas y mas las cabezas de sus compañeros, con voz apenas perceptible, añade:

—La caja de Melusina.

—¡Ah!

—Pero oíd una cosa que ignorais: me he cerciorado de que la maravillosa caja es realmente la del hada Melusina.

—¿Cómo?

—Las iniciales que no supimos descifrar en Oriente: C. G. D. M., dicen: *Caja Geomancia de Melusina*.

—Bien, bien; pero ¿es igualmente cierto el triunfo del bando que la obtenga?

—Sin duda alguna; porque, como sabeis, los pergaminos que encierra contienen maravillosos secretos.....

—¿Y la obtendrán?.....

—Los amigos del progreso.....

—Chist, interrumpe de repente Cap-ruen.

—¿Qué hay?

Cor-de-ferru, levantando la cabeza y mirando en la direccion de Valsereny, esclama admirado:

—Calla; ¿quién es aquel que baja del castillo, montado?.... Parece..... Es Juan el Olotense..... ¿Si se fingirá beodo ahora?

—En efecto, en efecto, es Juan: ahora tendremos noticias seguras del hombre.

—Cierto, cierto.

Un momento despues, el famoso Olotense, que tan bien habia sabido fingir la embriaguez allá en Oriente, se incorporaba en el corro apeándose de la mula.

—¿Qué traes? ¿Qué traes? le pregunta Cor-de-ferru luego que está al alcance de su voz.

—Malas nuevas, amigos, malas nuevas, responde el Olotense.

Los tres amigos le interrogan á la vez.

—¿Pues qué hay?

—¿Qué ha sucedido?

—¿En dónde está el Monge Grís?

—¿Estamos solos? pregunta á su vez el Olotense mirando en todas direcciones.

—Solos, le responden.

—¿Y aquella mujer?

—Es la mia, y no hay miedo de que.....

—Aunque fuera la mujer de un ángel, no hablaria tan cerca de ella. Toda precaucion es poca: separémonos un tanto de aquí.

El Olotense conservaba entre sus compañeros la misma influencia que tuvo en Oriente; así es que sin presentar objecion alguna, se encaminan todos hácia el medio del campo, punto por él indicado. Llegados allí, vuelven á examinar cuidadosamente y repetidas veces sus inmediaciones, y, no obstante de reconocer que no pueden ser oidos por nadie, toman los cuatro con poca diferencia la misma posicion que tenian antes los tres, y el Olotense, con voz no menos baja que alterada, les dice:

—El Monge Grís está..... preso.

Un sentimiento de indignacion, sustituyendo al del temor, se apodera de sus oyentes. El Letrado va á tronar contra los opresores del mundo; el iracundo Cap-ruen, no pudiendo contener su ira, acaricia el célebre estilete del carbunclo; mas uno y otro guardan silencio un momento, para oir las respuestas que da el Olotense á las siguientes preguntas que le hace Cor-de-ferru.

—¿En dónde se halla preso?

—En la cárcel de Barcelona.

—¿Por qué?

—Por herege.

—¿Y le espera?.....

—Ha sido condenado á muerte.

—¡Condenado á muerte por herege! dice el Letrado indignado.

—¡El Monge Gris herege! añade Cap-ruen votando como siempre; pasados se vean por el ataud.....

—Raptos inútiles, interrumpe el Olotense: nuestros sentimientos para él son conocidos: ocupémonos en salvarle.

—Habla.

—¿Qué hemos de hacer? pregunta el Letrado con resolucion.

—Estamos prontos, repone Cap-ruen frenético.

—Precisamente he venido á buscaros.....

—Partamos, le interrumpen los tres con entusiasmo.

El Olotense, con misterio, continúa:

—Jimeno de Albaro y Enrique de Busa están ya en marcha para la capital, y lo mismo el Bañolense con su escudero. Los acompañan algunos otros caballeros no menos valerosos que leales; nuestros amigos Pedro Roque, el Andaluz y otros tampoco nos faltarán, y algunos barceloneses nos prestan el auxilio de su brazo. Por otra parte, se ha combinado un plan muy hábil, y confio en que salvaremos al Intérprete, si cada uno de nosotros se arregla á las instrucciones que le serán dadas.

—¿Quién ha de faltar á ellas?

—¿Quién no derramará su sangre por el hombre?.....

—No perdamos tiempo.

Los tres le ofrecen compartir con él los peligros: todos juran morir primero que renunciar á la empresa salvadora, y todos están prontos á emprender la marcha en aquel mismo momento.

El Olotense, no menos entusiasta que ellos, les contesta:

—Partamos, pues, y que el cielo nos bendiga.

Sin hablar mas palabras, montan los cuatro en las tres mulas y toman el camino de Manresa, sin contestar siquiera á las preguntas que les hace la mujer de Cor-de-ferru.

Dos dias despues, hallándose el sol á la mitad de su carrera, las calles y plazas de Barcelona se veian llenas de un gentío inmenso que platicaba con algun calor de las novedades del dia. Dos eran los que habian soliviantado los ánimos. Un viejo mendigo envuelto en un haraposo sayal gris, preso por herege, se habia escapado de la cárcel. Segun los dichos de la suspensa multitud se reia de las prácticas de la Iglesia, negaba la pureza de la Virgen y no reconocia la existencia de Dios. Además, no eran pocos los crímenes que de él se contaban, y mientras se hacian los

preparativos para atravesarle la lengua con un hierro candente y cortarle la cabeza, segun la sentencia fulminada contra él, habia encontrado medio de fugarse.

Otra de las causas que contribuian á entretener la agitacion en las masas, era el ruidoso pleito entre el obispo Ponce de Gualba *y su clero de una parte, y el pueblo de Barcelona y sus arrabales de otra sobre lo que el Lego huviese de dar al Eclessiástico quando vendiesse y enagenase alguna cosa, en la cual el Eclessiástico tenia Alodio ó Loismo.* (Diago.) Despues de algunos años de tramitacion y de debates judiciales, sin avenencia posible por la obstinacion de ambas partes, habia intervenido Clemente V, y en aquel mismo dia iban á dictar la sentencia el rey Don Jaime II y Don Fray Ramon de Ponte, de la órden de predicadores, obispo de Valencia, *que yendo al concilio de Viena, havia llegado en esta sazón á Barcelona.* (Diago.)

Tales acontecimientos habian alterado de tal modo la tranquilidad de Barcelona, que los obreros ocupados en la hermosa y rica fábrica de la catedral (1), dejaron los trabajos para unirse á los grupos, con grave disgusto del muy digno y entendido maestro de obras Jaime Fabra. Vanas habian sido las amonestaciones del hábil arquitecto. Las calles de la Pellería, Boria, Moncada y plazas del Blat y del Born, estaban invadidas por una muchedumbre, ávida de emociones, lo mismo que las cercanías de Santa María de las Arenas (2) y otros puntos.

Las gentes olvidaban por un momento el enojoso pleito para no ocuparse mas que del mendigo herege. Cuando los grupos esperaban ver, mas confiadamente, el castigo de las muchas maldades que se le atribuian, llegó á ellos la noticia de la evasion del criminal. Semejante noticia los habia escitado hasta tal punto, que se temian sérios desórdenes. El clamoreo contra él y sus guardas era general. En este lado se hablaba contra las autoridades sin miramiento ni respeto alguno; en aquel prorumpian en voces subversivas; y en todas partes numerosas falanges de hombres, mujeres y niños pedian desaforadamente la cabeza del mendigo.

En vano el muy ilustre y venerable Bernardo de Tous, Veguer de la ciudad y del Vallés, quiso intervenir: su voz no fué oída, y poco despues el subveguer Pedro Ficeller, discurriendo igualmente por las calles, vió menospreciada su autoridad en medio del mayor estruendo y algazara.

(1) En la puerta que miraba al real palacio se leia en una inscripcion entre otras cosas: «Fué comenzada la fábrica de esta iglesia en las Kalendas de Mayo del año del nacimiento del Señor de mil y doscientos y noventa y nueve, etc., etc.».—DIAGO, lib. III, cap. IV, fólío 235 v.

(2) Hoy Santa María del Mar.

Tales nuevas, cundiendo con la velocidad del rayo, conmueven á los concellerses, los cuales se reunen en consejo, tanto para dictar medidas enérgicas contra el audaz herege, como para calmar las embravecidas oleadas de la multitud, prontas á desbordarse.

Un momento despues se colocan en las puertas de la ciudad agentes oficiales con las señas del prófugo, y se promulgan bandos imponiendo penas severísimas al que lo reciba en su casa. Al mismo tiempo diversas patrullas de gente armada recorren los sitios mas públicos de la ciudad para contener á los malcontentos.

Mientras que, gracias á estas y á otras medidas dictadas por el consejo, nadie dudaba que el ateo seria de nuevo arrestado y conducido al suplicio, llamaba muy particularmente la atencion en uno de los barrios mas concurridos, cierto menestral no menos estrafalario que beodo. Los ociosos, que no eran pocos, gracias á los sucesos del dia, se disputaban la primera fila del círculo que en su derredor se habia formado. No obstante de que la embriaguez apenas le permitia tenerse en pié, acompañándose con una tiorba mugrienta y por demás deteriorada, cantaba ciertas coplas en honor del buen vino, que regocijaban en grande á los espectadores. Pero cuando el entusiasmo de estos llegaba al colmo, era siempre que repetia el estribillo con que terminaba las coplas:

*Viva el vi de Alella
y el vi de Llausá.*

No tenia menos admiradores, en otra de las calles próximas, un peregrino con conchas en el sombrero y unas llaves pintadas en su raida túnica. Los devotos, al reconocer por su traje que habia estado en Roma y en Jerusalem, se agolpaban en su derredor para oirle contar las maravillas de los Santos Lugares y adquirir alguna reliquia de las que repartia con profusion. Era el bendito peregrino hombre de facundia y aun de elocuencia: citaba la vida de los santos y la de todos los anacoretas de la Tebaida con tal exactitud, que hubiera hecho honor á un doctor de la Iglesia. Era tan asombrosa su memoria, era tal su saber y era tanta su locuacidad, que los concurrentes todos se decian en voz baja que debia ser hombre de letras.

Pero aquel dia, al mismo tiempo que de temores y desconfianzas, lo era para la culta Barcelona de fiesta y regocijo. Tampoco faltaba un juglar ó saltimbanqui, discípulo del *gay saber*, que divertia á la muchedumbre, recorriendo las plazas y sitios mas frecuentados. Pendiente del hombro derecho llevaba un tamboril de nueva construccion y

de grandes dimensiones, y á juzgar por el sudor de su rostro, diríase también de enorme peso. Al parecer, ganaba su mísera vida haciendo bailar á un mono tan viejo como astuto. Pero lo que llamaba mas la atención era la amistad íntima del mono con un idiota que le acompañaba: esto sí que hacia reir de veras al pueblo. El idiota, de talle agalgado, cubierto con una hopa cenicienta muy súcia, saludaba al mono; este, perfectamente enseñado, saludaba al idiota, y la multitud, sin dejar de reir, á cada reverencia arrojaba una limosna.

Pero también llovía el dinero en el sombrero del saltimbanqui cuando el pobre idiota decia un cierto refrán, que sin duda le habían enseñado á costa de muchos palos. Su voz era gangosa, y con muy mal articuladas palabras repetía sin cesar:

Tra la la, tra la la

Bojss fan bitllas.

Estas palabras acompañaba con gestos y maneras tan estrafalarias, y con cierta risa convulsiva tan original, que los circunstantes prorumpían, no ya en aplausos, sino en alaridos que se repetían tercera y cuarta vez al compás de la limosna. En fin, el juglar con su idiota y su mono, era del agrado del pueblo, aunque algunos le encontraban no poco curioso á causa de las preguntas que hacia.

Después de haber discurrido por varias calles y plazas, encontráse el saltimbanqui cerca de una de las puertas de la ciudad, á tiempo, ¡rara coincidencia! que el peregrino con sus conchas y reliquias y el beodo con sus canciones habían acudido al mismo sitio. Considérese la afluencia de gentes de todos sexos y edades que se reunirían alrededor de las tres notabilidades: el número iba siempre en aumento. Oían al ébrio cantor; iban á comprar una reliquia al peregrino, que les recordaba al propio tiempo las virtudes de los anacoretas; y luego se incorporaban al inmenso corro formado en rededor del juglar para ver bailar al mono y oír el famoso *Bojts fan bitllás*.

Tres caballeros de marcial continente, perfectamente armados, que habían hecho la guerra en Oriente, contemplaban mezclados con la muchedumbre aquel animado cuadro. Uno de ellos era Enrique de Busa, otro Jimeno de Albaro, conocido también por Aragonés, y el tercero Federico de Guzman, optimate de Castilla. Del pequeño grupo que formaban salían estas palabras, pronunciadas en voz muy baja:

—El famoso Cor-de-ferru resiste bien el peso, dice el de Busa.

—Su apodo guarda armonía con sus fuerzas. Pero ¿qué me decís del célebre Bullanga? ¿No hace un célebre idiota? pregunta el Castellano.

Mientras el de Busa sonríe, el Aragonés objeta:

—Hasta ahora todo va perfectamente, y no es de extrañar con tales auxiliares.

El Castellano, dirigiéndose al de Busa, le pregunta con cierta ansiedad:

—La gente de armas, ¿está preparada para el caso de.....

El de Busa le interrumpe diciendo:

—Todo está dispuesto tal como lo acordamos. En esta primera casa que tenemos al frente hay ochenta barceloneses y zaragozanos de esfuerzo y gallardía, capitaneados por Cap-ruen y Pedro Roque. Si necesario fuese, á la primera señal despejarán la puerta. Los caballos también esperan en las afueras preparados.

El Castellano, dando otro giro á la conversacion, dice:

—¿Sabeis que muchas gentes se alegran de la huida de..... del mendigo herege?

Enrique de Busa le contesta:

—Este pueblo tiene un hermoso porvenir. Sus hijos se han distinguido siempre por su amor á la independencia y al trabajo. Por eso le vemos hoy á la cabeza de los pueblos civilizados y prósperos.....

Se interrumpe repentinamente, y bajando mas la voz añade:

—Pero ¡chits!..... ¡chits! Han hecho la señal y..... el momento de obrar ha llegado. Observad, observad.

Apenas pronunciara el de Busa las últimas palabras, estalla un violento tumulto en el interior de una de las calles vecinas. Un hombre, cuya edad raya en los cuarenta años, muy listo y bien formado, afirma que el mendigo escapado de la cárcel acaba de entrar en cierta casa que designa á los espectadores. Como prueba presenta un pedazo de túnica que el herege ha dejado en sus manos al tiempo de evadirse.

La nueva se esparce con una velocidad increíble, y de todas partes acuden las patrullas para arrestar al ateo, no sin ir acompañadas de grupos inmensos de curiosos. Al llegar á la puerta, los agentes apostados en ella para reconocer á los transeuntes, corren á prestar auxilio á la fuerza pública, y en breve la casa es rodeada y sus entradas y salidas de tal modo tomadas, que es imposible que el criminal pueda escapar sin caer en manos de la justicia. Se procede al registro, y el delator marcha á la vanguardia animando á las patrullas. En el primer piso ven correr á un hombre con señas parecidas al que buscan, y creyendo asegurada su presa se precipitan sobre él; pero ¡oh asombro! en el acto de ir á arrestarle se es-

capa por unos tablones que, á manera de puente levadizo, comunican con un edificio derruido, y cuando los soldados imaginan seguirle, cae el andamio á la calle, quedando interceptado el paso.

¡Fatal contratiempo! la muchedumbre se indigna y la confusion crece. Mas los agentes de la autoridad no se arredran por esto: bajando precipitadamente la escalera, dan la vuelta á la calle y corren presurosos á bloquear y reconocer la casa ruinoso. Mientras tanto, el venerable veguer, cerciorado de la exactitud de los informes del delator y de su actividad y diligencia, ofrece recomendarle al gobierno para que no dé al olvido el señalado servicio que ha hecho á la religion y á la patria. Mas el interesado, despues de agradecerle cortésmente sus buenos oficios, durante el segundo registro desaparece entre la multitud. Al tomar luego informes, tan solo supieron que habia hecho la guerra en Oriente, y que por ser natural de Andalucía le llamaban el Andaluz,

Mientras que un gentío inmenso acudia al edificio ruinoso para ver practicar un segundo registro, que iba á dar los mismos resultados que el primero, otro tumulto con ínfulas de grotesco, se originaba en la puerta de la plaza. El beodo, para quien las calles y plazas sin duda eran estrechas, imagina de repente salir al campo; mas al pasar por junto al centinela, tropieza con él y uno y otro van rodando por el suelo. Nueva zambra y nueva gritería.

Los cuatro soldados que habia en la puerta, apostrofán rudamente al beodo, que se defiende con mas habilidad de la que se debia creer atendido su estado. El público se estrecha alrededor de los contendientes para enterarse de la disputa, y entretanto aciertan á pasar el juglar con su enorme tamboril, el idiota y el mono. Tales entes no eran los mas á propósito para contener el bullicio. El idiota hace una reverencia al beodo: el mono, con su instinto imitador, hace otro tanto; los espectadores aplauden, y el beodo se irrita.

—Yo creo que aquel hombre..... se burla de mí, esclama levantando los puños en ademan de acometer.

Uno de los soldados, que ya se ha apercibido de su embriaguez, le contesta:

—No solo el idiota se burla de tí, sino tambien el mono.

—Pues voy..... á romperle..... la cabeza á uno y otro.

Al compás de los aplausos y risotadas de la muchedumbre, se entabla una lucha porfiada entre el beodo y los soldados. Los cuatro hacen esfuerzos sobrehumanos para sujetarle, pero no pueden. En un raptó de ira da un empuellon al uno, muerde al otro y se bambolea y cae, por último, arrastrando tras sí á los otros dos.

Entretanto los aplausos se renuevan y el juglar desaparece, no sin que sus dos satélites hagan muchas reverencias al público en señal de despedida.

Al mismo tiempo el peregrino, que, como se ha dicho, se habia colocado á corta distancia de la puerta, ensaya un largo discurso para demostrar que Dios concede siempre su proteccion al hombre bueno, guiado por la luz del Evangelio. Risueño y alegre el semblante y animado al parecer por un fervoroso entusiasmo, esclama:

—Lo probaria con hechos recientes que no dejarian lugar á la duda ni aun á los mas incrédulos.

—Bravo, bravo, le responden sus oyentes.

Acertaba á pasar en aquel momento el reverendo don fray Bonanato Zaguals, fundador y primer prior del monasterio de San Agustin (1), y dijo:

—Dios bendiga al peregrino.

—Así sea, respondió el extraño predicador.

El muy venerable prior añadió:

—Hoy mismo pienso verme con Hugo de Cardona, arcediano y vicario general (2), y con mi informe os concederá una autorizacion para que en adelante podais, sin obstáculo alguno, edificar al pueblo con tan buena y sana doctrina.

Al decir esto, el reverendo fundador se aleja, y mientras hombres, niños y mujeres corren presurosos á besarle la mano, el peregrino, inclinándose repetidas veces, le dice:

—Mil gracias, reverendo padre.

Los tres caballeros que habian observado con no poca ansiedad la prolongada riña del beodo con la guardia, y el paso del juglar, se dirigian lentamente á una de las casas vecinas, cuando de repente se les incorporó el famoso Bañolense, exclamando alegre y risueño:

—Julia me lleve sino me habeis obligado á hacer un viaje inútil: ya os lo dije.

—Decirlo no es demostrarlo, razona Busa riendo.

—¡Bah! siempre creí que se escaparia por el agujero de la llave ó por la mas pequeña rendija que hubiese en su calabozo, y ved cómo se ha verificado.

—¿De veras? esclama el Castellano perdiendo su natural gravedad.

Siscár repone:

(1) Lo fundó en el año 1309 en las casas de un ciudadano llamado Jaime Basset en la parroquia de Santa María del Mar.

(2) Lo era en la misma época.

—Ya es público en la ciudad; se ha escapado tomando la forma de anguila, é iba coleando por los aires con asombro y espanto de cuantos le vieron. Por lo demás, su fuga ha dejado un indicio que no permite la duda.

—¿Cuál es? le preguntan bulliciosos.

—La muy venerable señora María Ricarda, abadesa del convento de Santa María de Valdoncellas (1), me acaba de afirmar que el agujero de la llave hacia estornudar á cuantos pasaban por sus inmediaciones: huele á azufre á dos leguas por lo menos.

—Anda al diablo, le contesta el Aragonés.

—Ya se enmienda, dice Busa sin dejar la sonrisa.

—Sin duda es debido á la última leccion que sobre magia le dieron el día de nuestras bodas, insinúa el Castellano no menos irónico.

—Bravo, bravo.

Enrique de Busa, que está por demás jóvil, deseoso de oirle como siempre, le pregunta variando la conversacion.

—¿Y cuándo piensas leernos *La Estupendia*, *La Doncella feliz y Felipe Lopez*, y referirnos tus viajes á *Rufésiga* y á la China?.....

—¿No recordais el consejo que recibí de mi padre?

—¡Ah! ¡Ah! le contestan el Castellano y el Aragonés.

Y el de Busa sigue preguntándole:

—¿Pero llueve ahora?

—¿Eso preguntas? ¿Pues no has visto el granizo y la piedra que iba descargando sobre la cabeza del hombre..... gris?

—Bien, bien, le interrumpen sus tres compañeros, alejándose en distintas direcciones.

Dos horas despues, sentados en el interior de un bosque, no lejos de San Vicente de Sarrián (2) se veian el Olotense, el Letrado, Cor-de-ferru, Bullanga, el Andalúz, Pedro Roque y Cap-ruen, el gefe de los jaques y matones allá en Oriente. De cuando en cuando el primero subia, como para examinar las inmediaciones á un pequeño otero, desde el cual se descubria el hermoso llano de Barcelona. A corta distancia de ellos, Enrique de Busa, el Aragonés. el Castellano y Siscár platicaban con el Monge Gris.

—Han temblado de un sólo hombre, dice el último despues de un momento de silencio.

El de Busa repone con mucho respeto:

—Pero habeis espuesto vuestros dias.....

(1) Lo era por aquel tiempo.

(2) Sarriá hoy: segun el bueno de DIAGO, situado á 1500 pasos de Barcelona.

—Es un deber.....

—Sin correr un tal peligro.....

Henchido de un fervoroso entusiasmo, el Monge Gris le interrumpe:

—No hay remedio, Dios lo ordena y la humanidad lo reclama: seguiré arrojando la semilla á vista de la hoguera..... esperad.

Un momento despues se internan en el Tibidabo.

Dixi jam: quis ultra finem faciendi dabit?

INDICE

DE LOS LIBROS QUE CONTIENE EL CUARTO TOMO.

Páginas.

LIBRO LIV.

Gran salon.—Su biblioteca.—Su estilo.—*Mea culpa*.—Causas de la decadencia de la arquitectura despues del siglo de Pericles y su historia por Guillen Siscár.—Arquitectura latina.—Neo greca.—Estilo árabe en España.—La mezquita de Córdoba.—Mahoma no se aviene con lo que cuenta Siscár.—Sigue la historia de la arquitectura árabe en España.—La Giralda de Sevilla.—La Alhambra de Granada.—Aparicion del estilo ogival.—Artistas españoles.—Una ley de las Partidas.—Resúmen.—Asombro del Bañolense. 5

LIBRO LV.

Nuevos personajes.—Zaleuco.—Poetas latinos.—César y Tito-Livio.—Resúmen.—De como Vifredo el Velloso no es simpático al Bañolense.—Otros dos condes de Barcelona.—*El Juez Aman-te por Guillen Siscár*.—Su juicio crítico por Pitágoras.—¡Bernardo del Carpio!—Pedro el Grande, tercero de este nombre.—Heroínas y beatas.—Amenaza una catástrofe.—Poderoso ascendiente de la virtud.—En donde se verá lo que pasó entre Don Pedro, Alejandro, Mário, Pompeyo y otros caudillos ilustres. 47

LIBRO LVI.

Llegada del de Entenza.—Los dos bandos.—Decision del consejo.—El infante.—De cómo el ejército abandona el Quersoneso.—Retirada del principe.—De lo que opina el Atleta por servir á su dama.—Macedonia.—Su capital.—Máquinas de guerra.—Simulacros.—El *Adios* postrero de una doncella.—La brecha.—Complot.—En donde se verá todo lo que de más imprudente, grande y sublime tiene la terquedad de un aragonés.—Heroismo de los cinco.—Su prision.—Desconsuelo del Aragonés.—La guarnicion de Tesalónica.—¡Un mendigo!! . . . 87

LIBRO LVII.

Tesalónica.—Afliccion del Monge Gris.—De cómo refiere el Olotense la muerte de Berenguer de Entenza y otros sucesos ocur-

ridos en el ejército.—¿Qué pensará el gran geomancio?—El calabozo.—Plan del caballero del Ataud.—Se reproduce la cuestión de los Montells y de los Busas.—Una lágrima.—Las tres niñas mutiladas.—¡El sueño!—Sigue la plática interrumpida.—Otro rapto.—Preparativos de los caballeros para la muerte.—Un ángel.—En donde se verá cómo disuaden al Doncel de Auzona de su estraña resolucion. 109

LIBRO LVIII.

Casandria.—Siscár y el célebre Bullanga.—De cómo aquel intenta dar la batalla sin creer en la victoria.—Mision que confia á su escudero.—Los conjurados en la cantina.—Exámen de las ciencias ocultas.—Se adopta la Alecteromancia.—Filiacion del gallo agorero.—Pregunta que se le hace.—Nuevo Merlin.—En donde se verá la disposicion de los soldados esperando la profecía.—Respuesta confusa.—La caja de Melusina interviene.—Aclaracion.—Combate.—General y caballero andante.—*Estrago y riza*.—Ardid de Bullanga.—Otro grito de guerra.—Prision de Rocafort y derrota de los afrancesados. 129

LIBRO LIX.

Ruegos y lágrimas.—Edelmira y Otelo.—Mágia de un recuerdo.—Deshonra y estermínio.—Diplomácia de la huérfana.—Recrudescencia amorosa.—Un cambio de papel.—El medallon.—Nuevo arrebató del caballero.—Otro personaje.—En donde se leerá lo que dice á la doncella.—¿Un juglar?—La credencial.—Resolucion del Aragonés.—Revelacion.—¡El dintel!—El anciano implacable.—Enrique de Busa.—Consecuencias de un mentís.—Mediacion magnánima del Castellano.—La demencia.—Inés de Azan y efectos de su llegada.—Desmayo del Doncel.—Desesperacion de Siscár. 167

LIBRO LX.

El enfermo.—El doctor.—De cómo los proyectos se multiplican.—No se olvida á *il nobile di casa tribunicie*.—Sugestiones de Siscár.—Epístola.—En donde se verá que el Olotense no duerme.—Rival y tutor.—El Aragonés pide consejo al Intérprete.—De la mágia venenosa.—*Hippomane*. 199

LIBRO LXI.

Precauciones.—El delirio.—Los cinco.—Amistad.—Amor.—De cómo Montells no está satisfecho.—Historia del niño de los ca-

dáveres.—La fiera se ablanda.—En donde se verá cuáles son los colores del Cantor de la Aurora.—Dos ancianos. . . . 221

LIBRO LXII.

Astucia contra astucia.—En donde se verá lo que platican las dos damas.—El filtro maravilloso.—Sus efectos.—La grande obra.—De cómo la fiera dulcifica sus instintos. 241

LIBRO LXIII.

La madriguera del tigre.—En donde se verá lo que son capaces de intentar dos malvados.—El Maestro y el agua de rosa.—Gente recomendable.—Amaños.—La cantina.—*Hierro y fuego*.—La tiorba.—Apuesta báquica.—Esplendidez del italiano.—Un doctor en peligro.—El beodo no se duerme. 269

LIBRO LXIV.

Principios de ejecucion.—En donde se verá que los grupos se multiplican.—El plan.—El rapto.—El combate.—Amor.—Recelos.—Habla Sibia.—Artificio inútil. 295

LIBRO LXV.

Conferencia.—Historia de un asesinato —Otra órden.—Mil *perpres* de oro y un peregrino.—Mas filtro.—Los muertos resucitan.—Herir por los mismos filos.—De cómo se proyectan otros esponsales.—Un cadáver.—Furor de Montells.—Otro plan.—¡Dichoso tú, Maestro.—Un brindis. 311

LIBRO LXVI.

Salida de Casandria.—Alarma.—El duque de Atenas.—Derrota de los griegos y franceses.—La Ceada.—Un perro de Epiro.—Los amigos leales.—Historia de Basila. 341

LIBRO LXVII.

Reflexiones y consejos.—Zoe.—Una prueba.—Despedida.—Propósitos de Siscár.—Continúa su viaje al *Psicostatmos*.—Salon de los siglos XV y XVI.—Presciencia.—Estupenda pretension del viajero.—Dracon y Sotavento.—Enojo de Siscár.—Otra *tristrasiana*.—Nueva interrupcion.—De cómo el salon de los siglos XVII y XVIII es mas espacioso que el anterior. 367

LIBRO LXVIII.

Salon de los siglos XIX y XX.—Un gran guerrero.—Mas hombres célebres.—De la estraña revelacion que hace Pitágoras al Bañolense.—De cómo Siscár proyecta una visita.—Inconvenientes que se le presentan.—Utilidad de la presciencia.—El siglo XX.—Sus tendencias.—Se anuncia el martirio de un hombre bueno.—El Bañolense modifica su opinion con respecto al autor de sus viajes. 393

LIBRO LXIX.

El viajero deja el palacio.—El exágono.—Cabos sueltos.—De cómo Bacon el franciscano hace un encargo al Bañolense.—De lo que sucedió á este con Caton de Utica.—Encuentro con Judas Iscariote, y sus resultados.—Plan de batalla, arenga y consejos.—Unanimidad de pareceres.—Un *atrevido* y algo mas.—Quién era el Buen Mozo, y su castigo.—Salida del Psicostatmos.—Aventura del *Valle de las sombras*.—Fin del viaje.—Termina la expedicion de catalanes y aragoneses. 421

LIBRO LXX.

En Cataluña.—Montaner.—En donde se verá cómo y por qué Siscár apostrofa al *Teresus*.—Prosa de Bullanga.—El castillo de Montoliu.—De las cosas que su castellano refirió á los viajeros.—Consejos.—Noticia inesperada.—Ardid del Castellano.—Despedida.—Cuitas de Siscár.—Una carga á fondo.—Triunfo de Bullanga.—Plan.—Huris. 451

LIBRO LXXI.

La hurí de Huris.—Dos peregrinos.—De cómo son recibidos por la castellana y suhija.—Siscár y Julia.—Obstáculos vencidos.—Monólogo.—Mas viaje.—Sorpresa.—La caverna.—El interrogatorio.—Una conjuracion.—Ataque y defensa.—En donde se verá que Enrique de Busa no habla como el Doncel de Ausona.—Fin de la sesion. 477

LIBRO LXXII.

Val-sereny.—Emboscada.—Dos encubiertos.—Lux facta fuit.—Episodio trascendental.—De cómo vuelve á aparecer el Cantor de la Aurora.—Historia de un encantamiento.—Consejos.—Persecucion.—El oratorio.—Himeneo. 505
EPILOGO. 533

OBRAS CONSULTADAS.

AUTORES.	TÍTULOS DE LAS OBRAS.	LUGAR DE LA EDICION.	AÑO.	TOM.
MOREL.	La Provence illustrée.	Carpentras.	1843	2
MONTANER.	Cronica ó Descripcio dels fets é hazanyes del inclit rey D. Jaume primer rey Daragó etc., et de molts de sos descendents	Barcelona.	1562	1
ZURITA.	Anales de la Corona de Aragon.. . . .	Zaragoza.	1610	7
BOUILLET.	Dictionnaire universel d'histoire et de geographie.	París.	1843	2
S. D.	Resumé de l'histoire de Naples.	París.	1826	1
FOUQUE.	Fastes de la Provence ancienne et moderne. .	Marseille.	1837	3
MILLOT.	Elemens d'histoire generale.	París.	1788	9
D'ESCLOT.	Crónica del rey en pere é dels seus antecessors passats (Pantheon litteraire Buchon). .	París.	1840	1
BUCHON.	Chroniques étrangères relatives aux expéditions francaises pendant le XIII siecle. . . .	París.	1840	1
LEBEAU.	Histoire du Bas Empire.	París.	1834	21
CANTIMIR (prñcipe de Moldavia.)	<i>Histoire de l'Empire othoman trad franc par Mr. Fouquieres.</i>	París.	1743	1
LALANNE.	Biographie portative.	París.	1844	1
MONCADA.	Espedicion de los catalanes y aragoneses dirigida contra turcos y griegos.	Madrid.	1777	1
QUETIN.	Guide en Orient.	París.	1844	1
LISKENNE et SAUVAN.	Bibliothèque historique et militaire.	París.	1835	4
PLUTARCO.	Vie des hommes illustres.	París.	1838	3
FORNARI.	Histoire curieuse et pittoresque des sorciers, devins, magiciens etc.	París.	1846	1
ANÓNIMO ITALIA-NO.	Conspiration de Jean de Procida (Pantheon Buchon)	París.	1840	1
FONTENELLE.	Manuel complet des sorciers ou la magie blanche.	París.	1829	1
SEGUR.	Histoire du Bas Empire.	París.	1843	2
BOQUILLON.	Dictionnaire des inventions et decouvertes. .	París.	1843	1
JOUDOU.	Avignon, son histoire, ses papes, ses monumens et ses environs.	Avignon.	1842	1
DIAGO.	Historia de los victoriosísimos condes de Barcelona.	Barcelona.		1
CHATEAUBRIAND.	Variedades literarias.	Valencia.	1845	1
	Etudes historiques.	París.	1845	1
	Analyse raisonnée de l'histoire de France. . .	París.	1845	1
ANÓNIMO.	Vie des saints pour tous les jours de l'année.	París.	1847	1
SAINT-F.	Legislation historique du sacrilege chez tous les peuples.	París.	1825	1
SAN AGUSTIN.	De Civitate Dei.	París.	1845	2
VOLTAIRE.	Essai sur les moeurs et l'esprit des nations. .	París.	1792	3
BARTHELEMY.	Voyage du jeune Anacharsis en Grece.	París.	1828	8
FURGAULT.	Nouveau recueil historique des antiquites grecques et romaines.	París.	1768	1
HALLAM.	L'Europe au moyen age.	Bruxelles.	1839	4
BATISIER.	Histoire de l'art monumental dans l'antiquite et au moyen age.	París.	1845	1
CHARTON.	Le Magasin pittoresque. Años 1833, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45 y 1846.	París.		14
HERODOTO	Los nueve libros de la historia de Herodoto traducidos al castellano por B. Pou.	Madrid.	1846	2

AUTORES.	TITULOS DE LAS OBRAS.	LUGAR DE LA EDICION.	Año.	TOM
RICHARD.	Guide classique du voyageur en France et en Belgique	París.	1844	1
PERROT.	Une visite á Nismes.	París.	1842	1
DURDENT.	Beautés de l'histoire grecque ou tableau des evenemens qui ont immortalisé les grecs. .	París.	1822	1
VILLEMAIN.	Cours de litterature francaise.	París.	1846	1
ABARCA.	Los reyes de Aragon en anales históricos. .	Madrid.	1682	2
THIBIACE.	Histoire pittoresque et anecdotique des anciens chateaux, etc., etc.	París.	1846	1
JULES JANIN.	La Bretagne-Histoire-Paysage-Monuments. .	París.	1844	1
DUNHAM.	Historia de España, traducida por D. Antonio Alcalá Galiano.	Madrid.	1845	7
HUME.	Historia de Inglaterra, traducida por D. E. de Ochoa.	Barcelona.	1842	2
LEO ET BOTTA.	<i>Histoire de Italie depuis les premiers temps jusqu'á nos jours</i> , traducida del aleman por Dochez.	París.	1844	3
DARU.	Histoire de la republique de Venise.	París.	1819	7
ARISTOTELES.	Histoire des animaux trad. Camus.	París.	1783	1
KURT SPRENGEL.	<i>Histoire de la medecine depuis son origine jusqu'au XIX siecle</i> , traducido del aleman por Jourdan.	París.	1815	9
TORREBLANCA.	Dr. D. Francisci Torreblanca, cordubensis, jurisconsulti quondam celeberrimus, et in granatensis cancellaria regis advocati. Epitome de lictorum sive de magia.	Lugdunis (Leon.)	1678	1
SAINT-FOIX.	Essais historiques sur Paris.	París.	1770	4
MONSTRELET.	En la coleccion de crónicas de Buchon. . . .	París.	1626	1
LA CURNE DE SANTE PELAGE.	Memoires sur l'ancienne chevalerie.	París.	1826	2
DECAS.	Michaelis ducae nepotis historia byzantina (Corpus scriptorum historiae byzantinae). .	Bonnae.	1834	1
ODOLANT DESNOS.	Mytologie pittoresque.	París.	1841	1
GRÉGORAS.	Byzantina, historia graece et latine (Corpus scriptorum historiae byzantinae).	Bonnae.	1829	2
PACHIMERIO.	De Michaelis et Andrónico Paleologis (Corpus scriptorum, etc.).	Bonnae.	1835	2
RAFFENEL.	Histoire complete des evenemens de la Grece.	París.	1825	3
LANCINA.	Historia de las revoluciones del Senado de Messina.	Madrid.	1692	1
SAUBERT DE PASSA	Recherches historiques et géographiques sur la montagne de Rosas et le cap de Creus. .	París.	1835	1
CHAVANNES DE LA GIRAUDIERE.	Les Chinois pendant une periode de 4458 années.	Tours.	1845	1
CELSE.	<i>De ré medica</i>	Pádua.	1769	
M. M.	Nouveau dictionnaire historique des sieges et des batailles memorables.	París.	1809	6
LANFRANC.	<i>Practica quae dicitur ars completa totius chirurgie</i>	Venecia.	1546	
GONZALEZ SAMANO	Compendio de la medicina española.	Barcelona.	1850	1
ARNALDO DE VILLANUEVA.	<i>De regimine castra sequentium.—Compendium medicinae practicae.—Liber de ornatu mulierum</i>	Lion.	1520	
FRANCISCO STABILI	El Acervo.	Venecia.	1476	
***	El Fuero Juzgo.			
CHAMBERLAIN.	<i>Noticias de la Gran Bretaña con relacion á su estado antiguo</i> traducido del inglés por Rivera.	Madrid.	1777	1
DION CASIO.	Historia romana.	Leipsick.	1824	
BOLÓS.	Historia de los estinguidos volcanes de la villa de Olot.	Barcelona.	1841	1

AUTORES.	TITULOS DE LAS OBRAS.	LUGAR DE LA EDICION.	AÑO.	TOM.
P. MENESTRIER.	La nouvelle methode raisonnée du blason.—	París.	1754	
	De la chevalerie ancienne et moderne.	París.	1683	
ANÓNIMO.	Costumes du moyen age con láminas.	París.	1846	
ALAIN CHARTIER.	Le livre des quatre damas.	París.	1617	
MIRABEAU.	Descripcion de la fuente de Vaucluse (En Fouque, tomo 2.º, pág. 123.)			
RISCHER.	Crónica latina escrita en 990, y publicada en 1839.			
FROISSART.	Les Chroniques.	París.	1840	3
EICHHOFF.	Tableau de la litterature au moyen age en Allemagne, en Angleterre, en Scandinavie et en Slavonie.	París.	1853	1
ROBERTO BRUCE.	Manual del pecado (En Eichhoff ya citado).			
CHAUCE.	La corte de amor. Cuentos de Cantorbey. . .	Londres.	1798	2
DANTE.	La vita nuova: De vulgari eloquencia.—La Divina comedia.—Obras completas.	Venecia.	1758	5
VILLANI.	Histoire florentine.	Venecia.	1537	
PETRARCA.	Poesías italianas: Sonets; canzon, etc.	Padua.	1819	2
BACCACCIO.	Le Decameron ou les dix journées galantes trad franc de Castres.	París.	1846	1
ANELIER DE TOLOSA.	La guerra civil de Pamplona, poema escrito en versos provenzales.	Pamplona.	1847	1
ANÓNIMO SERVIO.	La batalla de Kosovo (campo de Cosovia.) En Eichhoff, ya citado, pág. 411.			
DE LOLME.	La Constitution inglesa comparada con los gobiernos republicanos y monarquías de Europa.	Madrid.	1847	1
ROBERTSON.	Histoire de Charles V. Coleccion de todas sus obras.	París.	1822	12
VOSSIUS.	Histoire du pelagianisme. Dictionaire ethymologique. Coleccion de sus obras.	Amsterdam.	1701	6
BODIN.	La demonomanie.	París.	1581	
THIERS (J. B.)	Traité des superstitions qui regardent les sacrements selon L'Ecriture sainte.	París.	1745	4
HIPOCRATES Y GALENO.	Obras reunidas (Greco-latino).	Leipsick.	1821	20
NISARD.	Etudes des moeurs et de critique sur les poetes latins de la decadence.	París.	1849	2
S. GREGORIO.	Coleccion de sus obras.	París.	1705	4
CLEMENTE DE ALEXANDRIA (SAN).	Stromatas. Coleccion de sus obras (greco-latino)	Oxford.	1715	2
LE MAISTRE DE SACY.	La Sainte Bible.	París.	1843	4
JOSEFO.	Antiquites judaïques. Coleccion de sus obras traducidas al francés por Gillet.	París.	1756	4
PERTUSSIER.	Promenades pittoresques dans Constantinople.	París.	1815	3
GREGORIO (SAN) DE TOURS.	Historia francorum: trad Guadet.	París.	1836	4
JONANIN Y VAN GAVER.	Historia de Turquía: traduccion castellana. . .	Barcelona.	1840	1
GERSON.	Coleccion de sus obras.	París.	1806	5
SANTO TOMAS.	Coleccion de sus obras.	París.	1636	23
MILADY GRAVEN.	Voyage en Crimée et en Constantinople: trad. Guedon.	Londres.	1789	1
THEODORET.	Histoire eclesiastique. Coleccion de sus obras. .	Halle.	1769	10
SOZOMENO.	Histoire eclesiastique. (En las: Historici graeci de Rob Estienne).	París.	1544	
PLINIO.	Historia natural. Coleccion de sus obras: trad. franc. de Ajasson de Grandsagne.		1827	20
PEUCER.	Tratado de adivinacion (latin).	Witemberg.	1552	
NICEFORO.	Histoire eclesiastique.	París.	1530	
MALTE BRUN.	Precis de la geographie universelle.	París.	1841	6

AUTORES.	TITULOS DE LAS OBRAS.	LUGAR DE LA EDICION.	AÑO.	TOM.
SANDOVAL.	Historia de Carlos V.	Valladolid.	1604	2
	Id. de los reyes de Castilla y de Leon.	Pamplona.	1634	1
BACON (ROGER).	Opus majus.	Londres.	1732	1
	Epistola de secretis operibus naturae et artis et de nullitate magiae.	París.	1542	
TENNEMAN.	<i>Manuel de l'histoire de la philosophie</i> trad Cousin.	Bruxelles.	1840	1
FLAVIUS ARRIANUS	<i>Las Indicas.</i> Coleccion de sus obras.— <i>Espedicion de Alejandro</i> (en Liskeenne y Sauvan ya citado).		1792	3
VITRUVIO.	Tratado de arquitectura (latin).	Berlin.	1801	2
PAUTHIER.	Les livres sacrés de Orient comprenant le <i>Chou-king</i> , etc.	París.	1843	1
	L'Univers pittoresque.			
VICHNOU SARMA.	Fábulas de <i>Pilpai ó Pandjatantra</i> ; trad. francesa de l'abbe Dubois.	París.	1826	1
MANOU.	<i>Manava-Dharma-Sastra-Institutions religieuses des Indies</i> ; trad. du sanskrit par A'Loiseleur Deslongchams (en Pauthier ya citado.)			
H. T. COLEBROOKE	Notice sur les <i>Vedas</i> ou livres sacrés d'Orient, traduit de l'anglais par Pauthier. (Les livres sacrés, etc., par Pauthier.) <i>Los Puranas</i> , cosmogonía y teogonía de los Hindous.—18 poemas que constituyen un 5.º Veda: trad. Colebrooke.			
KHOUN-FOU-TSEU (CONFUCIO.)	<i>Le Ta hio</i> (El grande estudio.) <i>Tchoung youn</i> (La invariabilidad en el medio.) <i>Le Lun yu</i> . (Diálogos morales.) (Pauthier Les livres etcétera.)			
MENGSTSEU (MENCIO.)	Cuarto libro clásico de los chinos (Pauthier.)			
RAM RAZ.	Essay of the Architec. of the Hindus.	London.	1834	
	El Manasara. Libros indus, donde se establecen reglas para las El Mayamata. } El Casiapa. } diversas construcciones. (En Vayghanasa. } Ram Raz.)			
LAO-TSEU.	<i>Tao-te-King</i> (Libro de la razon suprema universal.) (En Chavannes de la Giraudiere ya citado.)			
PAN-HOEI-PAN.	Deberes de las mujeres. (Chavannes de la Giraudiere.)			
GASTON III DE FOIX.	Phebus des deduiz de la chasse de bestes sauvages et des oyseaux de proie	Poitiers.	1560	1
DIOGENES LAERCIO	De vitis, dogmatibus et apophthegmatibus clarorum philosophorum.	Amsterdam.	1692	2
SILVIO PELLICO.	<i>Mes prisons.</i> — <i>Des devoirs des hommes</i> ; traduction frac. par Meds. Woillez et d'Holloslyt.	París.	1840	1
CHAMBERI.	Dessins des edifices chinois.	Londres.	1757	1
DIODORO DE SICILIA.	Biblioteca histórica.	París.	1834	5
PDRE. AMIOT.	Memoires sur les Chinois (En Chavannes de la Giraud.)			
VISDELOU (OBISPO DE CLAUDIOPOLIS.)	Notice du livre chinois <i>I-king</i> ou livre canonique des Changements. (Pauthier.)			
MARTINEZ (PBRO.)	Introduccion al conocimiento de las bellas artes.	Madrid.	1778	
SURIS Y BASTER.	El dualismo en materias políticas.	Madrid.	1853	1
ARFE.	Varia commensuracion para la escultura y arquitectura.	Madrid.	1773	1

AUTORES.	TITULOS DE LAS OBRAS.	LUGAR DE LA EDICION.	AÑO.	TOM.
MANTALLANA.	Vocabulario de arquitectura civil.	Madrid.	1848	1
LUÑIER.	Dictionnaire des sciences et des arts.	París.	1806	3
PAUSANIAS.	<i>Voyage historique en Grece</i> : trad. franc.	París.	1814	6
SUIDAS.	<i>Lexicon</i> ; trad. latina.	Cambridge.	1705	3
VEGECIO.	<i>Institutions militaires</i> . (En Liskenne et Sauvan, tom. 3. ^o)			
AULO GELIO.	<i>Noches áticas</i> : trad. franc. de Verteuil.	París.	1820	3
PICART.	Notas á la trad. franc. de: <i>Vies des hommes illustres</i> de Plutarco ya citada.			
CREVIER.	En su edicion de Tito Livio.		1748	
PERIZONIUS.	<i>Animadversiones historiae</i>	Amsterdam.	1685	
POLIBIO.	<i>Histoire generale</i> : trad. franc. de Dom Thui-llier. (En Liskenne et Sauvan, tom. 2. ^o)			
QUINTO CURCIO.	<i>Histoire de Alexandre</i> . trad. franc. de Trognon.	París.	1828	3
FERRAZ.	Tratado de castramentacion ó arte de campar.	Madrid.	1800	1
CARRANZA. (ARCHIEPISCOPUS TOLETANIS.)	<i>Summa conciliorum</i>	Madrid.	1766	
CESSAC LACUÉ.	Guide de l'officier particulier en campagne. .	París.	1805	2
PLATON.	<i>Criton ou les Devoirs du citoyen</i> .— <i>Phedon ou de l'Ame</i> , etc.: trad. franc. Cousin.	París.	1822 y 40	13
ANTONIUS MUSA.	De herba botánica.	Venecia.	1547	
TUCIDIDES.	Guerre du Peloponese (En Liskenne et Sauvan, tom. 1. ^o)			
XENOFONTE.	Retraite des dix mille. La Ciropédie (En Liskenne, etc.)			
CORNELIO NEPOTE.	<i>Vie des grands capitaines de l'antiquité</i> : traduction franc. de Colomié.			1
HIPÓCRATES.	<i>De la nature de l'homme</i> .— <i>Les Aphorismes</i> : trad. franc. de Gardeil.	Toulouse.	1801	4
SUETONIO.	<i>Vie des douze Césars</i> : trad. franc. de Galbery.	París.	1832 y 33	3
CAVEDA.	Ensayo histórico sobre los diversos géneros de arquitectura, empleados en España desde la dominacion romana hasta nuestros dias. .	Madrid.	1848	2
LOPEZ DE AYALA.	Crónicas.	Madrid.	1779 y 80	2
MARIANA.	Historia general de España.	Madrid.	1817 y 22	20
ALFONSO EL SÁBIO.	Las Partidas.	Madrid.	1807	4
HERMOSILLA.	Trad. castellana de: <i>La Iliada</i>	Madrid.	1831	3
HERMES (PERSONAJE FABULOSO.)	<i>Pimander ou de la puissance et de la sagesse divine</i> : trad. franc. de Foix de Candale. . .	Bordeaux.	1574	
JULIANO.	<i>La satyre des empereurs romains</i> .— <i>Le Missopogon</i> : trad. franc. de Tourlet.	París.	1821	3
CESAR.	Commentaires. (En Liskenne, etc., tom. 1. ^o)			
TITO LIVIO.	<i>Histoire romaine</i> : trad. franc. Dureau de la Malle.	París.	1810 y 12	15
ANA COMENO.	Vida de Alejo Comeno. (Corpus scriptorum historiae byzantinae.)			
TAI-TOUNG.	El espejo de oro: (Chavannes de la Giraudiere. Les Chinois pendant une periode, etc.)			
NOSTRADAMUS.	<i>Vie des poètes provençaux</i> (Morel, Provence illustrée.)			
PAUTHIER.	Observation hist. et critiques sur le Mahometisme. (En sus libros sagrados, pág. 464.)			
LE FRANCOIS.	Misteres des vieux châteaux de France.	París.	sin año	5
GIRARD.	De l'Estat et succez des affaires de France. .	París.	1609	1
PAUTET.	Nouveau manuel complet du blason ou code heraldique.	París.	1843	1
NODIER.	Souvenirs et portraits de la revolution.	París.	1811	1

AUTORES.	TITULOS DE LAS OBRAS.	LUGAR DE LA EDICION.	AÑO.	TOM.
SOMBREUIL.	Les geunes voyageurs en Turquie ou details interessants..	París.	1851	1
SEGAUD.	Marseille et ses prisons..	Marseille.	1826	1
MARSOLLIER.	Histoire des inquisitions..	Cologne.	1769	2
AGRIPPA.	<i>De occulta philosophia</i> , etc.: trad. franc. Le- vasseur.	La Haye.	1727	
***	Fueros de Aragon.			
ROGER MANESSE.	Recopilacion de las obras de 140 <i>minnesingers</i> (Eichoff.)			
MAHOMA.	Le Koran. (Pauthier. Les livres sacrés, pági- na 539.)			
ANÓNIMO.	Chroniques des guerres des français en Ro- manie et en Morée. (Panthéon Buchon.)			
E. SOULIER.	Precis de geographie ancienne et moderne.	París.	1838	1
	Atlas elementaire de geographie ancienne et moderne..	París.	1843	1
VILLEMIN.	Atlas universel de geographie ancienne et moderne..	París.	1843	1
LAMARTINE.	Voyage en Orient.	París.	1843	2
MONTALVO (GAR- CIA ORDOÑEZ.)	Aventuras del invencible caballero andante Amadis de Gaula.	Madrid.	1838	2
LA BRUYERE.	Caracteres.	París.	1845	1
ANÓNIMO.	Historia del esforzado caballero Partinoples, conde de Bles (atribuido á Tomich).	Barcelona.	1842	1
PERRAULT, COM- TESSE D'AULNOY MDLLE. LAFOR- CE, FENELON Y ROUSSEAU, etc.	Le cabinet des fées ou collection choisie des contes des fées..	Amsterdam	1785	6
ANÓNIMO.	Les admirables secrets d'Albert le grand. . .	Lion.	1791	1
IDEM.	Secrets merveilleux de la magie naturelle et cabalistique du petit Albert.	Lion.	1765	1
MADLLE. LENOR- MAND.	Traité complet de Chiromancie ancienne et moderne..	París.	1845	1
ANÓNIMO.	La grande cartomancie ou art de faire les car- tés.	Paris.	sin año	1
VOSGIEN.	Dictionnaire geographique universel.. . . .	París.	sin año	1
FREMIN.	Carte generale des routes de l'Europe. . . .	París.	1844	
JAMES WYLD.	Map of Grece.			
	Map of the superficial Geology of British isles.	London.	1845	
	Map of Siria.	London.	1843	
	Map of the Ringons of Spain and Portugal. .	London.	1843	
DUFOUR.	Carte de la Turquie d'Europe.	París.	1827	
HERISSON.	Carte de la Terre Sainte.			
DESCARTES.	Discours sur la methode.	París.	1824	1
SALUSTIO.	Sus obras: trad. franc. de Durozoir. (Coleccion Panckouke).		1829 y 33	2
VALTURIO.	De re militare.	Verona.	1742	
ANÓNIMO.	Traité sur la constitution des troupes legeres.	París.	1782	1
RUTORFFER.	Geographie militaire de l'Europe.. . . .	París.	1847	2
AMMIANO MARCE- LINO.	<i>Histoire des empereurs romains</i> . (De Nerva á Valentiniano) Trad. franc. de Moulines. .	Berlin.	1775	3
MONTESQUIEU.	Grandeur et decadence des romains. . . .	París.	1842	1
	Lettres persannes.			
	Temple de Gnido.			
LEONARD.	Resumé de l'histoire du Rousillon, du comté de Foix et de Bigorre.	París.	1825	1
A. SENTY.	Resumé de l'histoire ancienne de la Grece. .	París.	1826	1

AUTORES.	TITULOS DE LAS OBRAS.	LUGAR DE LA EDICION.	AÑO.	TOM
RAFFENEL.	Resumé de l'histoire du Bas Empire.	Paris.	1826	1
ANQUETIL.	Precis de l'histoire universelle.	Paris.	1801	12
J. L. LACOUR.	Excursions en Grece pendant l'occupation de la Morée par l'armée française dans les an- nées 1832 y 33.	Paris.	1834	1
ALCIPHRON.	<i>Cartas griegas ó anécdotas sobre las costum- bres y usos de la Grecia</i> ; trad. franc.	Amsterdam.	1785	3
BANKS ET SOLAN- DER.	Supplement au voyage de Mr. de Bougainvi- lle; trad. franc. de Mr. de Freville.	Paris.	1772	1
ANÓNIMO.	Dictionnaire portatif de commerce.	Copenhague.	1761	7
GAUDENCIO ME- RULA.	Nuova selva di varia lettione; trad. del latin.	Venecia.	1562	1
M. R.	Instituciones del derecho natural y de gentes; traduccion del francés.	Madrid.	1821	2
ANÓNIMO.	Nuevo compendio de la mitología; trad. del francés.	Barcelona.	1833	1
J. MH.	Compendio de la mitología, precedido cada artículo de un sumario en verso por A. Tracia.	Barcelona.	1828	1
P. GAUTRUCHE.	Epítome de la fabulosa historia de los Dioses.	Barcelona.	sin año	1
J. A. LLORENTE.	Historia crítica de la Inquisicion de España.	Madrid.	1822	10
VIRGILIO.	Opera cum integris commentariis Servii, etc.	Peovardiae.	1717	2
OVIDIO.	<i>Opera</i> (coleccion Nisard).	Paris.	1837	
MARCIAL.	<i>Opera</i> (id., id.)			
JUVENAL.	<i>Satirae</i> (id., id.)			
SAN ISIDORO.	Chronique depuis Adam jusqu en 626.	Romae.	1797	1
VICENTE DE BEAU- VAIS.	Speculum majus.	Strasburgo.	1473	10
MARCULFO.	Fórmulas de contratos y actos públicos.	Paris.	1613	1
GENOUDE.	Biographie catholique.	Paris.	1851	2
F. GOFFAUX.	Epoques principales de l'histoire.	Paris.	1807	1
JOVELLANOS.	Obras completas.	Barcelona.	1840	

Los autores que á continuacion ponemos, han sido consultados en las bibliotecas de Lóndres, París y Marsella.

Byron (*Le Giaour*), Southey (*Thalaba*), Dom Calmet (*Trat. sobre los espíritus y vampiros*), Raynouard (*Des cours d'amour*), Tertuliano (*De baptismo*), Thevenet de la Creuze (*Nuits de Provence*), *Güe parfumée: souvenirs de voyage*: Costa (*Trat. de arqui civil*), Quatremere de Quincy (*Dictionnaire d'archit*), Quintiliano (*De institutione oratoriae*), Saint Amour (*Perils des derniers temps*), Codin (*De structem Ste Soph*), Fevret (*Traité de l'abus*) Cicerón (*De Divinatione*) Jomini (*Compendio del arte de la guerra*) *Anibert*, Shakspeare, Berosio, Des champs, Du Cange, Paulet, Upton, Laurent, Du Peray, *Petrus hispanus*, Serenus Samonicus, Beslard, La Colombiere, Lucano, Scevola, Roberto, Bruce, Juan Barbour, Strabon, Witakre, Jámblico, Girault de Prangey, Pison, Pedro de Abano, Averroes, Bovillet, Voragina, Adon, Ashmole, Andreosi, Rabelais, Hinsling, San Crisóstomo, Zenaro, Gautier Mapp, Apolonio de Thiana, Saumaise, Leonardo Vair, Rebuffe, Naude, Gibon, Ebn Said, Bushing, Lord Aberdeen, Elías, Papon, Cea Bermudez, Rufi, Trogo-Pompeyo y el famoso *Circa instans*.

No se hace mencion de algunos libros de caballería; de las obras de muchos trovadores, *minnesingers*, poetas y poetisas; así como tampoco de rituales, sínodos, bularios, estatutos sinodales, concilios, manuscritos, cartas consulares, etc. etc.

ERRATAS NOTABLES.

TOMO PRIMERO.

PÁGINA.	LINEA.	DICE.	LÉASE.
XXI	36	Caldes, con dos hermanos.	Caldes, los dos hermanos.
97	1. ^a	La página siguiente dice 86.	98
98	41	Desde aquel día fué llamado el <i>Hidalgo Justador</i>	Desde aquel día se le distinguió con el nombre de <i>Hidalgo justador</i> , á la par que con el de Castellano.
227		Páginas 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138 y 139. . .	228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239
299	1. ^a	XIII.	XIV
301	id.	id.	id.
364	17	ordenador.	comendador
381	5	Marte los ejerce.	Marte ejerce
385	Nota 1. ^a	<i>Hirr</i> en bretona.	<i>Hirr</i> en breton
386	Nota 3. ^a	línea 5. ^a) Tornarí.	Fornari

TOMO SEGUNDO.

71	3	<i>Tezerus</i>	<i>Teresus</i>
165	3	hecatonguino.	hecatonquiro
271	25	Mi presencia.	Mi presciencia
339	17	para ensanchar.	para encomiar
348	15	rostro.	otro
368	38	<i>Porliamentarum</i>	<i>Parliamentarum</i>
401	Nota 2. ^a	línea 1. ^a) del pasado.	del jurado

TOMO TERCERO.

112		Desde la página 17 hasta la 29, donde dice <i>Julian</i> , léase <i>Hugo</i> . Desde la siguiente que es 103, debiendo ser 113, hay que aumentar diez números á cada página.	
156	2	D, E, C, D, P.	P, E, C, D, P,
166	Nota 4. ^a	<i>Mate Bray</i>	<i>Malte-brun</i>
420	36	y al regresar con la gloria encontráis el amor.	y al regresar con el amor encontráis la gloria

TOMO CUARTO.

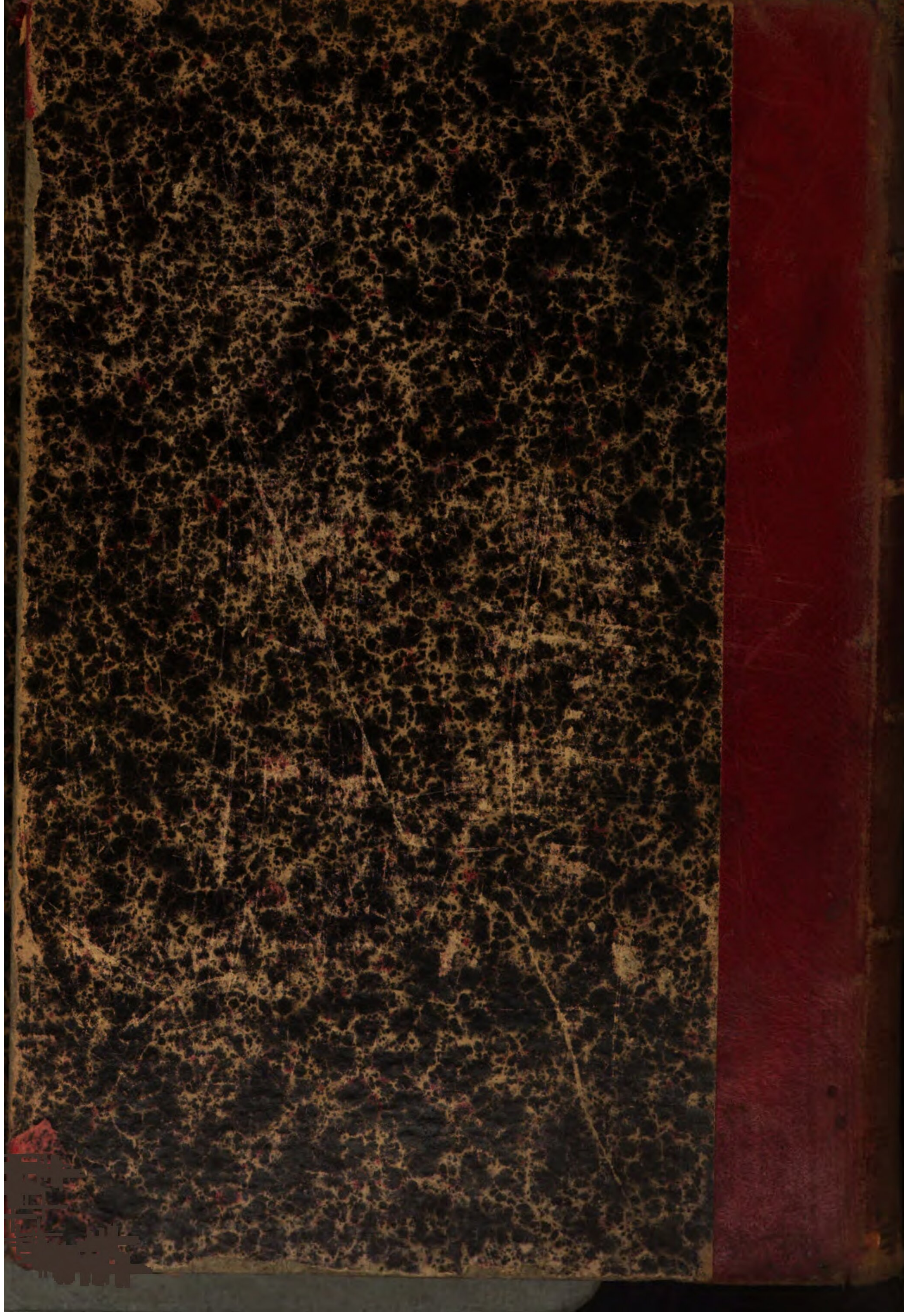
26	22	Ebu-Said.	Ebn-Said
43	26	se aparezca.	reaparezca
		Entre las páginas 320 y 353 está la numeracion equivocada por haberse aumentado diez números á cada página.	
343	20	el caballero del Ataud, el Intérprete, etc.	el caballero del Ataud, el Servidor de Amor, el Intérprete

PLANTILLA

PARA LA GOLOCACION DE LAMINAS.

		PÁGINAS.
LÁMINA	20.	41
»	21.	125
»	22.	207
»	23.	290
»	24.	375





Ameller, Narciso de

El monge gris Catalanes y Aragoneses en Oriente. Estudio de costumbres de
la edad media

Bd.: 4

Madrid 1864

H.g.hum. 431 k-4

urn:nbn:de:bvb:12-bsb10446509-6